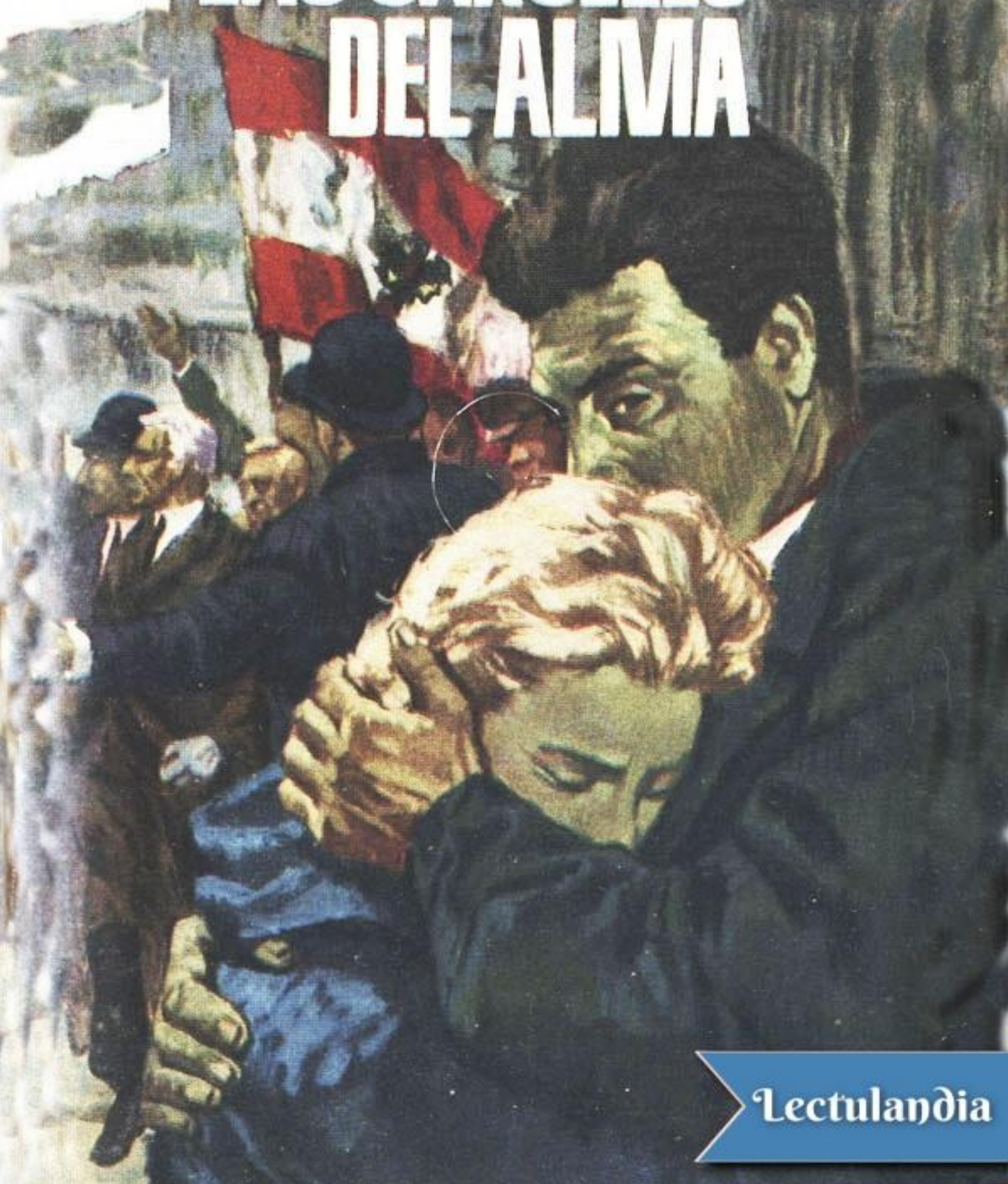




LAJOS ZILAHY

LAS CARCELES DEL ALMA



Lectulandia

Dos cautivos (escrita en 1927 y publicada en España con el título de *Las cárceles del alma*) es una de las obras que más éxito internacional le dio a Lajos Zilahy. Nutrida con ciertos elementos autobiográficos, en esta novela Zilahy nos narra el idilio en 1913 en Budapest entre el oficial Péter y la joven Mielt así como su boda, y cómo todo ello quedará truncado al poco por el estallido de la Primera Guerra Mundial. Péter será capturado en el frente ruso, y Mielt conocerá a otro hombre...

Lectulandia

Lajos Zilahy

Las cárceles del alma

ePUB r1.0

Pepotem2 10.11.13

Título original: *Ket Fogoly*
Lajos Zilahy, 1927
Traducción: F. Oliver Brachfeld

Editor digital: Pepotem2
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

1

Era un día de setiembre; las siete de la tarde. Desde las colinas de Buda, oíanse los lamentos de un *tárogato*^[1] que parecía cantar un adiós al verano.

En la esquina, apoyado en un bastón, un joven escuchaba aquella lejana música, fumando un cigarrillo. Ahora que ya estaba a dos pasos de la casa del doctor que le había invitado a tomar el té, no tenía la menor gana de subir, ni de mezclarse a tantas personas desconocidas a las que no sabría qué decir. Las relaciones que surgen en estas ocasiones, sólo sirven para que cuando, dos semanas más tarde, se tropieza con una de ellas en el tranvía, no se sepa qué hacer: ¿Debemos saludar o no a esa señora del sombrerito de terciopelo, que ocupa el asiento de enfrente, y a quién sólo entrevimos fugazmente en un té? No saludarla, estaría mal, pero saludarla, aún peor, pues estos encuentros nos obligan a conversaciones más que embarazosas.

El joven continuaba escuchando la armoniosa melodía del *tárogato* y le parecía mucho más grato pasar aquel delicioso crepúsculo de setiembre paseándose por las tranquilas y silenciosas callejuelas de Buda. Distraídamente, arrugó en minúscula bolita el amarillo billete de tranvía que aún conservaba en la mano; la lanzó al aire y le dio un golpe con el bastón, como suelen hacer los niños que juegan a pelota base. Dio media vuelta y tomó rumbo opuesto al de la casa del doctor. Ante la gran placa de vidrio negro de una farmacia, se detuvo para componerse la corbata. Después, examinó detenidamente el propio semblante.

La cara, cubierta por el cálido y moreno barniz del estío, y en la que se destacaba clara y alegremente el agudo gris azulado de los ojos, era agradable y simpática a primera vista. Los rasgos eran serios; el mechón de pelo castaño que se escapaba bajo la presión del amplio sombrero de fieltro; la nariz recta y una boca firme, acusaban un carácter reservado; la cabeza, sostenida por un cuello robusto, le prestaba un porte algo altivo. Se quedó aún unos momentos ante el negro cristal de la farmacia, como si quisiera fotografiarse en él. Luego, bostezó, prosiguiendo el camino.

Cubría la esbelta figura un ligero abrigo gris, algo usado, pero todavía elegante. Sus pasos resueltos y tranquilos dejaban adivinar cómo sería a los sesenta años: un anciano distinguido, alto y seco, caminando con idéntica firmeza, aunque con la espalda algo encorvada, y llevando tal vez guantes negros, pues seguramente estaría de luto por la muerte de algún miembro de su familia. Es posible que poseyese el título de *vuestra merced*^[2], por haber llegado a ser consejero áulico o senador... En efecto, con el flamante título de doctor en Derecho, y su empleo en la sección jurídica de un gran Banco, ¿no tenía aún toda la vida por delante?

Haciendo molinetes con el bastón, remontó de nuevo la Avenida de Fehérvár. De vez en cuando, por la desierta calle, pasaban presurosas a su lado unas criadas vestidas de crujiente percal. En los quicios de las puertas, los porteros, de pie,

fumaban su pipa. Sobre toda la ciudad se extendía, amarillento y triste, el tibio aburrimiento de las tardes domingueras.

Frente al Puente Isabel, en el solar de lo que fue Baño de Fango, una valla de madera ocultaba a los ojos del público las obras del nuevo «Hotel Szent Gellért». El joven, acercándose, echó una mirada por una ranura. Entre enormes zanjas y hoyos, que parecían obra de una gigantesca mano maléfica, se amontonaban por doquier vigas de madera y sucios tablones sobre el suelo accidentado y recién removido. Un sinfín de herramientas y carretillas entremezclábanse en pintoresco desorden, evocando un cuadro dinámico y ensordecedor, compuesto de voces imperativas, crujir de ruedas de carros cargados, enormes martillazos, nubarrones de polvo provocados por vigas que caían; en una palabra: un movimiento hormigueante y activo... Pero ahora todo se sumía en la inercia de la calma dominical.

El muchacho intentó imaginarse los contornos desconocidos de aquel futuro hotel en construcción. En lo alto, por donde todavía pasaban libremente el viento y el sol, y juguetona revoloteaba una bandada de gorriones, muy pronto habría habitaciones, camas, alfombras; correría el agua en los lavabos; sonarían teléfonos; los empleados harían reverencias; unos huéspedes vestidos de etiqueta bajarían las amplias escaleras; en blancas y magníficas bañeras, mujeres desnudas tomarían tibias abluciones y, por los pasillos, desfilarían con aire distinguido, como flotando, camareros uniformados de frac, equilibrando en una mano bandejas cargadas de riquísimos manjares.

Levantando la mirada, la clavó en el vacío. Allí, en aquel mismo punto, tal vez habría un cuarto, una cama, y... la cabeza de un suicida pendiendo de ella. Más allá, hacia la izquierda, habría otra habitación, en la que los protagonistas de una noche de bodas se buscarían tímidamente en la oscuridad. ¡Qué extraño era todo aquello...! ¿Qué clase de palabras, suspiros, risas y sollozos reuniría próximamente la Vida allí dónde ahora sólo el viento abrazaba el vacío?

Esta idea le fascinó durante unos minutos; luego, acabó aburriéndole. Se encontró de nuevo en medio de la calle, con el amargo sabor de indiferencia en la boca, sin que se le presentara ninguna posibilidad de huida.

Dos niños pasaron por su lado. El mayor de los dos llevaba al hombro una larga y flexible caña de pescar; miraba severo y presumido. El menor, incapaz de seguir los largos pasos de su hermano, le seguía excitado, con dificultad. Desaparecieron por una callejuela, en dirección al brazo muerto del Danubio. Pedro sintió de repente un imperioso deseo de ir de pesca con aquellos niños. Recordaba las tardes domingueras de antaño, en las que la emoción de parecidas excursiones le hacía latir el corazón. De nuevo, vio ante sus ojos el bosque que llenaban los gritos de las cornejas, los viejos troncos destruidos por el rayo, donde los pájaros habían construido sus grandes nidos negros y misteriosos. Y vio también el arroyo fangoso, en cuyas rápidas aguas

se reflejaba la sombra de oro viejo de los sauces, pareciéndole incluso oír el burbujeo del barro en el interior de los rotos zapatos de un niño. Sin embargo, todo aquello duró un instante, y el conjunto de estos recuerdos pasó como un relámpago por su espíritu. Frunciendo el entrecejo, miraba ante sí, indignado consigo mismo, por no saber cómo pasar la tarde.

De un golpe, y no sin cierto susto, dióse cuenta de cuán triste y desprovista de objetivo es la vida del hombre. En el colegio, había esperado con impaciencia febril terminar el bachillerato, y más tarde, cuando estudiaba Derecho, le parecía que el último examen abriría de repente, ante él, aquellas puertas misteriosas e invisibles tras las cuales le esperaban luz y calor, mujeres y desconocidos acontecimientos sensacionales.

Y ahora, hallábase ahí, en medio de la calle, sin fuerza ni gana siquiera para encender un cigarro. Estaba allí parado, mirando el vacío, con las cejas fruncidas. ¿Qué le traería, qué le podría aún traer la vida?

Anteayer, en la escalera, acorraló contra la pared y besó a la institutriz alemana de los Bunz. Sentía todavía el perfume especial, dulce y fuerte de la muchacha. Con un esfuerzo de voluntad ahuyentó estos pensamientos.

Su madre querría que se casase. Desde hacía meses, atacaba sus nervios alabándole, viniera o no a cuento, a la hija de los Vaynick, pero fingiendo siempre hacerlo por mera casualidad. Con cándidas cautelas y tontas malicias, deseaba imponerle aquella Aranka, de quien incluso sabía el número de sábanas que llevaría en dote. Recordó, como si la viera, la tez áspera y grasienta de Aranka Vaynick, su mirada huraña y desconfiada.

De repente, dióse a pensar en su madre. Una vez más, como tantas otras, se sentía arrepentido de comportarse siempre tan groseramente con aquella viejecita tan cariñosa y tan buena. Ayer mismo, se enfadó con ella porque se olvidó de ir a la planchadora a recoger los cuellos duros, cuando, en realidad, la pobre señora no tenía ninguna culpa. Y ahora, le parecía ver fija en él su mirada, una mirada llena de miedo y de dolor. Su madre había salido de su cuarto sin decir nada, con sólo aquel pequeño carraspeo breve y sordo, tan suyo, en que vertía toda su humillación. Pedro prometíase de nuevo que, de ahora en adelante, sería muy atento y deferente con su madre; al pensar en ella cuando estaba lejos, sentía una emoción hasta saltársele las lágrimas. Sin embargo, ¿cumpliría, al fin, el propósito tantas veces incumplido?

Rasgó el aire unas cuantas veces con el bastón, como si sus pensamientos fueran una nube de mosquitos que quisiera ahuyentar. Se puso a silbar y se acercó a una cartelera de espectáculos, para consultar los programas. En este instante, vio venir hacia él a Pablito Szücs^[3].

—¡Hola amiguito! —gritó aquél, desde lejos, haciendo mil aspavientos.

Los dos muchachos se habían conocido en un club deportivo. Pedro no solía ver a

Szücs —que estaba empleado en la Jefatura de Policía— fuera del local del club, vestido con un maillot de luchador grecorromano. Ahora, al verle de repente con aquella elegancia dominguera, sentía ganas de reír. Szücs iba vestido como suelen hacerlo los deportistas un poco huraños, las pocas veces que se deciden a concurrir a una reunión de sociedad.

El sombrero hongo de Szücs tenía por algún motivo incomprensible tres números menos que el correspondiente, a pesar de lo cual lograba conservarlo ladeado en su cabeza, dándose cierto aire de suficiencia. El cuello de toro se le congestionaba dentro del de pajarita, cuyo aspecto manoseado testimoniaba la intensa lucha que el propietario sostuviera para conseguir abrocharlo. Su cara estaba salpicada por las minúsculas heridas de un afeitado reciente, pudiéndose leer en las mismas, como si fueran unas desconocidas letras encarnadas, todas las maldiciones, no menos raras, que Szücs debió soltar al rasurarse. Los pantalones, rayados, de color muy llamativo, eran tan cortos que casi dejaban ver los tirantes de las botas altas, enormes y ya usadas, pero muy cuidadosamente lustradas aquel día. El abrigo que llevaba era tan estrecho que amenazaba estallar ante la presión de unos hombros y unos brazos atléticos.

—Ven, amiguito, ya podemos subir... —dijo aquel muchacho tan cursi, que estaba igualmente invitado al té del doctor. Era visible su impaciencia por presentarse ante tan distinguida reunión.

—Estaba pensando precisamente en no ir —dijo Pedro, de mala gana.

—¿Qué no vienes? ¡Habrás chicas muy guapas, amiguito! —dijo Szücs, que abusaba de la palabra «amiguito» y hablaba siempre con precipitación—. Estará también la de Galamb, aquella señora pequeña —añadió luego, guiñando un ojo.

Pedro miraba a Szücs sonriendo, y admirando con qué confianza en sí mismo se atrevía a presentarse en una reunión de gente desconocida, a pesar de la cara ensangrentada y del aspecto estrafalario.

—Nos aburriremos mortalmente... —observó Pedro, malhumorado.

—¡Qué va, hombre! —exclamó Szücs, y le cogió por el brazo—. Nos sentaremos en un rincón y miraremos a las mujeres.

—¿Quiénes irán? —preguntó Pedro, al ponerse en camino, pensando que siempre habría tiempo para volver atrás.

—A mí no me lo preguntes... También yo estoy invitado por primera vez.

Ambos jóvenes habían conocido al doctor Varga en el Círculo Deportivo y a su esposa en un banquete de la misma entidad.

El doctor era un anciano, consejero áulico y médico titular de numerosas sociedades. Era muy buena persona, y como los hombres buenos en general, insoportablemente soso. El matrimonio, sin hijos, vivía holgadamente, y era muy aficionado a la vida de sociedad. La enorme copa de plata, *challenge* del Club, era

regalo de Varga.

Su esposa figuraba en todas las sociedades de beneficencia de alguna importancia.

Abajo, en el portal, buscaron los jóvenes el cuadro de inquilinos, y después de encontrar el nombre de *Segismundo Varga, Médico*, subieron la escalera. Entre dos rellanos, Szücs se detuvo.

—Espera un momento, amiguito...

Prudentemente, despojose del abrigo amarillo, excesivamente corto y dejó caer las dos alas del chaqué, sostenidas con imperdibles para que no salieran por debajo del abrigo.

En el primer piso, llegaron a la puerta del doctor.

El recibidor estaba lleno de toda clase de abrigos, bastones, sombrillas, sombreros y gorras de uniforme. Pedro se detuvo un momento ante el espejo de la antesala, sacó del bolsillo un minúsculo peine y lo pasó rápidamente, por dos veces, a través de sus lacios cabellos castaños. Cuidadosamente, arreglo también el pañuelo del bolsillo exterior de su chaqueta.

Entre tanto, Szücs contemplaba a la doncella que esperaba el momento de abrirles la puerta de la sala.

—¿Cómo se llama usted, palomita? —preguntó Szücs a la chica, a la que sin el delantal blanco fácilmente se hubiera podido tomar por una señorita.

—Me llamo Rózsi —dijo la muchacha, sonriente, dando un golpecito a la mano con que Szücs intentaba pellizcarle la barbilla.

—¡Caramba, qué muchacha más salada! Está para comérsela —exclamó Szücs, acariciando con la mirada las finas manos y el talle de mariposa de la joven.

—Ya ves, amiguito —dijo, volviéndose hacia Pedro—; sólo por eso valía la pena venir.

Entraron en un salón circular, lleno de humo de cigarrillos, de risas de mujer y de graves voces de hombre.

La señora de la casa se adelantó a recibirlos y, después de los saludos de rigor, empezaron las presentaciones. Estrechaban enguantadas manos de mujer, y manos de hombre que, recién sacadas de los bolsillos de los pantalones, acusaban grados muy diversos de temperatura, humedad, sequedad y calor, excesivamente pasivas unas, y otras apretando con demasiada familiaridad; en total, unos treinta apretones de manos, uno tras otro, sin que pudieran retener el nombre de uno solo de sus poseedores.

Al terminar Pedro de ser presentado, Pablito Szücs ya no se hallaba a su lado. Con las manos en las caderas, postura que él seguramente estimaba muy distinguida, estaba conversando con una mujercita regordeta. Indudablemente, la dama con quien hablaba, debía de ser «la pequeña señora Galamb».

Pedro retiróse hacia la pared; se sentía muy poco a gusto.

—Siéntese usted —le dijo la señora de Varga, al pasar delante de él.

Le resultó imposible, sin embargo, encontrar asiento, pues no había bastantes sillas, por lo cual eran ya varias las personas que estaban de pie. Para distraerse, Pedro se entretuvo mirando alrededor del salón.

En el centro de la reunión —constituido por el mejor y más decorativo sillón de la casa— estaba sentada una dama rubia y de frágil figura, con quien todo el mundo hablaba en alemán. Le llamaban unas veces *Gräfin*, o sea condesa, y otras veces, *Frau Excellenz*. La excelentísima señora tenía unas manos blancas, tan pequeñas como las de una niña de doce años, y con estas manos tan anormalmente pequeñas se arreglaba continuamente el pelo, con gestos rápidos y nerviosos. Al mismo tiempo, sonreía mecánicamente a sus interlocutores. De pie y a su lado, había un hombre alto y esbelto, a quien ella llamaba Ivan.

Junto al piano, estaban sentadas dos muchachas: una pelirroja, y morena la otra. Bajo la sombra de sus anchos sombreros, poco se adivinaban sus rostros. La pelirroja estaba hablando con un apuesto joven, muy elegante, que se apoyaba en el piano; Pedro, que tenía el sentido del buen corte, vio en seguida que iba vestido por un sastre de primer orden. Mirábale no sin cierta, envidia, pues su anhelo secreto era poder llegar algún día a vestirse en las sastrerías más distinguidas.

Había entre la concurrencia muchas ancianas y bastantes solteronas, que formaban pequeños grupos y que se hacían reverencias mutuas al hablar inclinándose como cañas bajo el viento. Pedro, contemplando a los reunidos, tuvo la sensación de que las mujeres vestían con más gusto y armonía que los varones. La mayoría de estos iban de chaqué; otros, de smoking, y no faltaban tampoco algunos viejos con levita.

Un cadete, de cara muy simpática, se le acercó para traerle una silla.

—¡siéntate, por favor! —exclamó con sencillez, como si se conocieran desde hacía tiempo^[4]. Tendría escasamente diecinueve años.

—¡Oh, muchas gracias! —excusóse Pedro—. Te aseguro que no estoy cansado.

—Tómala, sin embargo... Soy de la casa —explico el cadete— y tengo la misión de hacer sentar a todo el mundo, aunque sea a la fuerza...

Pedro aceptó, pues, la silla y la ofreció a una señora vestida de amarillo que conversaba con un capitán de húsares.

El cadete, visiblemente cansado de distribuir asientos, se quedó junto a la pared.

Pedro supo por él que la condesa rubia del gran sillón, que hablaba con el llamado Iván, era la esposa de un teniente general.

El cadete se llevó la mano a la boca y añadió con aire misterioso:

—Creo que hay algún lío entre ellos...

Luego fue nombrándole, uno a uno, los personajes más interesantes de entre los

invitados: Primero, el consejero ministerial Benedek, un hombrecillo calvo, de cortísimo cuello, y que con gestos rápidos tocaba el pecho a su interlocutor, al que manifiestamente quería convencer de algo.

Aquel otro señor alto, de blancas melenas, cerca de la estufa, era Györy-Stuck, el pintor^[5]. El corcovado con ojos pequeños y soñolientos tras la dorada montura de sus lentes, era *Zsiga*^[6] Pán, profesor en el Conservatorio; y aquel otro señor bajito y fornido, el doctor Schumeister, redactor de un periódico alemán. El buen señor grueso y rechoncho, con cara de carnicero, era Kramer, el concejal. Respecto a los demás, el cadete no estaba muy seguro de su identidad. Pedro recordaba vagamente haber leído estos nombres en los periódicos, pero quien le interesaba más, era aquel muchacho rubio, cuyo traje azul marino, de corte impecable, acababa de despertar su envidia.

—Miska^[7] Adam —aclaró el cadete—. ¿No lo conoces? Acaba de licenciarse en Derecho.

—¿Y aquellas dos muchachas que están junto al piano? —le preguntó Pedro.

—Aquellas... —empezó el cadete, pero no pudo acabar, porque le llamaba la señora de la casa:

—¡Juanito, ven aquí!

—Vuelvo en seguida —dijo y desapareció con la señora de Varga que, cogiéndole por el brazo, le confió algo al oído. Sin duda le encargaba alguna misión confidencial.

Pedro se quedó solo, junto a la pared, mirando de nuevo en torno suyo. Los muebles del salón revelaban que, en los días laborables, servían de sala de espera a los enfermos del doctor.

La señora de la casa apareció en el vano de la puerta de cristales, calculando con los dedos el número de tazas que necesitaría para el té. A su lado estaba la linda Rózsi con su delantal blanco; también ella paseaba la mirada de un invitado a otro, contándolos, hasta que, por fin, ambas estuvieron de acuerdo en que necesitarían treinta tazas.

La señora de Varga mariposeaba de grupo en grupo, sentándose en cada uno un instante. Tenía abundantemente empolvados la cara, las manos e incluso el pelo; el talle, excesivamente grueso, y los grandes y blancos senos se apretaban dentro del corsé.

En el rostro insignificante, solamente la nariz merecía cierta atención, pues era extraordinaria, casi brutalmente chata. La expresión de los ojos y de la boca, concentrábase en aquella nariz que parecía predominar en toda la persona. Así, por ejemplo, cuando sonreía, parecía que lo hiciera únicamente la nariz, como si fuera una parte autónoma de su ser. Llevaba las pestañas salpicadas de polvo, como las de un molinero llenas de harina.

Iba y venía constantemente de un lado a otro, con manifiesta inquietud, como si

temiese que todo el mundo se aburriera mortalmente, temor desde luego muy justificado.

Dedicábase sobre todo al grupo de las señoras que estaban sin caballero inundándolas de una verdadera catarata de preguntas:

—¿Cómo estáis, queridas? Yo, encantada de que hayáis venido. ¿Por qué no has traído a tu marido? ¿Qué hace la simpática Clarita? Habrá crecido supongo... ¡Ay, cómo pasa el tiempo...! ¡Sin que una se dé cuenta...! ¿Se repuso ya tu esposo, María?

Y sin esperar contestación a las preguntas dirigidas a varias personas a la vez, proseguía su mariposeo, realizando esfuerzos sobrehumanos para que toda aquella reunión no se sumiera en el abismo del aburrimiento. Corría de un sitio a otro, cual el comandante en la cubierta de un navío que da órdenes para intentar salvarlo del naufragio.

Toda su vida había tendido hacia el objetivo único de reunir en su salón a la sociedad más distinguida posible. Sin embargo, por su manera de ser absolutamente pequeño burguesa, era incapaz de poseer un espíritu animador de las reuniones, y las personas invitadas por su importancia social debían de sentirse en su casa como animales pertenecientes a especies diversas reclusos en una jaula común. Se miraban y se husmeaban.

Una amiga cogió a la señora Varga de una mano, sin soltarla:

—Oye, por favor, ¿quién es aquel coronel que habla con tu marido? Me parece que le conozco. Creo haberlo conocido cuando aún no era más que teniente. Harás que venga a saludarme, ¿verdad?

La señora de Varga contestaba con muchos detalles a todas las preguntas que se le dirigían, y cumplía concienzudamente todos los encargos.

Hacia las ocho, ya se fueron algunos, huyendo. Pedro había observado que el elegante Miska Adam, al marcharse, no se despidió de nadie más que de aquella muchacha rojiza que estaba sentada junto al piano con su amiga; al despedirse, le apretó la mano furtivamente.

El doctor se acercó a Zsiga Pán:

—Zsiga, por favor, toca algo.

Pán se sentó ante el piano, y puso sus manos grandes, color de pasta, sobre el teclado. Reclinó la cabeza, y fijando la mirada en el techo, tocó un opúsculo ligero de Mozart, siendo premiado con largos y entusiastas aplausos.

Los suspiros de satisfacción cortaban las palabras de enhorabuena.

La esposa del periodista alemán expresó el deseo de oír la *Novena Sinfonía*, de Beethoven, pero cuando el dueño de la casa quiso transmitir dicho ruego, descubriose que Pán se había escapado ya, rápida y discretamente.

Poco a poco, apenas quedaron diez personas en el salón. La señora de Galamb,

que no dejaba de conversar animadamente con Pablito Szücs, quiso marcharse a su vez, pero entonces la señora de Lénart, que, a pesar de ser ya de cierta edad, vestía aún de azul claro, declaró haber venido al té, desde Szentlörinc^[8], con la ilusión de escuchar recitar nuevamente a *Jolánka*^[9], o sea a la señora de Galamb.

—¡Dios mío! —protestó la interesada—. ¡Hace tanto tiempo que no he recitado! De verdad, le ruego que no me lo pida ahora, querida *tía*^[10] Lenci.

Y su cara morena, salpicada en varios puntos por minúsculas verrugas que parecían de terciopelo negro, ruborizose de antemano.

Más en vano se excusaba; unas cuantas exclamaciones enérgicas de: «¡oíd!» , «¡oíd!», acabaron con su resistencia.

El cadete fue quien gritó más fuertemente: «¡oíd!», como si estuviera contratado para ello.

Por fin, con una sonrisa que decía mucho, la señora de Galamb, dándose por vencida, colocose en el centro del salón.

Algunos fuertes *chist* hicieron callar a los que estaban conversando, y, de repente, rodeó a la improvisada rapsoda un impresionante silencio. Con voz cortada por la emoción, empezó recitando la poesía *Haidé, del Sultán hermosa hija...*^[11]

Recitaba fogosamente y como ruborizándose por la inspiración. Al llegar al verso: «... y aquello que susurra la onda charlatana...», cerró los ojos e impregnó las palabras de una ardiente sensualidad.

La muchacha morena que se sentaba junto al piano, escondió la cara en la enguantada mano, para disimular la risa. La otra, la rubia rojiza, le dio un golpe con el dedo, escandalizada, y volviéndole la espalda. Mas también ella deseaba que terminara el recital, pues, a su vez, sentía el peligro de estallar de risa.

La señora de Lénart escuchaba la poesía con el cuello alargado hacia adelante, pestañeando entre lágrimas. Szücs continuaba de pie, con las piernas separadas, y sus dos manazas una sobre otra, contemplando a la señora de Galamb con ojos desencajados.

Antes de la última estrofa, la pausa resultó extrañamente larga. La rapsoda miraba fijamente el suelo, como si observara allí algo interesante. Pocos momentos después, quedó patente que no se acordaba de la continuación de la poesía. La atmósfera se hacía irresistible, y el silencio pesaba penosamente sobre todos.

Szücs intentó hacer de apuntador, más la señora de Galamb le dirigió una mirada llena de reproches, pues lo que aquél estaba susurrando era de otra poesía, *Los dos pajes de Szondi*, del gran poeta nacional János Arany.

Entre tanto el silencio se hizo insoportable. En ese instante, oyose bruscamente un estridente «¡kikirikí!» que resonó en el ámbito de la sala con el mismo efecto de un alegre grito liberador.

Era Juanito, el cadete, quien lo había lanzado. Poseía la rara habilidad de saber

imitar los gritos de múltiples animales. Todo el mundo prorrumpió en carcajadas, y el incidente quedó zanjado.

La señora de Galamb se abalanzó sobre Juanito y le dio cariñosos golpes en la espalda.

—Ya ve usted querida *tía* Lenci —dijo dirigiéndose a ésta—, cómo no era excusa decir que hacía mucho tiempo que no había recitado.

—¿Qué importa, hija mía? A pesar de todo, ha resultado muy bonito —contestó la buena señora, enjugándose una lágrima.

El doctor buscaba alguna nueva diversión con que retener al grupo que estaba a punto de disgregarse, cuando su mirada se fijó en Pedro. Le tomó por el brazo y le condujo hacia la mesa escritorio:

—Ven aquí, y muéstranos lo que sabes...

—¿Lo que yo sé? —protestó Pedro, sintiéndose muy molesto, al ver, la atención de todos los presentes concentrada en él—. ¿Lo que yo sé? —volvió a repetir demostrando en su rostro la poca gracia que le hacía la insinuación.

—Es grafólogo —explicó el doctor Varga, dirigiéndose a los demás—. Descifra el carácter por la escritura de cada uno.

Esta declaración fue recibida con unánimes manifestaciones de alegría. Pedro viose clavado en una silla, ante la mesa, sin tener tiempo para protestar. El doctor le preparó unas cuartillas, tinta y pluma.

Pedro puso al mal tiempo buena cara, e incluso empezó a satisfacerle su nuevo papel.

—Ante todo —comenzó diciendo—, debo advertirles que la grafología exige sinceridad, y que esa es, por lo tanto, mi condición. Si alguien, por demasiado susceptible, no cree poder soportar la verdad desnuda, vale más que se abstenga. Yo no daré explicaciones a nadie por los juicios que pueda emitir, pero, en cambio, prometo ser objetivo; tanto más cuanto que no conozco íntimamente a ninguno de ustedes.

Tan severo preámbulo fue recibido con general consentimiento. Naturalmente, nadie quiso abstenerse Y todos rodearon inmediatamente la mesa.

Manos de formas diversas empezaron a escribir en las cuartillas. Primero, manos femeninas, curiosas e impacientes. Sin sentarse, las señoras apresurábanse a escribir sus nombres. Pedro ni siquiera se fijaba en las caras, sino tan solo en las manos que se sucedían sobre el papel, observándolas atentamente durante los momentos necesarios que empleaban en firmar.

La primera fue una mano vieja y, voluntariosa, que cogía la pluma casi con rabia. El índice se clavaba en la pluma, arqueándose como una tenaza. Las falanges descarnadas recordaban los anillos de boxeo.

Pedro contempló durante algunos minutos el primer nombre escrito en el papel, y,

por fin, en medio de la atención general, empezó con voz monótona:

—Ha viajado mucho por el extranjero; en su infancia, sentía inclinación hacia la pintura, llegando a pintar cuadros con bastante talento. Es una naturaleza voluntariosa difícil de influir. Tiene hijos. Disputa mucho con su marido. Fuma con pasión. No entiende nada de música.

—¡Oh! —interrumpió confusa la de Lénart, pues de ella se trataba—. En mi vida he fumado.

Se echó a reír con voz de falsete y retiróse del corro, muy ofendida por haber sido declarada inepta para la música. Se arrepentía de haber tomado parte en un juego que ahora le parecía una estupidez, aunque no dejaba de sorprenderle cómo aquel muchacho que no la conocía, podía haber adivinado que su marido y ella vivían como perro y gato.

Tocaba ahora el turno a otra mano: pequeña, regordeta y blanca, que no parecía contener huesos. Con caracteres inclinados y pequeños, escribía en la cuartilla: *Señora del doctor Esteban Galamb...*

—Usted, señora, pertenece a la categoría de los seres más felices del mundo —declaró Pedro, contemplando con atención la letra, y sin levantar los ojos hacia la «víctima»—. No tiene ninguna inquietud, como tampoco inclinaciones artísticas; es usted profundamente religiosa. Estudió tres cursos en la Escuela Superior...

—¡Cuatro! —corrigiolo, interrumpiéndole rápida, la señora de Galamb.

—Sólo tres —afirmó inexorable el grafólogo.

—El cuarto no pude acabarlo completamente —observó ella, intimidada.

Esta observación provocó una hilaridad general.

Luego le tocó a otra mano.

Era una mano delgada, de finos dedos, que, a pesar de esto, tenía una línea un tanto varonil.

—Señora, su marido tendrá que solicitar en breve el divorcio contra usted, por tener usted un temperamento demasiado inquieto.

—¡Qué impertinencia! —exclamó la muchacha morena que había pasado la tarde junto al piano con su amiga—. ¡Si no estoy casada siquiera!

—Entonces, me he equivocado —exclamó Pedro, sin cambiar de tono.

Ahora le correspondió una mano de hombre, fuerte, llena de pelos, inscribir en el papel el siguiente título altisonante: *Barón Camilo de Besztercey*.

Pedro reconoció al instante la mano de Pablito Szücs, pero hizo como si no hubiera notado el engaño. Contempló largo rato aquella seudofirma con el entrecejo fruncido y, después, fue diciendo con visible seriedad:

—Soltero... Practica mucho el deporte. Carácter que fácilmente se deja arrastrar hacia la altanería... Le gusta mucho afectar superioridad... Está convencido de que es mucho más inteligente que los demás... Pero, en realidad, es un tontaina...

Sin dejarle acabar, Szücs le dio un golpe en la nuca tan fuerte, que durante varios minutos, le hizo sufrir tortícolis.

El doctor Varga soltó una estrepitosa carcajada, cayéndole las lágrimas sobre su barba rubia. Pronto, otra mano muy blanca vino a posarse sobre el papel. Unas tenues y rosadas rayitas en los dedos atestiguaban que acababa de quitarse el guante. Era una mano de acabada perfección, tierna y humilde, que no por eso dejaba de imponer respeto. Parecía una flor extraña; tan hermosa como sólo la carne y la sangre humana saben serlo, cuando toman formas impecables. Era como un pétalo virgen sin la más ligera sombra de marchitez. Fresca y blanda se presentía, sin embargo, en ella una voluntad de acero, como instrumento perfecto del cuerpo... ¡Cuán bella debía de ser aquella mano, al arreglar los rizos de los cabellos; al hacer el lazo de una cinta; al abrazar el cuello del violín o acariciar las cuerdas del arpa; al hacer un cordial signo de despedida, o al descansar soñadora sobre el mantel de una mesa!

Estos pensamientos atravesaron rápida y confusamente el espíritu de Pedro, al admirarle bajo sus ojos. Sostenía la pluma sin el menor esfuerzo y, hábilmente, produciendo una imperceptible musiquita en el blanco papel, iba trazando unas claras letras de angulosidades góticas, pero con femenina finura, no sin ciertas exageraciones, mas, ello no obstante, con disciplinada armonía. Aquella bella mano escribió el nombre: *Miett de Almády*.

Las tres patitas de la «M» caían hacia abajo, verticales y puntiagudas; arriba, en la punta de la «l», el arco casi se transformaba en triángulo, y en la cabeza de la «e» aparecía trazada una diminuta pero regular espiral.

Pedro cogió la cuartilla, la contempló detenidamente y después —por primera vez— levantó la mirada hacia la autora de los rasgos. Bajo la sombra de la pantalla de la lámpara, vio a aquella muchacha rubia rojiza que antes estaba sentada junto al piano en compañía de su amiga, y conversaba animadamente con Miska Adam.

De nuevo se había puesto el guante. Con las cejas enarcadas y los párpados entornados, las mejillas acababan de cubrirse de un rubor apenas perceptible. Tenía los labios fuertemente apretados, y en las finas líneas se dibujaba una sonrisa que expresaba como un benévolo desdén hacia toda la llamada «ciencia» grafológica, y al mismo tiempo cierto humilde y virginal acatamiento, acompañado de una leve expresión sería, como si dijera:

—Bueno, y ahora... ¡júzgame, si te place!

Pedro volvió a mirar al papel, hizo un nervioso movimiento con la silla, miró otra vez a la muchacha y, después, nuevamente el papel. De repente, tuvo la sensación de que era imposible decir a esta chica ninguna «opinión» altisonante. Sintió una inexplicable turbación. En este momento, toda su «ciencia» (con la que únicamente intentaba divertir y cuyo éxito debía al mero hecho de que, en un dos por ciento de los casos, adivinaba más o menos la verdad) le pareció ahora una inmensa y rotunda

tontería. En vez de dar la explicación esperada, prefirió preguntar:

—¿*Miett*? ¿De qué nombre viene tan extraño diminutivo?

La muchacha se ruborizó un poco más y contestó en voz baja:

—De María.

—¿Y cómo de María se ha formado *Miett*? —continuó preguntando con toda la artificial severidad que el juego requería.

Una breve pausa.

—Por *Mariette* —respondió ella.

La señora de la casa observó, en tono de superioridad, mas no sin cierto encanto:

—*Miett*, en francés, significa *migaja*... «*Migajita*...».

Juanito, el cadete, se creyó en el caso de intervenir con la impaciencia reflejada en el rostro:

—Dejemos esto; y venga ya ese retrato caracterológico.

Pedro miró algunos instantes a la muchacha, dobló la cuartilla y hundiéndola en su bolsillo, se limitó a decir misteriosamente a *Miett*:

—Su letra de usted es interesantísima. Es tan interesante que requiere un detenido estudio. Tengo como un presentimiento de que el análisis pericial descubriría una serie de cosas que sólo pueden decirse a solas...

El rostro de la chica se puso como la grana y muy avergonzada, bajó la mirada al suelo.

—¡Oh! —exclamó riendo, pero con una risa no exenta de inquietud.

Todos protestaron violentamente contra la solución propuesta. El cadete mesábase con comicidad el cabello, y dando golpes en la mesa, exclamó:

—¡Qué me devuelvan el precio de la entrada! ¡Me han engañado! ¡Que me devuelvan el dinero que he pagado!

De tanto reír, el doctor tuvo que sacar esta vez su pañuelo, para secarse las lágrimas.

La señora de Lénart tocó ligeramente el hombro de Pedro con su abanico:

—Sospechoso. Más que sospechoso. Usted ha montado toda esta comedia para lograr hablar a solas con una muchacha tan guapa...

Y a *Miett* le dijo, volviéndose hacia ella:

—Cuidado, hija mía, cuidado.

Pero *Miett* apenas lo oyó, pues ya se dirigía hacia la salida.

Todos se disponían a marchar. La pequeña señora de Galamb hizo notar, muy asustada, que ya eran más de las nueve.

—¡En casa habrá bofetadas! —exclamó, mientras con grandes premuras se ponía el abrigo.

En su precipitación por acompañarla, Pablito Szücs olvidó prender con los imperdibles las alas de su chaqué, que le sobresalían por debajo de aquel ridículo

abrigo amarillo, como dos crespones de luto. Casi corriendo, salió detrás de la Galamb.

En el recibimiento, Pedro se acercó a las dos amigas que salían juntas.

—Si me lo permiten —dijo dirigiéndose a Miett—, las acompañaré hasta su casa.

En vez de ésta, le contestó la morena:

—¡Encantadas! Su atención será un placer para nosotras...

Y con amistoso ademán, apretó la mano del muchacho, que desde luego encontró un tanto sospechosa tan desbordante cordialidad, y temía alguna trampa. Miró interrogativamente a Miett, la cual a su vez cambió una mirada con su amiga Olga (pues así se llamaba), volviendo después la cabeza al otro lado. Ambas parecían ocultar el rostro, manifiestamente.

—Podemos marcharnos —dijo Olga, después de decir buenas noches a los dueños de la casa.

Pedro entregó a la criada, que se había colocado cerca de la puerta para recibir las propinas de los invitados, la moneda de plata de una corona que había preparado de antemano con tal fin^[12].

Luego, salieron.

Miett y Olga adelantáronse algunos pasos en el corredor, cogidas del brazo. Pedro las alcanzó en la escalera, pero, allí, Olga se volvió bruscamente hacia él, tendiéndole la mano:

—Le agradezco en el alma la exquisita amabilidad de haberme acompañado hasta casa —dijo, y sacudió con fuerza la mano de Pedro, al mismo tiempo que echando la cabeza hacia atrás, se puso a reír, descubriendo su blanca dentadura.

Pedro la miraba sin comprender.

—Sepa usted que vivo en esta misma casa, en el cuarto piso.

Y sin esperar contestación, se escapó escaleras arriba subiendo los peldaños de dos en dos, y descubriendo a cada salto, hasta la rodilla, unas torneadas y ágiles piernas, enfundadas en negras medias de seda. Desde el pasillo de arriba se oían aun sus carcajadas, resonando con alegre eco en el profundo patio de la casa.

—¿También usted vive en esta casa? —pregunto Pedro a Miett.

—Sí, señor... —respondió Miett, con acento turbado y como excusándose de la broma.

Pedro observó que la chica se ruborizaba con tanta frecuencia como repentinamente.

—¿Dónde vive usted?

—Allí... —contestó Miett, señalando la puerta del extremo del pasillo.

—De todos modos, la acompañaré hasta su casa —insistió él.

Así hicieron juntos unos quince pasos: la distancia entre la escalera y la puerta. Pedro hubiera querido decir a Miett algo gracioso, algo amable, pero no se le ocurrió

ninguna idea, como si de pronto hubiera enmudecido.

Miett tocó el timbre y a los pocos instantes se iluminó el recibimiento del piso.

La muchacha le tendió la mano:

—Buenas noches —dijo, con el tono indiferente que las mujeres emplean con los hombres que acaban de serles presentados, cuyo nombre ignoran y a los que suponen que nunca volverán a ver.

—¡Buenas noches! —contestó rápida y casi groseramente Pedro, irritado por la idea de que tan hermosa muchacha desapareciera ahora detrás de la puerta, y quizá para siempre.

Mientras Miett entraba, su mirada curioseó rápidamente el interior. Al final de la, larga y amplia antesala, la puerta del vestíbulo había quedado abierta, y unos cuantos muebles de gusto refinado testimoniaban en él que el piso estaba, amueblado con lujo y elegancia. A través del vestíbulo, se podía ver hasta el comedor, cuya lámpara colgaba muy baja, sobre la mesa puesta para la cena; ante ella se hallaba un señor de avanzada edad, que vestía una americana, de dril, ostentando una barba blanca. La luz de la lámpara brillaba con reflejos dorados en el cráneo liso y en la nivea barba del anciano. Llevaba lentes y estaba absorbido en la lectura del periódico que sostenía lejos de los ojos.

Todo esto no fue más que una visión fugaz, porque la luz del recibimiento apagose casi instantáneamente. A pesar de ello, Pedro permaneció inmóvil todavía un buen rato ante la puerta cerrada.

Antes de salir a la calle ojeó, en el portal, la lista de inquilinos y pronto encontró el nombre que buscaba: *Almády*.

Desde la calle, dirigió la vista hacia las ventanas del primer piso, intentando adivinar cuál sería la habitación de Miett.

Después echó a andar lentamente. Cenó en el «Holfer», y mientras comía, no dejaba de preguntarse cómo había sido posible que, en toda la tarde, no se fijara en aquellas dos muchachas hasta el último momento. Haciendo un esfuerzo de memoria, recordó que ambas estaban sentadas cerca del piano, ante la ventana, junto a la cual había un enorme jarrón japonés que cubría a Miett de tal forma que casi no se la podía ver. Además, al principio había demasiada gente en el salón.

Acabada la cena, fue dando un paseo junto al Danubio, por la orilla de Buda, hasta sentarse en un banco. Su recuerdo voló por un momento a Olga, la atrayente morenita, volviendo a ver con toda claridad el hermoso arco de sus piernas, al subir corriendo la escalera, y oyendo de nuevo sus carcajadas.

Sin embargo, pronto su pensamiento fue a parar a Miett, la mujer de las bellas, manos, dándose cuenta ahora de la fuerza, tierna y misteriosa, que irradiaba desde ella hacia él. Realmente la había sentido ya en el primer momento, cuando ni siquiera se había fijado en su rostro, y tan sólo su blanca mano se posara en el papel; una

mano que salía suavemente de la estrecha manga de blanca granadina.

Pedro pasó revista a todas las personas que acababa de conocer aquella tarde. Volvía a ver con minucia a todas las mujeres; entre los hombres, apenas sí se acordaba ya más que del cadete y del tío Kramer. Casi en el último momento, le apareció la figura de Miska Adam, cuyo elegante traje había despertado su envidia. Y ahora se acordaba también de que aquel Miska Adam conversaba animadamente con Miett, se marchó pronto y sólo le dio la mano a ella. Empezó a buscar una relación entre ambos. «Sin duda están enamorados mutuamente —pensó para sí—, y hasta puede ser que se besen...». Sin embargo, estos pensamientos apenas le impresionaban más que la ligera brisa, muy suave y algo misteriosa que se elevaba del lado del Danubio, acariciando a veces su frente, librándolo de la presión del sombrero, echado hacia atrás, al sentarse cómodamente en el banco estirando las piernas.

Su imaginación continuaba ocupándose de la reunión de la tarde. A pesar de todos sus esfuerzos, fue incapaz de evocar la cara del pianista. Asimismo, sólo veía el rostro enmascarado de pelo rojizo del periodista alemán como una mancha confusa, en la que destacaban únicamente los lentes. En cambio, se acordaba muy bien de la pequeña señora de Galamb y de la de Lénart.

Sin embargo todas esas figuras se habían grabado en su mente por un ademán, un gesto o una palabra instantánea, borrándose pronto en su espíritu, y su recuerdo volvió a concentrarse en una sola: Miett.

«¡Miett!». Intentó pronunciar el nombre varias veces con acentos diferentes, como paladeando una por una cada letra de tan extraño diminutivo que, pronunciado aquí solo y a orillas del Danubio, sonaba como un fino silbido de sensual estridencia.

«¡Miett!», dijo, como si le dirigiera la palabra. «Miett», repitió, como si la llamara de lejos. «Miett», volvió a decir con suave tono de reproche. «¿Miett?», preguntose maravillado a sí mismo. Después pronunció el nombre dulcemente, como si estuviera consolándola y, luego, en tono de queja, contrariado. Por fin, lo pronunció de tal manera que sintió angustia en su corazón.

«¡Qué nombres más estúpidos se dan a veces las mujeres!», dijo al levantarse y tirando lejos de Sí la colilla del cigarrillo.

Dirigiéndose hacia su domicilio, se puso a silbar Y dejó de pensar en Miett y en toda aquella reunión. De pronto, interrumpió su itinerario para entrar en un café de la Avenida Luis Kossuth, donde encontró a sus amigos, y se quedó jugando con ellos al billar hasta la medianoche.

Luego se fue a su casa y se acostó. Encendió la lamparita encima de la mesilla de noche y apoyándose en el codo, abrió un libro. Leía *David Copperfield*, la novela de Dickens.

2

El sol de otoño hacía ondear ligeros velos dorados, río abajo, sobre el Danubio. El reloj del embarcadero de «golondrinas»^[13] marcaba las dos y cuarto y el *Corso*^[14] comenzaba ya a desplegarse. El agua conservaba todavía el calor de las sofocantes jornadas del estío, llenando el aire con un empalagoso olor de pescado. Este ligero y cálido hedor de putrefacción recordaba la atmósfera de las bahías en los mares del Norte. Por lo menos, así lo afirmaba en medio del *Corso* una señora de formas opulentas que incluso allí, a orillas del Danubio, continuaba buscando sus pasados recuerdos veraniegos. En los muelles, junto al agua, amontonábanse un sinnúmero de cajas que realmente exhalaban, sin hipérbole alguna, el perfume resinoso de los pinos.

En algunos puntos, a través de las quemadas hojas de los árboles, se vislumbraba ya, con sus colores de castaño dorado, el hermoso setiembre.

Bajo un árbol se hallaba sentado un mendigo cojo.

En su cara macilenta se marcaba la huella de la tisis. Dormitaba con la cabeza inclinada, y los rayos del sol que le caían en las manos le hacían transparentar casi hasta los huesos. Junto a él su gorra esperaba inútilmente sobre el asfalto, pues no aparecía en ella ni una perra chica.

Una suave brisa subía del lado del río. Los árboles se estremecían a su soplo. Era como un suspiro, tras el que un árbol dejó caer, cual una moneda de oro, una hoja dorada en la gorra vacía del mendigo.

Un pequeño «foxterrier» pasó al galope por el *Corso* desierto, como si fuera retrasado a un importante banquete. Arriba, en el cielo sofocante y gris, recortábase un gavián, flotando, casi inmóvil y acechando las palomas del Vigado^[15]. Viniendo desde la estatua de Petöfi, pasó una ama seca, empujando un cochecito de niño, con el cansancio del cotidiano paseo de después del almuerzo.

Pedro acababa de salir del despacho a estas horas, y fue a sentarse al *Corso*. Cuando hacía buen tiempo, solía bajar a pie por la orilla del río, y atravesando luego por el Puente de la Reina Isabel, llegaba a la calle del Teniente, donde ocupaba con su madre una casita de planta baja.

Sentado allí, en el *Corso*, acostumbraba a echar una ojeada al diario del mediodía. Hoy, estaba ya a punto de doblar el periódico para marcharse, cuando vio venir del lado del Puente de la Cadena una pareja de jóvenes. La muchacha llevaba un ceñido traje de seda, color de pan tostado, que la brisa amoldaba a su cuerpo como una vela se pega al mástil. Echaba sus hombros un poco hacia atrás, y sus minúsculos senos dibujaban líneas suaves, pletóricas de promesas. A cada paso que daba, la falda muelle se pegaba a los muslos, y el andar rítmico y rápido insinuaba casi todos los detalles debajo del vestido.

Pedro reconoció en el acto a Miett. Echó mano instintivamente al periódico, para ponerse a leer, turbado, como si no la hubiera visto. Pero, al propio tiempo, se daba cuenta de que el corazón le empezaba a latir aceleradamente.

El muchacho que iba con Miett, era Miska Adam. Pedro esperó que pasaran ante él; sólo entonces levantó un poco la cabeza para seguirlos con la mirada. Le hubiera gustado poder escuchar al vuelo algunas palabras de su conversación, pero pasaron por allí sin hablar, con paso rápido, como si también ellos estuvieran retrasados.

Pedro hizo una mueca y dijo, casi en voz alta:

—Bueno, parece que se entienden bastante bien...

Pensó que Miett y Adam no habían hecho más que deambular por los muelles o, quién sabe, si a lo mejor se daban citas secretas por las mañanas. ¡Se oye hablar tanto de estas cosas! Budapest es una ciudad corrompida y aquí ya ni siquiera las muchachas *bien* son puras.

Esto le hizo meditar sobre lo que podía ser la vida de una niña *bien*. Hasta entonces nunca había besado a una «verdadera señorita»; por cierto, que debía de ser muy interesante. Sin duda, tiene que ser cosa tan fácil como acorralar a una institutriz contra la pared, besándola en la boca al primer encuentro a solas. Un beso de una de éstas, un beso de una muchacha *bien*, debe de ir precedido seguramente por el mismo camino de mil palabras hábiles y finas, de mil frases en sordina e interrumpidas por suspiros, de mil miradas profundas y penetrantes, como los senderos que desembocan en una glorieta.

¿A qué debe de saber el beso de una señorita? ¿Será cierto eso que dicen que con una chica *bien* incluso se puede llegar más lejos? Entonces, estos dos: esa Miett y ese Adam, seguramente se besan ya. Pero, al evocar ahora todos sus recuerdos concentrados en torno de Miett, al recordar la mano puesta sobre el papel irradiando pureza y distinción, al pensar en su actitud seria y reservada, de repente le pareció imposible que existiera entre Miett y Adam otra cosa que algunos besos inocentes. Mas, ¿quién le aseguraba que se besaban? Es muy posible que se hayan encontrado por casualidad, y que Adam no haga más que acompañarla. ¿Y por qué no podrían ser parientes, o primos hermanos, por ejemplo?

Todos estos problemas quedaron sin solución, mientras se dirigía con lento andar hacia su casa, cruzando por el Puente Isabel. El anormal latido de su corazón continuaba oyéndose en su pecho y sólo poco a poco fue invadiéndole la calma.

Por regla general, solía comer solo, pues llegaba a casa a horas irregulares. Era siempre su madre quien le servía la comida. Su madre, viuda, era una señora bajita, muy delgada, que inclinaba un poco su cabeza canosa y cuya voz sólo de tarde en tarde se percibía, siendo como la de un tímido pajarito. Era humilde casi hasta resultar insoportable para su hijo, como una criada que teme ser despedida.

Provenía esta humildad de haberse casado —siendo más pobre que una rata de

iglesia— con Esteban Takách, profesor del Instituto de aquella pequeña ciudad polvorienta de la gran llanura húngara, en cuyo colegio calvinista el padre era profesor. 'Había sido una hermosísima muchacha huérfana, de flexible talle y tez blanca y fina, y aún ahora, sus ojos grandes y redondos miraban infantilmente al mundo bajo su cofia de vieja, aunque rodeados ya por el velo de la edad y una telaraña de finas arrugas.

Pedro solía ponerse irascible y hasta grosero con la dulce viejecita, más por costumbre que por maldad, y quizá porque su madre se lo toleraba absolutamente todo desde muy niño.

También hoy estaba de pie cerca del aparador, con la cara apoyada en la mano, y acechando con cierto temor el rostro serio y sombrío de su hijo Pedro, en el que se reflejaban, una vez más, ocultas emociones. Esperaba en silencio que Pedro terminara con la carne, para servirle luego, como postre, los sabrosos «tallarines dorados».

Después del almuerzo, Pedro tenía la costumbre de reposar en el sofá de la habitación interior que daba sobre el patio, para dormir la siesta. También hoy, se acostó, pero no pudo conciliar el sueño. Arregló cinco o seis veces el almohadón, fresco y blando, que solía colocar bajo la cabeza. Abrió los ojos y, desde su posición horizontal, se puso a contemplar fijamente el tejido verde y negro del tapiz que cubría la pared frontera.

Sentía que algo extraño le había pasado. Algo que no podía explicarse mediante conceptos habituales. Esto duraba ya tres días, como si en su ser más íntimo se hubiera abierto, con un estallido de vida, un yo hasta entonces desconocido incluso para sí mismo. Deseos inquietantes se movían en lo más hondo de su pensamiento y sabores y perfumes, colores y calores ignorados se vertían en su sangre. Durante los últimos tres días, habíase vuelto infinita y dolorosamente susceptible. Al pasar por las calles, levantaba sin darse cuenta los ojos hacia las ventanas de las que escapaban las notas de un piano, y la música desconocida le ponía aún más triste. En realidad, nunca había tenido propensión por estos sentimentalismos poéticos, y menos todavía por la música misma. En algún que otro instante en el que se recobraba a sí mismo, veíase lamentablemente cómico en este estado de ánimo.

Al cruzar la calle una mujer, se volvía para seguirla con la mirada durante largo rato, cosa que nunca solía hacer. Es cierto que antes también miraba y remiraba a las hijas de Eva que le eran gratas, pero con una emoción muy distinta, sana y estudiantil; mientras que ahora, al pasar al lado de una mujer en el *Corso*, le parecía como si, en el movimiento de su falda, se escondiera algún misterio, totalmente desprovisto de sensualidad. Sentía más bien, aunque muy oscuramente, que era la mujer, *la Mujer*, el eterno femenino, quien de pronto irrumpía imperiosamente en su vida.

Y al pensar de nuevo en Miett, desde que la conoció en casa del doctor, pensaba

siempre lo mismo: que una mujer así, es la ilusión suprema, que es algo único, algo sublime, algo que nos eleva hasta el cielo. ¡Qué maravilloso debe de ser alcanzar en la vida a una mujer así, y qué misteriosa e inquietante es la mujer distinguida!

Tendido allí en el sofá, al pensar una vez más en Miett, se sentía invadido por una languidez que le calaba hasta los huesos.

¿Estaría enamorado?, se preguntaba en su soliloquio, pero al instante la misma pregunta le parecía desprovista de sentido. No, aquello no era amor. Hasta ahora había llevado una vida monótona y como adormecida, pero ahora despertábanse en él, con fuerza irrefrenable, los deseos, no de Miett, no de ella, no de una determinada mujer, sino del amor en sí.

¿Miett? En realidad la conocía menos aún que superficialmente. Y, sin embargo, al recordarla, sentía a través de ella aquel misterioso calor que ponía en tensión todas las fibras nerviosas de su ser desde ya hacía tres días. ¡Es tan difícil definir ciertos sentimientos, determinarlos con exactitud y conocer la verdad que encierran! Basta tenderse en un sofá para sentir el corazón a la vez ligero e inquieto, como si uno lo tuviera embebido en el alcohol del insomnio. Desde hacía tres días, su imaginación, en libertad, se exaltaba hacia mil distintos caminos. Imaginándose alucinantes pormenores, llegaba a oír casi el sonido de cada palabra. Tras los párpados cerrados, ensayaba y representaba todas las miradas y todos los gestos.

Por la mañana, se pasaba largo rato ante el espejo, contemplando una tras otra todas las diferentes expresiones: enfado, sorpresa, alegría, dolor, exaltación, ternura...

Esto era después de afeitarse; luego acababa echando una medrosa mirada hacia la puerta, para ver si alguien le había acechado en estos extraños juegos de su soledad, y al final se entristecía, sintiendo una inmensa vergüenza de sí mismo.

Pero luego reincidía sin transición. Pasaba de un estado de ánimo a otro, como si la caprichosa marcha de sus pensamientos estuviera determinada por alguna fuerza exterior, ajena a él. Permanecía de pie ante el espejo y se estudiaba atentamente.

Intentó reírse a carcajadas; ensayó la sonrisa. Sonreír con expresión de superioridad o con tristeza, dulce o comprensivamente, con amargura o con ironía. Ensayó todos los más finos matices de sonrisa imaginables de que era capaz, y entre tanto, observaba con gran atención el movimiento de los labios en el espejo, como si se tratara de la boca de otra persona.

De repente, experimentaba curiosidad por sí mismo. Hasta ahora, sólo había conocido aquella cara suya, siempre igualmente aburrida y rígida, al enjabonarla antes de afeitarse, o al mirarse con los ojos entornados mientras se peinaba. Ahora, cuando empezaba a meditarlo, se daba cuenta de que no conocía de sí mismo sino a aquel Pedro que se estaba lavando o vistiendo, o cuando más, las diferentes caras de aquel Pedro.

Ahora descubría con sorpresa centenares y miles de expresiones y matices de su mímica, que había ignorado hasta la fecha, pero que los demás debían de conocer muy bien, por verlas numerosas veces al día.

Cogió un espejo de mano, lo sostuvo a un lado y comenzó a mirarse la cabeza por detrás. La línea curiosa y extraña de la parte posterior del cráneo, le maravillaba. Hasta hoy, se lo había imaginado de manera muy distinta.

Sus pensamientos volvían otra vez hacia Mielt. Vio ahora con toda claridad el rostro de la chica, allí en la penumbra de la pantalla de la lámpara, tamizada por aquella sombra que proyectaba sobre sus facciones el ancho sombrero de terciopelo negro. Y también cuando ella arqueaba de manera encantadora las cejas, entornando al mismo tiempo los párpados y las líneas de su boca intentaban esconder las ganas de reír. Evocaba incluso los movimientos de las manos, al quitarse los guantes. En los tres días había perdido más de una vez en su memoria el semblante de Mielt. La cara, o la voz de ella. Pero, luego, volvía claro y preciso el recuerdo de la una, de la otra, o de ambas a la vez. Ahora oía con toda claridad cómo le había saludado al despedirse, con indiferencia, sin matizar el acento de las palabras, en la puerta iluminada de su casa, el domingo por la noche: «Buenas noches...».

Con los párpados cerrados estudiaba en todos los detalles la cara de Mielt. Las cejas eran finas, delicadamente arqueadas. La ceja izquierda quedaba interrumpida por una cicatriz claramente visible, muy llamativa, que sin afearle el rostro le daba, por el contrario, un aspecto interesante. Los ojos grandes, que no sabía si eran azules o verdes oscuros, estaban sombreados por las largas pestañas. La boca era grande, pero con los labios muy finos, y las comisuras de la misma parecían expresar con extraordinaria sensibilidad los mil matices de su estado de ánimo. En los extremos de los labios se escondían a menudo dos sonrisas distintas que daban gran plasticidad y mucha expresión a su cara. Pedro había observado igualmente que, cuando Mielt se proponía dar un paso, entornaba un poquitín los ojos y miraba primero al suelo. Probablemente debía de ser algo miope.

«Su voz suena siempre con una fina cantinela, y si acaso sabe cantar, debe tener voz de tiple. Una voz en la que va y viene, con sólo hablar, algo afelpado, cálido y sensual».

Sí, ahora se acordaba claramente: cuando durante el juego dijo a Mielt que no le podría comunicar su dictamen grafológico sino a solas, y al cubrirse de púrpura la cara de la muchacha, exclamó riendo, pero sin gran susto: «¡Oh!». «¡Oh...!». Ese «¡oh!» de protesta era casi como dos cálidos y breves sonidos que salieran de una ocarina.

Él mismo quedó sorprendido al darse cuenta de lo mucho que sabía de aquella muchacha, de los detalles suyos que recordaba, cuando apenas la viera durante unos minutos. Había conocido a muchas chicas tan guapas como Mielt; incluso aquella

morenita, Olga, fuese tal vez más hermosa; pero la realidad es que nunca en su vida había experimentado un efecto como el que Mielt produjo sobre él. Se puso a pensar tratando de resolver el misterio, continuando sus reflexiones. ¿A qué se debe el que entre varias mujeres bonitas, siempre escojamos a aquella que nos interesa, y que ejerce sobre nosotros tal influencia que, a su lado, todas las demás, incluso las más lindas, llegan a perder todo interés? La carne, la sangre y la piel de ciertos cuerpos femeninos (continuaba enlazando sus pensamientos) deben poseer alguna irradiación íntima, a la que sólo son sensibles aquellos hombres cuya sangre, carne y huesos acusan la misma composición química. Esa coincidencia se llamó amor.

Al llegar a este punto de su razonamiento, todo cuanto había meditado le pareció una solemne tontería y se puso a pensar en otra cosa.

¡Qué delicioso sería poder besar el cuello sedoso y perfumado de Mielt, en aquel punto sobre la nuca, donde los cabellos están peinados hacia arriba en forma de trenza! ¡Aquella parte de la nuca en la que se encuentra un hueco en el que cabe exactamente la boca y donde los labios pueden hundirse a su antojo...!

Escondiendo su cara en la blanca almohada y tendiendo los labios, buscó en ella, íntimamente, el sabor desconocido de la gran boca húmeda de Mielt... Su imaginación evocó a la muchacha en los más diversos aspectos, en los momentos más inesperados.

Silenciosamente, su madre entró como una sombra en el cuarto para buscar algo en la mesa escritorio.

Pedro se volvió nerviosamente y dijo con dureza a su madre:

—¡Váyase, por Dios! Nunca me ha de dejar dormir tranquilo...

La viejecita se estremeció. Llevándose la mano al corazón contestó con voz baja y suave:

—Venía a buscar... el tintero; nada más... hijo mío...

—Lléveselo por la mañana, cuando yo no estoy en casa. No cuando quiero dormir un rato.

Estas palabras, las profirió ya groseramente. Su madre dio media vuelta, sin decir nada, y salió. En su sobresalto había vuelto a colocar sobre la mesa el tintero, que ya tenía en la mano.

—¡La puerta! —gritó Pedro desde el sofá.

Su madre cerró desde fuera.

Pedro quedó solo otra vez. No podía dormir e incluso el ensueño había sido ahuyentado. Ahora sólo sentía cólera y nerviosismo. De repente, se entristeció al pensar que de nuevo acababa de tratar groseramente a su madre. De buena gana habría ido hasta ella para besarle la mano, pero le faltaba fuerza para hacerlo. Se levantó del sofá, encendió un cigarrillo y se puso en la ventana.

Durante dos o tres semanas, sus días pasaron de igual manera casi sin excepción.

Evitaba a la gente, prefiriendo estar aislado o pasear por calles desiertas. Era ferviente aficionado al billar, pero estos días iba a jugar solo. Se proponía problemas complicados, jugadas difícilísimas, «massés» y «retrocesos». Enlazaba la consecución o el malogro de cada jugada con la realización o el fracaso de otros tantos deseos. Si le salía bien la carambola, era feliz durante toda la jornada. Si, por el contrario, fallaba, sentíase triste y pesimista. Y de esta manera pasaban sus días.

A principios de octubre, el tiempo era aún maravillosamente hermoso. En las pistas de tenis de la isla de Santa Margarita se reunía mucha gente, y frente a la vieja Buda, las regatas surcaban las aguas del Danubio.

En el Círculo, el doctor Varga se acercó a él para invitarle:

—Ven a casa a tomar el té el domingo.

—Muchas gracias —respondió Pedro, ocultando con dificultad su emoción. Y añadió inmediatamente:

—¿Quiénes irán?

—Los del otro día —contestó Varga, dando media vuelta y marchándose, porque alguien le había cogido del brazo.

Aquella noche, Pedro regresó a casa muy temprano. Revolvió todo el piso pasando revista a su ropa interior y a sus corbatas. Pasó horas enteras escogiendo cuellos y puños y descartando aquellos que estaban muy usados o rotos.

Su madre, solícita y contenta, iba y venía a su alrededor, ejecutando sus encargos, como siempre, en silencio y con la mayor presteza.

Envío al sastre los pantalones rayados para plancharlos. Mandó a comprar betún y cordones para los zapatos. Encargó que se exigiera a la planchadora la entrega de los cuellos para el viernes, sin falta.

Al día siguiente, Pedro fue a cortarse el pelo con el fin de que, hasta el domingo, sus cabellos crecieran un poco, y nadie pudiera pensar, al verle: «Este se ha hecho trasquilar la lana hoy...».

En la perfumería compró muchas cosas: instrumentos de manicura, un enorme jabón de olor y agua de Colonia muy cara. Se paseaba durante largas horas ante los escaparates de los grandes almacenes, sin resolverse en favor de uno u otro abrigo de entretiempo que quería. Por fin, decidióse por una gabardina inglesa, de color castaño verdoso. Compró asimismo un sombrero nuevo, dos corbatas muy elegantes y, además, media docena de calcetines de seda.

«Hace ya tiempo que debía comprar todo esto», pensó, como excusándose, al salir de la tienda cargado de paquetes.

Se preparaba para el domingo como para una fiesta muy grande. El domingo por la mañana, al mirarse en el espejo, se encontró demasiado pálido. Los febriles preparativos de los últimos días le habían fatigado seriamente.

Después de las cinco se presentó en casa de los Varga. También esta vez el

recibimiento estaba lleno de sombreros, bastones y abrigos, y la linda Rózsi, al ayudarle a quitarse el suyo, ocupaba igualmente el sitio de costumbre.

El señor de la casa, al verle, vino a su encuentro:

—¿No has traído a Pablito Szücs? —le preguntó.

—Szücs no está en Budapest, se excusó por carta —observó su señora.

Varga presentó a Pedro a los señores que se hallaban más cerca, y luego desapareció.

Pedro comenzó a recordar vagamente alguna que otra cara. Reconoció al coronel, al pianista y a tres señoras del otro día, pero con quienes no había cambiado una palabra. Hoy había incluso más gente que hacía cuatro semanas. Su mirada erró hacia el piano, pero esta vez, en las dos sillas ocupadas el otro día por Olga y Miett, se sentaban dos señoras de cierta edad. El gran jarrón japonés ocultaba a medias a una de ellas, exactamente de la misma manera que el otro día a Miett.

En vano buscaba con la vista a Juanito, el cadete. Sin embargo, acabó por descubrir a la pequeña señora de Galamb en un rincón, coqueteando con un teniente de artillería.

Su mirada volvía repetidamente al lado del piano, contemplando con incomprensible odio a las dos ancianas.

De todos modos, aún no abandonaba su esperanza. Cada vez que entraba otro invitado, volvía nerviosamente la cabeza hacia la puerta. Albergaba la ilusión de que aún era muy temprano y que las dos amigas podían venir todavía.

Mas el tiempo iba pasando y ya eran las seis y media. La señora de Varga le sirvió ella misma una taza de té, que Pedro aceptó únicamente para poder preguntarle:

—¿No vendrán aquellas dos muchachas?

—¿Qué muchachas?

—Olga y Miett —contestó inclinándose sobre la taza de té, para no revelar su emoción.

—Olga, no sé por qué no ha venido, pero la pobre Miett está enferma...

Y alejose, dejando plantado a Pedro. Este se quedó a solas con la palabra «enferma». «No vendrá, no la veré hoy...». Comprendió indignado que todos sus preparativos, toda su fiebre, todas sus esperanzas habían sido vanos. En este instante ni siquiera pensó en la enfermedad de Miett; únicamente sentía lástima de sí mismo.

Huyó hacia la antesala. Púsose el abrigo y, antes de bajar la escalera, se detuvo en el pasillo. Miró largamente hacia el rincón donde vivía Miett.

Una vez en la calle, cruzó a la otra acera, para levantar los ojos hasta las ventanas del primer piso. En casa de los Almády no había más luz que la de una pálida lámpara tras la última ventana. En el piso del doctor se oía música.

La calle estaba a oscuras. Hacía más de media hora que Pedro no se había movido de allí, apoyado en la pared y soltando de su pecho una serie de pequeños suspiros

que se parecían mucho al llanto.

—¿Qué me ha pasado? —preguntose asustado al darse cuenta de la sequedad de su garganta y del inconsciente suspirar. Echó una última mirada hacia las ventanas, y luego se puso lentamente en marcha, hacia su casa.

A la mañana siguiente, fue muy malhumorado al despacho, pero su mal humor era más bien una especie de cansancio. En su sistema nervioso había culminado y se había descargado completamente el sentimiento que profesaba hacia Mielt. En su fuero interno latía un deseo incorpóreo, una fantasía malsana, que no era, ni podía ser, un amor serio. ¡Si apenas la conocía, y apenas había hablado con ella!

Nuevamente encontró su corazón frío, vacío y oscuro, como si en él se hubiera apagado una luz. Aquella mañana se daba perfecta cuenta de que no acababa de perder a Mielt, la cual ni siquiera había existido, sino a la llama coloreada que se había encendido y apagado en su corazón, simbolizando el anhelo de tan ansiado amor, que llenaría su vida y su alma; anhelo en cuyo centro, como envuelto en la luz de una antorcha, se le había aparecido la figura sensual de aquella chica pelirroja.

Volvía a recobrar su tranquilidad; malhumoradamente lúcido, se dejaba llevar de nuevo por la rutina habitual y acostumbrada de su vida, interrumpida por esta fantasmagoría de cuatro semanas.

Durante la semana siguiente ya no pensó en Mielt ni una sola vez.

3

Hacía tiempo que el verano había huido de las orillas del Danubio. Los pequeños y calvos tilos goteaban a raíz de las lluvias de otoño, como si dejaran caer lágrimas.

En el paseo de delante del kiosco no quedaban más que las huellas de las patas de hierro de las sillas, que se habían hundido profundamente en el asfalto ablandado por las cálidas jornadas estivales. Aquellas huellas, tan numerosas, evocaban la imagen de la manada de corzos que durante la noche pasa furtivamente por la arena endurecida y lisa de los bosques, no quedando a la mañana siguiente otro rastro de ellos que las huellas de las pezuñas.

¿Adónde habíase escondido el verano color de corzo?

Pedro pasaba todos los días por allí, camino de su casa.

A veces le asaltaba momentáneamente la idea de lo que podría ocurrir si se encontrara a Miett. ¿Le conocería? ¿Contestaría a su saludo? Y él, ¿tendría el valor de acercarse a ella y dirigirle la palabra?

Pero todos estos pensamientos cruzaban por su imaginación muy pálidamente, como otras mil ideas que con un brinco saltan hasta nosotros de los objetos imprevistos, de las caras de la gente, de las nubes del firmamento, o del cristal de los escaparates, en la más absurda y caótica de las confusiones.

Ya ni siquiera se acordaba del rostro de la muchacha. Había pasado un mes desde entonces, y la vida de Pedro se había adaptado a nuevos anhelos, a nuevas fisonomías, los recuerdos de sus horas solitarias estaban poblados de figuras inéditas.

Durante las últimas semanas pasaba mucho tiempo en compañía de Pablito Szücs, quien, entre tanto se había enamorado muy seriamente de la pequeña señora de Galamb, lo cual le tenía loco de felicidad. A veces solía abrir su corazón a Pedro, y éste escuchaba sus confesiones con secreta envidia. Szücs se detuvo ante él y levantando los brazos hasta el cielo (acostumbraba a hacer aquel gesto) le declaró después de la narración de algún detalle íntimo:

—¿Sabes, amiguito...? Me siento como si me hubieran cambiado hasta el último cabello de mi cabeza.

Szücs era como el pobre al que le ha tocado el premio gordo y que, de momento, no sabe qué hacer con él. Los ojos le brillaban de dicha, el alma se le estremecía, sintiendo irresistibles deseos de iniciar a todo el mundo en su feliz secreto.

Una mañana, las colinas de Buda se despertaron bajo una fina capa de nieve, aunque era sólo el primero de noviembre. Era una especie de invierno en broma que aún no tiene dientes para morder y que había llegado hasta allí escondido bajo la solapa del viento del Norte. Pedro, que casi nunca salía de noche, entró con Pablo Szücs, sin saber cómo, en un *music-hall* del bulevar.

Szücs quería divertirse a toda costa, y pidió champaña. Cogió por el ala del frac a

un viejo camarero y le atrajo confidencialmente hacia sí:

—Dígame, viejo: ¿hay chicas guapas por aquí?

—Espere un momento, señor comisario —le contestó el viejo, que tenía la cara picada de viruelas. Conocía muy bien a Szücs y sabía perfectamente que no era aún comisario de policía, sino sólo un modesto funcionario de la Jefatura.

—En seguida les enviaré a dos «muñequitas de azúcar» —añadió desapareciendo.

En efecto, poco después volvía con ellas, guiándolas hacia la mesa de los dos muchachos. Una de las «muñequitas de azúcar» llamábase Mimí; era una mujer de carnes fofas, morena, y ya no muy joven. Sus senos empolvados amenazaban con escapar por el escote de la blusa. La otra respondía al nombre de Nelly; el azul de lápiz agrandaba y profundizaba aún más sus ojos, ya grandes de por sí, que recordaban a los de Asta Nielsen. Ambas muchachas trabajaban como «números» del *music-hall*. Mimí cantaba cuplés, mientras que Nelly bailaba danzas españolas.

Szücs tomó inmediatamente bajo su protección a Mimí, de modo que la rubia Asta Nielsen le tocó a Pedro. Entre Pedro y Nelly la primera hora de la juerga transcurrió observándose mutuamente y con gran atención las caras, las manos, los trajes, intentando penetrar cada uno en lo más íntimo del otro. A Szücs, en esta clase de amistades, le dejaban totalmente indiferente las complicaciones de la vida humana. Se puso, por tanto, a hablar con Mimí en seguida en un tono como si se conocieran desde pequeños, y cada vez que tenía ocasión la acariciaba por mero sentimiento de camaradería, encargando botellas de champaña una tras otra. El cingaro se acercó tocando a la mesa y Mimí, con una voz de timbre agradable, en la que se mezclaba cierto acento de provincialismo revelando de golpe y porrazo sus orígenes, se puso a cantar. Echando hacia atrás la cabeza, iba meciéndose según el ritmo de la canción.

Nelly, en cambio, que hablaba poco, pero que bebía mucho, fijaba sus ojos pardos en Pedro, como si le quisiera hechizar. De pronto, colocó la mano febrilmente cálida sobre la de Pedro, se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Eres muy guapo... ¿Te lo han dicho ya muchas?

Su mirada en aquel instante aparecía llena de una indecible tristeza, como si le dijera: «¿Ves?, yo siempre había soñado en un muchacho como tú. Mi padre tenía una modesta librería allá lejos, en el Norte de Hungría; yo, niña soñadora, me pasaba todo el día en medio de los libros, respirando el buen olor de las publicaciones nuevas, leyendo y fantaseando; de vez en cuando, miraba a la calle de la humilde ciudad provinciana; estaba enamorada del secretario del Gobernador... (se te parecía un poco)... Me hubiera gustado llegar a ser una mujercita *bien*; empujar un coche de niño por el Parque Popular, mientras la música militar tocaba... Pero mi padre murió, también murió mi madre (aunque a ti, ¿qué te importa todo esto?)... Y ahora, ya ves, estoy sentada aquí, y, a veces, vuelvo la vista hacia esa vida limpia y bella que se fue volando...».

Nelly hizo una mueca, como si quisiera poner punto final a los pensamientos no expresados.

Pedro, pareciendo haberlos adivinado, acarició la frente de la muchacha, que cerró sus grandes y cansados ojos bajo la caricia. Al hacerlo, sufrió una extraña metamorfosis, volviéndose fea y vieja, como una cara de muerta.

—Bebamos —dijo Pedro y chocó su copa contra la de Nelly. La muchacha abrió de golpe los ojos y extendió la mano hacia la copa.

Szücs se puso en pie junto al violinista y, con voz quebradiza, se puso a cantar una a una sus canciones favoritas. Mimí, al verse sola, sintiose sin duda ofendida por ello y cambió de mesa, marchándose a la que ocupaba un joven ya calvo, el cual bebía pausadamente cerveza y fumaba cigarrillos en una boquilla multicolor.

Cuando Szücs se cansó de cantar, y volvió a la mesa con pasos vacilantes, observó con sorpresa que el asiento de Mimí estaba vacío. Al descubrir que la muchacha se había sentado a otra mesa, enfureciose hasta cubrirsele de sangre el blanco de los ojos.

—¡Demonios! —dijo, y, con aire amenazador, se fue hacia ella.

Pedro, de un salto, levantose rápido, pues conocía sobradamente el temperamento de Szücs, y temía que se produjera un escándalo.

—Déjate de tonterías, Pali —le gritó, pero ya llegó tarde para impedir que Szücs, con su fuerza de buey, hubiera extendido una mano por encima de la mesa, cogiendo al muchacho calvo por la solapa.

Pedro, por detrás, sujetó fuertemente a Szücs. Entre tanto, otros clientes se habían levantado también y los camareros se acercaban corriendo.

—Suéltame, *a-a... amiguito* —dijo Szücs a Pedro, tartamudeando un poco a la manera de los borrachos—, no... no quiero yo n-na... da, só-só... lo quería i... invitar a... a es... este señor... a nuestra me... mesa.

Y mientras hablaba, seguía tirando de la solapa de aquel pobre hombre, cuya cara, llena de pánico, se había vuelto lívida. Balbuciendo excusas, intentaba explicar que él no tenía la culpa, que él no había sido quien invitara a la chica a su mesa, mas Szücs no le dejó siquiera hablar, y obligándole a tomar una copa de la mano, le ordenó:

—¡Bebe!

El joven, aún muy pálido, miraba en torno suyo, no sabiendo cómo comportarse en aquella situación, para él tan violenta. Con mano temblorosa se puso a limpiarse la americana, con un pañuelo, pues se le había llenado de ceniza, pero Szücs le obligó por la fuerza a que le acompañara a su mesa.

Los cíngaros tocaron un pasodoble, y la alegría renació muy pronto. Szücs se divertía rompiendo con los dientes el fino cristal de las copas, lo cual le iba ensangrentando los labios, que estaban llenos de minúsculos trocitos de vidrio. Su boca parecía cubierta de escarcha.

Nelly se inclinó al oído de Pedro:

—Tu amigo ya está muy borracho... Yo desearía irme a casa. ¿No quieres acompañarme?

Y, de nuevo, volvió a mirar a Pedro, larga y lánguidamente.

También éste se sentía cansado de la absurda juerga. Sabía que en tales momentos resultaba inútil proponerle a Szücs que se marcharan y que era también inútil temer por lo que pudiera ocurrir, pues además de que no toleraba nunca ninguna intervención de ésta índole, no toleraba nunca que se cuidaran de él. Por muy borracho que estuviera, en el momento de pagar recobraba inmediatamente el buen sentido y no existía camarero que pudiera engañarle, puesto que al final resultaba siempre que todas las consumiciones aparecían anotadas, con la mayor exactitud, en el puño de su camisa.

Pedro y Nelly, aprovechando un momento de descuido, se escaparon juntos. Ya eran las cuatro de la madrugada.

—Podemos ir a pie —dijo la muchacha—. No vivo lejos.

Y cogiéndose del brazo de Pedro, empezó a andar. Pronto llegaron ante un hotelito recién construido, en una estrecha calle. Ya en la puerta, él quiso despedirse.

La muchacha le miró sorprendida.

—¿No subes? —preguntó temerosamente apretando la mano del joven. Cuando el portero de noche abrió la puerta, Pedro se dejó arrastrar por ella escaleras arriba, sin voluntad.

Paredes y alfombras despedían un olor extraño nauseabundo y dulce. El mismo olor llenaba también el cuarto de la muchacha, en el que era casi el único mueble una enorme cama de hierro.

Aun no había amanecido por completo, cuando Pedro salió del hotel. Los primeros tranvías circulaban ya por las calles y los Baños de Vapor «Hungría» ya estaban abiertos. Durmió un buen rato en el salón de reposo, y cuando hacia la una del mediodía, después de bañado y afeitado, franqueaba de nuevo la puerta del establecimiento, al mirar por la luna del restaurante del balneario, descubrió a Szücs sentado junto al joven calvo desconocido, con el que conversaba muy secretamente, a la manera de los conspiradores. En torno de ellos, al pie de la mesa, había un montón de botellas de cervezas vacías.

Szücs, Dios sabe desde hacía cuántas horas, estaba hablando a su nuevo amigo, de una señora «bien», sin mencionar desde luego su nombre, y repetía periódicamente:

—Y bien, amiguito, tú que eres completamente objetivo en este asunto... dime, ¿qué harías tú en mi lugar?

El muchacho joven y calvo, que ganaba su vida como delineante en una empresa de ingeniería, había recobrado ya los ánimos, después de pasado el gran susto.

Incluso sentíase halagado de que aquella enorme mole de hombre le iniciara en sus secretos más íntimos y atribuyera tanta importancia a su humilde opinión. Y esto tanto más, cuanto que nadie solía pedírsela nunca en ningún asunto. A pesar del cansancio que le dominaba hasta casi hacerle caer de la silla, estaba decidido a resistir a toda costa, decisión en la que influía mucho, desde luego, el que fuera Szücs quien pagara siempre las consumiciones.

Este último, que, por su carácter, era incapaz de guardar el más mínimo secreto, hubiera querido comunicarle todo a este joven tan simpático, pero aun con la cabeza medio perdida de tanto beber, se daba cuenta de que cierta discreción era obligatoria, y así se contentaba con repetir monótonamente:

—El pajarito más hermoso del mundo es la paloma^[16], ¡amiguito!

Y continuaba bebiendo caña tras caña de cerveza; sus ojos estaban congestionados y apenas si ya pestañeaba. En sus labios morados y heridos por el cristal roto, se conservaba la espuma de la cerveza.

Pedro se fue directamente a su casa, para almorzar.

Su madre nunca le preguntaba dónde había pasado la noche cuando no venía a dormir, pero le esperaba invariablemente para ofrecerle una «sopa de juerguista». En esta sopa, había siempre como un silencioso reproche. Después de almorzar, Pedro preguntó a su madre:

—Madre, ¿no quiere usted venir al teatro conmigo?

A veces solía llevarla consigo a los espectáculos.

—¡Ay, hijo mío, hoy no puedo! —se lamentó la viuda de Takách—. Los Vaynik deben venir esta tarde...

Luego, añadió intencionadamente:

—Aranka vendrá también. ¿No tienes ganas de quedarte en casa?

Pedro negó con la cabeza.

—Entonces iré solo.

Salió, y tras consultar los programas de una columna anunciadora, escogió una opereta, en la Opera Popular.

La platea aparecía medio vacía; también en los palcos había poca gente. Acabado el primer acto, Pedro se entretuvo en pasar revista al público de los palcos con los gemelos, y en uno de los mismos descubrió un grupito de tres personas que llamó su atención. No quería dar crédito a sus ojos. Era Miett, con Olga; a su lado, estaba sentado el cadete.

Subió al primer piso precipitadamente. Allí se detuvo de golpe y dio media vuelta, para bajar la escalera con pasos lentos. No se atrevía a entrar en el palco. Desde hacía casi dos meses, no había vuelto a verla. El primer encuentro resultó tan superficial, que apenas era posible reanudarlo ahora, entrando sin más ni más a saludarla. El palco, además, estaba a oscuras, y, a lo mejor, ni le conocerían al entrar.

Pensó esperarlos a la salida, una vez acabada la función, haciéndose el encontradizo, mas los dos actos que quedaban aún por representar le resultarían interminables.

Volvió nuevamente a subir. Primero, abrió las puertas de otros dos palcos, equivocadamente. Estaba excitadísimo. Por fin, al tercer ensayo, acertó con el que buscaba. El cadete era el depositario de todas sus esperanzas.

Al entrar en el palco, Miett volvió la cara hacia él la primera, pero, desde luego, no le reconocía en la oscuridad. Cuando se adelantó, aún le miraban extrañadas al pronunciar él, con la garganta seca, un formulario «beso a ustedes la mano».

En aquel momento, estaba muy arrepentido de haber entrado. Olga fue la primera en reconocerle.

—¡Hola, querido *maestro*! —exclamó alegremente.

Le dio la mano, y en este instante la fría mirada de Miett se deshelo. También ella le tendía su mano, no sin ruborizarse un poquitín, pero Pedro sabía ya que ello no significaba absolutamente nada, pues la cara de Miett solía cubrirse de un ligero rubor incluso cuando alguien le dirigía la palabra, o al conversar con otra persona.

—Hará usted el favor de no decir a nadie que nos ha encontrado aquí —le suplicó Olga.

—¿Por qué?

—Porque hemos venido sin «carabina». Mi tía hubiera debido venir con nosotras, mas en el último momento se excusó.

—Yo soy vuestra tía —dijo el cadete, muy serio.

Miett soltó una carcajada, pero sin dejar de mirar a Pedro; volvió a ponerse seria, y no sabía cómo comportarse.

La sala quedó de nuevo bañada de oscuridad, levantose el telón y Olga compuso un gesto de severidad:

—Y ahora, nada de reírse fuerte... ¡Si no os portáis como se debe, os llevaré a casa en seguida!

En este momento, Juanito, el cadete, murmuró algo entre dientes, que al oírlo Olga, la hizo esconder la cara entre sus manos enguantadas, tratando de ahogar unas carcajadas, por lo cual varias personas de la platea se volvieron hacia el palco, protestando.

El cadete permaneció callado durante algún tiempo; luego hizo otra observación en voz baja. Era suficiente que abriera la boca, para que las muchachas, que casi no podían entender lo que decía, rompieran a reír a borbotones. Irradiaba de los tres una irreprimible alegría y una vitalidad desbordante.

Pedro iba recobrando poco a poco su acostumbrada sangre fría, habiéndole cesado el brusco latir del corazón que sintió al entrar.

En el escenario se desarrollaba una escena de amor muy sentimental. Juanito soltó de repente un agudo «kikiriki».

Las muchachas se levantaron rápidamente de sus asientos, corriendo hacia el oscuro fondo del palco e intentando sofocar sus carcajadas abrazándose la una a la otra.

Juanito quedó sentado, impertérrito, con los brazos cruzados sobre el pecho y contemplando con impasible cara la escena. Dicha actitud era indispensable, desde luego, pues el «kikirikí» hizo que muchos espectadores dirigieran la mirada, nerviosamente, hacia el palco. Por suerte, era difícil precisar de cuál de ellos había salido tan insólita interrupción: el rostro rígido y severo del cadete desvanecía toda posible sospecha.

Durante el resto del acto, las dos amigas no salieron del fondo del palco. En el entreacto, cuando la sala fue iluminada de nuevo, ya habían recobrado la serenidad. Ambas afectaban una expresión entre ofendida y distinguida.

—Juanito, por favor —reprochó Mielt al cadete—, si vuelve usted a cometer una tontería, yo me voy a casa.

Pedro asustose mucho más de tan categórica declaración, que el propio Juanito, el cual se puso la mano sobre el corazón:

—Palabra de oficial del ejército: no volveré a abrir más la boca.

Mielt volvió la cabeza al otro lado, notando Pedro el esfuerzo con que reprimía la risa. Extasiábase contemplándola, y con la mirada iba bebiendo ávidamente cada uno de sus menores movimientos. Aquella muchacha que él se había imaginado bajo mil formas diferentes, era otra: más lánguida, más abstracta, más la mujer desencarnada. Esta, en cambio, que con encantadora testarudez colocaba la mano en el picaporte de la puerta, amenazando al cadete con marcharse inmediatamente, aunque desde luego por nada del mundo hubiera abandonado el espectáculo, esta mujer, sí, era Mielt. La verdadera, la auténtica Mielt, que iba mostrándose a él con nuevos matices, que daba una impresión más fresca, más natural, más espontánea que en aquel día del té en casa del doctor. Sí, esta Mielt era la realidad misma, y ahora le parecía a Pedro que no tenía nada de inaccesible.

Olga seguía fingiendo estar escandalizada. Tras muchos ruegos y súplicas, las muchachas volvieron a ocupar los asientos, contando con que Juanito cumpliría su palabra. Durante todo el tercer acto, éste no dio señales de vida, pero al llegar a la escena de la despedida, en la que un silencio religioso se extendió por toda la sala, sacó su pañuelo y se sonó la nariz, con un estruendo tan ruidoso como el que pudiera producir una trompeta de húsares.

Todo el público se volvió automáticamente hacia ellos.

Las dos muchachas se refugiaron nuevamente en el fondo del palco, donde poniéndose con precipitación los abrigos, ganaron la puerta.

Esta vez, el propio Juanito se había asustado un poco, y también él salió con premura, acompañado de Pedro. No alcanzaron a las dos amigas que caminaban

rápidamente y muy pegadas la una a la otra, sino cuando ya estuvieron en la calle.

Por nada del mundo Mielt y Olga habrían vuelto la cara, pero les daba cierta seguridad oír los pasos de los dos muchachos muy cerca de ellas, a su espalda.

Olga y Mielt acercaron las cabezas, y por los movimientos de los hombros se podía adivinar que estaban riéndose.

Luego, no muy lejos, detuviéronse ante el puesto de una vendedora de castañas, y mientras hacían su compra, Pedro preguntó a Olga:

—¿Cuánto les debo por el asiento del palco?

—¡Un florín veinticinco céntimos! —contestó Olga sin vacilar.

Pedro sacó dificultosamente del bolsillo del pantalón un monedero en forma de herradura y contó sobre la mano enguantada de Olga la cantidad.

Mielt le devolvió un centavo:

—Este no es bueno; está algo torcido.

Pedro se lo cambió por otro. Olga hizo sonar las monedas y corrió hacia adelante. Por el borde de la acera, caminaba penosamente un pobre anciano andrajoso. Iba cubierto con un viejo sombrero de felpa amarilla, que contrastaba con los pardos harapos. En la mano llevaba un bastón, con el cual daba golpes a los cubos de la basura. Seguramente, era un cazador de colillas.

—¡Oiga! —exclamó Olga—. Hemos encontrado algo para usted.

Y hacía sonar en su mano las monedas. El anciano, sorprendido, levantó la mirada hacia la chica, llevándose la mano al sombrero lentamente, como una marioneta movida por un hilo invisible. No pronunció ni una sola palabra; sin duda debía de ser mudo.

Los cuatro continuaron su camino.

—¡Ay, qué frío hace esta noche! —dijo Mielt, pataleando para calentarse. Cerró tan alto como pudo el cuello de piel gris, no dejando ver más que la punta de la nariz y los grandes ojos verdes, que brillaban rientes. Un bucle color oro viejo escapado de la gorra de cuero marrón, le caía sobre la frente.

Las dos muchachas se adelantaron algunos pasos; cogidas del brazo, charlaban y reían.

Viéndolas caminar delante de sí, Pedro se fijaba instintivamente en sus pies. Olga tenía pies ridículamente pequeños; los de Mielt, en cambio, eran grandes y delgados, más perfectos en sus proporciones. Olga calzaba zapatos de charol con incrustaciones de tela. Los de Mielt eran de cuero amarillo, con tacones bajos. En general, todas las prendas de Mielt demostraban un gusto fino y sencillo, de serena elegancia. Llevaba una falda verde oscura, con grandes cuadros, de tela escocesa, gruesa y blanda, que apenas hacía arrugas. El corte de su chaqueta revelaba la mano de un buen sastre.

Los cuatro pies femeninos, con los finos tobillos, calzados dos de amarillo y dos de negro caminaban ante ellos con pasos elásticos sobre el asfalto invadido ya por las

tinieblas. Las chicas aún continuaban riendo.

Pedro las alcanzó:

—¿No quieren decirme el porqué de esa risa?

—No se enfade usted —contestole en tono de amable sinceridad Olga—; estamos riéndonos de que todavía ignoramos cómo se llama.

Pedro quedó turbado:

—Pedro Takách, doctor en Derecho —respondió rápido.

Miett notó en la expresión de Pedro el momento de turbación por que pasaba y le tuvo lástima:

—¡Ah, sí, ahora lo recuerdo!

Naturalmente; esto no era cierto. Olga empezó a someter a Pedro a un verdadero interrogatorio:

—¿Conque usted es «jurista»?

—Sí, y trabajo en un Banco.

—¿Le pagan bien?

—Bastante. ¿Por qué?

—Porque estoy buscando marido —dijo Olga con un tenue suspiro—. ¿Puedo tener esperanzas?

Y echó sobre Pedro una mirada que provocó la risa de todos.

—¡Me consideraría muy honrado! —contestó con vivacidad Pedro, comprendiendo inmediatamente el juego, y añadió—: ¡Venga esa mano! ¿A cuánto asciende su dote?

—Usted, ¿cuánto espera?

—Tratándose de usted, estoy dispuesto a casarme aún sin dote.

—Pues, ya ve, esa es exactamente la que tengo. Más, impongo una condición.

—Diga.

—Que cuando lleve usted un traje azul marino, no se ponga una corbata color marrón.

—¡Olga! —exclamó Miett riendo, pero tratando de refrenarla, pues sabía que si aquel diablillo se ponía a tomar el pelo a alguien su broma no tenía límites. Aquel muchacho alto, esbelto, de anchos hombros, de cara morena, le era muy simpático, y quiso salir en su defensa.

Volvióse a él sonriente y conciliadora:

—El otro día, al presentarse, pronunció usted su nombre en voz demasiado baja, por eso lo había olvidado.

—¿Por qué no fueron el domingo pasado a casa del doctor Varga?

—Porque su mujer se ha permitido criticarnos —dijo Olga refunfuñando.

—Deje usted en paz a una parienta mía —protestó Juanito, aunque sin convicción.

En este momento, Pedro descubrió el color del *rouge* en los labios de Olga. Alarmado, buscó huellas del mismo en la boca de Miett, pero su cara se ofrecía tan pura como si acabara de lavarse en las aguas de un claro riachuelo. No se veía en ella ni rastro de polvos. Olga, en cambio, los usaba con profusión.

—Y ahora, ¿adónde se dirigen ustedes? —preguntó Pedro al llegar al Bulevar Rákoczi.

—Ahora vamos a casa —contestó Miett.

Y Olga añadió:

—Si tiene ganas de andar, puede usted acompañarnos y tomar con nosotras una taza de té. Miett le invita.

Pedro miró a Miett:

—¿Me invita usted de verdad?

—Claro que le invito...

Pronunció estas palabras natural y amablemente, mientras sus manos se ocupaban en sujetar otra vez bajo la gorra un rizo rebelde.

Tomaron el tranvía. Sólo encontraron tres asientos, de modo que Juanito tuvo que quedarse de pie. En vano suplicó al cobrador que le dejara junto a sus amigos; aquél se limitó a mover la cabeza a guisa de respuesta, señalándole la inscripción: *Queda terminantemente prohibido estar de pie en el interior de los coches.*

Juanito le ofreció un cigarrillo.

—¡A mí no se me soborna! —protestó jovialmente el cobrador, aceptando el pitillo que colocó detrás de la oreja. Tomó a Juanito por el brazo:

—Lo siento, *mi general*, pero tiene usted que salir a la plataforma.

—De acuerdo —dijo Juanito, y, con un gesto rápido, le quitó al cobrador el cigarrillo.

Todos los pasajeros se rieron de la ocurrencia, y todo el mundo quedó contagiado de la juvenil alegría que los cuatro llevaban consigo.

Un hombre, de aspecto artesano, que estaba al lado de Pedro, se levantó del asiento y le dijo a Juanito:

—*Mi general*, sírvase aceptar mi asiento.

Al oír llamar al cadete *mi general*, ya por segunda vez, todo el coche rio a carcajadas.

Juanito obligó a la fuerza a aquel buen hombre a que conservara su puesto:

—No se mueva, hombre; está usted muy bien, ¡por favor!

—¿Cómo no voy a moverme? —replicó el campeón de la amabilidad—. ¡Si he de bajar en la próxima parada!

La atención de los viajeros estaba concentrada sobre ellos y hasta el otro extremo del coche miradas sonrientes observaban complacidas a las dos hermosas muchachas, al apuesto joven que las acompañaba y, sobre todo, al «general», que, de golpe y

porrazo, habíase ganado la simpatía del público que, comúnmente, es tan hosco en los tranvías de Budapest.

Al llegar ante la puerta del piso de Mielt, una mujer vieja y flaca vino a abrirles. En el primer momento, hubiera sido difícil determinar si era la criada o alguna parienta pobre. Lo que sí era cierto es que no tenía dientes y que la expresión de su cara daba a entender que era sorda.

—¡Hola, Mili! —gritó Olga a la vieja, que examinaba pestañeando a los que llegaban.

Al sentir la presencia de un hombre desconocido para él, un «fox terrier» apareció en la puerta del comedor y se puso a ladrar furiosamente a Pedro.

—¡Cállate, *Tomí!* —gritó Mielt, golpeando el suelo con el pie. Después le dijo en tono más suave—: Ven aquí y preséntate a este señor.

Tomí miró a Pedro con desconfianza, pero al fin consintió en levantar una pata delantera gruñendo al propio tiempo:

—¡«Vakk»! ¡«Vakk»!

Mielt tomó al perro en su regazo y frotó un instante su nariz contra el hocico negro, frío y húmedo; luego, muy cerca, mas sólo en el aire, sin tocarle, dirigió un beso para él con la punta de los labios. Lo apretó fuertemente contra su corazón y desde allí lo dejó caer al suelo, gesto al parecer acostumbrado en ella.

Pedro ayudó a Mielt a quitarse el abrigo. Del forro de seda se desprendía un cálido perfume, y Pedro, al respirarlo, se dio cuenta de que el abrigo estaba casi encandecido por su contacto con el cuerpo de la chica.

—¿Papá está en casa? —preguntó Mielt a la vieja sirvienta.

—Su Merced está en su despacho, trabajando —contestó Mili.

Al entrar en el comedor, Mielt exclamó con voz cantarina:

—¡Le be-so la ma-no, pa-páaa...!

Una puerta, a la derecha, conducía hacia el despacho. Como ésta se hallaba abierta, se veía una gran mesa escritorio con repisa a la antigua usanza. Sobre ella, aparecía un cedazo para limpiar el tabaco. Encima del escritorio, la luz de la lámpara iluminaba espesas nubes de humo de pipa.

Tras de la mesa, levantose aquel —mismo señor calvo y con barbas blancas que Pedro entreviera ya por un instante cuando, en setiembre, acompañó a Mielt hasta la puerta, y el anciano estaba sentado en el comedor, en americana de dril y leyendo el periódico.

Esta vez vestía un batín marrón. En la mano, sostenía un *chíbuk*, o sea una larga pipa humeante. Entró en el comedor.

Mielt voló hacia su padre; le enlazó los brazos en torno al cuello y besole en ambas mejillas.

El anciano daba cariñosos golpecitos en la cara de su hija, preguntándole:

—¿Qué? ¿Os habéis divertido mucho?

Ni siquiera se había fijado en Pedro. Éste estaba aún cerca de la puerta, no sin cierta tímida cortesía.

La noble testa del anciano hacía pensar en la del libertador húngaro Arturo Görgey. Aquella cabeza de Görgey que pintó el futuro Sir Philip Lázslo: cráneo desnudo, frente alta, ojos azul claro y un pequeño bigote, muy cuidado, que, como la corta barba, era de nivea blancura. Mas de la cara del padre de Miett faltaban las sienes salientes, casi brutales, del general; faltaba también la barbilla enérgica, faltaba la expresión sombría y triste que bañaba el rostro del libertador, como sombra de la trágica historia.

El rostro de Francisco de Almády era sereno, y en sus ojos azules brillaba la alegría. Cuando notó la presencia de Pedro, fijó en él una mirada interrogante.

Pedro hizo una profunda reverencia y se presentó. El viejo no soltó su mano, y le hizo repetir su nombre.

—¿Eres, quizá, el hijo de Gedeón Tákach? —preguntó luego al oír su apellido por segunda vez.

—No, Excelencia; mi padre era profesor de Instituto y hace ya mucho tiempo que murió.

El anciano miró a Pedro larga y detenidamente, sonriendo: era visible que el buen aspecto del muchacho, guapo, esbelto, moreno, había conquistado su simpatía.

—Le conocemos de casa de los Varga —explicó Miett, asomándole un ligero rubor a la cara.

—Bueno, bueno, pues divertíos mucho —dijo el viejo, y, chupando la pipa, retiróse de nuevo al despacho.

Pedro respiró aliviado, al ver lo fácil que la presentación había resultado. La única cosa que no llegaba a comprender, era que el padre de Miett pudiera ser tan viejo. Debía de tener más de sesenta años, y, con aquella edad, hasta podría ser abuelo de la muchacha, la cual no parecía haber rebasado los veinte años apenas.

En el comedor había otra puerta, a la izquierda, que conducía al salón. En todas partes, veíanse muebles sencillos, pero hermosos y de estilo clásico, cuyo solo aspecto revelaba que aun eran los mismos que aquellos a los que la mano bondadosa de la abuelita solía quitar el polvo.

Pedro echó una mirada por el piso, esperando que, de un momento a otro, entrara en el comedor la madre de Miett. Incluso llegó a imaginarse con todo detalle la figura de la esposa de Su Excelencia: alta, distinguida, hacia los cuarenta o cuarenta y cinco años, con porte algo altivo, y su rostro, ya marchito, con los mismos rasgos sensibles de la hija.

Miett y Olga se retiraron al cuarto que daba al salón. Desde la puerta, Miett volvió la cabeza y dijo:

—Siéntense y fumen, entretanto. Vendremos en seguida; sólo quitarnos los sombreros.

Pedro curioseó en torno suyo. Encima del piano había colgado un retrato al óleo de tamaño natural, representando, con guantes, pero sin sombrero, a una mujer joven y guapa. La rica cabellera formaba una corona de trenzas en torno de la frente, recordando la cabeza de la emperatriz Isabel.

Existen cuadros y fotografías que parecen mirar al mundo con un gesto, como una mirada de ultratumba, como si dijeran: «¡Yo ya he muerto!». Este cuadro era uno de ellos.

—¿Quién es? —preguntó Pedro.

—La mamá de Miett —contestó Juanito.

—¿Ya no vive?

—¡Oh! Hace ya tiempo que murió. Miett ni siquiera llegó a conocerla, pues murió de parto.

Ambos contemplaron fijamente el cuadro, meditabundos. Aquella buena señora miraba por encima de ellos desde una lejanía verdaderamente del otro mundo, con las manos juntas y enguantadas.

—Así, ¿quién ha educado a Miett? —preguntó Pedro con una fingida displicencia, pero ardiendo en su fuero interno en deseos de saber lo más posible de la muchacha, en un mínimo de tiempo.

—La educaron en casa de sus abuelos, en el campo. Luego cursó estudios aquí, en la *Sion*.

—Tú, ¿de qué la conoces?

—Mi padre fue compañero del viejo en la Magistratura.

—¿Qué edad tendrá?

—Sesenta y cinco. Así lo creo, por lo menos... Se casó muy tarde. Debía de aventajar a su mujer en unos veinte años.

—Y Miett, ¿qué edad tiene?

—¿Miett? Espérate... Tiene dos años más que yo, y yo tengo diecinueve.

Pedro echó una mirada escrutadora sobre el cadete, como si quisiera descubrir si estaba o no enamorado de Miett. Pero la cara del muchacho no revelaba nada.

—Son unas chicas muy simpáticas... —añadió Juanito, sin mirar a Pedro, como si sintiera la dureza de tan molesta mirada. Y añadió—: Sobre todo, Olga.

No era Olga, sin embargo, quien interesaba ahora a Pedro. Cambió, pues, de repente, la conversación:

—Tú, dime... ¿es cierto que ese Miska Adam le hace la corte a Miett?

—¿Quién dices? ¿Miska? No, Miska hace la corte a Eva de Toronyi.

Pedro necesitaba dominar hasta las últimas fibras de su sistema nervioso, durante el diálogo. Había llamado a Adam amistosamente por el diminutivo de su nombre de

pila, cuando en su vida había cambiado con él ni una sola palabra, con el fin de que a Juanito no le infundieran sospechas ni su curiosidad ni las preguntas.

Este tardó un poco en reaccionar ante la insinuación de Pedro. Después preguntó a su vez, pero sin aparentar mucho interés:

—¿Por qué lo crees?

—Porque tengo esa impresión.

Juanito estaba jugando con una borla colgante del mantel de la mesa. Pedro observaba cada uno de sus movimientos, como si quisiera sacar de él la verdad, toda la verdad. Mas las palabras del cadete revelaron una completa desorientación cuando, unos instantes más tarde, se limitó a añadir:

—Desde luego, es imposible. *Was kann man wissen!*^[17]

Esta frase era una exclamación algo «estudiantil».

Volvieron las muchachas. Se les notaba que habían estado arreglándose un poco en el cuarto de baño. Sobre todo, Olga.

Pedro vio por primera vez a Mielt sin sombrero. Su cabellera anudábase en su cabeza, formando un hermoso moño dorado.

—¿Desea usted té o café? —le preguntó Mielt, con un firme acento de ama de casa.

—Muchas gracias; mejor té.

—¿Y tú, Juanito?

—Yo..., ¡los dos!

—¡Muy bien! Pero si después no lo tomas, ¡te obligaré a tragártelo! —exclamó Olga, sin que a Pedro le sorprendiera oír que tuteaban al muchacho. Sin duda, le trataban de *usted* en público solamente. Además, Pedro sólo tenía una idea fija en aquel momento: ¡cuán extraño le era encontrarse en casa de Mielt, y, sin embargo, con qué facilidad acababa de conseguirlo! Aquel mismo mediodía, ni siquiera se había atrevido a soñarlo, y ahora se hallaba allí con la sensación de conocerlos a todos desde hacía ya mucho tiempo.

Tomí, al oír la palabra «café» desde el cuarto vecino, entró rápido y ligero, moviendo nerviosamente la colita.

Pedro, cogiéndole del suelo, le subió a las rodillas.

—¿Qué edad tiene? —preguntóle a Mielt.

Fue Olga la que contestó en su lugar:

—¿Quién, Mielt o *Tomí*?

Pedro no se turbó ante la broma.

—La edad de Mielt ya la conozco, pues acabo de preguntársela a Juanito.

—¡Tú, que no se te ocurra revelar mis secretos más íntimos!

Luego se dirigió a Pedro, con el tono de importancia que las mujeres suelen emplear hablando de perros o de niños:

—*Tomí* está en la flor de la edad varonil. Este verano cumplió ocho años. Es un perfecto caballero y ha sido educado por mí misma.

Entre tanto, Mili había servido la merienda. Todos tomaron té, y a Juanito, de acuerdo con sus deseos, le sirvieron además, café.

El cadete, tomando las tazas de té y café, se puso a mezclar ambos líquidos.

—¿Qué haces? —exclamó Olga, horrorizada y con una mueca de asco.

—¿Pues no me has dicho tú que tenía que tomarme los dos?

—¡Qué puerco eres, Juanito! —continuó ella, haciendo el mismo gesto de desagrado.

—¿Por esto? Esto no es nada para mí —afirmó Juanito—. Cuando era niño, un día me comí, por diez céntimos, un gusano de seda.

Estas palabras provocaron un efecto terrible en los rostros de las jóvenes.

Olga, que estaba a punto de beber, dejó la taza en la mesa. Se levantó y con grandes aspavientos fingía que iba a desmayarse.

—¿Por qué no? —insistió el cadete—. El gusano de seda, cuando es joven, es un animal muy limpio y apetitoso.

Miett, enfadada, dio un golpe en la mesa:

—Juanito, ahora mismo coges la gorra y te vas.

—De ninguna manera —contestó Juanito, poniéndose a mover tranquilamente el brebaje de horripilante color que resultaba de la mezcla del té con el café.

Esta vez, Miett ya no pudo reprimir la sonrisa. El secreto de los éxitos de Juanito para con las mujeres estribaba en su impertinencia tranquila y sin límites. Olga, después de haberle dado dos «capones» en la cabeza, volvió a sentarse.

Mientras tanto, Pedro iba observando los movimientos de la hermosa mano de Miett, con la que distribuía las tazas de té; aquella mano fina y maravillosa que era su mayor adorno.

Con el pensamiento, iba adivinando las formas de aquella grácil figura bajo el vestido, las cuales demostraban que el delicado dibujo de aquella mano estaba continuado en su totalidad como una verdadera obra maestra.

«¡Ah! ¡Si llegara a ser mi mujer...!», pensaba Pedro con la mirada perdida en el aire.

Olga le tiró a la cara unas migajas de pastel.

—¡Caballere! ¿En qué está usted pensando?

—En nada —contestó Pedro, un poco azorado, y mirando de reojo a Miett. Ella, como si hubiera adivinado sus pensamientos, volvió inmediatamente el rostro hacia otro lado.

Desde el asiento de Pedro, se podía ver el cuarto de Miett. Toda la habitación brillaba con blancura de espuma, y, cerca de la pared, relucía una gran cama de bronce.

En el salón había una pequeña estantería con libros. Después de merendar, se pusieron a curiosarlos.

—Es nuestra biblioteca común —explicaba Olga—. Hemos comprado entre las dos todos los volúmenes. La llamamos «Biblioteca de los Lirios».

—¿Por qué «Biblioteca de los Lirios»?

—Yo la llamo así porque ambas nos vigilamos secretamente para que no haya en ella libros frívolos.

Sonrió confidencialmente a Pedro y le dijo al oído:

—¡Sin embargo, no por eso deja de haber algunos!

En la sonrisa brillaba una viva pero inocente alegría.

—*Padre* es muy severo —añadió.

—¿Padre?

—Sí, el papá de Mielt. Todo el mundo le llama *padre* en la casa. Incluso los hijos del portero.

Pedro tomó un libro al azar: era el *Infierno*, de Strindberg.

—Mielt, ¿me prestaría usted este libro por unos días?

—Con mucho gusto —contestó ella amablemente, creyendo Pedro descubrir en estas palabras un suave consentimiento.

En realidad, la lectura de esta obra le importaba un bledo. Tenía unas ideas muy vagas acerca de quién era Strindberg. Mas comprendió en seguida que, en aquel momento, pedir un libro prestado tenía cierta importancia. Un libro prestado, hay que devolverlo. Por lo tanto, después de cierto tiempo, es correcto telefonar para disculparse por no haberlo hecho así.

En una palabra, un libro de Strindberg puede conducir a derivaciones muy interesantes.

—Espere, voy a envolverlo en un papel —dijo Olga, tomando el libro de la mano del joven.

Salió, y poco después Mielt desapareció también detrás de ella. Pedro y Juanito continuaban contemplando, entre tanto, la biblioteca.

Las dos amigas tardaron bastante en reaparecer. El libro estaba cuidadosamente empaquetado como en una tienda, con un atado perfecto que remataba un sujetador de madera.

Poco después, Juanito, que parecía conocer a la perfección el horario de la casa, propuso marcharse.

Al despedirse, Pedro le preguntó a Mielt:

—¿Me permitirá que la telefonee algún día?

Mielt hizo una reverencia cómica. Estaba un poco turbada y trató de disimularlo. Dio media vuelta con pasos de baile, cogió en la mano la gorra del cadete y con un gracioso gesto, se la puso en la cabeza.

—Ahora eres teniente —observó Juanito.

—¿Por qué?

—Porque llevas dos estrellas.

Y, como viera que Mielt no lo comprendía, aclaró:

—Tus ojos, tontina.

Olga ya estaba lista para marchar y se dirigió a Pedro:

—¡Tenga cuidado y no pierda este libro!

Este cogió cuidadosamente el envoltorio.

—¡Lo guardaré como si fuese algo muy mío!

—Adiós, *Mioka* —despidiose Olga de su amiga, y ofreció sus labios a Mielt haciendo con ellos un hociquito de liebre.

También Mielt le brindó su boca. Se besaron.

Los dos muchachos se hallaban a su lado, dispuestos a partir, contemplando a las dos muchachas y, especialmente, los labios de las mismas, aquellos labios bien cortados, húmedos y frescos. Una boca se paseaba sobre la otra, perezosamente, evitándose y pegándose, produciendo una suave música al sorber hasta la hez el sabor de aquel beso.

Al despedirse, Pedro tuvo suficiente valor para retener en su mano la de Mielt, estrechándola largamente. Mielt hizo como si no lo notara, pero él comprendió que debió darse cuenta.

La puerta de cristales del recibimiento se cerró tras ellos, oscureciéndose acto seguido.

Olga se despidió rápidamente de los dos y subió corriendo la escalera. Pedro la siguió con la mirada. En sus torneadas piernas, las medias se ceñían tensas, exactamente como el día de aquella recepción del mes de setiembre, en casa del doctor. También esta vez, se mostraban hasta la rodilla, y en algún que otro instante se podían ver sus blancas enaguas.

Estaba ya en el segundo piso, y aún se puso a reír con alegres y sonoras carcajadas. Los muchachos se detuvieron por un momento, escuchando la risa que venía desde arriba.

—¿De qué se ríe? —preguntó Pedro.

—No tengo la menor idea —contestole Juanito, pero al mismo tiempo, empezó a registrarse sus bolsillos para ver si las chicas le habían puesto algo en los mismos, pues ya estaba acostumbrado a estas bromas.

Al llegar a la calle, preguntó al cadete:

—¿Tú por dónde vas?

—Voy hacia el puente.

—Entonces, hasta la vista —le dijo Pedro, aunque en realidad, también él debía ir en la misma dirección. Sin embargo, prefería quedarse a solas con su pensamiento.

Volvió a casa dando un gran rodeo, y acostose inmediatamente después de cenar, porque aún se sentía cansado de la juerga de la noche anterior.

A pesar de ello, antes de decidirse a apagar la luz, abrió el paquete dispuesto a leer algunas páginas de Strindberg.

Con gran sorpresa, no encontró en el envoltorio más que un cuadrado trozo de madera. Junto a tan extraño objeto, aparecía un papel con este texto: *Nosotras no acostumbramos a prestar libros a nadie. Es un principio férreo.* Y firmado: *Las propietarias de la «Biblioteca de los Lirios».*

Pedro daba vueltas y más vueltas al trozo de madera que tenía en la mano. Ahora comprendió por qué Olga se había reído a carcajadas, al despedirse de ellos en la escalera. Sin duda, la idea era suya. Miett se había limitado a ser su cómplice.

Sentado en la cama, pasó largo rato pensando cómo podría desquitarse de la travesura. Después, antes de dormirse, colocó debajo de su almohada el trozo de madera. Aquella noche, sentía su corazón lleno de suavidad y ternura.

El padre de Miett solía pasar la mayor parte del día ante su mesa de trabajo, incluso los domingos. Era esclavo de su trabajo. Llevaba una vida muy solitaria, y sólo de vez en cuando hacía fugaces apariciones en las reuniones, o en el casino.

En cambio, se le podía ver con frecuencia paseándose por los montes de Buda, descubierto y aireando su cráneo, sobre el que el sol imprimía unas pequeñas pecas, muy cómicas, en esa época de principios de primavera.

Solía dirigir la palabra a todos los niños que encontraba en el camino. Entre ellos tenía un favorito, una criatura de cuatro años, con una mirada inteligente y franca. En sus paseos, le encontraba con regularidad ante una silla de la calle de Somlo. Sostenía con aquel niño una amistad constante, y siempre tenía para él algún dulce en el bolsillo. Le hacía creer al pequeñuelo que poseía una enorme finca al otro lado del Danubio, en la que se dedicaba a la cría de elefantes e hipopótamos. Uno de los elefantes sabía hasta hablar, pero, desgraciadamente, tenía una voz de bajo demasiado ronca.

Desde que el juez Almády se había retirado del ejercicio de la carrera, venía trabajando en una recopilación de decretos administrativos, labor que progresaba con lentitud infinita. Durante el trabajo, fumaba pipa tras pipa, garabateando unas letras tan grandes como la cabeza de un gorrión, en unas hojas de papel de formato mucho mayor que las usuales, que compraba ex profeso para dicho efecto. Acostumbraba a ilustrar los manuscritos con toda clase de notas, apuntes y adiciones, para lo cual siempre tenía dispuestos en su mesa numerosos lápices rojos, azules y amarillos. Era el hombre más pacífico del universo y nunca perdía el dominio de sí mismo, excepto cuando Mili movía de su sitio, aunque no fuera más que un milímetro, uno de sus numerosos lápices. Por lo tanto, Mili y Miett respetaban esos lápices, largos y de punta agudísima, como si fueran una especie de misteriosos fetiches. Mili no se atrevía a tocarlos ni con el trapo que le servía para limpiar los muebles, contentándose con soplar sobre ellos para quitarles el polvo.

El anciano parecía contemplar el mundo en general, y cada uno de los acontecimientos del mismo en particular, desde un invisible estrado de juez. No se había retirado de la carrera por sentirse débil o viejo, sino por la única razón de que, acudiendo a su oficina, no disponía de tiempo suficiente para acabar la obra, que llevaba el título siguiente: *Historia de la jurisdicción fiscal en Hungría*. Estaba convencido de que esta obra venía a llenar un gran hueco en el ejercicio de la justicia, y no podía comprender cómo era posible que los tranvías siguieran circulando y los humanos viviendo y muriendo, mientras tan capital y primordial problema no quedara resuelto de una vez para siempre.

Se había casado muy tarde, ya pasados los cuarenta años. Sostenía que para el

hombre soltero, esa edad era la más bella. Sin embargo, su retraso debíase a otra causa.

Siendo muy joven, en los comienzos de su carrera, se ocupaba ya de estudios históricojurídicos, y entonces concibió el plan de tan magna obra, tratando de los procesos de rectificación de límites, desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Se había propuesto dedicar dos años para escribirlo, y decidió no casarse antes de haber acabado su labor, basándose en la vieja verdad de que es imposible matar dos moscas con un solo golpe.

No obstante, pronto resultó que había perseguido en vano, durante dos años, la primera de ambas moscas. Pasó el plazo previsto, y aún no había rebasado la época de Leopoldo II. Sumergíase cada vez más profundamente en el estudio de las fuentes directas, y su testaruda pasión por los terratenientes magyares de antaño iba poco a poco adueñándose de su vida y haciendo de él una víctima más. Los dos años se transformaron pronto en cinco, sin que lo notara, y la materia iba aumentando entre sus manos. Los archivos polvorientos continuaron vomitando antiguos procesos del terruño, farragosos e interminables, cual las furias que surgen de la gruta mitológica, que con la fuerza de una corriente le arrastraban. Por aquella época, incluso sus mejores amigos llegaron a perderle de vista. Hacía escasas apariciones en la tertulia del café Szikszay; sus rápidos actos de presencia consistían en sentarse unos momentos entre los demás varones de su edad, de la misma manera que un asustado sabio alemán podía hacerlo en medio de unos caníbales chillones que estuvieran discutiendo asuntos para él completamente extraños e incomprensibles.

De esta manera, los cinco años se convirtieron en diez, y los diez, en fin de cuentas, en diecisiete. Era un trabajador extremadamente lento, al que acabar el menor capítulo costaba una labor de varios meses. Cuando por fin el grueso tomo salió de las prensas, Francisco de Almády frisaba ya en el año cuarenta y dos de su vida.

Y aquel mismo día en que colocara el primer ejemplar, que aún olía a tinta fresca, en los estantes de su biblioteca, se fue directamente al espejo, arreglose la corbata, tomó el bastón y se dijo:

—¡Bueno, ahora voy a casarme!

Desde aquella fecha, se le vio a menudo en las casas de aquellas familias que tenían hijas casaderas; frecuentaba con asiduidad los bailes, y no parecía darse cuenta de que los procesos de rectificaciones topográficas le habían robado exactamente diecisiete preciosos años de su existencia.

Un día, en un baile familiar, la señora de la casa que contemplaba desde un rincón del salón cómo bailaba el vals boston aquel hombre ya calvo entre gente joven y apenas salida de la infancia, le preguntó:

—Dígame, Almády, ¿cuántos años tiene usted?

—¡Veinticinco! —contestó sin vacilar el interpelado.

—Y eso, ¿cómo es posible?

—Muy sencillamente, señora, porque yo continúo mi vida en el punto exacto en que hube de interrumpirla diecisiete años atrás.

Y diciendo esto, atusaba alegremente su bigotito, que en aquel entonces ya era preciso empezar a teñir.

No habían pasado siquiera dos meses, y ya solicitó la mano de Mariska Wild, la cual en aquélla época apenas tenía veinte años. El padre de la muchacha era montero mayor episcopal, y su madre, la baronesa Amalia de Feder, hija de una familia de militares austriacos.

Miett había nacido de esta unión, siendo bautizada con el nombre de su madre, María. Existiendo entre los esposos más de veinte años de diferencia, las malas lenguas no vaticinaban larga duración al matrimonio. Mas todos esos chismes y habladurías quedaron acallados cruelmente por la inesperada muerte de la joven esposa.

Miett fue educada en casa de sus abuelos. En aquella mansión señorial, magyar a la antigua usanza, en medio de los trofeos de caza, las disecadas cabezas de jabalí, las astas de ciervos, panoplias y cuadros de santos, incluso los servidores andaban de puntillas. En aquellas habitaciones grandes, limpias, bien aireadas, Miett aprendió a caminar. Los abuelos la rodeaban de un cariño fanático, como si en silencio llorasen a la hija perdida, cada vez que fijaban sus ojos en la pequeñuela.

Miett tenía siete años cuando murió su abuelo, tras una enfermedad de algunas semanas. Al contemplarlo en la capilla ardiente, y aunque no comprendiera aún lo que significaba la muerte, su corazón se sintió lleno de terrible angustia. Habíase fijado en su memoria para siempre el semblante del abuelo inundado de una calma impresionante. Como si la frente se le hubiera alargado, la piel se extendía lisa y brillante, y en torno de la nariz se dibujaban rasgos desconocidos. Fue el primer rostro de muerto que vio en su vida.

Después del fallecimiento del abuelo, Miett permaneció aún durante cuatro años al lado de la abuela, y bajo la tutela del viejo maestro del pueblo, aprendió a leer y escribir. De la corbata del maestro salía siempre una punta del algodón gris del forro, y su bigote olía continuamente a cosmético.

En aquella época, le pusieron una institutriz alemana para que aprendiera el idioma.

A su padre sólo le veía una vez por semana. Almády iba a visitar a su hija todos los sábados, pasando con ellos el domingo.

Al terminar los estudios primarios —tenía entonces once años—, ingresó en un pensionado de Buda, pero todas las vacaciones iba a pasarlas en la propiedad de la abuela.

Volvió a casa de su padre a los quince años. Este hizo una primera experiencia llevando con ellos a una lejana parienta que sacó de un rincón perdido en las montañas de Transilvania, para que sirviera de compañía a Miett. Sin embargo, la *tía* Piroska mostró un carácter tan insoportable, que ambos se sintieron muy contentos cuando, al cabo de unos cuantos meses, lograron liberarse de su presencia.

Después vino a la casa de los Almády, como señorita de compañía, una suiza muy culta e inteligente, Teresa Agnier, a quien Miett quería mucho y que sólo hacía un año que había regresado a su Zurich natal.

A partir de ese día, Miett se consideraba bajo la protección «oficial» de la esposa del doctor Varga, a quien llamaba «*mamá* Elvira», y en cuya casa acostumbraba a pasar la mayor parte del día.

La muchacha no tenía un carácter demasiado independiente, pero era que en realidad tampoco necesitaba tenerlo, pues toda su existencia se deslizaba tranquilamente entre las pistas de tenis de Buda y las reuniones caseras. El alto rango de su padre en la magistratura, le abrió las puertas de la flor y nata de la buena sociedad, y desde muy joven, Miett se movía familiarmente en los ambientes más señoriales y distinguidos de la capital húngara.

Aquella noche, poco después de haberse marchado los dos jóvenes, Miett cenó como de costumbre con su padre, solos y con suma calma.

—¿Qué habéis visto en el teatro? —preguntó éste.

—Nada de particular —contestó Miett, quien después de dejar errar su mirada por el vacío, la fijó en un punto determinado del blanco mantel, como suele hacerse cuando no se piensa en nada. Los recuerdos de la tarde iban presentándose entremezclados en su memoria, con un movimiento automático, sin que ella hiciera nada por evocarlos.

También el viejo Almády estaba preocupado por los propios pensamientos. El silencio más profundo reinaba en el comedor, y sólo era interrumpido de vez en cuando por el chocar de los cubiertos contra los platos, o por el roce de las sedosas mangas de Miett, al extender ésta el brazo para tomar un trozo de pan. En la estufa, crepitaba monótonamente el fuego de leña.

Tomí estaba sentado en el suelo, sobre las patas traseras junto a su ama, y bajo las cejas peludas, semejantes a las de un hombre viejo, sus ojos se movían sin cesar y con impaciencia.

Después de la cena, el viejo Almády retiróse al despacho. Miett, en su cuarto, se dedicaba a hacer una labor de ganchillo.

Poco después se oía llamar enérgicamente a la puerta del dormitorio.

Entró Olga, saludó militarmente, chocando los talones, y luego se sentó, poniéndose a trabajar en la labor que había traído consigo. Llevaba un albornoz grueso y cálido, que podía pasar por una bata de casa, y sus pies desnudos

encerrábanse en unos escaarpines de charol. Después de cenar, tenía la costumbre de bajar de su casa, vestida ligeramente, para ver a Miett y charlar un rato antes de ir a dormir.

—¿Se ha acostado ya tu padre? —preguntó distraídamente, mientras que con el dedo índice de la mano izquierda, recto y rígido, seguía rítmicamente los movimientos de los bolsillos.

—No. Está aún trabajando —contestó Miett, absorta en sus pensamientos y concentrada en el trabajo.

Después, se sumieron en un largo silencio, entregada cada una a sus reflexiones. De cuando en cuando, Olga llevaba una de las agujas a su cabellera, para rascarse un poco la cabeza.

—Hoy nos hemos reído como locas —dijo al cabo de un rato.

Miett no contestó más que con una lánguida sonrisa.

—Es un muchacho simpático, ese Takách —continuó Olga, sin dar importancia a sus palabras, y sin mirar a Miett. Luego añadió—: Tiene los ojos muy bonitos...

Miett no contestó tampoco esta vez. Olga prosiguió:

—Tengo la impresión de que tú le gustas extraordinariamente.

Miett respondió con una breve risita, a guisa de protesta:

—¡Qué va...! Yo me he fijado, por el contrario, que cuando no se creía observado, te devoraba con la mirada.

Pero esto lo dijo sin gran convencimiento.

Olga hizo una mueca de displicencia, pues sabía perfectamente que Miett no decía la verdad. Por lo demás, no le interesaba mucho el asunto.

El silencio las envolvió de nuevo. Luego, nuevamente Olga se encargó de romperlo:

—Supongo que a estas horas estará leyendo entusiasmado el *Infierno* de Strindberg...

Ambas rieron al unísono.

Después, Olga, como si su pensamiento hubiera alejado y abandonado el recuerdo de Pedro, cambió repentinamente de tema:

—Oye... ¿sabes a quién he visto esta mañana en el Corso?

—¿A quién?

—A Golgonszky.

—¿Quién es Golgonszky?

—Iván Golgonszky... ¿No le conoces? Va a menudo al tenis. Es aquel agregado de embajada...

—No me acuerdo en absoluto de haberle visto nunca. ¿Es guapo?

—¡Y tan guapo! Es el tipo de hombre del que yo me enamoraría con locura.

Pero a Miett no le interesaba mucho aquel Iván Golgonszky, porque,

involuntariamente, sus pensamientos continuaban concentrados en Pedro Tákach. Con un elegante movimiento enderezó el talle e irguió el busto, pues al estar sentada mucho rato en aquella posición encorvada le era molesto.

—Oye —reanudó Olga, un instante después—, ¿te acuerdas de aquella condesita rubia de la que la señora de Varga estaba tan orgullosa el otro día? Dicen que ese Golgonszky tiene relaciones íntimas con ella.

Las palabras «relaciones íntimas» causaron a Mieltt una conmoción imperceptible.

Ya en el pensionado, Mieltt evitaba aquellas conversaciones que sostenían a menudo sus compañeras de estudio, susurrando, con las orejas encendidas, o con la fingida suficiencia de la adolescencia, acerca del amor.

Desde muy joven había tenido unas nociones claras y exactas de lo que era la vida de los adultos y de las relaciones que median entre hombre y mujer. Las primeras muestras de su feminidad naciente y las transformaciones de su cuerpo no representaron para ella ningún acontecimiento de especial importancia, contentándose para comprenderlas con las explicaciones más rudimentarias. Y cuando su cuerpo de mujer, en plena evolución, hizo sonar su voz en su fuero interno, procuró siempre dar una tranquila respuesta a esas llamadas subyacentes y al parecer desprovistas de sentido. No reprimía en sí dichas manifestaciones, sino que prefería darse cuenta de las mismas, guardándolas en su memoria. «Esto existe, esto es algo mío, los rayos de la vida van concentrándose en mí».

Sin embargo, rehuía por sistema hablar de estas cosas. Por tanto, tampoco esta vez quiso seguir la fantasía de Olga. Sin hacer observación alguna, continuó tranquilamente su labor.

Olga insistía:

—He oído decir a la señora de Sági que hacen juntos viajes a Viena y que los dos se hospedan en el mismo hotel...

Y un instante después, añadió, sin mirar a su amiga:

—¿Te gustaría a ti tener ya relaciones con alguien?

Estas palabras produjeron a Mieltt el efecto de un golpe violento. Irguiéndose ofendida, contempló a Olga con extrañeza. Pero la linda morenita continuaba moviendo los dedos con cara tan inocente como si se hubiese tratado de la cosa más natural del mundo. No obtuvo, ni esperó respuesta a la pregunta; tan ocupada estaba con los propios pensamientos.

Volvieron a callar largo rato. Los ojos de Olga se pegaban mecánicamente a la labor, y en las comisuras de sus labios se escondía una sonrisa apenas perceptible; su faz entregada a sueños interiores revelaba claramente que la imaginación corría alegremente tras aquel rápido de Viena que solía llevar, trepidando, al guapo de Golgonszky y a la condesita rubia de las manos pequeñas, hacia los románticos lugares de la cita.

En el cuarto reinaba el silencio; tan sólo las labores dejaban oír a veces el roce de las agujas.

Un instante después, se oyó abajo en la calle un grito tremendo, tan fuerte, que penetró en el cuarto a través de las espesas persianas.

—Vamos a ver lo que pasa —dijo Olga, que era más valiente, acercándose. Mieta estaba tan asustada, que ni siquiera pudo ponerse en pie.

—Apaga la luz —susurró nerviosa.

Los gritos continuaban. Olga apagó la luz, luego entreabrió las persianas. Las dos miraban a través de ellas prudentemente, mientras que el corazón les latía con fuerza.

En una esquina iluminada por el farol de la pequeña plaza y delante del pequeño restaurante, se veía a un hombre con apariencia de obrero. Con la mano daba vueltas al sombrero, limpiándose con la manga de la americana el polvo de que estaba lleno. Era harto fácil adivinar que alguien le asestara una bofetada tan tremenda que le había tirado el sombrero al suelo. Con voz lastimosa y a gritos, estaba amenazando al «tío granuja aquel» que ya no aparecía por ningún lado. Luego se puso el sombrero, encasquetándose con ambas manos, y sin dejar de renegar y vociferar, con inciertos pasos de borracho desapareció en las tinieblas.

Tratábase sin duda de una banal historia de bofetadas, de las muchas que surgen a menudo las noches domingueras en todas las esquinas de las calles de Buda. Sin embargo, era más que suficiente para que Mieta y Olga se excitaran sobremanera y comentaran en voz baja lo acaecido.

—Han matado a alguien... —suspiró la primera.

—Creo que sólo le han herido con arma blanca —observó Olga mientras ambas continuaban acechando la calle, presa de gran emoción.

Después, no notando ya nada anormal, se retiraron y cerraron la ventana. Poco a poco su nerviosismo fue desapareciendo. Unos minutos más tarde ya ni siquiera se acordaban del incidente. Estas sensaciones desaparecían fugazmente de sus mentes con la misma rapidez con que se presentaban.

Afuera, volvía a dominar el silencio; únicamente del lado del café venía hacia ellas una música lejana de cíngaros.

Olga se colocó delante del gran espejo del armario.

—¿Sueles hacer gimnasia por la noche? —preguntó a Mieta. Y sin esperar respuesta, con gesto rápido se quitó el grueso albornoz que la cubría.

Olga ejecutaba rítmicos movimientos de gimnasia ante el espejo; abría los brazos, los balanceaba, e inclinaba armónicamente su frágil y blanco cuerpecito, absorbida por completo en el juego de los propios movimientos.

Luego se puso nuevamente la bata.

—Te resfriarás —dijo Mieta en tono indiferente, para no revelar el efecto que le había producido la escena.

—Yo, hija, soy una muchacha de cuerpo bien templado —contestó Olga y, acto seguido, se despidió rápidamente de su amiga.

Miett quedose sola y poco después se acostó. Sentada en la cama, se entregó a sus pensamientos. Con las rodillas entre las manos y la bella cabeza inclinada hacia adelante, su rojiza cabellera extendíase abierta sobre la espalda. Miraba fijamente ante sí, con las cejas enarcadas y las pupilas inmóviles; luego, con un movimiento brusco, abrió una mano distendiendo los dedos; y girando lentamente la muñeca, contempló éstos largo rato. Luego, apoyó la mano en la pared. Sobre el fondo oscuro del tapiz mural, se destacaban mejor las hermosas y blancas formas de su mano.

Todo esto no eran más que intimidades de la más completa y segura soledad. Rápidamente, Miett inclinó la cabeza hacia adelante, sacudió los largos y espesos cabellos en su regazo, y con unos cuantos movimientos nerviosos formó con ellos una trenza tan gruesa como un brazo. La apartó un poco para contemplar el anudado sedoso y tupido cuyo color recordaba el de la madera barnizada del cerezo. En algunas partes, aparecían estriados completamente claros, color de arcilla.

Al cabo de un momento lanzó su cabellera ya desplegada por encima de sus hombros, sobre la espalda, como quien acaba de satisfacer plenamente los caprichos de su curiosidad. En el mismo instante, volvió bruscamente la cabeza hacia la ventana, asustada ante la idea de que tal vez se hubiera olvidado de cerrar las persianas y que alguien podría verla desde la oscuridad de la calle. Sin embargo, las persianas aparecían cuidadosamente cerradas. Además, tendría que ser una persona muy alta la que quisiera mirar al interior del cuarto desde fuera, pues éste se hallaba en el primer piso. De todos modos, Miett, al cerrar la ventana antes de acostarse, tenía siempre el recelo de que acaso alguien pudiera escalarla.

Impulsada por esta clase de preocupaciones, no sólo tenía por costumbre mirar debajo de la cama, sino también dentro del armario. En estos momentos, le daban escalofríos sólo al pensar lo que podría ocurrir si, de repente, un hombre bigotudo y desconocido apareciera mirándola desde el interior del mueble.

Cuando no tenía motivos para tener miedo, buscaba siempre alguna razón, inventada desde luego, para motivar su angustia, y se dormía con sensaciones de inseguridad, agarrándose fuertemente a la almohada.

Ahora, sacó un pie de nivea blancura por debajo de la manta y se deslizó con cuidado hasta el suelo, como quien entra en un baño de agua fría. Se fue al armario y lo abrió. De su interior llegó hasta la muchacha el olor dulce y tibio de la ropa limpia. El perfume del armario de una muchacha.

Al cerrarlo, se vio en la luna de la puerta, vestida sólo con la camisa de noche. Subió un poco el borde de la misma y contempló sus rodillas. Luego, con un movimiento brusco, se la quitó completamente. Su corazón empezó a latir un poco más fuerte que de costumbre al verse en el espejo.

Luego se puso presurosamente la camisa de noche, como si estuviera huyendo de indiscretas miradas, y se refugió en la cama. Extendiéndose a sus anchas, se cubrió con la manta hasta las orejas, bostezó unas cuantas veces, por razón de hábito, e intentó conciliar el sueño. Pero Morfeo no quería ceder a sus invitaciones. Hoy, contrariamente a sus costumbres, se había ocupado demasiado de sí misma. Cuando los muchachos marcharon, se detuvo distraídamente ante el espejo acariciando largo rato aquella cicatriz que cortaba pálidamente su ceja izquierda. Esa cicatriz provenía de su infancia, cuando un día, jugando al escondite con Berci, el hijo del jardinero de la propiedad de Puszta Blanca, cayó sobre un frambueso protegido por agudas latas de madera de pino.

Extendida en la cama, parecía escuchar el silencio, con el oído atento y observándose como a un ser extraño. Sentía que esta noche acababa de liberarse en ella algo nuevo, que se había puesto en marcha algo inédito, pero sin saber cómo ni de qué podía tratarse.

Todo ello era tan confuso, tan incomprensible y tan dulcemente adormecedor, que por lo mismo no dejaba de ser inquietante.

Por las tardes ya oscurecía muy temprano en la ciudad, y las casitas de la calle del Teniente parecían encogerse sobre sí mismas en el negro otoño. El cuarto de Pedro se iba llenando de una suave penumbra. Éste, sentado ante un escritorio, estaba tallando unas letras en aquel pedazo de madera de pino que Olga y Mielt le habían entregado en vez, del *Infierno*, de Strindberg. Mientras trabajaba, iba silbando en voz baja.

Grabó en la madera una sola palabra: «SZERETLEK», te quiero. Había decidido enviar anónimamente aquel trozo de madera Mielt, con esa única palabra grabada en él. Ella sabría perfectamente de quién provenía el mensaje. Al ocurrírsele esta idea, después del almuerzo, complaciose hasta tal punto que prescindió de su costumbre de echar la siesta, para ponerla en práctica inmediatamente, si bien no se solía privar nunca, por nada en el mundo, de aquellas breves siestas.

Sin embargo, el cometido le resultó ser más difícil de lo que él habíase imaginado a primera vista. Para la letra inicial S, la cuchilla más pequeña de su cortaplumas aún se abría camino alegremente en la plancha de madera; pero luego, letra por letra, el trabajo se hacía cada vez más ingrato, como si el acero se hubiera ablandado de repente, y la madera, endurecido.

Por fin, cuando acabó de tallar la última letra, la K, se tendió sobre el sofá y desde allí contempló su obra. La planchita quedó apoyada en los varios objetos del escritorio, ofreciéndose desde allí a las miradas satisfechas del improvisado escultor.

Ahora que su obra estaba acabada, no le gustaba a Pedro en absoluto. De repente, su idea le pareció muy pueril y estúpida. De un brinco saltó del sofá y nerviosamente se paseó por la habitación, de un lado a otro; luego cogió el pedazo de madera y lo tiró entre sus libros. Después volvió a tumbarse en el sofá y, apoyándose en un codo, se quedó mirando fijamente el aire. Volvió a vivir con el pensamiento la tarde anterior, desde que había abierto la puerta del palco que ocupaban las muchachas, hasta que se despidió de Mielt en el recibimiento de su casa. Encontró en su soliloquio un punto en el que incidía continuamente y el cual, a pesar de todo, quedaba siempre envuelto en tinieblas.

Al preguntarle Mielt si le permitía que le telefonara, se puso ella la gorra de Juanito, ejecutando una cómica reverencia, que podía interpretarse como si la muchacha no se atreviese a contestar o quisiera eludir la respuesta. En el modo de ser de Mielt había una fría reserva que, en cierto modo, no dejaba de gustarle a Pedro que, al mismo tiempo, le producía algún temor.

—Me casaré con ella —se dijo en voz tan alta que se estremeció al oírse hablar a sí mismo, como si un desconocido hubiera proferido tales palabras en la habitación que cada vez quedaba más invadida por las tinieblas.

Desde la antesala, se oyó tocar el timbre de la entrada. Unos instantes más tarde,

abríase silenciosamente la puerta del cuarto y alguien adentraba la cabeza por el marco de la puerta. Con el sombrero echado sobre los ojos y el cuello del abrigo levantado, sólo se le veía la punta de la nariz.

—¿Estás descansando, amiguito?

Pedro adivinó en el acto que si Szücs venía a verle a deshora, ello se debía a alguna crisis moral. Ya por la mañana había ido a buscarle a la oficina, arrastrándole, cogido por el brazo, a pasear por el Corso, donde, alargando la narración hasta el infinito, le explicó su «historia» con la pequeña señora de Galamb, no sin exigirle a Pedro, después de cada frase, su palabra de honor de que no diría nada a nadie. Desde luego, de todas las explicaciones no se podía derivar absolutamente nada comprometedor para la señora en cuestión. Ella sólo había tolerado que Szücs se enamorara de ella y se conducía en lo posible de tal manera que éste pudiera estar convencido en que también ella estaba loca por él.

La pequeña señora de Galamb solía pasar la mañana acostada, dedicándose a arreglar todos sus coqueteos por teléfono. Dirigía, pues, desde su cama las luchas intestinas de los hombres más diversos que vivían en los puntos más alejados de la capital, como un jefe militar que manda los movimientos de sus tropas desde el cuartel general. Si existe una perversión «telefónica», la señora de Galamb se contaba a buen seguro entre sus víctimas, pues no cabe duda que buscaba y encontraba cierta satisfacción física a través del auricular. Por las mañanas, una vez que su marido había puesto el pie fuera de la casa, mandaba a la criada que le llevara el aparato a la cama, y desde allí, desde la cama aún caliente, desparramaba a través del teléfono su sensualidad dulce y muelle, como si fuera miel tibia. Escondiéndose a medias bajo las sábanas, se atrevía a confiárselo todo a la concha negra del aparato, frente al cual no sentía responsabilidad alguna. Poseía un talento especial para sustituir ciertos vocablos que no era posible pronunciar, por otras palabras inventadas por ella, con lo cual conseguía envolver las cosas en una especie de nebulosa, haciéndolas aún más excitantes para los hombres.

Pertenecía a esa clase de mujeres que se ven entregadas a centenares de deseos contradictorios y que, precisamente por esto, no llegan nunca más allá del umbral de la mera curiosidad, queriendo ensayarlo todo, y quedando rápidamente desengañadas antes de haber intentado nada.

También aquella mañana se realizó una conversación telefónica de ese estilo entre Szücs y la pequeña señora de Galamb, conversación que acabó por perturbar definitivamente la tranquilidad de esta enorme mole de hombre. En la charla hubo ciertos detalles que Szücs había contado ya por tercera vez a Pedro, y siempre con un tono como si se tratara de la clave de todo el asunto.

Bajo el influjo de la conversación telefónica de la mañana, Szücs decidió definitivamente casarse con la pequeña señora de Galamb. Desde luego, numerosas

dificultades se oponían a la realización de tan romántico proyecto; en primer término el hecho de que la señora de Galamb no tenía ninguna gana de divorciarse. Sin embargo, para Szücs el asunto llegó a ser urgentísimo de golpe y porrazo. Estaba sentado a caballo sobre una silla con el respaldo vuelto hacia Pedro, y mientras le hablaba excitado y precipitado, la silla iba bailando bajo él.

—La mejor solución sería que tú pudieras hablar con el marido, amiguito, diciéndole que pida inmediatamente el divorcio. ¡Porque, si no, yo le pego un tiro como a un vil perro!

Pedro, reflexionando un poco sobre el asunto, comprendió claramente que por parte de la señora de Galamb, había hacia Szücs mucha mayor ligereza y falta de responsabilidad que amor serio. Intentó, pues, convencer a su amigo de que iba a cometer una gran estupidez, pero Szücs no quería atender a razones.

Hizo un gesto negativo con la mano, y, siempre sobre la silla, galopó acercándose aún más a Pedro.

—Por lo visto, amiguito, ignoras de lo que se trata. Escúchame.

Y volvió a explicar concienzudamente por cuarta vez la misma historia.

En apariencia, Pedro le escuchaba atentamente. En realidad, ni siquiera prestaba atención, pues estaba demasiado ocupado con los propios pensamientos.

En torno de los dos amigos, la habitación se hallaba ya completamente sin luz. Sentados en la oscuridad, sólo las puntas de los cigarrillos ardían vivamente, y en la imaginación de cada uno se contorneaban sendos cuerpos femeninos, blancos y sensuales.

Szücs, al fin, acabó por marcharse.

A las seis, Pedro bajó al café para llamar por teléfono a casa de los Almády. Fue Mili quien contestó.

—¿Quiere usted hablar con Su Merced? —chilló por el teléfono.

—No, con la señorita —gritó Pedro a su vez, mientras el aparato temblaba un poco entre sus manos, en la estrecha cabina del café.

Unos instantes después, se podía oír en el auricular el ladrido de *Tami*, como si viniera de una habitación infinitamente lejana. Por fin, oyose la voz de Miett, muy cerca, de tal modo que a Pedro le parecía sentir incluso su aliento:

—¡Dígame...!

—Buenas tardes... Habla Takách...

—Buenas tardes.

—¿Cómo está usted?

—Bien. Muchas gracias.

—¿Cuándo la veré?

—¿Cuándo? No lo sé.

Aquí, Pedro no supo qué decir.

—¿No podría...? ¿No la veré...?

Con la garganta seca tragó saliva, mirando con ojos desorbitados la concha negra del aparato.

—¿Qué dice? —preguntó la melodiosa voz de Mielt.

—Funciona mal este teléfono... —balbució Pedro.

Y no pudo decir más. Se calló. Como si el teléfono se hubiera callado también, maliciosamente. De repente el cerebro de Pedro pareció no funcionar más, no acudía a su mente ninguna idea, en absoluto. Una vez, ya había tenido esta misma sensación, cuando después del té de los Varga acompañó a Mielt por el pasillo hasta su puerta. En este instante, estaba arrepentidísimo de haberse decidido a telefonarle.

Hizo un esfuerzo, reuniendo toda su energía:

—Oiga...

—Diga —contestole con alguna impaciencia la muchacha.

—¿No van mañana al Corso?

—No, mañana no podemos, porque esperamos a la costurera.

—Pero, ¿cuándo irán?

—¿Cuándo...? No lo sé...

Se produjo otro silencio. Pedro, cuyo sistema nervioso estaba excitadísimo, no podía más. Todas sus fuerzas le abandonaron y dijo abúlicamente:

—Entonces... Beso a usted la mano...

—Buenas tardes —contestó ella con el mismo acento melodioso con que le había deseado «buenas noches» por vez primera, en setiembre, cuando se despidieron en la puerta de su casa.

Pedro oyó aún cómo Mielt colgaba el auricular. Se quedó todavía unos momentos en la misma posición, con el aparato enmudecido en la mano, sintiendo unos extraños zumbidos en la cabeza. Se mordió los labios, contemplando el negro micrófono, no sintiéndose con fuerzas suficientes ni para colgar.

Cuando salió de la cabina, se detuvo desorientado ante la mesa de un señor desconocido, el cual le miró con extrañeza, por encima del periódico que se hallaba leyendo. Pedro estaba plantado allí como si ignorase incluso dónde se encontraba. Luego, con una brusca decisión, volvió a la cabina, y descolgó el aparato para llamar nuevamente a Mielt; tan lamentable le parecía de repente la comunicación habida.

Pero antes de que la central pudiera contestarle, volvió a colgar el auricular.

Se encontraba completamente perturbado. Sentía un odio tremendo hacia sí mismo, tan tremendo que, allí mismo, en la oscura cabina, empezó a golpearse la cabeza con el puño. Luego, de un puntapié, abrió la puerta y atravesó con precipitación la sala del café.

Había llegado ya a la puerta, cuando le alcanzó la voz de la cajera, cayendo sobre él como un milano:

—¿Cuántas comunicaciones, me hace el favor? —le preguntó con mordaz ironía.

—¡Oh! Discúlpeme... —balbució Pedro y pagó los veinte céntimos de tarifa. Esto le hizo volver un poco en sí, y, lentamente, regresó a su casa.

Advertía con claridad que no podía seguir así.

Debía liberarse de esa sensación, debía acabar con todo aquel asunto, que iba perturbándole cada día más intensamente el corazón y los nervios.

Sentose en el escritorio y se puso a escribir una carta a Mielt. No se rompía la cabeza para saber lo que debía escribir, sino que trazaba en el papel todas aquellas palabras que venían latiendo en su fuero interno tan dolorosamente, esperando la ocasión oportuna para poder manifestarse.

Me decido a escribir esta carta tras una terrible crisis moral —empezaba, sin ninguna introducción o exordio—, y no me pregunto si tengo o no el derecho de irrumpir con mis sentimientos subjetivos en la vida de usted. Pero no resisto más el sentirme tan solo y abandonado en este gran dolor que me tortura; el dolor que representa para mí el hecho de saber que usted está en el mundo, desde el momento en que la conocí. Hubo días y tal vez incluso semanas, durante las cuales llegué a olvidar completamente; pero ahora me siento otra vez bajo el irresistible influjo de ese sentimiento y no tengo ni un solo instante de tranquilidad, como si toda, mi vida hubiera quedado envenenada.

No considere usted esta carta como una trivial confesión de amor; tal vez no sepa expresarme muy bien, pero se trata de mucho más que de amor. Si hay palabras para expresarlo, debo llamar destino o predestinación lo que me empuja hacia usted. Me obsesiona continuamente, y con todos mis pensamientos. Es algo fatal que me obliga a postrarme a sus plantas.

Si siente algo hacia mí —no amor, sino cierta compasión o amistad—, le suplico que me ayude, dándome ocasión de que pueda expresarle todo esto de viva voz; tal vez de esa manera me iré tranquilizando poco a poco y mi corazón dejará de sufrir como ahora sufre.

Mañana, antes de almorzar, hacia las dos, la esperaré en el Corso, ante el gran quiosco.

¿Verdad que no es necesario que ponga aquí mi firma, puesto que usted sabe ya quién le escribe estas líneas?

Con premura, metió la carta en un sobre, sin haber vuelto a leerla, pues temía que, de hacerlo, no tuviera después valor de expedirla.

Una vez en la calle, miró la hora en su reloj. Eran las ocho. Todavía pronto para que estuvieran cenando. El anciano trabajaba tranquilamente en el despacho; no

tienen visitas; es el momento más propicio.

Al llegar ante el café, entregó la carta a un botones de gorra roja, para que la llevara inmediatamente a la dirección indicada. Luego saltó a un tranvía para alejarse lo más rápidamente posible de aquel lugar, evitando la posibilidad de correr detrás del recadero para gritarle: «Oiga, amigo, vuelva aquí, por favor. Deme la carta; ya la llevaré yo mismo».

Porque, en efecto, existían en él intenciones en ese sentido, teniendo que obligarse a sí mismo para que la carta saliera. Cada fibra de su sistema nervioso deseaba y exigía inquietamente que se produjese algo; mas, por otra parte, no acababa de comprender si lo que estaba haciendo era o no la máxima tontería.

Cuando el tranvía había atravesado ya el puente del Danubio, respiró de nuevo como si se hubiera liberado de un enorme peso. Tenía la sensación de que había descargado todo su problema de amor borroso y oscuro, sobre aquel viejo recadero de la gorra roja, mediante la carta.

Si alguien hubiera observado en esos momentos la cara de nuestro joven, sentado en un rincón del tranvía, habría podido descubrir una ligera sonrisa en sus labios que se movían nerviosamente. Su mirada intensamente fija en un punto, era testimonio de fuerte actividad interior. «Así, por lo menos, ya he dado un paso», díjose a sí mismo, al bajar del tranvía.

Después de cenar se fue a jugar al billar con Morgeczki, el propietario de una papelería, cuyo taco era invencible, en el café de la avenida Luis Kossuth. En el correr decidido y seguro de las bolas, Pedro tuvo la prueba de que sus nervios volvían a estar tranquilos.

Durmió muy sosegadamente aquella noche, con un sueño verdaderamente reparador. Ni siquiera intentó imaginarse el efecto que la carta podía haber producido en Mielt. ¿Estaría disgustada, o se habría reído al leerla? ¿Estaría contenta o enfadada? Pero en todo este asunto, en el fondo, no le importaba sino su propio yo. Él estaba contento, y el resto le tenía sin cuidado.

Por la mañana, salió con paso ligero hacia la oficina. No se había preparado para la cita con Mielt, y al reflexionar otra vez sobre el asunto, durante el desayuno, parecióle imposible que la muchacha acudiera a la misma.

Hacia las once, se puso a llover; era una lluvia finísima, casi una especie de neblina. Esto le tranquilizó, pues era motivo suficiente para que Mielt no fuera. Porque, en el fondo, le asustaba un poco la posibilidad de que ella esperara en el lugar indicado.

Cuando salió de la oficina, ya había dejado de llover, pero una capa húmeda se extendía por las calles. En el paseo, a orillas del Danubio, no había nadie. Faltaban siete minutos para las dos. Pedro se detuvo bajo un árbol.

Estaba decidido a esperar los siete minutos, y, luego, irse a casa. Encontrábase

tranquilo, y miraba aburridamente el Corso vacío. Pero, de repente, tuvo un gran sobresalto, pues por la dirección del puente colgante, con paso lento, se acercaba una mujer. Aquello sólo duró un instante, toda vez que inmediatamente se dio cuenta de que no se trataba de Miett. Esperó hasta que aquella señora desconocida, que era bastante más alta que Miett y representaba por lo menos cuarenta años, pasara ante él. La siguió con una mirada de odio. ¿Cómo se atrevía a pasar por aquí a esta hora, para causar sobresaltos a su inquieto corazón?

Miró otra vez el reloj. Eran las dos menos tres minutos. Habría preferido que ya hubieran pasado los tres minutos en cuestión, y al pasarse lentamente hacia el puente, notó con desagrado que en el gran reloj del embarcadero de las golondrinas del río todavía faltaban cinco, pues esto venía a prolongar la impaciente, estúpida e inmotivada espera en medio de la desagradable niebla, cosa que le causaba vergüenza a sí mismo.

«Es igual, es preciso pasar por ese trance», díjose, calculando que cuando llegara andando despacio hasta el puente de las Cadenas, ya podría irse tranquilamente a casa.

Paseándose por el Corso vacío, intentó reanudar sus pensamientos allí mismo donde los había interrumpido aquella tarde de setiembre, cuando ya estaba decidido a no asistir al té del doctor Varga.

«Tal vez se podría hacer algo con aquella Anita...», pensaba, pareciéndole, de repente, muy simpática la fräulein alemana de los Bunz. Imaginose con todos detalles la figura de Anita, muchacha morena, gorducha, con un cuello inverosímilmente corto y con las mejillas coloradas, en las que tenía dos graciosos hoyitos; llevaba guantes de algodón gris y calzaba altas botas. Reíase con una vocecita ridículamente aguda, y hablaba el idioma húngaro cometiendo a cada paso faltas encantadoras.

Apenas notó que, con rápidos pasos, una muchacha había pasado por su lado. No podía ver su cara, pues tenía la cabeza inclinada hacia adelante, sin mirar a ningún lado. Llevaba una gorra de piel marrón y un impermeable largo. En su mano, sostenía varios paquetitos. Sin saber por qué, Pedro se puso a seguirla.

«¿Podría ser Miett?», sobresaltose una vez más. Pero el amplio impermeable cubría completamente la femenina figura, impidiendo identificarla. Todo le parecía en ella extraño y desconocido, hasta el sombrero de piel y los zapatos. La muchacha caminaba a pasos rápidos, como si huyera de algo.

Él se apresuró a seguirla; la alcanzó y le miró la cara. Era Miett.

Pedro quitose el sombrero:

—Le beso la mano...

Miett se detuvo y levantó la cabeza, asustada. Pedro notó que estaba muy pálida, y que su voz sonaba como cubierta por un velo.

—Buenos días —contestó casi imperceptiblemente. Luego añadió con timidez—:

¿No ha visto por aquí a Olga?

Y al mismo tiempo paseaba la mirada por todo el Corso, sin duda para no sentirse obligada a mirar a Pedro frente a frente.

—Busco a Olga... —añadió después, sin esperar la respuesta. Y de nuevo se puso en marcha, mirando a todos lados, menos a Pedro.

Este tuvo que dar largos pasos para alcanzarla y continuar a su lado. La inesperada aparición de Miett le había turbado hasta tal punto, que sólo con grandes dificultades conseguía pronunciar las palabras.

—¿Ha estado de compras?

—Sí. He comprado seda, pues tenemos en casa a la costurera. Tengo prisa, temo llegar con retraso... ¿Qué hora tiene usted?

—Las dos...

Miett apresuró aún más sus pasos, y la conversación quedó interrumpida.

—Anoche acabé la lectura de aquel libro... —dijo Pedro, después de unos instantes de silencio.

—¿Qué libro?

—El libro de Strindberg, que ustedes me habían dejado.

—¡Ah, sí...! —contestó alegremente Miett, atreviéndose por primera vez a fijar sus ojos en su cara.

Su voz ya había perdido la timidez, al añadir:

—Olga tiene la costumbre de inventar travesuras por el estilo.

Dieron otra vez algunos pasos más sin hablar.

—¿Cómo sigue *Tomí*? —preguntó Pedro.

—Esperando los huesecitos que le darán para almorzar. ¿Usted no tiene perro?

—Desgraciadamente, no.

—¿Dónde vive?

—En la calle del Teniente.

—¿Sólo?

—Con mi madre.

Después de breves instantes de silencio, Pedro interrogó a su vez a Miett.

—¿Cuántos hermanos tiene?

—Ninguno. ¿Y usted?

—Yo tengo una hermana, casada, en Brassó. Ya tiene dos hijitos.

Mientras iban conversando así, Pedro sólo tenía un pensamiento: cómo orientar la conversación hacia lo que quería decir, puesto que ayer le había escrito a Miett rogándole que «le diera ocasión de expresarle todo esto de viva voz, para recobrar la tranquilidad y lograr que su corazón dejara de sufrir...».

Mas lo que había pensado anoche con el corazón inquieto, en la sencilla habitación bien caliente y llena de humo de los cigarrillos, en la tranquila atmósfera

que tamizaba de verde la pantalla de su lámpara de mesa, ahora, a orillas del Danubio, ante el viento frío, en la niebla húmeda y penetrante, llena de los ruidos otoñales de una mañana gris —los tranvías chirriaban desagradablemente sobre sus carriles mojados y gruñían los enormes carros de transporte—, le parecía tan sólo una alucinación lejana que zumbaba oscuramente en su cerebro, siendo incapaz de tomar expresión y forma de palabras.

Al llegar al puente, tomaron el tranvía. Preocupada por sus múltiples paquetes, Mielt casi no pudo llegar a sacar el monedero, y cuando Pedro quiso pagar por ella, protestó desesperadamente. No encontraron asiento y en el otro lado del puente subió tanta gente que quedaron apretados uno contra otro. Sus músculos se tocaban, y la muchedumbre, cual una fuerza invisible, apretaba a Mielt completamente contra el pecho del muchacho. Pedro se agarraba con la mano derecha a la correa colgante y tendía los músculos de sus piernas, para proteger a Mielt de la opresión.

—Hubiéramos hecho mejor yendo a pie —observó Pedro.

—Sí, pero en ese caso hubiera llegado con retraso.

No podían decir nada más. De vez en cuando, Mielt intentaba liberarse con algún movimiento tímido de su azorante situación, mas con la única consecuencia de quedar aún más apretada contra Pedro. Tras unos cuantos minutos, a Pedro le pareció, a través del impermeable, que el cuerpo de la muchacha estaba ardiendo. Mielt, en cambio, tiritaba un poco por el frío, y sólo tenía la idea fija de salir de tan desagradable posición.

Pedro iba pensando, entre tanto, meditabundo, si Mielt habría ido al Corso por él. Tal vez ni siquiera recibió su carta. ¿Podría ser que fuera Mili quien la tomara de manos del viejo recadero, entregándola por equivocación al señor de Almády...? Mili tiene el oído duro y es miope... ¡Tal vez Mielt no sabe nada de la carta! Y también sería posible que el recadero no la hubiera llevado... Como no debía esperar respuesta y se le había pagado por adelantado... ¿Quién podría conocer a fondo el alma de un recadero de Budapest? Pedro había hablado con él en la oscuridad de la calle, y ni siquiera miró el número que obligatoriamente llevaba en su roja gorra.

Al recapitular ahora sobre el comportamiento de la muchacha, juzgó cada vez más probable que Mielt apareciera en el Corso por una verdadera casualidad.

Mielt estaba tan apretada contra él en el tranvía lleno, que al bajar la vista para mirarla, no vio de ella más que la gorra de piel. Dedicose, pues, a observar con gran atención las costuras y arrugas de esa gorra. Por un lado, salía debajo de la misma el pelo rojizo de la muchacha, y cuando Mielt intentó ejecutar un movimiento dificultoso para ponerse en una posición más cómoda, sus cabellos rozaron la boca de Pedro, que ante el roce cosquilleante de aquel pelo sedoso, sintió estremecerse todo su cuerpo. Algún perfume desconocido y ligero desprendíase de aquella cabellera.

—¡Oh!, perdone —se disculpó Mielt, levantando los ojos por un instante hacia

Pedro.

Por fin, el tranvía se detuvo delante de la misma casa de Mielt. En la puerta, ésta le tendió la mano y le dijo muy bajo y tímidamente:

—Adiós...

Pedro no soltó aquella mano y miró profundamente en los ojos a Mielt. Tuvo que hacer acopio de todo su valor para poder proferir estas palabras, con la garganta seca:

—¿Ha recibido mi carta?

Mielt no contestó y quedó mirando a Pedro con unos ojos grandes que parecían suplicar. Primero, palideció; luego, se ruborizó.

—¿La ha recibido usted? —insistió él.

También esta vez Mielt dejó de contestarle. Retiró con lentitud su mano de la del joven, dio bruscamente media vuelta y desapareció corriendo por el portal.

Pedro corrió detrás de ella. Mielt huía escalera arriba. En el primer descansillo se detuvo y volvió a mirar a Pedro con la cara encendida, pero con un gesto alegre como quien está más allá de todo peligro. Su cara estaba aún más encarnada, y en su mirada reflejábanse susto, excitación y una especie de coquetería.

Sonrió a Pedro.

Este se quedó plantado allí, mirando hacia arriba y escuchando el ruido que hacían en los peldaños los ligeros zapatos de Mielt, mientras subía hacia su casa. Entre un tramo de escalera y otro, el ruido parecía ser un movimiento musical, interrumpido periódicamente en cada rellano.

Pedro continuó inmóvil, hasta que cesó el golpear rápido de los zapatos.

Después, dio media vuelta y salió a la calle. Sentía en sí el júbilo de una sensación completamente inédita, y su corazón parecía invadirle todo el pecho...

Caminó con premura, el sombrero se le subió por un motivo desconocido hacia la punta de la cabeza. Andaba tan rápidamente, sin mirar a nada ni a nadie, que los transeúntes volvían la cabeza a su paso.

6

Un viejo coche simón cerrado pasó lentamente por el Bulevar Aréna en el pardo crepúsculo. Iba ocupado por Olga y Elemér Koretz.

Sus amoríos duraban tan sólo desde hacía diez días, pero galopaban a un ritmo apasionado hasta el instante en que Olga se entregaría a Koretz.

La misma Olga se daba perfecta cuenta de ello. Ahora estaba sentada, encogida, en un rincón del coche, sufriendo escalofríos, y esperaba con dientes rechinantes, pero con un gozo indefinible, el desenlace al que no quería ni tampoco hubiera podido resistir.

Le parecía algo muy bello, algo extraordinariamente romántico el encontrarse aquí, en el coche destartado, al lado de Koretz, mientras el espléndido automóvil de él esperaba a su amo ante el edificio del Casino del distrito de Teresa, en la creencia de que el gran hombre de negocios estaba en el local del primer piso, jugando a los naipes tras las cortinas amarillas.

Koretz ya no era joven. Dirigía una gran empresa industrial. Sólo su corpulencia testimoniaba los cuarenta años; en cambio, la cara sana, las mejillas coloradas y el pelo rubio, brillaban con ingenuidad juvenil y sed de vivir.

Desde hacía años, lo había intentado todo para obtener el divorcio de su mujer, de la que vivía separado; mas no pudo lograr su deseo ni por dinero ni con amenazas.

En el curso de los dos últimos años, había gustado de todos los *rouge* que estaban pintados en los labios de las bellezas prostituidas con distinción, bien de los teatros y *music-halls*, bien de las mujeres elegantes de los grandes hoteles a orillas del Danubio. Todo esto le costaba un capital; mas Koretz no tenía nada de tacaño. Sin embargo, la sencilla y sana naturaleza no se sentía a gusto en los *boudoirs* de aquellas mujeres, cuyo *argot* budapestiense le sonaba extraño, dejando en su paladar como el sabor de algún fruto pasado. Ya estaba harto de esta manera de vivir cuando la casualidad puso en su camino a Olga.

Se habían conocido en una cena en que estaban sentados juntos. Al principio, Koretz no le hizo caso a la muchacha *bien* que tenía a su lado, y de la que nada podía esperar, según su primera impresión. Sin embargo, durante la conversación iba dándose cuenta de que en el alma de Olga palpitaba una formidable e impaciente sed, que se revelaba no sólo por las miradas, sino incluso por alguna frase pronunciada al azar.

Después de cenar, quedaron ambos en un rincón del salón, mantenido en semioscuridad bien estudiada, hasta altas horas de la noche, habiendo vaciado entre los dos todo el contenido apenas empezado de una botella de licor.

Koretz no vio sino la muchacha elegante algo bebida, coquetuela, muy inteligente y atrevidamente libre en el hablar. No se dio cuenta de que se llevaba a cabo en ella

una revolución anímica y física, debida a causas profundas, y cuyas primeras raíces, finas como cabellos, habían germinado en el alma de la muchacha desde hacía años, llegando a ser ahora un verdadero programa de vida; revolución que empujaba a esta chica frágil, de finísimas formas, a los brazos del primer varón que encontrara.

Olga reconoció en seguida, y con toda claridad, la vacuidad del destino sin salida que la acechaba. Comprendía perfectamente que su hermosura y su apariencia no bastaban para encontrar marido. Manejaba ella el dinero de su madre, y sabía que aquel capital más modesto, apenas les podía asegurar una vida tranquila y segura para poco más de un año, y aun esto en unos límites ultrasencillos. ¿Qué le esperaba, pues? Tal vez, concentrando todas sus energías y cualidades que desde luego no le faltaban, hubiera podido casarse con alguno de los muchachos de la buena sociedad de Budapest: algún funcionario mal pagado. Sin embargo, entre los jóvenes de edad núbil que solía encontrar —en el verano en el campo de tenis, y en invierno en la pista de patinaje—, y que hubiera podido tomarse en consideración, no aparecía en el horizonte ninguno por el cual hubiera valido la pena hacer ese supremo esfuerzo.

Vio, pues, con los ojos abiertos, y hasta dolorosamente desorbitados, que por ese camino le esperaba, a lo más, la modesta felicidad de un pisito de alcoba y comedor, cuyos secretos le eran conocidos por el ejemplo de sus amigas casadas. Sus ojos escrutadores descubrían siempre en los amores de estos matrimonios sin dinero, las huellas cadavéricas de la monotonía y del aburrimiento.

Mas lo que la sublevaba ante todo contra el propio destino era la compañía deprimente de su madre, continuamente delicada y enfermiza. Su padre fue funcionario de Aduanas, y murió algunos años antes. Su madre sufría desde el pasado año una parálisis que la impedía levantarse de la cama un solo momento.

—¿Es para eso para lo que yo debo vivir? —preguntábase a menudo con tristeza, pensando en su madre, al pasar largas horas a la cabecera de ésta. La mano de la anciana que yacía inerte y marchita sobre la colcha, parecía una silenciosa y amarga protesta contra la vida.

—Ten mucho cuidado, muchísimo cuidado de ti misma, hija —solía decirle cada vez que Olga salía para asistir a alguna cena o para otra excursión por el estilo.

—Sí, mamáita —contestaba Olga, inclinándose sobre la cama y dando un beso a su madre. Y siempre, antes de salir, dejaba un ligero rastro de perfume en tomo a las almohadas de la enferma.

Salía con la idea de encontrar algún día, a pesar de todo, al «hombre de su vida», a quien pudiera entregar su alma y su hermoso cuerpecito nervioso en que ardían inconfesables deseos. ¡Todo era igual! Después del famoso té del mes de setiembre de los Varga, su fantasía se había ocupado, durante semanas, en la elegante y esbelta figura de Iván de Golgonzsky. Mas el hermoso agregado de Legación había desaparecido del horizonte.

Entonces, cuando en aquella cena la hicieron sentar al lado de Koretz, ni ella misma se atrevía a creer al principio que aquél sería el hombre que ella estaba esperando. Pero luego su mirada quedó fija en la fuerte y cuidada mano del industrial, y poco a poco se puso a escrutar los rasgos de su rostro, que le parecieron muy agradables y juveniles. Descubrió en toda la presencia de Koretz la armonía y el perfume que da el dinero. Hasta el smoking de este hombre era de otro paño; llevaba otra clase de botones en los puños y en la pechera; peinaba de otra manera los cabellos, y en todo su ser difundíase el bienestar físico, junto con la seguridad que confiere un cuerpo muy cuidado, cosas que faltaban a todos aquellos muchachos de los barrios de Buda que hasta ahora la habían rodeado.

Koretz tenía por costumbre, aún comiendo, reírse a carcajadas. Y en estas ocasiones, hacía brillar su magnífica y sana dentadura.

«¡Qué dientes más hermosos tiene!», pensó automáticamente Olga. Y sus ojos escrutadores se deslizaban hacia los detalles más íntimos del rostro de Elemér Koretz. Sabía de él que estaba casado, pero ello no le impedía ni por un instante ir más lejos en sus pensamientos, y cuando, una vez acabada la cena, se había retirado con el industrial a un rincón del salón bañado en tinieblas, aquel hombre le gustaba ya mucho.

Naturalmente, la conversación giraba en primer término en torno del problema del matrimonio. Olga se enteró entonces de que Koretz vivía separado de su mujer.

—Ahora, usted debe tener amantes le dijo con sencillez.

Koretz juró por el cielo y la tierra que llevaba la vida más honesta, pero desde aquel momento la conversación se deslizaba ya con gran facilidad hacia el punto que Olga se proponía. Olga manejaba ese tema con tanta superioridad y aplomo, que provocaba en Koretz la impresión, no de perversión o de ligereza, sino más bien de un concepto más elevado de la vida.

Y efectivamente, era así. Koretz escuchaba con mayor deleite cada vez a aquella morenita tan encantadoramente inteligente, dándose perfecta cuenta al mismo tiempo de que sus formas delicadas eran de una hermosura excitante e ideal.

Entre tanto, no dejaban de beber. La conversación se estancaba cada vez más, los silencios se prolongaban, y cambiaban frecuentemente largas y significativas miradas. Huelga decir que en aquel rincón oscuro del salón en tinieblas, sentados en medio de las almohadas del diván que formaban esquina, y tras el dorso de un gran sofá, Koretz no había tardado mucho en besar en el hombro a Olga.

Y he aquí cómo diez días después, Olga se dejaba conducir por Koretz a una cita de amor.

Durante todos estos días, Mielt no veía a Olga. Había deducido de ello que a su amiga debían de pasarle grandes cosas.

Sin embargo, desde que la noche anterior recibió la carta de Pedro, olvidose por

completo de los asuntos de Olga. La había invadido tal excitación, después de leer aquella carta, que incluso su padre tuvo que preguntarle durante la cena, qué era lo que le pasaba. Estaba sentada en su silla, rígida y con la mirada tímida y temblorosa.

—Pero, ¿qué tienes esta noche, *Miska*?

(A veces, interpelaba a su hija con el diminutivo del nombre masculino de Miguel).

—Tengo un poco de dolor de cabeza —contestole su hija, fingiendo indiferencia, y alzando las cejas. Sofocó un pequeño bostezo, mientras que en el lugar de su corazón sentía una sensación inquieta y dulce que jamás había experimentado aún.

A la mañana siguiente sostuvo una discusión consigo misma que la hizo palidecer, sobre si iría o no al Corso, hasta que decidió acudir, simulando pasar por casualidad.

Después de encontrar a Pedro, esa sensación de inseguridad la abandonó completamente. En su lugar, presentose una especie de somnolencia cálida y bienhechora, y pasó toda la tarde perezosamente en el diván, recapitulando en el pensamiento una y otra vez hasta los más mínimos detalles de su encuentro con Pedro, cada palabra y cada acento de su conversación.

Hacía un tiempo desagradable, con viento y lluvia. Miett se cubrió con una manta e intentó dormir un rato, sin conseguirlo. Oía continuamente la voz de Pedro, se sentía envuelta en su mirada con alucinante claridad. Hubiera querido interpretar lo que le pasaba, aunque en realidad parecíale preferible no acordarse de nada. Sin embargo, sus pensamientos giraban momentáneamente, en un terrible caos, sin sistema alguno, haciéndole revivir fragmentos de su encuentro, con unos pormenores visuales y acústicos clarísimos. Ya le parecía la cara agradable del muchacho bajo el sombrero ladeado y salpicado de gotas de lluvia; ya el tic-tac de sus zapatos en el asfalto, cuando se había lanzado a su persecución, antes de dirigirle la palabra; bien los ojos azules que la envolvían en una mirada tan profunda, y, por fin, otra vez su voz, al saludarla, algo velada, tímida, mas no por eso falta de cariño:

—Le beso la mano...

Había algo en aquella voz: tal vez la excitación reprimida, el rápido latir del corazón mal disimulado tras las silabas, y que se revelaba a pesar suyo; algo que era como un toque suave, pero que no obstante parecía hundirse en su carne viva.

Cubriose con la manta hasta la nariz, encogiéndose lo más que pudo.

Pasó todo el santo día en una especie de ensueño a ojos abiertos. Confiaba en que, por la tarde, Pedro le telefonaría, pero el muchacho no dio señales de vida. Esto le gustaba, pues temía que algo viniera a perturbar la tonalidad tan agradable de aquella jornada.

Después de cenar, estaba tranquilamente sentada en su habitación, dedicada a sus labores con aquella mirada voluntariamente fija detrás de la cual correteaban millares

y millares de pensamientos, los cuales se traducían de tarde en tarde en algún minúsculo rictus de los labios fuertemente apretados. En un momento dado, sentada de esta manera, enderezando y sacudiendo de vez en cuando su hermoso cuello, se oyó una llamada muy conocida en la puerta.

Entró Olga. Tampoco esta vez dijo nada, sólo se detuvo en el umbral, chocando los tacones militarmente, saludo habitual en ella.

También entonces llevaba albornoz, debajo del cual, sin embargo, estaba vestida.

Venía sin labor, fumando un cigarrillo. Estaba extraordinariamente pálida, los ojos parecían más grandes y más penetrantes que de costumbre, y Mielt advirtió en todo su ser algo desacostumbrado.

—¡Encantada de verla! —exclamó Mielt. En el fondo del saludo se adivinaba una sombra de reproche, por haber dejado de venir a visitarla durante los últimos días.

—¡Servidora de usted! —dijo en voz baja Olga con cierta expresión de arrepentimiento y misterio, sentándose en el canapé. Alzando las cejas, respiró profundamente el humo de su cigarrillo.

—Sin duda has adquirido otra amiga de más categoría —dijo Mielt sin levantar su mirada del trabajo.

—¿Por qué?

—Desde hace diez días, ni siquiera has puesto el pie aquí.

Olga hizo un minúsculo movimiento despectivo con la boca.

—¡Hija mía! —dijo con un acento que parecía decir: «¡Qué sabes tú de las cosas que me pasan actualmente!».

Se extendió en el sofá, apoyándose en un brazo. Cambiaban frases insignificantes, entrecortadas por largos silencios. Por fin, la distracción y ensimismamiento de Olga llamaban tanto la atención, que Mielt dejó caer en el regazo las labores, miró a su amiga y le preguntó con tono de cariñoso reproche:

—¿Pero qué te pasa, *Choka*^[18]?

Empleaban palabras por el estilo, para llamarse entre ellas. Una vez formulada la pregunta, le vino inmediatamente a la imaginación que su padre había preguntado exactamente lo mismo el día anterior, durante la cena, y con el mismo acento. Y pensó asimismo que si Olga eludiera ahora a su vez la pregunta bajo un pretexto indiferente como lo hizo ella, mentiría también, como había mentido anoche a su padre.

Pero como Olga parecía esperar aquella pregunta, no contestó en seguida, enarcó otra vez las cejas y aspiró profundamente el humo de su cigarrillo, mientras que en su rostro temblaba un pensamiento no formulado. Extendida en el canapé, apoyada en un codo, extendió quedamente la mano hacia la mesita en que se encontraba el cenicero. La manga del albornoz se le había subido, descubriendo más allá del codo su hermoso brazo, torneado y blanco. Con tres leves movimientos hizo caer la ceniza

del cigarrillo, mientras que la mirada quedaba fija, con las cejas en alto. Mielt notó que en todos los movimientos había una gran calma antinatural. También la voz era tranquila, pero precisamente tamaña frialdad y calma produjo cierto efecto amedrentador, al contestar:

—Oye... tengo que explicarte una cosa.

Mielt observaba a su amiga con la respiración sofocada. Notó instintivamente en su voz que iba a decirle algo terrible. En los instantes en que Olga, tras el exordio, mantenía la pausa, el cerebro se le paralizaba de espanto. A pesar de lo cual, Olga continuó con la misma calma glacial:

—Desde las siete de esta tarde, he dejado de ser una señorita...

Una vez dicho esto, pareció faltarle la respiración.

No miró a Mielt. Extendió otra vez el brazo hacia el cenicero, y con el mismo movimiento triplicado de antes, hizo caer una ceniza imaginaria, pues entonces el cigarrillo no se había consumido aún bastante.

Mielt la contemplaba con los ojos desorbitados. Su labor, que había tomado otra vez del regazo, pareció detenerse en el aire a medio camino. Si Olga le hubiese dicho: «Oye... hace media hora que me he envenenado y me voy a morir de un momento a otro aquí, ante ti», o si le hubiese dicho: «Oye... hace un momento he asesinado a mi madre, pues no podía resistir más aquella cama con el hedor de la enfermedad...», acaso no la hubiera impresionado tanto como aquellas pocas, pero misteriosas palabras.

Miró a Olga, miró los pliegues del albornoz de la amiga, sus cabellos y sus cejas, experimentando la misma inexplicable sensación con que contemplara antaño al cochero de su abuelo, en la aldea, cuando dos gendarmes le conducían detenido al Ayuntamiento del lugar, con una reluciente cadena de blanco acero en las muñecas morenas, arrestado por asesinato o robo. La miró como si fuera algún objeto inanimado, no un ser vivo.

Olga continuaba evitando su mirada. Sus ojos se agarraban convulsivamente al recuerdo de ciertos instantes que para Mielt eran terribles y misteriosos. Mas su semblante continuaba reflejando la misma calma tan poco natural y tan extraña de antes. Con un dedo, se tocó los labios, quitándose una hebra de tabaco, luego la contempló un instante en la punta del dedo, con concentrada atención. Sin embargo, en su interior, el corazón le latía fuertemente.

Se sentía tremendamente sola con el arcano de lo que había pasado aquella tarde entre ella y Koretz. Vino a ver a Mielt como si huyera de sí misma, pues buscaba desesperadamente alguien a quien pudiera confiar, con quien compartir aquel terrible secreto que pesaba sobre ella medrosamente. Aquella calma glacial aparente era la fachada de la pobre niña que llorosa, pálida y consternada se había contemplado en el espejo media hora antes, cuando había vuelto a casa a cambiarse de ropa.

Ahora deseaba y esperaba que Mielt se levantara rápidamente del asiento para venir a acurrucarse a los pies del diván, apretándola fuertemente la mano, y susurrándole ardientemente:

—Y ahora... explícame... ¿cómo ha pasado...?, ¿qué ha sucedido...?

Sentía la necesidad de abrazarse a alguien, para explicarle musitando todo el asunto, cual una excitante aventura, volviendo a vivir el incandescente recuerdo de aquellos minutos; pues así, abandonada a sí misma, todo su pensar quedaba inhibido por alguna contricción desconocida, de la que hasta su mano salía fría y húmeda. Hubiera querido arrojar lejos de sí esas manos heladas, como si fueran objetos extraños, y disolverse en un tímido, confidencial y ardoroso susurro, compartiendo con alguien un secreto bajo cuyo peso se sentía ahora terriblemente abrumada y perdida. Pero Mielt no se movía. Como si estuviera petrificada.

Transcurrieron así algunos momentos, sumidas ambas en un silencio inquietante. Después, la mano de Mielt hizo un gesto casi imperceptible, acercándose el bordado a la cara y, asustada, se puso a continuar su labor mucho más rápidamente que antes. En el tremendo silencio, casi se le oía latir el corazón.

Olga hizo una mueca despectiva, como si hubiera dicho algo dirigiéndose a sí misma. Fijó por un instante la mirada, de soslayo, en su amiga. Sentía que sus dos almas acababan de alejarse mutuamente en aquel momento, para siempre jamás, y ya se arrepentía de haber iniciado a Mielt en el secreto.

Hubiera debido saber, en efecto, que Mielt era aún demasiado niña y excesivamente sensible para poder contemplar el panorama desde aquellas alturas a las que ella llegó a subir. En ese instante, dependía de un hilo que abandonara bruscamente aquella calma fingida, echándose a llorar con desesperación.

Pero dominó este reblandecimiento.

Fijó ante sí su mirada, con los ojos entornados, y en el cerebro se le revolvieron los recuerdos de aquella misma tarde.

Sentía continuamente encima de su frente la ardiente y jadeante respiración de Koretz.

Impuso una sonrisa maliciosa a sus labios, para no echarse a llorar ante Mielt.

Esta ya había vuelto en sí del primer susto, pero sus ojos no se apartaban del bordado. Estaba desorientada, sin saber lo que debía hacer en este momento, y cómo debía comportarse. Se daba cuenta que acababa de pasar algo terrible e irreparable, y hubiera querido pedir socorro a gritos. Mas al mismo tiempo surgía en ella otra idea, aunque sólo confusa e indecisa: tal vez, en el fondo, ¿no carecía todo esto de importancia? Pero no se atrevía a decir nada y de su garganta no brotaba ninguna voz, como si hubiera enmudecido para siempre.

Olga se extendió en el canapé, luego dióse golpecitos con la mano en la boca, sofocando un bostezo. Pero su fingida indiferencia era tan lamentable, que Mielt tuvo

sinceramente lástima.

Olga, estirándose siempre, se levantó y no dijo más que esto:

—¡Bueno, voy a marcharme...!

Tocole la barbilla a Mielt, levantó cariñosamente su cara hacia ella y le dio un beso en la frente.

Su mano era tan dura y fría que Mielt se estremeció al sentir su contacto.

—¿Ya te vas? —dijo casi imperceptiblemente, y se asustó de su propia voz. También ella tenía muchas ganas de llorar.

Al quedarse sola otra vez, se levantó de la silla y escuchó nerviosamente los pasos que se alejaban. Conservó esta actitud aún mucho tiempo después que se cerrase tras Olga la puerta del recibimiento.

Luego, dejando la labor, que la había ayudado a pasar por tan duro trance, sentose en el canapé y se puso a reflexionar largamente, aunque sin poder llegar a ninguna conclusión sensata.

Desnudose y se metió en la cama rápidamente, como si huyera ante todas aquellas cosas que hoy acababan de pasarle. Su existencia estaba basada en una serie interminable de días tranquilos, desprovistos de acontecimientos y monótonos.

No estaba completamente segura de que Olga estuviese ahora mejor o peor. ¿Debía envidiar a su amiga o menospreciarla? ¿Odiarla o tenerle lástima?

Imaginose la escena en un cuarto en tinieblas, como en sueños. Vio a Olga desnuda en medio de la habitación.

Su imaginación volvía casi purificada y tranquila desde estas visiones a la reposante cara de Pedro. Evocó incluso las últimas líneas de su carta que había leído tantas veces seguidas, hasta sabérselas de memoria. Vio la triste añoranza en la mirada de Pedro, al tomarle la mano ante la puerta.

Empezó a temblar bajo la manta. Sentíase invadida por un miedo extraño, miedo mitigado, desde luego, por cierta indefinible felicidad. Hubiera querido llorar, y experimentaba la sensación de que cuanto le había ocurrido ayer y hoy, no era sino el reluciente y sonoro torbellino de la vida y del amor, que también a ella la envolvía y la arrastraba hacia abismos desconocidos.

Anochecía. La nieve iluminaba con su blancura las calles, disolviendo y sepultando todas las sombras. La espesa capa de nieve colocó su sordina sobre toda la metrópoli e incluso el rumor de los tranvías parecía producirse debajo de una campana de cristal. En la nítida blancura, los faroles, tempranamente encendidos, brillaban con una luz de color de limón.

La habitación se llenaba de suaves sombras que pululaban cual extraños seres incorpóreos. Junto a la ventana brillaba la nieve, y en el rincón del cuarto, el fuego de la estufa.

Encima del piano, sumergido a medias en la oscuridad, colgaba aquel gran retrato enmarcado de oro. La retratada, en traje a la antigua usanza, con la espesa corona de trenzas sobre la frente juvenil, parecía mirar hacia fuera, hacia los tejados blancos.

Tomí yacía en un rincón del diván y respiraba hondamente en sueños. Luego se desperezó con lánguidos movimientos.

En el brazo del diván, brillaban en el pardo crepúsculo los deliciosos colores de un gran pañuelo típico de estilo campesino *matyó*.

Las puertas de las habitaciones sucesivas estaban abiertas de par en par. Tan sólo más allá del comedor, la puerta del despacho del padre estaba cerrada a medias, pero sin poder impedir que se oyera en toda la casa cuantas veces, mientras trabajaba, carraspeaba largamente y hacía crujir la silla.

Pedro estaba de pie cerca de la estufa con las manos hundidas en los bolsillos, y apoyándose con un hombro en la pared.

Miett acababa de salir para acompañar a la señora de Lénart, la cual, habiendo venido a ver a los Varga, entró unos instantes para saludarla.

Desde el último encuentro en el Corso, más de dos semanas antes, Pedro no logró ni una sola vez quedarse a solas con Miett, aunque desde entonces veíanse muy a menudo. El domingo anterior hubo té en casa de los Varga. También había ido ya tres veces a casa de los Almády, pero excepto las largas y elocuentes miradas cambiadas en secreto entre los dos, no se había señalado ningún progreso.

Pedro contemplaba con la mirada velada el pañuelo multicolor, con el que Miett solía cubrirse los hombros, echado sobre el brazo del diván. Sentía una emoción y una ternura indecibles hacia aquel pañuelo; todo objeto que perteneciera a Miett le provocaba sentimientos análogos.

Ahora advirtió al perro en el diván.

—*Tomí* —le dijo en voz baja—. *Tomito* mío, ven acá —e hizo castañetear sus dedos.

Tomí, sin mover la cabeza, abrió un ojo y debajo de los espesos cepillos de sus cejas, como detrás de las tupidas rejas de una jaula, echó sobre Pedro una mirada de

tranquilo desdén. Luego cerró de nuevo los ojos y no se movió.

Pedro contempló la habitación. Hubiera querido palpar y acariciar los objetos, uno a uno. Todo le pareció tan bello como un ensueño, bañado en aquella misteriosa luz propicia a las evocaciones.

Miett volvió.

Colocose ante la estufa y la golpeó con su mano, con ese movimiento que las mujeres suelen emplear al palpar con sus hermosas manos el cuello de un caballo.

—Es muy simpática esa señora de Lénart —observó, con aquella vivacidad en la voz que conservaba de la animada conversación con la amiga.

—Efectivamente —contestó Pedro con un tono de voz que daba por concluido este tema, involuntariamente.

Luego guardaron un prolongado silencio. Sólo la mano de Miett continuaba dando sonoros golpecitos en la estufa.

Pedro estaba rascando con las uñas, con su atención concentrada, una hinchazón del esmalte de la misma, y, sin mirar a Miett, dijo en voz baja, vertiendo toda su alma en estas palabras:

—¿Por qué no me contestó usted el otro día a mi pregunta? ¿Recibió mi carta?

Miett continuaba golpeando la estufa con la palma pero esta vez a un ritmo menos rápido.

—¿No quiere que hablemos de ello? —preguntó Pedro con voz baja y triste.

Miett tampoco esta vez le contestó, tan sólo asintió varias veces con la cabeza al mismo ritmo con que estaba golpeando la estufa. Intentó ocultar de esta manera su emoción que le ardía en las mejillas.

—¿Y qué experimentó? ¿Se asustó? ¿Se enfadó o estaba contenta, o se puso triste por causa de mis líneas?

Miett, por fin, dejó de dar golpes a la estufa. Inclino la cabeza hacia adelante, pareció clavar la mirada en un punto del suelo, y concentró toda su atención en colocar las puntas de sus zapatos minuciosamente paralelas con las ranuras del entarimado iluminado por los reflejos rojizos de la estufa.

—No lo sé —contestó melodiosamente, subiendo el final de la frase. Y con cierto encanto y excitación virginal ante aquellas preguntas, se parapetó aún más profundamente detrás de ese juego, imprimiendo a su cuerpo movimientos de baile apenas perceptibles sobre aquella línea del entarimado.

—¡Estoy locamente enamorado de usted! —dijo Pedro, como si necesitara una decisión especial para poder formularlo.

Y una vez proferida aquella frase, a la cual no esperaba respuesta, apoyó la frente sobre el tibio esmalte de la estufa, cerrando los ojos.

Durante mucho tiempo reinó el silencio en la habitación y sólo la llama hacía música en el hogar. La oscuridad aumentaba gradualmente en la estancia, y a través

de la ventana, se infiltraba fina, apenas perceptible, el ruido de la calle cubierta de nieve.

Miett, lentamente, con circunspección, levantó la mirada hacia Pedro, pero al encontrarse con la suya volvió de nuevo rápidamente la cabeza.

Pedro extendió su mano para tomar la de la muchacha, y después de breve lucha, la aprisionó. Luego la llevó a su boca, imprimiendo un beso sobre la suave carne de la muchacha que en su palma fría ardía como un tizón.

Miett le volvía la espalda, ofendida, pero dejó la mano abandonada en la de Pedro. Los besos estallaban sobre su palma, y el ardor se transmitió por el brazo a todo el cuerpo.

Retiró suavemente su mano y dijo:

—¡Si papá entrase por casualidad, nos abofetearía!

La amenaza le pareció tan inverosímil, que ella misma sonrió. Pero no por eso dejó de acechar hacia la habitación vecina, ladeando un poco la cabeza. No se percibía ningún ruido en aquella dirección, tan sólo de tarde en tarde algún carraspeo.

Pedro aprisionó nuevamente la mano de Miett, que ella defendió con muy poca energía, y esta vez se propuso atraerla completamente hacia sí. Miett se había agarrado con la otra mano a la cantonera inferior de la estufa, aferrándose a ella. Así, Pedro no acertó a moverla de su sitio.

—Soy fuerte... —dijo Miett con la cara encendida por el rubor, y en sus ojos brillaba el ardor de aquel juego tan rico en inéditas excitaciones.

Pedro aprovechó ese instante y le dio a Miett una gran sacudida, de modo que la muchacha perdió un poco el equilibrio y casi cayó sobre él.

Pedro la sujetó con sus fuertes brazos, de modo que fue incapaz de ejecutar ningún movimiento.

La muchacha apoyó sus manos contra el pecho de Pedro, concentrando todas sus fuerzas para librarse de aquel abrazo. Y murmuraba con una excitación nunca experimentada todavía:

—No debemos... No debemos de...

Pero en la mirada de Pedro lucía extrañamente una llama desconocida.

—Déjeme, por favor... —suspiró de modo apenas perceptible la muchacha; pero ya ni siquiera era capaz de defenderse, pues, con el susto, todas sus energías la habían abandonado.

Pedro la besó a la fuerza.

Miett cerró los labios a toda costa, para defenderse contra tan intenso besar, que en aquel momento de susto parecióle mucho más terrible. Detrás de los labios fuertemente apretados, se escapaba un minúsculo sollozo de lamento.

Tomí, en el rincón del diván, abrió un ojo y les miró tranquilamente. Pero tan sólo un instante. Luego, al ver que no pasaba nada malo, volvió a cerrar el ojo y continuó

durmiendo.

Miett rechazó a Pedro y llevando la mano a la cabeza, exclamó:

—¿Qué me ha hecho?

Pedro no le contestó, pero esta vez le hubiera sido difícil abrir la boca. Dejó caer los brazos y apoyose en la pared, con los ojos cerrados, muy pálido, como quien está agotadamente cansado.

Miett acercose a pasos lentos al diván y se sentó en el brazo del mueble. Llevó una mano a la barbilla e inclinando la cabeza, quedó como meditando.

En aquel instante, Pedro se le acercó y, sin proferir palabra, retuvo una mano entre las suyas.

La oscuridad ya era completa en la habitación. Sólo el cuadrilátero de la ventana brillaba con el color gris velado, color de las palomas torcaces, de la noche invernal. En la estufa, el tizón despedía una fina luz roja dorada.

—Te quiero... —dijo Pedro, y apretó la mano de Miett contra su mejilla.

Había dicho estas dos palabras con mucha sencillez, en voz baja, pero había algo en aquella voz que penetró a Miett hasta el corazón.

Permanecieron así largo rato, sin atreverse a cambiar de posición, pues temían ahuyentar aquel maravilloso instante.

De repente, se oyeron pasos.

Pedro se arrojó rápidamente en un sillón, mientras que Miett dejase resbalar del brazo del diván al asiento.

Mili atravesó el comedor, arrastrando los pies; entró en el salón y tanteando la pared, encendió la luz. Al ver de repente a los dos jóvenes callados, se estremeció todo su cuerpo.

Miett, sin decir nada, abanicábase con una tarjeta postal, que en su turbación había tomado de la mesa. Pedro, en cambio, estaba dando vueltas con concentrada atención a su anillo de sello.

Mili, armando mucho ruido, puso algunos pedazos de carbón en la estufa y volvió a salir.

Ellos dos se quedaron allí, en medio de la luz nacida tan repentinamente, sin atreverse a levantar la mirada uno hacia otro. Se atrevieron todavía menos a hablar, presintiendo que sus voces sonarían como ajenas, como voces de extraños.

Pasaron así largos y pesados instantes, sumidos en aquel silencio forzoso y torpe que hacía perder la realidad a todo en torno suyo.

Tomí salió por debajo de la mesa y se plantó en medio de la habitación. Se puso a bostezar, y al hacerlo, en medio de sus encías negras, brillaron muy blancos sus dientes. Después, estornudó ruidosamente, con tal furia que su hocico chocó contra el suelo. Luego, con pasos lentos, meneando la cola, salió de la habitación. Era imposible contemplar todo aquello sin sonreír.

Miett y Pedro se miraron.

La muchacha se colocó un cojín del sofá ante la cara, intentando ocultar así la sonrisa.

Pedro se sentó a su lado en el sofá.

—¿Estás enfadada? —preguntó con voz insegura, procurando acostumbrarse a la novedad del tuteo.

Miett dejó de contestar, pero, parapetada detrás del cojín, levantó sus ojos hacia él. Echó una mirada de involuntaria curiosidad sobre la boca de Pedro.

Luego tiró el cojín sobre un sillón, se levantó e hizo ademán de ir a su cuarto.

—¿Adónde vas? —le preguntó Pedro en voz baja y suave, sin atreverse todavía a tutear a Miett en voz alta.

—Debo arreglarme el pelo —dijo Miett, musitando a su vez. Y ese tono apagado llegó a crear entre ellos cierta confianza y al mismo tiempo una conciencia de culpabilidad compartida.

Miett desapareció tras la puerta.

Pedro la siguió, alcanzándola en medio del dormitorio. La cogió por la mano y la miró con unos ojos que suplicaban. La atrajo hacia sí, y, esta vez, Miett ya apenas resistió. Al principio, empezó aún apretando los labios a manera de defensa, pero luego su boca se abría, devolviéndose, y por primera vez en su vida experimentó el sabor extático del beso.

A partir de aquel día, volvieron a cambiarse besos cada tarde, allí, en medio de la habitación.

A través de la pequeña ventana abierta, entraba en el cuartito caliente y con la atmósfera cargada el aire helado de la mañana, como si apretaran de afuera hacia adentro un trozo de hierro pesado y agudo.

Por la sinuosa e inclinada calle del Teniente, los niños jugaban con trineos. La mañana plateada de invierno se llenaba con los gritos de gargantas juveniles. En la torre de la iglesia de la plaza del Calvario, tocaban campanas y su sonido atravesaba, vibrante, las alturas con su acento metálico.

La madre de Pedro estaba de pie ante la cama de su hijo, con un pañuelo en la cabeza y las manos cubiertas con mitones de algodón. Tiraba una sobre otra las almohadas aún cálidas que el aire fresco, deslizándose por la ventana abierta, se ponía a morder inmediatamente. La señora de Takách hacía unos movimientos cómicos con la cabeza, como si se hubiera asustado de algo, y daba saltitos en el reducido cuarto como un extraño pajarito en su jaula. Tenía debajo del brazo el plumero, en cuyo extremo se erguían pardas y amarillas plumas de gallo, lo cual le daba mayor semejanza con un pájaro.

Mientras trabajaba, sus reflexiones giraban siempre en torno del mismo asunto: Pedro tendría que casarse, a pesar de todo, con aquella muchacha Vaynik.

«En fin, no le comprendo», pensó, sacudiendo cuidadosamente las migajas de las sábanas, pues solía despertar a su hijo cada mañana con un panecillo de Viena calentito y un humeante café.

«Le hablaré», se decía, como tantas veces, pensando en su hijo, y se decidió de nuevo a provocar la decisión de tan importante problema. Sin embargo, le quedaban pocas esperanzas de atreverse a hablar con Pedro, pues nunca tenía suficiente valor para ello.

«Qué duda cabe: Aranka es una muchachita muy buena», continuaba pensando, mientras iba sacudiendo y plegando la camisa de noche de Pedro, y miró con atención una mancha de café en la pechera.

«Su tío es coronel del Ejército... Carlota se casó con un teniente de la Gendarmería. Esto prueba que es una gran familia. ¡Y qué simpáticos son todos! Deben de tener bastante dinero, a juzgar por la instalación de su casa. Ya le diré a Aranka que procure perder unos cuantos kilos. Pero no: vale más que se lo diga su madre. ¡Si Pedro no fuera tan terco! ¡Con qué gusto les llevaría el café cada mañana a la cama, en la gran cama de matrimonio, y cómo cuidaría del piso! Aranka no tendría que mover ni el dedo meñique para nada. Haría una buena esposa, pues es de la raza de su madre».

Y dedicó un conmovido y amigable pensamiento a la gorda señora de Vaynik, abriendo con movimiento habitual la parte baja de la mesita de noche, para echar

dentro las zapatillas de su hijo.

En el mismo momento, en la ranura de una de las planchas de la cama, descubrió un gemelo de camisa, un gemelo de cobre, algo oxidado. Le vino al recuerdo el escándalo que le armara una mañana Pedro, por no encontrar aquel gemelo.

«¡Ay, Señor, qué grosero es a veces!» pensó, soltando un gran suspiro. Distribuyó las almohadas y dejó la cama abierta.

«Todo esto es porque no quiere casarse. La vida tranquila y ordenada le haría volver al buen humor. ¡Qué terrible es eso de que un hijo trate a su madre de esta manera! Nunca le dedica una palabra amable, siempre tiene la mirada sombría y amargada, cuando está en casa. ¿De quién habrá heredado tan mal carácter? Su padre no era así; rebosaba ternura y cariño, y era muy charlatán». Acordose de que cuando Pedro era pequeño, ella se había imaginado que una vez su hijo llegara a hombre, saldrían cogidos del brazo, ella y el gran muchacho bigotudo. Y ahí los tenemos: nunca, ni una sola vez han salido aún juntos, como si Pedro estuviera avergonzado de su madre. ¿Y por qué diablos se afeita la cara de aquella manera tan extraña, como los curas? ¡Oh, esa moda tan tonta...! ¡Vaya! También Aranka piensa lo mismo: si ya es hombre, que se quede tal como Dios le ha modelado.

Mientras estaba plantada allí, ante la mesita de noche, limpiando la parte niquelada del cenicero, de repente entró volando por la ventana una bola de nieve, pasando muy cerca de su cabeza y aplastándose contra la pared. Dejó una gran mancha mojada y redonda tras sí.

La señora de Takách se acercó, no sin preocupaciones, a la ventana, y vio a un niño de unos diez años, con gorro de algodón, que procuraba huir, pegándose a las paredes de las casas.

—Oye, Laci, ya se lo diré a tu madre, ¿no te da vergüenza? —le gritó al muchacho.

Luego, cambiando de repente de tono, saludó amablemente a un señor corpulento y de cierta edad, que procuraba conservar el difícil equilibrio en la acera helada y resbaladiza, moviendo los brazos.

—¡Buenos días tenga usted, señor Kaládi...! ¿Adónde va usted con este tiempo?

—¡Beso su mano, señora! —gritole alegremente Kaládi, que tenía una tienda de embutidos en la esquina.

La saludó con su bombín, cuyas manchas de grasa relucían al sol.

—¡Qué tiempo más frío tenemos hoy! —observó aún, atravesando con pasitos precavidos la acera, y se puso debajo de la ventana para charlar un poco con la señora de Takách—. Debo ir al sindicato...

La señora de Takách conocía a todo el mundo, y mantenía relaciones cordiales con todo el barrio. Pasaba la mayor parte del día en esta ventana tan chiquitina, siguiendo con atenta mirada todas las manifestaciones de la vida callejera.

Solía echar miradas a los cestos de las cocineras que volvían del mercado, y entablaba conversación con ellas. Los niños venían bajo la ventana para pedirle pasteles; las mujeres acudían para que les prestara el almirez; y el viejo señor Kark, con sus grandes mostachos —el auditor retirado— que paseaba por la calle apoyado con el bastón de madera de cerezo, se detenía de muy buen grado para charlar con ella un ratito, igual que las otras viudas viejas que, en más de un aspecto, se parecían tanto a ella.

El destino quiso que su vida quedara vacía, pero ella se defendía bien. Pedro era el único motivo tenue de tristeza: no experimentaba sobre él ningún poder, ninguna influencia, como hubiera querido. Aquel muchacho callado y fuerte seguía su vida, se abría enérgicamente camino según sus propias ideas. Y precisamente esas ideas, por resultar oscuras para ella, llenaban su corazón maternal de angustia. No podía imaginar nada que, no siendo ideado por ella, pudiera ser de provecho para su hijo.

Con muchos movimientos de cabeza a guisa de saludo, despidiose del comerciante y volvió a continuar la limpieza de la habitación. Hacía dos semanas que había echado a la criada, y desde aquel día, ella misma hacía todos los quehaceres de la casa. Al quitar el polvo de la estantería de libros apareció de repente ante su vista aquel trozo de madera que las muchachas le dieron en broma a Pedro.

Al ver lo que había grabado en él, lo tiró como si hubiera tocado un trozo de hierro incandescente.

Ya otras veces había ocurrido que, al hacer la limpieza, encontrara secretos varoniles de los cuales no quería darse nunca por enterada.

Aquellas pocas letras de la palabra *Szeretlek*, grabada con un cuchillo en la madera, continuaban dando saltos ante sus ojos, y aunque resultara incapaz de comprender a qué fin podía estar destinado, cuál era su origen y qué significaba, sentía confusamente que detrás de ello se escondía algún profundo misterio de su hijo. Recordaba que una tarde, al entrar en el cuarto, Pedro estaba sentado cerca de la mesa, y labraba, silbando, algo con un cuchillo.

Pensó con odio en aquel trozo de madera, mientras colocaba las hormas en los zapatos de Pedro, como si aquel tarugo tuviera la culpa de que su hijo se evadiera a través de sus planes matrimoniales.

Quien más lástima le infundía era la pobre Aranka. La muchacha estaba tan perdidamente enamorada de Pedro que algún día sería capaz de suicidarse, si se enterase de que él se interesaba por otra mujer. En verdad, también ella tenía un poco de culpa, pues al hablar con Aranka le atribuía a veces a su hijo ciertas frases que nunca habían sido pronunciadas. Todo esto sólo para estrechar un poco más las cosas entre los jóvenes. Si los Vaynik contaban con tanta seguridad con Pedro, ella y sólo ella tenía la culpa. Las pequeñas e insignificantes mentiras que, en su mayoría, no fueron más que inocentes alusiones, benévolamente exageradas, pesaban ahora

mucho sobre su conciencia.

Durante el almuerzo no le dijo nada a Pedro, pero le estaba acechando los gestos. Esperaba impacientemente la tarde para poder ir a ver a los Vaynik.

Cuando la conversación llegó al tema «Pedro», suspiró y adoptó un ademán resignado:

—¡Ay! ¡Ese Pedro...! ¡Me parece que pasa el tiempo jugando a los naipes! Figúrese, otra vez ha vuelto a casa al alba.

Naturalmente, no había ni una palabra de verdad en todo ello, pero la señora de Takách prefería sacrificar la buena opinión que venía gozando su hijo ante los vecinos, con tal de poder derribar en el alma de Aranka aquel castillo de naipes hecho de esperanzas e ilusiones, que ella misma había contribuido tanto a construir.

Y a partir de aquel día, solía llevar a casa de la muchacha sus quejas y suspiros como se lleva el remedio a un enfermo muy querido.

En las dos últimas semanas, Miett no había visto a Olga ni una sola vez. Sin embargo, todos aquellos días estaba tan preocupada por los acontecimientos de su propia vida, cuyos minutos estaban tan llenos de amor a Pedro, que ni siquiera había tenido tiempo para interesarse por su amiga.

A veces le venían a la mente hasta los más ínfimos detalles del último encuentro, mas estaba perpleja ante lo ocurrido. Llevaba en el fuero interno la historia de Olga como un penoso secreto, y le hubiera sido difícil confesarse incluso a sí misma que sentía hacia ella una especie de cariñosa disculpa. En realidad, desde hacía unos cuantos días ella misma había cambiado de ideas sobre ciertos temas. Cosas que aun hace unas pocas semanas apenas se hubiera atrevido a imaginar. A menudo apoyaba su cabeza durante largos minutos en el hombro de Pedro, en medio de la habitación mantenida voluntariamente a oscuras.

Una tarde, con ademanes misteriosos, la señora de Varga la hizo entrar en su cuarto, y cerró tras sí la puerta. Miró a los ojos de Miett y le preguntó:

—¿Es cierto, pues?

—¿Qué? —preguntó Miett, con la mirada asustada.

—¿Te hace mucho la corte ese Takách?

—¿A mí? —preguntó. Su cara se había tornado repentinamente purpúrea.

La esposa del doctor disfrutaba con la turbación de la muchacha, mientras le decía con cierta benévola travesura, sonriendo:

—¿Por qué me quieres engañar? ¿Está enamorado de ti ese muchacho?

—Suele venir a menudo a casa —contestó evasivamente Miett—, pero no creo que esté enamorado...

—Te guardo cierto rencor porque recibes tan a menudo y siempre a solas a ese muchacho...

—¿Cómo a solas? —preguntó Miett, herida en su amor propio, y dispuesta a contraatacar.

—Bien, bien —dijo apaciguadora la mujer del doctor—; sé perfectamente que tu padre está en la habitación contigua, y, sin embargo, te desapruebo. Por nada del mundo quisiera meterme en tus cosas, pero tú eres una muchacha tonta e inexperimentada, y si es verdad que soy tu «*mamá* Elvira», debo tener derecho de llamar tu atención sobre ciertas cosas. Porque hay asuntos en los que es preciso guardar las formas... Hubieras debido mandarme a buscar cada vez que Takách venía a verte...

Ahora ya miraba con ojos escrutadores el rostro de la muchacha. Miett miró al suelo, trasladó sobre una sola pierna todo el peso de su cuerpo, y con la punta del zapato seguía atentamente el dibujo de una flor en la alfombra. En ese instante,

surgieron en su fuero interno todas las felices y temblorosas excitaciones de aquellas tardes pasadas en la oscuridad, y pensó con cierta maliciosa alegría que la señora de Varga no había pensado en intervenir hasta entonces, cuando ya era imposible arrebatarse lo que había ocurrido.

Por fin, tras unos instantes de silencio, observó:

—¿Crees, *mamá* Elvira, que debería hacerlo así?

—¡Claro! —dijo con animación la señora de Varga—. No debes ni meditarlo; así debe ser.

—Está bien —dijo Mielt, pronunciando las palabras con extraña lentitud, mientras sus pensamientos más íntimos iban dibujándose en sensibles líneas en su semblante. Después volvió la cabeza hacia la ventana, mirando hacia Dios sabía dónde, como si muy lejos, en alguna pequeña ciudad de provincias, hubiera querido buscar en su imaginación la infancia de Pedro, y la figura del respetable señor profesor de latín, su padre, del cual el muchacho le había explicado tantas cosas.

La señora de Varga cogió a Mielt por ambos hombros y la volvió hacia sí:

—Ahora debes mirarme fijamente a los ojos y debes ser muy sincera. ¿Te gusta ese muchacho?

Mielt la miró asustada, y en su mirada bailaban mil caóticos pensamientos. Hubiera querido coger rápidamente la mano de la señora y decirle: «Estoy enamorada... no sé qué me pasa... ¡oh!, es algo tan hermoso... ¡ayudadme y aconsejadme!».

Hubiera querido decir algo por el estilo, mas la retenía aquella inexplicable frialdad que sentía siempre ante aquella buena señora, y que debía acaso al hecho de que sus pestañas aparecieran siempre algo nevadas de polvo.

—¡Contesta, chica! —insistió la señora de Varga.

—Sí —dijo seriamente y con sencillez, Mielt.

La mujer del doctor miró ahora aun más intensamente los ojos de la muchacha.

—¿Os dais besos?

Y de golpe, levantó el índice, como señalando de antemano su protesta en el caso de que Mielt no confesara la verdad.

Mielt no contestó. Incluyó profundamente la cabeza hacia adelante y dibujaba los pequeños círculos de la alfombra con mayor atención aún.

«No te lo digo, pero tampoco lo niego», pensó. «Si no lo niego, no oprimiré mi conciencia la mentira; si no se lo digo, aún me queda la posibilidad de negarlo después, si la cosa tuviera alguna derivación desagradable».

Todo esto cruzó su mente como un relámpago.

—Eso no me gusta —dijo con profunda convicción la de Varga.

Su voz sonaba con tanta sobriedad que Mielt levantó bruscamente la cabeza con agresivo ademán.

—No me gustaría que precipitaras demasiado las cosas, muchacha —dijo la de Varga, esta vez con tono más conciliador—, pues esta prisa se vengará, tarde o temprano, en una forma u otra. ¿Ya ha pedido tu mano?

—A papá, todavía no —traicionose de golpe Miett.

—¡Ay, Dios mío, qué difícil resulta guardaros del mal! —suspiró maternalmente la de Varga.

Y después de haberle hecho prometer a Miett que al día siguiente, cuando Pedro viniera a verla, mandaría inmediatamente a buscarla, se despidió de ella con ardientes y elocuentísimos besos.

Al salir de casa de los Varga, Miett tenía ganas de bailar y saltar de alegría. ¡Qué dicha! Por fin había alguien enterado de que cambiaba besos con Pedro; porque, a pesar de todo, aquellas interminables y salvajes sesiones de caricias oprimían su alma y pesaban sobre ella como la conciencia sorda de una falta. Ahora la cosa le pareció como legitimada hasta cierto punto, y era feliz. En este instante, sentía profundo cariño y gratitud hacia «*mamá* Elvira»: quería en ella a aquel «alguien» con quien acababa de compartir su tan bien guardado secreto de felicidad.

El día siguiente recapituló toda aquella conversación, palabra por palabra, ante Pedro. A partir de ese momento, la señora de Varga hizo solemnemente su entrada cada tarde, dándose plenamente cuenta de su importancia, y despejando en torno suyo una atmósfera de embriaguez, pues en adelante fue preciso encender la luz. Mas por lo menos tenía el tacto suficiente de no esperar hasta que Pedro se marchase.

Una mañana, Miett estaba sentada cerca de la ventana y miraba hacia la calle. De repente, comenzó a notar cosas interesantes.

Delante de la casa, se detuvo una ambulancia, y a los pocos minutos, sacaron una camilla, sobre la cual Miett reconoció inmediatamente a la madre de Olga. Y advirtió igualmente a su amiga, que estaba arreglando con visible emoción y gran cariño las mantas que recubrían el cuerpo de la enferma. Miett palideció de susto, pues su primer pensamiento fue que la madre de Olga podía tener un colapso y tal vez su estado había llegado a ser desesperado. Pero la enferma hacía alegres señales de despedida al portero, y su rostro irradiaba felicidad cuando la subieron a la ambulancia. Olga subió también, y el portero se quedó ante la puerta, quitándose deferentemente la gorra hasta que el coche desapareció por la esquina.

Miett no podía comprender adónde habrían llevado a la enferma, y por qué razón. Mas el secreto quedó disipado bien pronto.

Mili trajo una carta, y en el sobre reconoció inmediatamente la letra inclinada y puntiaguda de Olga. La carta rezaba así:

Mi queridísima Mió:

Me duele terriblemente el corazón por no haber podido despedirme de ti.

Mas no te quería exponer a estar en tratos con una mujer contra la cual vuestra sociedad profesa un prejuicio. Tú sabes perfectamente que durante estas últimas semanas me habían pasado muchas cosas. El hombre que quiero no puede casarse conmigo, pues su mujer, de la que vive separado desde hace varios años, rehúsa divorciarse de él, por venganza y odio. Y yo no puedo esperar más, por la sencilla razón de que —cosa que siempre te había callado— desde hace varios meses se instaló en nuestra casa la miseria. Me sentí demasiado débil para enfrentarme con lo que en esta situación nos esperaba.

Así, pues, he depositado mi vida y mi sino en manos de ese hombre, que me quiere noble y honradamente, rodeándome de todas las bellezas y comodidades de la vida, cosa que con mis propias fuerzas jamás hubiera podido alcanzar.

Me cambio de casa; él es quien me tiene arreglado el nuevo piso. A mamita la enviamos a un sanatorio elegantísimo.

He roto todo contacto con todos mis conocidos y amigos, y no me despido de nadie, excepto de ti, mi queridísima Mió, pues a ti te quiero mucho, mucho muchísimo. Sé muy bien que tú me desprecias ahora y me crees una mujer perversa, pero tal vez también llegue a tu vida una época en que sabrás perdonar a tu.

Olga

P. S. — Te regalo la Biblioteca de los Lirios, rogándote que al leer aquellos libros me dediques de cuando en cuando un pensamiento.

Miett dejó caer la carta en el regazo, y se quedó meditabunda durante mucho rato, con la mirada fija en el vacío. Abríanse ante ella cosas inéditas de la vida; viose asaltada por problemas nuevos, que, por lo pronto, resultó incapaz de resolver y que le parecían inextricables. Sintió un dolor punzante al pensar que Olga se había volatilizado, que Olga ya no existía más para ella y, de repente, se le presentaron todos los alegres detalles de su larga y feliz amistad. Al mismo tiempo, consideró con ardorosa compasión el destino de Olga e intentó imaginarse la figura del hombre del que Olga no le decía en la carta sino esto: «El hombre que quiero...».

«Pobre pequeña *Choka...*», dijo luego pensando en voz alta, y se sorprendió *in fraganti* con que sus ojos se llenaban lentamente de ardientes lágrimas.

Pablito Szücs había roto con la de Galamb. Pero no supo más detalles del asunto, pues Szücs se envolvía en un misterioso silencio. Pedro se había enterado de esta novedad un mediodía en que al irse a casa su amigo le cogió inesperadamente del brazo, por detrás, y con un profundo suspiro, sin ninguna clase de introducción, le dijo:

—Pues, mira... ¡he roto con ella!

Hizo un gesto enérgico de superioridad, con lo cual quería decir, sin duda, que todo aquel asunto le importaba ya en adelante tanto como una colilla que se tira.

Sin embargo, Pedro no dejó de notar inmediatamente que la historia le había dejado una tremenda herida. Lucía profundas ojeras, la cara se le había alargado lamentablemente, como quien, torturado por terribles dolores, ha pasado en vela toda la noche. Pedro, que se sentía un amante victorioso y feliz, manifestaba poca comprensión por el dolor del pobre muchacho. Pero tal vez todo el mundo se hubiera comportado de la misma manera, en idéntica situación.

—¿De veras? —le dijo a Szücs, mirándole a la cara—. Pero, mi pobre amigo, ¡cuánto sufrimiento te habrá causado esa historia...!

Szücs le echó ahora una mirada de reojo, que resultaba muy artificial, y no venía en absoluto a cuento.

—¡Ah!, deja eso a mi cargo, amiguito.

Y añadió en seguida:

—A mí sólo me da lástima *ella*. Tú... aquélla está llorando a estas horas..., pero llorando ¡a lágrima viva!

Y al decir esto, cogió el brazo de Pedro. Luego llenó de aire la enorme caja de su pecho, aspirándolo como si fuera humo de pipa.

Se le notaba en la cara que ni él mismo aceptaba lo más mínimo de cuanto decía.

Quería hacer creer a Pedro que, después de la ruptura, fue él quien quedó en mejor situación, pero cuanto más se esforzaba en ello, tanto más lamentable parecía a su amigo.

—¡Brrr! ¡Qué frío hace hoy! —exclamó, dando pisotones en el suelo, únicamente para demostrar que ahora, de todas las cosas del universo, sólo le interesaba la desagradable ola de frío. En realidad, no hacía frío. El invierno se había caldeado bajo el espeso manto de nieve que cubría la tierra, e incluso el Danubio corría con sus arrugas por la luz del sol entre las orillas nevadas.

Luego se pusieron a conversar sobre temas indiferentes. Szücs ponía la cara de quien en vano procura alejar los pensamientos de un determinado asunto que se le fija, tan rígida y terriblemente como una cuña de hierro, en la parte posterior del cráneo.

—¡Pues vete con Dios, amiguito! —dijo de repente a Pedro, interrumpiéndole en la mitad precisa de una larga frase, y le dejó plantado allí, denotando de esta manera que no escuchaba más que con los ojos, y que no había oído ni una sola palabra de cuanto se le había estado explicando.

Una noche, su madre recibió a Pedro con la cara radiante:

—¡Ay, hijo mío, qué muchacho más simpático es tu amigo!

—¿Qué amigo?

—Pablito Szücs.

—¿Por qué?

—Ha pasado toda la tarde conmigo. Incluso le he ofrecido café con leche para merendar.

—¿A qué ha venido?

—Sólo para verme. Ha estado aquí unas tres horas; hemos charlado muy a gusto.

Otras veces, sucedió también que Pedro, al regresar a su casa, encontró en la habitación de su madre a Szücs, conversando con ella en voz baja sobre toda clase de temas.

Comprendió fácilmente el estado de ánimo del muchacho. Szücs pasaba la mayor parte de sus días en los más diversos lugares, adonde antes nunca solía ir. Iba a visitar a personas hasta entonces muy alejadas de su existencia, semejante a la fiera malherida que se retira a lo más hondo de la selva.

Una noche, Pedro se detuvo ante la luna del café de Buda, y miró por la ranura de las cortinas. Advirtió a Szücs que estaba explicando algo al muchacho calvo de la otra noche. No podía oír ni una palabra de lo que decía, mas por la expresión y por los gestos advirtió sin dificultad de qué se trataba. Todo aquello parecía una cruel pantomima.

La viuda de Takách esperaba ya cada tarde a Szücs como una visita habitual, que nunca falla. Le hacía un gran bien que alguien se interesara tanto por su solitaria compañía. ¡Ojalá Pedro tuviera el mismo carácter que su amigo! Szücs (que era hijo de un herrero de aldea) era capaz de conversar con la *dulce tía*^[19] durante largas horas de cosas que ignoraba por completo, y podía demostrar el máximo interés por determinados asuntos, tal como el divorcio, acaecido hacía varios años, de un farmacéutico llamado Sumiczky, en la ciudad de Kechkernét, cuya mujer acabó muriéndose, por haber tomado quince cafés al día. O por la manida descripción de los juegos y costumbres en la helada pista de patinaje, cuando la madre de Pedro —que en aquel entonces se llamaba todavía Ilonka^[20] Farkas— era una, esbelta jovencita, que patinaba muy bien, ¡pero muy bien! (y no lo decía por vanagloriarse), había trabado amistad con el profesor auxiliar de latín del Instituto. ¡Quién hubiera dicho que ese hombre debía ser un día su marido, y que aquel apretón de manos, ante el pabellón de música de la pista de patinar, tuviera aquellas consecuencias: una larga

vida pasada juntos, los hijos Pedro e Ilonka, ésta ya casada en Brassó y con hijos a su vez, y tantas cosas que sólo pensar en ellas cuesta ya un esfuerzo...! ¡Cuán curiosa es la vida! Se acordaba hasta de los más insignificantes detalles de aquella famosa jornada: había comenzado a deshelar y la pista resultaba «pastosa...».

Durante esas largas conversaciones, Szücs conoció con detalle a toda la familia Vaynik. Poco a poco, germinó la idea, en la cabecita de la viuda, de casar a Szücs con Aranka. Por algún motivo desconocido, parecía considerar como asunto de prestigio personal que fuera ella quien encontrara un marido para la hija de los Vaynik. Si Pedro ya —¡lo difícil que es comprender a un hijo!— se le había escapado, sería preciso poner al simpático Szücs en el camino de Aranka.

Desde entonces, miraba, observaba y enjuiciaba a Pablito desde tan peculiar punto de vista.

Los días iban pasando lentamente; la Navidad se acercaba ya.

Una tarde, Pedro y Miett salieron juntos de compras. Desde hacía semanas, Miett se rompía la cabeza pensando lo que debía comprar como regalo para cada uno. Tenía una libreta secreta, en la que iba apuntando las cantidades que pensaba destinar para comprar regalos a su padre, a los Varga, a la abuela, a Mili, y a la hijita de los porteros que sólo tenía seis años. En la libreta, figuraba también el nombre de Olga. Pero su gran preocupación estribaba en encontrar algún regalo de Navidad adecuado para Pedro.

Pasaban alegremente de una tienda a otra, por las calles bañadas en tinieblas y cubiertas de nieve.

—A ver si encontramos un regalo original y divertido —dijo Miett a Pedro—. No quiero olvidar tampoco a Juanito. El año pasado me regaló un cucharón de cocina, en el que Mili descubrió después uno de los nuestros.

Así anduvieron, entre bromas y veras, deteniendo el uno al otro ante los escaparates. Sus corazones estaban repletos de la alegría por las fiestas que se celebraban. Pedro sentíase indeciblemente feliz cada vez que entraba en una tienda a cuyo propietario conocía. Le causaba un bienestar especial que todo el mundo viera qué buena pareja hacían los dos, y procuraba ver con los ojos de los extraños a aquella esbelta muchacha, de hermosísima presencia, en cuya cara, roja por el frío, brillaban los colores de la juventud, y que parecía casi bailar, con sus finísimas y ligeras piernas, excitada por las agradables sorpresas de las compras en los mostradores, sabiendo entenderse con tanto encanto con los vendedores.

Pedro no había visto nunca a Miett tan guapa y elegante. Su abrigo de pieles color marrón le llegaba más abajo de las rodillas; su cuello estaba protegido contra el frío por un pañuelo de seda verde pálido, y sus piernas largas y finas mostraban un perfil delicioso, envainadas en sus altas botas con cordón. Su sombrerito algo ladeado y adornado con una minúscula pluma, prestaba una forma curiosa y atractiva a su

cabeza.

Miett solía regatear apasionadamente el precio del objeto más insignificante, pero era visible que lo hacía sin convicción íntima alguna; los comerciantes reconocían inmediatamente en ella la compradora que no opone a sus ofrecimientos ni la mínima resistencia seria.

—¿A mí que me comprarás? —le preguntó Pedro en tono regocijado, al salir de una tienda.

—¡Es un secreto! —contestó Miett, enarcando las cejas y con una expresión que daba toda su importancia a estas palabras.

Minúsculos copos de nieve revoloteaban en la luz amarillenta de los faroles de gas de la calle.

De repente, pasó a su lado un joven que saludó reverentemente con su sombrero de felpa verde a Miett, que correspondió a su saludo con la misma amabilidad. Pedro reconoció inmediatamente a Miska Adam.

—¿Quién es? —preguntó, fingiendo indiferencia.

—Miska Adam... ¿No le conoces? Es un muchacho muy simpático.

Pedro miró de reojo la cara de Miett, y tuvo la sensación de que tras aquel hermoso rostro iba en aquel momento un pensamiento que sería para él un secreto indescifrable para siempre jamás. Acordose de repente de que en el primer té de los Varga, Adam había conversado única y exclusivamente con Miett, y al marcharse se despidió de ella sola. Luego, les había visto paseándose en el Corso, a orillas del Danubio. Era extraño que en estos últimos tiempos, hubiera olvidado por completo la existencia de ese hombre.

Se sentía invadido de golpe por una inexplicable tristeza. ¿Quién sabe si no hubo algo entre los dos? ¿Tal vez Miett había cambiado besos también con ese Miska Adam? Este pensamiento le provocó un dolor y una rabia tan fuertes que se puso a odiar no sólo a Adam, sino también a Miett. ¿Qué pasaría si un día se enterase de que Miett había tenido ya antes alguna historia de amor? ¿Y qué pasaría si descubriese que dicha historia aún continuaba, mientras él se imaginaba ser un enamorado correspondido y feliz? ¿Por qué no podría Miett telefonar, e incluso verse con alguien, por las mañanas? ¿Y qué pasaría en el porvenir si surgiera alguien que pudiera interesar a la muchacha? En la vida de las mujeres, estas cosas suelen ocurrir siempre así.

Pensó con miedo y confusión en estas eventualidades, y esta vez le fue imposible tranquilizarse diciéndose que Miett y él constituían una excepción de esas reglas. Pensó con horror en aquellos indecibles sufrimientos de los que acababan de servirle una muestra cuando la mano de Adam levantaba elegantemente su sombrero de felpa verde a manera de saludo, en medio de la nieve que caía. Se imaginó de pronto al pobre Pablito Szücs y comprendió la extraña conducta de aquel muchacho, sus

esfuerzos inútiles y sus ojeadas de suficiencia, acompañadas de una sonrisa de moribundo. Y todo esto le hizo aparecer su propia vida, en aquellos momentos como algo desesperadamente desprovisto de objetivo, vacío y triste.

Miett no se dio cuenta del silencio de Pedro, pues toda su atención estaba concentrada en los escaparates de las tiendas. Ante un almacén de sedas, sin levantar la mirada sobre él, le cogió del brazo y le arrastró al interior.

—¿Qué te pasa? —preguntóle después, al salir otra vez a la calle, cuando el mal humor del muchacho le hubo por fin llamado la atención.

—Tengo dolor de cabeza —contestó Pedro, procurando parecer algo más alegre.

Iban ya cargados de una serie de paquetitos, de modo que apenas podían mover los brazos. Tomaron un simón, y al pasar en él por una calle casi desierta, Miett cerró los ojos y ofreció los labios a Pedro.

Acercábase cada vez más al instante en que sería preciso confesar a padre lo que ocurría. Pedro habíase quedado varias veces a cenar en casa de los Almády, pero el viejo hacía como si no atribuyera ninguna importancia a las frecuentes visitas del joven, aunque a menudo, sentadito en su cuarto y echando humo de su pipa, miraba fijamente el aire y procuraba formarse un juicio determinado acerca de Pedro, evocando en su memoria muy minuciosamente los rasgos del muchacho, la voz, la manera de hablar, las miradas y los gestos, en una palabra, todas las impresiones recibidas de él.

La primera conversación sobre el particular quedó encargada, tras largas súplicas de Miett, a la de Varga, por muy íntima que fuera la amistad que la ligara a su padre, la muchacha se sentía incapaz de decidirse a entablar conversación sobre el particular. La retenía cierto pudor infantil y virginal.

Aquella tarde, inmediatamente después de almorzar, mientras la de Varga permanecía en conciliábulo con el padre, tras la puerta cuidadosa y misteriosamente cerrada, Miett estaba en cuclillas sobre el sofá, y su corazón latía tan intensamente que ella misma se asustó. En su nerviosidad, se estaba mordiéndose, aunque sin apretar los dientes, el puño. Los minutos pasaban con penosa lentitud. A veces, Miett echaba miradas al retrato de su madre, como si implorase ayuda a aquella alma desconocida. Al más pequeño ruido, se estremecía.

Por fin, se abrió la puerta y el padre apareció en el umbral:

—Miett, ven un momento...

La de Varga se despidió, al mismo tiempo. Antes de salir, cambió una mirada significativa con Miett.

La muchacha entró en el despacho del anciano, blanca como la cera. También en la cara del anciano descubrió cierto aire solemne. Este carraspeó una y otra vez, para despejar la garganta, y este pequeño ruido, en medio del silencio que precedía la conversación, llenó para Miett la atmósfera del local de una extraña vibración.

—La *tía* Elvira acaba de contármelo todo —empezó aquél, y su voz parecía más suave que de costumbre. Al hablar, no levantó la vista hacia su hija—. Yo, hija mía, quisiera que fueras feliz, lo más feliz posible. Si quieres a ese muchacho —y sólo ahora la miró de hito en hito—, entonces, cástate con él.

Miett contempló a su padre, inmóvil, con los ojos ardiendo de emoción, retorciéndose nerviosamente los dedos.

—Pero no precipites las cosas —prosiguió calmamente—. Examina bien tu conciencia, con toda calma, antes de tomar una decisión definitiva, pues vas a dar el paso más importante de tu vida. En cuanto a mí se refiere —añadió, por fin—, preferiría que no pidieras mi consejo hasta que pase mañana.

Dejó descansar largamente su mirada en su hija, y de repente, extendió hacia ella sus brazos. Miett comprendió el gesto, se levantó, y, acercándose al viejo, engarzó sus dos manos con las de su padre. Sus ojos se iban llenando lentamente de lágrimas, y cuando el viejo la atrajo hacia sí para besarla, se abrazó a su cuello con los movimientos más infantiles del desamparo.

Luego se pusieron a conversar con voz tranquila, y el tono de sus frases les impuso sordina al pensamiento que sentían latir detrás de cada una de sus palabras: y era que, al pensar en Pedro y en el matrimonio en preparación, iban sondeando con el plomo de sus frases las tenebrosas honduras del inextricable porvenir.

Miett contó a su padre con todo detalle la historia de su amistad con el muchacho, cómo se conocieron, sus encuentros y la impresión que le hiciera Pedro; pero calló cuidadosamente hasta qué punto había progresado ya en su amor.

Cuando Miett se detenía en sus explicaciones, era padre quien de nuevo hacía otra pregunta. Preguntó de dónde era oriunda la familia de Pedro, quién había sido su padre, y en qué Banco trabajaba él. Se veía perfectamente en su rostro que todos esos detalles le interesaban sobremanera y que almacenaba atentamente las respuestas en su mente.

Y a la mañana siguiente, a una hora desacostumbrada en él, tomó el bastón y el sombrero de copa, que sólo llevaba en ocasiones excepcionales, y se fue a la ciudad, no regresando hasta el mediodía.

No intentó ocultar en lo más mínimo, que había ido a obtener datos y antecedentes sobre Pedro y su familia, de las únicas fuentes en las que él tenía confianza.

Parecía que los informes recogidos eran muy favorables, pues regresaba a casa de muy buen humor. Trajo para Miett un frasco de colonia, y para *Tomi*, un nuevo collar.

Después de comer, cerró la conversación de sobremesa con estas palabras:

—¡Ya puedes mandarme cuando quieras al jovencito!

Y aquella misma tarde, Pedro fue a ocupar ante la mesa escritorio de padre, la misma silla que ocupara el día anterior Miett.

La conversación transcurrió en términos serios y sencillos. Estaban hablando de hombre a hombre; ambos querían mucho a Miett, cada uno a su manera, midiendo y ponderando sus fuerzas. Desarrollaron sus proyectos y propósitos, a fin de construir para Miett de común acuerdo el hogar tranquilo de una vida feliz.

—¿Qué sueldo te dan en el Banco? —preguntó padre, planteando el problema en el tono más natural del mundo, y dejando escapar de la boca gruesos círculos.

Escuchada la respuesta, también él expuso cuánto cobraba en su calidad de magistrado jubilado, y cuánto dinero le tocaba a Miett en concepto de herencia materna, dinero depositado en un Banco. Esta cantidad era considerablemente mayor de la que Miett había mencionado a Pedro.

Aquella noche, Pedro se quedó a cenar en casa de la que ya era su novia. Durante toda la noche, evitó cuidadosamente toda apelación directa del señor de Almády, pues ya no quería titular al viejo «Vuestra Merced» pero tampoco se atrevía todavía a llamarle sencillamente padre. Al despedirse, besole la mano a Miett; entonces, la muchacha le tendió la mejilla con un gesto tan natural, que Pedro, tras un instante de vacilación, la besó. Fue la primera vez que besara a la muchacha en presencia de terceras personas.

Al regresar a casa, encontró a su madre aún despierta.

Entró en la habitación de la viejecita y con acento solemne, le dijo:

—Madre..., tengo que decirte algo.

La de Takách parecía adivinar el objeto de la conversación, y salió tras su hijo al cuarto de él, pestañeando vivamente. Al llegar allí, con un movimiento brusco, Pedro se volvió hacia la autora de sus días. Hubiera querido empezar de otra manera, ya tenía formuladas las frases que iba a decir, pero con los ojos desorbitados y ardientes de felicidad, sólo consiguió exclamar:

—¡Me he prometido!

—¡Oh, Dios mío! —escapósele en un grito entrecortado a la madre, que se puso a llorar súbitamente.

Pedro sostenía callado entre sus brazos a la buena viejecita que lloraba y que apenas si le llegaba al mentón. Luego la hizo sentar cariñosamente en una silla.

Le explicó detalladamente lo ocurrido; todo lo que, a su modo de ver, podía interesar a su madre.

La viuda de Takách escuchaba con gran atención, apoyando su cara sobre su mano, y al desprenderse de la narración de su hijo, más o menos, la figura de Miett, en sus pensamientos iba comparándola inmediatamente, bajo todos los aspectos, con Aranka Vaynik.

No se atrevía a confesarse ni a sí misma que la confrontación imaginaria resultaba ventajosa para la hija de sus amigos. Lo primero que no acababa de gustarle, era el mismo nombre de Miett. Luego se enteró muy asustada de que Miett se había criado

sin madre, sacando de estas circunstancias deducciones de todas clases acerca del carácter y moralidad de su futura nuera. No osó preguntar a su hijo, pero creía poder deducir de las palabras de éste, que Mielt no tenía ni lejanamente la misma dote que Aranka. Tampoco le podía gustar que el suegro tuviera el título de *Vuestra Merced*, por considerarse humillada en cierta manera a sí misma.

Desde luego, no dejó entrever nada de todo esto.

A Pedro le parecía difícil el momento en que debía presentar su madre a su futuro suegro. El piso de la calle del Teniente le parecía demasiado pobre y estrecho, y el mobiliario vetusto y muy ajado. Toda esta instalación estaba de acuerdo con un profesor de provincias y de sus gustos, llevando en sí las imborrables huellas del insoportable estilo de la moda germánica de aquella época. Lo poco que representaba algún valor entre aquellos muebles, su hermana Ilonka se lo había llevado a Brassó, cuando se casó. En cambio, los muebles de la casa de los Almády: los armarios de cerezo bajitos, las cómodas, los sillones con los brazos torcidos y los marcos de espejos antiguos irradiaban un pasado distinguido y elegante.

Pero lo que más debía de preocuparle en la primera entrevista, era su madre misma. La vio demasiado sencilla, inculta y provinciana, cuando intentaba mirarla con los ojos de Mielt. Por eso, cuando ante Mielt y su padre se llegó a hablar de su madre y de su casa, intentó exagerar aún más la realidad y con voz burlona, esbozó un cuadro de su hogar que presentó con más vivos colores en relación con la realidad.

Arregló las cosas intencionadamente, de tal manera que la visita de Mielt y su padre se verificara por la tarde, al anochecer. Su casa aparentaba más bajo la luz artificial que al día.

La viuda de Takách esperaba la visita vestida con un traje de seda negra.

Cuando Mielt entró en la habitación, con las mejillas arreboladas, le echó una sola mirada a su futura suegra, contemplándola con infantil curiosidad. Pedro observó asustado el rostro de su novia y faltó poco para que las lágrimas se le asomaran a los ojos al ver que la chica besaba la mano de su madre, haciendo una profunda reverencia.

Pocos instantes bastaron para que se diera cuenta de que sus temores habían resultado inútiles. Su madre, vestida con su traje de seda negro, sumamente sencillo, simpatiquísima ya por su alegría y por la emoción, con su voz marcada de pintorescas inflexiones provincianas que Pedro nunca logró hacerle perder, conquistó de un golpe el corazón de la muchacha y de su padre. Estaba sentada en el canapé, acariciando frecuentemente y como con sigilo el brazo de Mielt, y luego se echó a llorar sin ningún motivo aparente, saltando de la conversación de un tema a otro sin transición alguna; todo esto hacía irradiar de ella el encanto de la sencillez, una gran rectitud, el candor de su alma y una pureza tales como, bajo el velo de la costumbre, Pedro no los había descubierto nunca.

Su madre y Almády entablaron conversación como si fueran antiguos amigos.

Convinieron en que la cena de desposorio se celebraría la Nochevieja.

Ya era noche cerrada cuando la visita terminó. Pedro acompañó a Mielt y a su padre, pues en estos últimos tiempos, ya solía cenar en su casa todas las noches.

Después de cenar, presentose Elvira Varga. De repente, Pedro preguntó:

—¿Y de Olga, qué hay?

Ya hacía tiempo que le había llamado la atención la desaparición de la amiga de su novia, que no se dejaba ver por ninguna parte, pero hasta ahora, no tuvo ocasión de preguntar por ella.

La señora de Varga, a quien en realidad la pregunta iba dirigida, se sumió en un profundo silencio, sin mirar a Pedro. Su actitud resultaba una inexorable reprobación.

Fue Mielt quien contestó en su lugar:

—¡Ah! Ya hace tiempo que se han mudado de casa. A su madre la tienen en un sanatorio.

Pero, mientras profería estas palabras, ocultó su rostro ante la mirada de Pedro, y bruscamente cambió de conversación.

Las Pascuas de Navidad pasaron tranquilas y llenas de inocente alegría. Mielt se había roto la cabeza durante largas semanas, pensando qué debía regalar a Pedro, y por fin, todas sus dudas quedaron desvanecidas con una pitillera de plata en la que mandó grabar sólo estas palabras: «Mielt, 1913, Navidad».

Pedro regaló a Mielt un reloj de pulsera de oro.

El regalo destinado a Olga, una agenda muy fina, encuadernada en piel, Mielt lo escondió entre los tomos de la «Biblioteca de los Lirios», pues no había logrado conseguir la dirección de su amiga. Ignoraba asimismo el nombre del amigo de Olga, y no se atrevió a preguntar a nadie más que al portero, sin que éste pudiera informarla.

En la cena de desposorios, sentáronse alrededor de la mesa nueve personas: Mielt y su padre, la viuda de Takách y Pedro, el doctor Varga y su mujer, Pablito Szücs y Juanito y, además, como el personaje más importante, el sacerdote que ya escondía entre los pliegues de la sotana los anillos de los novios.

Después del primer plato, levantose el cura y apoyando sus dos puños en el mantel, se inclinó hacia adelante para ser visto de todos, y en voz baja, casi murmurando, pronunció su brindis sobre el milagroso encuentro de dos corazones que se amaban. Su rostro de viejo actor no expresó ninguna emoción ni sentimiento, y cualquier oyente perspicaz hubiera podido notar en su tono y acento que todas estas frases habían perdido mucho de su espontaneidad durante los últimos treinta —o Dios sabe cuántos— años, en que habitualmente las solían pronunciar sus labios descarnados.

Los rostros en torno de la mesa, reflejaban los pensamientos más diversos. Padre

tenía fijos los grandes ojos azul claro en el cura, bebiendo sus palabras, como el feligrés la emoción de la plática de su predicador. La viuda de Takách inclinaba profundamente la cabeza y sus manos jugueteaban distraídamente en su regazo. Miett estaba sentada con el talle muy recto y ardiéndole las mejillas en la púrpura de la emoción. Mantenía inmóvil la cabeza, y los finos ángulos de sus labios parecían ahora casi dolorosamente sensibles. El espléndido arco de sus hombros y de su nuca salía con fresca blandura del traje de terciopelo verde oscuro. La virginidad casi infantil de la cara contrastaba extrañamente con el color cerezo de sus cabellos, cuya rica corona dorada le confería, sin embargo, un aspecto de madurez femenina.

Aquella noche, su hermosura se había desplegado en todo su esplendor.

Pedro concentraba toda su atención en ordenar en una minúscula línea recta las migajas de pan, con la mitad de un palillo. Era feliz y sentíase conmovido; pero cuando el cura le dirigía sus palabras personalmente a él, le entró una especie de malestar, y no se atrevía a levantar la mirada.

La mujer del médico, con sus pestañas nevadas de polvos, como siempre, hacía una cara de muñeca cual si el sacerdote sólo le hablara a ella. En cuanto al doctor, procuraba suprimir en su semblante la expresión del tedio, aunque en vano. Él que, en calidad de médico de cabecera, tuvo que asistir a casi todos los desposados de los últimos veinte años, en aquel barrio de la capital, había oído el mismo brindis innumerables veces. Sabía asimismo que el brindis era mucho más largo de lo que hubiera sido necesario.

Juanito, en secreto y con una expresión de tristeza reflejada en su rostro, dirigía frecuentemente sus miradas a Miett.

Szücs estaba sentado con los brazos cruzados, y, con el cuello un tanto inclinado, fijaba absorto su mirada en el centro del plato.

Mili, con la ensaladera en la mano, estaba de pie junto al bufete y sin duda le tenía rabia al cura, pues con su oído tan duro apenas llegaba a captar alguna que otra palabra de todo aquel larguísimo discurso.

Tomí paseaba su mirada de un punto a otro. Ya desde hacía cierto tiempo le venía inquietando el gran número de personas, cuya presencia era incapaz de explicarse. Y esta incertidumbre iba aún en aumento cuando, durante el discurso del reverendísimo, la emoción que flotaba en el aire, se había infiltrado en sus instintos caninos.

Durante cierto tiempo, soportó la cosa sin protestar, pero después se puso a ladrar lastimosamente.

El doctor Varga, cuyos pensamientos habían volado libremente, inclinó la cabeza y ocultando su cara en sus rubias barbas, sonrió.

Juanito se levantó silenciosamente, cogió a *Tomí* en sus brazos y de puntillas salió de la habitación.

Tomí, desde la puerta, volvió los hocicos y con un ladrido demostró una actitud de

hostilidad contra el presbítero.

Este acabó, por fin, su peroración; ya eran casi las once de la noche. Después de cenar, todos los convidados quedaron sentados en torno de la mesa, despidiéndose, con el pensamiento, del año viejo, mientras pasaban el rato en tranquila conversación.

Así cayó sobre ellos el Año Nuevo. El padre, que solía acostarse todas las noches muy temprano, tuvo que levantar ya de cuando en cuando hasta la boca su servilleta para ahogar bostecitos. También el señor cura se disponía a despedirse y todos los demás se preparaban a marchar.

Pedro y su madre, Juanito y Szücs, se pusieron en camino a pie, en aquella noche serena, estrellada y fría. Por las calles, a través de las ventanas iluminadas, velaba la luz del Año que comenzaba.

Al final de la calle, el grupo se dividió en dos, y los dos muchachos se encaminaron hacia el puente.

Juanito estaba callado y triste, contrariamente a su costumbre. Szücs no sabía ni quería preguntarle por qué. También él estaba ocupado con sus propios pensamientos.

Bajo el puente, los cimientos cortaban las láminas de hielo que el río acarreaba, con un ruido murmurante. Por encima de sus cabezas, en las alturas, pasaban bandadas de patos silvestres, iluminados por la luz de las estrellas invernales. Sus gritos quejumbrosos quedaban absorbidos por la oscuridad y el silencio.

Más allá del puente, salían sonidos de música de un café. Unos borrachos iban tambaleándose por las calles heladas. De alguna parte, desde muy lejos, se oía cantar, y el Año Nuevo se escondía aún en las tinieblas tan misteriosamente como el agente de policía de la esquina, que se había retirado a un portal, observando desde allí, en silencio, las infracciones a los reglamentos habituales.

Las angustias de aquellas sesiones de besos, que provocaban siempre tan dolorosos latidos de corazón, quedaron suplantadas desde aquella noche por los tiempos del noviazgo formal. Ya no era necesario temer que, de repente, se abriera la puerta, y Mielt no debía acudir continuamente al cuarto de baño, para borrar las huellas encarnadas de los apasionados besos en torno de su boca. Podían vivir tranquilos y felices, dedicados únicamente a su amor, y muy a menudo se quedaban a solas. Las tranquilas horas de la soledad se llenaban con el ardor de los deseos amorosos, como los racimos que van madurando y que dejan hervir bajo su tendida piel los misteriosos sabores de la madurez. Cada músculo de su cuerpo, cada fibra nerviosa, iba llenándose de esta manera, poco a poco, con la delicia impacientemente esperada de la boda. Estaban sentados juntos durante horas y horas, sin proferir palabra. Al encontrarse en sociedad, solían mirarse en secreto y en sus venas circulaba ya el deseo del amor como un dulce veneno.

Entre tanto, pasaban los días; poco a poco se fundía la nieve en las calles y hacia el mediodía, los cristales de las ventanas iban calentándose bajo los rayos del sol. En los portales de las iglesias, aparecían las vendedoras de la *flor de nieve*^[21] y los ramitos minúsculos de las violetas. La primavera se acercaba a pasos agigantados.

En un principio, sus jornadas estaban llenas de las visitas que debían hacer a los parientes. Pedro comprobó sorprendido cuán extenso y elegante era el círculo de los familiares y amistades de Mielt.

Luego tuvieron que ocuparse de toda clase de compras y de preparar el ajuar de la muchacha. Con ello, pasó casi imperceptiblemente otro mes.

Los dos estaban de acuerdo en que no alquilarían otro piso y que continuarían viviendo con padre.

Hubieran necesitado aún un armario y un escritorio no muy grande, para que el mobiliario del cuarto de Pedro resultara completo. Se le asignó aquella habitación que se encontraba al final del piso y que hasta entonces sólo servía para cuarto de invitados, separada del cuarto de Mielt únicamente por el cuarto de baño. Era el deseo de Mielt que tuvieran los dos dormitorios separados.

Pedro ya incluso tenía escogidos en una tienda de muebles el armario y el escritorio, pero la mujer de Varga, que se ocupaba muy atentamente de todos los asuntos de los jóvenes revisándolo todo, les había propuesto que visitaran primero su casa veraniega en el Monte de San Gerardo, donde se encontraban almacenados muchísimos muebles que ella no necesitaba. Mielt aceptó la idea de ir allí y ver con Pedro si hallaban algo de su gusto.

—Tened cuidado, cerrad bien las puertas al salir —recomendoles la de Varga, al entregarles las llaves de la torre.

—Decid a la Hilka —les gritó, cuando ya habían salido— que, la semana que viene, yo misma iré para hacer una pequeña inspección.

La señora Hilka era la mujer del portero de la torre; el matrimonio vivía en los sótanos de la casa durante todo el año.

Hicieron el camino a pie, hasta la otra vertiente del Monte de San Gerardo. Mielt conocía perfectamente el camino que conducía a la villa, aislada en el lomo de la colina, rodeada tan sólo por unos cuantos cerezos.

Eran las cuatro de la tarde, y el sol brillaba con intensidad. Tan fuerte sol era casi excepcional en el mes de marzo, y penetrando sus trajes llegaba hasta sus corazones. La gleba amarilla era blanda bajo sus pasos, embebida de la luz ligera y cálida del sol. Por doquier, a todo lo largo de las colinas, en la fresca verdura de la hierba, en los brotes que iban abriéndose en las ramas de los árboles, la primavera se disponía a desplegar sus mayores encantos. Arriba, en la cima, se veían unos cuantos manzanos y albaricoqueros en flor; eran como si llevaran sendas pelucas de color blanco y rosa.

Por las alturas, la brisa ligera arrastraba consigo el alegre y suave gorjeo de pájaros. Desde lejos, se oía la trepidación de un tren que en este mismo momento pasó por el puente de hierro del Danubio, y el ruido que armaba era como si arrastrasen una enorme cadena. Por encima de Pest, en la parte inferior del horizonte, nadaban lentamente humos morados.

—¿Conoces la arveja silvestre? —preguntó Mielt.

Inclinose y su blanca mano desapareció en la verde hierba, en busca de una flor de tomillo cuyo olor ardiente y fino exhalaba el hechizo más profundo de la primavera. Colocó la flor en el ojal de Pedro y parecía una minúscula gota de sangre en la americana color tabaco.

Cogiéndose del brazo, proseguían el camino, a pasos tan lentos como si les pesara la felicidad que llevaban en sus corazones.

Detuviéronse en una curva del camino, dejando posar sus miradas por encima de las colinas que aparecían pardas y desiertas, pero adornadas milagrosamente por los fulgores de la tarde primaveral. El botón de cobre de la torre de una casa veraniega brillaba con tan desbordante alegría como si despidiera largas y finas lanzas de oro en todas direcciones.

Pasaron junto a una reja. A través de los barrotes pasaba la luz del sol que les cegaba. Junto al camino, en un estercolero, un trozo de un vaso roto lanzaba reflejos blancos como si aquel flujo de colores que parecía llenar todo el universo, quisiera salir no sólo del cielo sino también de la tierra.

Se cruzaron con un niño que estaba comiendo una naranja. El jugo de la fruta corría por su mano sucia. El fuerte olor de la naranja abierta se apoderó del aire. Pocos pasos más adelante, vino a su encuentro el perfume intenso de los jacintos en flor, de un viejo jardín. En alguna parte debían pintar de bermejo las rejas del recinto,

y un fragante olor de trementina les sofocaba. Olores cálidos y fuertes llenaban el aire en torbellinos por doquier.

Miett miró al sol, encogiendo sus párpados; luego fijó la mirada en algún punto invisible del horizonte.

—Sólo faltan ya diez días para que sea tu mujer —dijo en voz baja.

Pedro no contestó. La palabra estaba en la punta de su lengua, quería decir algo, pero Miett acababa de pronunciar aquella frase con tanta ternura como si hubiera hablado su alma.

Al subir por la vertiente, Miett inclinose ligeramente sobre un hombro de su novio y se apoyó en él con todo su peso. Tan dulce carga le parecía ahora ligera a Pedro, y erguíanse en su interior energías hasta ahora nunca experimentadas que enderezaron sus nervios y músculos. Sentía su cuerpo ligero y elástico, y fue presa de un irresistible deseo de saltar de un brinco por aquella alta valla a cuyo lado les conducía ahora su camino.

Luego, quiso conocer el peso de una piedra grande como una cabeza humana, y tenía la sensación de que en caso de poderla lanzar, aquella piedra volaría de una cima a otra.

En el instante siguiente, antes de que Miett pudiera defenderse, la elevó en sus brazos para llevarla cuesta arriba.

—Cuidado, tonto, que alguien podría vernos... —susurró Miett, y en el primer instante de susto, se abrazó fuertemente al cuello de Pedro.

Mas, a esas horas, nadie pasaba por el lomo de la colina.

La falda de Miett había subido hasta las rodillas, y sus finas y largas piernas cubiertas con medias de seda gris, que desembocaban en unos hermosos zapatitos con cinta ancha, colgaban libremente con sus líneas deliciosas y coquetas de los brazos del muchacho.

—Suéltame, hombre... —dijo la joven en tono de súplica, mientras se agarraba aún más, medrosa, a su cuello—. Suéltame, ¿no ves que mi falda se ha subido...? —dijo otra vez, haciendo vanos esfuerzos para cubrir sus rodillas redondas que lucían con impúdica osadía por debajo de la falda, dejando entrever, en el ancho de un dedo, la carne rosada de los muslos.

Pedro empezaba a jadear del esfuerzo; se detuvo, pues, y, con mucha precaución, puso a la muchacha en el suelo.

Miett, liberada de los brazos que la aprisionaban, corrió hacia adelante hasta la torre de los Varga, y a través de la valla muy baja, gritó a la vieja que estaba trabajando la tierra con el rastrillo ante la casa:

—¡Tía Hilka, hemos venido a ver los muebles!

Su voz tenía una cantinela infantil y melodiosa.

La vieja dejó el rastrillo, les miró con ojos entreabiertos y abrió la puerta de la

valla con cara de desconfianza.

—¡Ay, Dios mío, por poco no reconozco a la señorita! —exclamó alegremente al mirarle la cara a Mielt de más cerca.

Luego, con un sonriente «Buenos días tenga usted», miró a Pedro de los pies a la cabeza.

Se detuvieron un minuto en el jardín donde acababan de excavar la tierra para removerla. El olor tibio y fresco voló hacia ellos como el poderoso y mágico hálito de la primavera. La tierra yacía en torno suyo en espesas glebas pardas, haciendo brillar sus capas grasas y despidiendo un olor mojado que lo contenía todo: las hierbas en germinación, las cebollas de las flores a punto de abrirse, los bosques con sus violetas, las aguas hinchadas y con febriles torbellinos, las nubecillas que pasan por el cielo cual un ganado de ovejas, y todo el perfume, la fuerza, la fiebre y la música del viento del mes de marzo que parecía orquestar todo el firmamento abierto de par en par.

—¿Han pensado en las llaves? —preguntó la anciana, echando nuevamente mano del rastrillo y continuando su labor.

—¡Las traemos! —exclamó Mielt, haciéndoselas sonar en su mano—. La señora manda decirle —volviose hacia Hilka, mientras subía con Pedro la escalera— que, a fines de semana, ellos vendrán también...

—Ya les espero con impaciencia —contestó la vieja, mientras su brazo y su talle iban moviéndose al ritmo del rastrillo. La dulce luz del sol echó a sus pies una larga sombra morada oscura.

Al llegar arriba, Mielt intentó abrir la puerta de la antesala, mas la llave no quiso dar vuelta en la cerradura. Levantose sobre las puntas de los pies y apoyó sus hombros arqueados contra la puerta. Pero tampoco así logró su propósito.

Pedro la apartó con un gesto cariñoso y con un solo movimiento ligero de su mano dio vuelta a la llave. Miró de reojo a Mielt como quien dice: «¡Ya ves, mujer, esto se hace así!».

Mielt se reía a carcajadas.

Atravesaron el recibimiento en donde no había nada que ver. Después, entraron en la primera habitación. Mielt se puso a abrir las persianas, como quien conoce bien la casa. La luz del sol cayó por las ventanas como a través de unas vallas bruscamente rotas, inundando de golpe la habitación que olía a naftalina y en la que habían dormido muchos meses el invierno y la oscuridad.

Los colores naranja y azul de un mantel bordado echaron llama de repente, y los espejos reían en la luz primaveral.

Mielt dio un vistazo circular e investigador en torno suyo, en la habitación iluminada por los rayos del sol. Su cara expresaba en estos momentos única y exclusivamente un vivo interés por los contornos de los muebles amontonados en un

rincón. Buscaba el mobiliario que Elvira les había señalado y descrito.

Desapareció súbitamente detrás de un armario y llamó desde allí a Pedro:

—Ven un poco, para apartar este armario...

Detrás del armario, encontraron, en efecto, la mesa escritorio buscada. Mielt escribió letras ceremoniosas con su dedo en el fino polvo que cubría la superficie barnizada de la mesa, luego puso el polvo que se había pegado a la punta de su dedo, en la nariz del novio, con un gesto rápido e inimitable.

Pedro quiso cogerla por el talle, mas Mielt, con un pequeño y alegre grito y un movimiento ondulatorio del cuerpo, se le escurrió de entre las manos.

—Ven, busquemos ahora el armario —conminó a Pedro desde la puerta de la habitación.

En el cuarto oscuro, flotaba en el aire, más allá del penetrante olor de la naftalina, algún perfume suave y sensual. Por las ranuras de las persianas, el sol entraba en rayos oblicuos y cegadores. Se podía oír el ruido minúsculo del barniz que caía de la madera cálida de los marcos de la ventana que habían abierto sus poros enmohecidos a los rayos del sol.

Cerca de la ventana, había un enorme diván, cargado de cojines. Estos cojines oscuros parecían moverse al verles entrar, cual misteriosos seres cavernícolas, estorbados en su sueño.

Sus ojos apenas podían acostumbrarse a estas pardas y cálidas tinieblas. Mielt se acercó a la ventana para abrir las persianas, mas Pedro lo impidió cogiéndole de la mano, y la arrastró hacia sí.

Mielt nunca había sentido tan salvajes y ardorosos los besos de Pedro. También su cuerpo quedó bañado de calor, y abrazó con toda su fuerza, con ambos brazos, el cuello del muchacho. Se entregó a ese beso embriagada y con todas las fibras de sus nervios.

Pero en el instante siguiente, quiso apartar ya, asustadísima, a Pedro.

—¡Suéltame! —le dijo irritada, con la cara purpúrea, e intentando arrancarse de los brazos de su novio.

Mas Pedro la atrajo otra vez hacia sí y hundió su cara inflamada en el cuello de Mielt.

—¡Eres mía...! ¡Eres mía...! —balbució con voz ahogada, como si se hubiera vuelto loco. Cada palabra salía de su pecho jadeante, convulsa.

Mielt, en la medida en que pudiera darse cuenta de la situación, experimentó más bien compasión por Pedro, al verle presa de tan tremenda emoción, y le dijo al oído con dulzura, como para apaciguarle, pero con un miedo angustioso en su voz, repitiendo mecánicamente las palabras:

—¡Pedro..., basta ya...! Basta ya, Pedro... Pedro...

El susto y la desesperación le impedían casi proferir estas palabras:

—Pedro, ¡suéltame...! Suéltame, ¿qué estás haciendo...? Por Dios, ¿te has vuelto loco?

Apretó contra el cuello de Pedro su codo, y gracias a ese movimiento, consiguió zafarse por un instante.

Pedro hallábase de rodillas ante ella, en el suelo, e hizo como si se hubiera calmado. Su voz era aparentemente tranquila, mas con ambas manos, tenía a Mielt clavada sobre el diván.

Sus cuerpos se tendían hostilmente uno contra el otro.

—Escúchame, Mielt... Dentro de pocos días, serás mi mujer... Ya me perteneces... No seas tonta, mi dulce pequeña Mielt...

Mielt dejó de contestarle. Sus cejas se habían elevado en el arco de la ira, y fijó en el muchacho una mirada ardiente de miedo.

Los brazos de Pedro la tenían apresada como si fueran dos ardientes anillos de hierro. Ya ahogaba su garganta el grito loco de la angustia y el asco, pero en el mismo instante, cruzó su mente como un relámpago la seguridad de que en este caso, la vieja que estaba trabajando en el jardín la oiría en seguida. Así, sólo soltó una vocecita maullante y reprimida. Se daba cuenta de que estaba perdida. Hizo como si se rindiera, dejase caer hacia atrás, pero en un segundo concentró toda su fuerza. Con un esfuerzo brusco de su tronco y de sus vértebras, arrojó de sí a Pedro, el cual perdió el equilibrio y fue al suelo en una caída cómica.

En el mismo instante, Mielt estaba de pie. Con un brinco, refugiose en el rincón opuesto de la habitación, y buscó protección detrás de una mesa.

Allí estaba jadeante, mirando de hito a hito a Pedro, inmóvil. Sus trenzas se habían soltado en la lucha, y un ramo dorado de su cabellera colgaba medio deshecho sobre su hombro blanco y desnudo. Con ambas manos, intentó sostener encima del pecho su traje roto.

Estaba allí, esperando, de pie, y en el silencio que cayó sobre ellos de golpe, se oía el jadeo de su respiración.

La habitación se llenaba de una fina polvareda dorada, como si se hubiera vuelto más clara y diáfana en torno de los jóvenes.

Pedro levantose lentamente del suelo y sin mirar a la muchacha, salió hacia la otra habitación. Allí, con unos cuantos movimientos, se ordenó el pelo y la corbata, y bajó al jardín para pasearse bajo los árboles frutales. Con una mano se agarró al tronco de un manzano blanqueado con cal, y fijó su mirada en la lejanía en donde el sol declinaba con su disco color de orín detrás de las nubes blandas e incandescentes.

Una brisa ligera venía de alguna parte y como si de este viento suave todo hubiera tomado un tono más oscuro. Poco a poco, el cerebro de Pedro se descongestionaba, y el temblor de sus rodillas se calmó. Se separó del manzano y quitó de su palma la cal seca que se le había pegado. Con pasos lentos, atravesó el jardín y en el extremo del

mismo, sentose en un banco, donde unos cuantos escarabajos huyeron precipitadamente.

Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente el humo hasta los pulmones.

No llegó a determinar siquiera lo que él mismo sentía en aquellos momentos. Al salir de la habitación, tenía tanta rabia a Miett que no hubiera vacilado en pegarle. ¿Cómo podía ser tan tonta?

Pero una vez debajo de aquel manzano, se evaporó su cólera, y quedó substituida por una profunda lástima hacia la muchacha.

Pedro comprendió en qué terrible situación acababa de poner a su novia, y cuán bestialmente brutal había sido con ella.

Después, se enfadó consigo mismo. Estaba indeciblemente avergonzado ante Miett de lo ocurrido y hubiera preferido poder empezar de nuevo toda esta tarde, a partir de aquel momento en que franquearon la puerta de la torre.

En alguna parte del valle pasó un tren y su agudo silbido rasgó el silencio. Este sonido le hizo volver en sí, se estremeció y empezó en él de nuevo todo el circuito de la ira y de la vergüenza, sin poder detenerse en una fase o en la otra.

Se puso lentamente en camino hacia la casa. Su corazón latía con cierta inquietud, y concluyó por no decir nada a Miett, al encontrarla. Entró por la puerta de la casa con un resentimiento hostil, cuya causa le era desconocida. Adoptó una expresión severa y tomó la decisión de no pedir perdón, si Miett le recibía groseramente o enfadada, pues con ello reconocería a las claras que no obró como era debido.

Miett estaba sentada cerca de la ventana en la primera habitación, en la que no había luz y que se sumía en la parda oscuridad del atardecer. Dios sabe de dónde, sacó aguja e hilo y cosía en su blanca blusa un botón que había caído durante la lucha con Pedro.

Tenía el hilo en la boca, quiso romperlo con los dientes en el preciso instante en que levantó su mirada hacia Pedro.

Este movimiento de la boca escondió su sonrisa; movió la cabeza con aire de desaprobación. Mas, bajo la mirada de Pedro no podía esconder su sonrisa, que en sus ojos traviosos significaba la más clara revelación de su complicidad.

Su expresión era pura y tierna, revelaba tal amor radiante que Pedro se acercó a ella, se sentó a su lado sobre la alfombra calentada por el sol y puso su cabeza, aquella cabeza cansada de tantos pensamientos caóticos, en el regazo de su novia. Este silencioso gesto suyo lo expresaba todo: su cruel remordimiento, su arrepentimiento, y ahora no ya la humillación, sino una humilde sumisión, pues en este momento no sentía hacia la muchacha más que gratitud inefable y amor.

Pensó cuán bueno era estar arrodillado así ante ella, vencido, e inclinando su cabeza en su regazo, tan puro. De cuántas oscuras acusaciones hubiera hecho objeto más tarde a Miett, de haberse dejado vencer la muchacha; cuántas dudas y cuántos

escrúpulos le hubieran atormentado, pues al fin ella no era más que una débil mujer que el torbellino de los ardorosos instantes arrastra consigo fácilmente.

Entretanto, Miett acabó de coser el botón. Con el dedal, golpeó cariñosamente la cabeza de Pedro que yacía pesadamente en su regazo, como si durmiera:

—¡Vamos, hombre! ¿No te parece que deberíamos marcharnos?

Pedro levantó la cabeza y miró largamente a Miett. Ella le dio un pellizco amistoso en la nariz.

Cerraron la casa, se despidieron de Hilka y cogiéndose del brazo, se pusieron en camino para bajar hacia la ciudad.

Caminando, invadieron un absurdo buen humor. Iban saltando rítmicamente y cantaron alguna canción alegre. Si veían venir a alguien en sentido opuesto, se interrumpían de golpe y ponían cara seria, para volver a empezar de nuevo, con una irrefrenada alegría que les arrastraba sin que pudieran explicarse cómo y por qué.

El sol se había puesto ya y la noche zumbaba en torno suyo con una música admirable. Allá abajo, en el valle, la noche primaveral azul pizarra estaba sembrada de las doradas lucecitas que brillaban en las casas. Arriba, en las alturas, el viento de marzo pasaba suavemente y murmurando.

Al llegar, encontraron a padre ante la puerta. La primavera: había logrado sacarle afuera incluso a él. Los jóvenes se detuvieron para observar al anciano desde lejos. Conducía a *Tomí* por la correa, dando pasitos cortos y con cara muy seria explicaba algo al perrito, como si hablara a un niño. *Tomí* hacía como si le escuchara, pero cada vez que pasaba a su lado otro perro, promovía con la rapidez de un relámpago y a la manera de una tempestad, una disputa canina.

Aún permaneció en la calle para dar una vueltecita, mientras ellos dos subieron al piso.

Se detuvieron en el salón oscuro.

En el comedor, Mili ponía la mesa para la cena. La puerta estaba entreabierta y se oía el ruido de los cubiertos.

Pedro se sentó de lado en el brazo del diván, y atrajo hacia sí a Miett. Con gesto enérgico, tomó su cara entre sus manos, y la apretó contra su pecho.

Tras un sueño largo y profundo, Mielt abrió los ojos. Estiraba su cuerpo aún caliente del dormir bajo la manta, perezosa y sensualmente.

La habitación ya estaba iluminada en torno suyo. Con ojos turbios, miró hacia el techo y le pareció durante un instante que estaba en su casa, en su cama. Pero después, conforme se le iba evaporando la oscuridad del sueño, encontró aquel punto del techo en que su mirada quedó fija.

Sus ojos fueron lenta y mecánicamente de un punto a otro, pero sin atreverse a echar una mirada circular sobre toda la estancia.

—¿Dónde estoy? —se preguntó anhelante, asustada de sí misma.

Fijose en la pared de enfrente, en que había colgado un espejo con marco dorado encima de la cómoda cubierta de encajes. La cama aparecía oblicua en la superficie inclinada del espejo, de modo que podía verse a sí misma. Cerca de la ventana, había una cortina purpúrea con suaves pliegues, y a través de los cristales, parecía demasiado cercano y bajo el firmamento cubierto de nubes que corrían rápidamente.

La cama era más alta que la suya, y en el estrecho y pequeño cuarto todo resultaba raro, extraño y hostil: la forma de los brazos de las sillas, el adorno en cobre del armario, al pie de la cama, el color de la alfombra, los vasos y el jarro en la cómoda...

Todo, todo aparecía tan extraño como si fuera un sueño.

Mielt notó después que, echado sobre una de las sillas, había un traje de hombre. La americana y el chaleco, de color gris, puestos en el respaldo, parecían un tronco humano sin cabeza y con el pecho hundido.

Y junto a ella, en la misma cama, ¡dormía un hombre desconocido!

En los ojos desorbitados de Mielt reflejábanse todas esas cosas extrañas con las que su profundo sueño había roto toda relación consciente.

Mas todo esto duró pocos instantes. Poco a poco le vino la idea de que acababa de pasar su primera noche de casada. Ya sabía dónde se encontraba, y sabía que era Pedro quien dormía a su lado. Echó una mirada sobre su compañero que dormía volviéndole la espalda, la cabeza hundida en las almohadas, con una respiración tranquila: un joven marido de un día.

Su cabeza se perfilaba con sombras oscuras sobre la almohada. El cuello blanco de su camisa de noche se destacaba claramente de la nuca morena y la cabeza tenía expresión de niño simpático. Sus cabellos caían en anillos morenos oscuros y brillantes de sudor sobre el cojín.

Los pensamientos de Mielt se ponían en movimiento lenta y cansadamente. Tenía la cabeza pesada y atolondrada. Anoche, habían bebido algún vino espeso y dulce. Ahora, una jaqueca desagradable apretaba su frente cual un cerco férreo.

Experimentaba una sed ardorosa en su garganta. Se incorporó en la cama y extendió la mano hacia el jarro de agua, pero este gesto forzado le produjo un dolor agudo y penoso en el cuerpo.

—¿Qué ha sido esto?

Su sed quedó olvidada en el acto, su cabeza recayó sobre la almohada y se puso a observarse amedrentada. Su conciencia iba esclareciéndose, y por debajo del umbral de la misma salían uno tras otro los recuerdos, como, debajo de un oscuro tejado, los pájaros despiertan sobresaltados de su sueño.

Sí, ahora ya se acordaba de todo. Habían cenado en el restaurante del hotel; frente a ellos estaba sentada una mujer gorda con traje azul, y un hombre con la frente alta, el cual descubría al reír una enorme dentadura amarillenta...

¡Todo era tan caótico en su recuerdo! Después de cenar, había subido la escalera apoyada en el brazo de Pedro, arrastrándose penosamente, pues zumbaba en su cabeza, purpúreo y cálido, aquel espeso y dulce vino. Cruzaron con un señor vestido de frac que bajaba la escalera silbando.

Miett adoptó la melodía y se puso a silbarla a su vez estrepitosamente.

—¡Cállate, ángel mío...! —susurrole al oído suavemente Pedro.

En el descansillo de la escalera había una estatua de bronce que sostenía en la mano una antorcha. Miett se acordaba aún muy claramente de la actitud de la estatua, en cuyos músculos se reflejaba la luz de la lámpara. Y oía aún el crujido del ascensor que iba bajando lentamente a su lado.

Pero no recordaba cuántos pisos habían subido. Pensó otra vez en aquel señor de frac que bajaba silbando, vio con extraña plasticidad la forma del botón de diamante de su pechera, pero no hubiera podido decir cómo era su cara, si era alto o bajo, gordo o flaco.

Detalles minúsculos y sin importancia se habían fijado con toda exactitud en su memoria, mas era incapaz de acordarse de las cosas importantes.

Y había detalles que no estaba segura de haberlos vivido o sólo soñado.

¡Y aquel corredor! Vio un larguísimo pasillo de hotel, al subir, pero el pasillo no se acababa nunca, y delante de las puertas aparecían oscuros los zapatos de los clientes, cual seres vivos; estaban allí agazapados como si vigilaran con terca furia las puertas. Si alguien hubiese pasado por encima de ellos de seguro le habrían ladrado.

Recordó que se había detenido, dejando caer la cabeza sobre su hombro:

—¿Por qué me has hecho beber tanto vino?

—Voy a ponerte en la cama y en seguida dejarás de sentirte mal.

—¿Me quieres?

—Te quiero.

Allí, en el pasillo, echó sus brazos al cuello de Pedro:

—¿Me quieres mucho, muchísimo?

—Te quiero mucho, muchísimo.

Recordaba, asimismo, que después entraron en el cuarto y Pedro cerró la puerta con llave.

Aquí, en el cuarto, no había más luz que la de la lámpara de la mesita de noche, con su pantalla de cartón. Luces sobrias y coloreadas, con hondas y blancas sombras, yacían sobre los objetos.

Le vino a la memoria que en aquel momento había sonreído.

Aquella sonrisa sin vida abrió a la fuerza las comisuras de los labios con un rictus que no pudo reprimir, como si fuese un objeto ajeno. Estaba borracha.

En el borde de la cama, dejaba colgar su cabeza y sus piernas. Pedro se puso de rodillas para desatarle el nudo de la ancha cinta de sus zapatos.

Aun estaba oyendo su voz:

—Dame esos piecitos... No éste, el otro.

Se extendió aún vestida sobre la cama. Yacía a través, moviendo los brazos, y canturreando un bailable.

—Incorpórate, quiero desabrochar tu blusa.

—¿Por qué tú no me quieres a mí?

—Te quiero; pero incorpórate.

Y, puesto que no se movía, Pedro la volvió suavemente sobre la cama, hasta que consiguió desnudarla.

—Tú... ¿ahora me verás desnuda?

—¡Qué voy a verte...! ¡Cerraré los ojos! No, no miraré. Bueno, incorpórate, así.

¡Oh! ¡Cuán caótico y confuso resultó todo aquello, al evocar en su recuerdo, a la pálida luz del amanecer, todo lo ocurrido! Sentía un asco sofocante y estaba horrorizada de sí misma.

Sentose asustada en la cama, al recordar lo que había ocurrido después.

¡Oh, Dios mío, qué terrible era todo aquello!

Se vio a sí misma en la inclinada superficie del espejo, sentada entre mantas y almohadas con el pelo suelto, y la cara pálida, perpleja. De uno de sus hombros había resbalado la finísima camisita de seda, tan arrugada como un trozo de papel. En el arco suave y redondo de su hombro se veía una mancha roja y violeta, tan grande como una nuez, que Miett ni recordaba cómo se había producido.

Por un instante, su mirada se fijó en el dorado marco del espejo, en el que descansaba una libélula con alas azules, cual en un tronco de árbol dorado. Sin duda entró en el cuarto ayer, y quedó prisionera.

Sólo ahora se dio cuenta de que al otro lado de la cama, un pie de Pedro salía hasta el tobillo por debajo de la manta, y aquel pie extraño yacía sobre la sábana como un miembro inanimado que no pertenecía a nadie.

Y todo esto a la luz limpia, gris y cruel de la mañana, que destacaba las cosas con

toda su crudeza: ¡Mira, he aquí la realidad!

Miett dejose caer otra vez entre las almohadas y se puso a lloriquear silenciosamente. En torno de su frente, el cerco apretado de la jaqueca y aquel vibrante dolor desconocido le hacían experimentar lo que acababa de ocurrirle como algo terrible.

¿Por qué se hallaba ahora aquí...? ¡En un país desconocido, en el cuarto de un hotel al lado de un hombre que dormía! Y que ahora aparecía ante ella como un extraño, porque en este momento Pedro se le aparecía verdaderamente como un extraño.

Pero, ¿quién es ese hombre, que ha tenido el derecho de tomar posesión de ella, hasta la medula de su ser? ¿Quién es, si un año antes ignoraba hasta que existiera?

Le odiaba ahora con el corazón oprimido por el dolor, con el atávico y congénito odio de la hembra.

—¿Quién es este hombre? —se preguntó otra vez, teniendo la sensación de que toda la sangre se marchaba de su corazón.

¿Qué defectos ocultos, qué insuficiencias físicas y anímicas se pondrán de manifiesto ahora en él, tan pronto como el tiempo le haya despojado de todo cuanto sea amor, cariño, ternura, tacto, cortesía? ¿Qué pasiones anidan en ese corazón, como culebras ponzoñosas, para salir un día cautelosamente a rastras y con horrible silbido? ¿Y si tiene un carácter grosero e insoportable? ¿Y si tiene costumbres o vicios asquerosos y repugnantes que hasta ahora conseguía esconder cuidadosamente? ¿Por qué la mayor parte de los matrimonios que conocía, iban pudriéndose de las diversas llagas de la desdicha, y por qué la mayor parte de las novelas que había leído le presentaban la vida descarnada, buscando siempre, casi sin excepción, bajo los vistosos trajes y bellas palabras, la grosera y desnuda epidermis del alma humana?

¡Y saberlo todo, y preverlo todo con los ojos abiertos! Así es la vida, y ¡no quedaba ni la más mínima esperanza de que precisamente su existencia pudiera constituir una excepción de tan terrible e inexorable ley!

Miró el reloj: eran las cinco de la mañana. A través de la parte superior de la ventana, se oía un zumbido extraño y monótono que parecía ser el de un molino de agua. Oíanse murmurar enormes masas de agua, en alguna parte, pero Miett no sabía dónde ni por qué. Este ingente murmullo parecía pesar sobre todas las cosas. La ciudad que apenas comenzaba a despertarse, estaba aún sumida en profundo silencio. De un tejado vecino, venía el gorjeo agudo de algún pájaro, y abajo, en la calle, sonaba de cuando en cuando, soñoliento, el timbre de una bicicleta que pasaba, mientras que desde lejos se percibía la trepidación de un pesado carro de transportes. Las invisibles masas de agua continuaban zumbando triste y monótonamente, y afuera, en el cielo cubierto corrían rápidamente y apretujándose las nubes.

Miett yacía en aquella cama extraña de un cuarto de hotel, sin poder llegar con su

imaginación más allá de las paredes. Ignoraba cómo debía ser la ciudad que la circundaba, pues era muy entrada la noche cuando habían llegado, y ni siquiera sabía qué clase de calle era la que le enviaba el ruido del despertar.

—¿Por qué no tengo una madrecita...? —sollozaba con la tristeza de un frustrado anhelo, recordando que ella no había tenido nunca una madre. Cuando los diques del dolor y de la desesperación se rompen en el corazón, surgen a la superficie muchas cosas que hasta entonces dormían en sus honduras, sepultadas y olvidadas. En la cama de su noche de bodas, Miett sufría ahora terriblemente con la idea de su orfandad, que sólo en raras ocasiones solía atormentar su mente.

De improviso, pensó en Olga. Sentía un cruel remordimiento por no haber comprendido a la pobre *Choka*, cuando vino huyendo hacia ella con su doloroso secreto. Ahora de golpe, intuía el estado de ánimo de su amiga en aquella ocasión y experimentaba honda conmiseración hacia ella. ¡Cuán terrible es esto, aun cuando se realice bajo la protección y el beneplácito de la ley y de la sociedad! ¡Cuánto más terrible debe de ser cuando se lleva a cabo en las tinieblas atormentadoras de la conciencia de un pecado! Hallarse ensuciada y ensangrentada, cruelmente expoliada en su cuerpo y su alma... ¡Oh, pobre pequeña *Choka*!

Ahora veía claramente ante sí su cara mortalmente pálida, cuando Olga estaba acostada en el sofá, apoyando la cabeza en el codo, y mirando fijamente con las cejas enarcadas. ¡Cuán profunda debió de ser la herida que le habría producido, al cerrarle su corazón, y cuán sola había dejado a la pobre muchacha que venía huyendo hacia ella para mendigar un poco de comprensión, de misericordia humana, de consuelo...! Pensando en Olga, se reconcilió un poco con su propio destino.

Paulatinamente, se iba remontando en su mente el flujo de los acontecimientos, y de pronto se encontró otra vez en el departamento del tren. Sentada cerca de la ventana; y más allá de los cristales, pasaban volando los paisajes pintorescos de Carintia.

Las ingentes masas de montañas giraban lenta y majestuosamente en esta carrera. Cimas brillantes relucían a los rayos del sol hundiéndose poco a poco en la lejanía. A veces el tren pasaba delante de instalaciones industriales; sus chimeneas desprendían humo, y una vida intensa se desarrollaba en las extensas altiplanicies. En otros momentos, algún que otro bosque, con los troncos caídos bajo las hachas de los leñadores, daba la sensación de que el lomo verde oscuro del monte había sido sembrado de palillos. Luego, seguían otra vez abruptas rocas, encima de las cuales flotaba el velo plateado de un torrente. Sobre un precipicio, el tren pasó traqueteando por un puente de hierro, produciendo un ruido ensordecedor, tronando y trepidando, como si se deslizase a través de los tubos de un gigantesco xilófono.

La estructura del puente vibraba en negros zigzagueos delante de la ventanilla del vagón, cual enormes y negras espadas batiéndose. Y una vez pasado el puente,

enmudecieron de improviso los tronantes y temblorosos rieles, y el tren pareció continuar el camino casi en silencio en los páramos de un lomo de montaña, a la altura de las nubes, como si volase a través de regiones celestiales. Abajo, en el profundo valle, yacían risueñas aldeas alpinas con rojos tejados y paredes enjalbegadas, relucientes al sol. Después otra vez rocas desnudas, color de orín, o pinos verdeazules en cuyos claros iban pasando aquí y allá manadas de cabras. Luego el tren entró en un túnel, arrastrando, consigo en la oscuridad un trozo de firmamento, las nubes y los montes. Los dos estaban sentados pasivamente con el corazón angustiado; un humo amargo oprimía sus pulmones; después salió de nuevo el sol, el claro cielo, otra vez nubes y paisajes siempre variados, en los que la mirada no lograba descansar.

A veces, se detenían ante las ventanillas unas modestas estaciones, todas iguales; los vendedores ambulantes del andén les brindaban naranjas, chocolate, agua, cerveza y salchichas. El monótono orden de la vida se extendía sobre estas paradas. Mujeres, hombres y niños acercábanse corriendo al tren, o bajaban del mismo, mientras que con el son de la campanilla del servicio se mezclaban las palabras y las cariñosas frases de la despedida. A través de las palabras y de los rostros, manifestábase la oculta personalidad de las pequeñas ciudades. Otra ciudad, y otra y otra más... extrañas columnas humanas; ¡cuánta gente, cuántos jardines y casas, policromos, mercados, tiendas y minúsculas perfumerías de cálidos y dulces aromas, habitaciones en las que se cambiaban besos, en las que se moría, se festejaba o se reía...!

¡La vida es la misma por doquier!

Al recordar esto, Miett experimentó nuevamente el balanceo soporífero del departamento del tren, el ruido de las ruedas que traqueteaban monótonamente, y ante sus ojos cerrados se ponían a saltar de nuevo, en serie ininterrumpida, los postes telegráficos. Vinieron a su mente los demás viajeros con los que estaban encerrados juntos larguísimas horas por las necesidades del viaje, y de cuyas caras les cuesta tanto esfuerzo a los ojos liberarse otra vez. ¡Un señor con gafas cuyo pelo estaba cortado demasiado al rape en el cráneo redondo, pero cuya cara estaba enmarcada con unas barbas negras y brillantes! ¡Un hombre de cabeza azul! Una señora vieja, de largo cuello, a la que Miett bautizó para su coleteo: «la mujer con cara de marimacho». Especies humanas tan curiosas como sólo se pueden encontrar en el tren.

Y ahora pensó también en Pedro, vestido con el traje marrón de viaje. Recordó qué bien le sentaba el pantalón de golf, y qué rara era su cabeza tocada con su gorro de viaje. Recordó además mil nimios detalles del trayecto, y al pensar en ellos, dedicó a Pedro un pensamiento de honda gratitud por todas sus atenciones. ¡Qué atento, qué cariñoso fue para ella durante todo el viaje! ¡Cuánta ternura, cuánta reflexión se reflejaba en su hermoso y serio rostro! ¡Cuánto amor humilde expresaba su mirada! ¡Y cuán dulce y extraña resultó la sensación cuando, ya más allá de Viena, ella se

sentía presa de sueño y se durmió, inclinando su cabeza sobre las rodillas de él! En su somnolencia, sentía el contacto de la mano de Pedro en su espalda y cerca de su pierna, cuando le envolvía siempre de nuevo en la manta.

Luego, la salida, las escenas de despedida en la estación... Los dos habían subido ya al vagón, conversando desde la ventanilla con su padre y la madre de Pedro, con el doctor Varga y su mujer, Juanito y Szücs, todos los cuales habían acudido para despedirles. ¡Qué gran movimiento y animación les rodeaba bajo el altísimo techo de cristal de la estación! Silbaban los escapes de vapor, crujían los discos de metal de los parachoques, los mozos lanzaban gritos, al igual que los vendedores de periódicos y dulces; en las puertas de las salas de espera, los empleados del ferrocarril anunciaban la salida de los trenes como si cantasen extrañas melopeas, y la gente corría agarrada a sus maletas; todo el mundo tenía en sus labios muchas cosas que no acertaba a decir, en la prisa del último momento: la fiebre de la vida les sumergía en su ruidoso oleaje.

El padre había cogido en los brazos a *Tomí*, intentando tranquilizarlo, pues el perrito parecía querer morder a todos los que pasaban. No obstante, como el número de gentes iba en aumento, pareció expresar con un sofocado e hiriente ladrido que su propósito era irrealizable. Sin embargo, a veces quería volver a emprender tan irrealizable propósito.

—Cuando volváis, vuestro cuarto tendrá ya el nuevo papel pintado —dijo Elvira a Miett, pues nunca sentía la tentación de darse tono de providencia personificada.

Szücs se dedicaba a tomarle el pelo a la recién casada:

—Mire usted, señora, aun puede bajar un rato. ¡Piénselo bien, mientras no sea tarde!

Luego se ofreció a toda costa para acompañarlos.

—¡Ojalá no cojáis frío en el tren! —se inquietaba la madre de Pedro, con su vocecilla de pajarillo, acariciándolos con la mirada empañada de lágrimas.

—A la vuelta, no dejéis de bajar en Bolonia —les recomendó el médico, que había sido el autor del itinerario proyectado.

—Si os quedáis sin dinero, no vaciléis en telegrafiarne —observó el padre.

Miett no podía sino asentir con la cabeza, procurando sonreír. Temía echarse a llorar. Su garganta estaba oprimida por las lágrimas.

Luego, con una brusca sacudida, el tren se puso en marcha. Todos los despedían con los pañuelos en la mano.

Allí estaba Juanito, con su corta guerrera de cadete, el dedo pulgar de la mano izquierda en el cinturón, y saludando militarmente con la otra. ¿No era raro que Miett sólo recordara ahora de toda aquella escena de despedida, la mirada de Juanito? El cadete estaba pálido y su mirada llegó a penetrar, Dios sabe cómo, hasta el corazón de Miett.

«Ese muchacho está enamorado de mí...», pensó ya en aquellos momentos. Ahora, al pasar revista a los recuerdos de los días pasados, recostada en la cama y con los ojos cerrados, intentó escrutar aquella mirada de Juanito. Le hubiera gustado acariciarle la cara, y le estaba muy reconocida por aquel amor tan delicioso y mudo.

¡Oh, qué bien, sentirse querida!

El recuerdo de Juanito la hizo serenarse un poco.

Luego, volvía a vivir los instantes de la ceremonia, en la iglesia, bajo las frescas bóvedas, cuya oscuridad quedaba atravesada por ardientes rayos de sol. Al principio de la ceremonia, era incapaz de pensar en otra cosa que en si había puesto o si había olvidado poner su cajita de coser en el baúl grande. Ese problema aprisionó su pensamiento y durante mucho tiempo no pudo fijar su atención en otra cosa.

Mas, después, se puso a sonar el órgano. Su corazón quedó oprimido y hubiera tenido ganas de llorar desesperadamente. Su alma se llenó con la emoción del momento, y el poderío de Dios y de la religión la obligaron a caer de rodillas.

Como si el ser misterioso de la divinidad se hubiera inclinado sobre ella, se le abrió de repente el maravilloso sentido de la existencia humana.

¡La vida es bella y el amor, infinito, como el firmamento! Yo, Dios, os tomo en mis palmas y os elevo cariñosamente... ¡Vivid, alegraos, amaos! Podéis abrazaros desnudos aquí, en mi mano: ¡besaos para que de vuestros besos surja una vida nueva! ¡Saboread mutuamente el gusto de vuestros besos, porque llamea en él, a través de vuestras vértebras, mi alma que va creando la vida de esta manera! ¡Amaos y venceréis la muerte, pues la savia de vuestros cuerpos que se abren por el amor, desemboca en la vida infinita que vosotros mismos os estáis perpetuando! La vida es un río de fuego, río eterno, que arrastra consigo los gérmenes de millones de existencias pequeñas y que progresa murmurando en el Tiempo.

Estos pensamientos le producirían nuevas ganas de dormir. Abrió los ojos y su mirada cayó otra vez sobre la ventana. En el cielo, continuaban corriendo las mismas nubes pardas de antes. Y en algún punto, no muy lejos, continuaba oyéndose el murmullo de las invisibles masas de agua. Tal vez aquel ruido monótono le hizo surgir tantos y tan caóticos pensamientos, que venían a pesar oscuramente sobre ella hacía unos momentos, en relación con la iglesia y con Dios.

Procuró refugiarse en recuerdos más sencillos y más puros.

En el momento de salir de la iglesia, Pedro estaba pálido, y parecía como glorificado por la piedad. ¡Oh, cuán inefable amor, cuán humilde gratitud sentía ella en aquellos instantes por su marido!

Todo el mundo lloraba, apretaban la suya muchas manos que ni siquiera sabía a qué personas pertenecían en el tumulto.

Mientras recordaba todo esto, entró en su corazón un agradable calor. Ya no quedaba en él nada de la desesperación ni la tristeza de antes.

«Soy una mujer —pensó—, soy mujer, y esto es la cosa más hermosa que puede haber en el mundo. Pues bien, ya soy toda una mujer, y tendré hijos. De no ser así, de no haber ocurrido todo lo que ha ocurrido, tampoco yo hubiera podido venir al mundo. Sí, es así, y así debe ser».

Con ello, sus pensamientos se tranquilizaron y se desvanecieron, como agotados.

Su mirada volvió a descansar en la dorada araña del techo, tallada en madera: una obra de arte fina y serena.

«Podría comprarme una araña así para el salón», pensó Miett y la examinaba con ojos expertos.

Pasó revista mentalmente a toda su casa, pensando cómo la arreglaría cuando estuviera de vuelta en Budapest, pues Elvira, con su gusto incierto, habría hecho, sin duda, muchas tonterías.

Iba construyendo con el pensamiento el muelle nido de los futuros días en casa. Volvían a su mente las jornadas que habían precedido a la boda, recordó la escena en la villa de los Varga, y aquel instante de la misma noche, cuando inspirada por un deseo desconocido que se había declarado de repente, hubiera querido ofrecérsele a Pedro.

Y pensando una vez más en aquellos instantes llenos de prohibiciones, corrieron por sus miembros unas olas de fuego, tan dulces como la miel.

En este instante, Pedro se despertó. Apoyose bruscamente en un codo y se volvió hacia ella:

—Pero, ¿ya estás despierta?

Miett no le contestó. Escondió la cara en la almohada. Pero al sentir en el cuello los besos del marido, todo su cuerpo se llenó de fuego.

Después, se hundió en profundo y dulce sueño. No se despertó hasta el mediodía; el sol brillaba ya y de la calle venían ruidos más vivos y alegres: bocinas de coches, timbres de tranvías, todo el alboroto de las prisas con que se vive en los países del Sur. Pero más allá de todo ello, las masas de agua continuaban murmurando en alguna parte.

Pasó al cuarto de baño y durante mucho rato se entregó a las agradables caricias del agua. Hizo correr todos los grifos y abandonó su cuerpo a los rayos sonoros y frescos del líquido elemento que festejaba riendo a carcajadas la divina desnudez de aquel cuerpo femenino de líneas perfectas.

Sentíase animada, sana y feliz.

Cuando, después del desayuno, salieron a la calle, la primera cosa que hizo Miett fue buscar la causa de aquel monótono y misterioso ruido.

Era el murmullo del Arno, no lejos del *Ponte alle Grazie*, donde una presa hinchaba sus aguas.

¡Estaban en Florencia, la ciudad perfumada de flores...!

Y la lluvia nocturna había hecho crecer el Arno, sus aguas amarillentas corrían en rápidos remolinos y bajo los rayos del sol adquirían un tinte casi naranja. El río arrastraba viejos troncos de árbol negros, y un hombre con una cuerda sujeta a la cintura descendía desde el puente y, entre el griterío alegre de la muchedumbre, los iba pescando.

Encima de Fiésole, allí donde el lomo del monte aparecía plateado por los olivos en flor, y arrojaba una ola de perfumes hacia el valle, el viento nocturno iba empujando los últimos nubarrones hacia los Apeninos.

Se detuvieron en la ribera. Mieta, apoyada en el brazo de Pedro, inclinó su cabeza sobre el hombro del marido, y sintió deseos de desplomarse al suelo, bajo el peso de la inmensa felicidad que experimentaba.

Una tempestad primaveral preparábase detrás de los montes de Buda. En la calle del Teniente, las golondrinas volaban muy bajas, rozando las paredes con las agudas alas. En las copas de los árboles, el viento se estremecía como si estuviera ligado a las ramas e intentara en vano liberarse.

Los ventanucos de las casitas cerrábanse con prisa ante los nubarrones de polvareda.

La viuda de Takách estaba de pie junto a la ventana, contemplando la calle, muy ensimismada. Fuera, el sombrero de un niño iba revoloteando muy alto, arrastrado por el viento.

La de Takách parecía triste, y esa tristeza acampaba en su rostro como araña que sale del escondite, y desaparece en cuanto percibe el menor ruido. La de Takách escondía ante los demás su tristeza; pero, al quedarse sola, las arrugas se le hacían más profundas en torno de los ojos y la nariz, y, a veces, incluso llegaba a llorar. Siempre se imaginó a su hijo casado en forma que ella se encargase de la casa de Pedro, atravesando las habitaciones con pasos silenciosos y apareciendo en donde fuera preciso hacer algo. Quería mucho a Miett, pero no la podía aceptar completamente en su corazón, pues fue ella quien la privó de que aquellos sueños se realizasen.

El cuarto de Pedro estaba ocupado ahora por Pablito Szücs, como huésped. El muchacho llegó con una maleta barata en muy mal estado, en la que había tan poca ropa que incluso la de Takách se asustó de tanta pobreza, al abrir un día por casualidad el armario. Hasta ella, que era enemiga de todo cuanto fuera superfluo...

Le dio lástima aquel buen mozo, un poco raro, y desde aquel día empezó a mirarle con otros ojos, preguntándose si sería posible convertirle en el marido de Aranka.

Szücs trajo la alegría en aquel pisito sumido en la tristeza. Era muy chillón, estaba eternamente de buen humor, y cerraba las puertas a golpes; siempre tenía algo que contar a la viuda Takách y muy a menudo almorzaban juntos. En cambio, cenaba siempre fuera de casa, volviendo a altas horas de la noche. Solía entrar de puntillas, sin encender la luz, para que la viuda no se diera cuenta de lo tarde que volvía. Generalmente, tropezaba con una silla del comedor, que estaba cerca de la puerta, pues volvía siempre algo bebido. Cuando oía caer a sus pies la pesada silla, se detenía en la oscuridad y escuchaba largo rato, para ver si había despertado a la vieja.

Por lo demás, no representaba problema alguno para la madre de Pedro. Por cierto que un día fue en compañía de una mujer con sombrero rojo y anchas caderas, pero afirmó que era prima hermana suya, maestra de un puebluco.

Los recién casados regresaron del viaje de bodas, después de tres semanas.

Ambos estaban bronceados por el sol, y Mielt había engordado cuatro kilos. Sus formas se iban rellenando y sus colores se avivaban, como las flores del jardín después del chaparrón estival. Con todo, seguía siendo admirablemente esbelta, como antes.

Pedro volvió a su empleo del Banco. Mielt se pasaba el día arreglando la nueva disposición de los muebles de su casa. Trocó por completo el orden anterior, cambió de sitio los muebles, queriendo expresar, incluso de aquel modo, que se había iniciado una vida nueva.

Por las mañanas, iba de tienda en tienda, entre anticuarios y carpinteros. Solía volver todos los días con los brazos cargados de pantallas, de almohadones, de cortinas. Era como el pajarito que trayendo en el pico las pajitas va construyendo el nido hilo por hilo. Elvira la acompañaba a veces a comprar.

Una tarde, salían precisamente de una tienda del *Belváros*, cuando apercibieron a Olga en su automóvil. Era un coche flamante, nuevo, pequeño, abierto, de color azul, y Olga lo ocupaba sola. El coche se detuvo ante ellas por un instante en la aglomeración de la *Váci-utca*^[22].

Sus miradas se encontraron. Olga se sonrió, algo turbada, e hizo un ligero saludo con la cabeza.

—¡No la saludes! —murmuró rápidamente la Varga entre dientes, y su cara empolvada se cubrió de rubor por la emoción.

Mielt desorbitó los ojos, asustada, hacia su antigua amiga, y cuando quiso saludarla, ya era tarde, pues el coche se había ido.

—No se debe saludarla —dijo la Varga, mientras se abrochaba con mano temblorosa el guante.

—¿Era Olga? —preguntó Mielt, fingiendo indiferencia, únicamente para que pudiera volver la cabeza, con el secreto deseo de hacerle señas con la mano. Pero Olga no había vuelto la suya.

Entre tanto, el rubor de la emoción había desaparecido del rostro de la señora Varga. En ese instante, Mielt sentía un odio impotente hacia su acompañante y tuvo impulso de echarse a llorar.

Una vez en casa, esperaba a Pedro con impaciencia. Estaba decidida a contarle el suceso, y reñir seriamente con él si también se decidía a dar la razón en este caso a la mujer del doctor.

A estas horas, la mesa estaba puesta ya, y en el centro, el cesto con el pan que olía agradablemente. Era costumbre de Pedro cortar con la mano un pedacito, tan pronto como llegaba de la oficina, y echarse sobre el diván, masticando la rebanada. Solía leer el diario de mediodía, hasta que sirvieran la sopa.

Mielt se sentó a su lado, y, ruborizándose y excitada, le contó aquel encuentro callejero.

Pedro, que conocía con todos los detalles la historia de Olga, la escuchó con la mirada atenta, y luego, como quien no da ninguna importancia a esas cosas, se contentó con observar:

—Hubieras podido corresponder al saludo...

Y continuó leyendo el periódico.

—¿Verdad? —dijo Mielt, quien apenas lograba ocultar su alegría, echando una mirada de gratitud sobre el marido. La seguridad de que la próxima vez podría saludar a Olga, y detenerse a charlar con ella, le quitó de golpe el mal humor y tranquilizó su conciencia.

A la mañana siguiente, el primer correo le trajo una carta en cuyo sobre reconoció inmediatamente la letra de Olga. Sin encabezamiento ni firma, la carta contenía una sola frase:

«No estoy enfadada contigo, pues soy muy, pero muy feliz».

A Mielt esta carta tan breve le decía muchas cosas. Aquellas pocas palabras expresaban el carácter generoso de Olga, pues, en el instante rápido de su fugaz encuentro, había leído en la asustada mirada de Mielt el deseo de saludarla, y presentía que su amiga tendría ahora remordimientos por no haberlo hecho.

Pero tan lacónica misiva traslucía a la vez el amor propio ofendido, y la intención de superar el chasco sufrido.

«¿Quién sabe si es efectivamente tan feliz?» preguntábase Mielt, soñadora, al leer una y otra vez aquella carta.

Su sentimiento le decía que sí. Tal fue el efecto exterior de la misiva, aquel fino papel perfumado y color malva. La dorada tinta violeta oscuro brillaba en las letras animadas y llameantes.

«Si fuese un poco más inteligente, me llamaría por teléfono» pensó Mielt, imaginándose lo bien que estaría sentarse con Olga en el rincón del diván, muy cerquita, en cuclillas, explicándose mutuamente la historia de los últimos meses. Explicarlo todo, absolutamente todo, sin olvidar hacer resaltar los detalles más insignificantes. Mientras se va contando, se descubren siempre nuevos pormenores, pues si podemos explicar cosas a una persona a la que podemos abrir completamente nuestro corazón, los recuerdos cobran un nuevo relieve. O mueren o adquieren una nueva vitalidad, penetrando aún más profundamente en el corazón.

Mas Olga no daba señales de vida. Mielt intentó a veces evocar en su memoria la cara y la figura del hombre que había arrastrado a su amiga hacia el misterioso destino, mas su imaginación quedó siempre detenida en algún punto, como si chocara contra una pared invisible.

Pedro iba incorporándose a la vida en casa de los Almády, no sólo con sus trajes y

su mesa de escritorio, sino incluso en sus costumbres corrientes. Después de comer, mientras Mielt quitaba la mesa, solía cada noche jugar a los naipes durante una horita con su suegro. No lo hacía por cortesía, ni por sacrificio, sino por propia diversión. Tomaban tan en serio las partidas que a veces llegaban a disputar en serio. Una noche, el anciano, ofendido por una disputa, se retiró al cuarto, pero, al día siguiente, volvieron a encontrarse sentados frente a frente, con los rostros graves, en las manos los naipes muy manoseados de tanto uso, y haciendo crujir las sillas con su peso, en los momentos de reflexionar antes de jugar una carta.

Aquellas noches, Mielt hacía calceta, silenciosamente. A veces, veíase obligada a hacer una advertencia al marido:

—No grites tanto, ¡por el amor de Dios!

Entonces, Pedro ponía de momento sordina a su voz, pero continuaba la discusión con el padre de Mielt.

Sin embargo, una mañana casi llegaron a reñir, a causa del cuarto de baño. Pedro llevaba prisa y no pudo entrar para afeitarse, pues Mielt estaba aún en la bañera.

Pedro agitaba impacientemente desde fuera el pomo de la puerta. Su voz era aguda e irritada, al conminar a Mielt que desalojara el cuarto. También Mielt le replicó irritada:

—¡Ah, qué extraño eres! ¡Espérate un poco!

Por fin, abrió la puerta. Estaba tiritando, sujetándose con la mano el albornoz sobre el pecho, y calzada con zapatillas minúsculas. Su cara estaba aún llena de gotas de agua, y ofrecía un aspecto tan cómico con el pelo arrastrando hacia atrás, que Pedro olvidó completamente la ira. Soltó una carcajada y a besos empezó a quitar las gotas de agua del rostro de su mujer.

Hacía ya dos meses que vivían así. Dormían en dos dormitorios distintos, pero, por la mañana, cuando Mielt abría los ojos, pasaba siempre, aun abrumada de sueño y despeinada, al cuarto de Pedro, arrastrando tras sí por el suelo una almohada para extenderse a su lado en la cama. Pedro se despertaba al cálido contacto. Incluso habían dado un nombre especial al traslado matutino de Mielt, llamándolo «cobijarse». Tenían asimismo palabras especiales para los demás momentos de su convivencia marital. Estas palabras no eran nunca hijas de la reflexión, nacían espontáneamente en el invernadero de sus amores.

Una mañana, Pedro llamó a su casa por teléfono desde la oficina. Quiso hablar con Mielt, pues se había olvidado la cartera. Sin embargo, el teléfono de su casa estaba comunicando.

Inmediatamente, se apoderó de él una inquietud incomprensible y mordaz. Algunos minutos más tarde, volvió a llamar a Mielt. El número aún estaba ocupado. Le dijo, pues, irritado a la telefonista:

—¡Haga el favor de conectar! ¡Estoy llamando a mi casa!

—No se puede hacer, caballero —le contestaron lacónicamente.

Pedro, furioso, colgó el aparato. Paseose varias veces por el despacho, y se sintió entonces a punto de estallar, crujiendo los dientes. Aquello le asustó, como si hubiera descubierto en él alguna enfermedad desconocida, pues ni podía explicar el motivo de su cólera, ni lograba sofocarla.

Volvió a sentarse en su butaca y se tranquilizó un poco. Y se puso a dar puntazos, distraídamente, a la mesa con las grandes tijeras para cortar papel. Entre tanto, íbase observando. Analizaba aquella sensación extraña que sentía arder de repente en su fuero interno.

—¡Qué tonto soy...! A lo mejor está hablando con alguna tienda... O está charlando con una amiga, acaso con la Galamb o la Lénart. O a lo mejor ni es ella siquiera quien está comunicando, sino su padre...

Mas estas hipótesis estaban lejos de calmarle definitivamente. Había empezado a rodearle el martirio de los celos, y pensó, medroso, que podría llegar un momento en que tuviese motivos serios para sentirse celoso. Adivinaba de antemano cuán terribles serían aquellas dudas, pues ya esta vez le estaban mordiendo el corazón, como si sufriera un dolor físico real.

Volvió a pedir su número. Esta vez, oyose un chirrido, y, de súbito, se sintió conectado con los que comunicaban. Miett estaba hablando. Pedro oyó la mitad de una frase:

—... ¡y si no las devuelve, tanto me da! ¡No tengo miedo! ¡Puede guardarlas!

Y Miett soltó una carcajada encantadora, al proferir estas palabras.

Tras un instante de silencio, oyose una voz de hombre:

—¡Eso no es un chantaje! No quiero coaccionarla, sólo le digo que las tengo y las guardo con mucho cariño...

—¡Así lo espero! —dijo Miett, en tono de juego.

Oyose ahora otro ruido y la telefonista de la Central advirtió a Pedro:

—Lo siento, pero el número que usted pide aun está comunicando...

Pedro tiró con violencia el auricular sobre la mesa. Levantose de un brinco, y, durante un instante, fijó sus ojos desorbitados en el silencioso aparato. Luego, tal como estaba, sin sombrero, se precipitó fuera de la oficina. Bajó corriendo la escalera y, de repente, diose cuenta de que se encontraba en la calle, sin saber por qué, ni adónde pensaba dirigirse. Sintió con un estremecimiento que se había convertido en un juguete ligero y sin alma de aquella pasión que le obligó a bajar de un instante a otro desde su oficina, del cuarto piso, hasta la calle, como si le empujara una mano gigantesca y brutal. Y ahora se encontraba allí, en medio de la avenida, ante el edificio del Banco, con una terrible llaga en el corazón, sin sombrero y pálido, sin duda, como la cera, mirando con ojos desorbitados a aquel hombre que no recordaba quién era y que le ponía la mano en el hombro.

—¡Hola, Pedrito! ¿Adónde te diriges?

—Al estanco... —contestó rápidamente, teniendo miedo a su propia voz, y poniéndose en marcha con pasos tranquilos hacia el lugar que acababa de indicar.

Tiritaba, como si la cálida sangre hubiera huido de sus arterias. Compró un paquete de cigarrillos que no necesitaba para nada, luego volvió al Banco y se puso a pasear a lo largo de un fresco pasillo donde sus pasos resonaban como el péndulo de un reloj.

Aquellas palabras oídas por casualidad se habían enganchado a su cuerpo, como otros tantos anzuelos.

Intentó ordenar un poco sus pensamientos. La voz era la de Miguel Adam. Aquellas pocas frases entreoídas casualmente, ardían en él con una fuerza dolorosa, causándole irresistible martirio. La primera certidumbre que paralizó todos sus pensamientos, fue que mientras él pasaba las mañanas en el Banco, Mielt estaba telefoneando con otro hombre. ¡En el tercer mes de su matrimonio! El descubrimiento era tan monstruoso que por poco se desplomó bajo su peso. Se retiró a uno de los ventanales, se apoyó en la pared y miró al aire con la mirada incierta. Repitió mentalmente las palabras oídas, letra por letra, procurando descifrar el significado. Lo único cierto era que en posesión de Adam existía algo que Mielt deseaba que le devolviese. Pero, ¿qué sería? Su susceptible imaginación viose invadida por sospechas brutales. Primero pensó en alguna prenda de mujer o alguna peineta que Mielt hubiera podido olvidar en casa de Adam con motivo de alguna cita clandestina. A su torturada imaginación, no le costaba nada ver a Mielt revolcarse en brazos de Adam, y vio ante sí, con tan alucinante relieve, los instantes de sus relaciones prohibidas, que le causó un terrible dolor físico. Surgían en su mente frases de lugar común, tontas y vacías: «la mujer es la maldición del hombre...», «todas las mujeres son perversas...». «Eva y el fruto prohibido...», y en aquel momento, todas las frases hechas e inexorables leyes de la vida. Aun en los instantes más felices arrastraba consigo, en el fondo de su alma, algún temblor minúsculo y confuso de que aquello no podía seguir así en el caso de que un día Mielt le engañase; pero ahora, al saber, o al creer saber por lo menos, la infidelidad de Mielt, se sintió de pronto fuera de sí.

Se apartó del ventanal y se puso a pasear otra vez por el pasillo. Un compañero de oficina pasó a su lado, con expedientes bajo el brazo; se detuvo con él, cambiando frases banales. Tuvo que reunir toda su energía para no traicionar el irrefrenable oleaje íntimo de su alma. Este esfuerzo le hizo volver en sí un poco, y ello le permitió seguir pensando con mayor tranquilidad. Iba auscultando, casi instante por instante, su vida con Mielt, como si hiciera pasar la mano febrilmente, con dedos sensibles, por un cuerpo adormecido y desnudo, buscando alguna tara o llaga escondida. Mas no encontró absolutamente nada. Mielt era pura. En lo que sabía y sentía de ella,

Miett se brindaba a él enteramente, sin reserva alguna. Desde que estaban casados, no se había alejado de él ni por un instante. De tener relaciones con Adam, sólo sería posible imaginar que se encontraran por las mañanas, mientras él estaba en la oficina, pero le pareció inconcebible. No obstante, aquí existía un punto que le devolvía a su tormento, sin permitirle proseguir en el sendero que le llevaba hacia pensamientos más tranquilos. Recordó el tono apasionado con que Miett le había explicado su encuentro fortuito con Olga, tomando partido con toda su alma por la amiga. ¿Qué clases de leyes ocultas profesaría Miett, en el fondo del alma, acerca del amor y del matrimonio? ¿Acaso consideraba el propio cuerpo como regalo y gloria para cualquier varón sin que ella hubiera de sentirse menospreciada en lo más mínimo? Se puso a investigar, pues, con desesperación en el alma de Miett, y diose cuenta muy desanimado de que en vano intentaría bucear en sus misterios.

Tras aquellas crueles torturas, prodújose un momentáneo alivio. Después de todo, parecióle otra vez imposible que Miett hubiera «caído». Entre Miett y Adam había existido, sin duda, a lo mejor años atrás, algún amorío más o menos inocente. Recordó el momento del primer encuentro con Miett, en aquel té de los Varga; luego, haberlos visto pasar a los dos, a pasos rápidos, en el Corso, a orillas del Danubio. Vivía de nuevo aquel instante, poco antes de Navidad, cuando en la nieve iluminada por los faroles volteó, de repente, a su lado, el sombrero de fieltro oscuro de Miguel Adam; estremecían otra vez su alma todos aquellos pensamientos que se le habían ocurrido entonces, y encontró la explicación de que aquellas cosas misteriosas a que se referían Miett y Adam por teléfono, momentos antes, no podían ser sino una carta de amor juvenil.

Al llegar a esta conclusión, y pudiendo ligar a ese punto fijo los pensamientos que se debatían desesperadamente, volvió a calmarse y apagó en el alma la incandescente hoguera de la sospecha. Al salir de la oficina para volver a casa, había recobrado ya el completo dominio de sí mismo; sólo en el fondo más oscuro del espíritu llevaba aún aquel descubrimiento, cual un objeto ajeno y pesado.

A Miett no le dijo nada. Temblaba ante la idea de que Miett pudiera palidecer al oír la pregunta, y confundirse en mentiras. Prefería por ahora lo poco que sabía y su interpretación hipotética, a la posibilidad de perder su fe en Miett para siempre.

Entonces, pensando otra vez con el cerebro, necesitaba mucha fuerza para ocultarle a Miett la crisis moral que le aquejaba. Sin embargo, escrutó con los ojos avizores a su mujer, pesando bien cada una de sus palabras y de sus gestos en la finísima balanza de aquella crisis anímica.

No obstante, ni siquiera gracias a la más cuidadosa investigación hubiera podido descubrir algo nuevo que viniera a fomentar sus sospechas. La comida se desarrolló en el ambiente habitual. Como siempre, el padre presidía la mesa, vistiendo una chaqueta blanca de verano, y quejándose del calor que hacía. Miett llevaba un batín

negro de casa, bajo el cual no llevaba más ropa, y calzaba los pies desnudos con escarpines viejos de tacón alto.

Pedro veía a Mielt de buen humor, y observó que consagraba su atención tan completamente hasta a los asuntos más nimios —por ejemplo, a que sería necesario tapizar los muebles del salón y la opinión del carpintero sobre el particular—, que Pedro encontró nuevos argumentos para tranquilizarse a sí mismo. Si Mielt escondiera algo en su fuero interno, involuntariamente se quedaría pensativa por algunos instantes y sería incapaz de manifestar aquel interés por semejantes nimiedades.

Después de comer, entornaron las persianas, porque el sol caía sobre la ventana en irresistibles llamaradas. Era un cálido día de fin de mayo, cargado ya de la sofocante temperatura del estío. De los árboles de la calle, llegaba soñoliento y quejumbroso el gorjeo de los gorriones. El tilo, cuya copa llegaba hasta la ventana, ofrecía una sombra polvorienta y cálida.

Por las tardes, Pedro y Mielt solían dormir la siesta juntos sobre el diván del fresco salón. Entonces, pretextando que le dolía la cabeza, Pedro se esquivó al buen humor de Mielt. El descubrimiento de aquella mañana le tenía trastornado el ánimo; mas, por ahora, no quería desahogar abiertamente su ira ni provocar escenas, pues no sabía cómo empezar. Esperaba el momento propicio.

Mielt tenía invitados para el sábado por la noche: la madre de Pedro, los Varga, Pablito Szücs y Juanito.

Aun faltaban dos días para el sábado, y durante estos días, resultó imposible hablar con Mielt. Estaba siempre en la cocina, llevaba un pañuelo en la cabeza como las amas de casa aldeanas, batía natilla y preparaba unos pasteles minúsculos muy complicados. Su mano, encima de la artesa, con la blusa arremangada hasta los codos, llegaba a ocultarse, bajo la acción de la pasta blanda, compuesta de miel, huevo y mantequilla. Disponíase Mielt con emocionante ahínco y con cortedad de niña a fabricar su primera tarta, como si del éxito de ella dependieran su vida y su honor de ama de casa. Celebró largas conferencias telefónicas con sus amigas, haciéndose repetir varias veces y por varias procedencias la receta de la pasta, sintiéndose más insegura después de cada conversación.

Pedro, que iba observando con aguda mirada e ideas escrutadoras hasta la más leve manifestación del ser íntimo de su mujer, desde que sorprendiera aquella conversación telefónica con Adam, vio desplegar ante sí con colores siempre nuevos la personalidad de Mielt. Por fin llegó el sábado tan esperado.

—¿Cuántos seremos a cenar? —preguntó padre durante el almuerzo.

—Solamente seis —dijo Mielt—, pues Juanito no podrá venir.

—¿Por qué no viene?

—No lo sé. Me ha escrito unas líneas, excusándose.

Después del almuerzo, Pedro y padre se quedaron junto a la mesa, conversando. Mielt, que daba manifiestas señales de impaciencia, hizo un gesto, llamando a Pedro a la habitación contigua.

—Lee esta carta —díjole, cuando se quedaron solos los dos.

Le entregó la carta en la que Juanito, con mucha cortesía, se excusaba de no poder asistir a la cena aquella noche.

La última frase de la carta rezaba así: «*Y te ruego que, de ahora en adelante, no me invites más a vuestra casa*».

—¿Qué te parece el rapaz? —preguntó Mielt, colocándose en jarras, cuando Pedro hubo acabado la lectura, y después de haber acompañado con expresiva mímica la lectura de las líneas que ya conocía—. Deberías ir a verle, darle dos buenas bofetadas y traerle aquí a la fuerza. Ahora ya no cabe duda de que está enamorado de mí. ¡Pues ya le quitaré yo ese enamoramiento!

Pedro sonrió. Plegó la carta con cara pensativa y la devolvió a Mielt. Sentíase invadido por una sensación agradable y pura, al pensar en Juanito.

—Deja en paz al pobre muchacho —dijo, y tomó suavemente la mano de su mujer; pero no la soltó, como si aún hubiera querido preguntarle algo más. La miró profundamente a los ojos y preguntó:

—¿Eran muchos, los que estaban enamorados de ti?

Mielt hizo una mueca; hubo en su expresión tanta malicia como travesura. No miró a Pedro; estaba ocupada en colocar la carta en el sobre, lo que no era tarea fácil, pues el forro de papel de seda morado se había rasgado.

—Naturalmente, ¡eran muchos! ¿Qué te has creído? ¿Que antes que tú nadie me prestó atención?

Con la carta de Juanito, cruzole la cara a Pedro y se dispuso a dejarle plantado allí. Pero Pedro la cogió por la mano y la obligó a sentarse a su lado.

—No te vayas todavía. Dime eso: y tú, ¿de quién estabas enamorada antes de conocerme?

Mielt, de reojo, lanzó una mirada coqueta y traviesa a su marido.

—Bueno... Contéstame.

Mielt no abandonó aún el tono de burla.

—¿De quién? Di mejor de quiénes.

—¿De veras? —preguntó Pedro, con un interés fingido que, a su vez, parecía burlón, pero apretando cada vez más fuertemente la mano de su mujer. Su voz sufrió un brusco cambio al formular por fin su pregunta. En su voz temblaba el corazón sangrante y el dolor escondido en su alma durante dos días:

—¿Con quién hablaste por teléfono anteayer?

Se puso pálido como la cera, y miraba a Mielt con mirada convulsiva.

—¿Cuándo? —preguntó Mielt, alargando la palabra.

—¡Anteayer! Hacía mediodía, estabas hablando por teléfono con un hombre.

Miett desorbitó los ojos, extrañada, y preguntó, entre sorprendida y enfadada, protestando:

—¿Yo?

Al mismo tiempo, sin embargo, cruzó su rostro un matiz apenas perceptible de angustia, como si ya le pesara la mentira que había soltado tan a la ligera. Pero ahora ya no había escape. Durante un instante, miráronse de hito en hito, y Miett intentó en vano liberar su mirada de la de Pedro, mirada que le penetró hasta las entrañas. Levantose y se acercó a la puerta.

—¡Qué tonto eres! —dijo, con sonrisa forzada y exangüe en los labios.

Cruzó el comedor y se puso a silbar, aunque no era costumbre suya, y precisamente el silbar no tenía ahora ningún sentido. Al ver cerrarse la puerta detrás de su mujer, Pedro se extendió en el sofá, con la cabeza hundida en los almohadones. Sentía algo que se asemejaba mucho a la muerte.

Poco después, Miett volvió a entrar. Según su costumbre, extendiose junto a Pedro, como si nada hubiese pasado, y buscando donde colocar su mano en el cuello de su marido, hundió los dedos, soñolienta e infantil, en los cabellos de Pedro, con gesto habitual.

Al sentir su contacto, Pedro se incorporó del diván y, sin mirarla, salió de la habitación. Miett se incorporó a su vez, con un brusco movimiento de ira, y le miró fijamente.

Pedro salió a la calle. Sentose en la terraza de un café vecino y clavó su mirada vacía en algunos titulares del periódico que el camarero le había dado. El café humeaba ante él, intacto.

Permaneció sentado así durante largo rato, pero sin darse cuenta de que pasaba el tiempo, pues sus pensamientos estaban paralizados. Aquellos repugnantes pensamientos habían tropezado con la mentira de Miett como las moscas quedan pegadas en el papel asesino... Se debatían, se esforzaban, pero eran incapaces de despegar otra vez para volar libremente. De cuando en cuando, se cansaban, quedando inmóviles en la masa dulce, pegajosa y mortífera.

Pedro estaba decidido a divorciarse de Miett. Pero, ¿cómo podría comunicar esta decisión a su madre, a Pablito Szücs y a sus amigos? ¿Qué dirían la gente y sus compañeros de oficina? ¿Qué pasaría con la cena de la noche, que ya no podría anularse? Pensando en esto, sentía el corazón atravesado cruelmente por sentimientos de dolor, vergüenza y humillación.

Quizás llevaba sentado allí desde hacía dos horas, cuando alguien, desde la calle, le tocó el hombro.

Era su suegro.

—¿Qué ha pasado entre vosotros? —preguntó, mirando a Pedro con una sonrisa

amable.

Pedro se ruborizó, terriblemente avergonzado.

—Nada... —dijo embarazado y con gesto inconsciente, dando vueltas a la hoja del periódico, pues no quiso mirar a los ojos del anciano.

Este movió silenciosamente la cabeza, como si dijera: «¡Qué tontos sois!». Pero, luego, su cara se puso seria y tras un instante de silencio, dijo:

—Sube a casa, porque llora mucho...

Al oír estas últimas palabras, Pedro sentía el corazón invadido de algo; no sabía de qué.

El padre continuó el paseo, inclinándose un poco hacia adelante, como los viejos.

Después de mucho rato, Pedro decidió por fin a ir a su casa. Mielt estaba sentada cerca de la estufa, con los hombros encogidos. Apretaba contra su boca un pañuelito húmedo de lágrimas. Su actitud expresaba terquedad, y la amargura de una ofensa sufrida. No levantó la mirada al oír entrar a su marido, y unos instantes después cerró los ojos con expresión de sufrimiento y casi de menosprecio.

Pedro se detuvo ante ella, permaneciendo silencioso durante largos minutos. Ambos estaban sufriendo. Por fin, Pedro se decidió a hablar, con una ternura triste en la voz:

—¿Por qué me has mentido?

Mielt no contestó.

—¿Quién era aquel hombre con el que hablaste por teléfono?

Mielt contestó, entre sollozos, y apretando el pañuelo sobre su boca.

—Miska Adam...

Pedro preguntole, amenazador:

—Y ¿qué es lo que no te quiere devolver?

Mielt pronunciaba las palabras en su pañuelo arrugado:

—Un día... siendo niña, le escribí una carta de amor muy tonta. Ya ni me acuerdo de lo que le decía... Ahora me llamaba por teléfono para decirme que, por casualidad, había encontrado aquella carta. Dijo tonterías y acabó por decirme que me la enviaría si yo le pagaba cien coronas.

Y un instante después, añadió:

—Pregúntaselo a él, si no me crees...

Pedro escrutó largamente el semblante de Mielt:

—Pero, entonces, ¿por qué me lo quisiste negar?

—¿Por qué? ¡Porque me lo has preguntado en un tono...! Y he sido tan tonta que te he mentado.

De repente, miró a Pedro con sus grandes ojos, de pies a cabeza, y, enfadada, le dijo con violencia:

—¡Has de saber que no tengo nada que ocultarte!

Y bruscamente, le volvió la espalda, ofendida, ultrajada en su honor de esposa fiel.

Pedro miró atentamente el codo de aquel cuerpo que reposaba en el respaldo del sillón; era como si lo hubieran tallado en mármol. El brazo desnudo le hizo pensar en la mano de Mielt sobre la artesa, con el cómico peso de la pasta pegada en ella. Pensó con qué fiebre y alegría infantil Mielt se había preparado para la cena de esta noche, y de repente sintió por ella honda compasión. Su conducta parecía muy estúpida en todo este asunto. Mielt tenía razón: él había formulado la pregunta en un tono que le hacía estremecer hasta a sí mismo, se acordaba perfectamente de ello.

Mielt se levantó del asiento y quiso salir de la habitación. Pedro la cogió por el brazo hacia sí, pero Mielt se resistía. Tras breve lucha, le cogió ambos brazos y los apretó contra su cara. Luego, pronto, encontraron mutuamente sus labios. Mielt permaneció durante largo rato en los brazos de Pedro, disfrutando el placer de la primera reconciliación.

Szücs y la madre de Pedro llegaron los primeros. Szücs trajo a la viuda de Takách cogida por el brazo, y ya al entrar en el recibimiento armó una tremenda algarada.

Durante la cena, Pedro le dijo a Szücs ocultándose disimuladamente tras la servilleta:

—Debes alabar mucho la tarta, pues mi mujer la ha hecho ella misma.

Szücs le hizo un gesto, precavidamente, para significarle que había comprendido. Cuando la tarta fue servida, preguntó:

—Esta tarta, ¿viene de la pastelería?

Mielt estaba de pie, cerca del bufete, visiblemente excitada, y contestó con otra pregunta:

—¿Por qué?

—¡Porque es verdaderamente divina! —exclamó Pablo Szücs con fingido entusiasmo, rascando los restos de chocolate en el plato con el cuchillo.

Pedro observó a Mielt y, aunque estaba de espaldas, vio que su mujer se había ruborizado hasta la punta de las orejas, sin atreverse a volver la cara hacia los invitados.

En aquel momento, Pedro quería tan profundamente a Mielt que las lágrimas se le asomaban a los ojos.

Eran las diez de la mañana. El viento peinaba el agua verde manzana del lago Balaton en encajes plateados. Aquellas pequeñas olas minúsculas y blancas, venían desde Tihany y parecían refugiarse en montones infinitos hacia las orillas de aquende, cual un rebaño perseguido. Les perseguía el viento, aullando alegremente entre las velas, blancas como la nieve, de algunos yates.

Pedro y Mielt paseaban lentamente por la playa; vestían albornoz y sus cuerpos estaban tostados por el sol. El rostro y los brazos aparecían ya morenos a consecuencia de estos diez días de verano pasados junto al lago. Detuviéronse ante una torre y Pedro llamó hacia la ventana abierta del primer piso.

Luego, al ver que nadie le contestaba, formó un embudo con sus manos y gritó más fuerte. Sin embargo, allí arriba no se movía nadie.

Esta vez le tocó a Mielt gritar, y la voz subió con alegre entonación hacia la ventana del primer piso.

—¡*Zsigácska*^[23]! —gritó casi cantando, poniendo en su voz todos los tonos con burlona coquetería.

Y en efecto, en el instante siguiente, apareció en la ventana, el semblante cubierto de espuma de jabón de Segismundo Pán, que estaba precisamente afeitándose.

—¿Podemos servirnos del *Neptun*? —preguntó Pedro.

—¡A disponer siempre! —contestó Pán, sin dejar de enjabonarse con la brocha.

Mielt miró hacia arriba con la cabeza ladeada y parpadeando con los ojos:

—Y usted, ¿adónde piensa ir que se pone tan guapo?

—¡Vuelvo a Budapest, pero regresaré mañana mismo!

—¿Querría traerme un paquetito de casa?

—¡Con mucho gusto!

Mielt se quedó debajo de la ventana, haciéndole diversos encargos a Pán, como era costumbre en los veraneantes con los amigos que iban y volvían de la capital.

Entretanto, Pedro bajó hasta el agua y se disponía a poner a flote el *Neptun*. Tiró el albornoz y se metió en el agua hasta las rodillas.

El *Neptun* era una barca vieja pesada; de los agujeros de sus costillas cubiertas de patina, colgaban musgos mojados de color verde claro. Parecía un artefacto harto primitivo, provisto de mástil y velas, pero que, en realidad, no podía servir para largos cruceros por el lago. En el Balaton, incluso en los días de sol, la tempestad está en acecho tras las montañas de Badacsony, y, cuando se le antoja, llena de cortinas negras el firmamento, como si tirara de un cordón oculto. Y en la oscuridad así producida, se abalanza en pocos minutos sobre el lago.

El *Neptun* era una barca de la ribera y hacía buenos servicios a quienes buscaban la soledad o querían tomar baños de sol desnudos en el amplio fondo, forrado con

mullido esparto. Ahora, balanceaba su amplio vientre, perezosa y comodona, en el agua.

Pedro deshizo los nudos que sujetaban las velas.

En el extremo de la cuerda, se ponía a ondear la vela izada, entregándose alegremente al viento suave, con estremecimiento femenino y virginal. Pedro sujetaba con mano firme la cuerda principal, plantando su pie con ademán firme en el fango del agua, y los músculos, como serpientes morenas, se destacaban bajo la piel tostada de la espalda y los brazos. De los hombros se le había desprendido el traje de baño y al tender los músculos con toda su fuerza, inclinándose en cerrado ángulo al sujetar la cuerda, su cuerpo de atleta medio desnudo luchaba con movimientos magníficos contra la vela que intentaba escaparse.

También Miett bajó a la orilla. Quitose las ligeras zapatillas de baño antes de adentrarse en el lago, probando cautelosamente la frescura del agua. Levantó cuidadosamente ambas puntas del albornoz color malva y se acercó al *Neptun*, que Pedro había alejado ya de la orilla.

Pedro extendió la mano hacia Miett y la ayudó a subir a la barca.

—¿Adónde quieres que vayamos?

—A ninguna parte. Al llegar adentro, amainaré las velas. ¿Quieres dormir?

Miett sentose en la proa y asintió con la cabeza, bostezando.

La noche anterior, en la terraza del hotel, la tertulia estuvo reunida hasta muy tarde. Eran ya las cuatro de la madrugada cuando se acostaron. Miett miró ante sí, apoyando el codo en la rodilla, con ojos soñolientos. Le parecía oír aún el suave zumbido de los violines nocturnos, como si unos insectos invisibles y enormes revolotearan alrededor suyo con suaves alas. Habían bebido algo de champaña, el preciso exactamente para que las miradas se volvieran brillantes y la sangre se calentara. Cuando, hacia la madrugada, en la débil luz rojiza del alba que apuntaba encima del lago, volvieron a casa y se acostaron en el minúsculo cuarto del hotel, corriendo las cortinas ante los fulgores indiscretos de la salida del sol, se abrazaron, excitados por la bebida y la música, sobre la cama.

Ahora, Miett sentíase invadida por un cansancio dulce y feliz. Sentía ingrávulo su cuerpo en aquella fresca y serena mañana. Durante largo rato, permaneció inmóvil en la proa de la barca, con los ojos entornados. Su moño le resbaló sobre el hombro, y el viento jugueteó con sus cabellos, sensualmente.

Pedro trabajaba con los remos. La vela se hinchó también con el viento y el *Neptun* iba surcando lentamente las olas, alejándose cada vez más de la orilla. Pero luego, como si se hubiera cansado, la vela cayó inerte junto al mástil. Pedro, a su vez, alzó los remos que goteaban y los colocó en el fondo de la barca.

El viento se calmó por completo. Las diminutas olas que antes rodeaban la barca, parecían haberse escondido en las honduras del lago; la superficie del agua parecía un

espejo, y a los pocos instantes cubriose con los ligeros y redondos copos de seda de las semillas que el viento había arrastrado hasta allí.

El aire empezó a calentarse rápidamente. Sin embargo, el calor no llegaba a ser sofocante, pues durante la noche había llovido mucho y las orillas exhalaban por todas partes un fresco y puro olor de tierra. Muy lejos, en varios puntos a la vez se oían campanadas dominicales. Más que oír las, se adivinaban. A veces, algún pececito daba un brinco encima del agua, brillando por un instante, blanco y plateado, en el aire. El agua lo tragaba otra vez con un ruido seco, y de nuevo el silencio se hacía alrededor, como acompañando al intenso bochorno.

El *Neptun* yacía sobre el agua inmóvil, tan lejos de la orilla, que no se podía distinguir a la gente. Estaban solos con el cielo, la calma y el inmenso lago. Miett se levantó y, con indolente ademán, se quitó el albornoz que se había calentado por el sol y se quedó desnuda. Agarrándose con una mano en el mástil, soltó el moño y sacudió las trenzas de color rojo dorado, como si fueran un peso molesto. Con los cabellos desatados y con el agua infinita color verde, en el fondo, parecía allí en la proa de la barca, una ninfa esbelta y pelirroja. Extendió su cabellera sobre sus hombros, con movimientos tranquilos, abriendo ante Pedro su desnudez con una impudicia consciente. Pedro estaba entretenido con un montón de cuerdas y no parecía darse cuenta de ella. Desde hacía ya tiempo, el matrimonio los había acostumbrado a que sus cuerpos no tuvieran mutuamente ningún secreto.

Con gestos perezosos y llenos de gracia, Miett se extendió en el fondo de la barca sobre el esparto, colocó los brazos bajo la nuca y cerrando los ojos entregó el cuerpo, que aparecía color de miel, a los dulces y cálidos rayos del sol.

También Pedro sentíase invadido por el sueño. Dio un gran bostezo, pero tras la fatiga corporal, cierta vivacidad anímica le impedía dormirse. Aquella calma dominical tan pura que se extendía en torno suyo casi imperceptiblemente, hacía surgir del fondo de su alma pensamientos piadosos. Contempló a Miett, que yacía a sus pies, con los brazos cruzados bajo la nuca, como una gran cruz de oro maravillosa. Intentó pasar revista a los acontecimientos probables de la vida venidera. Viose a sí mismo y a Miett en las más distintas actitudes físicas y espirituales. Lo que más miedo le producía era que, al lado de tan deliciosa mujer, se viera asaltado por las insoportables torturas de los celos, como aquella vez en su despacho, cuando escuchó por casualidad la estúpida conversación telefónica. Pero ahora se sentía curado de esta clase de males. En cuanto hubo observado con ojos escrutadores y con sigilo todos los movimientos de su mujer, habiendo atraído su alma a unas emboscadas y trampas minúsculas finamente construidas para poder vigilarla mejor, quedó por completo tranquilizado. Miett tenía un alma completamente pura. Por desenfrenada y loca que pudiera ser en el amor hacia él, frente a los demás mostraba una virginal reserva. No tenía ni lo más mínimo de aquella coquetería que Pedro

odiaba tanto en las demás mujeres y que le hubiera hecho infeliz, si la hubiera descubierto a su vez en Miett.

Le vino la idea de que, tan pronto como Miett tuviese un hijo, ese hijo constituiría un lazo aún más íntimo entre los dos. Mas, ¿sería verdad que Miett tendría un hijo? Sí, lo tendría, era cierto. Ese primer año debía sacrificarse únicamente en aras de su amor, y así debía de ser, pues no era agradable que entre dos enamorados apareciera ya durante los primeros meses la sombra de un hijo. Al contemplar a Miett, pensó que el embarazo deformaría la perfección de las líneas del cuerpo de su mujer. Y si el niño llega inesperadamente, toda la casa se llena de un miedo angustioso. El pequeño tirano capta todas las atenciones, todos los sentimientos del corazón materno, que va madurando con vistas al parto, ya antes del advenimiento. Es preciso coser trajecitos, escuchar los consejos del médico y temer de antemano los dolores y las diversas alternativas que acarrea el alumbramiento. El embarazo físico es una penosa carga en los senderos del amor.

Sin embargo, iba evocando ya en sí las vocecitas del crío, los grititos y los llantos, y vio a Miett amamantándolo. Vio distintamente el movimiento de su mano y la actitud de su cabeza, lactando a aquella insaciable boquita de niño rezumando leche, sosteniendo entre sus hermosos dedos los pezones de la divina jarra de los pechos.

Su imaginación proyectaba en las rutas del tiempo a dos criaturas: un niño y una niña, ataviados con trajecitos limpios como unos angelitos, revelando en cada uno de sus pliegues, cintas y lazos los pródigos cuidados de la mano de Miett y su gusto tan elegante. El niño llamaría Pedrito y María la niña. Vio a los dos pequeñuelos sentados en las rodillas de su abuelo. Les vio en la habitación de la casita de la calle del Teniente, mientras su madre les ofrecía dulces.

«Enseñaré idiomas a mi hijo», pensó, mientras su atención estaba concentrada durante unos instantes en una grulla gris que pasó volando a poca altura encima de la barca, agitando queda y silenciosamente sus claras alas, que fulgían a la caricia del sol, como abanicos de plata.

Recordó las conversaciones de la noche anterior, cuando un contertulio, el profesor Rivolszky, explicó con argumentos muy contundentes que la clase medía húngara, si no quería morir, debía dedicarse a oficios prácticos. Pedro daba toda la razón a Rivolszky.

«Mi hijo estudiará Comercio», pensó, mientras fijaba su mirada, con las cejas fruncidas, en los montes de Tihany; encima del espejo del agua que ardía con los rayos del sol.

Veía a su hijo a la edad de cuatro años, balanceándose en un caballo mecánico de madera; veíale como alumno del colegio, con manchas de tinta en los dedos, y le ataviaba con sus propios rasgos infantiles. Le vio llevando el primer pantalón largo, e iba inventando diferentes situaciones en las que hubiera de ejercer la autoridad

paterna. Querría mucho a su vástago, pero sería severo y a veces hasta cruel con él; le querría mucho, y a pesar de ello, la preferida sería la niña. A ésta, que su madre la educara como quisiera. ¡Qué mona sería! Sin duda alguna, se parecería a su madre. En su cuerpecito frágil iría floreciendo otra Mielt, la cual, sin embargo, no se parecería en todo a la primera, sino que señalaría con finas e imponderables discrepancias el arte de la Naturaleza al transmitir sus creaciones de una generación a otra.

Acercose graznando una gaviota; pero, de repente, torció el vuelo y voló hacia el Norte, como si se hubiera dado cuenta de que molestaba a alguien en sus pensamientos de ternura familiar.

«Sin embargo, la vida tendrá también aspectos penosos —siguió pensando Pedro—. Mas, ¿valía la pena pensar ahora en ellos? ¡Con qué inmensa sabiduría ha creado Dios la naturaleza humana, dotándonos de la capacidad de alegrarnos de antemano! Podemos recorrer con nuestra imaginación todos aquellos rincones en los que nos esperan la alegría y la dicha, mientras que los momentos de dolor y tormento son para nuestro entendimiento unos arcanos insondables. ¿Qué pasaría si Mielt tuviera que morir bruscamente? ¿Si una enfermedad inesperada se pusiera a roerla? ¿Si un accidente ferroviario mutilara su divino cuerpo? ¿O si se enamorara de otro hombre?».

En aquellos momentos, todo esto le pareció imposible. Su mirada cayó sobre Mielt, que yacía en su desnudez de Venus en el fondo de la barca. Su cabeza reposaba de medio perfil sobre el dorado cojín de su cabellera. En sus labios y en sus ojos profundamente cerrados, se asomaba una pálida e inexorable sonrisa. Una mano suya llegó a posarse, mientras dormía, en una cadera, y se quedó allí en ademán extraño como si estuviera a punto de pulsar una vibrante lira.

Otros copos blancos de diente de león venían revoloteando por los aires. Uno de ellos rodó lentamente por encima de Mielt, rozando con suavidad el pecho y el vientre, como si fuera a besárselos.

Pedro, al mirar otra vez a su mujer, se sentía poco a poco invadido por pensamientos de amor que hacían estremecer su cuerpo en ondas lentas, desde la cabeza hasta los talones. Intentó reprimir estos pensamientos, y tampoco quiso despertar a Mielt, que dormía profunda y dulcemente. Su pecho subía y bajaba acompasado, según el ritmo monótono y lento de la respiración. Mas en vano volvió la cabeza, en vano intentó huir con su mirada hacia las azules lejanías de los montes: tuvo que mirar una y otra vez a Mielt y el deseo amoroso iba apoderándose de él.

Un instante más tarde, Mielt se despertó y tomó otra posición sobre el esparto. No reveló sorpresa alguna, como si los besos de su marido fueran para ella tan sólo la continuación de su sueño. Luego, tras un beso larguísimo, se extendieron cansados los dos sobre el esparto bajo los cálidos rayos del sol, hundiéndose en un sueño muy

profundo. Sin embargo, antes de dormirse, Mielt se cubrió con el albornoz, pensando que mientras ellos durmieran, otra barca podría pasar a su lado.

El agua mecía suave y casi imperceptiblemente el *Neptun*. El sol estaba muy alto y cuando se despertaron, eran más de la doce.

—Ven a bañarte —dijo Mielt y se colocó al borde de la barca.

—Espera, voy a probarlo primero, porque me parece que en este punto el agua es muy profunda...

Pedro se quitó hasta el traje de baño y saltó en el agua color de perlas. Mielt se ató los cabellos, los cubrió con el gorro de goma y luego también se echó al agua. Sus pies no tocaban tierra; nadaban con movimientos tranquilos alrededor de la barca, sintiendo debajo suyo la misteriosa presencia de la profundidad. Sus cuerpos se refrescaron; gozaban al bañarse de aquellas delicias que les diera la soledad tan absoluta y el poder envolver su cuerpo libremente y por todas partes con la mullida seda del agua.

Como no soplaban ni la más mínima brisa, la vela resultó completamente inútil, y cuando después de bañarse parecios, por la posición del sol, que la hora de comer había llegado ya, los remos hicieron sudar mucho a Pedro para acercar a la orilla una barca tan pesada. Ataron al *Neptun* a un poste, y por el paseo del balneario encamináronse hacia el hotel, en cuya terraza solían tomar el almuerzo.

Ya eran las tres de la tarde.

Con gran sorpresa, ante la terraza, vieron una aglomeración de gentes que muy excitadas, parecían discutir algo. Se acercaron a uno de los grupos.

La condesa de Rengard, que de ordinario no trataba a nadie en todo el balneario, se encontraba ahora en uno de los grupos.

—¡Es terrible! ¡Es terrible! —decía, con la cara bañada en lágrimas, mientras apretaba un pañuelo contra el rostro.

Formaban aquel grupo cinco o seis personas, en cuyos semblantes se habían asomado el estupor o la curiosidad. Dos señores bajaban precipitadamente de la terraza, habiendo interrumpido la partida; uno de ellos sostenía aún en los dedos rechonchos las cartas, como si estuvieran pegadas a su mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pedro a una señora desconocida que estaba a su lado.

En el primer momento, creía que alguien se había ahogado en el lago.

También Mielt se abrió paso entre la gente y avanzó la cara asustada entre los hombros de los que discutían.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar, esta vez con impaciencia, Pedro.

La señora desconocida le miró y le contestó en voz baja:

—Este mediodía, en Sarajevo, han asesinado al Príncipe heredero y a su mujer.

Un señor de albornoz, que se encontraba igualmente en el grupo, descalzo,

sostenía aún el traje de baño mojado que goteaba.

Durante unos instantes se hizo un silencio tal que se podía oír como las gotas caían en el suelo.

Hacía ya ocho días que Pedro era soldado. Encontró a antiguos compañeros del año de servicio voluntario, pero calvos y bigotudos. Aquellos cuatro o cinco años durante los cuales no se habían visto, les habían transformado considerablemente a todos. Bien pronto se quitaron el pantalón negro de oficial, con franja roja y el quepis con galones dorados que habían dormido en el desván mientras ellos se dedicaban a la vida civil. Ahora se vestían con severos uniformes de color gris de rolo, duros y ásperos, que los almacenes militares distribuían por centenares de millares y que olían a naftalina.

Los primeros días de práctica pasaron en medio de una alegría infantil. Todos estaban convencidos de que aquel suceso podía durar a lo sumo unas semanas, y esperaban un desenlace rápido. Pedro calculó que el domingo haría una escapada a Budapest; estaba ya de acuerdo en ese sentido con su capitán y avisó a Miett su llegada.

Sin embargo, una tarde —era un miércoles— su ordenanza llegó corriendo, mientras él estaba jugando tranquilamente al billar en el café de la pequeña ciudad con un oficial de artillería.

—Mi teniente, sírvase presentarse inmediatamente en el cuartel.

Al llegar al patio del cuartel, todo el regimiento ya estaba formado. Había una orden urgente de trasladarse al frente. Pedro sólo tuvo el tiempo necesario de hacer rápidamente su baúl, y se pusieron en marcha hacia la estación.

El tren llegó a Kelenföld^[24] a las ocho de la noche. Allí les fue comunicado el horario de lo que les quedaba de trayecto, y supieron asimismo que saldrían hora y media después.

Pedro se abalanzó a la parada del tranvía y saltó a un coche que ya estaba en marcha. Le pareció interminable el corto trayecto hasta su casa. Desde las Termas de Sal, oíase una finísima y lejana música de gitanos, y en las pistas de tenis aun destacaban los pantalones blancos de algún que otro jugador en el cálido atardecer de agosto. El espejo del Lago Profundo reflejaba pálidamente las oscuridades rojizas del cielo.

Pedro llegó ante su casa y miró arriba, hacia las ventanas. En el comedor había luz. Lanzó un grito de alegría e impaciencia hacia la ventana abierta:

—¡Miett, Miett!

Y sin esperar contestación, desapareció en el portal.

En la oscura escalera, chocó con el doctor, pero no quiso detenerse y subió precipitadamente. El médico, al verle de uniforme apenas le había reconocido, y le gritó:

—Pedro, ¿eres tú?

Pedro no se detuvo, sólo le lanzó desde arriba:

—¡No tengo tiempo; vengo de la estación!

El doctor le miró un poco ofendido.

Por fin estaba ya delante de la puerta del recibimiento y tocó larga e impacientemente el timbre.

—¿Están? —preguntó a Mili.

—Sólo está Su Merced —contestó Mili, mirando con extrañeza a Pedro en aquel atavío.

Pedro jadeaba aún de la carrera y preguntó con voz sofocada:

—Mi mujer, ¿dónde está?

—Acaba de salir. Ha llevado de paseo a *Tomí*...

—¡Corra usted rápidamente detrás de ella!

Tal como estaba, sin quitarse el sable, entró en el cuarto de su suegro, quien le miró sorprendido por encima de las gafas. Pero llevaba la gorra en la mano. Su cara estaba tostada por el sol, pero el cráneo le brillaba muy blanco, pues llevaba el pelo cortado al rape. Esto le había cambiado completamente la forma de la cabeza. Se saludaron con emoción. Pedro explicó con pocas palabras que no venía con permiso, sino que sólo tenía media hora justa y que su tren esperaba en la estación. Entretanto, aun jadeaba un poco por la carrera.

El rostro del viejo se nubló. Quitose precavidamente las gafas y, con mucha calma, las colocó en el estuche. Entretanto, carraspeó según su costumbre, y aquel rumor parecía resumir todo cuanto pensara en aquel momento. Pero no dijo nada, ni siquiera miró a Pedro; solamente se levantó y, sin motivo aparente, trasladó el cedazo de tabaco de un extremo a otro de la mesa.

Pedro dedujo por todo ello que la inesperada noticia había producido al anciano una impresión mucho más profunda de la que él había previsto.

Miró el reloj con impaciencia.

—¡Me molestaría mucho no ver a Miett antes de marchar!

Después añadió:

—Ya no me queda tiempo para despedirme de mi pobre madre...

En aquel instante, Miett penetró violentamente en la habitación. Se había ruborizado con la prisa y los ojos le brillaban con excitación feliz. Al ver la cabeza de Pedro, pelada al rape, chocó las manos, estallando en carcajadas:

—¡Jesús, qué cabeza...! ¡Pareces un verdadero mono!

De un salto, estuvo a su lado y se puso a frotar con la mano el rapado cráneo de su marido, cuyo rapado era como el del terciopelo.

Sólo entonces se besaron.

—¿Cuánto tiempo te queda? —preguntó Miett.

—Por lo menos treinta minutos —contestó en tono de burla Pedro, sacando otra

vez el reloj, pero él mismo se dio cuenta de que temblaba en su voz cierta pequeña inseguridad. Resumió otra vez, en pocas palabras, lo que ocurría. Mielt le miró con los ojos desorbitados, sin comprender todavía.

—Y ¿cuándo vas a volver?

Su expresión revelaba claramente que era incapaz de comprender la situación.

Pedro alzó los hombros, sonriendo, con un ademán que traducía la más completa desorientación.

Mielt cerró lentamente los ojos y con una mano se apoyó, casi imperceptiblemente, en la mesa.

Durante unos instantes, reinó el silencio más completo. Sólo a través de la ventana abierta del comedor, llegaba de lejos el chirrido de los carriles del tranvía y el ruido de un automóvil que pasaba por la calle. Entretanto, *Tomí* iba husmeando, excitado, el fuerte olor de naftalina que despedían los pantalones de Pedro.

Un instante después, sin decir palabra, Mielt salió de la habitación. La brusca y silenciosa salida era tan amedrentadora que ambos hombres la miraron atónitos. Suelen salir así quienes están decididos a dar un paso grave, dejando tras de sí la huella de su alma.

Pedro la siguió inmediatamente, y la encontró ante el armario del dormitorio. Mielt, en el perfumado paquete de ropa blanca, sujeta por cintas de color rosa, estaba buscando febrilmente algo.

—¿Qué buscas?

Ella no contestó; sólo continuaba hurgando.

Pedro estaba de pie detrás de su mujer y la estaba mirando. Llevaba el traje azul claro que se había encargado para el verano y que evocaba ahora en Pedro todos los recuerdos del Balaton. Estaba medio agazapada ante el armario y su fino talle se tendía elásticamente. El pelo rojo, del que se acababa de desprender aprisa el sombrero, estaba despeinado encima de la nuca. Pasaron así unos instantes mientras ella buscaba en el armario. Este leve intervalo fue suficiente para que Pedro se sintiera invadido por innumerables pensamientos, hiriéndole como otras tantas pequeñas flechas. Como si en aquellos instantes le hubieran asaltado al unísono todos los recuerdos de su vida común con Mielt; sus sentidos se habían agudizado, aspiraba con gran avidez los pequeños y diversos perfumes de la habitación, el olor de agua de colonia apenas perceptible y ligero del vestido de Mielt, que a lo mejor no era colonia sino tan sólo un aroma de cuerpo de mujer. Sus oídos registraron todo ruido, hasta el más insignificante, mientras los brazos de su mujer se movían en el interior del armario y su vestido murmuraba un leve ruido sedoso. Paseó rápidamente la mirada en torno suyo por la estancia que ya estaba medio a oscuras. Objetos, perfiles, perfumes, minúsculos ruidos, y los colores empalidecidos por la caída de la noche se pegaban dolorosamente a sus nervios. Y desde dentro, sentíase invadido por una

profunda inquietud.

Miett acabó por encontrar lo que había buscado. Tenía en la mano un estuche de cuero del que sacó un medallón de la Virgen suspendido en una finísima cadena de oro. Pedro sabía que el objeto procedía de su madre y que, por esta razón, era un tesoro preciosamente guardado.

—¡Toma... esto! —dijo Miett con voz apenas perceptible, y, de golpe, sus ojos se llenaron de lágrimas. En el mismo instante, se precipitó en los brazos de Pedro. Permanecieron así un buen rato. Miett, pegada contra el pecho de su marido, llorando desesperadamente; y Pedro, emocionado hasta el fondo de su alma, sin proferir voz alguna. Al abrazar estrechamente a Miett, su puño derecho apretaba la cadenilla de oro. Sentía oprimirse de llanto su garganta y también a sus ojos se asomaron las lágrimas. Se defendía contra el llanto, pestañeando primero solamente; después levantó el rostro para que aquéllas no llegaran a caer. Levantó cautelosamente la mano izquierda y con un gesto brusco las aplastó.

—No llores... —dijo en voz baja y se puso a acariciar los cabellos de Miett.

Se inclinó sobre ella y la besó en la boca que tenía un gusto salado por las tibias lágrimas que acababan de caer en ella. Y al besarla, a través del gusto salado de su llanto, sintió bruscamente el sabor antiguo y evocador de los labios de su mujer. Miett, balbuciendo a causa del llanto, colgada inerte del cuello de Pedro con los brazos fríos, con indecible tristeza; pero los brazos de éste apretaban fuertemente su talle, y sus bocas iban enardeciéndose cada vez más. Como si les sublevase una fuerza invisible, su juventud encabritada arrojó lejos de sí todo cuanto les circundaba, y en aquel emocionado instante, su borroso miedo ante el porvenir, la sombra del espanto de sus corazones, y el inexorable paso de los contados minutos, se consumió momentáneamente en aquella llama que se había encendido a través del lacrimoso beso de la despedida, aniquilando en torno suyo todos los demás pensamientos. Se abrazaron con una violencia cada vez mayor. No era la primera vez que se hallaban en aquella posición en ese cuarto y, a lo mejor, en el mismísimo punto.

Allí habían cambiado sus primeros besos, en la oscuridad color de perla de las largas tardes de invierno, mientras la nieve iluminaba la habitación desde la calle.

Pedro liberó uno de sus brazos y cerró rápidamente la puerta con llave.

—Miett... Debo marcharme... Miett...

Miró asustado el reloj. Luego, sin esperar siquiera que su mujer se moviera, dio vuelta silenciosamente a la llave en la cerradura y salió al comedor... Sólo le quedaban veinticinco minutos hasta la salida del tren.

Entró en el despacho de su suegro. El viejo aún ocupaba la misma posición, ante la estufa fría. Se aproximó y le tendió la mano con un gesto tan natural y tranquilizador como le fue posible.

Se abrazaron. Luego Pedro se inclinó ante la mano del viejo y la besó, saliendo

precipitadamente de la habitación. Pero detuvo su impulso en el recibimiento. Y con un grito, en el que procuró que no se tradujese su emotividad, llamó:

—¡Miett!

Su mujer contestó desde el cuarto de baño:

—¡Ya voy! ¡Te acompaño!

—¡No hace falta! ¡No hay tiempo! ¡Debo irme!

Pero ya se abría la puerta del cuarto de baño y Miett apareció con el sombrero puesto.

También Mili salió de la cocina y esperaba en silencio, con cara asustada, junto al umbral. El padre se detuvo en el centro del comedor. Cuando estaban a punto de salir, *Tomí* se puso a aullar tan desafortadamente que Miett cogió el lazo que no había tenido tiempo de quitarle antes:

—Bueno, ¡tú también vienes con nosotros!

Pedro envolvía en una última mirada aquel recibimiento. Llevó la mano a la gorra, saludó militarmente y, sin decir palabra, salió primero. Bajaba tan precipitadamente la escalera que Miett sólo le alcanzó en la puerta.

Pedro levantó la vista, a pesar suyo, hacia la ventana en la que se reclinaba su suegro, haciéndole señas con la mano. Pedro saludó otra vez y aun desde la esquina correspondió a su adiós con la mano.

El tranvía en que subieron estaba repleto de paisanos y militares. Sólo encontraron sitio en la plataforma posterior, y, allí, Pedro tomó el perrito de manos de Miett. *Tomí* iba husmeando desconfiado la flamante guerrera de su amo, estornudando varias veces a causa de la naftalina. Esto hizo sonreír también a Miett, cuyos ojos estaban enrojecidos por el llanto.

En la parada siguiente, el coche fue invadido por nueve pasajeros, lo que les separó aún más. En medio de los cuerpos apretujados, buscaron sus manos y las enlazaron fuertemente. En este instante, ambos recordaron que una vez habían viajado ya juntos en tranvía de la misma manera, comprimidos entre los pasajeros, en medio de la sofocante atmósfera de trajes mojados: aquella lluviosa mañana de noviembre en que se habían encontrado junto a las desiertas orillas del Danubio.

Sólo faltaban pocos minutos para las nueve cuando por fin llegaron a la estación. Ya era noche cerrada y en los vagones de mercancías que formaban el largo tren militar, veíanse sombras movedizas a la luz de las velas. Algunos soldados retrasados corrían tropezando en los carriles, llevando en la mano bollos, tarjetas ilustradas o cantimploras. Algunos llegaban saltando la reja de hierro de la estación y subían uno tras otro en los coches iluminados por las bujías. En todos los vagones se cantaba, y en cada uno de ellos las canciones eran distintas. Las melodías de los campesinos, lentas y tristes, se mezclaban de lejos en caótica cacofonía, y aquello semejaba el llanto de la bestia humana amontonada ante las jaulas de un circo fantástico. Los

vagones atiborrados despedían un pesado y cálido hedor.

Pedro y Miett se paseaban a lo largo del tren. En aquel ruido infernal apenas se podía oír.

—¿Cuándo vas a escribir? —preguntó Miett.

—Te escribiré desde cada parada.

—¿Adónde os llevan ahora?

—Ninguno de nosotros lo podría saber.

Miett se pegó a Pedro y le apretó el brazo:

—¿No tienes miedo?

Pedro soltó una carcajada:

—¿Por qué he de tener miedo?

Dieron algunos pasos más. Sus corazones pesaban tanto que la más mínima conversación les hacía daño. Sus pensamientos iban girando pesadamente y era el secreto deseo de ambos que se acabara de producir la separación, pues, en aquellos momentos, el estar juntos ya no les producía ninguna alegría. El ardor de la despedida se había evaporado en los dos, y se paseaban cansados e indiferentes con las manos entrelazadas, procurando parecer menos tristes de lo que estaban en realidad. No sabían y no se atrevían a decirse lo que abrumaba oscura y casi insensiblemente sus corazones, pues temían pronunciar palabras demasiado sentimentales. Pasearse así, sin proferir palabra, era la mejor solución.

Eran las nueve y, al final del convoy, empezó a oírse la cometa. Tocaba a retreta y el son del instrumento dominaba aquel caos de voces, resonando solemnemente con sus prolongados acordes. Aquel sonido majestuoso y metálico que subía invisible por los aires, les sacó de golpe a los dos de su insensibilidad.

Miett se detuvo; su boca se estremecía y agarrándose a Pedro se puso a llorar bajo el efecto del son de la trompeta como un niño asustado por algo. *Tomí* aguzó las orejas, inmóvil y hostil, hacia aquel sonido estridente.

Un cabo venía hacia ellos corriendo, se detuvo, saludó cuadrándose y dijo:

—¡Mi teniente, sírvase subir, pues ya sale el tren!

Luego, echó a correr otra vez.

Pedro tomó en sus brazos a Miett. Su voz era tan desafinada que él mismo quedó impresionado por ella.

—Dios te guarde, vida mía.

Y añadió:

—No dejes de ir a ver a mi madre y dile que me ha dolido mucho no poder despedirme de ella...

Al besarse, sus labios se fundieron dolorosamente. Quedáronse así largo rato y sólo se separaron sobresaltados cuando los parachoques de los vagones chirriaron a su lado.

El tren se puso en marcha, arrastrando penosamente su tremenda carga. La corneta aún continuaba tocando a retreta, y conforme el convoy se ponía en marcha, las canciones subían más de tono en cada vagón, hasta no ser más que meros gritos, como la llama cuando un soplo de viento viene a nutrirla.

Pedro saltó al tren que ya estaba en marcha. Desde el estribo del vagón de oficiales, envió un mudo adiós a Mielt. Estaba pálido y la emoción desfiguraba sus rasgos.

Mielt levantó la mano y correspondió a su adiós con gestos minúsculos. Luego, al darse cuenta de que el tren se movía todavía con gran lentitud, se puso a caminar junto al mismo y tendió su mano a Pedro.

—Cuidado, tropezarás en algo...

Tomó suavemente la punta de los dedos de la mano ofrecida. Así pasaron unos instantes, pero Mielt tuvo que apresurar los pasos cada vez más. La velocidad del tren iba en aumento a cada instante y sus manos quedaron bruscamente separadas. Pero aún después las mantuvieron en el aire, sintiendo el contacto en los dedos.

Mielt se detuvo y tomando a *Tomí* en brazos, sacó el pañuelo para hacer signos a Pedro. También el blanco pañuelo de Pedro iba revoloteando todavía desde el estribo, hasta que se hundió en la oscuridad.

Los vagones, mal iluminados y resonando con los cantos, pasaban al lado de Mielt con gran estruendo, semejando, con las sombras que se movían en su interior, una abrumadora pesadilla.

Bajo sus plantas, el suelo se estremecía por el movimiento del pesado tren y aquel temblor de la tierra se infiltró instantáneamente en todas las fibras de su sistema nervioso.

En el último vagón aún sonaba la corneta, y el tren arrastraba consigo aquella música metálica en la oscuridad como una gigantesca bandera dorada e invisible, izada en la punta del convoy que cantaba. Las canciones, que al pasar el tren junto a Mielt, se habían descompuesto según los vagones pasaban, volvieron a formar un tremendo caos cacofónico en la lejanía, y aparecían otra vez el aullido de millares y millares de bestias de una especie desconocida.

Luego, todo quedó silencioso. Callaron primero las voces humanas, luego la corneta, el traqueteo de los carriles y, por fin, el sordo gruñido del tren que sólo se oía desde muy lejos. De repente, prodújose en la estación un silencio tal que se podía percibir claramente el chorro débil y lastimoso de un grifo de agua que se habían olvidado de cerrar. En el despacho del empleado de telégrafos, oíase el tictac monótono del aparato Morse.

Mielt permaneció durante largo rato, en el silencio y la oscuridad. Luego se puso en camino hacia su casa.

Una vez allí, entró directamente a su dormitorio y cansada, con el sombrero

puesto, sentose en el sofá. Un almohadón yacía arrugado junto a ella, guardando en los pliegues las huellas visibles y recientes de la postrera tempestad de sus amores, tal como la mano de Pedro lo había estrujado con gesto inconsciente en los instantes del abrazo supremo de despedida.

Mili abrió la puerta entre el recibimiento y el comedor y llamó, como todas las noches, con su cómica voz de ganso, hacia el cuarto del señor:

—Vuestra Merced... ¡Ya está lista la cena!

Por la ventana abierta, se oía el silbido lejano de un tren, a través de la sofocante noche de agosto. Era como un brusco grito de dolor arrancado por el miedo, grito que penetraba hasta los tuétanos. Luego, continuó el vuelo con la relampagueante rapidez y etérea elasticidad de todos los silbidos de tren que rasgan las noches tranquilas, saltando con fuerza cada vez más disminuida, de una a otra cima de los montes.

Miett se sentó a la mesa para cenar, con el alma trastornada.

SEGUNDA PARTE

1

El corazón de Galitzia es Lemberg y la carretera que conduce hacia la capital, con sus proporciones imponentes, con sus terraplenes que a veces alcanzan de 10 a 15 metros de altitud, es como una arteria hinchada en el cuerpo de aquella provincia. A través de esa arteria pulsa y circula la sangre de toda Galitzia: el metabolismo básico de las industrias de maquinaria, fósforos, velas en estearina, chocolate, cueros, óxido de zinc y cerveza. Hasta hace poco tiempo, aquella Vía Appia de los judíos polacos era frecuentadísima. Largas filas de carros llegados por ambas direcciones levantaban inmensa polvareda, tintineaban los resortes, rechinaban los látigos y los patilludos cocheros^[25] cambiaban frases, gritando de un carro a otro.

Ahora, sin embargo, la poderosa carretera había llegado a ser de golpe y porrazo el eje de los combates. Quedó despoblada y muerta como si el tiempo hubiera regresado a siglos anteriores. Sólo de tarde en tarde pasaba algún jinete retrasado y solitario, como si cabalgara hacia el infinito sobre un larguísimo muro ciclópeo que corre. Se podía divisar perfectamente, en lo alto, el perfil del jinete que se dibujaba sobre el sofocante cielo estival. Luego pasaba otro jinete, y, después, otro más; en su espalda, una línea negra diagonal: la carabina de húsar, con la correa apretada.

Patrullas de reconocimiento pasaban galopando por la carretera.

Los rusos, después de haber abandonado las posiciones de defensa construidas ante la carretera, se habían retirado hacia la otra, la del Nordeste.

Durante algún tiempo, no se vio a ningún ser vivo, pero ahora levantábase otra vez una polvareda encima de la carretera, y a través del brillante velo del polvo iluminado por el sol, se veía un grupo de jinetes.

Salía a su encuentro un húsar, con dormán azul claro cubierto de polvo.

—¡Alto! —grita alguien.

El húsar tira del freno y detiene el caballo.

—¿De dónde vienes y adónde vas?

—¡Vengo de ahí, de la aldea!

—¿De qué aldea?

El húsar no contesta, mira al suelo, como si en el polvo se pudiera encontrar el nombre de aquel pueblo.

—*Gribi...* ¿Qué digo...? *Libi...*

El teniente hace un gesto resignado con la mano enguantada y continúa su camino. El húsar se queda allí un instante, avergonzado; luego también él acicatea el caballo gris y se pone a galopar en sentido contrario por aquella carretera sin fin.

Pedro y los suyos acampaban no lejos de la carretera en las cercanías de un mísero pueblucho de Galitzia. La tela de la tienda de campaña revoloteaba pesadamente en la brisa ligera de la mañana. Estaban a fines de agosto y los días eran

cada vez más frescos. Pedro yacía vestido, envuelto en la capa, sobre la cama de paja, y despertaba de un sueño profundo.

Incorporose sobre el codo con la cara encogida por el sueño y con los ojos entornados. Intentó reunir sus pensamientos. Habían bajado del tren ayer al mediodía y llegaron allí, a aquel villorrio, tras una larga marcha de ocho horas, cenando y acostándose por fin, mortalmente rendidos.

Habían pasado dos días y medio en el tren. Ahora ya era jueves y fue el domingo cuando se despidió de Miett.

Al soltar la mano de su mujer aún permaneció largo rato, en el estribo del vagón, inclinándose hacia adelante y haciendo señas con el pañuelo. Vio a Miett en medio de los carriles, a la luz de los faroles de la estación, vestida con el ligero traje azul, tocada con el blanco sombrero de fieltro del que colgaba una negra cinta inglesa. Sostenía en brazos a *Tomí* y también ella le hacía señas nerviosamente con la mano.

El tren pasó por debajo de un puente y todo aquel cuadro desapareció de golpe. Él se quedó en el oscuro pasillo del vagón, cerró los ojos y apoyó su frente ardiente contra el frío vidrio. Sintiose asaltado por sentimientos inexpresables, hubiera querido abrir violentamente la portezuela, saltar del tren en marcha y correr a campo traviesa hacia Miett.

Quedose mucho rato allí, en el pasillo, con la flecha del dolor hundida en su carne viva, como si estuviera herido de muerte.

De pronto, oyó una voz suave y humilde:

—Señor teniente, ¿no se servirá acostarse? Ya he preparado la cama. Es ya muy tarde.

Era la voz de Mihály Rác, su asistente.

Rác ya no era joven. Del semblante moreno, color de tierra, resaltaba un grueso bigote desteñido por el sol y unas cejas del mismo color. Era uno de aquellos campesinos incoloros, vestidos de repente de uniforme, de los cuales era difícil saber si tenían treinta años o habían pasado ya de los cuarenta.

En el vagón de oficiales, le había tocado a Pedro medio departamento de segunda. Allí Rác había preparado la cama, si así podía llamarse a dos mantas tendidas sobre los asientos. Él, como los demás asistentes, se acostaría para pasar la noche en el suelo del pasillo, delante de la portezuela, como los perros que guardan la casa.

Pedro tendió un pitillo a Rác, el cual lo sostuvo con torpeza entre los negros dedos, al encenderlo. Levantándose con el pulgar ambas guías del bigote, fumaba con visible placer.

—Tú, ¿de dónde eres? —preguntole Pedro, queriendo huir de sus propios pensamientos.

—De Guta, en la Csallóköz^[26].

—¿Tienes familia?

—Sí, señor... *Dispongo*, gracias a Dios, de dos pequeñas *familias*^[27].

—¿Hijos?

—Son niñas, señor teniente. Vera tiene doce años, y Mari *aquella* ya tiene quince.

—¿Tenéis alguna tierra?

—Sí, algo, pero poco, por cierto; nueve *hold*^[28] en total. Luego, hay las bestias. Tengo dos caballos y una vaca pequeña. Lamento mucho que la *batalla* haya estallado ahora. Me hubiera gustado esperar que la *Citrom*^[29] tuviera su pequeño.

Luego, sosteniendo entre los dedos toscos el fino cigarrillo, se volvió de lado y escupió hacia la oscuridad.

—Si el señor teniente me permite la pregunta: ¿está casado?

—Sí —contestó Pedro en voz baja.

—¿Tiene también *familia*?

—No.

—Pues, ¡entonces...! —dijo Rác, haciendo caer la ceniza del cigarrillo.

Aún permanecieron conversando largo rato, después de lo cual Pedro se echó vestido sobre la cama improvisada. Se revolcaba sin poder conciliar el sueño, como si el espantoso traqueteo del convoy le torturara no sólo el cuerpo, sino incluso el alma.

Aquellos dos días en el tren pasaron en una especie de ebrio estupor. Desde la mañana, se ponían a beber mucho coñac, luego echaban mano de las botellas de cerveza; hacia mediodía pasaban al vino y después de comer tomaban licor con el café.

Ahora, apoyado en un codo sobre la yacija de mantas, bajo la tienda de campaña, pasando revista a las cosas de los últimos días, Pedro oyó de repente un ruido extraño. Como si muy lejos hubiesen ido descorchando enormes botellas de champaña. Oyó decir a alguien fuera, delante de su tienda:

—¿Habéis oído los cañonazos?

Sí, se trataba de cañonazos. Los ejércitos austrohúngaros habían alcanzado allí, en la carretera de Lemberg, el cuerpo de ejército ruso que se retiraba. Los rusos habían tomado posición muy lejos, en el Norte, sobre unas colinas desde las cuales podían dominar con la vista toda la región. Desde allí, sus cañonazos batían la carretera.

Pocos instantes después llegó la orden de avanzar. La infantería húngara se desplegó al amparo del terraplén que ofrecía excelente cubierta. Poco a poco, el aire se llenaba de nuevos y formidables ruidos. Los rusos disparaban granadas pesadas contra la carretera. El cuerpo gigante de la gran ruta resonaba y se estremecía.

De repente, a pocos centenares de metros detrás del destacamento que mandaba Pedro, escondidos entre arbustos y montículos, los cañones húngaros empezaron a disparar también. Los cañonazos inesperados producían un efecto tremendo, como si el firmamento azul se hubiera venido abajo de golpe y porrazo, con un ruido infernal. Las mortíferas armas iban escupiendo la metralla en el *fortissimo* de un huracán de

mil diablos. Pedro y los suyos avanzaron a marchas forzadas, bajo la protección de la alta muralla que formaba la carretera. Tras media hora de marcha, se detuvieron. Pedro trepó muy excitado hasta el terraplén, para explorar con los gemelos las trincheras rusas que apenas distaban de allí ochocientos metros.

Arriba, sobre la colina, se distinguían claramente las posiciones del enemigo. Las trincheras recién cavadas iban zigzagueando cual largos gusanos amarillos; las alambradas que las protegían, parecían ser un pelo negro y asqueroso de gusano.

Los gemelos temblaban en las manos de Pedro. De veinte a treinta proyectiles pesados fueron cayendo uno al lado de otro, en ininterrumpida serie. Cayeron otros y otros más, desfigurando las colinas cubiertas de flores y levantando negras nubes de polvo y humo. Allí arriba podían verse unos seres humanos tocados con gorra de plato, que corrían hacia atrás cubriendo sus caras con los brazos, huyendo de aquel juicio final. Corrían en grupos de diez a veinte. En aquel instante, la metralla cayó precisamente sobre uno de los grupos que huían, y pareció como si varios de aquellos hombres fueran arrastrados hacia el cielo por alguna invisible cuerda, para caer luego a tierra, después de breve trayectoria de vuelo, debatiéndose con los miembros contorsionados.

Para la columna austrohúngara de persecución había sonado el momento de actuar. Llegaba ya, efectivamente, un sargento, corriendo y jadeante, que traía la orden: ¡*Worwarts!* Los hombres se incorporaron a los pies de la muralla de aquella carretera y se precipitaron rápidos hacia las colinas.

Fueron recibidos por un violento fuego cerrado de fusilería. Con febril precipitación, dos ametralladoras rusas disparaban también contra ellos. Pero seguían corriendo y se precipitaron hacia adelante con los ojos desorbitados, sin detenerse. Algunos, abatidos por los proyectiles, cayeron al suelo, renegando.

Pedro sólo se daba cuenta de que atravesaba corriendo una pradera sembrada de patatas, pero ignoraba por qué y hacia dónde. En tomo suyo, el aire se iba llenando de ruidos extraños: *pfiu... ciu... cii...* decían aquellas voces misteriosas que chupaban, pinchaban y arrollaban el aire, o zumbaban suavemente a la manera de los zánganos. Todo aquello parecía el tremendo susurro de la muerte. Aquellos sonidos eran provocados por los proyectiles de fusil que pasaban al lado de su cabeza. Y encima de él, las trayectorias de las granadas parecían el zumbido de gigantescos e invisibles hilos de telégrafos.

La batalla se desarrollaba en todo el inmenso sector. Habían llegado hasta las colinas, y a la derecha, los primeros hombres del célebre regimiento de «sículos»^[30], muy diezmados, saltaban ya a la cima de los terraplenes amarillos. En determinados puntos de las trincheras, la muralla rusa había caído, mientras que en otros, las dos ingentes masas humanas se combatían aún con saña. En la lucha cuerpo a cuerpo, los picos afilados de los «sículos» hacían tremenda carnicería.

Pasaron tal vez dos horas de aquella confusión, carreras, traqueteos y truenos. Todo el fragor parecía una tormenta bajo un cielo sereno y soleado. Porque el calor sofocaba, el sol ardía violentamente y abrasaba la nuca de los soldados.

A primera hora de la tarde, los rusos habían abandonado todas sus posiciones. Los húngaros se hallaban en medio de las trincheras rusas, protegidos por las alambradas, y Pedro vio entre los embudos producidos por las granadas, la mano roja de sangre de algún ruso sepultado por la metralla, o la punta de una bota empinada, en posición inverosímil. En la cuesta de la trinchera, yacía un gorro de plato ruso, cubierto de bermeja sangre coagulada, al que se pegaban unos pelos ensangrentados.

Ya caía la noche cuando cesaron los últimos disparos. Detrás de un bosque lejano, salía una luna llena y clara. Es muy curioso —tal vez sea la ilusión de los oídos torturados—, pero, después de una batalla, el silencio parece infinito. Ahora, parecía que la pálida mirada fría de la luna hubiera impuesto al paisaje aquel tremendo silencio.

El bosque escondía un denso humo anaranjado. Yacían esparcidos por el suelo grandes pedazos de algodón, y, bajo la protección de los arbustos, unos heridos tendidos sobre camillas esperaban, con las manos enlazadas sobre el pecho, que les tocara el turno. Pronto fueron encendiéndose otras lucecitas: los fuegos de las cantinas de campaña. Las astillas secas ardían soltando alegres carcajadas, y al hundir los cocineros sus grandes cucharones en el fondo de los calderos, el aire se llenaba con los buenos olores de la sopa de carne, excitando el apetito.

Después de cenar, repartieron el correo del día. El sargento de turno entregó dos cartas a Pedro. Una era de Miett; la otra estaba destinada a Mihály Rácz, su asistente.

Acampaban de nuevo bajo la protección de la poderosa muralla de la carretera, y habían excavado unos huecos en la greda con las palas, en los que encendían las velas. También Pedro se puso a leer la carta de Miett a la vacilante luz de una vela.

Pedrito adorado —escribía Miett—. No sé si habrás recibido la primera carta que te escribí la misma noche de tu marcha. La eché al correo el día siguiente y ahora, lunes por la mañana, vuelvo a escribirte. Por la tarde, han venido a vernos Elvira y el doctor. Han intentado consolarme, pero me siento terriblemente sola y abandonada. Luego, ha venido Zsiga Pán, con el cual he ido a jugar un poco al tenis. He rogado a Zsiga que cenara con nosotros pues ya al mediodía era una sensación terrible el vacío que dejaste en el comedor, mas Zsiga tenía otros compromisos...

Y al llegar aquí, Miett llenó dos páginas para relatar sus sentimientos dolorosos muy infantiles. Tras sus letras alargadas y agudas, Pedro creía distinguir el aullido doloroso del deseo de amor. Aquellas palabras parecían ser los brazos de Miett que

ella sabía enlazar tan hábilmente en torno del cuello de su marido con el indecible gesto del abandono total.

También papá te envía mil besos —terminaba la carta de Miett— y me manda decir que te enviará tabaco de aquella clase que te gusta tanto, pues espera a Somogyi para el sábado Escríbeme si necesitas algo, Pedrito mío; ponme una lista completa y yo te mandaré todo. Naturalmente, tú ni siquiera te acordarás de todo cuanto necesitas, pero yo he consultado ya con los Varga y he decidido comprarte un gran frasco de colonia, mentol, una pila eléctrica, estilográfica, una pequeña manta de pelo de camello y muchas cosas más que se me ocurrirán... Escríbeme, Pedrito mío, pues me tortura esta terrible inseguridad que apenas puedo soportar, sobre todo sin saber cuánto tiempo tardarás en regresar...

Pedro dejó caer la mano que sostenía la carta y contempló con atención la hierba que apuntaba entre la parda tierra, iluminada por la vela. La brisa nocturna traía el fresco hálito de los bosques, pero la atmósfera estaba cargada todavía del amargo olor de la pólvora. Desde muy cerca, llegaban los olores aperitivos de las cocinas de campaña. Mas, a través de todos aquellos olores fuertes y extraños, Pedro sentía ahora claramente el perfume puro e inefable de la cabellera y la nuca de Miett. Y fijando su mirada en aquellas hojas de hierba, vio ante sí a Miett en las posturas más distintas, observó la pequeña sonrisa sensible y misteriosa que jugaba en torno de los labios, o el gesto delicioso de su mano.

Por fin, pensó en dar la carta a RácZ. Se levantó y dejó caer su mirada sobre los hombres que yacían y fumaban sus pipas a la luz de la luna.

—¡RácZ! —gritó tres veces seguidas. Mas RácZ no aparecía por ninguna parte. Recorrió toda la sección llamando a su asistente. Formó una trompeta con sus manos para gritar mejor, lanzando el nombre de Mihály RácZ en todas direcciones.

Por fin, vio venir hacia él a alguien; era el sargento que se cuadró presuroso:

—¿A quién busca el señor teniente?

—A mi asistente, Mihály RácZ.

—Ha caído —dijo el sargento.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Pedro, pues así de improviso no comprendió el sentido de aquella palabra.

—Ha muerto, señor teniente —contestó el sargento—. Mañana, por la mañana, tendrá usted a sus órdenes otro asistente.

—Tengo una carta para él —observó Pedro, como si dijese: «Es imposible que haya muerto, si tengo una carta para él...».

El sargento no contestó nada; sólo se quedó allí cuadrado, como si esperase una

orden. Pedro dio media vuelta y volvió a su puesto. Tenía la sensación de que estaba herido. Se llevó la mano al cuello, como si quisiera descubrir allí alguna tremenda herida.

—¿De modo que esto es también posible? —se preguntó a sí mismo.

Sabía perfectamente que hoy habían muerto allí muchísimos soldados; que los camilleros continuaban aún trabajando, y por el lomo del monte no cesaban de bajar camillas; pero éstos ya no eran heridos, sino cadáveres. Eran soldados extraños desconocidos para él. En cambio, Rácz, aquella misma tarde... ¿sería verdad?

Ahora vio claramente su bigote desteñido por el sol y sus ásperas manos de labriego que parecían de hierro cubierto de orín. La carta dirigida a Rácz estaba en su mano. Sintió un deseo irresistible de abrir otra vez el sobre, abierto ya una vez por la censura militar. Se tendió en el suelo, volvió a encender la vela en la pequeña cavidad y se puso a leer la carta.

Rezaba así:

Fecha 10 de agosto muy apreciado marido, deseo que estas milineas te encuentre en buena salud todos nosotros seguimos sin novedad a diosgracias Te hago saber que la Citrom ha dado a luz felizmente el mal vino sobre ella a las 12 de la noche y dio a luz para las tres de la madrugada y yo he estado sola con la María, qué te parece en que cosa nos metimos pero que quieres y el Señor nos ha ayudado, ha sido una becerra muy hermosa, tiene la pata tan gruesa como los novillos grandes. Querido marido mío dime si debo vender las más grandes o mejor ese pequeño, pero yo quisiera comprar pareja para ésta y vender a los otros pero no está seguro que se celebre la venta. Muy apreciado marido te ago saber que precisamente hoy he enviado el paquete, la Vera lo llevó a correo, cuando lo recibas ya me lo dirás y he puesto dentro cebolla ajo, ajo encarnado, aguardiente francés, cigarillos dos paquetitos coca salada y grasa también 2 lápiz una pipa pimentón verde pimentón rojo molido, chocolate y azúcar blanco fino, jamón, cigarros cinco piezas y otras cosas porelestilo, no llevo a enumerarlas todas y el szentmartony está segado, lo segó tu hermano Pista herresibidocarta de Gyuri está el pobre en el regimiento de marcha con el otro Gyuri, el Sos y marido mío he comprado trigo para sembrar, pero debo comprar también avena por cierto todo es muy caro y debo pagar contribuciones y el alquiler, no me quedará dinero para nada ojalá pueda vender los terrenos y los lechones se pongan gordos pues entonces ya habrá dinero suficiente querido marido mío dime si estáis en batalla te ago saber que el veinte habrá revisión militar y en vez que eso se acabe que se llevarán atados los hombres válidos ya te he escrito tanto que se me ha cansado la mano pues tu también debes escribirme para que pueda

leer mucho pero ahora no llegan cartas no tenemos noticias buenas de vosotros pues ten cuidado mucho cuidado que un dia podamos volver a vernos y con esto cierro la carta. Soy tu fiel mujer y compañera y tus hijitas adiós te enviamos mil besos Dios te guarde tu mujer que te quiere Erzsi Fejér.

En el sobre, se podía leer aún esta frase: «a eso espero contestación sin falta».

Pedro prendió fuego a la carta, acercándola a la vela. Echó una gran llama amarilla, para caer luego en pavesas sobre la tierra. Algo oprimió el corazón al teniente, al ver consumirse aquella carta.

Luego, se echó la manta sobre la cabeza, y sus pensamientos confusos quedaron pronto apagados por el gran cansancio físico: se quedó dormido.

No sabía cuánto tiempo debía haber pasado: diez minutos o tal vez dos horas, cuando alguien le sacudió por los hombros. Se sentó presuroso en el suelo con la cara asustada.

En torno suyo, todo el mundo corría dando gritos y gesticulando como poseídos.

La luna aún estaba muy alta y su luz era tan fuerte como si se hubiera encendido magnesio. La ligera brisa nocturna colmaba el infinito.

Era horroroso ver cómo los hombres correteaban de un lado a otro, sin hablar, como si alguna misteriosa catástrofe hubiera caído sobre ellos, enmudeciéndolos de repente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pedro a un soldado que, junto a él, estaba plegando sus cosas en su mochila con gran premura.

—Nos han hecho prisioneros... Los rusos nos han copado...

Pedro se quedó con los ojos muy abiertos al oír aquellas incomprensibles palabras. Aún tenía la cabeza llena de confusas representaciones a causa del profundo sueño, y todo cuanto pasaba ahora en derredor suyo le pareció continuación de aquél.

Poco después llegó un sargento con la orden de que también la tercera compañía debía formar. Los soldados se alinearon de a cuatro, para la marcha. Todo esto se llevaba a cabo en medio de un silencio alucinante; sólo se oía chocar una cantimplora o un pico contra la mochila.

Bajo el mando del sargento, la tercera compañía se puso en marcha, siguiendo la vía férrea, hacia el Norte. Marcharon así dos o tres kilómetros, hasta que encontraron los demás regimientos de la división. Formaban grandes cuadriláteros negros bajo la luz de la luna, y aquella parte de la división ya estaba desarmada.

Delante de las tropas había varios oficiales rusos, cuyo perfil, con su gorra de plato, produjo a Pedro el efecto de una alucinación. Uno de los rusos fumaba con gesto negligente, llevándose la mano enguantada al talle; en aquella mano llevaba un bastoncito de caña. La fina bota de charol y la dorada hombrera brillaban a la luz de la luna. En torno suyo, iba saltando, excitado, un perrito.

Una vez desarmada también la tercera compañía, todo el regimiento prisionero se puso en marcha bajo la guardia de la infantería rusa, hacia las colinas, detrás de las cuales anidaba, misterioso e invisible, el grueso de los ejércitos enemigos.

Cuando llegaron a lo alto del terraplén, vieron ante sí un cuadro emocionante. El enorme y amplio barranco estaba sembrado de muertos que los sanitarios no habían tenido tiempo de llevarse. Yacían allí con los brazos en cruz, o agazapados en posiciones extrañas, soldados «sículos», jóvenes y hombres maduros exponiendo sus frentes amarillos como la cera a la luz de la luna.

La marcha duró dos horas aproximadamente a través de aquellas colinas poco accidentadas. La luna estaba aún muy alta en el horizonte, pero el alba apuntaba ya cuando, desde la cima de un monte, percibieron las ingentes masas del ejército ruso, el campamento de carros y tiendas que yacía silencioso e inmenso, cual una ciudad antediluviana. Y por ninguna parte el brillo de una sola lámpara o bujía.

Pedro se detuvo por un instante en la cima y echó una mirada atrás, hacia el lugar de donde venían. Allá, lejos, muy lejos, en alguna parte detrás de las lomas de aquellas colinas, acababa de hundirse misteriosamente, bajo la luz de la luna, toda su vida pasada.

2

Miett no llevaba diario íntimo, pero solía apuntar en una libreta, en pocas palabras y con la fecha, los acontecimientos de su vida que le parecían importantes. Siempre que posteriormente la libreta le venía a las manos, y la hojeaba, encontraba en ella algo nuevo y sorprendente. Tenía apuntadas fechas que había creído de capital importancia para su vida, pero que, a los pocos meses, demostrábanse desprovistas de todo interés. Y otras fechas apuntadas descuidadamente, sin atribuirles importancia alguna, habían ido creciendo y extendiéndose en su vida, cual la minúscula chispa que prende fuego en todo. Así, por ejemplo, echando una rápida ojeada encontró en la libreta la apuntación siguiente:

«11 de setiembre. Domingo. Invitados en casa de los Varga. Pocos conocidos y muchos desconocidos. Nos hemos divertido bastante. La Galamb ha recitado. Zsiga Pán ha tocado el piano y un muchacho, cuyo nombre ignoro, descifró los caracteres por la escritura».

Aquella tarde conoció a Pedro. Detrás de aquellas pocas palabras trazadas con lápiz vio abrirse ahora, al hojear su libreta, las misteriosas honduras de la vida y del destino. ¡Cuántas cosas vivían, ardían, susurraban y gritaban detrás de aquellas breves líneas! Hacía ahora exactamente un año que se hallaban reunidos en casa de los Varga. Durante aquel último año de su vida, habían pasado más cosas que en los veinte anteriores juntos.

Desde que llegó la noticia de que Pedro había caído prisionero, sentíase invadida por sensaciones confusas que unas veces la tranquilizaban, y otras la llenaban de angustia. Todo el mundo la quería consolar, diciendo que para Pedro aquella era la mejor solución. La guerra duraba ya seis semanas y los que antes afirmaban que todo aquello podía persistir dos semanas a lo sumo, movían la cabeza atónitos ante la marcha de los acontecimientos. Buscaron nuevos argumentos en pro de una rápida conclusión de la paz, argumentos que, sin embargo, iban perdiendo fuerza cada día, como los enfermos para los que ya no queda esperanza. Hubo también incrédulos más pesimistas, que se atrevían a afirmar que, antes de Navidad, difícilmente podrían volver los soldados del frente.

También Miett pertenecía a los incrédulos. No podía imaginarse que antes de Navidad volviera a ver a Pedro, y los meses de espera le parecían insoportablemente largos. Sin embargo, desde que recibieron la primera noticia luctuosa y supieron que un conocido, Jen Fay, había caído, empezaron todos a respetar medrosamente la guerra. Y Fay sólo era un conocido lejano. Pronto llegaron las noticias de otras muertes: Sanyi Galamb, el sobrino de la señora Galamb, cuyas mejillas coloradas

recordaba Mielt perfectamente; Eleck Lénert, que había sido teniente de artillería; Pista Krammer, y Balogh, el comerciante que vendía comestibles en la tienda de la esquina. Aquel hombre huesudo y largo, taciturno y desgarbado, había muerto como soldado raso.

Al entrar una mañana Mielt en la tienda, se enteró de la catástrofe por la viuda. Tales noticias estallaban sobre el asfalto de Budapest, en la calle, en el tranvía, o en sociedad, cual otras tantas bombas terribles. Desde la lejanía, la guerra asediaba la capital, bombardeándola, sin cesar, con estas noticias de los caídos. Y a partir de entonces, conforme cada día iba aportando su acontecimiento aislado, aumentando continuamente el número de muertos y heridos en el círculo de las amistades y de los conocidos, Mielt, a veces encontraba sosiego al pensar que Pedro ya no se hallaba en la línea de fuego. Le explicaron que ser prisionero de guerra era un privilegio, y que, siendo oficial, no sería ni más ni menos que un convidado elegante en la grande y poderosa Rusia.

Hacía ya diez meses que Pedro había caído prisionero de guerra, y aún no llegaba ninguna noticia directa. Sólo el parte lacónico publicado por la Comandancia de la división... Ello inquietaba terriblemente a Mielt. Hubo días en los que en vano le explicaban que las comunicaciones postales se efectuaban ahora por vías completamente anormales, no como en tiempos de paz, y que tardaría incluso tres o cuatro semanas en recibir noticias. Todas las mañanas, esperaba con indecible excitación al cartero. Su impaciencia la impelía a bajar a la calle, esperándole ante la puerta, teniendo que subir cada vez a su cuarto con la penosa sensación de una esperanza frustrada.

Desde que Pedro se hubo marchado, excepto las pocas tarjetas que mandó de diversas paradas del tren, inscribiendo en ellas unas palabras que ardían de dolor y deseo, desde el campo de batalla sólo había llegado una única tarjeta postal, que decía así:

«Dulce ángel mío: Estoy de buen humor y, gracias a Dios, gozo de una salud magnífica. Todo lo que pasa es de un interés extraordinario. Ya te lo explicaré cuando vuelva. Estoy pensando continuamente en ti, mi dulce vida. ¡Mielt! Muchos abrazos a tu padre. Mañana te escribiré de nuevo, y hasta entonces recibe un millón de besos de quien te quiere mucho, muchísimo, Pedro».

Mielt llevaba siempre consigo esta tarjeta, se la sabía de memoria y conocía detalladamente la forma de cada letra. Acaso Pedro cayera prisionero aquel mismo día, pues la tarjeta anunciada no llegó nunca.

Durante las primeras semanas, Mielt sentía un dolor insoportable y agudo en todas las fibras de sus nervios. La comunión física y espiritual con Pedro había llegado a ser hábito tan natural en ella que ahora, cuando inesperadamente se había roto, y, según se podía prever, para mucho tiempo, la ausencia de su marido le parecía

imposible de soportar.

Ocurrió a menudo que, por la mañana, al abrir los ojos, echaba mano a su almohada y se ponía en camino hacia el cuarto de Pedro, medio dormida aún. Sólo se estremecía cuando, al querer colocarse en la cama del marido, la encontraba yerta y vacía. Entonces huía corriendo hacia la cama propia, arrastrando consigo un estado indefinible de susto, semejante al del niño que por casualidad hubiera tocado un cadáver. Esta angustia fue desapareciendo poco a poco de su decaimiento y de tristeza.

La costumbre le reservaba muy malas jugadas. Los mediodías, al volver a casa, entrando en el cuarto de Pedro, le parecía ver al marido echado en el sofá y apoyado en los codos, leyendo con avidez el periódico y masticando un cuscurro de pan.

Desde luego, las visiones sólo duraban un instante, para desvanecerse bruscamente, y el sofá pareció más vacío, mas desierto y hostil. También por obra de la costumbre, se habían impregnado de la figura de Pedro, con tal o cual gesto o actitud, las habitaciones y determinados muebles. Durante el almuerzo, a Mielt le parecía ver la mano de Pedro extendida sobre el mantel, jugando con un palillo. La mano silenciosa se dirigía hacia la cesta del pan, cogiendo un pedazo. Y a veces, dedicada a hacer calceta, Mielt tenía la sensación de que Pedro estuviera de pie o sentado detrás de ella, con aquel ademán que le era tan familiar. Esta ilusión pudo llegar a ser tan intensa a veces, que, involuntariamente, volvía la cabeza en aquel sitio, pareciéndole inconcebible que se hallara sola en la habitación.

A veces, al percibir la voz de personas extrañas, creía distinguir con toda claridad la de Pedro. En tales casos, se levantaba excitadísima del asiento, acechando los ruidos que llegaban del recibimiento, oyendo sólo la voz del portero o del electricista. Al pasar por la calle, a veces apresuraba el paso, pues en un señor desconocido creía ver a Pedro. Bastaba que aquél tuviera un sombrero del mismo color, o una estatura lejanamente parecida a la del marido, para que el corazón de Mielt latiera más rápidamente. Le veía siempre y en cualquier momento. En medio de estas decepcionantes ilusiones, pensaba, desanimada, en que aún faltaban meses hasta Navidad, fecha para la cual esperaba a Pedro con toda certeza, y en esas ocasiones se daba cuenta, con el alma dolorida, que llevaba embebidos en la piel y en los huesos, y hasta en los sentidos más recónditos y ocultos, incluso los más nimios detalles de la manera de ser física y anímica del amado ausente.

Una tarde fue a ver a su suegra. Hizo la visita más por deber que por cortesía, pues no le gustaba frecuentar a gentes que estuvieran todavía más tristes que ella misma.

La madre de Pedro, que hasta entonces hubo de ocultar su tristeza habitual, encontró ahora de repente incluso un motivo exterior para estar triste y abatida, y se pasaba lloriqueando el día. Valiéndose de argumentos oscuros e inexplicables, que

escondía en el fondo del alma, acusaba de toda la guerra mundial, única y exclusivamente el casamiento de Pedro y, por una causa desconocida, a la misma Miett. Su intelecto y su imaginación resultaron demasiado superficiales para poder superar determinados impulsos maternos, sumamente tercos.

Szücs, que por ahora prestaba servicios de retaguardia, pudo quedarse en Budapest, y mostrose extraordinariamente atento y solícito con la buena mujer, intentando consolarla, ya con atentos regalitos ya con bromas algo toscas y a veces pesadas.

Miett, al entrar en la casa, encontró a dos señoras desconocidas que le reservaron una recepción bastante fría. La más joven, que debía ser sin duda alguna hija de la otra, un tanto ajamonada y con modales cursis, no dejó de escrutarla durante toda la visita con una mirada llena de sorda hostilidad; la suegra estuvo halagándolas durante todo el tiempo con palabras amables y hasta cariñosas. La muchacha, que tenía el cutis un poco grasiento, había rebasado ya visiblemente la edad de muchacha núbil, y todo su ser destilaba, por decirlo así, un rencor amargo; era Aranka Vaynik. Miett ignoraba, naturalmente, por completo, que esa mujer la odiara desde lo más hondo de su corazón.

Pasó media hora escasa con la suegra; luego, buscando algún pretexto poco oportuno, levantose para despedirse. Ya era hora de que se marchase, pues la conversación de la señora de Vaynik y su hija quedaba estancada a cada instante. Miett tenía siempre la conversación fácil y elegante, su imaginación encontraba infaliblemente, con un sexto sentido muy refinado, los temas que podían suscitar el interés de personas que le eran intelectualmente inferiores. Sin embargo, esta vez se sentía demasiado decaída y abatida para regalar con una conversación agradable a las dos mujeres desconocidas, bajo cuyas sonrisas forzadas le era imposible no sentir la antipatía que irradiaban hacia ella. Con su fina sensibilidad, presintió, más que adivinó, que incluso aquella muchacha había sido algún día su rival. No hizo ningún caso de ello, no intentó siquiera hilvanar las conexiones ocultas. Levantose, disponiéndose a marchar.

—Le beso la mano, querida madre... Papá le manda decir que uno de estos días vendrá a verla. Pero si por casualidad no viene, no espere usted más tiempo; venga a vernos usted...

Dio la mano a la Vaynik y a su hija con una mirada tranquila y fría. Desde el umbral, aun volvió la cabeza para decir a la madre de Pedro:

—Dicen que ahora el correo funciona malísimamente. Es posible que usted reciba carta de su hijo antes que yo. En este caso, si es tan amable de llevármela en seguida. ¡Estoy tan inquieta!

Eran ya poco más o menos las seis de la tarde, cuando se encontraba de nuevo en la calle. Era un tibio atardecer de setiembre, sazonado en algún jardín cercano por el

perfume del segundo florecer de las acacias. Mielt no tomó el camino habitual para volver a casa, sino que subió primero por la sinuosa calle del Teniente para dar vuelta al monte. Subía a pasos calmosos la cuesta, deteniéndose de cuando en cuando y contemplando a los niños que jugaban en la calle. En una plazoleta, celebrábase un encuentro de fútbol entre dos equipos improvisados e incompletos. Muchachos de diez a doce años, armaban tan tremendo alboroto en torno de una mal llamada pelota hecha con harapos, que aquello apenas merecía el nombre de fútbol.

Mielt abrió la sombrilla, porque el sol que declinaba picaba fuertemente su cuello, como si quisiera escupir las últimas energías. A la izquierda, el camino estaba bordeado de elegantes torres. Mielt se cruzaba con varios paseantes. Pasó a su lado un automóvil, haciendo sonar cautelosamente la bocina al subir aquella calle sinuosa y accidentada, dejando, al desaparecer, una dorada polvareda.

Mielt se detuvo, mirando en dirección a la torre de los Varga en la vertiente del Monte de San Gerardo. De repente, recordó la tarde del mes de marzo, cuando visitó aquella casa con Pedro. Cerró los ojos y sintió con toda claridad la atmósfera cargada de burdos perfumes de toda clase en aquella tarde de principios de primavera, y aquel sol ligero y joven, tan diferente del de este ocaso lánguido y maduro de setiembre. Sintiose invadida por una tristeza tan grande que casi se echó a llorar. Se encontraba indeciblemente sola y abandonada y le vino la idea de que se hallaba completamente perdida en el mundo. La visita de la tarde la convenció aún más de que la suegra, mujer de alma demasiado sencilla y cándida, nunca podría representar para ella un refugio ni un consuelo. En los últimos tiempos, se había alejado asimismo cada día más de Elvira Varga. Fue dándose cuenta, poco a poco, del carácter tremendamente superficial de aquella mujer, vanidosa incorregible, que intentaba esconder siempre su vacío interior detrás de la fachada de la gazmoñería y de la bondad. Entre los demás conocidos, no había nadie a quien sintiera ganas de visitar, para establecer o ahondar relaciones. Sentía ahora inmensa lástima de sí misma en la terrible soledad, y se complacía en justificar aquella gran tristeza por la que se sentía invadida cada vez más frecuentemente en estos últimos tiempos, aquella sensación de abandono total. Se ocultaba incluso a sí misma que aquella tristeza surgía en realidad de otra fuente escondida, de la que, por ahora, no quería hacerse cargo. La causa era su padre. Durante las últimas semanas, parecía que éste hubiera envejecido de golpe. En las sienes, la piel se hacía más transparente, la mirada cargada de un incomprensible cansancio, la barba perdió el brillo habitual y puesto que no se la dejaba arreglar desde hacía tiempo, había crecido desmesuradamente. Aquellas largas barbas desfiguraban por completo su fisonomía. Llegó a ser un anciano completamente desconocido. Mielt intentaba encontrar la explicación, pensando que su padre estaba influido por la marcha del mundo y de la guerra, pero bien pronto esta explicación le pareció a sí misma demasiado banal. Al insistir su mirada en el rostro de su padre,

empezó a echar raíces en ella el diminuto brote de una espantosa idea: la que detrás de aquel semblante, en alguna parte del cerebro, del corazón y de las vísceras, iba anidando sorda y cautelosamente la muerte. No obstante, siempre que llegaba hasta aquí en sus reflexiones, tenía la suficiente energía para huir ante la representación de la posible certidumbre, arrojando lejos de ella tan lúgubre pensamiento. Llegó a consolarse todas las noches, convenciéndose a sí misma con cualquier pretexto: pero la sombra de la idea persistía pálidamente bajo el umbral de la conciencia, escondida en el fondo del alma.

El sol declinaba tras las colinas y, bruscamente, la luz del día quedó como apagada. También el aire se hacía más frío, sensiblemente. Miett encontró un banco solitario en que sentarse, colocando a su lado la sombrilla. Miró fijamente ante sí, sin percibir los contornos de los árboles y casas que parecían fundirse con el dulce color pardo de aquel anochecer tranquilo y sereno. Miett pensó en Pedro. Intentó imaginarse dónde podía encontrarse su marido en aquellos instantes, el tren en que iba viajando y el paisaje de Rusia, las minúsculas estaciones de ferrocarril por donde pasara el tren de prisioneros. ¿En qué podía pensar Pedro en aquellos instantes...? Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, todo quedaba impreciso e indescifrable. Desde el día en que supo que Pedro estaba prisionero y había sido llevado al interior de Rusia, buscó en la biblioteca todas las novelas rusas que poseía, y compró otros libros más, relatos de viajes, obras de geografía y etnografía, dedicadas a Rusia. Su curiosidad atacó con impaciente interés aquel vasto mundo ruso y a veces dejaba caer de las manos, descorazonada, algún libro que ya había leído y que volvía a hojear, porque sentía confusamente que ni Tolstoi, ni Chéjov, ni Gonchárov le podían servir de guía para orientarse en aquella niebla singular, inquietante e ilimitada, que se había tragado a Pedro, como hace el mar con un barco que se va alejando... De tarde en tarde, alguna que otra frase atraía su atención, enseñándole de paso, en un fugitivo segundo, aquellas llanuras infinitas, cubiertas de nieve, de las tierras de Siberia. Pero muy pronto tropezó otra vez con nombres y palabras que debían desconcertarla más. Así, por ejemplo, al leer en una geografía nombres como Tunguses, Yakutos, Yubaguires, Chukachoks y Koriecos, todas esas tribus misteriosas, o los nombres de los valles del Ural y del Yenissei, o las riberas del lago Baikal, todo volvía a desaparecer en aquella bruma y en aquellas lejanías como con las tierras de los cuentos de hadas que le explicara antaño su vieja aya, en casa de su abuela durante las largas noches de otoño e invierno, cuentos que ella escuchaba con su corazón de niña oprimido por la angustia, mientras que la sombra de la narración, hasta la lámpara de petróleo parecía brillar con fulgor disminuido y la amplia cocina se llenaba de un singular olor a humo, mezclándose con el que exhalaba el robusto perro de san Bernardo que secaba su piel cerca de la gran chimenea, olores que su imaginación volvía a evocar ahora fácilmente en torno suyo.

En aquel momento, un hombre vestido de gris se acercó al banco, y, echando una mirada sobre la sombrilla, se llevó la mano al sombrero:

—¿Me permite usted...? —preguntó.

Miett retiró la sombrilla sin decir palabra y levantó el rostro por un instante hacia el desconocido que se sentó al otro extremo del banco. Tenía la impresión de haber visto ya dos veces aquella cara, al subir la pendiente. Aquel hombre la había mirado, volviendo la cabeza, después de haber pasado ante ella a pasos rápidos, buscando su mirada. Miett, primero, no había parado mientes en aquel hombre, pero ahora, al verlo surgir otra vez a su lado, se puso a buscar una relación entre los encuentros precedentes y su reaparición. Volvió la cabeza, mirando en dirección opuesta. Mas la presencia del desconocido había ahuyentado ya sus pensamientos, y Miett esperaba con impaciencia el instante en que pudiera levantarse y marchar.

No obstante, no quiso hacerlo inmediatamente, pensando que con ello podría parecer mal educada, y que, además, podría hacer pensar al desconocido que huía ante él. Quiso demostrar que estaba muy por encima de todo ello. Tales reflexiones atravesaron su pecho en pocos instantes y continuó sentada en el banco.

Al cabo de unos instantes, el desconocido se puso a hablar. Su voz dejaba traslucir al mismo tiempo cierta inseguridad y cortedad:

—Dispéñeme usted, señora... Me sería penoso que usted me encontrase mal educado... No la he saludado antes, aunque me parece, por no decir que tengo la seguridad, de que ya nos hemos encontrado otra vez...

Miett volvió tranquilamente la mirada hacia él. Contempló durante unos instantes con una calma despiadada el rostro del desconocido, gozando plenamente con el penoso embarazo que se reflejaba en él. Las aletas de la nariz le palpitaban nerviosamente en espera de una contestación, y sus mejillas mostraban sendas manchas coloradas. Era un hombre de unos cuarenta años, con semblante insignificante e inexpresivo y grueso bigote cortado a la inglesa, que Miett encontró repugnante. Por su aspecto y su manera de vestir, podía ser algún comerciante de Buda, o algún modesto funcionario. Miett contestóle en tono sencillo y tranquilo, después de haberle inspeccionado de los pies a la cabeza con una mirada penetrante que sentó visiblemente mal al interlocutor.

—No, señor... Usted debe equivocarse... No nos habíamos encontrado nunca...

La expresión y la voz denotaban no sólo superioridad y una tranquila certeza, sino también un poco de triste y conmovida bondad, como si pidiera perdón a aquel desconocido que a causa de ella se había colocado en una situación enojosa. El tono acabó por desarmar completamente al buscador de aventuras. Se levantó, pues, sonrió confuso y la saludó con el sombrero, diciendo:

—Dispense, pues, señora... Entonces... me habré equivocado.

Y alejose rápidamente.

Miett había notado ya en otras ocasiones que durante sus paseos solitarios, cuando prefería quedarse a solas con sus reflexiones, casi siempre era seguida por hombres que permanecían obstinadamente a su lado, fijando su mirada en su nuca, en sus pies, en los cabellos o en los ojos, y solía tener la impresión de que aquellas miradas la desnudaban. Los desconocidos le dirigían a menudo la palabra, bajo los pretextos más diversos, y a veces se veía obligada a contestarles en tono áspero para lograr que se alejaran. Después de cada paseo, volvía a casa con el recuerdo de una tentación que, desde luego, no dejaba el menor rastro en ella. Sin embargo, aquellas pequeñas aventuras le recordaban continuamente que las energías ensordecidas de la vida y del amor la rodeaban, y que su cuerpo, que Miett sabía hermoso, suscitaba el deseo de los hombres a su paso, cuando caminaba en medio de ellos, como el barco que deja un surco sobre las olas temblorosas.

Había noches en las que, echada en la cama, apoyando la nuca en las manos enlazadas, no lograba conciliar el sueño. Entonces le parecía insoportable la idea de que Pedro no estuviera a su lado.

Contaba siempre, con febril impaciencia, los días que faltaban para Navidad, creyendo firmemente, como por superstición, que para aquella fecha Pedro podría volver, representándose hasta con los menores detalles las noches que pasarían.

Con una queja perceptible, deslizaba bajo las sábanas los miembros espléndidos y el deseo de amor hacía estremecer su cuerpo como una fuerza ajena a sí misma.

3

Después de tres días de viaje, Kiev aparecía en el vasto horizonte bañado en el sol de la mañana. Un sinnúmero increíble de cúpulas, tejados y chimeneas de fábricas perfiláronse sobre el cielo con sus contornos dorados, plateados o negros de hollín.

Pedro estaba sentado cerca de la ventanilla. Miró, sin comprender, como quien se despierta sobresaltado, a través de la ventanilla del departamento del tren, la agobiadora visión de la ciudad que se acercaba. En los primeros momentos, ignoraba dónde se hallaba, pues aquel sueño de plomo que se había apoderado de él en la madrugada, sentado allí, le dejó con la nuca rígida y dolorida, acabando por despertarse a consecuencia de una brusca sacudida del vagón. Acababa de soñar que viajaba hacia Kecskemét, su ciudad natal; que su padre vivía aún y que él iba a presentarle a Miett por primera vez. Su padre no podía salir, por alguna razón que no quedaba muy clara en el sueño, de la vieja casa solariega de provincias en cuyo patio florecían malvas silvestres y hierba. El profesor de latín había envejecido mucho, llevaba una larga barba blanca y se paseaba por el patio, echando miradas desconfiadas en torno suyo, entre los rosales que nadie cuidaba.

Al mirar por la ventana, aquel confuso sueño rondaba aún en la cabeza de Pedro. El tren parecía redoblar su esfuerzo al acercarse a la desconocida ciudad de doradas cúpulas. Soltó unos cuantos silbidos bruscos que estallaron en el aire como gritos alegres de mujer joven a quien se le hacen cosquillas en la espalda.

Sólo poco a poco volvía Pedro a la realidad.

Al echar una mirada sobre Kölber, el alférez, sentado en el asiento de enfrente, y estirando las piernas adormecidas por el inacabable trayecto, comprendió bruscamente que mientras dormía, debía haber chocado varias veces con las rodillas de Kölber. En aquellas ocasiones tuvo la sensación, tan viva, a la vez que suave, de que tocaba las rodillas de Miett. Ahora contempló con inconcebible repugnancia el rostro de Kölber, en el que brillaban como grasientas espinas las estopas rubias y oscuras de una barba de tres días, lo que le daba el aspecto de tener la cara sembrada con un sinnúmero de minúsculas agujas rojas. Kölber tenía la cabeza redonda como una bola de billar; una cara felina. Apenas podía tener veintitrés años. En sus ojos grises y húmedos reflejábase continuamente turbación, miedo y tristeza.

A su derecha, alguien bostezó como una pantera, alguien frotose los ojos y preguntó a Pedro:

—¿Dónde estamos, amigo?

Era Esteban Bartha que abandonó el cargo de secretario de Ayuntamiento de un pueblecito de la provincia de Bihar, para ser movilizado como oficial de la reserva.

—Llegamos a Kiev —contestole Pedro en voz baja.

Bartha, con las cejas arqueadas, miraba fijamente ante sí, y en su cara de flacas

mejillas y de rasgos cansados, se leía su absorción en profundas reflexiones. Sus mejillas estaban coloradas como las de un tuberculoso.

Por la plataforma abierta del pasillo, entraban en el departamento unos vahos de aire fresco. El sol estaba alto ya y comenzó a calentar poco a poco el cristal de la ventanilla. Uno a uno, despertáronse también los demás, pues las ruedas, al pasar sobre las agujas, chirriaban continuamente. Con Lajtai, Lukács y Mezei, viajaban seis en aquel departamento.

Lajtai parecía el más viejo de todos. Tenía un grueso bigote a la inglesa, husmeaba el aire con su nariz chata, y al mirar por la ventanilla, el rostro reflejaba una amargura tal que no hubiera podido superarse. Había sido ingeniero jefe de los Altos Hornos de Diosgyör, padre de tres hijos; la llegada a Kiev no podía agradarle en absoluto.

Lukács, cuyo rostro flaco y antipático era pálido y hueco a la luz de la mañana como el del jugador empedernido y trasnochador, iba limpiándose negligentemente, con la uña del dedo meñique, los demás.

Todos eran tenientes, excepto Mezei, que era capitán. Este último estaba sentado en el rincón, cerca de la portezuela, con la expresión de preguntarse cómo era posible, que él, oficial de carrera, se encontrase allí en compañía de aquellos otros seres de especie extraña e inferior a la suya, aquellos paisanos vestidos de uniforme, y cómo era posible que también ellos fueran prisioneros de guerra como Dios manda, igual que él...

Hablaban poco, pues tenían el presentimiento de que en aquella ciudad tal vez les esperaban nuevas y secretas sorpresas, y el temor pesaba con fuerza sobre sus corazones. Una voluntad desconocida había empuñado el timón de sus vidas. Sólo Bartha se puso a hablar, frotándose con la palma la barbilla erizada de estopas que le picaba, y pasándose la mano por la cabellera húmeda de la transpiración de la noche.

—¡Ojalá encontremos aquí algo sólido para comer!

Luego dijo a Kölber:

—Oye, compañero, ¿te queda aún un poco de aquel estomacal?

—*Ya, ya* —contestó el interpelado en su dialecto tirolés (pues sólo hablaba alemán), tendiéndoles la cantimplora de campaña llena de coñac.

En la estación, soldados con la bayoneta calada esperaban al convoy de prisioneros. Aquella manada de hombres, martirizados por tres días de viaje, saltaron de los vagones como animales que salen por fin de la jaula.

Los soldados rusos los rechazaban, amenazándolos con sus bayonetas, gritándoles palabras incomprensibles en su jergonza dura y salvaje, como si quisieran disputar con ellos. La recepción era tan penosa como de mal augurio.

Pedro se había detenido en el estribo del vagón, sin mezclarse a la muchedumbre. Veía continuamente ante los ojos de su memoria a Miett, vestida con aquel trajecito

azul claro que llevaba la última vez, al acompañarle al apeadero de Kelenföld. Al mismo tiempo, su espíritu estaba invadido por aquellas impresiones nuevas del andén de Kiev, y ambas corrientes de pensamientos se le confundían extrañamente en la cabeza.

Una muchacha, descalza, con cabellera rubia como el lino, gritaba sin cansarse, al pasar delante de ellos con una gran cesta en la mano:

—¡*Búlki!* ¡*Búlki!*

Lanzaba al aire aquella palabra extranjera en voz aguda, como si estuviera llamando desesperadamente, en aquel montón de hombres, a alguien que se apellidara «*Búlki*». Sin embargo, no era difícil adivinar que aquella voz designaba los panecillos con queso, blancos como la nieve, que llenaban el cesto.

En medio de la gente apiñada en el andén, un cojo daba saltos como un gorrión. Era imposible perderle de vista, pues iba ataviado con una camisa roja y llevaba en el cuello una bufanda amarilla. Debía ser un muchacho afable y suave, ya que se dejaba empujar por unos y otros, sin protestar, balanceando en la mano con habilidad de simio la bandeja en la que llevaba su mercancía, gritando con voz de loro:

—¡*Piróchnik!* ¡*Piróchnik!*

Ofrecía pasteles baratos, de dudoso aspecto.

Entre el público que llenaba el andén, mezclábanse tipos europeos y asiáticos. Había allí tártaros morenos y sombríos, con gorros redondos y vestidos de *khalat*, y grupos de campesinos rusos que, a pesar de la cálida estación, no se quitaban los grasientos abrigos de carnero, y pantalones de grosera tela sujetos por una cuerda, con zapatos sin forma, de junco. Todo su ser despedía un olor de tristeza, y, hasta cierto punto, un hedor animal. Perdidos en medio de ellos, los judíos de Kiev, vestidos con largos caftanes de aspecto inquietante y con sus cadenas al cuello, parecían siniestros gavilanes en medio de ovejas. De vez en cuando, aparecía alguna persona con aspecto europeo. La estación estaba llena de gente apiñada, cuyo número aumentaba continuamente; en su mayoría, eran comerciantes y mercaderes venidos de las inmensas profundidades de la gran llanura rusa. Había un niño, perdido entre la muchedumbre, ataviado con un largo sobretodo negro que le llegaba hasta los tobillos, agarrándose al abrigo de zorro de su padre, y echando en torno miradas asustadas.

Al enterarse de que acababan de llegar unos prisioneros, de carne y hueso, traídos directamente del campo de batalla, una enorme muchedumbre de curiosos les rodeó inmediatamente, examinándolos detrás de la fila de bayonetas, como a través de los barrotes de una jaula. Los soldados intentaban asegurar el paso a grandes golpes de culata, gritando con sus poderosas voces de animales, consiguiendo, por fin, conducir el transporte de prisioneros hacia un espacio reservado en un extremo de la estación. Eran en total quinientos hombres, entre oficiales y tropa, y ninguno de ellos tenía la

menor idea de cuándo y cómo se habían separado del regimiento.

Los esperaban unos oficiales y suboficiales rusos que se pusieron sin demora a registrar hombres y equipajes.

Un suboficial de enorme estatura examinó primero el contenido de la mochila del capitán Mezei, el cual hundió su mano en la misma, anticipándose al ruso, sacando un par de magníficos gemelos de campaña:

—Sírvase aceptarlo, caballero... ¡Un recuerdo de Budapest!

El ruso echó una mirada rápida hacia sus superiores, para ver si miraban hacia aquel lado, pero precisamente estaban conversando con el teniente Rosiczky, el cual se había cuadrado ante ellos. Entonces el rostro huesudo y sembrado de pecas del suboficial ruso se aclaró en una amplia sonrisa, hundiendo el regalo en el bolsillo. Después de lo cual, desistió de continuar el registro, simulándolo solamente. Hubo mochilas que ni siquiera abrió, contentándose con palparlas, dándose tono de importancia, con sus largos y huesudos dedos, mientras se ruborizaba por la emoción de ejercer aquel oficio, sin duda nuevo para él.

A pesar de todo, la inspección duró varias horas. Aquellos cuyas mochilas fueron registradas por otro suboficial, no escaparon al registro a tan bajo coste, pues les quitaron cantimploras, zurrone, correas y muchas partes del equipo militar. Pedro podía estar muy contento por haber podido salvar el gran revólver de reglamento, escondido en el fondo de la mochila. Sin saber por qué, tenía el oscuro presentimiento de que aquella arma aun habría de servirle.

Ya era cerca del mediodía cuando, terminado el registro, fueron llamando a los hombres. Nadie faltaba. Había en total catorce oficiales. Les mandaron formar en filas de cuatro, y uno de los suboficiales, chapurreando un poco de alemán, les dijo que se quedarían algún tiempo en Kiev y serían instalados en un cuartel alejado de la ciudad.

Al salir a la plaza que había ante la estación, ya les esperaba una muchedumbre que acababa de enterarse entretanto de la llegada de los *Vengerski*^[31]. Eran sobre todo mujeres y niños, a quienes una manada de elefantes y jirafas no hubiera causado mayor sensación que aquel primer convoy de prisioneros: para los habitantes de Kiev, la primera aparición misteriosa del enemigo. Fijábanse en ellos unas miradas escrutadoras y ansiosas, cargadas de mil curiosos pensamientos, mientras que los prisioneros se ponían en marcha entre la doble fila de bayonetas de los soldados. La masa se agitaba alrededor suyo en confusa batahola, pero no les era hostil, como les había parecido al principio.

A cada instante, en medio de los látigos de los cosacos que rechazaban la muchedumbre con grandes gritos, unas manos de mujeres presa de conmiseración tendían amablemente a los prisioneros víveres y paquetes. Una viejecita llegó a deslizarse hasta Pedro y le tendió un paquete de higos:

—*Wosni radnoi, Wosni radnoi...* —dijo, con sus labios temblorosos la anciana, como si dijera: «Toma, ten, es para ti, hijo mío».

En el rostro marchito y lleno de arrugas, brillaban unos ojos pequeños, húmedos de lágrimas, y un llanto reprimido crispaba sus labios sin dientes, imprimiéndoles una mueca cómica.

Pedro sostenía en sus manos aquellos higos cubiertos de polvo y no sabía qué actitud debía tomar. Pálido y conmovido hasta el fondo de su corazón, miró a la anciana llorosa que movía la cabeza, y en cuyos ojos se leía la desesperación de no poder darse a comprender a aquel soldado extranjero. La anciana no se parecía nada a la madre de Pedro, y, sin embargo, tenía la impresión de que, en medio de aquel montón de gente que llenaba ruidosamente las calles de Kiev, el corazón de su madre acababa de surgir ante él...

Un poco más lejos, una muchacha se le plantó delante. Un sombrero de paja desteñido por el sol sombreaba su cara, cansada y sin hermosura, que parecía un fruto magullado. Con tímida y forzada sonrisa, tendióle a Pedro una naranja medio seca ya:

—*Bitte schön!* —le dijo en alemán, aunque su acento revelaba que no conocía de aquel idioma más que aquellas dos palabras.

También otras personas venían con las manos llenas de todas las cosas deseables. Esteban Bartha sostenía una coca y unas salchichas, como si las quisiera sopesar.

Dirigiéndose a Pedro sonriendo, pero un tanto emocionado, dijo:

—Mira, hermano, ¡qué proyectiles tiran contra nosotros!

Al adentrarse en la ciudad, se apiñaba más la gente. En las ventanas de la antigua ciudad rusa, aparecían muchas cabezas. Mujeres y muchachas les hacían señas con los pañuelos y en varios puntos les tiraban hasta flores. Por las calles parecía haberse desencadenado una tempestad, la tempestad de los corazones, oprimidos por la terrible pesadilla de la guerra, que acababa de estallar repentinamente, surgiendo en torno suyo.

Las calles por las cuales desfilaban, ofrecían el aspecto de una curiosa mezcla arquitectónica de dos continentes. Junto a palacios al estilo europeo, erguíanse extrañas construcciones asiáticas en madera, pequeñas unas, mayores otras: iglesias coronadas por poderosas cúpulas, rodeadas de torres esbeltas o pesadas, que culminaban en cruces dobles; luego en la inmediata vecindad, sin transición alguna, veíanse calles elegantes y perfumadas, con centelleantes escaparates de estilo muy parisiense, interrumpidos por rincones sucios, llenos de estercoleros. Brillantes oficiales, ataviados con relucientes uniformes, codeábanse con humildes y míseros *mujiks*, tártaros tocados con altos gorros de piel, khirgises, un populacho, cuya raza y hasta cuyo sexo hubiera sido muy difícil determinar. Pasaban automóviles como un relámpago, elegantes carrozas de gala tiradas por caballos de cuellos flexibles como los de los cisnes. Entre los elegantes cabriolés, arrastrábanse miserables carros

destartalados, tirados por unos rocines flacos, de pelo áspero y erizado, y, sin embargo, robustos.

Llegaron, por fin, al edificio del cuartel en el cual se les había preparado hospedaje. A juzgar por los preparativos, era de suponer que debían de pasar bastante tiempo en Kiev. Al llegar, les sirvieron el almuerzo: sopa, carne, bastante dura, por cierto, pero en cambio en suficiente cantidad.

Después de almorzar, los oficiales quedaron autorizados para ir a la ciudad, bajo la custodia de las bayonetas de los soldados, para hacer compras, cambiar dinero y enviar telegramas.

Pedro envió un corto despacho a Miett, en el cual le decía sencillamente que se encontraba en Kiev y que estaba bien. Expidió otro telegrama, igualmente corto, a su madre. El telégrafo costaba caro, y Pedro ponía atención en el dinero que gastaba. Cambió la mitad de lo que poseía por rublos. Tenía en total, alrededor de quinientos rublos, y quedábanle otras tantas coronas austrohúngaras. Los demás oficiales hicieron algunas compras, pero él no gastó nada. Mientras sus camaradas entraban en las tiendas, él les esperaba en la calle, al lado del soldado ruso que les vigilaba.

La calle rebosaba de tiendas de toda clase, y Pedro se divertía en pasar revista a las mercancías que se ofrecían en uno de aquellos bazares. Se podía encontrar allí toda clase de objetos posibles e imaginables: agujas, setas secas, peines de madera, coches para niños, muebles, sierras, samovares, cuernos de ciervo, telescopios, relojes, muelles para coches, yunques, puñales caucásicos, plumeros, gemelos de teatro, campanitas para trineos, mangos para hachas, cojines, brazaletes dorados, guitarras, bañeras largas y estrechas, banquetas y gran número de trajes usados. A la vista de aquel cómico montón de cosas abigarradas y disparatadas, Pedro se puso de buen humor.

La noche caía ya cuando volvieron al cuartel. Después de cenar, sentáronse un rato al patio, para conversar. Lentamente, la oscuridad les fue envolviendo con su manto. Los hombres se extendieron sobre el césped seco y polvoriento, y se pusieron a entonar canciones de soldados. En aquel momento, las canciones ejercieron sobre ellos un efecto conmovedor. Al oírlas, los oficiales interrumpieron la conversación; sólo brillaban las puntas de los cigarrillos en la oscuridad parda y otoñal. Los soldados rusos se apoyaban en la pared, escuchando a su vez las canciones extrañas. Bartha, sentado con las piernas colgantes en la escalinata, acompañaba a los coros con su voz profunda y bien timbrada.

Instantes después, fueron a acostarse. No les habían dado camastros; de modo que se extendieron en unos bancos de madera, sobre los cuales habían echado unas mantas que exhalaban un olor nauseabundo. Sin embargo, un oficial ruso que acababa de hacer una visita de inspección, les aseguró que, a partir del día siguiente, los oficiales prisioneros tendrían camas y hasta sábanas.

Pedro compartía su cuarto con Franz Kölber, el alférez austriaco; Kölber se extendió sobre un banco y pareció sumirse inmediatamente en el más profundo sueño de los justos.

Pedro, en cambio, no se acostó. Sentado en el borde del camastro, en la oscuridad, se puso a pelar la naranja que le había dado por la mañana aquella muchacha rusa tímida y fea. Al sentir correr entre sus dedos el zumo de la fruta, y subir a sus narices bruscamente el aroma, volvieron a su mente los recuerdos de las largas noches de antaño, de sus años de infancia. Se puso a comer, en las tinieblas. Fue presa de un terrible espanto al pensar que se encontraba en Kiev y que, durante mucho tiempo, no sería libertado, ¡tal vez al cabo de muchos meses! Esto le produjo tal agitación, que comenzó a temer que perdería hasta la razón. En medio de los dolorosos y confusos pensamientos, imaginó a Miska Adam erguirse bruscamente ante él, vestido con traje azul marino de impecable corte, en el té de los Varga; luego le vio a orillas del Danubio, paseándose con Mielt; ambos iban a grandes pasos, cruzándose con él, mas sin verle. Y volvió a ver el rostro de Adam, saludando con el elegante sombrero de fieltro verde oscuro, bajo los copos de nieve; en este instante, todas las sensaciones dolorosas parecían apoderarse de todos sus nervios; eran todas aquellas sensaciones que le asaltarán cuando por casualidad le pusieron en comunicación telefónica con Mielt y Adam.

Estaba sentado, allí, en las tinieblas, sobre el banco, y observaba horrorizado todos aquellos sentimientos que se posesionaron de él, como alguna terrible enfermedad que fuera ganando cada vez más terreno, atacándole la carne, los huesos, el cerebro. Presentía que la pesadilla de celos no le dejaría tranquilo nunca más. Miraba fijamente ante sí, con los ojos desorbitados, como si aquel cuartucho que olía a moho, hubiera ido llenándose de fantasmas. Luego, cerrando los ojos y abandonándose al vértigo, dejó de zozobrar su espíritu en los torbellinos del dolor.

Pronto, otros pensamientos se apoderaron de nuevo de él. Vio ante sí a Mielt, en diversas actitudes, y los sentimientos amargos y dulces del amor y del deseo le hacían estremecer. Oía la voz de Mielt, tan próxima y fascinadora que hubiera podido creer oírla de veras. Vio a Mielt de pie, descalza, ante el armario, poniendo en orden algunos objetos, cubierta con la camisa de noche que le llegaba hasta los tobillos. Sólo brillaba una luz, cerca de la cama, tamizada por la pantalla, y aquella semioscuridad hacía adivinar más que ver las magníficas formas de aquel espléndido cuerpo de mujer a través de la tela fina y transparente. Vio la cabeza de Mielt, descansando a su lado, sobre la almohada, con los cabellos rubios esparcidos en tomo suyo en inmensos cercos dorados. Respiraba el dulce olor perfumado de su cuello, y se estremecía al contacto ardiente de su mano temblorosa.

Abismose en sus pensamientos y sus facultades trabajaron intensamente con gran tensión de todos los nervios. Desde el comienzo, vivía en él oscuramente la idea de

huir; y ahora se le iba apoderando con irresistible fuerza.

Decidió no llevarse más que el revólver y el dinero. Abandonaría el resto, hasta el capote, para no descubrirse como oficial extranjero. Su espíritu estaba aún repleto de aquellos instantes emocionales de la mañana, cuando, al verles desfilan por las calles de Kiev, la población les testimoniaba su simpatía. «Esta gente —decíase—, tiene, pues, también sentimientos humanos, y tal vez hasta me ayudarían...».

Se deslizaría por el patio, con la cabeza descubierta, en mangas de camisa. Pegado a la pared, muy cerca de los pozos, saltaría por la muralla del cuartel. Una vez en la calle, al otro lado del muro, ya no sería difícil huir. Hasta la mañana, se escondería en algún rincón, esperando que se abriera el bazar en el cual se brindan a la venta los objetos más estafalarios; allí, podría adquirir algún traje viejo, un sombrero y botas. Si todo esto le salía bien, el dinero, y en caso necesario, el revólver, le ayudarían para abrirse paso de un modo u otro. Desde que vio aquella misma mañana la sonrisa alegre con que el suboficial ruso hundía en su bolsillo los gemelos de Mezei, Pedro ponía todas sus esperanzas en el efecto que producirían sus rublos.

Una vez más, detallóse a sí mismo todas las fases del plan.

Delante del cuarto, había un largo pasillo, que comunicaba con otro pasillo exterior. En aquel primero y en el patio, había, sin duda alguna, centinelas, pero era probable que durmieran. Aun cuando no durmiesen, no sería demasiado difícil burlarse de su vigilancia, pues la noche era oscura, sin una estrella en el cielo. Si lograba saltar por el muro sin llamar la atención, tenía asegurada la mitad del éxito de su evasión.

Púsose cautelosamente la guerrera, tomó el revólver y la mochila, y de puntillas, con el mayor sigilo, se acercó a la puerta.

En aquel mismísimo instante, Kölber le dirigió la palabra en tono que podía hacer creer que había venido observando en la oscuridad cada uno de los gestos de Pedro.

—¿Adónde vas?

Su voz suave y sentimental hizo un efecto sobre Pedro como si Kölber hubiera sido testigo del terrible combate de sus pensamientos, que parecían llenar toda aquella pieza sombría.

—Vuelvo en seguida —contestó con la máxima calma que le fue posible.

Ya estaba en el pasillo. Aquí, se inmovilizó al instante, acechando hacia el otro extremo del mismo pasillo, hundido en la oscuridad; sólo muy lejos brillaba una lámpara. Su corazón latía tan fuertemente que sentía los latidos desde la cabeza hasta los talones. Adentrose en el pasillo, lo atravesó y estuvo a punto de deslizarse en el patio.

En aquel preciso instante agitose algo en las tinieblas, a su lado, como si una columna inanimada se hubiera movido, y al instante encendióse en la mano del

soldado ruso, armado de fusil con bayoneta calada, una lámpara eléctrica que le puso bajo las narices:

—*¿Kada ti idyich?* (¿Adónde vas?) —gritole el soldado ruso, con voz grosera, apuntándole con la lámpara como si fuera una lanza.

Pedro balbuceó alguna cosa, intentando expresar por signos que quería satisfacer una necesidad natural.

El soldado lo rechazó con toda su fuerza por el hombro, de modo que Pedro perdió el equilibrio y cayó sobre el umbral de la puerta.

—*¡Nasad!* —rugió el otro; los ojos se le salían de las órbitas, como los de un animal, y su brazo tendido en imperioso gesto, expresaba claramente que la palabra significaba: «¡Atrás!».

Luego designó con la mano una cubeta medio llena de aguas en el pasillo que despedía ya un hedor nauseabundo.

Pedro volvió al cuarto sombrío, alcanzó de puntillas su camastro y se desplomó sobre él tal como estaba, con la cara hundida en las mantas.

Las primeras nevadas habían caído ya. Por las tardes, Mielt se instalaba con sus labores en el salón, sentada junto a la ventana. Fuera, la nieve brillaba débilmente, y los colores del gran pañolón de campesina ardían en los hombros de Mielt cual llamas frías.

Una de aquellas tardes, sonó el timbre y Mielt conoció desde el recibimiento, aun antes de que entrara, la voz de su suegra.

—¡Ah, hija mía, nieva terriblemente! —exclamó la de Takách, mientras que de los hombros de su sencillísimo abrigo negro hacía caer copos de nieve sobre la alfombra.

Su pequeña nariz estaba cómicamente enrojecida por el frío, y minúsculos copos de nieve quedaban aún pegados a sus pestañas.

—¿Ya sabes la noticia? —dijo a Mielt, tan pronto como se hubo instalado en un enorme sillón, en cuyo regazo casi desaparecía, de tan pequeña como era—. Miguel también ha sido llamado, y Carlota me suplica que vaya a instalarme a Brassó, a su casa... ¿Qué te parece, hija mía? ¿Qué debo hacer?

Pedro sólo tenía una hermana, cinco años mayor que él, casada con un abogado apellidado Pável. Desde hacía seis años, vivía en Brassó. La señora Takách solía ir a visitar a su hija los veranos; en cambio, Pedro no había ido a verles todavía, y en seis años, sólo vio una vez a su hermana, cuando Carlota y su marido visitaron Budapest. La visita no contribuyó en nada, sin embargo, a acercar mutuamente hermano y hermana. Almorzaron juntos, mataron el tiempo en conversaciones amables y frías, pero no consiguieron restablecer entre sí las relaciones del afecto fraternal. Tampoco sentían el deseo de hacerlo. Carlota tenía el alma cerrada y avara; veía en Pedro al hermano ligero y despilfarrador, y temía siempre que algún día hubiese de pagar las deudas que pudiera contraer. Desde luego, estos temores carecían de fundamento, pues, ya antes de casarse, Pedro había llevado una vida muy ordenada y regular.

Un solo motivo hubiera podido bastar, desde luego, para quitar toda base real a las aprensiones de Carlota: sabía de antemano (pues había tomado una firme decisión en su fuero interno) que aunque Pedro se encontrase en estado precario, ella no le ayudaría. Durante la infancia, hermano y hermana fueron ya dos extraños. Carlota, niña delgada, con una nariz puntiaguda, y avejentada por el carácter, quejábase continuamente de Pedro. Rehusaba participar en sus travesuras de niño, pretendiendo siempre ser más inteligente y más razonable. Más tarde, se hizo una muchacha guapa, rubia y graciosa que despertaba el interés de los muchachos. Se dejó cortejar por todos los jóvenes de la pequeña ciudad, sin llegar a retenerlos durante mucho tiempo, pues se alejaban tan pronto como conocían a fondo su carácter egoísta y avaro, oculto bajo una inteligencia calculadora y fría y una amabilidad fingida. Cuando tenía

veinticuatro años, a punto de transformarse en solterona, concentró todas sus energías de seducción sobre Miguel Pável, el cual en aquel entonces hacía sus prácticas de pasante en el despacho de un abogado; todos los demás admiradores se habían volatilizado entretanto. Carlota logró retener a Pável, en el fondo de cuya naturaleza latía cierta innata brutalidad.

Pável, con su corto pelo cepillado hacia arriba, solía tomar por las mañanas el desayuno sin quitarse el fijabigotes; durante el día, parecía querer atravesar por las puntiagudas guías de sus bigotes marciales el mundo entero. Era de origen rumano, y en su hablar húngaro, vivaz y nervioso, mezclábase continuamente cierto regusto de extranjería.

Pedro odiaba cordialmente a su cuñado. Sin embargo, a la edad de veinte años, siendo estudiante en derecho de segundo curso, el juego y otras ligerezas le habían colocado en serias dificultades monetarias. No se trataba, en fin de cuentas, sino de un par de centenares de coronas, más le fue imposible reunir esa cantidad. Aquellas insignificantes deudas sucias pesábanle muchísimo y amenazábanle con impedir que aprobara en los exámenes. Cuando, a costa de terribles y dolorosas humillaciones, hubo visto a todos cuantos conocía en la pequeña ciudad —al doctor que, en vida de su padre, había sido el médico de su casa; algunos profesores, colegas del viejo Takách y, por fin, un viejo compañero de estudios del mismo, hombre muy rico y que regentaba una propiedad muy importante— cosechando de unos una negativa prudente y cortés, y de otros, una recepción glacial, decidióse a escribir a su hermana. Sabía que Pável poseía cierta fortuna y que había continuado el bufete de abogado de su padre, el cual le proporcionaba pingües beneficios, disfrutando de una situación económica en extremo favorable. Expuso, pues, a su hermana la situación en que se encontraba, explicándole con toda franqueza cómo había llegado a tan mal paso y que los exámenes peligraban. Rogó a su hermana y a Pável que le prestaran aquella cantidad, hasta cuando lograra cierta independencia material, y prometió cambiar completamente el género de vida. Al escribir aquella carta, se enterneció, le abrió el corazón, hablando de proyectos para el porvenir; en una palabra, aquella larga carta acusaba el más caluroso amor fraternal.

En lugar de Carlota le contestó Pável. En tono de superioridad paternal, con mucha suficiencia, que a veces llegaba a la impertinencia, regañaba a Pedro por sus ligerezas, profetizando que caería muy bajo en un mínimo tiempo. Acababa la carta con altisonantes y vacíos consejos, a los que confería el valor de preciosos regalos. Pero no envió ni un céntimo.

Si Pedro consiguió romper de golpe y porrazo con su vida ligera de juegos y placeres nocturnos, lo debió, en gran parte e indirectamente, a la misiva de su cuñado. Reuniendo todas sus energías, consagrose completamente a los estudios. Durante dos largos y amargos años, gimió aún bajo el lastre de las deudas; mas, por fin, salió

purificado de la aventura y con una voluntad bien templada. Sin embargo, la carta de Pável marcó una profunda huella en su alma, y no podía pensar en haberse dirigido a Carlota sin un sentimiento de vergüenza y un arrepentimiento punzante. Principalmente por este motivo, condenándose ante todo a sí mismo, perdió la simpatía hacia su hermana.

Todo esto se lo había contado Pedro a Miett oportunamente. Así, ésta comprendió por qué no asistieron sus cuñados a la boda, enviando sólo un telegrama de votos altisonantes. Aun entonces, conservaron siempre las apariencias del afecto fraternal, pues no hubo nunca ruptura franca entre ellos. Durante el viaje de bodas, tampoco Pedro y Miett dejaron de mandar unas cuantas postales ilustradas a Brassó, y desde el frente, Pedro había dirigido una carta a su hermana.

La madre de Pedro estaba sentada en el gran sillón, frente a Miett, con la cabeza algo inclinada. Sus labios se contorsionaban, como si estuviera a punto de llorar. No tenía muchas ganas de trasladarse a Brassó, pero sabía que ello era inevitable. Entre tanto Szücs había sido movilizado a su vez, de modo que el sueño dorado de la Takách, de ver unidos por los lazos del matrimonio los destinos del amigo de Pedro y Aranka Vaynik, se desvaneció definitivamente.

La hija de los Vaynik, además, con el aspecto reservón y la tez aceitunada, continuaba perdidamente enamorada de Pedro. En su profundo despecho cultivó asiduamente en su corazón un odio feroz a Miett, la mujer que ella consideraba culpable de haberle quitado a Pedro.

—¿Está en casa tu papaíto? —preguntó cariñosamente la Takách a su nuera, echando una respetuosa mirada hacia la puerta del despacho, de donde se oía a veces un meditabundo carraspeo y el crujir del sillón del anciano, sumergido como siempre en su trabajo.

—Entre usted a saludarle, por favor —dijo Miett.

La señora Takách abrió la puerta con precauciones.

—¿Se puede? —preguntó, con una ligera sombra de inocente coquetería en su voz, como si secretamente hubiera estado enamorada del padre de Miett.

Este elevó las gafas sobre la frente, aparentó no conocerla, mirándola varias veces de pies a cabeza, y preguntó, volviéndose hacia su hija:

—¿Quién es esta simpática y joven señora?

—No se burle usted de mí —dijo la Takách, blandiendo su pañuelo hacia el viejo, a la manera de un abanico. Sentose en una silla, y al levantar su mirada hacia él parecía reír y llorar a la vez.

Fue su visita de despedida. Dos semanas más tarde, se instaló en el tren con rumbo a Brassó. Había vendido la mayor parte de sus muebles, y no se llevó sino aquello que tenía para ella un valor atractivo de recuerdo grato o doloroso. El pisito de la calle del Teniente fue traspasado a un mercachifle judío de Galitzia que vendía

al por mayor ajos a la Intendencia y que tenía una verdadera manada de hijos.

Miett se despidió cariñosamente de la suegra, con los ojos bañados en lágrimas. Pasó junto a ella todo el tiempo, la ayudó a embalar los trastos, y el día en que tomó el tren, la acompañó con su padre a la estación. Al volver luego a casa, Miett sentía en su corazón cierta sorda opresión; como si con la marcha de la suegra se hubiera roto otro lazo de comunidad con Pedro. Esa mujeruca vieja tan sencilla y pulcra con la mirada mariposeante, no había representado en realidad, gran cosa para su vida; sin embargo, ahora que acababa de alejarse de ella, Miett tenía la impresión de que su existencia quedaba como empobrecida y más solitaria que antes.

El padre, a quien el doctor Varga había recetado unas píldoras, pareció completamente restablecido, gracias a las mismas. Sobre todo desde que, obedeciendo al ruego de su hija, se hizo afeitar la barba, su semblante recobró la expresión de antaño. Mas la mirada escrutadora y siempre inquieta de Miett, solía descubrir cada vez algo en los rasgos del anciano, en los gestos o en el seco y nervioso carraspeo, que le llenaba de inquietud.

Durante los últimos meses, Miett tenía por costumbre ir a casa de los Varga, pasando de nuevo gran parte de su jornada con Elvira, como cuando era muchacha. A veces, hubo reunión de amigos en casa del médico; venían hacia Miett caras conocidas y desconocidas, cual la corriente arrastra con lentitud los objetos hacia la orilla. De vez en cuando, iba con la Varga al teatro, asistían a las juntas del Comité de Beneficencia, confeccionaban paquetes para Navidad o hacían ganchillo para enviar jerséis a los soldados que combatían en los Cárpatos. Todo esto arrancaba a Miett, por una hora o dos, a su sorda insensibilidad. A menudo, olvidaba durante días enteros que el destino le había robado el contenido más hermoso de su vida; en tales casos, llegaba hasta a encontrarse alegre y contenta, pues las inactivas energías de la juventud buscaban expansión en su interior, sano y puro.

Poco a poco, abandonó la esperanza de volver a ver a Pedro para Navidad, esperanza a la que se había aferrado con obstinación durante muchos meses, sin explicarse, desde luego, la causa.

La guerra fue extendiéndose cada día más, ahogando en su germen cualquier proyecto para el porvenir.

La impaciencia aguda y dolorosa de los primeros días, cuando aun iba contando las jornadas en espera de la vuelta de Pedro, se aflojó poco a poco en su corazón como queda amortiguado el dolor de un desengaño amoroso conforme van pasando los días.

Solía leer mucho en aquel tiempo. Esas novelas que absorbía con la avidez del alma sedienta a raíz de sus soledades, la hicieron un tanto soñadora, abriendo ante ella unas perspectivas sobre la vida humana que, en medio de aquella gran inseguridad, llegaban a representar una especie de misteriosa explicación, o, por lo

menos, una interpretación negativa del eterno arcano: por qué nace y vive el hombre. Mielt no era un alma religiosa; iba a misa por efecto de la educación, haciendo sus plegarias cotidianas un poco mecánicamente. Pero ahora, en el fondo de su alma, volvía hacia Dios, en cuya idea su espíritu descansaba a menudo, buscando consuelos ante sus mil inseguridades y las heridas de sus tenebrosos temores.

Impulsada por un instinto íntimo y un temor inconfesado, colmaba a su padre con mil pequeñas atenciones. Le hizo una gorra de ganchillo para dormir; averiguó por sus astutas preguntas cuáles eran sus platos preferidos, y a veces pasaba muchas horas deambulando por toda la ciudad, para encontrar una cajita de arenques holandeses en aceite, pues su padre le había manifestado un día que los encontraba muy sabrosos. Pasaba tardes enteras en el despacho, leyéndole en voz alta aquellos capítulos de novelas que a ella le parecían particularmente hermosos, después de haber resumido pintorescamente el argumento de la acción. Entretenía así a su padre durante horas enteras, como a un niño.

Las tardes de invierno, con la rápida caída de la oscuridad, evocaban en su mente los recuerdos de los felices tiempos pasados con Pedro. En las habitaciones iluminadas por el fuego de la chimenea y por la nieve de fuera, experimentaba otra vez el sabor de aquellas horas ebrias de amor. Detenía cerca de la chimenea, apoyaba la frente en el esmalte tibio, y se acordaba del primer beso. Su imaginación la arrastraba a veces con tanta fuerza que no sólo veía a Pedro, sino que incluso le parecía tocarle. En estas ocasiones, su corazón se sentía inundado de indecible dolor; recorría las habitaciones como impulsada por una inquietud irrefrenable, y a veces se tumbaba en el sofá con un ademán de cansancio, como si todas sus fuerzas la hubieran abandonado. Entonces faltaba muy poco para que se desahogara en un grito de espanto toda aquella inseguridad e impaciencia, la sensación de torturante abandono y el ávido deseo femenino que había venido acumulándose en ella. Llevaba en el corazón esa sensación, cual un fuego de llama viva devoradora, cuyas torturas sólo raras veces llegaba a descargar o ahogar.

Hasta entonces, había recibido tres cartas de Pedro. Las tres estaban fechadas en Kiev, ciudad en la que el destino de Pedro parecía haberse estancado por ahora. Las cartas describían minuciosamente los pormenores de aquellas jornadas grises y monótonas, estaban llenas de confianza y esperanza, aunque Mielt creía descubrir siempre en el fondo cierta reserva.

Con su fino instinto, adivinaba en la lectura de aquellas misivas, que Pedro sufría un insoportable tormento físico y espiritual por estar separado de ella, aunque su marido escondiera esos deseos, por hombría y por ternura y cariño hacia ella. Tras las frases de las cartas que a veces parecían huecas, tras el consuelo, la sonrisa y la confianza que exhalaban, Mielt veía siempre el semblante triste de Pedro, contraído y macilento por los sufrimientos del cautiverio.

En una carta, Pedro escribía:

«Hace ya cuatro meses, querida pequeña Mielt mía, que estoy separado de ti. A veces me parece que cada día me envejece un año. El día pasa aún de una manera u otra, pero cuando nos acostamos y apagamos las luces se producen momentos difícilísimos. Comparto mi habitación con un alférez austriaco llamado Kölber, el cual dejó en Villach a su prometida. He podido observar ya varias veces que de noche, cuando cree que yo duermo el sueño de los justos, llora desesperadamente. No podría contarte, mi querida pequeña Mielt, lo que sufro en esas ocasiones. Creo que, de noche, también me incorporo sobre mi camastro y hago lo mismo que él, sólo que no me doy cuenta.

»Sin embargo, el Señor ya nos ayudará, y confío en que podré abrazarte antes del verano. Piensa mucho, muchísimo en mí, como también yo pienso continuamente en ti. No te desanimes si no recibes carta mía, pues los correos son completamente imprevisibles.

»Desde hace tres semanas, me dejo crecer la barba; ya te mandaré una foto; te morirás de risa...».

Pedro nunca mencionó en sus cartas, ni con media palabra, su malograda tentativa de evasión.

Mielt ya no podía esperar la vuelta de Pedro antes de la primavera. Dejaba de enlazar, pues, sus esperanzas y su impaciencia a una fecha concreta, pues temía que un nuevo desengaño la precipitara en otro terrible torbellino de desesperación.

En aquellos tiempos, pensaba de nuevo muy a menudo en Olga, y se decidió a encontrar su paradero. Supo por Varga cuál era el sanatorio en que estaba la madre de su amiga, y una mañana se presentó allí. Sin embargo, la informaron de que la enferma había sido trasladada semanas atrás a un sanatorio de Austria. El médico director ignoraba dónde, y tampoco logró obtener informe alguno sobre Olga.

Poco a poco, llegaba la primavera. De vez en cuando, Mielt bajaba al campo de tenis, en donde volvían a voltear las pelotas blancas bajo los primeros y aún tímidos rayos del sol; mas, de los jugadores de antaño, apenas si volvía a aparecer alguno que otro. Y ahora, vestían uniforme.

Una noche, hubo una reducida reunión de amigos en casa de los Varga. Después de cenar acordaron jugar a los naipes.

Las mujeres jugaban al *rams* en una mesa aparte. Mielt no participó en el juego, sino que se retiró a la biblioteca, para bucear entre los libros, con el deseo de encontrar alguno que aún no hubiera leído. Cuando volvió, al sentarse junto a las que jugaban, llegó en medio de una conversación.

—Pero si nunca ha estado enferma; a mí siempre me producía la impresión de una vitalidad y una salud inquebrantables —dijo la señora de Lénart con aquel tono en que se habla de los muertos, mientras con los dedos huesudos barajaba hábilmente las cartas.

La Varga amontonó ante sí las fichas de juego en torrecitas. En su voz se podía descubrir cierta animadversión, cuando tomó la palabra:

—Gusti le dijo ya hace dos años que estaba predispuesta a la tuberculosis, pues una vez la auscultó. Y entonces la advirtió que debía cuidarse mucho.

Miett ignoraba de quién estuvieran hablando. De la mesa de los hombres, Bogdány, un joven médico, les dijo a las señoras:

—Estuve anteayer en el sanatorio; el médico de guardia me dijo que ya no era posible salvarla.

La de Krammer puso las cartas sobre la mesa y dijo a Bogdány, malhumorada:

—Por favor, ¡llame usted al sanatorio!

El teléfono estaba allí, sobre una mesita. Bogdány se acercó al aparato y pidió a la Central un número. Ambos grupos suspendieron el juego y acecharon intrigados la cara de Bogdány. Durante unos instantes hubo un silencio impresionante. Miett se dirigió a la Lénart y le preguntó en voz baja, tímidamente:

—¿De quién se trata?

—De Olga —murmuró la de Lénart, como quien no quiere romper el silencio.

Miett ni siquiera tuvo tiempo para concentrar un poco sus pensamientos atolondrados, pues, con todas las fibras de sus nervios, se fijaba en la cara de Bogdány que entretanto ya había obtenido la comunicación con el sanatorio.

—Hágame el favor, mi querido compañero, de informarme sobre el estado de la señorita Oiga Szerémy.

Prodújose otra vez un profundo silencio, interrumpido sólo por un incomprensible gruñido en el teléfono.

—Muchas gracias —dijo Bogdány, y colgó el aparato. Por su expresión, no se podía adivinar nada.

—¿Qué? —preguntó alguien precavidamente, rompiendo el silencio restablecido.

Bogdány volvió a sentarse primero junto a la mesa de juego, y sólo después contestó:

—Ha muerto esta tarde, a las cinco —dijo sin emoción alguna, mientras se arreglaba los lentes. Luego, examinó con mucha atención los naipes que le esperaban ya distribuidos.

Durante unos instantes, extendiose por el salón un silencio de asombro; la noticia fúnebre había atravesado los corazones cual el frío acero de un puñal; pero producía heridas muy distintas en cada uno.

—¡Pobrecita! —murmuraba con voz apenas perceptible la de Lénart.

La de Varga bajó la mirada; sus dedos temblaban, y concentraba su atención en arreglar minuciosamente las fichas en una sola fila. El frío soplo de la muerte sólo duró, sin embargo, un instante, como el hálito que se desvanece en el cristal de una ventana. La de Varga puso lentamente su mano sobre el brazo de la de Lénart, como si la quisiera despertar cariñosamente de alguna torturadora pesadilla. Su voz era cálida y suave, y latía en ella claramente una compasión fingida, al decir:

—Te toca jugar a ti, querida.

Empezó de nuevo el juego, mas todos hablaban en voz baja, como si hubiera en el salón un ataúd. Mielt se levantó y pasó a la otra habitación. Sus fuerzas la habían abandonado hasta tal punto, que tuvo que agarrarse al borde de una mesa. Luego, arrastrándose penosamente, llegó hasta la tercera habitación, que estaba a oscuras. Sentose en un sillón y el llanto rugió en ella con fuerza terrible. Sin embargo, se tapó la boca con el pañuelo, queriendo evitar que las demás oyeran y viniesen a estorbarla en su dolor. Quiso quedarse sola con el recuerdo de su amiguita muerta, en sus pensamientos le pedía desesperadamente perdón por no haber podido comunicar con ella, para decirle que nunca le había retirado la amistad y que en su corazón jamás había dejado de quererla, ni después de su caída.

Fue la única que asistió al entierro de Olga. Sólo unos cuantos desconocidos rodearon la tumba. Resultó un entierro triste y vulgar, muy de Budapest. Mielt no se fijó siquiera en aquella poca gente, a causa de sus lágrimas.

Ya era abril, pero las tierras inundadas por el Volga aparecían todavía cubiertas de nieve y hielo. El Estado Mayor ruso decidió dirigir a todos los prisioneros de guerra que se hallaban en Kiev, hacía la Siberia del Este. Pedro y sus compañeros fueron destinados a Tobolsk, y después de un viaje de cinco días, llegaron a orillas del Volga.

Cuando el tren atravesó el puente del majestuoso río, en el inmenso lecho helado vieron deslizarse negros trineos, que parecían revoloteantes aves acuáticas.

Llegaron al alba a la estación de Sviarsk, ya en la otra orilla. Allá los esperaba una escolta de cosacos, capitaneada por un *prapórchik* huesudo y pelirrojo.

El rubicundo *prapórchik* rehusaba ponerse en camino. Comunicó al Gobierno Militar de Kazán que por ahora resultaba aún extremadamente peligroso atravesar los territorios inundados por el río; sin embargo, esperando unos cuantos días, la nieve y el hielo habrían desaparecido por completo, pues el deshielo se había iniciado ya. No quiso aceptar la responsabilidad por las vidas de los prisioneros, ni por la suya propia. Tenía más escrúpulos, desde luego, en cuanto a su propio pellejo.

No obstante, hacia las nueve llegaron órdenes de que debían ponerse en camino sin demora. A pesar de la prohibición, en la estación de Sviarsk un empleado del ferrocarril —alto, delgado, con cara de zorro— servía *vutki*^[32] a precios elevados. Era bueno tragarse un poco de *vutki* en aquel frío húmedo y cruel que mordía los muslos de los hombres a través del pantalón, atravesando hasta sus pechos.

Entretanto, también hubo cosas dignas de verse. En todas direcciones, los cosacos venían reuniendo a grandes gritos a unos tártaros montados en sus extraños trineos pequeños y estrechos, con colas de golondrina. Los tártaros venían renegando de todos lados hacia la estación, en número de unos ciento cincuenta.

Los oficiales prisioneros subieron en los trineos, con los asistentes y equipajes. La larga cola de aquellos vehículos servía para conservarles el equilibrio, al correr mucho. Los caballos enganchados ante los trineos, eran unos animales magníficos, unas yeguas tártaras fuertes y robustas, de amplio pecho, que despedían tanto humo en aquel frío como las patatas cocidas extraídas de una olla.

Los cocheros tártaros requisados, a los que los cosacos habían sacado de su sueño, no tuvieron ni tiempo para echar en el fondo de sus vehículos un poco de avena o heno para los caballos. Con el látigo en la mano, con el cuello encogido, estaban sentados en el pescante, esperando la salida, conformados ya con su sino. Entre tantos trineos, todos iguales, había uno más hermoso que tenía aspecto de carroza. El rubicundo *prapórchik* tomó asiento en éste, distribuyendo sus órdenes. Entretanto, el tiempo se había suavizado un poco y caía una lluvia plúmbea.

Transcurrió una hora más, antes de que se hubiera formado y puesto definitivamente en marcha aquella larga caravana.

Habían designado como asistente para Pedro a un oficial de sastre, oriundo de la provincia de Zemplén. Su padre era un *tótochka*^[33] y así, hablaba un poco el eslovaco. Su madre, en cambio, era de la región Székely; por eso, tenía por nombre de pila Moisés^[34]. Moisés Zamák iba a ser, pues el compañero más íntimo de Pedro, en lo bueno y en lo malo. Venía con él ya desde Kiev, en donde habían pasado siete monótonos e interminables meses, bajo una vigilancia cada vez más severa, en el cuartel en que fueran alojados «provisionalmente» al primer día de la llegada. No encontraron otra explicación al transporte hacia tierras del Este, sino que las tropas rusas se batían en retirada, perdiendo mucho terreno, empujando ante sí, por consiguiente, hacia Siberia, a los prisioneros de guerra.

Había quienes se alegraban del viaje, pues decían que tan considerables retiradas rusas aportarían la paz para la próxima primavera. A Pedro, el viaje hacia el Este le llenaba de horror, pues siempre tenía la misma sensación de que por ferrocarril, vapor, carro o trineo, el Destino le arrastraba cada vez más lejos y con fuerza creciente.

Sentado sobre sus maletas, en el fondo del trineo, envuelto en su arrugado capote, miraba Pedro hacia las inmensas llanuras del Volga cubiertas de nieve, cuyos contornos quedaban borrados por la monotonía pesada y gris de la insistente lluvia. Su rostro aparecía considerablemente envejecido, tras aquellos siete meses de invierno pasados en Kiev. La continua meditación había conferido a sus ojos una tristeza profunda y casi animal. Durante aquellos meses de cautiverio, había envejecido años; pero era posible también que sólo fuesen apariencias, pues en Kiev se había dejado crecer la barba, y también el pelo crecía en gruesos rizos en tomo de sus orejas.

Zamák era un mozo de movimientos muy lentos. Aún estaba ocupado en arreglarse como podía el propio trineo. Fijó mediante una cuerda los paquetes de víveres, a los que trataba con gran cuidado como si fueran las niñas de sus ojos. Tenía una nariz chata muy cómica, en forma de pepino; los dos ojillos le saltaban continuamente con viva mirada, de un lado a otro. Había en su torpeza tanto buen humor natural, que él mismo acabó por descubrir su valor y exageraba su poca habilidad para divertir a los demás. Llegó a ser muy pronto popularísimo entre oficiales y soldados, sirviendo de cabeza de turco a toda clase de bromas y burlas. Moisés soportaba los chistes, a veces joviales, a veces groseros, con superior filosofía de buen sentido, en plena conciencia de su misión con jocosos guiños de reojo. Quiso hacer creer a toda costa que era el hombre más cobarde del mundo, cuando en realidad poseía impertérrita valentía. A Pedro, en cuya alma llegó a descubrir una grande y dolorosa tristeza, de fuente desde luego ignorada para él, le quería tanto que se hubiera dejado matar por él en cualquier momento.

Ante el trineo de *Moska*, estaba enganchada una yegua, y ante el de Pedro,

impacientábase un fuerte potro negro. La consecuencia de ello fue que al ponerse en marcha la caravana, el potro procuraba siempre alcanzar a la yegua, y cada vez que lo conseguía, le mordía el cuello. Ello provocó alegres carreras entre los dos trineos.

Cuando la caravana se puso en marcha a través de la nieve virginal varios de los hombrecitos agazapados ridículamente encima de aquellos trineos estrechos, rodaron en la nieve, lo que los más afortunados comentaban con fuertes gritos y carcajadas. Al mismo tiempo, empezaron a sonar en los tonos más variados, los numerosos cascabeles fijados en los cuellos de los caballos. Pedro tenía la impresión de que aquella caravana con los hombres que se agitaban gritando en la nieve, los trineos de tan cómicos perfiles y la inmensa llanura nevada alrededor, era un gigantesco circo en cuyo redondel irrumpiesen de golpe varios centenares de payasos, acompañados del tintineo de suaves campanitas.

Sin embargo, el viaje no resultó tan alegre y animado como en el momento de la salida. De una carretera digna de tal nombre no se puede ni hablar. Atravesaron campos cubiertos de nieve virgen, y en varios puntos, jinetes y trineos se precipitaron por barrancos y precipicios. Aquello les aconteció sobre todo a los cosacos de la escolta. Costó luego mucho trabajo izarlos con sogas de debajo de la capa de nieve, surgiendo después de penosos esfuerzos, cubiertos de lodo, junto con sus monturas. Los potros tártaros resistían mucho mejor tales bromas que los caballos de los cosacos, los cuales no estaban acostumbrados a los barrancos resbaladizos y a los peligrosos derroteros, inundados por los riachuelos helados producidos por la nieve fundida.

El cosaco de Pedro era un muchacho bajito, corpulento, simpático. Cabalgaba durante horas al lado del trineo, sin decir palabra y observando, siempre en acecho, con expresión de buena voluntad, cada movimiento del vehículo.

En la primera parada, Pedro ofreció almuerzo, copa y puro al cosaco, el cual fumaba con no poca satisfacción entre sus compañeros. Y escupía tan sonoramente y con tanto arte sobre la nieve, sin quitarse el puro de la boca, como si hubiera nacido no en Rusia, sino en la gran llanura húngara.

Moska trabó entrañable amistad con el cosaco. Le hablaba en su dialecto eslovaco, y, de una manera u otra, siempre consiguió darse a entender. El cosaco le dijo que, según el horario previsto, ya al mediodía hubieran tenido que llegar a su posada de aquella noche, la cual distaba del punto de partida apenas unas veintisiete verstas; sin embargo, a causa de la inundación y de la nieve que se fundía, tenían que dar enormes vueltas; así, podían estar contentos si llegaban a Ceitovo a medianoche.

El cosaco había dicho la verdad, pues eran ya cerca de las doce de la noche cuando, bajo la líquida luz de la luna, por encima de las llanuras nevadas que brillaban en pálido color perla, oyeron un lejano ladrido de perro. Desde la lejanía, brillaban en el horizonte unas luces anaranjadas.

Cuando Pedro y su grupo llegaron al pueblo ya habían despertado a todos los vecinos. Muchos incluso habían acabado la cena y dormían el sueño de los justos.

A Pedro, con unos cuantos oficiales más —Kölber, Bartha y aquel pequeño teniente Neteneczky que parecía tonto, y al que sólo se llamaba Netene^[35]— les tocó hospedarse en la casa hospitalaria de un tártaro muy rico.

El tártaro tenía dos mujeres. Ambas eran sucias, con cara aplastada; se veía perfectamente que usaban afeites. Tenían los dientes incisivos teñidos de negro, según la buena costumbre tártara, lo que daba un carácter espeluznante a sus sonrisas de bienvenida.

—Muchachos, en esta casa cenaremos asfalto —murmuró Netene, después de haberse presentado a aquellas mujeres tártaras como si se encontrase ante las damas de un elegante salón de aquella pequeña ciudad provinciana de la Transdanubia, en cuyo Instituto enseñaba Matemáticas.

El huésped era un hombre enorme, con amplios hombros y pecho; debía frisar en los cuarenta años. Como supieron después, era muy conocido y se llamaba Yak Miháylov Ragúzin.

El tártaro, después de saludar a sus huéspedes, dijo algo a una de sus mujeres, dándole una orden. La mujer se arrodilló en un rincón del aposento ante una caja tallada en madera y adornada con ricos colores, clavos y repujados de cobre. La abrió, y mientras la llave daba vueltas en la cerradura, la caja empezó a despedir unos sonidos suaves y agradables cual una cítara. Era una de aquellas famosas «cajas de música» tártaras en cuyo interior hay tendidas unas cuerdas muy sensibles, sin duda para que la llave dé el toque de alarma, cada vez que manos indebidas quieren abrirla. La tártara sacó de la caja unos instrumentos de cocina de forma extraña; algunos eran de plata.

Entretanto, los invitados habían tomado asiento en la amplia sala, como pudieron. La primera preocupación del cosaco de Pedro fue quitarse las botas mojadas, colocándolas con mucho cariño, junto con los trapos que le servían para envolver los pies, en el borde de la enorme estufa, donde empezaron en seguida a despedir humo.

Sin embargo, esto no podía empeorar ya más la atmósfera del aposento, tan espesa y densa que hubiera sido imposible esparcir por ella cualquier perfume nuevo. Desde luego, los trapos de los pies del cosaco se esforzaban en lo posible en tan loable empeño, desprendiendo cada vez más vapor.

En medio del aposento erguía una especie de tribuna con el samovar y una serie de tazas de metal, que parecían cubiertas de cardenillo. En torno de la tribuna, el suelo estaba tapizado de alfombras y pieles. En cambio, ni rastro de cama, mesa o sillas, por ninguna parte. Desde luego, calentaban el aire de la sala no sólo la estufa y la familia, sino también los animales domésticos. En un rincón, yacían pacíficamente dos terneros y varias ovejas. Al otro lado, dormían las gallinas y los gallos. Los tres

niños del tártaro descansaban en otro rincón, en medio de seis corderos de lana blanca.

Las tártaras servían té caliente y huevos frescos, pasados por agua. Los oficiales les correspondían con sardinas en conserva y otros manjares europeos, que las tártaras sostenían entre sus sucios dedos con mucha admiración, sin atreverse al principio a comerlos.

La conversación, que se desarrollaba mediante gestos y muecas, giraba en torno de temas tan simpáticos como sencillos. A veces, inesperadamente, mugía en un rincón algún ternero, como si hiciera sonar una trompeta, de sonidos cálidos, de la Tristeza. Por lo cual, también los corderos se ponían a balar, como si le contestaran en sueños. Pero los vástagos del hospitalario tártaro no se despertaban, y dormían como lirones.

Después de cenar, todos se echaron sobre la paja esparcida en profusión por el suelo, y rendidos por el largo trayecto en trineo, bien pronto se dejaron vencer por un profundo sueño.

Por la mañana, el cosaco despertaba a Pedro:

—¡*Podyam Gospódin Kapetán!*

Sin saber por qué, le tomó a Pedro por capitán. Tal vez por ser el único que se dejara crecer la barba.

Zamák ya estaba levantado desde hacía buen rato, y se dedicaba a tirar bolas de barro a los cuervos que anidaban por millares en los troncos mutilados de los sauces que rodeaban la casa, armando un ruido de mil demonios ya desde el alba oscura. *Moska* molestaba a los cuervos para que aquéllos dejaran dormir tranquilos a los pobres señores oficiales; con lo cual no logró, naturalmente, sino que cada vez que les tirara tierra, los cuervos se pusieran a aletear y volar por bandadas, graznando aún más infernalmente. Esto, desde luego, divertía enormemente a *Moska*.

Los oficiales, tan pronto como despertaron, se pusieron a palpar sus manos, cuello y caras, pues, en casa del tártaro abundaban los *jilapi*, o sea chinches, así como los ágiles *tarakánes* y otros parásitos. Difícilmente las empresas de desinfección se enriquecerían en aquellas lejanas regiones, pues, para los tártaros, matar un *tarakán* es un gran pecado. Consideran al bicho como un simpático animal doméstico.

Se había desencadenado una tempestad de nieve muy desagradable. Cuando se hubieron arreglado más o menos, y despedido de los huéspedes, la caravana estuvo lista, esperando la salida.

Al ponerse en marcha se vieron envueltos por una niebla tan espesa que apenas se adivinaba el trineo que precedía. Hacia las diez de la mañana, era preciso detenerse en la aldea tártara llamada Devlakitz, pues las carreteras estaban inundadas.

Cierto es que se había formado una fina capa de hielo, pero ésta no hubiese podido soportar el peso de la caravana hasta la balsa echada sobre el río Sviaga, tan

mísero y sucio, que ni el rubicundo *prapórchik*, se atrevió a pensar en detenerse en ella. Dio, pues, la orden de pasar, costare lo que costare.

Y el hielo se rompió. Los trineos se sumergían uno tras otro bajo el hielo, y lo que conseguían en tan heroica lucha los potros tártaros, era un verdadero milagro. Como si se dieran cuenta de que se les hacía responsables de preciosas vidas humanas, luchaban con salvajes bramidos, mordiendo el hielo, aferrándose a los trozos de hielos inseguros y vacilantes. La música de los cascabeles de los caballos quedó cubierta por el ruido de los témpanos de hielo, y por el griterío furioso y desesperado que surgía por todas partes en la niebla.

Por fin, tras una lucha de más de una hora, alcanzaron la orilla del río en que estaba la casita del balsero, sin pérdida de vidas humanas. Lamentábase tan sólo la fractura de la pata de tres caballos cosacos, a los cuales abandonaron allí con sus correspondientes jinetes.

El balsero disponía de dos balsas, cuyas sogas fueron rotas días atrás por la crecida del río. No les quedó más remedio, pues, que intentar el paso mediante palos transformados en remos, en medio de los bloques de hielo que cubrían el río. En la primera balsa, hubo un verdadero tumulto; un témpano de hielo rompió el timón, y los que la tripulaban —entre ellos, Kölber y Netene— pasaron el día entre temores de muerte, en medio de esfuerzos sobrehumanos, hasta que, por fin, ya entrada la noche, alcanzaron a duras penas la orilla.

La balsa en la que tuvo que embarcarse Pedro, fue capitaneada por el propio balsero. Era un ruso de bella presencia, con imponente melena, bigote de foca y una mirada suave y bondadosa. Las enormes e informes botas impermeables le llegaban hasta el talle. Tomó un rumbo distinto al de la primera balsa, y desde la salida, dirigió la frágil embarcación en fuerte ángulo contra la corriente. Ya cerca de la otra orilla, quedaron varados algunas veces; en estas ocasiones, entró en el agua con sus grandes botas impermeables. En más de un lugar, el agua helada le llegaba no sólo hasta el talle, sino hasta los sobacos; ello no obstante, se movía en aquella mortífera corriente con tanta familiaridad como otro en su comfortable bañera. Trabajaba con grandes barras de hierro provistas de ganchos; a veces se sumergía hasta el cuello; sólo su cabeza quedaba tocando encima de las olas, echando miradas confiadas y haciendo muecas a los ocupantes de la balsa. Hacía su trabajo muy concienzudamente y con mucho interés.

Bartha, que era un hombre de tierra firme, se agarraba con ambas manos al borde de la balsa, y le hablaba tiritando y en húngaro al ruso, cada vez que el frágil artefacto se balanceaba más de la cuenta:

—¡Cuidado, *batiuska*, que no nos hundas!

Esto les hacía reír a todos. Tras media hora de duro esfuerzo, desembarcaron por fin al otro lado.

Después de una carrera de trineos semejante a la del día anterior, sin olvidar las vueltas de campana y otras espectaculares caídas, llegaron por la tarde a una aldea rusa algo mayor, llamada Seryebinsk. Entonces, el tiempo se había aclarado ya bastante, y los oficiales descansaron al sol, en una plaza cercana a la iglesia del pueblo.

Mientras estuvieron esperando el relevo de trineos, echados sobre los equipajes amontonados en el suelo, abrióse de repente la verja de la hermosa casa de enfrente, ante la cual se erguían dos grandes olmos, acercóseles una señora joven y agraciada.

Les dirigió la palabra en un alemán bastante correcto:

—¿Puedo invitar a los señores a tomar una modesta merienda?

Tras la estatura esbelta, los bellos ojos de gamuza y la agradable y melodiosa voz, se escondía cierta extraña tristeza.

La señora los conducía a su casa, en cuya puerta con rejas se leía una inscripción misteriosa, en una placa de cobre: *Zemski vrach*.

Sólo una vez dentro se enteraron de que se hallaban en casa del médico del distrito. En la primera habitación, la mesa estuvo puesta en un minuto. Sirviéronles un té espléndido, varias clases de mermeladas, nata, fiambres, salchichas, pollo frío, carne asada de tocino, pasteles rellenos de miel y cierta clase de *pogacha*. La limpieza del mantel, el brillo de los platos y los vasos, y los cubiertos relucientes, alababan las delicadas y finas manos de la dama, que ya no era muy joven —no debía tener mucho más de treinta años—, pero en el rostro sufrido llevaba las huellas de una profunda y elevada reflexión y de una gran belleza marchita.

Los aposentos tenían el suelo en «parquet» y estaban amueblados según el gusto europeo. Después del comedor, se entraba en el salón, en el cual había un piano.

Apareció también el amo de la casa, que se llamaba Nicolai Ivánovich Krylov. Era un hombre de tipo muy ruso, alto, pero algo encorvado, con los obligados ojos azules. Su mirada colgaba de su cara con la misma melancolía y el mismo desorden que sus cabellos rubios y sedosos que le cubrían parte de la frente. Sus grandes manos eran blancas y blandas. Explicó que, en su juventud, había pasado varias temporadas en Alemania, tenía gran simpatía por los alemanes, y que consideraba como un terrible azote la guerra entre ambos pueblos. Su mujer había muerto hacía poco, y desde entonces, su hermana, Katerina Ivánovna Ilyina se ocupaba de su hacienda y casa. El marido de ella, oficial de artillería, estaba prisionero de guerra desde el mes de enero pasado.

Aquí, Katerina Ilyina tomó la palabra:

—Caballeros —dijo, volviendo su cara de franca y triste mirada hacia los oficiales—, hace unas cuantas semanas nos informaron, por mediación de la Cruz Roja, que fue trasladado a Hungría...

Añadió con mirada preocupada, temblando:

—¿Sabrían ustedes, por casualidad, cómo tratan en Hungría a los prisioneros de guerra?

Hubo un instante de silencio, después de lo cual los oficiales húngaros del grupo contestaron a la vez:

—¡Oh, Hungría...! Entonces no le quepa la menor duda, señora, de que le tratan bien...

Competían entre sí para consolar a la hermosa dama rusa.

Katerina Ilyina sacó su pañuelo y lo apretó sobre los ojos. También el médico fijó su mirada, conmovido, en el centro de su plato.

El teniente Vedres se dirigió hacia la señora y le preguntó:

—¿Sabe usted, señora, en qué ciudad se encuentra su marido?

—Sí. Se llama *Keniermeso*, o algo por el estilo... —contestó ella, no sin timidez.

—*Estegram* —dijo el médico, al ver en el rostro del teniente que no conocía ninguna ciudad de ese nombre.

Neteneczky fue el primero en comprenderlo, muy contento:

—Kenyérmezö, sí, sí... Cerca de Estergom.

—¡Pues entonces está muy cerca de Budapest!

—A pocos kilómetros de la capital, en un sitio encantador, junto al Danubio...

De todos lados afluían palabras de consuelo hacia sus huéspedes rusos, y Katerina Ilyina llevó su mirada esperanzada de un oficial a otro, con el rostro ruborizado. Esperó con enorme interés los relatos sobre la vida de Hungría.

Luego juntó las manos, uniendo los dedos como en una plegaria, y exclamó dolorosamente:

—¡Ojalá pueda ver aún una vez en esta vida a mi marido!

Apenas había pronunciado esas palabras, echó a llorar desesperadamente.

Los oficiales movilizaron toda la ternura de la que fueron capaces para consolar a la señora. Sólo Pedro no dijo nada, clavando los ojos, pálido e inmóvil, en el centro de la mesa.

Permanecieron cerca de media hora en torno de la mesa puesta. Después, los oficiales salieron al patio, para ordenar el equipaje y colocarlo en los trineos que habían llegado entretanto.

Pedro aún se quedó en la habitación. Cuando ya todos habían salido y el médico acompañó afuera hasta el último, se acercó a Katerina Ilyina, que se disponía a quitar la mesa, con los ojos húmedos.

Se detuvo ante ella, mirándola profundamente:

—Señora, quisiera decirle cuatro palabras...

Su voz sonó tan extraña que Katerina Ilyina dejó asustada el plato que tenía en la mano, y le miró sorprendida. Luego, se acercó a la puerta del salón.

—Pase usted... —le dijo excitada.

Al encontrarse frente a frente, sin sentarse, Pedro preguntó:

—¿Cómo se llama el marido de usted, señora?

—Alexander Petrovich Ilyin. De oficio, ingeniero...

La señora fijó su mirada insegura en el rostro de Pedro, como queriendo adivinar el porqué de su pregunta. Pedro cerró tras sí la puerta, con gesto instintivo, como si tuviera miedo de que alguien pudiese oír lo que iba a decir. Estaba muy pálido. Apoyose ligeramente en la mesa, y al hablar, de cuando en cuando cerraba los ojos:

—Señora, soy terriblemente desgraciado. No puedo resistir la condición de prisionero, y temo que me volveré loco... Hemos vivido juntos con mi mujer, sólo pocos meses... La quiero desesperadamente... Ayúdeme a huir, para que pueda volver a Hungría. Si logro mi propósito, el destino de su marido estará en mis manos. Tengo grandes relaciones en mi tierra, mi suegro es un alto magistrado... Le juro que haré todo lo posible por su marido...

Luego, sin dejar tiempo a que la señora le contestara y pronunciara siquiera una palabra, continuó:

—Créame usted, no hay nada imposible en el mundo, sólo hay que tener voluntad... He pensado que hacia el anochecer me quedaría atrás del transporte, y durante la noche volvería aquí... Usted me procuraría vestidos de paisano, y sin duda sería posible obtener una documentación cualquiera... Sólo es necesario que llegue hasta la frontera, de allí ya me arreglaría para volver a mi casa...

Su frente se cubría de sudor, mientras profería esas palabras, y miró a Katerina Ilyina con ojos que ardían extrañamente.

—Piense usted en su marido, señora —añadió con voz de súplica, dolorosa, y, no obstante, con cierto tono imperioso y convincente en sus palabras.

La mujer quedó profundamente conmovida por las palabras de Pedro, y se dejó caer inerte en un sillón. Pedro estaba ante ella, sin sentarse, con una mano apoyada en el piano.

Katerina Ilyina era incapaz aún de contestarle. Pasaba su fina mano por la frente, palpándola, como si quisiera tranquilizar los pensamientos que se perseguían dentro de ella en desenfundados remolinos.

Hubo un largo silencio, tan largo que Pedro ya tuvo que mirar impacientemente hacia la puerta, como si temiera que alguien viniera a perturbar su conversación, antes de que hubiese obtenido respuesta.

Katerina Ilyina levantó sobre Pedro una mirada de sus ojos color castaño claro, y dijo, en voz apenas perceptible:

—Esto..., lo que usted pretende... es imposible... Yo haría todo por usted, pero créame que le enviaría a la muerte segura... Usted no conoce Rusia ni a la policía rusa. ¡Oh! Sobre todo, desde la guerra... En la segunda ciudad le cogerían con toda seguridad, y yo no sé, pero a lo mejor le fusilarían... Lo que usted pretende es una

provocación al Señor... Mis fuerzas son demasiado débiles para ayudarle a usted... No lo haga, se lo suplico... ¿Cuánto tiempo podrá aún durar la guerra...? No podrá durar muchos años a lo mejor ya no durará más que algunos meses... Escúcheme y créame: vale más y es mucho mejor, que esperemos el final.

Se calló, y se advertía en su rostro que volvía a luchar con sus pensamientos.

Después, habló de nuevo, como si hubiera tomado nuevamente su decisión:

—No, no... sería una tontería... Mire, yo no arriesgaría nada... Sólo expondría la vida de usted... Mi conciencia no me permite darle un consejo afirmativo...

Pedro estaba pálido como la cera. No la miró, sino que fijó hurañamente su mirada en un punto invisible.

—No podría explicarle la compasión que me inspira —dijo la mujer, en voz apenas inteligible, y apretando el pañuelo sobre la boca.

Alguien abrió la puerta, pero Pedro ya no se dio cuenta de quién podía ser. Esforzose en sonreír con amabilidad, se acercó a Katerina Ilyina, hizo una profunda reverencia y le besó la mano silenciosamente.

Salió al patio con aquella sonrisa helada en torno de sus labios.

Ante la puerta, los trineos estaban listos para continuar el viaje, con nuevos caballos, y los oficiales estaban ya agazapados encima de los baúles.

Podían ser las cinco de la tarde. Según órdenes del *prapórchik*, debían alcanzar antes de la caída de la noche el pueblo tártaro de Ivanska, que estaba a unas quince verstas hacia el Este.

El sol ya se había puesto. Iban congregándose en el cielo pesadas nubes negras que colgaban a poca altura. Encima de las llanuras cubiertas de nieve, de hálito húmedo, pasaban graznando innumerables cuervos, y cuando uno u otro se ponía en el suelo, parecía como si en la lejanía alguien hubiese dejado caer sobre la nieve una enorme blonda negra.

Poco a poco, descendía ya el crepúsculo, y los cascabeles de los caballos tártaros llenaban aquellos desiertos campos nevados con extraña música. A través de los mismos volaba, como una bandada de golondrinas viajeras, la negra caravana de los trineos.

Poco después, la nieve comenzó a caer en gigantescos copos.

6

Ya era la una de la noche, y a través de la ventana abierta invadía la habitación un tibio y perfumado aire de mayo. Las montañas de Buda aparecían bañadas en la luz de la luna, pero se oscurecían a cada minuto, pues luz y sombra alternaban por encima del paisaje. Las colinas casi parecían moverse y flotar en las lentas y gigantescas olas de claro y penumbra. Un fuerte viento rugía entre los árboles, y en el cielo, la luna volaba rápidamente entre nubes. La silenciosa y muda huida de la luna era casi aterradora.

Miett cerró la ventana, pues la brisa, que aportaba olor de lluvia, ya empezaba a estrujar las cortinas. Se sentó de nuevo ante el escritorio, iluminado sólo por la lamparita con pantalla verde, y continuó la larga carta que estaba escribiendo a Pedro. Al inclinar su hermosa cabeza, el gran moño color bronce se hundía en la luz de la lámpara con reflejos rojizos incandescentes. Una trenza se había liberado y le colgaba sobre la sien, apareciendo en aquel alumbrado cual un gran trozo de ígneo metal. Mientras escribía, inclinó la nuca en ángulo agudo, escogiendo de esta manera la posición más incómoda posible, como hacen por regla general todos aquellos que rara vez escriben, y que a las pocas páginas ya sienten dolor en el cuello. Mientras iba escribiendo, su mirada tomaba una expresión, en la que se reflejaban claramente los pensamientos que fijaba en el papel. Acompañaba las palabras, y casi cada letra, de una mímica rápidamente cambiante, y las formas de las palabras y letras que trazaba se reproducían casi en la comisura de los labios, o en unos finos temblores de las aletas de la nariz, o del movedizo arco de las cejas. De vez en cuando, volvía la cabeza nerviosamente hacia el sofá, en el cual *Tomí* roncaba con sonidos casi humanos, o se incorporaba estirando las patas, para buscarse otro rincón.

El padre ya hacía tiempo que se había acostado, y toda la casa estaba tan silenciosa que hasta el más pequeño movimiento cobraba gran relieve y producía un eco poco menos que espectral. Se oía el rasguear de la pluma en el papel, en aquel gran silencio de la noche.

«... ayer recibí carta de tu madre, que está llena de preocupaciones por ti. Pero, ¿qué quieres que le escriba yo? ¿Qué consuelo podría esperar de mí, cuando ya he gastado toda mi energía, y no tengo a nadie a mi lado que pueda consolarme? Es terrible esta soledad, y no sé cuál de nosotros dos sufre más. A menudo, llego a desear que me ocurra algo, una enfermedad o dolor físico, cualquier cosa, con tal de que distraiga mis pensamientos que, a veces, giran locamente y siempre de nuevo en torno de sí mismos.

»Son tres las cartas de súplica que llevo dirigidas a Teresa, a Lausana, rogándole que viniera a pasar algunos meses conmigo, pero no me quiere

prometer nada. Con Teresa pasé dos años cuando yo era muchacha; es la única persona que me resulta verdaderamente simpática y cuya presencia me libraría sin duda alguna, de mis pensamientos torturadores.

»Sé perfectamente que no tengo ni el más mínimo derecho a quejarme, puesto que yo, por lo menos, vivo entre personas, sigo entre las mismas paredes y los mismos muebles, rodeada de todas nuestras amistades, mientras que tu sino debe de ser algo horrible.

»Sin embargo, Pedro de mi vida, créeme que tal vez me sea más difícil a mí que a ti, soportar esta situación. Soy mujer, más débil y más frágil que todas aquellas que conozco. Vosotros, los hombres, sois otra cosa, pero yo a veces paso noches enteras llorando. Al saber estas mis tremendas torturas, déjame hallar consuelo en la idea de que es por la situación en que te encuentras tú por lo que soy tan desgraciada, y que Dios no me ahorra aquellos sufrimientos que te ha infligido a ti. Y si me sabes desdichada, que te dé consuelo la seguridad de que mis tormentos son la más patente prueba de cuánto te amo y te añoro, esperando y deseándote. Mi vida, mi cuarto, mi mesa, mi cama, resultan terriblemente vacíos sin ti. Me preguntas, ¿cómo vivo? Suelo levantarme hacia las diez de la mañana, y Mili me trae el desayuno a la cama, pues a veces me siento tan débil que apenas tengo fuerzas para salir de la cama. La mañana pasa trabajosamente, hago todos mis quehaceres con la misma lentitud con que siento pasar los días. Ahora, soy siempre yo quien limpia nuestras dos habitaciones, y a veces voy de compras, porque a Mili le suele doler el pie. Luego, me queda tiempo hasta las dos; a menudo, son ya hasta las tres cuando podemos sentarnos a la mesa. A veces paso largos ratos con la vendedora de comestibles, cuyo pobre marido ha caído. Luego paso por el estanco, y también con Gisela nos quedamos charlando otro rato. Después de almorzar, suelo entrar en el despacho de papá, y hacia el atardecer le llevo de paseo. En estos tiempos vuelve a encontrarse delicado; come tan poco que me duele el corazón al verlo. No sé, y en vano se lo pregunto a Varga. Me dice que no le falta nada en absoluto, pero yo estoy temblando por él, hasta tal punto que de noche suelo ir a su dormitorio, para escuchar en la oscuridad su respiración. ¿Por qué no puedes estar junto a mí en estos trances? Es terrible esto, correr en camisa de noche, descalza, por el piso bañado en la más negra oscuridad. No sé, pero sufro de una sospecha y angustia que no sé explicarme, y que son horribles. Tengo miedo, y no tengo ningún motivo serio para ello. Es extraño, pero a veces también sufro de miedo de morir. En los tiempos que corren, ¡la Muerte está tan cerca de nosotros, siempre y por doquier! Aún no puedo consolarme, ni puedo creer que la pobre Olga haya muerto.

»Después de cenar, suelen bajar a veces los Varga. Algunas noches vamos al cine, otras sólo vamos Mili y yo, porque aún recordarás que a papá le repugna esta clase de espectáculos. En el teatro, sólo he estado dos veces, pues no me gusta ir porque siempre me hace llorar. Elvira me persuadió de que la acompañara a un hospital para convalecientes, haciéndome enfermera. En efecto, fui dos veces, pero no pienso volver más; todas aquellas mujeres con los delantales blancos almidonados y sus perfumes, no son de mi agrado. Elvira se ocupa de todo dándose tal tono de importancia, que yo encuentro completamente insoportable. Está en su elemento, trabaja desde la mañana hasta la noche; la Cruz Roja ha llegado a condecorarla por sus méritos. Yo, por mi parte, no resisto a la vista de los pobres soldados, tristes y enfermos. La mitad son mutilados, y la otra mitad simuladores y sinvergüenzas. El joven Madaras hace tres meses que está en el hospital, y Elvira me trae por las noches las murmuraciones ponzoñosas sobre lo que suelen hacer aquel muchacho y la coqueta de Galamb. Créeme, Pedro; no vale la pena estar entre la gente; prefiero mil veces quedarme sola con mis lecturas.

»Hace unos cuantos días, me crucé en la calle con Segismundo Pán, con uniforme de soldado raso. Que Dios me perdone, casi me moría de risa al verle así. Dijo Zsiga que ahora retira ya definitivamente todo respeto a la monarquía austrohúngara, porque tolera en las filas de su ejército a un soldado de tan baja estofa; quería decir: como él. El jueves pasado, vino a verme Pablito Szücs; acababa de llegar con unos días de permiso, de Belgrado. Le han condecorado con la Medalla de oro del Valor y charla más latosamente que antes.

»Me juró por todos los dioses que la guerra acabaría antes de dos meses, gesticulando y dándose un tono como si fuera él quien hubiese de acabarla. Me dijo: «Queridísima señora Mielt, escúpame en la cara si Pedro no está en casa dentro de seis meses como máximo». ¡Ojalá fuera así! Yo ya no puedo creer en tales profecías, pero es muy consolador que haya venido Szücs a sacarme de mi torpe indiferencia. Quiero mucho a Pablito Szücs; le dije que volviera frecuentemente. Le pregunté si tenía intención de casarse, pero me contestó que se ha hecho enemigo de la mujer para toda la vida y que nos detesta cordialmente a todas. Sin embargo, anteayer, por la noche, me estaba paseando con papá en la callejuela; había mucha oscuridad, y no creo haberme equivocado al creer ver a Szücs con Rosita, la criada de casa Varga; yo aparentaba no haberles conocido; ellos se arrimaron contra la pared y Szücs se cubrió la cara con la mano. Tengo la prueba de que eran ellos, porque hoy me he encontrado con Rosita por la escalera, y se ha ruborizado

mucho.

»De Juanito, sólo sé que salió nombrado alférez, que fue movilizado hace mucho tiempo, y que está en alguna parte del frente Norte. También este detalle lo supe por Szücs.

»Mi queridísimo Pedrito, te mando seis camisas y seis pares de calcetines en el paquete de hoy; los cuatro pares que son de lana, los he hecho yo misma, y te he comprado también camisetas de abrigo. El tabaco, te lo manda papá; sin duda te lo habrá escrito él mismo, su carta va en el mismo paquete. No te enviamos más cosas, pues tú mismo nos dijiste que suelen abrir los paquetes en el trayecto, y que roban la mitad. No me escribiste la última vez si recibiste bien el cojín que te había enviado. Es terrible; pasan largos meses antes de obtener contestación a una carta; nuestras misivas se cruzan siempre, no hay nunca ninguna relación entre las cosas que nos decimos mutuamente; es como si estuviéramos lanzándonos gritos, a través de tan tremenda distancia.

»Recibí ayer tu última carta enviada en vuestro viaje, ¡Dios mío, qué terrible debe de ser el río Volga! A papá ya le he hablado, es muy amigo del general Várkonyi, comandante de la plaza de Estergom, y un día de la semana que viene, iré yo en persona a verle. Haré todo cuanto me sea posible por ese Alexander Petrovich Ilyin.

»Cúidate mucho, ¡vida mía! No seas impaciente. Ahora ya vale más que nos conformemos y soportemos con resignación tan dura prueba; ya verás, el Señor nos recompensará y nos ayudará. Estoy esperando que vuelvas, como si te hubieras marchado ayer; tu camisa de dormir está preparada todas las noches al borde de tu cama.

»No pasa hora que no piense en ti; y con padre también sólo hablamos de ti siempre.

»Ahora ya sabes todo cuanto me ha pasado desde que te escribí aquella carta larguísima. ¡Dios mío! ¿Es posible que pronto haga un año que no te he visto? Y el porvenir aparece tan inseguro...

»Esta carta la dirigiré directamente a Tobolsk; cuando la recibas, creo que ya habrás llegado allí.

»Adiós, vida mía, piensa en mí y quíereme. Quiere a ésta tu triste mujercita que no te olvida, MIETT/».

Aquí se detuvo y no continuó escribiendo, pues las lágrimas se le asomaban a los ojos y era incapaz de distinguir las letras. Con expresión de miedo y desesperación, dejó pasear los ojos sobre los diversos objetos que se hallaban en el escritorio, como si buscara un refugio donde retirarse. Luego, se puso a lloriquear en voz alta,

procurando ahogar en la garganta, con la mano puesta ante la boca, los sonidos que querían surgir de la misma. Reclinó la cabeza sobre el brazo, y en esta posición continuó llorando.

Tomí saltó del sofá, se acercó a su ama e, irguiéndose sobre sus patas traseras, quiso subir a su regazo. Mas Miett lo apartó.

Poco a poco, se iba tranquilizando. Con el pañuelo minúsculo, que tenía apretado en la mano mientras escribía, secaba con mucha atención las lágrimas que habían caído sobre la superficie barnizada de la mesa. Luego cogió otra vez la pluma y añadió a su carta:

«Siempre te amaré, abrázame en tus pensamientos, tal como yo te abrazo a ti.

»Ya son más de las dos de la madrugada; afuera, el tiempo ruge extrañamente y la luna brilla con singular esplendor. Ahora me voy a acostar.

»El otro día, leí una poesía en un diario; se la enseñé también a papá; la recorté para enviártela, pero se ha traspapelado, pues no la encuentro. Se titulaba Mensaje a Tobolsk... Padre tenía los ojos arrasados en lágrimas mientras yo la leía en voz alta. La he leído tantas veces que ya me la sé de memoria, y te la voy a copiar aquí:

*En la casa vivimos nuestra vida de antaño:
el reloj da las horas, y la lámpara, luz.*

*En Tobolsk, allá lejos, cantan ráfaga y viento,
y no hay otra cosecha que los copos de nieve.*

*Con mi alma encendida de pasión, atravieso
el océano inmenso de la estepa mongol.*

*Por encima de nieblas, de abismos y de mares
doy mi mano a la tuya, de vencida tristeza.*

Estas líneas te envío por correo de nieblas:

¿Llegarán a tus manos, oficial en prisión?

¡Qué infinitos resultan los desiertos mongoles!

¡Muchos miles de leguas son tus muros de cárcel!

»¡Adiós, Pedrito mío! Te mando millones de besos, pienso siempre en ti y soy siempre, siempre tuya.

»Te ama eternamente tu MIETT».

Eran ya casi las tres cuando se disponía a acostarse. Abrió la ventana del dormitorio, y apoyada en un brazo, contempló durante largo tiempo las pardas nubes que aún galopaban por el firmamento y escuchó el bramido del viento.

Unos días más tarde, con una carta de su padre, se fue a Estergom a ver al general Várkonyi, comandante del campo de prisioneros de guerra. Llegó por la tarde, y el general se puso en camino con ella, sin demora, hacia las barracas de los oficiales rusos, para buscar a Alexander Petróvich Ilyin.

Por la ancha calle central de la ciudad de prisioneros, venían a su encuentro gran número de soldados rusos, con las gorras de plato; debían ser varios centenares, y todos eran parecidos, como si se hubiera multiplicado en muchísimos ejemplares el mismo hombre. Llevaban en la mano sendas gamellas que a veces entrechocaban. Aquella muchedumbre que iba en la misma dirección, dio a Miett la impresión de un rebaño de ovejas.

De repente, su vista fue atraída por una visión extraña. Encima del campo se erguía una montaña amarilla de piedras, por cuyo lomo iban subiendo millares de hombres cubiertos con capotes rojos, cual gigantesca diputación de espectros. La caravana serpenteaba como un hilo sin fin, y bajo el tórrido sol dorado, parecía como si corriera por allí un riachuelo de sangre en llamas.

—¿Qué es esto? —preguntó Miett.

El general se reía de su asombro.

—También son prisioneros rusos. No pudimos conseguir abrigos ni capotes, y compramos las existencias de una fábrica de mantas. Cuando salen de paseo, se cubren los hombros con esas baratas mantas rojas.

Llegaron ante la barraca de oficiales, en la que se percibía un movimiento como de colmenar. Algunos cantaban; se oía tañer una balalaika a través de una ventana.

El suboficial que acompañaba al general, entró en la barraca, y un minuto después, volvió con un prisionero ruso muy peludo; sólo las hombreras doradas indicaban que era oficial. Era un hombrecillo bajito y delgado, que venía tambaleándose al lado del suboficial, como quien acaba de salir de un oscuro calabozo y queda deslumbrado por la luz del día. Cuando se enteró de que era el propio general comandante del campo quien quería verle, su mirada reflejaba tan mortal susto como si temiera ser fusilado en el acto.

El suboficial colocó a Petróvich Ilyin ante el general y Miett. Miett se le acercó de un paso:

—*Parlez-vous français?* —preguntóle en un tono que parecía que estuviese a punto de llorar.

—*Oui, madame* —contestó Petróvich Ilyin, muy pálido, echando una mirada tímida y turbada al general.

—También mi marido es prisionero de guerra —dijo Miett muy bajito, buscando un poco las palabras francesas.

Petróvich Ilyin la miró, conteniendo la respiración.

—En Rusia, por casualidad, fue a parar a casa del cuñado de usted, donde le

trataron muy bien. Prometió a su señora que me escribiría y que yo procuraría ayudarle a usted, por todos los medios posibles, a soportar mejor esta triste situación.

Petróvich Ilyin estaba muy pálido y miró a Miett con una sorpresa en los ojos como si no la hubiera comprendido todavía.

—El cuñado de usted es médico en Cheliabinsk, ¿no es verdad?

—En Seriebinsk —corrigió a Miett, y sin ningún motivo aparente, miró hacia atrás, como si tuviera la sensación de que alguien estuviera a su espalda.

—Pues, yo ya he hablado con el general, y usted recibirá noticias dentro de breves días.

Petróvich Ilyin volvió a echar una rápida mirada sobre el general, el cual, sin duda, debía tener fama entre los prisioneros de hombre duro y severo.

El general no miraba al oficial ruso, contemplando con intensa atención la ceniza de su puro, como si no hubiera querido parecer presente en la conversación, que representaba, sin duda, alguna infracción reglamentaria.

—¿Usted es ingeniero?

—*Oui, madame...*

Dio un pequeño paso hacia atrás, creyendo que no lo notarían. Procuraba ocultar sus botas, que estaban completamente destrozadas.

Miett le tendió la mano:

—*Au revoir!*

Petróvich Ilyin mirose primero la mano, y al ver cuán sucia estaba, sólo la tendió a medias, turbado y tímido, de modo que fue Miett quien tuvo que coger en el aire los dedos de aquella mano indecisa que apenas si se atrevía a estrechar la blanca y fina de ella.

Miett hizo un saludo con la cabeza, sonriendo: también el general llevó la mano a su quepis, y Petróvich Ilyin dio media vuelta para retirarse a la barraca. Pero se puso en camino en sentido completamente distinto, y sólo después de pocos pasos se dio cuenta del error, volviendo a la buena dirección.

—Está muy asustado, el pobre —dijo el general, acompañando a Miett hacia la salida.

—Sin duda —dijo Miett en voz muy baja. Su alma estaba llena hasta rebosar de toda clase de sentimientos. Se sentía feliz.

Al día siguiente, fue a ver personalmente a uno de los directores de las fábricas Ganz, al que conocía, solicitándole empleo para el ingeniero ruso Petróvich Ilyin.

Unos cuantos días después, recibió carta de Teresa Agnier, en la que su ex señorita de compañía le comunicaba que había logrado arreglar los asuntos de manera que le sería posible pasar unas semanas con ella.

Una mañana, ¡por fin!, Teresa llegó. Venía de Suiza, y cuando saltó del estribo del tren, brillaron en el bolso, en los guantes, en el perfume, en el velo de viaje, así como

en cada una de sus prendas de vestir, la dicha y la salud de un pequeño país neutral. La guerra no era todavía muy larga y la gente en Budapest aún no se había dado cuenta de cómo iba enmoheciendo y deshilachándose; el cambio sólo saltaba a la vista cuando alguien llegaba de un país neutral.

Hacía tres años que Mielt no había vuelto a ver a Teresa. Ahora notó, con cierta sorpresa, las finas y minúsculas arrugas que estos tres años habían trazado en torno de los ojos de su amiga, que, desde luego, no debía tener más de treinta y cinco años, aunque por su exterior era imposible intuir su edad.

La voz, la mirada y los gestos eran vivos y amables, y todo su ser se caracterizaba por cierto infantilismo y camaradería confiados, a la par que por un irresistible humorismo, lo que desde luego no le impedía transformarse en el acto, para los extraños, en una dama fría, altanera y elegante. Poseía a la perfección el arte de mantener a la gente a distancia, sobre todo a los hombres. A Mielt siempre le habían encantado esas maneras, y cuando era muchacha, aprendió muchas cosas de Teresa.

Teresa aún era guapa. Las puntas de sus largas pestañas se torcían un tanto hacia atrás, lo que confería a la mirada de sus ojos azules una expresión de viva y continua curiosidad. Al hablar, aplastaba suave y agradablemente bajo la lengua las erres, y había algo en su voz que provocaba la sensación de que las palabras se fundían un poco, al ser pronunciadas por ella. Hablaba a la perfección el húngaro, aunque con acento extranjero, y sólo muy tardíamente cometía alguna falta. Los gestos y el porte traicionaban en ella, sin embargo, instantáneamente a la extranjera, sin que nadie hubiera podido analizar en qué se le descubría. Era casi incomprensible que no se hubiese casado, y nadie le conocía ninguna relación amorosa.

Precisamente aquella pureza abstracta era lo que Mielt quería tanto en su señorita de compañía. Estimaba y prefería a Teresa sobre todas sus amigas. En esta muchacha suiza, reuníase el encanto de la mujer francesa con la solidez del carácter alemán. Imponía respeto su cultura extensísima sin ningún lastre de pesada erudición, que la capacitaba para aclarar temas, a veces inabordables para Mielt: la alta política, la música, o la literatura mundial, con exactitud casi enciclopédica. Apreciaba en ella la lógica rápida de la razón pura, así como la elevación moral de su modo de pensar, con la cual pudo formarse un juicio decidido y aparentemente muy sencillo acerca de todas las cosas. Sin embargo, lo que sin duda más le agradaba, era aquel pudor especial que caracterizaba más que nada el refinadísimo ser de Teresa Agnier. Esta vergüenza pudorosa, tanto anímica como física, llegaba a veces a tales extremos que Teresa protestaba públicamente contra la presencia de Mielt incluso en momentos en los que la de otra mujer no suele ser un impedimento. Mielt no se acordaba de haber visto siquiera una sola vez el pecho desnudo de Teresa.

Desde que Mielt estaba separada de Pedro, durante los largos meses de su soledad, cuando a la hora de la siesta se revolcaba sobre el sofá, agitada por extraños

e inquietantes pensamientos y aun sentía en torno suyo las miradas perseguidoras, de algunos hombres desconocidos, miradas que había traído consigo de la calle y del tranvía, y que se le pegaban al traje o al cuello; y, sobre todo, cuando oía hablar de aventuras de otras mujeres, o veía planteado el problema en sus lecturas, se le aparecía siempre la figura pura y noble de Teresa Agnier. Teresa había podido conservarse inmaculada, y la virginidad le confería la alegría del alma, y la seguridad y la elasticidad del cuerpo.

Miett recordaba así a Teresa, y exactamente así volvió a encontrarla cuando descendió del tren. Se abrazaban y se palmoteaban en la espalda con griterío y alegres risotadas.

Teresa, después de haber exteriorizado la alegría de volver a verles, primero al padre, al que besó, luego a Mili y a *Tomi*, ocupó de nuevo, a la media hora de su llegada, aquel puesto que desempeñara antaño en el seno de la familia. Ocupaba el cuarto de Pedro, y dormía en su cama. Aquella noche, cenando, hubo otra vez tres personas en torno de la mesa, y padre le gastaba bromas a Teresa en el mismo tono de antaño; Miett tenía la sensación de que aquellos tres años que habían pasado desde la marcha de su amiga, constituían el capítulo de una vida que resultaba completamente irreal. Durante la presencia de Teresa la sombra de Pedro se había retirado imperceptiblemente de aquella morada. Teresa llegó a resucitar con fuerza irresistible los antiguos tiempos que parecían continuarse en el mismo punto en que habían quedado interrumpidos tres años antes.

Miett, al observarse a sí misma, notaba a veces, en los últimos tiempos, que sus recuerdos referentes a Pedro iban fraccionándose, perdiendo relieve. Sin embargo, no sabía si debía alegrarse o entristecerse. La mano de Pedro, que durante los primeros días de su ausencia, parecía extenderse, como si lo hiciera en realidad, hacia el cesto del pan, o jugar con sus movimientos acostumbrados con los palillos, hacía tiempo que había desaparecido del blanco mantel de la mesa. De la misma manera, habían callado las voces que la hacían estremecer, creyendo oír la del marido. Por las tardes, leyendo o dedicada a las labores en su cuarto, ya no sentía la extraña sensación de que la mirada de Pedro estuviese fija en su nuca.

Aquella noche, Mili, al preparar nuevamente la cama para la señorita Teresa, después de tres años de interrupción, dejó por última vez la camisa de dormir de Pedro sobre la almohada.

Después de cenar, cuando padre se había retirado a su cuarto, Teresa y Miett se retreparon cómodamente en el salón, entre los cojines del sofá. Miett sólo dejó encendida la pequeña lámpara con la pantalla color verde sobre el escritorio.

—Bueno, pues, ahora cuéntame con todos detalles lo que te ha pasado desde que te marchaste a Lausana...

—*Ah, mon Dieu!* ¡Mi vida...! —dijo Teresa con un ligero suspiro, pasándose la

hermosa mano por los cabellos rubios que se le escapaban por detrás de las orejas—. Mi pobre padre quedó espiritualmente muy abatido por nuestra quiebra económica total. Temo que no consiga resignarse nunca. Siempre me mira como queriéndome pedir perdón por haber tenido que venir a vivir con vosotros como señorita de compañía, tres años atrás. En vano le digo que, entre vosotros, he sido efectivamente una más de la familia, y que vivir aquí fue para mí un magnífico pasatiempo. ¿No es verdad? Mi padre tiene otro concepto de las cosas, es persona de muy poco sentido práctico. Mi hermano André está en Australia desde hace dos años, trabaja en una fábrica de productos químicos, y gracias a Dios los asuntos van mejor, ahora, porque André manda a casa todos los meses algunas libras esterlinas. En la última carta dice que piensa casarse pronto.

—Y tú... ¿Tú no piensas casarte nunca?

—¡Ah! —dijo Teresa, pues era costumbre en ella mezclar su conversación con suspiros. Sentada en el sofá, cubría sus hermosas piernas con su falda, como si tuviera vergüenza ante Miett—. ¡Yo, casarme! ¿Para qué? —Después, añadió en seguida—: Aún no he visto a tu marido. Enséñame un retrato.

Miett saltó del asiento y trajo la fotografía de Pedro que estaba en un marco sobre la mesa escritorio.

—¡Ah! —dijo Teresa con un suspiro de sorpresa agradable. Luego contempló el retrato durante mucho rato, detenidamente, y miró, bajo sus largas pestañas, a Miett—: ¿Le quieres mucho?

—Mucho —contestó Miett, pero como si entonces sintiera muy lejos de sí esa palabra.

—¿Cómo os conocisteis?

Miett se lo explicó, cuidándose de contar sólo aquellos detalles que proyectaran una luz favorable sobre Pedro, y presentando las cosas siempre de la manera que más debía corresponder a los gustos y preferencias de Teresa.

—¿Y dónde fuisteis en viaje de bodas?

—A Florencia. Te mandamos una tarjeta postal, ¿no la recibiste?

—¡Oh, sí! ¿Fue bonito el viaje?

Miett se puso a evocar las jornadas de Florencia. Involuntariamente, se extendía sobre ciertos detalles de los cuáles aún nunca había hablado a nadie, y al explicarlos ahora, se observaba a sí misma. Sin embargo, en alguna frase, para la que usara un prudente circunloquio, Teresa la escuchaba con expresión tan fría e impassible que pronto cambió de conversación.

Se quedaron charlando hasta las doce de la noche. Teresa declaró solemnemente que sólo había venido para tres semanas, lo que Miett consiguió hacerle prolongar, tras largas discusiones, a una semana más. Sin embargo, se acostó con la firme decisión de conservar junto a sí a Teresa hasta la vuelta de Pedro. Antes de dormirse,

proyectaba toda clase de artimañas para convencer a Teresa de que se quedara.

Estaba decidido que tan pronto como el tiempo mejorara un poco, irían a pasar ocho días a orillas del lago Balaton. Mielt venía proyectando la excursión al Balaton desde hacía tiempo; quería encontrarse otra vez con los recuerdos de tiempos más felices.

Una noche de junio, el mismo día de su llegada, bajaron con Teresa hasta la playa. Dieron una vuelta muy larga, contemplando la puesta del sol, tan suave que parecía una estampa japonesa, y que destilaba una extraña melancolía. Mielt buscaba en vano en aquel paisaje la tonalidad de las jornadas del estío de antaño. Sin embargo, cerca de la playa, encontró una vieja barcaza que yacía inerte en las aguas no muy profundas, medio llena de agua. Sus costillas negras estaban cubiertas de moho verde y mojado, y en la barcaza abandonada al cuidado del Señor y de las olas, Mielt acabó por reconocer al *Neptun*. Invadió una inmensa e incomprensible tristeza, al ver varada la vieja barcaza.

Hacía tres días que habían llegado, y a veces se paseaban por separado, ya en el bosque, ya por la arena de la playa. Un mediodía, Teresa apareció en la terraza en donde solían almorzar, acompañada de un muchacho alto, de cuello largo. El joven llamábase Benedek, y decía que era médico.

Benedek almorzó con ellas y cuando se fue, antes de que Mielt pudiera preguntarle algo, Teresa observó:

—Es un antiguo conocido.

Sin embargo, Mielt tenía la sensación de que Teresa no le decía la verdad, aunque no hubiera sabido explicar el porqué de esta sensación.

También al día siguiente, Benedek almorzó con ellas. Mielt encontró insoportable a aquel hombre de pecho estrecho y voz de bajo; tenía el pelo color de pan; y las grandes manos aparecían cubiertas de pecas rojizas y largos pelos blancos. La mano huesuda tenía unas articulaciones poderosas, y el dedo pulgar aparecía fuertemente retorcido, sobre todo en el gesto de llevar el cigarrillo a la boca. Una vez se encontraron incluso en la playa; Benedek vestía traje de baño, y Mielt notó que tenía unas clavículas enormes, como de bestia de carga, y que en su anatomía daban la sensación de un yugo.

Aquella noche, cuando Mielt ya se había acostado, Teresa dijo en tono indiferente:

—Bueno, me voy aún a pasear un poco por el muelle...

Mielt no vio en ello nada extraño. Dejó encendida la lamparita en la mesilla de noche y se puso a leer. Pero después de hora y media, le extrañaba mucho que Teresa no hubiese vuelto aún.

Ya eran más de las doce cuando, por fin, la suiza volvió.

—Ah, ¿todavía estás despierta? —preguntóle algo distraída.

Empezó a quitarse la ropa inmediatamente, con expresión que revelaba a las claras que estaba ocupada en sus propios pensamientos. Se acostó y se durmió en seguida. Desde aquella noche, Teresa salía regularmente después de cenar. A veces, salía antes de que Mielt se hubiera acostado, pero tampoco en estos casos le pidió que la acompañara.

Una noche, Teresa se quedó fuera tanto tiempo que el alba apuntaba ya tras las cortinas, cuando regresó. Mielt no reveló que estaba despierta y simulaba dormir. Sin embargo, durante las largas horas de la espera, había tenido tiempo de sobra para reflexionar sobre lo que ocurría. No encontraba otra explicación posible a los hechos, sino que alguna pasión fortísima debía haber arrastrado a Teresa, aunque de ningún modo llegó a rimar el gusto refinado y juicio selecto de la suiza con aquel Benedek. Fue para ella la máxima sorpresa que Teresa no procurase ocultar las escapadas nocturnas y que tampoco, durante el día se le notase emoción alguna.

Una noche, cuando Teresa ya había salido para sus misteriosas andanzas, también Mielt bajó a la oscura alameda, en la cual sólo a grandes distancias brillaba alguna bombilla eléctrica. Hacía ya más de media hora que se paseaba sola bajo los frondosos árboles, cuando en una curva vio la silueta de Teresa que desaparecía del brazo de un oficial rechoncho y bajito, sin notar la presencia de Mielt.

A Mielt, el corazón le latió fuertemente después de este descubrimiento. Experimentó la sensación del que descubre los rasgos verdaderos de alguien que deja caer inopinadamente el antifaz que hemos tomado por el rostro; Mielt se precipitó al hotel, se acostó y apagó la luz. Pero no podía conciliar el sueño, sino que clavaba sus ojos desencajados y medrosos en la oscuridad, pues tenía la sensación de que se habían abierto ante sus ojos las tenebrosas honduras de un alma humana. Recapitulaba toda la vida pasada de Teresa y poco a poco descubría unos detalles a los que en aquel entonces no había dado ninguna importancia, pero que ahora, de repente, cobraron un nuevo relieve; tal como la misteriosa pulsación del corazón aparece visible en la pantalla del aparato de rayos x.

Recordó que Teresa daba también clases de francés, y, al pasar revista a los alumnos que tuvo su amiga años atrás, se percató de que todos eran hombres solteros. Acordábase asimismo de que durante los dos años pasados bajo su techo, Teresa solía pasar cada mes algunas noches en casa de una parienta de su madre, por la Avenida Andrásy, volviendo a casa al mediodía siguiente. «Tía Amalia», así se llamaba aquella parienta; pero no bastaron dos años para brindarle a Mielt ocasión de conocerla.

Ahora le pareció incomprensible que, con su mente de muchacha inocente, no se diera cuenta de nada. Y le pareció que había perdido un pedazo importante del alma con el triste descubrimiento. Casi tiritaba en la oscuridad, bajo la gruesa manta.

En lo demás, Teresa continuaba siendo la misma de antes. Sabía ocultar su

verdadera vida con tan maravilloso instinto, tanto en toda su conducta como en su conversación, que Mielt, al encontrarse con ella durante el día, sentía a veces la sensación de considerar el descubrimiento nocturno como mera ilusión. Sin embargo, los hechos irrefutables la impulsaron de nuevo a la tristeza de la decepción y del desencanto.

Ella misma decidió abreviar un día la estancia junto al Balaton y cuando, pasadas las cuatro semanas convenidas, Teresa empezó a hablar de volver a Suiza, no hizo nada para retenerla.

Cuatro semanas antes, había abrazado a Teresa, en la estación, como a una hermanita pura de su corazón. La recibió con su voz tan conocida y su elegante equipaje, como un dulce recuerdo del pasado que hacía reverdecer las plantas secas de su infancia. Mas ahora, al acompañarla al tren, la vio partir como una persona extraña.

Al volver de la estación, paseándose sola por las calles, experimentó la sensación de que aquella mujer que, desde luego, no había hecho lo más mínimo contra ella y que, al contrario, durante toda su estancia procuró hacérsele agradable, alegre y divertida, acababa de despojarla y robarle alevosamente todo cuanto poseía.

Un sol brillante, de día; una luz argentina, de noche, acompañaban al vapor ruso Ermak, que subía el río Irtis con rumbo a Tobolsk. La orilla del este era una inmensa llanura vacía; la del oeste, en cambio, resultó ser accidentada, con escarpadas rocas y unas colinas que se esfumaban en las lejanías.

La región que iban atravesando, se parecía mucho a los paisajes del Volga. Desde luego, la nieve había desaparecido ya, y encima del río fangoso y amarillento, flotaba un sofocante fin de estío. A veces desfilaban por las orillas unos míseros puertos fluviales y minúsculas aldeas paupérrimas, que no ofrecían nada interesante a la vista.

Una tarde, aquel paisaje monótono fue azotado por un chaparrón formidable, borrando los contornos de la orilla. Después de la lluvia, las aguas del Irtis fueron aún más sucias y turbias.

Después del chaparrón, el cielo fue esclareciéndose por el Oeste y el sol volvió a surgir también, detrás de aquellas densas nubes de oro viejo, que parecían ruinas de cúpulas inmensas voladas con dinamita. El paisaje se llenó de extraños rayos solares bermejos, verdes y dorados, que salían oblicuamente por detrás de las nubes, encendiendo luces celestiales en las copas de los sauces. Iluminados por los rayos oblicuos del sol, pasaron encima del vapor un sinnúmero de patos silvestres. Los cuellos de verde esmeralda, cual sortijas relucientes, fulguraban al sol. Volaban tan bajo y tan cerca del barco que sus cuerpos informes y pesados casi rozaban la chimenea.

Bartha y Vedres, sentados en cubierta sobre sus maletas, se divertían imitando con los brazos los movimientos del cazador que tira sobre patos.

—*Pif... Paf...* —oíase, ya por la boca de Bartha, ya por la de Vedres.

Después de unos diez minutos de imaginaria caza, Bartha le preguntó a Vedres:

—¿Cuántos patos has matado, hermano?

—Veintiuno —contestó el teniente Vedres, con el tono de más firme convicción. Vedres era oficial de carrera, pero nada revelaba en él al militar profesional. Pertenecía a aquella clase de oficiales de infantería anteriores a la guerra que no pasan de tenientes aunque ya estén quedándose calvos, que deben dinero al camarero del café y odian la profesión. Su única esperanza estriba en encontrar a una muchacha rica para casarse con ella, pero tienen una reputación harto dudosa, y los papás acomodados guardan de ellos a sus hijas como si fueran leprosos.

Vedres era hombre silencioso, de buen talante y humor. Ahora levantó el brazo otra vez para «tirar» sobre un grupo de patos silvestres, haciendo, por excepción, un «disparo doble».

Un marinero ruso que les observaba, con el busto desnudo y los pies descalzos saliéndole de los pantalones grasientos, contempló la extraña «cacería».

Atraído por el ruido de los «disparos», también Zamák, asomó por allí la nariz aplastada, y mirando parpadeando hacía los patos bañados de sol, contempló con íntimo conocimiento de causa a aquellas aves grandes y pesadas.

—¡Son mayores que los que pasan por nuestra tierra! —observó en tono confidencial a los oficiales.

—Lárgate de aquí —le dijo Bartha—, y no te metas en los asuntos de los señoritos.

Zamák se fue lentamente, mas, por encima del hombro, miraba riendo a los «cazadores».

Pedro se asomaba a la borda, contemplando la sinuosa espuma amarilla que producía la proa del barco. Sentía el corazón sofocado por una especie de torpe y pesada melancolía como si fuera de plomo. La carrera del barco le hacía aparecer los arbustos y los árboles solitarios desfilando por las orillas, como si le hiciesen señas despidiéndole. La máquina del vapor, bajo las planchas de la cubierta que se estremecía débilmente, parecía desgarrarse a sí mismo, traqueteándole a él con gigantesco esfuerzo, en aquel barco, cada vez más lejos, cada vez más hacia el Este.

¿Adónde, hacia qué sino le estaba deportando a él, sobre las olas de un desconocido río ruso, aquel vapor, sumergido en todos sus rincones en un vaho cálido, sofocante y asqueroso de asfalto? Hacía ya más de un año que era prisionero, y desde entonces, les estaban echando de un punto a otro de la infinita estepa rusa. Tras los meses pasados en el enloquecedor aburrimiento del cuartel de Kiev, aquellos penosos desplazamientos por la región inundada del Volga, de una mísera aldea tártara a otra, perdiendo el tiempo en esperas inútiles, de varias semanas y a veces de meses... Chelyebinsk... Kurgán... Petropavlovsk... Tetyus... Sizram... nombres bárbaros y medrosos de poblaciones y ciudades, que se pegan al cerebro como las espinas de las ortigas, doliendo y haciendo manar sangre...

¿Dónde, cuándo y a qué orillas llegaría a echar anclas el *Ermak*, aquel viejo barco que se deslizaba sobre las sucias aguas?

¡Más de un año pasado en errabundos viajes, sumidos en una inseguridad que iba matando cuerpos y almas! Las únicas prendas de vestir, el único calzado, caían en harapos, y la aguja de Zamák apenas lograba mantener ya sobre los cuerpos los trapos y remiendos. Los soldados parecían haberse escapado de las bocas de los lobos, tan harapientos se encontraban.

En una ocasión, a principios del verano, un mercachifle judío les había susurrado al oído, con gran secreto, que Lublin habían caído ya y que los alemanes se acercaban a Varsovia. Esta noticia reanimó los ánimos durante varios días, la comentaban entre sí con gran sigilo y con fuertes latidos de corazón... Luego vino la orden que privó a los oficiales de los sables y del uso de distintivos. Y ahora, les estaban enviando aún más hacia el Este, hundiéndolos cada vez más profundamente en dirección del

infierno.

¡Si por lo menos él pudiera soportar su triste destino como sus compañeros! Aquéllos se sentían capaces todavía de reír, de gastarse infantiles e inocentes bromas; pero en el corazón de él, los pensamientos se helaban cual carámbanos de hielo.

Tal vez la vida ni siquiera era una realidad, sino sólo una mera imaginación confusa y caótica... El Irtis... el *Ermak*... y aún muy lejos, ante ellos, Tobolsk... ¿todo esto podría ser verdad?

Miraba meditabundo las olas surcadas por la proa del vapor, y se acordaba del *Neptun*. Vio sobre sí el firmamento color vidrio del lago Balaton, el espejo del agua que ardía en la luz del sol, en que parecían deslizarse los plateados copos de hierba virgen. Vio a Miett con la cabellera suelta, ninfa dormida; vio las líneas finas de los tobillos, el cuerpo color de miel; oyó los blancos golpes de ala de una gaviota, arriba por los aires, buscando con todos sus órganos sensoriales los más minúsculos recuerdos misteriosos de aquella mañana de domingo para él tan memorable. Como si quisiera descubrir en ellos aquel punto invisible e incoherente en el que el hilo de su antigua vida se había roto, saltando lejos como cuando se rompe una cuerda tendida, enrollándose en espiral.

«¡Miett...! ¡Miett...! ¡Miett...!», gemían las ruedas de la máquina a vapor del *Ermak*, mientras el buque iba abriéndose camino, al precio de enormes esfuerzos, río arriba, contra las fuertes corrientes del Irtis.

Cruzaron su mente en confuso torbellino centenares y centenares de recuerdos, desde el momento en que conoció a Miett. Al calcular el tiempo transcurrido desde aquella fecha, se dio cuenta de que hacía exactamente dos años, día por día, que una tarde de domingo se preguntó, en una callejuela de los viejos barrios de Buda, si debía ir, o no, a casa del doctor Varga, a tomar el té. Dos años antes, ignoraba hasta la existencia de Miett. Ahora, viose asaltado de golpe por el recuerdo de aquella tarde de setiembre, y sentía tan cerca de sí aquellos instantes, como si los volviera a vivir. Oía el son melancólico del *tárogato*, lejos, por los montes de Buda que parecía despedir al estío que se iba. Recordaba haberse detenido ante las vallas de las obras del balneario de San Gerardo, mirando por las hendiduras el solar revuelto sobre cuyos hoyos yacían, en un silencio dominical, los carretones de mano. E imaginó en el aire azul los lujosos aposentos de aquel futuro gran hotel, alumbrados por luz eléctrica, que se irían llenando con las alegrías, los lutos y los terribles trabajos de las más diversas vidas humanas.

Y desde todo aquello, ¿sólo habían pasado dos años? Le pareció ahora que aquellos recuerdos surgían de las lejanías inverosímiles de sus sueños.

Después, pensó en el momento en que descubriera los caracteres, a base de la escritura. Cuando, tras la mano de Pablito Szücs, una fina mano blanca habíase puesto sobre el papel. Sostenía la pluma con ligereza, e iba rasgando el blanco papel

al trazar en letras de color violeta el nombre: *Miett de Almády...*

Ahora le parecía sentir acumulado en el centro de su corazón aquel instante en que volvió la cabeza hacia la propietaria de aquella mano, y descubrió en la esfera de luz de la pantalla a la muchacha con el pelo color de bronce, que ya se ponía otra vez el guante, y le miraba con un rubor apenas perceptible en el rostro virginal, con las cejas enarcadas y los párpados entornados.

¡Miett!

Aquel recuerdo iba revoloteando con la fuerza terrible de una alucinación, mezclándose con las olas amarillentas, color de arcilla, mientras él permanecía de pie en la proa del vapor contemplando inmóvil las olas que se precipitaban. El *Ermak* traqueteaba cansado, río arriba.

Sí, Miett estaba efectivamente allí, a la luz templada de la pantalla de la lámpara, con su sonrisa irónica y alegre en los labios, mirándole a él desde su altura con cierto desprecio por su ciencia grafológica, y, sin embargo, con una expresión de humildad virginal: en aquel instante fue cuando le atravesó de pies a cabeza el misterioso rayo de su honda pasión, encendido por la mano de Dios, que no pudo ya desvanecerse en su interior y le acompañó siempre desde aquella tarde, sin cesar, en la luz del día o en la oscuridad de la noche, en el silencio o en medio de los infernales ruidos, en la soledad y en el torbellino de las multitudes, junto al escritorio americano de su despacho en el Banco, y por encima de los infinitos campos nevados del Volga; rayo misterioso e invisible, de irresistible fuerza, que embebe hasta las más hondas fibras de su ser con cierto color dulce, terrible y mortal. No hay huida posible bajo aquel rayo; en vano se debate ante él casi entre dolores físicos, cual bajo las garras de un tigre. Surge del traqueteo de las máquinas como un sonido; del brillo del sol del crepúsculo siberiano en forma de luz, y de las brisas que soplan suavemente hacia las orillas del Oeste, como un perfume. En la bodega del barco alguien toca una cítara tártara, y aquella música melancólica y tintineante ruge también. Viene irradiando de todas partes, como la idea obsesionante del loco que sería imposible desalojar de su cerebro ensangrentado.

«¡Miett! ¡Miett! ¡Miett!», lloraba en él desesperadamente una voz, y sus manos apretaban con tanta fuerza la baranda que casi se hundían en la madera.

Luego, todos los pensamientos torturados se desvanecieron de repente para ceder el paso a otra clase de visiones horripilantes y vacías.

No había instante en que no se le apareciera, al pensar en Miett, como figura de segundo plano, en el fondo, con contornos confusos, o alumbrada por los fulgores de su imaginación enfermiza, Miska Adam. No era capaz de explicarse a sí mismo la relación y, sin embargo, su fantasía llegó siempre de nuevo a movilizar sin saber dónde, en su traje de impecable corte, a aquel elegante Miska Adam. En tales ocasiones, veía a aquel fantasma surgido de su mente, acercarse a la cama de Miett.

Pedro sabía que el padre de Adam era general, y suponía, por lo tanto, que aún cuando Miska hubiese sido movilizado, sin duda le habrían dado un destino fácil y agradable, en la misma capital.

Por una carta de Mielt, se había enterado de la muerte de Olga. Mas aquella noticia no le trastornaba; ni siquiera le provocó una honda emoción. Los propios sufrimientos le habían hecho egoísta, y de la noticia de la muerte de la amiga de Mielt sólo sacó una moraleja para sí, que de la vida de su mujer había desaparecido una persona, símbolo vivo del derrumbamiento de la virtud y de la ética femenina, así como del griterío insaciable del hambre de amor. Aquella muerte casi llegó a tranquilizarle.

El sol estaba ya a punto de declinar completamente. Su círculo llegó a ser maravilloso y extrañamente violáceo. A la izquierda, la orilla se hacía cada vez más escarpada y accidentada; el río describía una enorme curva, casi en forma de cerco, y recibía en su lecho las aguas oscuras del río Tobel, cuyo flujo desplaza el propio lecho hacia el Oeste. Las altas rocas de la orilla iban desapareciendo, y antes de que el sol se hundiera bajo el horizonte, no muy lejos, en la península llana, apareció ante sus ojos, cual un paisaje encantado, un aterrador panorama, debido al pincel de un pintor romántico: la ciudad de Tobolsk.

El vapor se dirigió, describiendo una amplia curva, hacia el puerto, del cual acababa de salir en el mismo momento otro vapor de pasajeros.

En el puerto, una fuerte escolta militar aguardaba ya la llegada del *Ermak*.

Atravesaron la ciudad entre dos filas de soldados rusos, con bayoneta calada, bajo un calor tórrido.

Los barrios bajos de Tobolsk extendíanse a orillas del Irtis; sus casas sucias estaban construidas en madera. Y más allá del barrio tártaro, en una altiplanicie elevada, se erguía el barrio de los funcionarios, con la antiquísima ciudadela en el centro, con las redondas garitas y las casamatas rodeadas de murallas a manera de bastiones, que guardaban centenares de presos políticos rusos y presidiarios de toda laya.

La altiplanicie se erguía encima del barrio tártaro cual una empinada orilla. Los peatones subían a la ciudad superior por escaleras de madera. En la parte alta, cuando hacía sol, las cúpulas de las hermosas iglesias rusas brillaban con diversos colores: amarillo, azul, rojo y dorado.

Las calles de la ciudad superior, las aceras y calzadas, estaban cubiertas de excelentes tarugos de madera, de un palmo de grueso. Sin embargo, estaban muy poco cuidadas; apenas las limpiaban, de modo que, en varios puntos se hallaban totalmente enmohecidas. En otros puntos, las cubrían naranjas podridas, pieles de sandías, toda clase de basura, pero sobre todo, *cáscaras de pepitas escupidas de girasol*. Sólo transitaban por la calle, a esas horas, unas cuantas personas, que podían

ser comerciantes, sin cuello ni corbata, visiblemente sofocados por la ardiente atmósfera. Ante un escaparate, estaba parada una señora de aspecto distinguido, que contemplaba absorta las sombrillas expuestas por el comerciante, así como los demás artículos de moda. También iba masticando incesantemente el *seechki*, abriendo la semilla con la punta de la lengua, como el loro con el pico, escupiendo después en torno suyo la vaina.

Las contadas personas con que se cruzaron por la calle, no les prestaron la más mínima atención. Los transeúntes no se detenían a su paso, y apenas si les miraban. Sólo los golfillos de la calle seguían la comitiva. De una bocacalle salió una muchacha tártara, con botas altas, pantalones de hombre y camisa multicolor, sujeta en el talle por un cinturón. Sobre la cabeza, en un jarro de lata cubierto de orín, llevaba agua, y con una mano, conducía a un niño tártaro de cabeza pelada. El niño se arrancó de la mano de su hermana, para seguir el convoy de prisioneros. Sus rodillas desnudas brillaban, al correr tras la columna. Más allá, había un tártaro de barbas rojas, de pie en el portal de su casa. Estaba ataviado con un caftán de seda; en el cinturón, brillaba un *kindchal* de plata, en los pies desnudos calzaba zapatos europeos, y en la cabeza, un alto gorro de piel. Bostezó, acaricióse la larga barba roja que le llegaba hasta la cintura, pero no encontró a los prisioneros dignos de dirigirles siquiera una mirada.

En efecto, otro transporte de prisioneros no podía despertar en la ciudad la atención de nadie. Desde hacía muchos meses, Tobolsk estaba repleta de ellos, y si alguna mujer se les cruzaba por la calle, y volvía la cabeza, no dejaba de pensar: «¡Vaya, también esos han de venir a comérsenos los pocos víveres que nos quedan!». En aquella localidad superpoblada, los precios subían vertiginosamente en los mercados.

La gigantesca ciudad construida para los prisioneros y rodeada de altas vallas, se extendía en un terreno muy amplio, flanqueado en los cuatro ángulos por sendas garitas, a orillas del río. Cabían allí varias docenas de miles de prisioneros. La llamaban *Pod-Chuvas*, o sea «Primera Posada». Allí estaban alojados los muchos miles de defensores húngaros del fuerte de Przemsyl.

El grupo de Pedro fue conducido primero al *Pod-Chuvas*, pero en las barracas superpobladas de oficiales ya no podían caber. La tropa se quedó allí, mas ellos — catorce oficiales y otros tantos asistentes— fueron llevados aquella misma noche a la ciudad inferior, siempre a orillas del Irtysh, a una casa de madera, que en otro tiempo fue albergue de mercaderes tártaros transeúntes.

Aquella casa cubierta de un tejado de madera, era vetusta y de aspecto poco hospitalario. Era una casa solitaria, no lejos de los salcedos que bordeaban el río. En su estrecho patio, el estiércol yacía en montones de varios metros de altura, y debajo de sus vallas destruidas quedaban los charcos malolientes de las inundaciones del

Irtis.

—¡Qué la miseria se la lleve! —dijo Bartha, cuando se detuvieron ante la puerta de aquello que difícilmente podía denominarse mansión para personas.

El interior ofrecía un aspecto aún más desolador. Las paredes de los aposentos vacíos acusaban manchas de excrementos, y el techo aparecía cubierto de humo y de un grasiento y secular hollín.

Zamák se apretaba la nariz con los dedos y en secreto se reía a carcajadas, al ver las caras desganadas de los oficiales que acababan de dar una vuelta por aquella morada.

Pasaron la primera noche en el patio, durmiendo sobre las mantas extendidas en el suelo.

Por suerte, las noches no son largas en aquellas latitudes.

El sol declina en ángulo agudo después de las diez de la noche, y hacia la una reaparece de nuevo, un poco más lejos del sitio en que se ha puesto. E incluso aquellas pocas horas de noche pasan bañadas más bien en una especie de crepúsculo, que basta para leer el periódico, por ejemplo, haciendo un leve esfuerzo visual.

Cubriéronse por completo con los abrigo, pues desde el Irtis afluían espesas nubes de mosquitos. Algunos eran como la cabeza de una aguja, pero otros tenían el tamaño de una libélula.

Tan pronto como el sol apuntó en el horizonte, levantáronse todos inmediatamente. El capitán Doroviev, comandante del campo de prisioneros de guerra de Tobolsk, vino a visitarlos muy de mañana. Cojeaba fuertemente, a consecuencia de una herida recibida en la guerra ruso-japonesa. Demostró ser hombre de corazón; conversó con ellos amistosamente, y les comunicó que por ahora se quedarían en Tobolsk. Todos sabían perfectamente que «por ahora» significaba interminables meses.

Echaron mano de picos y palas y arreglaron primero el patio. Fue preciso evacuar el estiércol y llenar de arena los charcos, para obtener que les llegara un aire puro desde el Irtis. Los oficiales trabajaban igual que los asistentes, con la camisa arremangada.

Pedro, al apretar en su mano la pala, sintiose invadido por una especie de alegría y unas ganas de trabajar, como en la infancia, cuando iban a construir una casita, con los amiguitos, en el patio posterior. También los demás se sintieron llevados por el impulso ancestral de construir casas, pues sabían que arreglaban su propia morada.

Los tenientes Vedres y Rosiczky fueron, con varios asistentes, a la ciudad, para volver a mediodía con grandes paquetes de clavos, martillos y sierras, un carro cargado de maderas, útiles de albañilería, cal, brochas gordas, cubos y mosquiteros. En muy poco tiempo, el patio quedó inundado por el fuerte olor de la madera de pino, el zumbido de las sierras y los agudos gritos de los cepillos. Despachaban el trabajo

con rapidez que daba gusto.

Las camas fueron fabricadas con fuertes planchas de maderas colocadas sobre unos caballetes y cubiertas de sacos de paja muy llenos. Todos se fabricaban mesas y sillas según el gusto individual. De repente, cobró gran reputación Joska Baktai, asistente de Rosiczky, quien en la vida civil había sido oficial de carpintería en Kaposvár. Ahora se le confiaba la dirección del trabajo, que conducía como un general la batalla. A veces se le acercaba algún oficial, para quitarle de la mano la sierra o el cepillo.

La atmósfera se impregnó en torno suyo de la conciencia, algo confusa, de una nueva vida tranquila y de la fundación de un hogar.

Muchos de ellos se pusieron a silbar, mientras trabajaban a la manera de los artesanos auténticos Joska Baktai entonó una canción popular, triste y larga; los demás le acompañaron con sus voces.

Zamák estaba ocupado en evitar en lo posible todo trabajo serio. A veces echaba mano de una tabla o de una plancha, para transportarla sin motivo visible de un lado a otro. Se paseaba con aquellas largas planchas en la mano entre la gente trabajadora como un flemático payaso entre los sirvientes del circo que quitan febrilmente la alfombra del redondel.

Netenczky estaba sentado en un poste y dibujaba los modelos para los muebles futuros. Otros, Szentesi, Altmayer, Szabó y Lukács, se dedicaban a limpiar las habitaciones y, montados en escalas, blanqueaban las paredes. También de aquellas habitaciones vacías en las que resonaba todo ruido, llegaban alegres acordes de silbidos y canciones.

Después de unas cuantas horas de trabajo, Pedro tenía la impresión de llevar en sus manos brasas ardientes, pues sus palmas estaban deshechas por el cepillo y la sierra.

Desde por la mañana, muy temprano, hasta altas horas de la noche, trabajaron continuamente durante ocho días, hasta que la casa quedó terminada. Para que tuviera un nombre de sonoridad rusa, Pista Bartha la bautizó *Nyavalvá-Szálloda*, o sea «Hotel de la Miseria», y con grandes letras negras pintó esta denominación en un poste de pino, para clavarlo en la fachada del edificio. Sin embargo, Mezei protestó enérgicamente, y tras madura reflexión, denominaron la casa «Casa Húngara». Todos tuvieron que aceptar esta solución, pues Mezei era el primero en el escalafón entre todos, y los oficiales observaban entre sí cierta tácita disciplina.

Mezei, con las tonterías del rígido modo de pensar de los cuarteles, a veces les amargaba bastante la vida. Por lo demás, demostró tener un gran talento de organización, y muy pronto la vida del «Hotel de la Miseria» entró en una fase sana y ordenada. Porque en vano proclamaba la inscripción, en un marco adornado con los colores nacionales: rojo, blanco y verde, el nombre de «Casa Húngara» en la fachada

de la casa; todos la designaban por *Nyavalvá Szálloda*, desde luego, exceptuando al capitán Mezei, el cual, cada vez que oía ese nombre se creía personalmente ofendido, formándose de Bartha el concepto de un hombre de inteligencia completamente inferior. Reprendía duramente a los asistentes, cada vez que les sorprendía in fraganti llamando a la «Casa Húngara», «Hotel de la Miseria».

A veces, los oficiales iban a la ciudad para las comidas. En la Nomera Laskutnia se podía almorzar bastante bien por ochenta copees. La Laskutnia era una modesta fonda de tercera clase en la ciudad inferior.

Aunque el propio padrecito zar haya prohibido a todos los rusos, con severos castigos, la bebida de cualquier clase de alcoholes, Igor Krukov, propietario rechoncho y gordo de la Laskutnia, se hacía el tonto, como si nunca hubiera oído hablar de aquellas órdenes severísimas. Servía incluso cerveza helada. Y halagándole un poco, dándole amables golpecitos en la barriga, por unos cuantos rublos se le podía extraer hasta un excelente vino tinto de Crimea. Pero esto, desde luego, solamente con gran sigilo.

Los parroquianos de la fonda eran sabedores, a veces, de noticias de los frentes de batalla, aunque resultaba demasiado difícil formarse una idea clara con sus informaciones.

En la segunda semana, ya todos los muchachos estaban hartos de aquella manera de comer; resultaba desagradable, sobre todo, tener que formar militarmente, al mediodía, y atravesar la ciudad entre dos filas de soldados rusos con la bayoneta calada.

Decidieron, pues, organizar una cantina en casa. Causó graves preocupaciones la adquisición de la batería de cocina y vajilla, pues agotaría hasta los últimos céntimos. La cantina se debatía en graves apuros, desde el primer momento de su inauguración; por suerte, el carnicero ruso, y sobre todo los comerciantes tártaros, les abrieron amplio crédito. Casi les obligaron a aceptarlo. Aunque las autoridades rusas habían prescrito rigurosamente las cantidades de carne, el derecho de comprar por cabeza y día, por suerte, la inspección estaba en manos del *starchi* adjunto, el cual comía con sus *konvois* a su vez en la cantina, por lo cual no sentía la menor gana de protestar si un día era servido algún plato de superior calidad.

Una vez, un agente de la policía urbana cogió in fraganti a Zamák en la carnicería, comprando mucha más carne que la cantidad autorizada. El asunto hubiera podido presentarse muy mal. Sin embargo, *Moska*, con encantadora sonrisa, entregó un solomillo de ternera al agente de cabeza redonda, y el asunto quedó zanjado inmediatamente.

El mero aspecto exterior de la ciudad revelaba ya que Tobolsk estaba superpoblada. Había allí alemanes civiles internados, gente de todas nacionalidades, confinados rusos políticamente sospechosos, comerciantes tártaros y judíos, además

de los prisioneros de guerra. Todos estos elementos se consideraban entre sí como tácitos aliados, y tanto la calle, como el mercado, las tiendas y los consultorios médicos y dentales, sin hablar de los hospitales y de las iglesias, resultaron ser sitio magnífico para dar y recibir noticias de toda clase.

En aquel entonces, el número de los hombres de tropa húngara, prisioneros de guerra en Tobolsk, alcanzaba ya la cifra de nueve mil. Las viviendas de los oficiales estaban esparcidas por los puntos más distintos de la ciudad. Pedro y sus compañeros mantenían estrecha amistad, sobre todo con «*los de los osos*», llamados así por vivir en casa de un rico mercader tártaro, en cuyo patio se guardaban los osos, instalados en una jaula de hierro. Esos oficiales tenían, pues, con qué divertirse.

Si Zamák no aparecía por ninguna parte, se podía estar completamente seguro de poder encontrarle en aquella casa, trabando amistad con los osos.

Entretanto, el «Hotel de la Miseria» comenzaba a tomar formas agradables y humanas. Los montones de estiércol habían desaparecido del patio, siendo sustituidos por floridos céspedes. Y la parte libre del patio estaba siempre tan limpia y barrida como el suelo de una sala de baile.

En un rincón, un enorme olmo daba sombra; allí acudían todas las tardes Bartha, Vedres, Netene y Lajtai, para jugar al *kaláber*^[36], hasta que los mosquitos aparecieran para batirlos en retirada. Esas partidas solían dar lugar a violentas discusiones y hasta encarnizadas disputas. Tiraban sobre la mesa con caras rojas de indignación, los naipes, que eran obra de Altmayer, el cual los había dibujado sobre hojas de cartón con lápices rojo y azul. Los reyes representaban a los primeros tenientes, los *superiores*^[37] a los tenientes, los *inferiores* a los asistentes más populares. *Elrico* de Rudenz enarbolaba el semblante de Pedro. Ningún teniente, ni tampoco ningún ayudante, quiso servirle de modelo para el *superior de calabaza*^[38], hasta que Zamák se sacrificó y aceptó servirle de modelo.

Mientras los demás se entretenían jugando a las cartas, Pedro talló con el cuchillo figuras de ajedrez, en unos nudos de madera de olmo, sumergiéndose en el trabajo silbando alegremente. El cuchillo le hacía daño en la mano, y le volvió a la mente aquella caída de tarde en la calle del Teniente, cuando, sentado junto a la mesa, había tallado en el tarugo de madera que le habían dado las dos muchachas, la palabra *Szeretlek* (Te quiero).

Rosiczky descubrió en un viejo bazar tártaro de la ciudad, una cítara de ocasión. Estaba sentado todo el santo día en el umbral de la casa, tañendo aquel instrumento.

Pedro compartía su cuarto con Kölber. En la reducida habitación había perchas, sillas, dos armarios y dos mesitas de noche, así como dos mesas con cajón, todo tallado en madera de pino. La ventana estaba protegida por un mosquitero.

En el piso había seis habitaciones. Bartha vivía con Szabó, Lukács con Altmayer, Rosiczky con Latjai, Netene con Csaba. La última habitación, algo más grande, fue

ocupada por tres oficiales. Hirsch, Szentesi y Vedres. A Mezei se le asignó una habitación más pequeña.

En una de las salas más amplias de la planta baja, dormían los catorce asistentes, y en otra, aquellos cinco *konvois* de bayoneta calada que ejercían la vigilancia sobre los prisioneros, bajo el mando del *starchi*. Hallábanse igualmente en la planta baja la cocina y la despensa, y, además, otra sala, que servía de salón y de comedor común para los oficiales.

Los *konvois* molestaban poco; aceptaban sin vacilación alguna hasta el menor copec, y según una observación muy justa de Netene, estaban compuestos sólo de una gorra, una barba y un par de botas.

Había entre ellos uno al que era casi imposible mirar. Se apellidaba Yurovsky, tenía cara de gorila, una nariz aplastada y ancha, y todo el aspecto de una fiera. Si Yurovski estaba cerca de ellos, ponían sordina a la conversación, aunque Yurovsky no entendía ni una palabra de húngaro.

Ya estaban a mediados de setiembre, cuando Pedro recibió la carta de Miett. ¡Una carta escrita en el mes de mayo...!

Retirose a su habitación, no bajó ni para almorzar, y durante todo el día estuvo bajo la impresión producida por aquella carta. Las cosas de casa se le aparecían con singular relieve. Como si hubieran estado tranquilamente sentados, en torno suyo, en el reducido cuarto del «Hotel de la Miseria», todos, Miett y su padre, su madre y Pablito Szücs, Juanito y los Varga, aquella hermosa criada de los Varga llamada Rosita, y con sus encorvados hombros de vieja, la sorda Mili. Ni *Tomi* faltaba, pues le parecía verlo extendido en el suelo, en un rincón, mirándole con ojos atentos y tristes, por debajo de los gruesos cepillos de su entrecejo.

Pedro se paseaba muy agitado de un lado a otro, por la habitación. A veces se detenía ante la mesita de noche, en la cual había dos retratos, con marcos de madera de ramas de olmo. Uno, era un viejo daguerrotipo desteñido y pálido, que representaba a su madre en la época de la recién casada. El otro retrato representaba a Miett. Era un retratito de aficionado, hecho por Zsiga Pán. Miett aparecía en el retrato sin sombrero, calzando zapatos blancos; detrás de ella, se veía la playa soleada y el lago Balaton. Miraba hacia el objetivo con las cejas fruncidas a causa del sol, y una ligera brisa pegaba a sus piernas la ligera falda azul.

Pedro contempló durante mucho tiempo aquel retrato. Luego cerró los ojos, y se quedó delante de él en esta misma actitud.

Por la ventana abierta se podía oír correr el Irtis, empujado por fuerzas misteriosas, bajo los sauces, en su inmenso lecho amarillo. Y desde alguna parte de las infinitas lejanías, el viento traía hasta allí el olor del humo de los incendios en las estepas de la Siberia del Norte.

Pasó otro verano. Las tardes soleadas pusieron a hurtadillas una tristeza indecible sobre los cristales de la ventana, y Miett, por las mañanas, sentada con peinador ante el espejo, encontraba siempre que sus ojos eran demasiado profundos y dolientes.

Después de la marcha de Teresa, transcurrieron monótonos los meses. Ahora ya evitaba incluso a aquellas personas que antes aún iba a ver de tarde en tarde. Decidió reanudar el *Diario íntimo*, para confiarle sus ideas y sentimientos, pero al tercer día ya no acertaba a escribir en él, pues hubiera tenido que repetirse y, así, quedaba meditando en vano, apoyada en los codos.

Paulatinamente, se apoderó de ella cierta debilidad física y espiritual. A veces se sentaba para escribir una carta para Pedro, pero sin impulso para acabarla, por no saber materialmente qué decir.

Una mañana, cruzose en la escalera con Rosita.

Pensó en la escena de su último encuentro y le preguntó:

—Oye, tú, Rosita: ¿Qué quiere de ti el señor Szücs?

—¿De mí?

Se puso encarnada como una amapola.

Miett la amenazó burlonamente con el dedo enguantado.

Por las tardes, llamaba a veces a Rosita, para que bajase y planchar juntas en la cocina. Le agradaba tener junto a sí a aquella muchacha agraciada, de piel blanca, con las muñecas tan finas que cualquier elegante señorita se las hubiera envidiado. En su hablar simpático y tímido, en todo su ser había tanto encanto especial, que Miett no se cansaba de escucharla durante horas y horas.

Esas tardes eran su máxima diversión. Planchar ropa era una de las grandes pasiones de Miett. En tales ocasiones, Rosita le hablaba de su pueblo, donde su padre era carpintero de obras. Sabía contar inocentes historietas del señor maestro, de la mujer del judío bizco, de Patóes, el gañán fuerte como un toro a quien gustaba mucho pelear, de Perke Szú, la cingara, que cada noche se transformaba en gallo, de Liditzki, el viejo barón que, aunque no se llamaba así, Rosita no sabía pronunciar mejor su apellido de sonoridad extranjera, y que criaba «gatos americanos» en el castillo, y era tan gran cazador que hasta en el paraguas tenía siempre dispuestos sus cartuchos.

Miett la trataba maternalmente. En ciertas ocasiones, se divertía vistiéndola, transformando para ella algún antiguo traje de casa. No era de extrañar que se divertiera mucho al vestirla, pues Rosita poseía un fino instinto para la elegancia, tenía un talle de avispa, y a Miett la quería tanto que, en cualquier momento, hubiera inmolado por ella su vida. Escapábase continuamente del piso de arriba para venir a verla, y poco a poco se acostumbró a ella como la gatita en la casa ajena.

Una tarde, llamaron a la puerta y Mili entró asustada:

—Señorita... He aquí un señor extranjero... No sabe hablar húngaro.

Cuando estaba asustada, trataba de «señorita» a Miett.

Miett se disponía a salir, cuando apareció en el marco de la puerta del comedor Alexander Petróvich Ilyin.

Estaba tan cambiado, que en el primer instante ni siquiera le reconoció. En su mano llevaba un par de guantes de gamuza; calzaba botas de charol y un uniforme verde flamante. En sus hombros brillaban doradas charreteras. Estaba recién afeitado y llevaba el pelo rubio claro peinado con esmero.

Desde la puerta, tendía ambas manos hacia Miett; su mirada estaba llena de alegría y emoción, y dijo:

—*Vous souvenez-vous de moi, madame?*

Miett, algo turbada, se ruborizó al darle la mano, pues en el primer momento no se acordaba del nombre del ruso. Lo condujo al salón y le invitó a que se sentara.

Petróvich Ilyin sentose cautelosamente en el sillón. Contó que desde hacía cuatro semanas trabajaba en las fábricas Ganz, donde le trataban como a un caballero, y tenía autorización para circular libremente por toda la ciudad. Entretanto, había recibido dinero de su casa, pero no quiso venir a visitarla antes de que estuviera listo su uniforme nuevo.

Llevaba en la mano un paquetito envuelto en papel de seda, que no parecía querer soltar ni a tiros.

Miett estaba algo confusa, pues aún no daba con el nombre de la visita, evitando cuidadosamente nombrarle directamente. Le enseñó el retrato de Pedro. Petróvich Ilyin contempló largo rato aquella foto, y su cara se ensombreció. Entretanto, sus labios se movían silenciosamente, como si hablara a aquel ausente. Luego, con un movimiento cariñoso, volvió el retrato sobre la mesa, evitando que el marco chocara sobre la misma.

Más de una vez la conversación quedó interrumpida por pausas más o menos largas; en tales ocasiones, Alexander Petróvich fijaba su mirada en el suelo. Poco después, se levantó para despedirse. Se puso a desenvolver aquel objeto cubierto con papel de seda, y sus manos temblaban. El papel chasqueaba entre sus dedos.

Por fin, apareció un icono ruso muy antiguo, que parecía ahumado, en un viejo marco dorado y carcomido.

—Señora —dijo muy pálido y con cierta solemnidad, como si recitara una lección aprendida de memoria—, soy vástago de una familia rusa de rancio abolengo. Mis antepasados han rezado durante muchos siglos ante este pequeño icono, y el Señor siempre los ayudó. No podría ofrecerle ningún objeto más preciado, y ruégole que lo acepte. Verá como el Señor la ayudará también a usted...

Estas últimas palabras las pronunció en voz baja.

Miett volvió la cabeza y se echó a llorar. Sin embargo, procuró ocultar sus

lágrimas. Se dio cuenta tan sólo de que Alexander Petróvich se inclinaba y le besaba la punta de los dedos.

Su padre, que trabajaba en el despacho, se levantó y asomó la cabeza por el marco de la puerta, para ver quién estaba con Miett. Vio asombrado que atravesaba la habitación, no tocando la alfombra persa sino con la punta de las botas, un oficial ruso, sin mirar en torno suyo; sus labios temblaban y tenía los ojos llenos de lágrimas. El padre continuó mirando en su dirección, cuando el ruso ya había desaparecido hasta el recibimiento.

Entró entonces en el salón y se enteró por Miett de lo ocurrido. Se acercó a la ventana, y se quedó allí durante mucho tiempo, con las manos en la espalda y contemplando la calle, con mirada vaga.

Así pasó también el mes de setiembre. De Pedro, no llegaban noticias a veces durante muchas semanas, hasta que el correo trajo tres tarjetas postales a la vez. Pero esas tarjetas no contaban nada nuevo.

Un domingo, por la mañana, Miett encontró ante la iglesia de la Ciudad Interior a la señora Cserey^[39], a la que no había visto desde su casamiento. Eran parientas lejanas.

—¡Mañana iré a verte! —exclamó Matilde, antes de desaparecer entre la gente.

Y, efectivamente, a la mañana siguiente hizo su aparición. Sentose frente a Miett, con las piernas cruzadas con mucho garbo, y enderezando el talle cual una señora de palco. Tenía los tobillos tan finos como una niña. Su tez era algo rojiza, y se le veían los dibujos delicados de finas y azuladas venas, sin que aquello la afeara ni mucho menos, antes bien, la hacía interesante. Su talle era esbelto y frágil, llevaba muy altas sus cejas de fino arco, y se leía en su cara, en la que la vejez, ya próxima, estaba disimulada con tanta técnica como arte, que debía de haber sido guapísima.

Matilde iba hacia los cincuenta años. Su marido había sido gobernador civil, pero habiendo heredado una fabulosa fortuna, pasaron el tiempo viajando y no existía capital importante en Europa en la que no se hubieran sentido como en su casa. Su única hijita murió a los ocho años, y desde entonces, la memoria de aquella difunta irradiaba fina y discretamente en toda la existencia holgada de los padres. Tristeza de ricos...

El modo de vestir de Matilde revelaba no sólo su esbelto y frágil cuerpo, sino además la elegancia de su alma y de su espíritu. Llevaba un traje castaño sencillo, cuyas mangas estrechas se pegaban juvenilmente a los codos.

Abrumó a Miett con toda clase de preguntas sobre su vida, y contó que habían vuelto del extranjero hacía poco. La guerra los sorprendió en París, más logaron escapar en el último momento de ir a Alemania.

En su hablar, no hubiera sido difícil descubrir cierta cadencia melodiosa. A veces pronunciaba alguna palabra con acento francés, pero sin afectación alguna. Hacía ya

una hora que estaba allí, despidiendo en torno suyo la atmósfera de los grandes hoteles extranjeros, pronunciando con familiaridad los nombres de hombres célebres, a los que conocía personalmente, pero sin que ello pudiera saber a presunción. Su charla era harto agradable; se la podía escuchar con un interés siempre vivo, pues, aunque hablaba mucho, nunca se perdía en superfluos detalles.

Ya estaba a punto de marchar, y se ponía los guantes, de color de hoja caída, cuando miró a Mielt con atención:

—Estás muy pálida, querida... Creo que tomas demasiado a pecho las cosas. Pues te aconsejo que no tomes muy en serio la vida, porque, en este caso, se vengará de ti. Me lleno de pena cuando pienso en ti. ¡Eres tan joven y tan guapa! La gente te conoce y habla mucho de ti. Te recuerdan de cuando eras soltera. A mí me suelen preguntar continuamente: «¿Qué se ha hecho de aquella Mielt de Almády, tan hermosa?». Has desaparecido completamente de la circulación. Saben que existes, y vives en la imaginación de tus amigos de antaño como una condesita encantada, encerrada en un castillo sobre el que pesa una maldición. Pues bien, ¡tu vida debe de ser algo terrible! Deberías tener relaciones. Si durante algún tiempo no mueves la mano, se te duerme, ¿no es verdad? Si la mantienes inmóvil excesivamente, se atrofia. Pues de la misma manera sucede también con el alma, con el pensamiento. ¿Sabes jugar al bridge? ¡Lástima! Todos los jueves, organizo en mi casa un té con bridge que tiene mucho éxito. Ven a verme este sábado; tendré muchísimos invitados, todos gente muy interesante. Eres muy guapa; tu presencia sería un adorno más para mi salón. ¡Ah! No sé por qué las mujeres se vuelven tan feas, actualmente... ¿Por qué será? ¿No encuentras que es así? Es una generación lamentable. ¡Qué alegría poder ver a un ejemplar humano como tú! Trae contigo también a tu papá... ¡Ah! ¡Ya! ¡Claro está! Él no va a ninguna parte. ¡Lástima...!

Cuando Mielt la hubo acompañado hasta la puerta, Matilde le dijo aún desde la escalera.

—¡Cuento contigo! ¡Mandaré mi coche a buscarte!

La visita de su allegada había sacudido a Mielt de su pasividad e inercia. Se daba cuenta que así no podía seguir, y se preparaba con alegría a la fiesta del sábado. Sólo entonces comenzó a estar verdaderamente contenta con aquellas medias de seda de París que Teresa le había regalado. Con gran frecuencia se vestía con trajes de noche, probándose todos los vestidos. Por fin, optó por un traje de seda verde esmeralda.

Aquella tarde envió a buscar al peluquero, el cual levantó su cabellera en un moño inusitado. Cuando Mielt, completamente lista, se contempló en el espejo estaba contenta de sí misma. Le parecía oír aún la voz de Matilde, que la envolvía como una música agradable y embriagadora:

—¡Eres joven, eres guapa! La gente te conoce y habla de ti... ¿Qué se ha hecho de aquella hermosa Mielt de Almády?

Encargó a Mili que hacia medianoche fuera a buscarla. Llegó con cierto retraso, y sintiose algo confusa al entrar en la gran sala de recepción, con columnas, de los Cserey, en la cual ya había reunido unos veinticinco o treinta invitados. Los hombres vestían frac o uniforme de gala, las señoras lucían elegantes trajes de noche, con profusión de sortijas y alhajas. Alguna piedra desprendía febriles centelleos.

Miett se daba cuenta de que había perdido la costumbre de tratar a la gente, y en los primeros minutos, bajo el nuevo moño, encontró rara la propia voz.

Matilde la cogió de la mano y la presentó a varias señoras de edad que pertenecían manifiestamente a la flor y nata de la alta sociedad. Cambió con ellas algunas frases banales, contestando con voz un tanto velada a sus preguntas, sintiendo perfectamente que todas aquellas palabras sólo servían de pretexto para que aquellas damas pudieran examinarla de los pies a la cabeza.

Antes de que se llegara a nuevas presentaciones, empezó la cena. Su vecino a la izquierda era un señor anciano, que hablaba en voz baja, y al hablar, cerraba a veces los ojos durante varios segundos. A la derecha se sentaba un joven, de esa clase sabiamente criada que, a los dieciocho años, ya produce el efecto de un hombre maduro, sobre todo llevando frac. Colocó también la servilleta sobre las rodillas como si sostuviera la brida de su montura. Miraba fijamente alrededor, sin decir palabra. La dura pechera le embarazaba visiblemente.

Miett miró en tomo suyo, pero no pudo descubrir ni un solo conocido. Desde luego, de muchos rostros tenía la impresión de haberles visto ya en alguna parte. Sobre todo, el vecino de la izquierda le parecía muy conocido. Estaba contenta de que, durante la cena, no tuviera que hacer esfuerzos para conversar. Divertíase observando cuidadosamente a las personas que se sentaban en frente, con aquella clase de interés que pueden merecer siempre las caras desconocidas. Encontró sobre todo divertidísimo el semblante de una señora cincuentona, que llevaba el pelo negro azulado tan brillante y prieto que el peinado acusaba con exactitud la forma del cráneo. Llevaba unos enormes pendientes de esmeralda, y el cuello del vestido de terciopelo oscuro cerrábase lo más alto posible. La cara era amarilla, y bajo la nariz chata casi desaparecía la barbilla. Todo concordaba en ella, para producir el efecto más perfecto de un pato silvestre macho. Hasta su hablar venía a subrayar esa impresión, pues, al abrir la boca, parecía graznar.

Al lado de aquella señora se sentaba un coronel, con la guerrera de húsares cubierta de dorada pasamanería. Hablaba con afectación, en alemán. Podían descubrirse en su rostro, inmediatamente, los rasgos característicos de la raza tudesca. Su alargada cara, sin bigote ni barba, era roja como la remolacha, y el cráneo cilíndrico estaba cubierto con un pelo rubio color de lino, que parecía pegado con cola sobre la cabeza.

También estaba una dama joven cuya belleza de muñeca demasiado regular

estaba tan desprovista de atractivo, que la mirada, involuntariamente, se deslizaba sobre ella sin detenerse.

Durante la cena, Miett había cambiado unas cuantas frases con el vecino de la izquierda, cuya cara le parecía muy conocida, y al que parecía despertar cada vez de un profundo letargo.

Encontró por demás simpático a ese hombre tan silencioso, y, sin poder explicarse el por qué, adivinó en él una cultura más elevada y profunda que la de los demás invitados. Tenía la sensación de que a su lado, incluso callar era agradable y lleno de sentido.

Por contraste, le cansaba tanto más el mutismo rígido y casi cómico del vecino de la derecha. Sospechó que debía ser el hijo de unos ricos hacendados de provincias, y formuló su pregunta a tenor de esta suposición, dirigiéndole la palabra después de cierto tiempo:

—¿Qué le gusta a usted más: las aves de corral o la caza?

El muchacho le echó una mirada de gratitud, aunque se turbara en el primer momento. Parecía agradecerle en el alma que no le hubiese planteado un problema de mayor alcance. Tras un momento de breve reflexión, con la cual quería darse importancia, optó por la caza.

En el curso de la conversación que Miett entabló de esta manera, confíole que en las últimas cacerías de Betléer había matado un oso enorme. Lo dijo en un tono natural, como si la cosa no mereciera mencionarse, pero precisamente por ello hacía el efecto de una gran presunción.

Miett notó durante la cena que un caballero, sentado al otro lado de la mesa, algo más lejos, retenía a menudo su mirada sobre ella. Sus ojos se encontraron algunas veces, y Miett no evitó al pronto aquella mirada. En los ojos de aquel señor no había familiaridad petulante, ni interés equívoco, sino cierta expresión emocionada. Era un hombre fuerte, bastante gordo, con cara poco interesante, pero simpática, que revelaba un temperamento sencillo y sano. Por eso llamaba más la atención su expresión algo triste, al mirarla. Sus hombros anchos llenaban completamente las hombreras del elegantísimo frac, de impecable corte.

Al acabarse la cena, Miett pasó al salón, acompañada por el vecino de la izquierda, sentándose ambos bajo una enorme pantalla de lámpara bordada de blondas de color albaricoque. Se sentaron en un banco italiano negro, tallado a mano, lo que les permitió deslizarse hacia una conversación sobre el arte de aquel país, tema que estaba en consonancia con el tono distinguido y un poco aburrido de la reunión. Miett estaba muy bien informada sobre el particular, aunque tenía bien cuidado de no citar sus lecturas, pues instintivamente y desde el primer momento se dio cuenta de la cultura profunda y completamente superior de su interlocutor. Entregose, pues, valientemente a sus instintos naturales al hablar, y notó con gran satisfacción que

aquel amigo desconocido, del cual ignoraba hasta el nombre, escuchaba sus palabras con los ojos entornados y la cabeza un tanto ladeada, con simpatía no fingida. Veíase en él que encontraba interesantes y dignas de interés aquellas impresiones puras y subjetivas tan exentas de la falsa importancia que suele darse en una cultura meramente superficial.

Miett sintió rejuvenecer su espíritu después de aquella conversación, como si su cerebro acabase de cumplir un deber tonificante.

Estaba hablando de Miguel Angel Buonarotti, cuando su interlocutor observó, algo distraídamente, como si hablara consigo mismo:

—Henry de Rugnet ha escrito un pequeño estudio sobre él, que merece todas mis preferencias.

La actitud y el tono revelaban que no le interesaban el tema ni la reunión y que se había retirado a aquel lugar con Miett por darse inconscientemente cuenta de que la compañía de una mujer joven y guapa le producía un agradable placer estético.

—Pues bien, continúe —dijo a Miett.

Ella vacilaba.

—Temo que mi opinión no pueda interesarle mucho.

Adivinaba en su interlocutor una especie de catedrático de Universidad.

—Se equivoca usted. La opinión que la belleza merece a la belleza es siempre interesante. He podido observar a menudo en los museos italianos a damas jóvenes de todas las naciones. Es un instante maravilloso, cuando una hermosura perecedera, que sólo mora en esta tierra minutos, por decir así, atraviesa aquellos templos del arte, contentándose al saludar con una mirada a sus hermanas, las hermosuras eternas... Perdón, continúe usted.

Miett, mientras hablaba, miró hacia la chimenea, como si incluso por la espalda se diera cuenta de las miradas que irradiaban hacia ella.

Junto a la chimenea, estaba de pie un oficial de ulanos, alto y esbelto, que no la perdía de vista. Pero no pudo ver su cara en la penumbra.

Miett continuó la conversación, algo turbada. Su amigo se levantó poco después para despedirse.

Matilde vino a sentarse a su lado:

—Bueno, querida, ¿cómo te sentías en compañía de ese gran hombre?

Matilde pronunció con cierta unción el nombre de un escritor muy conocido cuyas novelas y retrato Miett conocía muy bien. Ahora comprendió por qué aquel rostro le parecía muy conocido, mientras que su voz no evocaba en ella ningún recuerdo.

Matilde condujo a su allegada al otro extremo del enorme aposento, entregándola a un joven alto con enorme melena, un popular compositor, que charlaba con un grupo de señores, de pie. Se llamaba Sármany, y tenía por costumbre cruzar los

brazos sobre su pecho, siempre que tenía ocasión de hacerlo. Su rostro era ridículamente moreno, lleno de minúsculas verrugas, como si algún día un barril de pólvora hubiese explotado a su lado. Hacía saltar de un lado a otro sus ojillos, que tenían reflejos de desconfianza, tanto hacia las personas como hacia los objetos. Al encender un cigarrillo, miraba bruscamente si lo que tenía en la mano era verdaderamente un pitillo, y hacía lo mismo con el fósforo. En general, parecía extremadamente nervioso. Miett intentó, con un arrojito digno de encomio, entablar conversación con él, logrando su objetivo sólo a medias.

Mientras conversaba con Sármany, se dio cuenta de que aquel señor fuerte y rechoncho, de cara simpática, que tenía la mirada fija en ella durante la cena, estaba ahora a su espalda, como si esperara algo. A pesar suyo, volvió la cara hacia él.

—Señora... —dijo el desconocido—, quisiera decirle dos palabras.

Miett le miró sorprendida. Hizo un ademán involuntario hacia atrás con hombros y cabeza, como si con el gesto rechazara casi con hostilidad a aquel hombre que antes no había visto nunca.

—¿A mí? —preguntó admirada.

—Sí.

Pronunció esta palabra en voz muy baja y sensitiva, con una tenue sonrisa tímida, como si presentara una súplica.

—Sentémonos bajo aquella lámpara —dijo Miett, en cuya alma la curiosidad conseguía triunfar sobre el resto.

—Tengo un recado que darle, señora...

Pronunció estas palabras con acento extraño, de modo que en el alma de Miett evocaron inmediatamente un halo de misterio.

—¿De parte de quién? —preguntó con curiosidad un poco asustada y mal disimulada.

El hombre contestó en voz aún más baja:

—De Olga.

A Miett le faltó hasta la respiración.

—Usted, ¿quién es?

—Yo soy Elemér Koretz.

Miett no preguntó más, pues comprendió inmediatamente la situación. Después de un instante de silencio, Koretz tomó otra vez la palabra. No miró a Miett; fijose distraídamente en el centro de la mesa, mientras iba hablando, y se le notaba en la voz que estaba conmovido.

—En su lecho de muerte me dijo: «Si un día encuentras a Miett, dile que la he querido mucho y que me duele el corazón de no poder despedirme de ella...».

Hubo un prolongado silencio. Miett bajó los párpados durante un largo minuto, para preguntar luego, muy bajito:

—¿Sabía la pobrecita que iba a morir?

—Lo sabía.

Miett hundió su rostro en sus manos; luego, blanca como la cera y con voz susurrante, dijo a Koretz:

—Hábleme de ella...

—La quería a usted muchísimo... La citaba en la conversación muchas veces... Me decía siempre: «¿Ves?, no soy más que un pobre gusano, lleno de faltas y defectos... Miett, ¡es otra cosa! Es el alma más pura y más hermosa del mundo». Siempre me ha hablado de usted como de una personalidad excepcional... Y me hizo prometer solemnemente que le remitiría su mensaje. Yo ya la había buscado, pero al enterarme de que su marido era prisionero de guerra, temía que pudiera dar una falsa interpretación a mi acercamiento... Suponía que un día u otro nos encontraríamos...

Miett miró a Koretz, meditabunda, como si hubiera querido comprender en un instante a aquel hombre, al hombre que le había robado a su desgraciada amiguita. Preguntóle en un tono rayando en la hostilidad:

—Usted, ¿cómo la había tratado? ¿La quería?

Koretz asintió casi imperceptiblemente. Luego, dijo:

—Sí. Fue un juguete para mí... ¿Sabe usted?, aquella clase de juguetes por los cuales uno, según en qué situación, sería capaz de asesinar o pegarse un tiro. Tenía veinte años menos que yo, y yo la trataba como a una niña.

—¿Cómo murió? —preguntó Miett, susurrando.

—Es toda una historia... Se lo explicaré, puesto que no tengo a nadie con quien hablar de ella. Durante los últimos meses tenía fuertes calenturas, y mis intentos de consultar a un especialista fueron vanos. Quería enviarla a Davos, pero yo no hubiera podido acompañarla, y sin mí no quería dar ni un solo paso. Era capaz de engañarme con el termómetro y ocultar su fiebre. Por fin, la llevé por fuerza al médico. El profesor la auscultó y le dijo: «¡Váyase a casa, hermoso diablillo, que no tiene nada!». Desde luego, yo había concertado con él de antemano que me escribiría la verdad a mi despacho. Al día siguiente, recibí la carta del profesor. Tampoco yo tenía ninguna esperanza; sin embargo, el dictamen del médico me aterró. Era una condena a muerte. Apenas me atreví a volver a casa, temiendo que se notara algo en mi cara. Después de comer, se sentó sobre mis rodillas, como una niña, saltaba, estaba alegre, me acariciaba la cara, los ojos, y de repente, con un movimiento brusco, me quitó la cartera del bolsillo interior de la americana. Otras veces solía hacer lo mismo, pero únicamente porque en ocasiones estaba verdaderamente enferma de celos; desde luego, sin motivo alguno. En tales casos, examinaba detenidamente hasta la hoja más insignificante de papel. Buscaba cartas de amor. Me exigía explicaciones minuciosas sobre cualquier apunte de mi libreta de notas. Nos perseguíamos, luchábamos, y solía subirse hasta a los muebles, antes de devolverme los papeles... Yo, por regla general,

aceptaba esos juegos, pues en ellos era encantadora... Pero entonces, me acordé de que la carta del profesor estaba en mi cartera... Le cogí la mano, pero la retiró con la rapidez de un rayo, pues mi gesto confirmaba sus sospechas. Yo quería recuperar a toda costa mi cartera, pero ella volcó la mesa y logró escaparse. La reñí enfadado, brutalmente, a lo cual me contestó del otro lado de la mesa, gritando con rabia y odio:

»—¡Ah! ¡Esta vez te he cogido!

»Se precipitó al cuarto de baño y cerró la puerta. Dominado por una agitación terrible, procuré abrir a la fuerza aquella puerta, pero era más fuerte que mis hombros. Cuando logré forzar la entrada, ya tenía en su mano la carta y la había leído. Estaba completamente fuera de mí, le arranqué la carta groseramente y solté alguna palabrota muy fuerte. Me desplomé casi sin conocimiento sobre una silla, pues me daba cuenta de lo cruel que era todo cuanto acababa de ocurrir. Después, reaccioné al notar que estaba sentada en el suelo y lloraba a lágrima viva. Levantó los ojos hacía mí, como si implorara perdón: «Es igual, no te enfades —balbuceó—, ¡yo que había creído que era una carta de mujer...!».

Koretz se interrumpió un instante.

—Lo que sucedió más tarde, constituirá para siempre el recuerdo más terrible de mi vida. Ocho semanas después murió.

Koretz se calló y frunció el entrecejo. Su rostro tenía en este momento una expresión brutal, como si estuviera luchando contra el dolor que le aquejaba en su interior.

Miett se apretó el pañuelo sobre la boca. Se recostó en el sillón para retirar el rostro de la luz de la lámpara.

Ambos permanecieron silenciosos durante mucho rato. Koretz, al colocar el brazo sobre la mesa, seguía con un dedo las filigranas de las incrustaciones de la misma. Por fin, fue Miett quien rompió el silencio, en tono más libre y más ligero, como si se hubiera podido desahogar del llanto reprimido:

—¿Su madre vive aún?

—Sí, está en un sanatorio, cerca de Viena.

Se sumieron otra vez en el silencio saturado con el recuerdo de aquella simpática muchacha. Olga volvía a los pensamientos de Miett, reproducida con fidelidad en mil diferentes actitudes y ademanes.

Koretz, para cambiar de tema, se volvió hacia Miett:

—¿Cuánto tiempo hace que su marido está prisionero?

—Más de un año.

—¿Vive usted en casa de sus parientes?

—Vivo con mi padre.

Se pusieron a hablar, informándose mutuamente de sus vidas respectivas en un tono de antiguos amigos, lo que no hubiera sido posible sin el recuerdo de Olga.

Miett notó que pasaban a su lado, a veces, grupitos de invitados, o que se detenían algo más lejos, observándolos. Tenía la impresión de que hablaban de ellos. Durante toda la noche pareció que ejercía una impresión extraña sobre la gente.

Volvió involuntariamente la cabeza hacia la chimenea, y observó con sorpresa que el oficial de ulanos aún estaba allí, completamente solo, apoyado en un codo sobre el mármol de la chimenea, sin quitar la vista de ella.

Todo parecía indicar que desde hacía mucho rato no había cambiado de posición.

Miett se estremeció ligeramente ante el descubrimiento, pues casi equivalía a una confesión. Bajo el influjo de la mirada del desconocido, que irradiaba hacia ella desde la oscuridad, palpándole casi el cuerpo, se arregló con un gesto involuntario el traje en los hombros, como si quisiera cubrirlos.

Sin embargo, apenas llevaba escote, y sólo se podía ver una punta de sus hombros rosados, que emergían en un arco espléndido de la seda verdemar del traje. Aquella minúscula mancha de desnudez brindaba a la vista unos matices aterciopelados bajo los efectos de la luz, y su rica cabellera, con aquel moño en forma especial, brillaba con sensuales reflejos de bronce, al mover la cabeza.

Miró su diminuta pulsera de diamantes y observó sorprendida:

—Ya son más de las doce...

Se dispuso a retirarse.

También Koretz se había levantado, y le ofreció acompañarla a casa en el coche.

—¡Oh, muchas gracias...! —dijo Miett, con un matiz de protesta en su voz.

Habiéndole vuelto la espalda a medias, notó casi inconscientemente que el oficial se acercaba a ella.

Koretz hizo una profunda reverencia:

—Adiós, pues... —le dijo Miett, mientras le tendía la bella mano, vertiendo un máximo de calor en aquellas dos palabras.

Al dar la media vuelta, se encontró frente a frente con el ulano. Le miró a la cara sorprendida, mientras su corazón se ponía a latir más intensamente.

El oficial estaba plantado ante ella, con las manos hundidas en los bolsillos de la guerrera.

Tenía una de aquellas caras que captan inmediatamente la imaginación.

Una tez morena, y en medio de la cara, la tranquila expresión de los ojos azules, color de acero, cuyas miradas parecían venir desde muy lejos. Una mirada así suele pesar sobre aquel a quien mira; hay miradas que penetran en las almas cual puñales. Mas en aquellos ojos no había nada punzante, cortante ni agudo. Atravesaban a la persona en la que se fijaban, hundiéndose en el cuerpo y llegando hasta el tuétano; pero al mismo tiempo, dejaban mirar en sí propio. En el fondo, se reflejaba una franqueza inigualable y un sinnúmero de pensamientos que ni siquiera intentaban esbozarse. Aquella franqueza era casi aterradora, porque exigía otro tanto de la

persona que los ojos estaban mirando.

Era un rostro extraño, que no se parecía a ningún otro. Rasgos oblicuos y mal dibujados todos, con ángulos agudos y superfluos. El pelo, corto y despeinado, acabábase junto a las orejas en patillas, y era tan fino como el miraguano. El color era también de un gris azulado, como finísimas plumas de ave, de debajo del ala.

El oficial era un hombre alto y esbelto, y se dirigió a Mielt con un tono de antiguo amigo.

—Estoy esperando la ocasión, señora, desde hace mucho tiempo, para poder cambiar cuatro palabras con usted...

Mielt le miró sorprendida.

—Pero... ¿Nos conocemos nosotros? —preguntó algo turbada, volviendo a sentarse, y arreglando en torno suyo los cojines de seda. Sintiose invadida por cierta sensación ligera y agradable, como una especie de grato desmayo que no hubiera podido explicar.

El ulano se sentó en un sillón.

—Yo, por lo menos, la conozco a usted...

Echó una mirada rápida sobre Mielt, desde la punta de su zapato dorado y fino de corte, hasta el moño que parecía un enorme lirio color de bronce.

—¿De dónde?

—Hace años, la vi más de una vez en el campo de tenis... Luego, si no me equivoco, nos habíamos encontrado una tarde en un té. Usted aún no estaba casada. Y anteayer la vi en la orilla del Danubio. Se paseaba en la parte baja, en el muelle. Llevaba un fox-terrier... y parecía sumergida completamente en profunda meditación...

—¡Caramba! —dijo Mielt, como si no creyera a sus oídos, pues era incapaz de evocar en su memoria aquella cara.

—Sí —dijo el oficial—, y créame que no me fue difícil recordar que ya la había encontrado...

Mielt se ruborizó ligeramente. Esto la hacía aún más bella, en su turbación virginal. El oficial la contempló durante unos instantes, silencioso, y como regalándose con tan hermosa visión.

—Hace unos instantes, ustedes dos estaban hablando de una muerta...

—Sí. Tuve que llorar la pérdida de una buena amiga.

—Lo sé... Olga; así se llamaba.

—¿La conocía usted?

—Solo superficialmente. Pero conozco hasta los últimos detalles de su historia. Era una muchachita valiente. Y, ya ve usted, debió precisamente a su valentía que la vida le recompensara de antemano con una muerte tan prematura. Vivía; amaba; se desenvolvía con frenesí... Me han dicho que la habían hecho viajar. Saboreó París,

vio el Bósforo, se paseó por los parques de Inglaterra y los nevados Alpes suizos. ¿Qué más puede desear una mujer? Y le daban dinero, mucho dinero, para que lo despilfarrara. Y lo despilfarró.

Miett no contestó durante unos instantes; luego formuló una pregunta con cara preocupada, como si intentara reunir sus impresiones de Koretz.

—Y dígame: ese Koretz, la quería mucho, ¿verdad?

—Desde luego. Le conozco y le encuentro muy simpático. Tiene excelente reputación como hombre de negocios. Le temen, pues es rígido y cruel. Sin embargo, por esa muchachita hubiera sido capaz de todo. A mí me gustan esta clase de hombres.

—¿Es usted oficial de carrera?

—¿Yo? ¡Dios me libre! Soy diplomático.

—¿No se enojará si le pregunto cómo se llama?

—¡Oh; dispéñeme! Ya ve usted, hubiera tenido que empezar por esto. Soy Igor Golgonszky.

A Miett le pareció haber oído ya este nombre.

—¿Dónde está prisionero su marido? —preguntó Golgonszky.

—En Tobolsk.

—He estado una vez en Tobolsk... Me acuerdo vagamente del edificio del Gobierno civil, de la ciudadela y del barrio tártaro...

Después, añadió meditabundo:

—Dejé a muchos amigos en Rusia...

—¿Cómo es esto? —preguntó Miett, sorprendida.

—He pasado dos años como agregado a nuestro Consulado, en Moscú.

Miett se inclinó hacia él, interesada.

—Explíqueme algo sobre los rusos... Sólo sé acerca de ellos lo que me han contado los novelistas. Y lo poco que conozco me parece algo oscuro y en cierto modo irreal.

Golgonszky le ofreció un cigarrillo, sacando una pitillera del bolsillo y haciendo jugar hábilmente el resorte de aquella cajita de oro.

Miett aceptó, y, extendiendo la mano a una copa, se mojó los labios en el champaña que un criado vino a ofrecerles. Luego, se rodeó otra vez de un bastión de cojines y sopló el humo del cigarrillo hacia la luz de la lámpara. Escuchaba a Golgonszky con mucha atención, pero apenas oía lo que el oficial le iba contando sobre la vida en Moscú, los casinos y las cacerías en Rusia, pues su atención fue absorbida por el rostro de aquel hombre y el jugueteo de sus manos, que emergían y se hundían de nuevo en los bolsillos de la guerrera. Descubrió en aquellas manos tanta energía viril y tanta elegancia como nunca había encontrado antes en las manos de nadie.

Le sirvió de excelente pretexto hacer ver que escuchaba atentamente el claro relato de Golgonszky, pues durante este tiempo podía examinar todos los detalles de su cara. Observó que el oficial tenía dientes muy blancos, de brillo muy sano, y labios muy firmemente tallados, llenos de sangre, en los cuales se asomaban, al hablar, los matices de la sonrisa y la ironía. A pesar suyo, tuvo que pensar en los dientes de Pedro, que eran más amarillos y menos regulares.

Golgonszky sintió por fin su mirada en el rostro, y la devolvió de la misma manera. Continuó hablando, mas su voz se hizo distraída, intercalando numerosas pausas, como si tuviera ganas de interrumpir completamente la conversación.

Ambos sabían y sentían que se estaban observando mutuamente, con pensamientos recónditos.

Golgonszky interrumpió bruscamente su relato y fijó la mirada muy significativamente en Miett.

Miett se ruborizó ligeramente y posó la mirada en su reloj de pulsera.

Era la una. El tiempo había volado sobre ellos con velocidad incomprensible.

Miett se levantó y Golgonszky hizo lo mismo. Miraron en torno suyo en la sala; apenas quedaba algún invitado.

Matilde se acercó a Miett:

—No debes darte prisa, pues a tu camarera, que vino a buscarte hacia las doce, le dije que se fuera a casa sin esperarte.

Luego, se dirigió a Golgonszky:

—Iván, usted tendrá la amabilidad de acompañar a mi primita.

Miett descubrió en las palabras de Matilde dos graves exageraciones: que llamara a la pobre Mili «camarera» y a ella, su prima, aunque su parentesco era muy lejano. Sintió un diminuto remordimiento de conciencia, como si aquellas mentiras pesaran igualmente sobre la suya.

Alguien dirigió la palabra a Golgonszky, y, al verle ahora de perfil, Miett descubrió en su charretera el galardón distintivo de los Chambelanes de la Corte que se escondía cual un gusanito de oro entre la rica pasamanería del uniforme. Tampoco hubiera sabido explicarse por qué ese descubrimiento la llenó de excitación.

Se despidieron, disponiéndose a ser acompañada por Golgonszky.

Abajo, ante la puerta, un chófer abrió, al verles bajar, la portezuela de un enorme automóvil; el chófer llevaba una gorra en forma de plato y altas botas de cuero marrón, acordonadas, que le llegaban hasta las rodillas. El interior del coche, color verde, estaba provisto de cigarrera, encendedor eléctrico, cepillo para la ropa, frasco de agua de colonia, teléfono para hablar con el chófer, y otros accesorios de lujo, como una habitación de hotel.

El enorme coche volaba silenciosamente con ellos por las calles desiertas de la Ciudad Interior. Ahora Miett sentía más intensamente el vértigo tan agradable que

giraba sin cesar en torno de la cabeza y del corazón. En las vueltas, sus codos se tocaron, y se inclinaron involuntariamente, agradablemente, hacía un rincón u otro del interior del coche, según la violencia de las curvas.

—Hasta la vista —dijo Miett en voz baja, al llegar a la puerta de su casa; e involuntariamente, dio un sentido secreto a aquel saludo.

Mas se arrepintió en el acto, pues Golgonszky se despidió de ella con fría y elegante distinción, como si le retirase de golpe todo el interés anterior.

Meditaba precisamente este brusco cambio en aquel hombre, al subir la escalera, pues no sabía cómo interpretarlo: si era intencionado, o si, sencillamente, formaba parte integrante del carácter de Golgonszky. Miett prefirió inclinarse a la segunda hipótesis, pero sin llegar a tranquilizarse por completo.

Antes de despojarse de su ropa, durante mucho rato se quedó ante el espejo, contemplándose largamente, dando vueltas con el traje color de esmeralda, y los brazos en alto; decididamente, aquel traje le hacía más esbelta aún de lo que era.

Luego, se recostó, y encogiéndose friolera bajo la sábana, se puso a reflexionar. Tenía la sensación de que en aquella noche habían pasado más cosas en su vida que durante el último año. Su vida le parecía más rica y más amplia, y era como si se derribasen unos tabiques invisibles en torno suyo, más allá de los cuales se veía a sí misma bajo formas nuevas y más interesantes. Pensó en el escritor, con la voz tan bajita y la mirada tan cansada; el hombre eminente que, entre todos los convidados, sólo se ocupaba de ella, lo que debió parecer a los demás una gran distinción. Recordó que los demás invitados se detenían sigilosamente detrás de ella, comunicándose mutuamente su parecer, y le parecía escuchar palabras de mal disimulada admiración. Pensó en Koretz cuya imaginación se venía ocupando de ella durante muchos meses, sin que Miett lo sospechara. Evocó emocionada y enternecida el recuerdo de su amiga Olga, y, acordándose de la escena que Koretz le había explicado, le pareció ver casi la expresión de la cara de su amiga, al huir triunfalmente, bajo la protección de la mesa volcada, con el botín de la cartera en la mano.

Viose a sí misma en el muelle del Danubio paseando al perrito, mientras que desde arriba Golgonszky la observaba, apoyado en la baranda del paseo, cosa que no había notado. ¡Si ignoraba hasta la existencia de aquel hombre! Procuró medir el efecto producido en el espíritu de Golgonszky, y ahora, posteriormente, examinándose a sí misma: los gestos, los ademanes, de cabeza y de manos, durante aquel solitario paseo. Recordó detalladamente el sombrero, el traje, los guantes y el monedero que llevaba aquella tarde. Vio luego a Golgonszky salir de la oscuridad y acercarse a ella, en dirección a la chimenea. Sus pensamientos giraron constantemente en torno a Golgonszky, y volvió a sentir en tomo suyo aquella especie de vértigo, tan incomprensible como agradable. Pensó en la interesante cara

de diplomático, en el hermoso brillo, en el galón de Chambelán de la Corte y en el contacto de la mano, y todos estos recuerdos relativos a Golgonszky mordían su corazón como otras tantas diminutas y dulces penas.

El alba apuntaba ya detrás de las cortinas, cuando, por fin, concilió el sueño. A través de la ventana abierta entraba el fresco crepúsculo del amanecer. Medio dormida, aún oía que muy lejos, en la montaña, unos silbidos cautelosos de pinzones le abrían el camino de la mañana.

A los pies de la gran ciudad de Tobolsk estaba construyéndose entonces aquel ferrocarril que se acerca a la ciudad procedente del río Tyumen, enlazándola con Moscú y San Petersburgo.

La antigua capital de provincia, que, al mismo tiempo, era sede episcopal, está en contacto con las demás partes de Asia mediante el río Irtis. Este río, de aguas amarillentas, oriundo de la frontera china, abre también caminos hacia el Oeste, por mediación de otros dos ríos: el Tobol y el Isin; desde el Norte, los pequeños barcos que llegaban del Océano Glacial podían llegar hasta el puerto de Tobolsk.

La provincia de Tobolsk tiene una extensión casi cuatro veces tan grande como toda Hungría^[40]. Mas este territorio inmenso apenas está poblado por unos dos millones de almas. En las estepas pantanosas del Norte, tártaros y otras tribus nómadas están en continua migración, montados en caballos con grandes cabezas y largas crines, y persiguiendo, con la ayuda de sus enormes mastines blancos, a los lobos de las selvas vírgenes y acosando también en sus guaridas a los tigres siberianos, en las comarcas más orientales de la provincia.

Viven por allí también los ostiakos, de baja estatura y corto cuello, que montados en sus trineos tirados por renos o perros, suelen bajar hasta Tobolsk, no pasando más tiempo en la ciudad que el estrictamente necesario para el comercio de trueque, a base de las pieles preciosas que aportan las nórdicas estepas. Concluido el canje, corren otra vez hacia su patria, como si profesaran un sacro horror a 'toda civilización y cultura. Conocen los pantanos de las infinitas *tundras* como su mano, mas no suelen conducir allí a los rusos radicados a orillas de los ríos, sino hasta donde sus propios intereses lo permitan. Ningún ejército del mundo sería capaz de arrebatárles aquel imperio.

Pedro y Bartha, paseándose un día por la ciudad, encontraron cerca del mercado de pescado a unos cuantos ostiakos de pómulos salientes, ojos en forma de almendra y tez amarillenta. Sus botas informes, cortadas en una piel desconocida en Europa, brillaban con alguna grasa animal; su vestido estaba tejido con crin de caballo y hundían rotundamente su gorra de piel ligera y blanda hasta más abajo de las orejas.

—Ven un poco —le dijo Bartha a Pedro, al aperebirles—. ¡Aquí tenemos a nuestros deudos!

Tenía una vaga idea acerca del parentesco existente entre ostiakos y húngaros. Sin embargo, aquellos «deudos» eran unos hombres huraños y callados. No comprendían en absoluto por qué estos dos hombres de apariencia descomunal entre los rusos, les hacían toda clase de preguntas en un ruso defectuoso, que por lo demás ellos casi tampoco comprendían. Los dos muchachos acabaron por saber tan sólo tras muchos esfuerzos que, en idioma ostiako, «uno» se dice *ett*, y «dos», *ket*; «cinco», *ot*; «seis»,

at; «siete», et^[41].

Les hubiera gustado ahondar más en aquella investigación de lingüística comparada, pero los dos «deudos» parecían aburrirse mucho con el examen y sin más ni más les volvieron las espaldas. Como si de repente perdieran el uso de la palabra.

Desde otros puntos de vista, estos ostiakos resultaron también gente muy curiosa. Según les contó un mercader tártaro, el ostiako sólo practica, con sus pieles, el trueque o las vende por monedas de oro o plata. No acepta de ninguna manera los billetes de banco. De esta manera los pantanos nórdicos absorben cada año gran cantidad de oro y plata, mas lo que los ostiakos puedan hacer con tanto oro y plata allí arriba, entre sus *tundras*, sin que una sola moneda vuelva a la circulación económica de Rusia, es un secreto inexorable desde hace muchos siglos.

Cuanto más se sube hacia el Norte, partiendo de Tobolsk, más impenetrables son las selvas y los pantanos; en cambio, hacia el Sur, se suceden bosques de abetos y olmos en las risueñas orillas del Irtis, en las que los tres meses de la estación caliente bastan para hacer madurar un trigo y un centeno hermosísimos.

Dos o tres veces por semana, los oficiales estaban autorizados a ir a la ciudad, en compañía de un *konvoy*; estos largos paseos llamábanse oficialmente «ir de compras». Sin embargo, no era muy agradable atravesar las calles animadas de Tobolsk, acompañados de un soldado con la bayoneta calada, pues más de una vez cruzáronse con grupos de presidiarios salidos para sus quehaceres de las casamatas de la ciudadela, acompañados igualmente por soldados con bayoneta.

Estos presidiarios eran verdaderas bestias humanas, de exterior feroz, y parecía casi incomprensible que las autoridades rusas pudieran dejarlos pasear, acompañados sólo por unos cuantos guardias.

Así, pues, nuestros muchachos resolvieron el problema invitando a su *konvoy*, tan pronto como llegaron a la ciudad, en la primera pastelería, permitiéndole que pidiera lo que le diera la gana. Cuando después de hora y media de paseo, volvieron a la pastelería, el *konvoy* aún continuaba comiéndose pasteles con crema. Se había tragado la mitad aproximadamente de todas las existencias, y tuvieron que pagar por él nada menos que doce rublos, que a duras penas llegaron a recoger en los bolsillos.

Al día siguiente fueron más precavidos. Hicieron sentar a Nicolai Ivánovich Pirílov en un banco, en la calle; la cara del ruso estaba tan poblada de bigote y barba, que apenas conseguía pronunciar correctamente las palabras. Vedres compró para él unos bombones mentolados muy fuertes, lo que sólo le costó unos copecs. Nicolai, que era un hombre bueno como el pan, se contentaba con ellos y habiéndose quedado solo, se puso a chuparlos. Se los comía hasta el último, aunque el mentol le quemara fuertemente la lengua.

Desde luego, con *El Gorila* no se podía usar del mismo procedimiento (habían puesto ese mote a Yurovski).

En la ciudad, se dedicaban a contemplar escaparates y mujeres. Las señoras elegantes vestían según la moda francesa, dando la mayor importancia a los zapatos de fino corte. Hubo bastantes piernas bonitas por admirar, pero el tiempo se inclinaba ya hacia el invierno, y las mujeres comenzaban a calzar altas botas informes de caucho. Mujer verdaderamente bella apenas veían alguna. Aquellos rostros redondos, con las mejillas coloradas, bien alimentados, quedaban desfigurados casi siempre por unas naricitas extremadamente chatas.

Sin embargo, en las calles de la ciudad inferior, en las cercanías del bazar del barrio tártaro, entre las mujeres khirgises y cherkesas ya no escaseaban tanto las hermosuras auténticas. Las mujeres de mayor edad vestían sencillos trajes de color gris; en cambio, las jóvenes lucían faldas de azul claro y violeta. Se tocaban con pañuelos rojos de amapola o amarillos de limón, bajo los cuales miraban con púdica vergüenza unos ojos almendrados. El pelo liso y negro de cuervo brillaba como si estuviera untado con aceite.

Alguna que otra muchacha tártara vestía exactamente como si se hubiera escapado de Mezökövesd^[42]. Iban ataviadas con cintas, bisutería barata de coral y pañuelos de seda multicolores. Sus ojos eran almendrados. Llevaban el pelo liso y negro apretado sobre el cráneo; el pecho ceñido por un corpiño y el talle por una faja de terciopelo, y sus cabellos aprisionados por altas gorras de piel blanda, adornadas con perlas de cristal y monedas de cobre. En la frente, ceñían cintas de terciopelo bordadas en oro, y trenzaban en la cabellera crines de caballo y cintas multicolores, en cuyos extremos colgaban monedas de oro y de cobre. Sus numerosas faldas superpuestas brillaban policromas.

Llevaban las caras cubiertas por velos blancos poco finos, como de saco, pues eran mahometanas. Sin embargo, los velos sólo eran obligatorios frente a los varones de su religión; ante los hombres europeos, los levantaban de buena gana, y hasta muy gustosas. Tenía gran encanto verlas levantarse los velos.

Pedro sólo miraba a aquellas diminutas mujeres indígenas con los ojos de la natural curiosidad. Llevaba en su corazón una indiferencia tan honda y completa que se le había infiltrado incluso en los huesos y las fibras nerviosas. Consideraba a cada mujer que encontraba desde que era prisionero, como una obra imperfecta y malograda de la naturaleza, hallando faltas y defectos en todas; o las veía sucias, pues flotaba siempre en su imaginación, en unas alturas inalcanzables, la perfección corporal y moral de Miett. Pensaba sin cesar en la mirada, la voz, las carcajadas, los finos rasgos del rostro, las hermosas líneas de las manos, las formas de las muñecas y tobillos, el calor del cuerpo, el perfume de los pechos y el sabor húmedo y dulce de la boca de Miett.

Muchas veces, al encontrarse solo en su habitación, permanecía sentado durante largas horas ante la mesa, hundiendo el rostro en las manos, y pasando revista en el

pensamiento a mil pequeños detalles alegres o tristes, importantes o insignificantes de su convivencia con Mielt. La veía vistiéndose, levantándose o saliendo por una puerta, volviendo la cabeza desde el umbral; la veía sentada en su cama, quitándose los zapatos; la veía sacudir la cabellera suelta en el centro de la espalda, al peinarse antes de ir a dormir, como si quisiera librarse de ella. La veía sonriendo, bostezando o mirando fijamente ante sí, frunciendo el entrecejo. Veía los movimientos de las manos, al colocar en el cuello de Tomi el collar; el correr de sus piernas al subir ante él por la escalera y veía gráficamente hasta los objetos que la rodeaban: los muebles, los trajes, los bordados en que trabajaba por las tardes, el ligero pañuelo color de vino con el que se cubría los hombros, el sombrero de cuero pardo y la chaqueta inglesa que solía llevar para la calle. Veía todo cuanto rodeaba a Mielt.

Tal ensimismamiento continuo le cerró el alma a todas las impresiones venidas del exterior. El alma oprimida hizo callar en él hasta la última palabra del cuerpo, y cuando en las calles de Tobolsk se cruzaba con mujeres perfumadas más o menos agradables, nunca surgía en él ni el más mínimo pensamiento sensual.

Los demás, desde luego, se lanzaban a rienda suelta en persecución de cualquier mujer un poco agraciada, donde quiera que tuviesen la ocasión. Desde que Zamák hiciera uniformes nuevos a los oficiales y las autoridades rusas les permitieron nuevamente el uso de sus insignias, revoloteaban de nuevo con más ánimos y confianza en torno de las mujeres de Tobolsk. Fuera de los indígenas, vivían en aquella ciudad muchos comerciantes judíos y numerosas familias alemanas allí confinadas.

Todo el mundo sabía de Bartha, por ejemplo, que cortejaba a una viudita judía de formas redondas, que ya no era muy joven, pero que todavía no estaba marchita. Cuando se paseaban por la ciudad, bajo un pretexto u otro, Bartha desaparecía siempre en una sinuosa bocacalle del barrio de los *Stariselos*, o sea los colonos más antiguos, y Szentesi, que un día le siguió, pudo verle detenido, con una mano en el talle, en ademán elegante, ante la ventana de una casita pintada de amarillo. En el marco de la ventana, sonreía un rostro enmarcado de pelos rizados, escuchando muy complacida el cortejo del caballero.

Esto era tanto más sorprendente, cuanto que Bartha, fuera de las voces de mando, no dominaba ni una sola palabra de alemán. Sin embargo, todo parecía indicar que se hacía entender perfectamente.

Vedres solía pasearse con una muchachita alemana alta, de linda estatura, y Neteneczky desaparecía siempre en las cercanías de las mujeres khirgises.

Apenas habían pasado unas cuantas semanas, cuando ya cada cual tenía sus secretos amoríos, de los cuales nunca hablaban entre sí. No hacían siquiera alusiones, no se gastaban mutuamente bromas, dejaban que cada cual siguiera su propio camino, como si los asuntos femeninos hubiesen representado una necesidad natural de la que

fuese incorrecto hablar.

Sin embargo, aquellos fugaces amoríos iban profundizando en los corazones de los oficiales prisioneros cual llagas sombrías y dolorosas. Por las noches, al volver de alguno de sus paseos, encontrándose todos sentados en torno de la mesa del comedor común, asomaba a los semblantes meditabundos la sombra de las almas femeninas conquistadas en Tobolsk.

Sólo Pedro y Kölber iban librando combate desigual con los recuerdos de la vida pasada. Kölber escribía todas las noches su diario íntimo, y las páginas del mismo remplazaban las cartas a su novia.

En un principio, también Pedro intentó anotar sus impresiones íntimas, mas le faltaba paciencia. Tampoco escribía a Mielt, excepto cuando sentía agolparse en su alma excesivos pensamientos oscuros y enloquecedores y llegaba a ser una necesidad para él descargar todas las congojas en alguna larguísima misiva. Por regla general, le horrorizaba escribir cartas, pues tenía la sensación de que cada carta le despertaba más a la horrible realidad. Soportaba con mayor facilidad las horas en las que se mecía en una vida puramente imaginaria, evocando todos los recuerdos del pasado. En estos últimos tiempos, buscaba ya este soñar despierto como un refugio.

Viéndole en el patio del «Hotel de la Miseria», sentado sobre un tronco de árbol, con los brazos caídos sobre las rodillas, moviendo distraídamente entre los dientes la boquilla tallada en hueso de mamut, que había comprado en un bazar, con la mirada aprisionada en las redes de algún pensamiento sombrío, fácilmente se supondría que aquel joven oficial, con la gran barba redonda, sufría una perturbación mental. Muchas veces también experimentaba él mismo esta sensación, cultivando con cariño en su interior aquella sorda locura.

Pronto tuvo que renunciar también a sentarse así en el patio, pues el invierno se anunciaba por unos bruscos y fríos vendavales. En el firmamento, las nubes parecían perseguirse durante toda la jornada, y después de la puesta del sol, el cielo gris se encendía con colores violáceos y rojizos, hacia el Este y el Noroeste, como si la luz polar irradiara hasta allí. Los árboles dejaron caer muy rápidamente las hojas; de noche, se desencadenaban brucas tempestades, y del puerto salió el último barco del año.

La lluvia no solía cesar ya en varios días, el cielo era de un gris abrumador, y el cambio de tiempo oprimía e irritaba asimismo el estado anímico de los oficiales. Ni siquiera en los naipes encontraron distracción. Durante las últimas dos semanas no había llegado ni una sola carta, y la vida se hizo cada vez más monótona y más insoportable. Mezei y Neteneczky tuvieron una discusión, por alguna nimiedad, y durante dos días no se dirigieron la palabra.

Tras los días de lluvia, el sol volvió a brillar durante algún tiempo, pero luego se produjo una niebla tan espesa y seca que incluso los objetos de metal perdieron su

brillo. Las tundras del Norte ardían, y el humo de aquel gigantesco incendio llegaba hasta allí. El sol vagaba por aquellas brumas como un globo de seda violeta, cuya amarra se hubiera cortado.

Y una mañana cayó la primera nieve.

A partir de aquel día, el termómetro iba bajando constantemente. A fines de noviembre, despertáronse a veces con veinte grados bajo cero. Fue preciso quitar el mosquitero de las ventanas, para poder colocar dobles cristales; pero también éstos aparecieron cubiertos de escarcha. El invierno de Siberia inscribía cada mañana sus mensajes poco hospitalarios sobre los vidrios de la ventana, en forma de aquellas flores de hielo.

Sin embargo, la ciudad acusaba una vida más movida que nunca. Las calles accidentadas, casi infranqueables en verano, se habían convertido en pistas de trineo, lisas como un espejo, blancas y relucientes. Acababan de abrirse las carreteras de nieve de los pantanos del Norte, y los barrios de la ciudad baja quedaron inundados por los trineos de los cheremises y ostiakos.

Arriba, en la ciudad superior, el paseo por la calle Mayor aparecía lleno de gente. Ahora, ya todo el mundo vestía la ropa polar; las mujeres llevaban katiuskas pardas, y se veían los más variados abrigos de piel. Entre los *renards* siberianos, las martas cibellinas y las pieles de visón, abundaban las de lobo y conejo vulgar, y de vez en cuando aparecía majestuosamente alguna que otra mujer tártara rica, con el busto envuelto en una piel de tigre de tonos negros y amarillos.

Los caballos siberianos, enganchados en los trineos de alegres cascabeles, estaban ante las puertas de las tiendas, celebrando con gozosos relinchos los días soleados del invierno, y mordiendo con gusto la fresca nieve.

La vida de Tobolsk bullía en aquel invierno frío y limpio.

Después, durante días y más días, la nieve cayó sin parar. En el último número del *Ruskoie Viedomosti*, se podía leer que en las tundras del Norte se habían desencadenado enormes huracanes de nieve.

«Los del Oso» decidieron celebrar la Nochebuena con un gran festival, y trabajaban febrilmente, día y noche, en preparar el programa.

Fueron también al «Hotel de la Miseria», para obtener la colaboración de algún «número» interesante, y puesto que Pista Bartha rehusó categóricamente, a pesar de todos los esfuerzos, cantar canciones populares húngaras, sólo consiguieron tres «artistas».

Lajtai prometió leer una conferencia sobre los altos hornos y la fundición. Su promesa fue saludada con grandes vivas inscribiendo la conferencia, como una innovación sensacional en la historia de las sesiones de velada pascual, como segundo «número» después del descanso. Luego, según el programa, debía seguir el alferez de húsares Gusti Máthé, del campo de Pod-Chuvas, cantando coplas «verdes»,

vestido de mujer y con voz atiplada.

—Pedid algo a Rosiczky —le dijo Bartha al teniente Remete, que era el organizador principal de la velada.

—¿Qué sabe hacer Rosiczky? —preguntó Remete.

—¿Qué sabe? Ha aprendido a tañer la cítara tan bien, que un día de esos irá a mendigar por las calles para nosotros.

En efecto, a fuerza de tocar la cítara tártara, Rosiczky alcanzó una perfección de verdadero artista. Aceptó dar un concierto de canciones navideñas rusas de las regiones del Volga.

Altmayer, que antaño había sido estudiante en una academia de Bellas Artes, se ofreció a dibujar caricaturas instantáneamente. Y en seguida dio pruebas de su talento. Es verdad que sus caricaturas no presentaban semejanza alguna con nadie, pero eran divertidas de todas formas. También Altmayer quedó incluido en el programa.

—¿Tendrá éxito esa velada, amigo? —preguntó Bartha a Remete, que estaba sentado en una silla y con los pies en otra, con las manos plegadas debajo de las rodillas, mientras iban debatiendo asuntos de semejante trascendencia.

Remete hizo un gesto muy elocuente:

—¿No conoces el número principal...? Está ya en preparación el Diccionario de *Pod-Chuvas*...

Y sacó del bolsillo, devotamente, el precioso manuscrito, redactado en el campo de *Pod-Chuvas* por Gyuri Elek y Bihari. El diccionario tenía la pretensión de explicar, mediante definiciones científicas, los conceptos corrientes en la vida del campamento. Bartha echó mano del manuscrito y se puso a leer en voz alta:

—«BARRACA. —La palabra designa un edificio. Los rusos la emplean también para designar un depósito, en el cual se almacenan, por regla general, oficiales prisioneros de guerra. El proceso de almacenar se lleva a cabo con grandes miramientos y unos son colocados encima de los otros, con mucha precaución. La barraca sirve para todo: para jugar al boleó, para romperse la cabeza contra la pared, para disputar y algunas veces también para dormir. No contiene aire».

—¡Hum...! —murmuró Bartha, esbozando una sonrisa bajo el bigote; la cosa empezaba a gustarle.

Remete estaba detrás de él, y también iba leyendo en voz baja el manuscrito improvisado del campo de *Pod-Chuvas*, moviendo sólo los labios porque ya se lo sabía de memoria. Entretanto, observaba con expectación el efecto en las caras de los muchachos, como si él fuera el propio autor.

También los demás se acercaron, y Bartha continuó leyendo:

—«KONVOY. — (De *Kon*, expresión grosera en idioma galo, y *voy*, o sea «cochino»). El *konvoy* fue trasplantado bajo la soberanía rusa de las selvas vírgenes

americanas, y actualmente sirve para adiestrar oficiales prisioneros. El puño del *konvoy* tiene un dispositivo automático para aceptar copecs. El *konvoy* comercia con todo. En invierno, se hiela.

El gordo Neteneczky reía tan estridentemente, con las manos plegadas sobre el vientre, que se le amorató el semblante, las venas se le hinchaban en la frente, el cuello se le salía de la camisa, la piel se le arrugaba en la nariz fruncida, y los ojos desaparecían completamente en la cara.

—Bueno, continúa —animó atropelladamente Remete, muy excitado, a Bartha.

Bartha continuaba leyendo, elevando más la voz:

—«GYENGI. — *Gyengi* significa dinero. Palabra rusa que está cayendo en desuso. Esta palabra se emplea muy raras veces sola; es costumbre añadirle, por regla general, el adjetivo *ñima...*».

Mezei, que parecía electrizado por el Diccionario, interrumpió:

—Aquí tendrías que añadir que... —y quiso decir algo, riéndose a carcajadas, mas Remete le mandó callar.

A partir de ese momento, Mezei comenzó a atusarse el bigote algo embarazado, y siguió la lectura sin chistar ni sonreír.

Los demás se apoyaron en los codos, sentados en torno de la mesa, soltando grandes carcajadas a cada palabra descrita. Vedres estaba de pie, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, echando la cabeza hacia atrás y riéndose como un tonto.

—¡Lee, hermano! —animaba Remete a Bartha.

Bartha continuó leyendo:

—«KIPIATOK, CHAINIK, CHAIA. — El *kipiatok* es un recipiente minúsculo que sirve para hervir agua. El *chainik* es un recipiente en hojalata, y la *chaia*^[43] es agua caliente que es preciso teñir de marrón mediante hojas secas. Una vez preparada la *chaia*, sirve para lavarse los dientes, para gárgaras, o para tirarla por la ventana. Algunos la preparan echándole azúcar primero, y no la tiran hasta después.

»CADETE. — El cadete consiste en un galón dorado, un galón amarillo y tres estrellas con un estómago en el interior. El cadete no es hombre, ni animal, ni teniente, ni alférez. Por lo demás tiene un aspecto humanoide. Al estallar la guerra mundial lo utilizaban en la instrucción militar, pero después fue enviado inesperadamente al frente. Acostumbra morir herido por un balazo. Algunas veces, también cae prisionero. Si el cadete se supera en rango a sí mismo, aparece sólo con galones, sin estrellas. En tal caso se le llama «alférez por autosugestión».

»SALCHICHA. — La salchicha ha llegado al colmo de la evolución en Rusia. Por el color, se parece a la salchicha húngara, pero, por lo demás, es dura y elástica. Se emplea como bastón o como palanqueta, y sirve también para tallar en ella figuras de ajedrez. Al cortarla con un cuchillo, en el interior se pueden encontrar huesos,

tirantes, cajitas de cerillas y piedras preciosas. Los prisioneros se la suelen comer.

»LAVKA (*lavor, lavka, lavochka*). — Ayunador establecido para prisioneros de guerra. Procedimiento: uno entra, cuelga el abrigo en la percha, se sienta junto a una mesa, y una hora después colocan ante él agua tibia, hilos ligeramente engrasados y un poco de cola. No se obliga a nadie a tragarse todo aquello; basta que lo contemple. Es un invento muy ingenioso, pues, con sólo mirarlo, satisface el apetito. Cuando luego el cliente quiere marcharse, nota asombrado que le han robado el abrigo de la percha.

»SEMILLA DE GIRASOL. — Alimento y juego, inventado para uso exclusivo de los rusos. En idioma ruso, se le llama *semechki*. El ruso se coloca en la palma un puñado de *semechki*, abre la boca, y se lo echa dentro de un solo golpe. Luego, muerde la semilla con los dientes, traga el contenido, y utiliza la cáscara para escupir al blanco. En Moscú, suelen celebrarse anualmente grandes concursos nacionales de escupir al blanco, en presencia del zar y de su séquito.

»CORREO. — Palabra arcaica: no existe.

»PRICH. — Invento ingenioso, fabricado en madera. Es flexible. De día, silla; de noche, cama. Sirve además para escritorio, sillón, sala de casino, y también para mesa de Comedor.

»POCHETIRI. — Voz de mando en ruso. Cuando el *prapórchik* (véase este vocablo) grita «*pochetiri*», quiere decir que es preciso formar grupos de diez, uno tras otro. Pero si en una fila sólo hay nueve, no pasa nada.

»PRAPÓRCHIK. — *Soldado ruso de gran tamaño*, algo mayor que el *konvoy*. Sólo conoce un rango más elevado en el mundo: el capitán de Estado Mayor. Según ciertas y atrevidas referencias, parece que también sabe escribir. El *prapórchik* posee dos ojos y treinta bolsillos. Sus manos son tan pegajosas como los papeles matamoscas. Amenaza crujiendo los dientes; es antropófago.

»RUBLO. — Unidad de moneda rusa. Por su forma redonda, rueda y desaparece fácilmente. Actualmente, se fabrica de papel, para evitar este inconveniente.

»¡RUHE!. — Grito de combate de oficiales prisioneros. Con este grito los oficiales se acuestan. Algunos lo saben mugir con tal arte que expresan sus congojas, sufrimientos y amores perdidos.

»CHITÁTI (Recuento). — Sirve para que los rusos sepan cada día menos el número de sus prisioneros. Como a cada cual le cuentan por uno solo, el resultado es siempre inexacto. Si sale un número mayor que la cuenta, se carga al pasivo; si menos, al activo.

»SICHAS. — Canción nacional rusa. Corresponde a la canción popular húngara: «*Ya me puedes esperar, mi amor...*». El vocablo significa también «tiempo» o sea, por lo menos, tres o cuatro años·aún.

»PIOJO. — Es un animal doméstico con ocho patas. Hay piojos blancos, piojos

sanitarios de la Cruz Roja, piojos de infantería (con pasamanería) y de caza (con uniforme verde). Se multiplica mediante huevos que coloca en el cuello de la camisa. El piojo pequeño se parece a su padre, es de color rojizo, es un animalito muy simpático y tan pronto como sale del huevo se pone a trabajar. No faltan hombres malvados que intentan matarlos».

Bartha dobló la hoja, pero en la página siguiente no había nada más.

—¡Déjalo aquí, lo copiaremos escrupulosamente! —exclamó Rosiczky.

—¡Qué idea! —replicó Remete. Plegó cuidadosamente tan precioso manuscrito y se lo puso en el bolsillo.

Neteneczky se secaba las lágrimas con el pañuelo.

Remete había encontrado entre los soldados de campo de *Pod-Chuvas* a un funámbulo del Parque de Atracciones de Budapest, el cual figuraba en la lista bajo el nombre vulgarísimo de Juan Kolompár, pero antaño había sido conocido por su nombre de artista, *Suh-Abram*. Pretendía comerse cuantos platos de porcelana se le colocasen delante, para sacarlos luego indemnes de la parte trasera del pantalón. Se comía velas como quien come salchichas, y luego las sacaba del pantalón encendidas. Además, era capaz de transformar en tinta el agua, e imitar la alondra y los gritos del lechón. Por lo menos, se comprometió a hacerlo, siendo aceptado; pero Remete le aseguró que en caso de fracasar en sus números, poniendo en riesgo el éxito de la velada, le daría una paliza después del espectáculo.

A pesar de esta amenaza, *Suh-Abram* se ratificó en su deseo de figurar en el programa.

Así, todo autorizaba a descontar un éxito clamoroso.

Pocos días después, Zamák, que siempre conseguía husmear con su nariz alargada todas las noticias antes que los demás, trajo la nueva sensacional de que el jueves próximo llegaría una expedición sueca, portadora de toda clase de paquetes para los prisioneros.

Los oficiales no se alegraban tanto de los regalos prometidos como de la posibilidad de enviar largas cartas a sus casas sin que la censura las rechazase o mutilase.

Aquella noche, después de cenar, cuando Kölber ya se hubo acostado y dormido, o por lo menos así lo aparentaba, también Pedro se dispuso a escribir una larga y confidencial carta a Miett.

Preparose una taza de té, pues se había agotado ya la ración diaria de leña para la estufa, y afuera hacía una tempestad de nieve de mil demonios.

En su mesa escritorio de pino, los utensilios para escribir estaban cuidadosamente ordenados como antaño, en el Banco de Budapest, en la mesa de su despacho. No había perdido ni siquiera aquí los hábitos insignificantes de su vida de cada día. A la izquierda, el cortapapeles y el rollo secante; a la derecha, la regla, el lacre y el papel

de cartas. Todos los objetos eran obra suya; había fabricado el cortapapeles con un hueso de ballena, y el papel secante estaba enrollado en una lata de conservas.

En el cuarto, reinaba un gran silencio. A través del delgado tabique, se percibía en el cuarto vecino la cítara de Rosiczky, el cual se preparaba con ahínco para el concierto de Nochebuena.

Pedro se inclinó sobre el papel y comenzó a escribir:

«Dulce Mieta de mi vida: No sé si habrás recibido ya mi última carta, que te envié con fecha diez de octubre. Temo que no, y así te repito aquí que no he recibido el paquete ni el dinero anunciados en la tuya, y te ruego que no me envíes nada más, pues se pierde. También las cartas llegan muy raramente, y el correo no entrega ni por casualidad el dinero ni los paquetes.

»Ahora debemos cobrar cincuenta rublos por mes, además de seis rublos para alumbrado. Naturalmente, cobramos muy irregularmente; por ejemplo, la paga de octubre no la hemos recibido hasta ahora, diciembre. Quería comprarme un abrigo de pieles usado, y logré encontrar uno de lobo, algo viejo, pero de todos modos me servirá para pasar el invierno. El tártaro me pidió primero doscientos rublos, pero al enterarse de que yo era húngaro me lo dejó en treinta. Imagínate que el tártaro se llama Venger, que en ruso significa húngaro, y pretende que su abuelo era magyar. Él, desde luego, no sabe hablar ni palabra en nuestro idioma. Una de las calles más antiguas de la ciudad inferior se llama Vengerski Ulitza, pero ignoro por qué. Se pretende que a principios del siglo pasado vinieron a parar aquí numerosos prisioneros de guerra húngaros, cuando la campaña rusa de Napoleón, instalándose en esta ciudad.

»Los días pasan en monótono aburrimiento, aunque a veces haya algo que nos saque de ese letargo. La semana pasada, apareció sobre Tobolsk un avión alemán; imagínate la excitación que causó el acontecimiento. También conseguí verlo; desde luego no parecía mayor que una cajita de cerillas. Era una sensación muy extraña, y no te podría explicar qué pensamientos despertó en mi fuero interno; también los demás quedaron bajo la impresión de esa incursión aérea durante varios días.

»El domingo último pasó por Tobolsk una condesa austriaca, enviada de la Cruz Roja Internacional; pero sólo lo sabemos por referencias, pues no le permitieron que nos visitara. Le enseñaron sólo los prisioneros checos, que están instalados estupendamente bien.

»Por ahora, nuestra mayor preocupación es el problema de la calefacción. Mañana iremos en comisión al capitán de E. M. para solicitarle que se nos aumente la ración de leña, pues a veces pasamos mucho frío. No

sé por qué razón, pero de repente se nos prohibió ir a la ciudad, y hasta para acudir a la visita médica se necesita permiso especial. Pero esto sería lo de menos, pues ya estamos completamente instalados y estamos tan acostumbrados como zorro en jaula. Además, tales prohibiciones nunca suelen durar más de quince días.

»Juego mucho al ajedrez y cuando vuelva podrás vanagloriarte a mi lado como esposa de un campeón mundial...».

Al llegar aquí, interrumpió la carta y meditó si a Miett le agradaría el tono algo burlón. Releyó las líneas que tenía escritas y las encontró muy extrañas. ¿Dónde estaría Miett en aquellos momentos? ¿Qué haría? ¿Adónde la habría arrastrado la vida, desde que estaban separados? ¿Entre qué clase de gentes? ¿Podrían interesarle esas cosas que le contaba...? ¿La ración de leña...? ¿El avión alemán...? ¿La *Vergerski Ulitza*...? ¿El abrigo de ocasión...? ¿El juego de ajedrez...?

Tal vez, cuando Miett reciba esta carta, vuelva de un té o de una recepción, excitada de mil deseos y emociones nuevas. Vio el gesto aburrido de su mano, con la cual echaba a un lado la carta. ¡Oh, cuán bella puede aparecer Miett cuando se viste con esmero! ¡Y cuán extrañamente elegante debe de estar ahora con los trajes nuevos que se habrá encargado desde entonces...!

Y él mismo, ¿cómo se había vuelto...? Miró a su mano, tan descuidada, que yacía en la mesa, y decidió arreglarse las uñas al día siguiente.

Después, continuó la carta:

*«... voy estudiando con tesón el ruso, y ya lo hablo bastante bien. No me atrevo a pensar en lo que puede pasar en casa. El diario de aquí, titulado *Telegram*, está siempre lleno de noticias de victorias rusas, y afirma en cada número que los rusos van avanzando. A nosotros nos meten miedo continuamente, amenazándonos con evacuar a todos los prisioneros de *Tobolsk*. ¡Si al menos nos llevaran a *Nijni-Novgórod*! Pero es de temer que nos lleven más al Este. Ayer, por ejemplo, nos cortaron la electricidad diciendo que cuando nos lleven de aquí no habrá quien les pague la corriente gastada. Costó grandes disputas que nos la devolvieran.*

*»Ya se acerca Navidad; organizamos una velada, y nos estamos preparando una alegre sorpresa para la fiesta de Nochebuena, cuya llegada esperamos con más ansia e impaciencia que cuando éramos niños y esperábamos al Niño Jesús. En efecto, *Pista Bartha* descubrió en un bazar tártaro de la ciudad antigua, un billar de ocasión, y ya desde hace semanas está regateando por él. Todos estamos ahorrando copecs, y hasta comemos un poco menos para podemos comprar ese billar como regalo de Navidad.*

Cuando lo tengamos, viviremos como gusano en el queso...».

Aquí se interrumpió otra vez y miró largo rato lo que acababa de poner en el papel. ¿Sonreiría Miett al leer ese trozo? Y en su imaginación, vio la sonrisa en torno de los labios de su mujer, aquella sonrisa típica que suele asomar a la cara de quien lee una carta.

Luego, continuó escribiendo:

»Quisiera comprarme un par de botas altas de piel de foca, que aquí cuestan muy baratas.

»Ayer, dimos una vuelta magnífica en la ciudad superior, alrededor de la Ciudadela. Era muy difícil subir a pie, con este tiempo de nieve, con los caminos resbaladizos. Es muy pintoresca la Ciudadela. En la parte que mira hacia la ciudad no hay ni un agujero de ventilación, sólo una enorme muralla ininterrumpida que provoca, un efecto terrible, sobre todo si uno piensa que detrás de la misma viven hombres condenados a cadena perpetua, y no sólo asesinos, sino también presos políticos, encerrados con los otros. Al pensarlo, mi propio sino me parece menos terrible, si, en resumidas cuentas, me es permitido pasearme al aire libre y abrigando esperanzas de que algún día podré volver a tu lado.

»Ayer, por dos voluntarios húngaros, recibimos noticias muy tristes de nuestros soldados, instalados al otro extremo de la ciudad, y de los que sabemos poco. Nos suplican en su carta que les enviemos ropa vieja y usada, pues sufren mucho frío, los pobres. Pero no les podremos mandar nada, ¡si nosotros también estamos desprovistos de todo! Nuestra única esperanza es que la expedición sueca cuya llegada se ha anunciado, nos traiga ropa de invierno...».

Pedro se levantó y abrió por un instante la ventana, pues el humo de los cigarrillos había infestado completamente el aire de la habitación. Primero, cubrió bien a Kölber con el abrigo de piel de lobo, y esperó tiritando que el frío se llevara el humo del cuarto. Afuera, el vendaval de nieve había cesado ya, pero helaba con mayor intensidad.

«A menudo tengo la impresión —continuó escribiendo— de que no volveré nunca más a tu lado, y que aquellos pocos meses durante los cuales fuiste mía, no eran, en el fondo, más que un dorado ensueño intercalado en mi vida.

»¿Será posible que aún me quieras? ¿Te acuerdas siquiera de mí? La

única idea que me liga a la vida es el pensar que me recuerdas y que esperas mi vuelta. Si supiera que ya he dejado de existir para ti y que has dado tu corazón a otro, creo que me volvería loco de dolor.

»Dios te bendiga, adorada. Miett mía. Beso la mano de tu padre y te abrazo en pensamiento millones de veces; te quiero hasta la muerte y sigo amándote impertérrito. Tu desgraciado marido, PEDRO».

Al acabar la carta, recostó la cabeza sobre el brazo, escuchando durante largo tiempo en su fuero interno el violento torbellino de sus sentimientos. Debían de ser las dos de la madrugada. Rosiczky aún estaba despierto y a través del delgado tabique se filtraban los sonidos de la cítara tártara con la que su compañero tañía canciones populares del Volga, impregnadas de la melancolía de las Navidades rusas.

Después de la velada en casa de los Cserey, Miett no volvió a ver a Golgonszky durante mucho tiempo. Una mañana, cuatro semanas después de la memorable cena, Matilde la condujo a la Escuela de Equitación, en donde encontró rostros conocidos. Desde luego, costó algún trabajo identificar a las personas, bajo su atavío de montar. Descubrió en seguida a aquella señora de nariz chata, que en la cena había estado sentada frente a ella y a la que había apodado en su fuero interno *pato silvestre*, bajo un gran sombrero hongo, hundido hasta las orejas. También ahora hablaba graznando, y en la mano colocada sobre el talle, sostenía una fusta amarilla. Con su ancha falda negra y las muelles botas de montar, caminaba como una amazona de circo, metamorfoseada por algún maléfico encantamiento, mitad en hombre, mitad en mujer.

Encontró también a su vecino de la derecha, al muchacho cazador de osos, el cual la saludó con una sonrisa amable y le estrechó la mano con tanta fuerza que los dedos, bajo el guante, quedaron magullados. Cruzaba las piernas, cubiertas por elegantes botas amarillas, mientras hablaba.

Ahora era menos tímido y hablaba más que la primera noche, como si la atmósfera de impaciencia y relinchantes corceles le diera más seguridad.

Se sentaron en los sillones de junco de la amplia galería, contemplando a los jinetes. La amplia capa de serrín se tragaba el ritmo de los cascos de los caballos; en cambio, la pared revestida de madera producía un ruido seco, cuando los caballos tropezaban en ella.

Miett contempló con interés el espectáculo, y tenía la sensación de estar sentada en un enorme tonel en el cual repercutía de modo extraño la voz humana, con el restallar de los látigos, el tintineo de los bocados y de los bridones y el impaciente y quejumbroso relinchar de los caballos. Nunca había estado en aquellas cuadras, y ahora paseaba la mirada con deleite sobre el magnífico caracoleo de un hermoso potro negro, que le producía el efecto de que todo el animal fuese de goma dura, negra y brillante. Cuando trotaba, al levantar las patas delanteras, se le entrecruzaban en el pecho numerosos músculos. Montada en otro caballo, de huesos recios, se dejaba mecer una señora gorda, de mejillas coloradas, bastante cómica, con el seno prominente, en el movimiento rítmico y continuo de la pista. No miraba a ningún lado, sino que montaba en la silla con empedernida expresión como si quisiera tragarse algo que no le pasaba de la garganta. Bajo sus redondas y repletas nalgas, la silla flamante crujía fuertemente y lanzaba gemidos como un acordeón manejado por manos torpes.

Galopaba allí también un oficial de húsares, enhiesto en la silla, con una enigmática sonrisa bajo el bigote rubio ceniza; con la cabeza inclinada, miraba

insistentemente el serrín del suelo, como si buscara allí algún objeto perdido, o no quisiera que le retrataran. De repente, en la vecindad de aquellos caballos relinchantes y ardientes, en medio del ruido de los bocados y el chirriar de las sillas de montar, en la atmósfera cargada de amoníaco, el vaho cálido de los cuerpos de los animales y el olor ácido del serrín, Miett se sintió cerca de su niñez. Recordó la casa de la abuela, con la era y los establos, en cuyas tinieblas se mezclaban olores cálidos y penetrantes con el agradable aroma del forraje. Y vio ante el establo, en un rayo de sol, el viejo Gergely, sentado descalzo sobre una manta de caballo que, consagrando enorme seriedad y concentración a su trabajo, engrasaba sus botas enmohecidas, que brillaban a los rayos del sol entre sus viejas manos hábiles.

Estaba a punto de abandonarse por completo a sus recuerdos de infancia, en aquella atmósfera de ajeteo ecuestre, cuando inesperadamente descubrió a Golgonszky. Estaba sentado bastante cerca, en compañía de dos señoras y un caballero de edad. Vestía de paisano, tocado con un sombrero de cazador marrón verdoso, en cuya ancha cinta llevaba colocada una fina pluma de *snef*. Se había subido un poco el sombrero hacia el occipucio, cruzándose de piernas, y hundiéndose elegantemente en un sillón, en una actitud de cómodo desmayo.

El corazón de Miett empezó a latir más rápidamente, ante aquel descubrimiento. Volvió la cabeza, pero ya era incapaz de prestar atención a las evoluciones de los jinetes que, sin embargo, ofrecían en estos momentos un espectáculo interesante, pues un señor corpulento acababa de deslizarse de su montura, con un ruido sordo de caída y haciendo revolotear una nube de polvo amarillento en torno suyo. De todas partes, se oían alegres *bravos*. El jinete caído en tierra se levantó, haciendo reverencia a todos lados, como un saltimbanqui de circo. Se sacudía de las orejas el serrín como un perro el agua.

Miett tuvo la sensación de que sus piernas desfallecerían, y miró otra vez hacia el grupo de Golgonszky que acababa de levantarse y estaba a punto de marchar.

Pasaron por su lado. Golgonszky saludó a Matilde y ya estaba a punto de colocarse el sombrero otra vez sobre la cabeza, cuando notó la presencia de Miett. En ese instante, como si de golpe hubiera frenado sus piernas, se volvió un poco más hacia las dos señoras e hizo otro saludo con el sombrero a Miett. Su ademán expresaba sorpresa e indecisión, como si quisiera acercarse a ella. Miett contestó al saludo con una sonrisa graciosa y con un gesto de cabeza, casi inconsciente.

El grupo de Golgonszky estaba formado por un caballero anciano, algo encorvado, la mujer y la hija. El anciano miraba en torno suyo, con sus ojos entornados y una expresión soberbia; su hija, que ya no debía ser muy joven, hizo un minúsculo saludo con la cabeza hacia Matilde. Eran manifiestamente aristócratas de alta alcurnia.

Miett aún vio cómo Golgonszky volvía la cabeza un instante, antes de

desaparecer con aquella familia. Y la irritó haber estado mirando en su dirección en aquel preciso momento, y que Golgonszky hubiese sorprendido su mirada.

—¿Tú, no tendrías ganas de montar? —preguntó Matilde.

—¡Oh, no...! —contestó Mielt, pero en seguida su mirada adquirió una expresión soñadora, al verse vestida en su imaginación, de amazona, con una chaqueta ajustada y la falda volandera, calzada con botas de blanda piel. Le pareció que aquel traje y el hongo le sentarían a maravilla. Pero pensó en seguida que todo aquello costaría un dineral, y que su padre le había recomendado insistentemente aquellos últimos tiempos que hiciese economías.

Al caminar, ya de vuelta hacia su casa, sus pensamientos giraban continuamente en torno de aquella muchacha huesuda y alta que acababa de ver en compañía de Golgonszky. No pudo observar muy bien su cara, mas le pareció que, al diplomático, poco debía importar la belleza, puesto que la muchacha era muy rica y distinguida.

¿Sería la prometida de Golgonszky?

Sintió una antipatía incomprensible hacia aquella muchacha, y le invadió un temor extraño al pensar que Golgonszky pudiera casarse.

Al llegar a este punto en sus pensamientos, la sobresaltaron sus ensueños y miró en torno suyo, con ojos extraviados.

«Debo liberarme de esta sensación», se dijo.

Detúvose por unos instantes ante el escaparate de una tienda de comestibles finos; entró y compró una cajita de frutas confitadas, que le gustaban mucho a su padre.

En casa, le esperaban dos postales y una carta. Era un acontecimiento inusitado, pues sólo muy de tarde en tarde recibía correspondencia. La carta era de Pedro. La dejó para lo último, y leyó rápidamente las tarjetas.

La postal ilustrada era de Teresa, con motivo de una jira, con unas cuantas líneas banales. La tarjeta militar era de Pablito Szücs. *«Estamos dando estocadas a los rusos, avanzamos, los empujamos ante nosotros como un carretón de mano...»*, escribía Pablito.

Mielt abrió con pálida esperanza la carta de Pedro. Tal vez aquella carta consiguiera hacerle recobrar el equilibrio vacilante de su espíritu.

Era la carta que Pedro había escrito en noviembre, la noche en que oía a Rosiczky, a través del tabique, acompañar sus pensamientos con el tañer de la cítara.

Y ya era casi Navidad.

«... ¿será posible que aún me quieras? ¿Te acuerdas siquiera de mí?, lo único que me liga a la vida es la idea de que tú piensas en mí y que esperas mi vuelta...>».

Leyó dos veces el final de la carta, pero entonces ya cada palabra caía muerta en

su corazón. Su padre entró en su habitación, pues sabía que acababa de llegar carta del yerno, y estaba impaciente de curiosidad por leerla.

—¿Qué escribe?

Miett le tendió la carta, con el alma vacía. El viejo se retiró a su habitación con la carta. Se puso las gafas, y se sumergió con visible deleite en la lectura. En estos últimos tiempos llevaba un birrete de seda negra, que Miett le había confeccionado expresamente. Al principio, protestó contra la imposición de aquella prenda, diciendo que sólo a los ancianos correspondía llevarla, mas luego consintió y hasta la encontró a su gusto.

Después del almuerzo, Miett se tendió sobre el sofá con el corazón inquieto. A veces, al entrar en el cuarto y ver el retrato de Pedro sobre la mesa, la mirada de la fotografía parecíale volar hacia ella como si fuera una persona viva.

También entonces tuvo la sensación de que el retrato la miraba, pero con una mirada ante la que tuvo que cerrar los ojos.

Evocó los sentimientos que había provocado en ella aquel encuentro con Golgonszky. Se consideró como una persona extraña, cuyos sentimientos y pasiones estuviesen regidos con completa independencia de ella. Vio claramente que su yo iba desdoblándose lentamente en dos seres absolutamente distintos, y se destacaban ante ella con contornos cada vez más claros, aquellas dos Miett que llevaba en el cuerpo.

Una, era la Miett que había acompañado a Pedro a la estación, la mujercita llorosa y estremecida que fue a despedirse de él, junto a los carriles, en la oscuridad, quedándose allí un rato más y escuchando el traqueteo del tren que se alejaba.

La otra Miett era la que había vuelto de la estación, a la que el tiempo, al pasar lentamente, había envuelto en sus olas e iba meciendo suavemente desde aquel día. Esta Miett ya tiene año y medio más que la otra; sus pensamientos se aventuraban a lo lejos, y por regla general, el tiempo y los acontecimientos le gastaban bromas asombrosas.

Las dos Miett no tenían nada común entre sí. A veces se encontraban, al acaso, contemplándose asombradas: la mayor a la más joven.

Estas disquisiciones psicológicas conseguían tranquilizarla siempre, cuando sentía remordimientos por sus secretos pensamientos respecto a Golgonszky.

No importa que la nueva Miett siga viviendo y meditando: morirá, desde luego, en el mismo instante en que Pedro vuelva. Desaparecerá como una sombra, y en su lugar, en la estación, se hallará otra vez la antigua Miett, esperando el tren.

Al llegar al término de estos pensamientos, se entregó de nuevo a sus sueños referentes a Golgonszky, abandonándose con agradable vértigo.

Así fueron pasando sus días.

Desde el encuentro en la Escuela de Equitación, encontraba a menudo pretextos para bajar hasta dos veces al día a la ciudad, dando largos paseos sin rumbo fijo, y

animada por la secreta esperanza de encontrar en la calle a Golgonszky.

Frecuentemente, sacaba de paseo a *Tomí* durante muchas horas, por aquel mismo trozo del muelle del Danubio en el que Golgonszky la viera, aunque con aquel tiempo frío y nevoso resultara poco agradable. Antes, ocurría a menudo que por las mañanas echaba mano del saquito de compras de Mili, bajando, sin ponerse el sombrero, a la vecina tienda de comestibles. Ahora, por nada en el mundo lo hubiera hecho, temiendo encontrar en aquel cortísimo trayecto al diplomático.

Ahora ya nunca se encontraba sola: Golgonszky la acompañaba siempre, invisiblemente, orientando sus pensamientos, actos y pasos. Era la mano de Golgonszky la que abría el armario y escogía los trajes que se ponía para salir de paseo, pues, con el pensamiento solía preguntarle lo que le gustaba, y aunque lo ignorara, por lo menos podía imaginárselo e inventarlo.

Aquellos largos paseos trocáronse pronto en verdaderas persecuciones, tanto más impacientes, cuanto más desesperadas. Buscaba convulsivamente el azar por las calles de la ciudad interior y más lejos, en los barrios más alejados. Por fin, algunas semanas después, lo encontró, cuando menos lo esperaba.

Una tarde, hacia las cinco, acababa de salir de casa de los Varga. Vestía un traje de casa muy sencillo, y en los hombros llevaba un grueso pañolón.

Al doblar la escalera, tropezó de frente con Golgonszky. El diplomático llevaba una amplia capa de oficial, color café. Abrió los ojos con grata sorpresa.

—¿Usted vive en esta casa?

Miett apenas consiguió ocultar su agitación. Sentía latir el corazón con terrible intensidad, y las piernas le parecieron tan ligeras como si no existiesen siquiera.

Susurró en voz casi imperceptible:

—Sí... Y usted, ¿adónde va?

—Busco a un médico... Tengo que hablar con él por mi asistente.

—¿Con el doctor Varga?

—Sí.

—¿Le conoce?

Golgonszky se echó a reír.

—No me atrevería a afirmarlo, pero lo que sé es que estuve en un té, en su casa, años atrás...

—¡Ah! ¿Sí? —dijo Miett, alargando las sílabas, pues en aquel instante comprendió por qué, desde un principio, le sonaba tanto el nombre de Golgonszky. Ahora recordó que Olga le había hablado en cierta ocasión de él.

El descubrimiento aprisionó de tal modo sus pensamientos que ni siquiera oyó la pregunta que acababa de dirigirle Golgonszky. Se ruborizó ligeramente.

—¿Qué me ha preguntado usted?

—¿En qué parte de esta casa vive?

—Allí, en el ángulo.

—¿Sola?

—Con mi padre.

Durante unos instantes, callaron. Golgonszky contempló la cara de Miett con visible satisfacción.

Miett volvió la cabeza y, sin motivo aparente, miró por el hueco de la escalera. Agarró con ambas manos la baranda de hierro del corredor, y colocó la punta del zapato en la curvatura del hierro, como si quisiera subirse a la baranda. Este ademán suyo estaba repleto de embarazo y gracia infantiles. Luego, volvió el rostro hacia Golgonszky, ruborizándose aún más. En su semblante tan sensible, que solía reflejar hasta sus más íntimos pensamientos, asomaron ahora la vergüenza y la congoja, pues se daba perfecta cuenta de que su alma se le había asomado a la cara, traicionándola. Estos breves instantes acabaron por crear una situación embarazosa, como si Miett hubiera caído en una red.

También Golgonszky se dio cuenta de ello y con su mirada procuró sujetar la de Miett.

—¡Qué guapa es usted! —dijo en voz baja.

Miett fijó en él sus ojos, asustada; quiso decir algo, quiso contestar con superioridad y elegancia, desviando aquellas palabras, quitándoles todo su peso, pues las sentía venir hacia ella con fuerza irresistible, como atravesando todo su ser. Mas no pudo decir nada, se arregló en el cuello el pañolón con gesto friolero, y tuvo la impresión de estremecerse interiormente.

Durante un segundo, hubo un nuevo silencio que abría vertiginosos precipicios. Después, Golgonszky dijo:

—No quiero retenerla más. Temo que coja frío...

—¡Oh, de ninguna manera...! —exclamó Miett dándose cuenta inmediatamente de que hubiera sido preferible no haber proferido aquellas palabras. Para contrarrestarlas, pues, le tendió la mano.

Observó atentamente su mano tendida hacia el oficial, como si quisiera conservar minuciosamente el efecto que iba a experimentar al contacto con la suya. Luego, se fue corriendo hacia atrás y vio, un instante, la capa de oficial color café que desaparecía en la vuelta de la escalera.

Entró directamente en su cuarto, sentose en un sillón y miró en torno suyo con la mirada inquieta. Se daba cuenta de que le sucedía algo extraordinario, sumergiéndose cada vez más en esta sensación, como en una densa y traidora masa de agua. La turbación que la invadía ahora, se parecía mucho al anegamiento.

Había encontrado en aquel hombre algo inesperado, algo imponderable que no había notado antes en nadie, algo nuevo, algo inquietante. Aquel rostro, mezcla supraterrrenal de fealdad y belleza, que no acusaba la más mínima relación con ningún

otro semblante conocido, le produjo un efecto fascinador, sugestivo.

¿Qué le pasaría ahora? Sentía crecer el poderío de aquel rostro y del alma que escondía, sobre su persona. Sabía que resbalaba hacia el precipicio; se veía plásticamente sobre la abrupta pendiente, y pensó aterrorizada en los peligros que la acechaban. Sintió un deseo imperioso e incomprensible de obedecer las órdenes de aquel hombre, al mismo tiempo que tenía la sensación muy clara de que su alma era arrastrada por el camino de aquella voluntad y de aquellos caprichos como por una fuerza irresistible. Sintió un deseo tierno y lánguido de apoyar su cabeza sobre el hombro de Golgonszky, de estar cerca de él y de experimentar el misterioso placer de su presencia, de entregarle algo que ahora sentía y cuya existencia había ignorado hasta entonces: la interioridad más secreta e inédita de su yo, que había nacido bajo la insistencia de su mirada.

Se sentía incapaz ya de pensar en otra cosa más que en él.

Los días iban sucediéndose monótonamente, sin acontecimiento alguno, pero todos sus pensamientos arrastraban consigo aquel sentimiento, como una pesada cadena.

Con los párpados entornados, se había repetido innumerables veces aquellas palabras que Golgonszky había pronunciado con tanta sencillez, aunque parecían acompañadas por un hondo jadeo de su pecho: «¡Qué guapa es usted...!».

Durante varios días no fue a ningún sitio, como si los tremendos efectos del último encuentro la hubieran agotado, y la mirada de Golgonszky hubiese destruido algo vital en ella, acabando con toda su energía, y llenándola, en cambio, de una disolvente sensación.

En las primeras noches, ni siquiera consiguió conciliar el sueño. Su cuerpo yacía preso, durante algunas horas, en una dulce excitación, confusa, lánguida, y al volver a abrir los ojos, el pensamiento continuaba el tema en aquel mismo punto en que se había interrumpido.

A menudo, tenía instantes de mayor lucidez, creyendo recobrar su dominio sobre sí misma. En estos momentos pensaba que sólo la soledad y el abandono eran causa de la horrible comedia de la que se veía protagonista. En estas ocasiones, llegó a contemplarse con los ojos escrutadores del médico, elaborando confusas teorías, según las cuales, durante los incansables meses de soledad, los humores disueltos de los deseos femeninos habíanse amontonado imperceptiblemente, difundiendo venenos misteriosos en la sangre, y pensó que cuanto le ocurría sería tan sólo una dolencia pasajera del cuerpo con la que el alma nada tenía que ver.

Y, sin embargo, fue su alma la que resultó imbuida de aquel nuevo veneno que sembraba destrucción en su derredor, inflamándola interiormente.

En la tarde de Navidad, le trajeron un enorme ramo de rosas. Abrió nerviosamente el sobre, y leyó en la tarjeta, con gran decepción, el nombre de

Alexander Petróvich Ilyin.

Golgonszky no dio señales de vida ni con motivo del Año Nuevo.

Unas cuantas semanas después, Mieltt reemprendió los largos paseos solitarios, y esperaba con impaciencia que Matilde fuese a buscarla, pues, gracias a ella, esperaba un nuevo encuentro con el diplomático.

Quedó completamente abatida por la noticia de que el matrimonio Cserey estaba en Viena, y que no volverían en varios meses.

No tuvo el suficiente valor ni fuerza para dar a Golgonszky señales de vida, bajo una forma u otra, pues temía que un instante de acercamiento resultara infructuoso, acabando de una vez para siempre con todas esas sensaciones que, aunque terribles, eran deliciosas, y a las cuales ya no podía renunciar.

A principios de febrero, recibió una carta de Brassó, de la hermana de Pedro, comunicándole que Pável y ella irían pronto a Budapest, y que la visitarían.

En una tarde sombría y nevosa presentáronse, en efecto, y Mieltt procuró ser lo más amable posible con aquella pareja de extraños, a quienes nunca había visto en su vida y con los cuales nada tenía en común.

También su padre salió de su habitación, fijando sus ojos azules con cariño familiar sobre los advenedizos. Veíase en él muy claramente que les trataba con gran benevolencia, y que, en atención a Pedro, de antemano les perdonaba los posibles defectos.

Mieltt, al servirles el té, no había llegado a decidir en su fuero interno cuál de los dos le resultaba más antipático, si la cuñada o el cuñado.

Pável, con su impetuoso e inconstante modo de hablar, cargado de una vitalidad desbordante, con el pelo cepillado agresivamente hacia arriba y con los bigotes en forma de horca, le causó la impresión de un objeto ridículo que al frotarse con un trapo despide chispas eléctricas. Encontró insoportable su defectuosa pronunciación húngara y sus chistes forzados con los cuales quería pasar por gracioso. Y no le resultó menos insoportable la familiaridad exagerada con que penetró en la casa, tuteándola, abrazándola y dándole golpecitos en la espalda.

Sári, cuya nariz, andando el tiempo, se había adelgazado considerablemente, venía armada por los cuatro costados de aquella superioridad de las señoras provincianas que las hace inmediatamente antipáticas. Durante la conversación, examinaba a Mieltt con miradas escrutadoras, así como los muebles y los adornos de la casa, sin exteriorizar el más leve juicio favorable. Su mirada revelaba claramente el deseo de descubrir aquellos objetos que habían pertenecido a Pedro, o que provenían acaso de la herencia paterna, para formular pensamientos vagos acerca de la posibilidad de reclamárselos.

A Mieltt la mantenía un tanto fríamente a distancia, como si lo supiera todo acerca de ella, con todos los posibles pecados que hubiera podido cometer durante el año y

medio que duraba la ausencia de Pedro. Sus modales destilaban cierta amargura, por no poseer prueba alguna de la presunta infidelidad de Mielt. No obstante, hacía continuas observaciones que se referían a la fidelidad conyugal, y su voz tenía un tono de dómine, como si quisiera recriminarle algo.

Pável asentía con la cabeza a las palabras de su media naranja.

Mielt sentíase molestanda por la conducta de los cuñados y, muy segura de su aplastante superioridad intelectual sobre ellos, buscaba la palabra con la cual les podía herir fina pero infaliblemente: una palabra que surgiera imperceptiblemente en el curso de la conversación, pero que resultara cortante como una navaja de afeitar. Sin embargo, acabó por juzgar indigno de ella aceptar tan desigual combate; así, pues, prefirió asentir a su vez y resolver el problema colmándolos de amabilidades y de exagerados cumplidos.

Sári procuraba dar a su marido un relieve de hombre muy culto y profundo.

«Mihály dijo esto, Mihály dijo aquello; desde luego, Mihály lo había predicho...». Estas eran las palabras que se repetían periódicamente en la conversación. Poco a poco debía de haberse formado la convicción de que, si se hubiese preguntado el parecer de Mihály en tiempo útil, toda la guerra mundial se hubiera evitado. En tales ocasiones, Pável se retorció velozmente el bigote con los dedos de uñas cortas, impregnado de cosmético pegajoso y lleno de toda clase de suciedades.

—Hábleme de mamá —interrumpió Mielt a Sári.

—¿De mamá? Pues, Dios mío, la pobrecita es siempre la misma. Hasta el último momento, estaba convenido que viniese con nosotros, pero luego le dio miedo un viaje tan largo... No me extraña, desde luego; es terrible viajar ahora, con tantos trenes militares... ¿Cuándo se acabará todo eso? Gracias a Dios, Mihály tiene ahora un servicio cómodo...

—¿Os quedáis a cenar...?

—¡Oh, cuán amable eres, querida, y cuánto lo siento...! Pero ya tenemos otros compromisos. ¿Sabes? Las relaciones de Mihály.

Y su mirada quería expresar lo poderosas y aristocráticas que eran las relaciones de su marido.

Mielt se alegró de liberarse a tan poco precio, se guardó de invitarles para el día siguiente, y ni siquiera les preguntó hasta cuándo pensaban quedarse. Fingió creer que habían de partir al día siguiente.

Cuando se fueron, tuvo la sensación de que aquella mujer acababa de quitarle algo. Le quitó, en efecto, la representación clara y serena de Pedro, pues Sári, sobre todo en torno de los ojos y la boca, acusaba un leve parecido con su hermano, en aquellos rasgos comunes que sólo la mirada de un extraño es capaz de descubrir entre dos hermanos. Mielt conservó una impresión penosa, como si, después de tanto

tiempo, hubiera vuelto a ver a Pedro en una copia mal hecha.

Los días y las semanas siguientes no aportaron cambio alguno en su vida. Aquellas largas tardes tenebrosas la encontraban a solas con sus pensamientos y con sus fantasías relacionadas con Golgonszky, que le parecían haberse atenuado considerablemente en su interior.

En los últimos tiempos, había descuidado bastante su amistad con Rózsi. Ahora, volvía más a menudo a mandarla llamar, y a veces, incluso la hacía bajar por las noches, después de cenar, cuando los Varga salían.

En estas ocasiones, Miett ya estaba acostada. Apoyábase sobre la almohada, y escuchaba a Rózsi, soltando a veces grandes carcajadas. La muchacha se daba cuenta de todo cuanto acaecía en la casa. Explicole cómo los porteros se pegaban matrimonialmente, pues había sido testigo de sus reyertas conyugales; y sabía historietas muy sabrosas sobre las recepciones de la señorita Pradella, que vivía en el tercer piso y solía agasajar a sus convidados con su virtuoso arte de tocar el violín. Rózsi salpimentaba todas estas historietas con observaciones personales de mucha originalidad.

Una noche se sentó junto a la cama de Miett con la expresión de quien trae una historia nueva e interesante.

—Señorita, ¿conoce usted al señor Sinka? Vive en el cuarto piso, en aquel pisito que da al patio. Una habitación con cocina; es soltero. ¿Nunca le ha visto, señorita? Es un señor con canas, bastante flaquito, debe de trabajar en algún despacho. Va mal vestido, es pobre como una rata. El otro día me dijo la cocinera: «Oye, el señor Sinka acaba de darle otra vez un paquete a la de Kádár». La Kádár es la lavandera que vive al lado, en el mismo piso. Y también al día siguiente lo vi. El señor Sinka, por la mañana, salió de casa para ir al despacho. En la mano llevaba un paquete, envuelto en una especie de paño pardo. Llamó a la puerta de la Kádár. La vecinita abrió la puerta, cambiaron signos, y Sinka le entregó el paquete, sonrieron y él se despidió. Por la noche (suele volver hacia las siete) llamó otra vez a la puerta de la Kádár, y ella le dio el paquete. Le digo, señorita, que estaba envuelto en una especie de paño pardo. Así sucedió durante unos cinco días; lo veníamos observando cada día desde la ventana de nuestra cocina. ¡Y siempre el mismo paquete! Nos moríamos de curiosidad por saber qué podía haber en aquel paquete. La cocinera pensaba al principio que debía ser ropa que Sinka daba a la lavandera para lavar. Pero cada día no podía darle ropa, ¿no es verdad? Además, el paquete parecía pequeño, y más bien pesado. ¿Sería algo para comer? Tampoco podía ser porque para eso era demasiado grande. Bueno, ¿qué será? Nos rompíamos la cabeza, nos la partíamos materialmente, como se dice. Una mañana me dice la cocinera: «Oye, ve y pregúntale a la Kádár qué hay en el paquete». Yo fui, pues ya no me dejaba tranquila la curiosidad. La Kádár me recibió en el vaho cálido de su cocina; estaba lavando ropa; trabaja todo el día. «Dígame, tía

Kádar, ¿qué contiene el paquete que el señor Sinka le entrega todas las mañanas?». «Un ladrillo, hija», me contestó. «¿Un ladrillo?». «Sí, hija, sí; por la mañana, se lo pongo en el horno, allí se está calentando hasta la noche, pues tengo encendido el fuego durante el día. A mí no me cuesta nada, y a él, el ladrillo le calienta la cama, pobrecito. Ya ve usted, señorita, qué práctica resulta la gente en esta gran penuria de combustibles...».

Rózsi solía traerle a Miett, cada noche, historietas semejantes, que echaban luces curiosas sobre las vidas oscuras que se encendían entre las paredes de aquella casa. Una noche, Miett le preguntó, con los párpados medio entornados y mirándola con malicia:

—Oye, tú, dime... ¿el señor Szücs te hace aún la corte?

—¿A mí? ¡Válgame Dios...!

Tomó el pañolón, y levantándose de un brinco de la silla, salió, riéndose.

Miett la siguió con una mirada alegre. Se fijó en el talle esbelto de la muchacha; en sus formas casi señoriales; le pareció que irradiaba siempre, con su eterna alegría, sus risitas y su charla agradable, cierta atmósfera de frescor y de limpieza, de campo de flores silvestres.

Unos cuantos días después, inesperadamente, Miett tuvo noticias de Koretz. El negociante mandole una carta, y un saco de harina de la mejor calidad.

«No la sorprenda tan extraño regalo —le decía en la carta—, puesto que esto sustituye hoy los ramos de flores o los bombones...».

Hacía tiempo que los víveres estaban racionados.

Miett llamó a Koretz por teléfono, agradeciéndole efusivamente el envío. La conversación terminó, invitando a Koretz a una taza de té en su casa. También el padre estuvo presente, y los dos hombres conversaron agradablemente durante largo rato, como dos personas serias que saben cambiar frases muy sensatas sobre la situación, las circunstancias económicas y las perspectivas de la contienda.

Miett asistió a la conversación como si hablasen en algún idioma extranjero, pues nunca abría un periódico y sentía horror por todas las noticias referentes a la guerra.

Koretz mostrose algo tímido y cohibido con respecto a Miett. A veces, mantenía la mirada sobre ella, y en sus ojos serenos y pardos se reflejaban claramente la curiosidad y la fascinación.

Miett procuraba eludir aquellas miradas, y fuera de las manifestaciones usuales de cortesía, procuraba no avivar en nada los sentimientos de Koretz. Sentía claramente que tras los modales respetuosos y corteses de Koretz, se escondían los sentimientos serios y profundos del hombre maduro, que ella hubiera podido encender con una sola mirada. Pero, precisamente por saberlo, era en extremo precavida. Sabía que Koretz nunca podría representar para ella más que un amigo agradable y sereno, y quería conservarlo como tal.

Después de la visita, quedaron en contacto. Koretz la llamaba a menudo por teléfono, preguntándole si necesitaba algo. La trataba con una especie de tutela; pues entonces ya las adquisiciones domésticas comenzaban a preocupar y la dificultad de encontrar víveres hacía insoportable la vida.

Poco a poco, llegó la primavera.

Un día de abril, murió el médico director de un elegante sanatorio de Buda. Esta defunción influyó en la vida de Mielt por el hecho de que el puesto vacante fue ofrecido al doctor Varga. Pocas semanas después, los Varga se trasladaron a vivir al sanatorio.

Mielt miraba desde la ventana cómo los obreros de la empresa de transportes bajaban por la escalera, uno a uno, con sus cuerdas tendidas sobre el hombro, aquellos pesados muebles.

En los últimos tiempos, tenía bastante poca relación con el doctor y su señora; sin embargo, ahora se sentía invadida por una gran tristeza. Le parecía que aquellos muebles le eran arrancados a su propia vida interior; que lo pasado se alejaba con un paso más; y que, en el piso vacío de los Varga, quedaban consumidos sus recuerdos de adolescencia, mientras crecía en torno suyo, cada vez más intensamente, la sensación de la soledad y del abandono.

Una tarde se trasladó al Vár^[44] para arreglar en el Ministerio el asunto de las pagas atrasadas de Pedro, pues ahora sentía incluso las faltas de aquellas cantidades insignificantes.

Esperaba el funicular para bajar, sentada en un banquillo de la estación superior, cuando, de repente, vio a Golgonszky.

Mielt sintió que el palpar violento del corazón le repercutía por todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los talones. Notó que se ponía pálida como la cera, y que todas sus fuerzas la abandonaban.

Golgonszky estaba más cerca de la entrada, en donde esperaban aún otras personas, de modo que corría el peligro de perderle de vista ante la muchedumbre. En el primer instante, pensó que hubiera podido pasear, llegando hasta él naturalmente, como si no lo hubiera visto. Sin embargo, se quedó sentada, pues experimentaba el presentimiento de que bajo la figura de Golgonszky se acercaba inexorablemente el Destino, dirigido por fuerzas invisibles y extraordinarias, y que era inútil todo intento de evitarlo o de ir a su encuentro. Se abandonó, pues, al azar.

Golgonszky había plegado el periódico, mirando distraídamente a su alrededor, y notó la presencia de Mielt. Inmediatamente se apresuró a saludarla.

—¡Cuánto tiempo sin verla! —dijo con ternura, después de saludarla y estrechar su mano.

—No salgo nunca... —dijo Mielt, pronunciando las palabras con cautela y haciendo lo posible para ocultar la profunda emoción interna.

Se pusieron a conversar, sin notar siquiera que el funicular había llegado y emprendido otra vez la bajada, sin ellos.

—¿Adónde va usted? —preguntó Golgonszky.

—A casa.

—¿No tiene ganas de dar una vuelta?

Miett miró el reloj, como si de él dependiera su decisión.

—¿Por qué no?

Se fueron andando, y llegaron pronto al Bastión de los Pescadores, por donde apenas transitaba nadie.

—¿Qué es de su vida? ¿Qué hace? ¿Cómo pasa los días? —preguntaba Golgonszky.

Y antes de recibir contestación, añadió:

—¡Me da tanta lástima usted!

—¿Por qué?

—Porque lo que pasa ahora a la humanidad es lo más cruel que se pueda imaginar. Ahí está, por ejemplo, usted.

—¡Oh, yo soporto mi sino con resignación! —dijo Miett humildemente.

Golgonszky no dejó interrumpir su pensamiento, y continuó, emocionado:

—Dios había creado a usted para vivir, para brillar, para deleitarse y para deleitar también a los demás, mientras durase su belleza y su juventud. Usted tiene algo que capta inmediatamente la imaginación de los hombres. Es usted tan bella que asombra a todo el mundo. Al entrar en un salón, a las mujeres les causa abatimiento y en los varones despierta aquella clase de nostalgia que invade forzosamente a cualquier hombre cuando ve a una mujer extraordinaria e instintivamente se percata de que nunca podrá ser suya. Usted es algo más que una mujer bella. Usted va irradiando el hechizo de lo inaccesible, y precisamente esto le presta mayor atractivo. También a mí me tiene impresionadísimo. Usted me perturbó, llenándome de sensaciones inquietantes y raras. Recuerdo que, cuando la vi por primera vez, usted estaba sentada bajo la pantalla de una lámpara, y yo me apoyaba en la chimenea, contemplándola, con el corazón agitado, como si sintiese la proximidad de una aparición inasequible en la cual se sintetizasen todos los enigmas de la vida sobre los cuales reflexionamos y que solicitan nuestra meditación: aquellos enigmas que nos imaginamos como excitantes de los deseos más escogidos de nuestra alma y de nuestro cuerpo, y de nuestro gusto estético más elevado Mire usted: yo soy un cínico. Suelo afirmar siempre en mí los derechos del Yo, suelo luchar por él encima de todos los obstáculos, y me siento locamente atrevido para conquistar cuanto se me antoja. Y esto apaga en mí los terribles accesos de ardorosa sed, cura las heridas que torturaron a todos los hombres. Cuando la vi por primera vez, me puse a contemplarla como los hombres miramos a todas las mujeres hermosas. Luego la miraba con avidez

creciente, y me decía: «Sí, es ella, la que me había imaginado tantas veces», y con el furioso apetito de la fiera sentía que era la presa cuya dulce sangre hubiera podido absorber en mis propias venas. No me importaba lo que podía sentir usted, lo que podía pensar de mí, ni la imagen que pudiera tener. Lo importante es que, en mí, empezó a arder aquella energía feroz... ¿Hubiera podido triunfar? No lo sé. Creo que sí. Pero ya ve usted, soslayé la lucha, con sus mil excitaciones, pero sus resultados imaginarios, por la coincidencia de una posibilidad que me hacía estremecer el corazón. Porque la vida superior es ésta. Lo más hermoso en el mundo, ¡es la persecución! Perseguir la vacilante voluntad de una mujer, ¡cómo una fiera! Retrocedí ante la lucha, pues me pareció una ignominia. Usted tiene un marido que no puede defenderla; hubiera sido una cobardía que mi conciencia no habría podido soportar. Si usted fuera una mujer independiente, o si su marido estuviera aquí, para poder quitársela, con los dientes y con las uñas, por la fuerza, con el revólver en la mano o con ternura, o dándole explicaciones, o por la superioridad intelectual, o por dinero... sería otra cosa. Pero así... el ausente tiene tanta fuerza que yo no puedo medirme con él... ¿Es así?

—En efecto, es así... —contestó Miett en voz baja, atemorizada por unas palabras que, al mismo tiempo, la habían llenado de indecible placer.

Golgonszky se quitó el sombrero y entregó la cabeza al frescor de la brisa del Danubio. Se detuvieron junto a la baranda de piedra, y miraron el panorama del río y de Pest. La ciudad se extendía a sus pies con sus cúpulas, torres y pardos tejados, envuelta en un vaho ligero, enviando hasta ellos, muy atenuado, los ruidos de su activa vida.

—Vea —dijo Golgonszky—, usted es prisionera como su marido. También usted tiene deseos y aspiraciones a los que acaso no pueda ni dar nombre. Qué duda cabe que así es, pues la vida tiene quejas poderosas y quejas crueles, como la garganta de un oso vigoroso, y esta queja atraviesa las paredes de la casa en la que está encerrada; y yo experimento muchas veces la sensación de que las escucho y las oigo.

Miett no contestó. Con el dedo enguantado trazaba jeroglíficos en el muro de piedra. No tenía fuerza para protestar, ni valor para mirar a Golgonszky.

Tenía la impresión de que Golgonszky al decir aquello, leía en el fondo de su alma.

—Yo no sé —continuó Golgonszky— cuál de ambos cautiverios es más duro y más penoso. A él, le tienen encerrado en una barraca, y le custodian con bayonetas. Pero usted, usted ha tenido que ir construyendo en torno suyo con sus propias fuerzas la barraca y las bayonetas amenazadoras. Allí, la vida se ha convertido en monótona, sofocante, adormecida. Allí, las jornadas se sumergen en una extraña indiferencia bárbara; pero usted vive aquí, en esta maravillosa ciudad ebria, donde hasta las piedras cantan, donde la fiebre de la vida se infiltra por las paredes y por los muros, y

todo cuanto usted ve en torno suyo excita, emociona, tortura...

Miett exhaló un suspiro, que parecía de liberación. Luchaba por no revelar la emoción de su alma.

Lloviznaba. Emprendieron, lentamente, el regreso.

—Yo he de volver ahora al frente —dijo Golgonszky— y durante mucho tiempo no volveré a verla. Es posible que no vuelva a verla jamás...

Luego añadió:

—Por muchas causas. En el frente, también se puede morir, aunque eso me deja sin cuidado. Creo que la verdadera razón reside en mí mismo... Usted habrá notado que hasta ahora he preferido evitarla...

Caminaron uno al lado de otro durante largo rato, sin decir nada. Mil pensamientos confusos se perseguían en el alma de Miett, en caótico remolino, más no conseguía sujetar ninguno; todos resbalaban escapándose, al querer formularlos. Sin embargo, hubiera querido decir algo, y en el vértigo de su felicidad, buscaba desesperadamente una palabra que pudiera deslizarse en el corazón de Golgonszky para quedarse allí, como un objeto pesado. Mas no se le ocurría absolutamente nada. Y el no conseguirlo no le disgustaba, porque se daba perfecta cuenta de que su silencio tenía alma y alas y que también Golgonszky comprendía e interpretaba su mutismo.

Llegaron sin proferir palabra hasta la parada del tranvía. Poco después llegó el vehículo con fuertes chirridos, saliendo del túnel.

Miett le tendió la mano.

—Tal vez aún volvamos a vernos —dijo en voz baja y con extraño calor; y durante un instante, abandonó su mano en la de Golgonszky.

Golgonszky se quedó allí hasta que el tranvía se puso en marcha. Desde la plataforma, Miett continuó mirándole fijamente.

Al llegar a casa, en el recibimiento, cogió del suelo a *Tomí*, lo levantó con los brazos tensos en el aire, luego se frotó la nariz contra el hocico del perrito y le envió besos a cierta distancia. Por fin, con un movimiento brutal, lo apretó contra el corazón y lo dejó caer con gesto habitual en ella.

Sentíase arrastrada por una formidable alegría. Se paseaba por la habitación, silbando y cantando, aunque nunca solía hacerlo. A su paso, daba golpecitos con sus dedos a los muebles y al espejo del armario, como si quisiera extraer movimientos musicales de los objetos inanimados.

Luego, cruzó las manos, por detrás de la nuca, continuando el paseo, perdiendo casi el equilibrio en las vueltas.

«Volverá...», se decía a media voz, sentándose ante el piano y abriendo una partitura. Apenas sabía tocar, no tenía talento musical, pero entonces apoyó atentamente las hermosas manos sobre las teclas y tocó.

Durante muchos días, no fue a ninguna parte. A veces, se pasaba largas horas en el rincón, junto a la estufa, que era su lugar preferido, palpando con la mano su esmalte, y fijando vagamente la mirada en algún invisible objetivo. O se echaba sobre el diván, y se entregaba a sus ensueños, con los ojos abiertos. Luego, cerrándolos, volvía a vivir la escena del Bastión de los Pescadores, oyendo de nuevo las palabras de Golgonszky, viendo la frente acariciada por la brisa, junto a la baranda de piedra del bastión, mirando hacia las nubes, con el pelo gris azulado, sedoso como las plumas de los pájaros, pegado a sus sienes.

Pasaron así, entre sueños, varias semanas, y entonces el tiempo pareció tener alas.

Una tarde, recibió la visita de Matilde.

—Pronto llegará el verano —dijo a su amiga—, y es desesperante que no podamos ir a los balnearios de Occidente. ¿Por qué hay guerra? No nos queda más remedio que recorrer otra vez Alemania...

—Llévame con vosotros —dijo Miett, sin levantar la mirada, mientras servía café de una cafetera de plata vieja.

La alegría impregnó el rostro de Matilde.

—¿Vendrías de veras?

—No, ha sido una broma; aunque quisiera, no me sería posible...

Y quiso cambiar de conversación. Pero Matilde no la dejaba tranquila.

—De verdad, ¿por qué no podrías acompañarnos? Estaríamos muy contentos, y también a ti te haría un gran bien viajar un poco...

—¡Oh, no sería fácil...! No tengo vestidos...

—¿Vestidos? Enséñame tu ropero.

Matilde se puso a escoger con mano maestra entre los abrigos, trajes de viaje y sombreros, todos de género bueno, anterior a la guerra, y de calidad inmejorable. Miett solía comprar siempre en las mejores tiendas.

Matilde ahora ya no toleraba contradicción alguna.

—Lo arreglaré todo con tu padre... —dijo, y desapareció con movimientos ligeros tras la puerta del despacho.

Tres semanas después salieron de viaje.

Miett disfrutaba mucho con aquella comodidad, para ella aún inédita, que se siente al viajar cuando otra persona se encarga de todo, y especialmente cuando esa persona no necesita reparar en gastos. Viajar es un arte, y Cserey era maestro en él.

Pasaron unos días en Viena, y luego fueron en dirección a Salzburgo.

Después, se dirigieron a Berlín, en donde las privaciones de la guerra se reflejaban ya claramente, hasta en las calles, en la cara de la gente, pero en donde el dinero siempre logra encontrar sitios recónditos donde anida el lujo.

A veces Miett, con el corazón encogido, veía esfumarse en manos de Cserey pequeñas fortunas, pero, al parecer, aquella era cosa habitual en aquel matrimonio.

Marido y mujer rivalizaban en hacer a Mielt aquel viaje verdaderamente inolvidable, alegre y cómodo. La colmaron continuamente de atenciones, como si constituyera un placer especial.

Por fin, se fueron a Swinemünde, a orillas del mar.

Ya era verano, y los días, sofocantes.

Quien ve el mar por primera vez en su vida, se encuentra con Dios. Y Mielt aún no había visto el mar.

Se detuvo en la orilla y escuchó el tronante y majestuoso oleaje. En medio de aquella música de lo Infinito, pensó confusamente en Pedro.

Durante algunos días, solía bajar a menudo a la playa, abandonando su cuerpo a la suave caricia de las olas, y gozando mucho sintiéndose tan ligera en el agua.

Esos baños de mar le hicieron descubrir los matices de una soledad de una nueva especie. Pasó largas horas sentada en una roca saliente, disfrutando de la brisa embriagadora del mar. Miraba hacia lontananza, sin mover siquiera la cabeza, mientras mil pensamientos, entre dolorosos y gratos, le penetraban el corazón, sintiendo en la cara las cosquillas de las gotas de agua que se iba secando.

Pensó en Golgonszky, y a través del estruendo del viento y de las olas, oía su voz.

Una tarde, cuando se paseaban los tres por la playa, inesperadamente, como si surgiera de repente del suelo, Golgonszky fue a su encuentro.

Llevaba un ligero traje de verano y su rostro estaba tostado por el sol.

Parecía algo cohibido. Evitaba la mirada de Mielt, como si no quisiera notar el efecto que producía su inesperada aparición.

Dijo que teniendo asuntos en Berlín y aprovechando la ocasión había ido a pasar unos días cerca del mar.

Tardaron mucho en poder quedarse solos los dos, y únicamente después de haberse agotado ya las preguntas de tan inesperado encuentro, los Cserey se detuvieron ante un quiosco de periódicos.

Mielt y Golgonszky se adelantaron, paseando.

—No me encuentro aquí por mera casualidad —dijo rápidamente Golgonszky, con voz sofocada, mirando hacia atrás, para calcular cuánto tiempo les quedaba para hablar sin que les estorbasen.

Su voz estaba imbuida de pasión y dolor.

—La estuve buscando en Budapest, y me enteré de que estaba por aquí... No he podido aceptar la idea de no volverla a ver, y aquí me tiene. No sé lo que me pasa. Usted plantó en mi alma un sentimiento que lo arrolla todo, sin dejar sitio para otros pensamientos... No soy capaz de dominarme. He agotado en mí cuanto se llama razón, voluntad, energía, prudencia... No he venido por decisión propia... Me siento impotente... Me ha arrastrado hacia aquí una violenta fuerza extraña.

Al decir esto, se interrumpió, dando muestras de una fuerte lucha interior. Se

quitó el sombrero para que la brisa refrescara su frente. Miró con las cejas contraídas hacia la lejanía, como si esperara una respuesta del bramido del mar.

Entretanto, los Cserey les habían alcanzado de nuevo.

—Ivan, espero que cenará con nosotros —dijo Matilde, y entregó a Mielt las revistas ilustradas más recientes. Porque su gentileza se extendía hasta esas nimiedades.

Cenaron en la terraza del hotel.

Después de cenar, los Cserey estaban invitados a la casa veraniega de un diputado alemán, mas Mielt declinó la invitación, pues le parecía insoportable la idea de quedarse hasta medianoche en compañía de gente extraña.

Nunca en su vida había deseado tanto la soledad; y, después de cenar, subió directamente a su habitación.

Dejó la puerta abierta, para que entrara el aire. Se echó en el sofá, cerró los ojos, escuchando el lejano ruido de las olas, entrecortado a veces por el sonido melancólico de las sirenas de los barcos. Permaneció así largo rato, casi desvanecida por la intensidad de las sensaciones. Una mano le colgaba inerte, hasta la alfombra.

Aún había claridad afuera, pero, poco a poco, los contornos de las cortinas que enmarcaban la ventana fueron esfumándose. A través de la ventana abierta, entraban frescas y tonificantes brisas marinas.

Habría pasado en aquella posición mucho tiempo, cuando de repente se sobresaltó al oír pasos en el corredor, cerca de la puerta.

Se llevó asustada la mano derecha a la frente, y miró fijamente hacia la entrada, pues se daba cuenta de que era Golgonszky el que se acercaba. El corazón le latía fuertemente.

Golgonszky apareció en el umbral. Se acercó, y Mielt se levantó. Se miraron fijamente unos instantes. Durante el silencio, hubo en ellos un remolino de pensamientos vertiginosos.

Mielt se sintió perdida.

El susto la dominó, estremeciose y se retiró hasta la mesa. Sintió que iba a echarse a llorar, se retorció desesperadamente las manos y miró a Golgonszky con extraña expresión de terror. Por fin dijo jadeante, con dificultad:

—Se lo ruego, Golgonszky... Le suplico que me deje... Ya ve que soy débil... Usted no puede hacer esto conmigo... Por el amor de Dios, déjeme sola...

Pronunció estas últimas palabras, casi llorando.

Golgonszky la contempló durante un instante, inmóvil. Su cara estaba pálida como la cera.

Se inclinó sin decir una palabra, y salió.

Mielt se sentó junto a la ventana, recibió carta de Budapest, en la que Elvira le comunicaba, con términos exageradamente atentos y circunspectos, por lo que sus

frases le provocaron mayor inquietud, que su padre se había encontrado extraordinariamente mal en aquellos últimos días.

Tomó el tren inmediatamente.

En el patio del «Hotel de la Miseria» había mucho sol y los oficiales formaban un grupo, con caras circunstanciales, ante el objetivo del fotógrafo judeoalemán, para hacerse retratar con motivo del segundo aniversario de su cautiverio.

Por deseo expreso de Mezei, se habían situado sobre los escalones de la entrada, para que se pudiera ver por encima de sus cabezas el rótulo oficial de «Casa Húngara», adornado ex profeso para estas ocasiones con ramos de árbol y minúsculas banderas nacionales, con los colores rojo, blanco y verde.

Eran catorce. Zamák había dedicado dos días de trabajo a planchase los pantalones, para que en la foto se viera bien la raya.

Mezei ocupaba el centro del grupo, por ser el más antiguo en el escalafón y, por lo tanto, el comandante nominal. Neteneczky, que ya por temperamento era obsequioso, le obligó incluso a sentarse en una silla. Mezei se cruzaba de brazos y enderezaba el busto, para que se le viera mejor, como personaje más importante del grupo. Detrás de él, a diestra y siniestra, estaban Vedres y Bartha.

Vedres estaba casi cuadrado, y, sin saberse por qué, había adoptado un continente severo, amenazador y ya de antemano había fijado pacientemente la mirada en un punto invisible, como si contemplase hostilmente algún pájaro en un árbol.

Bartha se apoyaba familiarmente en la silla, y tapándose la boca con la mano, reía continuamente, pues no conseguía apartar la mirada de los pantalones del fotógrafo, prenda que parecía haber salido del rincón más oscuro de algún bazar tártaro. Estaban rotos por detrás, y una pieza de remiendo le colgaba. Por debajo, eran ridículamente estrechos, acabándose en acordeón sobre las pantuflas viejas, con las puntas tiesas, como una góndola.

El fotógrafo, que respondía al nombre de Herr Gützoc, daba unos saltos ante la máquina con sus largas patas, como una grulla borracha. Mientras arreglaba la colocación del grupo, se llevaba la mano nerviosamente ya a las gafas, ya a los pantalones, pues ambos mostraban tendencia a caerse. Era un tipo divertidísimo, y entre brinco y brinco, gritaba:

—*Nur ein Monument, meine Herrschaften!*^[45].

Cuando, por fin, tuvo el grupo más o menos preparado, se sujetó la barbilla con el puño, y les contempló con la cabeza ladeada, sin encontrar el grupo a su gusto de ninguna manera.

A la derecha de Mezei hallábanse los tenientes Lukács, Szentesi y Hirsch. Lukács ponía la cara sentimental y dulzarrona que le era habitual, y que tanto detestaban sus compañeros. Había en él algo misterioso; detrás de sus sonrisas y amabilidades parecía esconder siempre algún pensamiento insondable y no supo unirse a sus compañeros ni siquiera en la fraternidad del cautiverio. Vedres le suponía capaz de

venderlos a todos por dos copecs. Lukács, como si se hubiera dado cuenta de la antipatía que irradiaba hacia él por todos lados, se hallaba armado siempre con cierta humildad y sonrisas japonesas. De su vida civil sólo se sabía que fue director de un Club en Budapest, especializado sobre todo en los juegos de azar.

Szentesi, que nunca, ni en los días más difíciles, se hubiera separado de su fijabigotes ni de su navaja de afeitar, esperaba el solemne instante de ser fotografiado con la cara recién afeitada y con el bigote rizado, con las guías tiesas, de modo tan perfecto que daba gloria verle. Miraba hacia el objetivo del aparato con humilde y bovina mirada. Szentesi, al que por su baja y rechoncha estatura todo el mundo llamaba Buci^[46], era simpático a todos, pues sabían que era capaz de regalar a sus compañeros hasta la última camisa. Era un muchacho sencillo, puro de corazón, cuya figura revelaba a cien pasos al tendero de comestibles cristiano. Tenía un almacén que producía mucho, en la pequeña ciudad de Gör (Javarino), que había heredado de su padre. Según propia confesión, había sido el peor alumno de su provincia, y únicamente después de que su padre hubo regalado la mitad de las existencias de su tienda a los profesores, con gran dificultad, a los veintiún años, logró por fin aprobar el bachillerato. Aquella época fue la más terrible de su vida, y por esta razón soportaba el cautiverio en Siberia con mayor facilidad. Después del bachillerato, sirvió como voluntario un año, privilegio a que su flamante título le daba derecho, casándose después inmediatamente. Al estallar la guerra, ya tenía cuatro hijos, los dos primeros, gemelos.

Hirsch había sido corredor de una gran compañía de Seguros en Budapest. Era el muchacho judío más flaco y de cuello más largo de la tierra, pero, a pesar de su destacada fealdad, tenía rasgos simpáticos y era ingenioso. Se mantenía siempre encorvado y parecía un anzuelo en espera de que alguien picara en él. Nunca llegó a emanciparse de su modo de pensar profesional, y por una deformación muy comprensible, debida a su oficio, aun en aquellos momentos cavilaba, para el caso de que fuese posible, las condiciones y la cantidad por las que hubiera podido firmar un seguro de vida al saltarín fotógrafo.

A la izquierda del grupo, estaban Altmayer, Csaba y Szabó. Altmayer era hijo de un fabricante vienés de cajas de cartón. En su mocedad había demostrado inclinaciones hacia la pintura, y declaróse inepto para continuar el oficio paterno. Estuvo estudiando durante muchos años en Múnich, en donde, en vez de ir a las Academias de pintura, aprendió las canciones populares en las cervecerías, lo cual le fue muy útil en el largo período de cautiverio. Para explotar debidamente aquel caudal de canciones, Altmayer había organizado un coro a cuatro voces, con Bartha, Rosiczky y Szabó.

Szabó fue arrojado allí desde un rincón de su Transilvania natal, en donde había trabajado como pasante de abogado, y Csaba había sido intendente en los latifundios

de algún conde de la Transdanubia. Por lo cual, al pasearse por el mercado de cereales, se solía detener ante los sacos de los vendedores, sopesando los granos de trigo de la región de Tobolsk.

—¡Lo que se podría extraer de estas tierras, amigo! —solía decir.

Con Szabó —el cual había perdido toda esperanza, aun en tiempos de paz, de aprobar el examen de abogado, y se arrojaba con gusto a cualquier proyecto de aventura— solían planear día y noche que, una vez acabadas las hostilidades, venderían todos sus bienes en Hungría, para establecerse en Siberia como arrendatarios de tierras. Sólo sería preciso instalar una huerta de unos acres. El proyecto no parecía imposible de realizar, pues en las cercanías de Tobolsk, las tierras se arrendaban a precios tan bajos, que, comparados con los precios de Hungría, podían considerarse regaladas.

Szabó, que tenía la imaginación muy viva, ya se veía en medio de un gran latifundio, enriquecido y con una enorme barriga. Csaba inició el cultivo, entretanto, en un rincón del patio separado ex profeso. Recordó que, al llegar, habían llevado gran cantidad de estiércol desde el patio del «Hotel de la Miseria» a orillas del Irtis, y que ahora se podrían cultivar allí en gran escala coles rusas y tomates. Con su sistema personal de abonar y regar la tierra, logró ya, desde el primer año, una cosecha tan abundante, que hasta en el mercado de Tobolsk la gente se quedó admirada.

Aquel muchacho húngaro, moreno de cara, que tenía una mirada cálida, rebosaba de la pasión de enseñar e instruir. No se quedó tranquilo hasta que no consiguió reunir en torno suyo a sus compañeros, explicándoles con la cara radiante de entusiasmo los diferentes métodos de abonos artificiales, transformando en poco tiempo a todo el grupo en apasionados agricultores.

Tan sólo Lukács y Kölber no habían cambiado.

Lukács se pasaba el día tomando apuntes y dibujando figuras misteriosas en el papel. Había descubierto, según propia confesión, un nuevo juego de naipes, que llegaría a conquistar el mundo. Kölber tenía apenas tratos con nadie; era preciso sacarle las palabras con tenazas y sólo vivía para su diario íntimo, cuyos cuadernos apenas cabían ya en el cajón de su mesa.

Los demás, en cambio, encontraban cada día mayor gusto en los trabajos agrícolas. Cada cual tenía su propia parcela de sembrado, y la huerta se extendía hasta el lecho del Irtis. Csaba les aseguraba que en el año próximo la ganancia era segura.

Bartha regresó una noche acompañado de un enorme perro blanco; había podido lograr que le siguiese mediante un trozo de salchicha, desde las cercanías del Gobierno civil. El perro se parecía mucho a los mastines de Hungría, pero tenía formas más alargadas, casi de lobo, y el collar denotaba que pertenecía a una casa señorial.

Le bautizaron con el nombre de *Camarada*, declarándole propiedad común. Al principio, *Camarada* tuvo dificultades para acostumbrarse a un ambiente tan extraño, y sentía aversión sobre todo hacia Neteneczky, el cual se le acercaba siempre con palabras halagadoras, como las que se dicen a los niños pequeños. Sin embargo, viéndose rodeado de tantos testimonios de simpatía y cariño, llegando a encontrar satisfactoria hasta la comida, se amistó con todos y les entregó su corazón. Para él, el «Hotel de la Miseria» se había transformado en un verdadero paraíso, pues desde la mañana hasta la noche todo el mundo se ocupaba de él, de modo que empezó a darse cuenta de su importancia.

Como compañero de cama, había escogido a Zamák, el cual le iba contando, por las noches, sentado en el umbral de la casa, hasta la vida de su abuela. Había inventado para el uso exclusivo de *Camarada* un idioma canino, y el perro parecía escuchar aquellas historias con mucha paciencia y con la mirada visiblemente atenta.

El retrato del grupo no hubiera sido completo sin *Camarada*. Tras largos conciliábulos, le mandaron acostarse a los pies de Mezei, en el centro del cuadro.

Después de haber colocado también a Neteneczky, Lajtai, Rosiczky, Kölber y Pedro, Gützow dio la señal de callar y de inmovilizarse definitivamente. Pedro estaba en el extremo derecho del grupo. Con la barba enmarcándole la cara, en forma circular, se parecía mucho a los retratos de juventud de Lajos de Kossuth, el libertador húngaro.

Los asistentes comentaban con gran excitación aquella fotografía, detrás del aparato. Antes de que el señor Gützow abriera el objetivo, Bartha les gritó:

—Veo por vuestros hocicos que os estáis muriendo de ganas de poder figurar en el cuadro. ¡Bueno! ¡Venid! ¡Agazapaos a nuestros pies...!

Los asistentes obedecieron haciendo muecas; y a Zamák fue preciso obligarle a echarse a la fuerza, pues, pretendiendo a toda costa hacerse retratar de pie, cubría completamente a Altmayer.

Por fin, todos estuvieron colocados. Todos esperaban inmóviles, helándose sobre sus rostros la obligada expresión rígida de las poses fotográficas. Entonces Gützow se arremangó la americana en el brazo izquierdo, y extendió la mano con solemne ademán de hechicero hacia la tapa del objetivo, lanzando el grito:

—*Eins, zwei, eins, zwei, eins, zwei hopp!*

Después, tapó el objetivo e hizo una profunda reverencia.

Zamák lanzó un viva que los demás contestaron.

Gützow se acercó a los oficiales y les preguntó amablemente:

—*Hat es Ihnen wet getan?* (¿Le ha hecho daño?).

Y mientras les servía individualmente a todos aquel chiste fósil de fotógrafo, cual un bombón, se reía, enseñando los dientes negros.

—¡Ja! (¡Sí!) —le contestó en voz baja y un poco enojado Hirsch.

—*Wieso?* (¿Y cómo eso?).

Hirsch sólo hizo un gesto con la mano. Miró a Szentesi, quien asintió también con amarga sonrisa.

El señor Gützow no comprendía por qué los corazones de los oficiales prisioneros quedaron invadidos precisamente aquella fecha por una profunda tristeza. En aquella mañana, se cumplía el segundo aniversario de su cautiverio. El año que pasaba lentamente, se detuvo aquella mañana por encima de ellos un instante, se colocó sobre el trapo negro que cubría el aparato del señor Gützow y les miró de hito en hito desde allí, con expresión hostil, atravesándolos hasta el corazón a todos.

Cada uno se formuló la pregunta: ¿Hasta cuándo? ¿Cuánto durará aún esta enloquecedora monotonía? ¿Cuándo se acabaría aquel terrible infierno, que les hacía pudrir poco a poco sus cuerpos y sus almas?

La esperanza de la paz flotaba continuamente en torno de ellos, como una paloma mensajera que viniera a sentarse de vez en cuando en el tejado cubierto de musgo del «Hotel de la Miseria».

Al volver, por las noches, de la ciudad, cada cual traía alguna noticia, oída ya en los campamentos alemanes, ya a los mercachifles judíos, ya a los civiles rusos conocidos. Compulsaban todas esas noticias hasta la doce de la noche, en el «salón». Apoyaban los codos, soñolientos, sobre la gran mesa redonda, y discutían excitados cualquier novedad algo más misteriosa.

Ya hasta ellos estaban enterados de que la disciplina del ejército ruso estaba minada. Los artesanos, comerciantes o campesinos rusos que entraban en conversación con ellos, ya no lo ocultaban. Todos anhelaban con ansia la paz. Las aldeas del Norte de Rusia escondían a muchos centenares de desertores. Se propagaba la leyenda de que el Padrecito quería concluir, la paz por encima de todo, y que en secreto, ya había establecido contacto con el emperador Guillermo. Fue Zamák quien trajo esta noticia, explicándola con una cara tan sigilosa como si media hora antes hubiera conversado con el propio zar en persona.

No cabía duda de que el proceso de disolución de Rusia había alcanzado hasta el patio del «Hotel de la Miseria», como el humo sofocante de los incendios de las *tundras* nórdicas, manteniendo en los cautivos un continuo estado de excitación y ansiedad. Había quienes se transformaban en empedernidos optimistas, mientras los otros se contentaban con hacer un gesto resignado con la mano.

Pedro no pertenecía a ninguno de ambos bandos. A veces, a raíz de alguna que otra noticia favorable, se entregaba completamente a la alegría, para caer luego en la más negra apatía.

Vedres, que pertenecía al partido optimista, había apostado cien rublos con Csaba a que para Navidad estallaría la revolución en Rusia, y que a la primavera todos estarían ya en sus casas. Csaba, que proyectaba una gran campaña hortícola para la

primavera, no quería ni oír hablar del hecho. Naturalmente, ninguno poseía los cien rublos apostados, a pesar de lo cual tomaban el asunto con mucha seriedad.

Entretanto, los acontecimientos seguían un rumbo vertiginoso, como cuando, en las honduras de la tierra, se desencadenan aquellos derrumbamientos interiores a través de los cuales nadie podrá augurar dónde y cuándo provocarán un terremoto en la superficie. Sin embargo, todos sentían claramente bajo sus pies aquellas energías en movimiento, y esperaban con angustia el instante en que continentes enteros quedarían arrasados por el juicio final de Dios puesto en marcha.

Ya era un secreto a voces que, en todo el país, trabajaba en escalas gigantescas la corrupción. Sabían por un dentista ruso que, mientras en los inmensos almacenes del puerto de Vladivostok se pudrían por vagones los víveres, allí lejos, en los frentes, el hambre diezmaba los ejércitos.

Los ferrocarriles rusos estaban en un estado lamentable, y toda la organización se había enmarañado, como una gigantesca red. La inmensa Federación de Ferrocarriles, que había sido la entidad mejor organizada de toda Rusia, había caído bajo la influencia del Partido de los *Cadetes*, y con ello, creyeron asegurar el destino de la dinastía de los Romanov. Quien pudiese tener el dominio de aquellas redes de comunicación ferroviaria y de navegación, correos y telégrafos, sería el amo, y podría hacer bailar a su gusto el cuerpo de aquel inmenso Imperio, sujeto por la red de los carriles y de los hilos telegráficos.

La ruptura del frente de las potencias centrales, lograda por el general Brusilov, encendió por última vez la esperanza de una victoria en la opinión rusa. Sin embargo, el resultado de aquel gran éxito fue la inundación de aquellos centenares de miles de prisioneros de guerra alemanes, austriacos, húngaros y turcos sobre las ciudades y cuya manutención hacía aún subir más los precios de todos los artículos. También a Tobolsk llegaban casi a diario nuevos grupos de prisioneros, e incluso un día llegó la orden que prohibía abandonar el «Hotel de la Miseria», hasta las diez de la mañana; pues en aquella hora, los mercados de la ciudad estaban ya desprovistos, de modo que los asistentes volvían sólo con huesos de buey, hígado y col podrida. Por suerte aún quedaban muchos peces en el Irtis. Los asistentes iban anudando grandes redes en el patio, que colgaban en las rejas como enormes telarañas. El jefe del grupo de pesca era Gyurka Suhajda, el asistente de Mezei, pues en la vida civil era pescador de profesión en el Tisza, y mucho tiempo antes ya se había fabricado su propia red. Mas ahora, bajo el imperativo de la necesidad aquel ramo industrial conoció un auge extraordinario. Csaba, Szentesi y Szabó dirigían el trabajo, y desde la mañana hasta la noche, todos los asistentes iban al río para la pesca.

En los alrededores de los bazares, siempre se podía saber alguna noticia. Llegaron hasta ellos, como las sensibles vibraciones de un lejano terremoto, las noticias de los movimientos callejeros en San Petersburgo, Moscú, Kiev, Kazán y las demás grandes

ciudades rusas, unas tras otra. Las multitudes se manifestaban a diario, a los gritos de *Paz y pan*. La policía había perdido su temible prestigio, y, a la sazón, incluso las guarniciones locales trataban a los manifestantes con mucha suavidad.

Vedres llegaba muchas veces con la cara alegre:

—Pues, *Imruska*^[47], ¡perderás los cien rublos! —solía decir a Csaba, que hacía un gesto con la mano.

Mientras que en las calles, las aldeas, los cuarteles y afuera, en los frentes, unos socialistas bien organizados colocaban las minas de la revolución, en la Duma^[48], en los ministerios y en los edificios de los Gobiernos civiles, se hacía oscilar ante las narices del oso ruso el anzuelo de la paz. Y el oso gigantesco mecía los enormes miembros, erguido sobre sus patas traseras, y con los ojos ensangrentados bramaba medrosamente.

Hasta entonces, el *mujik* había ido a la guerra con fanatismo, pues estaba acostumbrado, primero en los tiempos de paz, por Siberia, luego por la isla de Sakhalin y la *kanchuka*^[49], y por fin, ahora, por las ametralladoras colocadas detrás de las líneas de fuego, a obedecer ciegamente. Aquel pueblo manso, soñoliento, de hombros caídos, que se apresuraba a besar la mano a los *popes* en la calle, que encendía lucecitas eternas en sus pobres y limpias viviendas, e incluso en las salas de espera y cantinas de la más arrinconada estación de ferrocarriles, y que se persignaba al oír el nombre del Padrecito Zar, conmoviéndose si en alguna parte veía el retrato barbudo y triste del soberano, perdía poco a poco la confianza en sí mismo, primero, y luego, en los superiores, los jefes y, por fin, en los propios *popes*. Su alma mansa y enferma esperaba consuelo en las doctrinas de algún nuevo profeta, y ya le era completamente igual lo que se le predicara, y hubiese sido capaz de ir a buscar la salvación de su alma vacilante y errabunda hasta en la muerte.

Esta inseguridad fue la causa de que, a pesar de encontrarse el inmenso territorio en las garras del deseo frenético de una revolución, por falta de una idea directriz y de una voluntad de jefe, tardara aún en desencadenar las llamas que surgían subterráneamente por doquier.

El partido bélico trabajaba, reuniendo todas sus energías, enarbolando siempre la doble cruz apostólica, y proclamando que en caso de un triunfo del Padrecito, clavaría aquella cruz en la torre de la mezquita de Santa Sofía de Constantinopla. El Zar llegaría a ser el Papa y pastor de la Iglesia de Oriente y reuniría en una sola grey a todos los eslavos de la tierra. Entonces se iniciaría la otra lucha, la verdadera, contra el mundo católico, para que se cumpliera, por fin, la palabra bíblica de *una grey, un pastor*. Pero el propio Padrecito era el más desconfiado. Sólo unos cuántos oficiales de Estado Mayor fanáticos y políticos paneslavistas furibundos propagaban el Verbo. Ellos, desde luego, gritaban con toda su fuerza que sería criminal acabar la guerra.

Continuaba la inseguridad. El *Telegram* publicó la noticia de que, para la próxima

temporada de invierno, Inglaterra movilizaría un millón, y Rusia dos millones de reclutas.

Esta noticia fue la nueva manzana de discordia entre los huéspedes del «Hotel de la Miseria».

Esta vez Csaba dijo a Vedres:

—¡Pierdes los cien rublos, amigo!

Y así ocurría, a diario. Los acontecimientos se sucedían con tan vertiginosa rapidez que estas exclamaciones se cambiaban varias veces al día y a veces sólo en horas al compás de bulos y rumores.

Luego, pocas semanas después, todo volvió a la tranquilidad, abriendo ante los oficiales los horizontes grises y enloquecedores de la monotonía, sin ver la orilla por ninguna parte.

Una tarde, ocurrió un incidente desagradable en el patio del «Hotel de la Miseria».

Bartha y Csaba habían llegado a las manos. Hubiera sido muy difícil averiguar por qué y cómo ocurrió el hecho, pues entre los compañeros nunca había habido el menor altercado. Sin embargo, los espíritus estaban tan cargados ya de iras amargas y salvajes que seguramente la casualidad les hizo reñir precisamente a ellos, y no a otros.

Bartha estaba sentado en el patio, bajo el olmo, y escribía una carta. Csaba se hallaba sobre un tronco de árbol, no lejos de él, ocupado en limpiar cuidadosamente el filo de una pala cubierta de orín. La herramienta que utilizaba en su faena provocaba sonidos chirriantes del viejo metal.

—¡Lárgate de aquí con ese ruido infernal! —le dijo nerviosamente Bartha.

Csaba sólo le miró, continuando el trabajo.

—¡Que te he dicho que te largues! —gritó Bartha, ahora ya completamente fuera de sí.

—¡Bueno! ¡Bueno...! —exclamó riendo Csaba.

Bartha tiró la pluma sobre la mesa.

—¡Granuja!

Dejando la pala, Csaba se plantó ante Bartha.

—¿Qué has dicho?

Durante un instante, se miraron de hito en hito. Csaba amenazaba asestarle un golpe a Bartha; pero éste se le adelantó. Ya era incapaz de dominarse, y propinó a Csaba un puñetazo en la cara. Aquél retiró en un gesto brusco la cabeza, y el golpe le alcanzó el cuello.

En el instante siguiente, Bartha se tambaleó, pues el puño huesudo de Csaba le había dado bajo el ojo. La mesa se volcó, rodando el tintero por tierra, y la tinta con que Bartha estaba escribiendo la carta a su madre se vertió en el suelo.

Se produjo una lucha tremenda. Los dos hombres se arremetían con furia.

Vedres y Rosiczky bajaron precipitadamente de sus cuartos; Szentesi y Lajtai vinieron corriendo desde la huerta.

Vedres fue el primero en separar a los contendientes.

—¡Muchachos! Pero, ¡muchachos! —gritaba desesperado y triste.

Costó gran trabajo separarlos. Ya los brazos de ambos estaban sujetos por sus compañeros, y aún se miraban jadeantes y pálidos. La mejilla sin afeitar de Bartha, pálida como la cera, estaba abierta por una larga herida, bajo el ojo. La sangre le corría hacia la boca y goteaba sobre el cuello sucio de la camisa.

Acompañaron a Bartha a su cuarto, y Mezei discutió largo rato con él.

Csaba entró en el «salón», sentándose en un rincón sombrío.

—¿Cómo ha ocurrido vuestra riña? —preguntóle Rosiczky.

Csaba no le contestó. Miraba fijamente al suelo, frunciendo el entrecejo.

Aquella misma noche hicieron las paces. Bartha bajó al «salón», se acercó a Csaba, le tendió la mano y le dijo:

—*Szervuz, Imre*^[50].

Csaba se levantó de un brinco. Quiso sonreír, pero no lo consiguió. Se estrecharon las manos sin mediar palabra.

No obstante, durante varios días permanecieron tristes los dos, y no se oyeron sus voces. Bartha no salió de su cuarto durante cinco días, hasta que se curó su herida.

Pedro, en los últimos tiempos, solía ir a misa los domingos, a una de las iglesias de la ciudad superior. No era su alma muy religiosa, pero solía desembarazarse de las inseguridades y dudas, que tan a menudo le agotaban el entendimiento, allí en la iglesia. Arriba, en el coro, sonaban canciones de los querubines a tres voces, y la liturgia multicolor de la iglesia rusa, junto con la piadosa unción de la muchedumbre arrodillada, llenaba de paz su corazón.

En la mañana de aquel domingo, llegó algo más temprano. El culto aún no había empezado. Aun había poca gente en el templo, en su mayor parte mujeres de edad, destacándose entre ellas una muchacha joven, arrodillada detrás de los últimos bancos.

Se hubiera sentido incapaz de explicar por qué razón volvía la mirada frecuentemente hacia la muchacha hincada de rodillas, que le había atraído la atención, con el vestidito sencillo, calzando altos zapatos negros y con un hermoso sombrero, cuyo único adorno era una imitación de encarnadas rosas silvestres.

No podía distinguir bien el rostro de la joven, pero aun así, en la posición arrodillada, encontró cierto encanto agradable en la actitud de la cabeza y el gesto de las manos unidas en ademán de rezo.

Arriba, en el coro, el órgano tocaba la *Keruvinskaya*. Frescas voces infantiles, atipladas de mujer y cálidas atenoradas de hombre, elevaban hacia el cielo el canto de

los querubines. La canción angelical a cuatro voces llenaba hasta el último rincón de la iglesia.

Pedro continuó contemplando a aquella muchacha hincada de rodillas.

Al acabarse la misa, se detuvo en la puerta de la iglesia, esperando que el público saliera del templo.

La muchacha salió entre los últimos. Pedro la reconoció desde lejos, por las rosas del sombrero.

Al pasar por su lado, levantó la mirada un instante hacia Pedro. Tenía la cara pálida, y, en medio de aquel rostro blanco, brillaban los grandes ojos negros. Miró a Pedro como se acostumbra a mirar al paso a los desconocidos. Pero los ojos estaban repletos de espiritualidad, y Pedro conservó en el fondo de su alma aquella mirada fugaz. La siguió con la vista. La joven bajaba la escalinata de la iglesia con paso firme y cadencioso. Se dirigía hacia la calle Mayor, pero se detuvo antes en la farmacia de Lijárov, contemplando los frascos de perfume expuestos en el escaparate.

Pedro tuvo la ocurrencia, un instante, de seguirla y dirigirle la palabra. Mas luego volvió la cabeza y se puso en camino en sentido opuesto, como quien no tiene el derecho a inmiscuirse en la vida de los demás.

En casa, durante el almuerzo, aún le vino a la memoria aquel sombrero adornado con una imitación de rosas silvestres.

Serían las diez de la noche, cuando Francisco de Almády se acostó. Al colocar su cabeza sobre la almohada, sintió una debilidad rara e incomprensible. La flojedad cayó sobre él tan bruscamente que comprendió en seguida la proximidad de la muerte.

Este descubrimiento le asustó terriblemente. Consciente de que había de morir, calculaba, sin embargo, que el supremo trance no llegaría hasta dentro de unos cuantos años. Ahora la seguridad de que se moría, le parecía tan incomprensible como horrenda. Momentos antes, aún se encontraba perfectamente bien; pero ahora, como si se hubiera fugado de su interior la misteriosa energía que llamamos vida, sintió el propio cuerpo como vacío y frío, sobre todo en las extremidades, y sus dos manos yacían desmayadas y sin fuerzas sobre la manta, como si el alma, al querer retirarse, hubiera evacuado primero las extremidades, manteniendo sus últimos refugios tan sólo en los pulmones, el corazón y el cerebro.

A su mente se asomó un sudor frío; miró fijamente el techo con mirada severa, tornada hacia su interior.

La muerte estaba allí. Era, en realidad, asombrosa la claridad con que era capaz de comprenderlo, y el contraste enorme que existía entre su entendimiento, en extremo agudizado, y aquel cuerpo tan lamentablemente inmóvil.

¡Ojalá Miett estuviera con él en aquellos momentos! Pero media hora antes, cuando ella salió con unos vecinos de casa para ir al teatro, aún se encontraba extraordinariamente sano y fuerte. ¿Cómo pudo ocurrir esto, pues, y por qué le había sobrecogido tan inesperadamente? En los últimos tiempos no tuvo absolutamente nada, y sólo dos meses antes se había sentido mal, cuando llamaron a Miett urgentemente a Alemania, por carta.

Afuera, la lluvia de octubre goteaba sorda y monótonamente.

Hubiera sido mejor que Miett estuviese a su lado. ¿Por qué la dejó salir?

Imaginose muerto en la cama, con la cara amarilla, con los ojos inmóviles y vidriosos, con las manos frías, rígidas, pesadas, muertas, y con la barba despeinada por la agonía.

Sí, sería algo terrible para Miett, encontrarle a él en tal estado. Se la imaginaba entrando en el cuarto y desplomándose desmayada, con el grito de la demencia en los labios. Valdría más que ahora estuviera en su cabecera. Aún le podría tomar la mano, todavía podría mirarle a los ojos y podría decirle:

—No te asustes, no tengas miedo, hijita. La muerte es un regalo del Señor, al igual que la vida. No es nada extraño que me muera hoy. No sufro, no tengo dolor alguno, ya ves cuán tranquilamente te estoy hablando... Es todo tan sencillo, tan bello y majestuoso.

Si, hubiera podido hablar así a Mielt. E incluso hubiera añadido:

—La muerte no significa ningún aniquilamiento. La verdadera vida comienza después, cuando el alma se sublima completamente y entra en la gloria de Dios... Todos creemos en Dios; no llores ni temas, pues; ¡más allá de la muerte, volveremos todos a encontrarnos...! Tu madre ya hace tiempo que nos está esperando.

Pero todo esto, ¿sería verdad?

Algo le susurraba al oído que aquello no eran sino vanos consuelos, y que morir significaba quedarse aniquilado definitivamente. Algo tremendo, atroz, horrible, el No Ser más completo, algo que el entendimiento es incapaz de descifrar: aniquilamiento, silencio y oscuridad... Esta idea le penetró con tanta intensidad en el cerebro que apretó las mandíbulas y quiso incorporarse sobre las almohadas.

¡Sería conveniente abrir la ventana! Le parecía que se había acabado el aire de la habitación. Sus pulmones le dolían y tenía la sensación de que respiraba fuego.

Sería necesario beber un vaso de agua. Entonces, tal vez pasaría la sensación insoportable.

Decidió levantarse de la cama. Mas con el esfuerzo sólo consiguió poder volver un poquitín la cabeza hacia la izquierda. Pensó en extender la mano y tocar el timbre. Pero el brazo parecía desprendido del cuerpo, más allá del hombro y reposando sobre la manta con la piel arrugada y las venas entrecortadas de nudos, como un miembro sin espíritu, amputado y extraño.

Miró con ojos horrorizados aquel miembro seco que le negaba la obediencia. Le invadió la rabia de la impotencia y de la desesperación. ¿Por qué ahora no estaría aquí Mili, para abrir la ventana y traerle un vaso de agua?

—¡Mili! —gritó estentóreamente en su imaginación, contrariado, porque sentía su garganta vacía y su voz sólo fue una alucinación que se perdía en una negra oscuridad, fría y desoladora. Como si no fuese siquiera una voz suya, sino únicamente un grito del alma.

Otra vez reunió todas sus fuerzas para gritar. Pero de su garganta sólo brotó una prolongada tos, que más parecía un gemido de ira.

Sin embargo, esta vez logró dar un sonido auténtico, lo oyó él mismo. Se daba cuenta que, desde luego, la voz no podía ir más allá de la puerta cerrada. Después, se produjo en la habitación un horrible silencio, como si hubiera cesado hasta la lluvia, aunque percibiera los golpecitos del agua sobre los cristales. ¿Cómo era posible que estuviera en tal estado?

Al quitarse los pantalones y los zapatos todavía no tenía nada en absoluto. Esta debilidad le había asaltado en el preciso momento de acostarse en la cama. Le había invadido por sorpresa, y ahora yacía allí, impotente y entregado sin defensa a los más horrendos pensamientos que le desgarraban el corazón como gavilanes.

Si hubiera podido moverse, todo sería distinto. Pero era incapaz de hacerlo, sus

miembros estaban sujetos ya por las enormes y heladas garras de la muerte.

Experimentaba la sensación de que le habían arrancado la garganta.

Quiso recorrer con su mirada de angustia el techo y las paredes, mas la rigidez del cuello se lo impedía. Poco a poco fue tranquilizándose, sin embargo.

Tras el enorme esfuerzo de antes, sobrevinieron un descanso y un alivio agradables.

Antes de abandonarle su alma, al despedirse, recorría libremente toda la vida pasada.

De repente, se acordó de cuando era niño, y de un horizonte muy lejano iba surgiendo toda su existencia.

Vio a su madre, con su alto moño a la antigua usanza, ante la puerta de la cocina, y oyó claramente su voz. Vio las gruesas botellas con pepinos, alineadas en el frontal de la terraza, calentándose a los rayos del sol, hinchándose el papel apergaminado.

Vio el viejo aposento, el armario, el bufete y el soporte de las pipas, el canapé con los botones blancos y las cortinas color de café que la mano de su madre estaba abriendo indecisa, mientras los pliegues de las cortinas reflejaban la luz dorada rojiza de la puesta de sol.

Vio a su padre con su barba circular color rojo de herrumbre, pasearse con su bastón apoyado en el hombro por las callejuelas de la pequeña ciudad. ¡Qué extraño le parecía que también hubiese muerto...!

Vio el gran patio de la escuela, con los saúcos, cuyos ramajes proyectaban movedizas sombras sobre la blanca pared.

Se sintió en medio de los niños aldeanos, descalzos y sucios, en la clase, en cuyo centro colgaba de un alambre la maloliente lámpara de petróleo, y aquel alambre parecía brillar incandescente al rojo en los últimos rayos de sol. Afuera, en el silencioso patio, se oía el quejumbroso sonido de la cadena de hierro del pozo. Revivió las reyertas infantiles y la nariz de algún niño, manando sangre.

Y la campanita de la escuela, bajo el techo, con la cuerda lisa y ennegrecida... ¡Cuántas veces tiraron piedras a aquella soñolienta campanita, que emitía sonidos como si se quejara de que la despertasen de su sueño!

Todo esto se le volvió ahora claramente en la memoria.

De pronto, se imaginaba en la clase del Instituto; veía en la gran pizarra negra una circunferencia blanca dibujada con yeso, y oía el chirrido del yeso. Veía también alguna fórmula debajo de la línea de la raíz cuadrada, $a+b$, $c+d$, pero estos signos ya se diluían en su imaginación.

Y oía chasquear la basquiña de percal almidonada, encima de las gruesas medias de ganchillo, color rosa, que terminaban en unas zapatillas de terciopelo adornadas con sendas mariposas bordadas. Sintió en torno suyo aquella antigua cocina donde entraba la luz de la luna; y volvía a sentir las primeras palpitaciones del corazón, y el

olor del agua grasienta de la vajilla y de los estropajos. Veía la trenza delgada y rubia clara de la muchacha, y aún se acordaba intensamente del cuello cálido que olía a jabón de almendra.

Su imaginación febril continuaba escrutando todo cuanto se le ponía al alcance. Pero no hacía más que rozar ligeramente las cosas, dando nuevos brincos, saltos enormes e inverosímiles de un tema a otro, cual los reflejos de luz de un espejo manejado por la mano de un niño.

Todos aquellos recuerdos caerían ahora en la nada.

Se vio en sus tiempos de estudiante de Derecho, con su barba rala, a la moda del ochenta y seis. Oyó en torno suyo los ruidos de la Pest de antaño, las sonoras trompetas de los tranvías de caballos y la sirena del barco de Mohács bajo el puente colgante.

Encontróse de nuevo en la tertulia del café Szikszay, una cálida noche de verano, sobre el asfalto lleno de ruidos a la blanca luz de los mecheros de gas, bajo el toldo. Él solía beber únicamente agua mineral.

Ahora veía con toda claridad, sentía en la mano el contacto frío del vaso, con aquel líquido burbujeante y vivo en que unas bolitas plateadas subían hacia la superficie. Sus recuerdos se detenían tal vez más tiempo en su vaso, pues deseaba agua, ¡agua!, para apaciguar su terrible sed, agua que fuera como aquella agua mineral de entonces, fría, acre, viva, que picaba agradablemente el paladar como si uno se tragase espinas heladas.

Frente a él se sentaba aquel Jóska Pandur con su cara de gitano, que siempre chillaba, con el sombrero de paja caído sobre la nuca, estudiante eterno, aprisionado entre las rodillas el inseparable bastón con puño de cuerno de ciervo.

Allí estaba sentado aquel flaco Feri Vas, discutiendo constantemente, y Gyuszi Mózes, de cuello corto, que tenía siempre una risita seca.

Todos habían muerto ya...

De ahí, su pensamiento voló a las paredes blanqueadas de los Archivos, a cuya sombra había trabajado monótonamente durante tantos años. La atmósfera estaba cargada del olor rancio de los manuscritos amarillentos, y aún vio ante él al tío Kamiczki, el viejo bedel eslovaco, con sus gruesos mostachos, que llevaba un dormán usado y harapiento, de color castaño, y que traía siempre malhumorado el legajo pedido. Kamiczki solía tirar desde la escalera los paquetes atados con cordel, que caían al suelo con gran estrépito, despidiendo nubes de polvo secular.

¡Cuántos años invariables había sepultado entre aquellas cuatro paredes! ¡Cuántos días soleados de la vida y de la juventud habían pasado entre tanto afuera, mientras él buceaba entre los papeles viejos que exhalaban el vaho del pasado, y entre los cuales quedaba a veces el cadáver aplastado y negro de alguna mosca!

Le vino al recuerdo la minúscula lechería, con las espesas cortinas blancas,

regentada por la señora de Filléres, viuda pudibunda, haciendo ganchillo todo el santo día, detrás del mostrador cubierto de un linóleo que imitaba al mármol. Aquella mujer tenía los senos tan blandos y blancos como la leche que servía a los clientes en unos pulcros vasos relucientes por su limpieza.

¿Por qué se había detenido con tanta perseverancia en aquel tibio amor de pequeño burgués? Él era un muchacho guapo, vestía con esmero, hijo de una excelente familia y sin duda la vida le hubiera abierto jardinillos de amores de muy diversa calidad. ¡Qué lástima de juventud tan mal empleada!

Su memoria voló hacia aquella muchacha, con los ojos de cervatillo, que llegó a ser su mujer. ¡Qué hermosa era cuando inclinaba un poco su cuello! ¡Irradiaba el perfume de la juventud y el encanto de la virginidad! ¿Quién vio mujer más bella? Su gran trenza color de bronce parecía de seda, y los lóbulos de sus orejas, de azúcar. Su voz era musical, y la mirada y la sonrisa sencillas y puras...

¡Y ella también había muerto! ¡Y entre qué sufrimientos y tormentos voló su alma hacia otra vida!

A partir de aquella muerte, su vida importaba poco. Sólo eran hermosas aquellas veladas en las noches del sábado, cuando solía tomar el tren para hacer la visita semanal a casa de los suegros, bajo el balcón de la antigua morada solariega, a la luz de la lámpara, con los aromas del jardín envuelto en sombras, mientras el viento traía los acordes soñolientos de las goteras de las gárgolas.

La pequeña Miett estaba sentada sobre sus rodillas, y mientras él conversaba con el abuelo, ella jugaba en silencio con las fruslerías que colgaban de la gruesa cadena de oro del reloj. Sosteniendo en su manita una piedra de cornalina, le miraba y preguntaba:

—¿Ezo, es achúcar?

Pensando en Miett, sintió una honda y profunda lástima. ¿Qué le pasaría a su hija, quedándose ahora completamente sola? Tal vez la guerra acabase algún día, a pesar de todo. ¡La guerra! ¿Qué era lo que estaba sucediendo en el mundo? ¡Una horrible pesadilla! Los aviones surcan los aires como águilas. Aún se acuerda del día en que oyó por primera vez aquel raro zumbido por encima de los tejados, aquel zumbido fuerte y bajo que llenaba el profundo patio de la casa de alquiler. ¡Cómo ha cambiado el mundo, durante su vida! ¡Teléfono, cinematógrafos, aviones...! Inventos que en su transcurso no le produjeron la menor extrañeza y ahora se le revelaban con toda su grandiosidad.

El recuerdo de Pedro acudió en seguida a su mente, ¿qué estaría haciendo ahora?

¿Habría valido la pena vivir? ¿Para qué?

¡Cuán corta le pareció toda su existencia! Como sólo un instante fugaz. Y ahora acudía la muerte, el misterioso fin. ¡Oh, santo Dios! ¡Cuán horrible era aquello...!

Todo seguirá su camino, los coches circularán mañana igual que hoy, y su ruido

hará estremecer los cristales de la ventana. Los mismos ruidos y voces en la calle: bocinas de automóvil, timbres de bicicletas, todo quedará como antes. Y el perrito, ¿se dará cuenta de su muerte?

Sería preciso rezar. Pero entonces ya sus pensamientos se detenían en otro punto. ¡Qué lástima no haber podido compilar aquel último tomo de fallos jurídicos!

Pensando en sus obras, sintió cierto consuelo. No, no habrá desaparecido del mundo sin dejar huella: aquellos dos gruesos tomos se conservarán en las bibliotecas y su nombre figurará en las enciclopedias. Ahora, de golpe, veía un artículo necrológico en la *Gaceta de Budapest*, sobre el cual aparecía su nombre, orlado de negro: *Francisco de Almády*.

¡Ojalá Mielt regresara!

¿Qué pasará con el dinero, con su pensión, con las obligaciones? ¿Podrán desenredar aquellos apuntes que están en el cajón de su mesa? Hubiera debido hacer testamento, con minuciosas y exactas cláusulas.

Desde el recibidor se percibía un ruido. ¡Tal vez fuese Mielt!

Su corazón se puso a latir tan fuertemente, que casi volvió a él la vida.

Fuera, se oía cerrar una puerta con mucha precaución.

Mielt entró desde el recibidor y quedó sorprendida al ver filtrarse por el umbral del cuarto de su padre un fino rayo de luz. Abrió silenciosamente la puerta y colocó la cabeza entre la puerta y el gozne, con expresión preocupada:

—Papaíto, ¿no duermes aún?

Su padre fijó en ella su mirada, en la que brillaba una extraña luz.

Mielt se acercó a la cama, horrorizada.

El anciano quiso alargar la mano, pero cayó inerte sobre el embozo.

—Me encuentro muy mal... —dijo en voz muy baja, y echó una mirada suplicante a su hija. Su boca se contrajo, como si quisiera llorar, y en su mirada se asomaba una vergüenza indecible, como si pidiera perdón de encontrarse en tan lamentable estado.

—¿Cómo? —preguntó Mielt con voz emocionada, y cogió su mano.

Francisco de Almády quiso hablar, sin conseguirlo. Su mirada estaba convulsivamente fija en la de Mielt, quien dejó oír un largo y quejumbroso sollozo.

Mielt se inclinó sobre la cama y puso su brazo sobre la cabeza del viejo, pegando a su rostro la barba blanca del moribundo.

—Papaíto... pero, ¿qué tienes?

Su voz era tan infantil, como si formulara aquella pregunta una niña de diez años.

Por un instante, miró temblando a su padre, luego corrió a la puerta, gritando hacia el recibimiento, pidiendo ayuda, con un grito angustioso:

—¡Mili! ¡Miliiii...!

Entretanto, casi milagrosamente, su padre se sentó en la cama.

Miett se acercó a él y le abrazó, sosteniéndole por los hombros.

—Quiero levantarme —dijo el enfermo con sorda y sombría decisión, y en el mismo instante, cayó hacia atrás en los brazos de Miett. Sus ojos se velaron extrañamente. Buscaba sin cesar la mirada de su hija y la miraba como si quisiera hacerle comprender algo, con ternura. Pero algo horroroso...

Miett se daba cuenta que su padre vivía sus instantes postreros. Hubiera querido gritar, y todo su cuerpo se estremecía. Captó la mirada del anciano, contemplándole con una cara entre sonriente y llorosa, lo que le costaba tan inaudito esfuerzo que creyó desmayarse.

Miró rápidamente hacia la puerta, en cuyo marco apareció con cara asustada Mili, y comprendiendo en seguida la situación, salió corriendo en busca del médico.

Francisco de Almády yacía inmóvil sobre las almohadas. La bombilla que brillaba encima de la mesita de noche repartía la luz tamizada por una pantalla de seda rosa, reflejándose en las barbas blancas y el macizo cráneo calvo. Su cabeza parecía ya de un muerto, desprendiéndose de él un silencio, un profundo silencio que resultaba trágico. A cada respiración temblaban un poco en la barba los pelos blancos.

Poco antes, asomaba en aquel rostro una expresión de miedo y desamparo, pero ahora su mirada iba desviándose, como si a través de las paredes escudriñara la lejanía. Su expresión descompuesta contenía una infinita y sonriente ternura, irradiando la calma de una ánima en paz.

Miett ya no se atrevía a mirarle a los ojos, cuya expresión no era ya de este mundo. Pegó su cara a la de su padre y se hincó de rodillas junto a la cama.

—Papaíto mío... —dijo en voz baja, y se puso a llorar.

Pasó así una media hora; acaso una hora completa.

Luego penetró en la habitación un señor desconocido, y puso en la mesa un maletín de médico. Tiró el sombrero y el abrigo húmedos de lluvia sobre una silla. Llevaba el cuello de la americana subido, pues debajo no llevaba más que la camisa de noche. Sus ojos estaban enrojecidos y miraban con hostilidad; parecía haberse peinado con las manos los pelos de las cejas, muy largas.

Se acercó a Miett, la cogió de la mano y la hizo levantarse del suelo.

—Venga usted, señora...

Miett se quedó cerca de la mesa, en la penumbra, fuera del radio luminoso de la lámpara. Contempló horrorizada, conteniendo la respiración, cuanto hacía aquel doctor con su padre, sintiendo aquel respeto indecible hacia el médico desconocido que todo el mundo suele sentir en tales ocasiones. ¡Como si aquel hombre poseyera un poder supraterrrenal y misterioso, y fuera capaz de luchar eficazmente contra la muerte! Miett acompañó cada uno de sus movimientos con ojos ardorosos, aunque, en realidad, no podía ver nada, pues el médico estaba de espaldas, cubriendo completamente ante su vista la cama; al inclinarse sobre el agonizante, la solapa

arremangada de su americana formó un ángulo recto. Su sombra se movía lentamente sobre la pared, y de vez en cuando oíase un pequeño tintineo de algún objeto sobre la mesita de noche, como cuando se coloca un leve objeto metálico sobre una placa de vidrio.

Todo esto duró mucho tiempo y la atmósfera de la habitación ardía con la intensidad del momento. Por fin, el doctor se incorporó, soltando un suspiro largo y profundo, como si por la prolongación de la posición inclinada le doliesen los riñones.

—¿Y qué? —preguntó Mielt en voz apenas perceptible. El médico, con el estetoscopio en la mano, se volvió lentamente hacia ella.

No le contestó inmediatamente. Al volver a colocar algunos de sus instrumentos en el maletín, se encogió un poco de hombros y pronunció, de la manera más suave posible, como si hablara consigo mismo:

—Todos somos mortales, señora...

En aquel momento, Francisco de Almády ya había dejado de vivir. Los dedos del médico le habían cerrado los ojos.

Mielt se acercó a la cama con los brazos tendidos. Se arrodilló en el mismo sitio que antes y quedó allí.

Pasaron largas horas. Mielt conversaba con su padre muerto, sin voz pero con cálidas palabras, con el rostro hundido en la manta apoyada en el embozo. Ya había otras personas en la habitación, y sintió varias veces que alguien la tocaba, susurrando palabras cariñosas al oído, queriendo hacerla levantar de aquella posición.

Mas no se movió.

Ya estaban allí Elvira y el doctor Varga, quienes, hacia el amanecer, la cogieron por la fuerza entre sus brazos y la levantaron. Sus rodillas se le habían dormido por haber estado hincada sobre ellas durante tanto tiempo, y era incapaz de moverse.

La ayudaron hasta llegar a su cuarto, acompañándola a la cama. Al atravesar el dormitorio no fue preciso encender la luz, pues por la ventana entraba la confusa claridad de la mañana otoñal.

Mielt no se acostó, sólo se echó vestida sobre la cama. Yacía sobre la espalda, y las rodillas le dolían como si tuviera encima un objeto extraño y pesado.

En la habitación vecina, se oían de vez en cuando palabras cambiadas en voz baja, y el suelo crujía bajo el peso de las pisadas.

Y se oía también el llanto sofocado de Mili, aquella especie de silencioso lloriqueo de mujer vieja, tenue y monótono, como el desesperado zumbido de una mosca aprisionada en una telaraña.

Desde hacía ya cuatro meses, los infinitos yermos nevados de Siberia se habían tragado la correspondencia de los prisioneros de guerra. Los dedos de la guerra que se debatían convulsivamente, habían triturado los correos rusos. Tobolsk parecía haberse evaporado del resto del universo, como si se hubiera separado de la Tierra y ahora estuviera volando, con sus calles cubiertas de nieve, a través del éter, hacia otros destinos. Solo y sin ruidos, como un astro mudo, blanco y frío.

Pedro, envuelto en un abrigo de piel de lobo, estaba sentado en el umbral de la casa. Serían aproximadamente las once de la mañana; el sol brillaba con fuerza, reluciendo sobre la nieve apretada y dura. Era después del Año Nuevo de 1917.

Apoyó la cabeza contra el poste, cerró los ojos y entregó el rostro a los tibios rayos del sol: No se movió durante mucho rato, para que no se apartaran de su cara aquellos ligeros rayos de calor invernal que iban desentumeciendo todos los músculos.

Vedres, vestido con un abrigo corto forrado con piel de oveja, iba describiendo grandes círculos sobre la estrecha pista de patinar que habían arreglado en un ángulo del patio. La nieve, amontonada en grandes terrones en torno del cuadrilátero de la pista, parecía el marco de un enorme espejo. En el fondo de la placa de hielo blanco azulado, se reflejaba con contornos claros la alta figura de Vedres, que flotaba sobre la pista con una pierna en el aire, y describiendo con la otra grandes espirales. Antaño, en las pistas de Szeged, Vedres había asombrado a todo el mundo con su arte de patinador artístico: ahora, sin embargo, su único admirador era el fiel *Camarada*. El perro estaba sentado en el hielo, moviendo la cola, y acompañando con vivos ademanes de la cabeza cada evolución del artista, como si estuviera convencido de que el señor primer teniente se dejaba deslizar sobre el hielo única y exclusivamente para divertirse a él. En su hocico se advertía que procuraba mostrarse como un espectador agradecido.

Vedres se había fabricado él mismo los patines, que eran de construcción muy rudimentaria. Había fijado a las suelas de los zapatos unos trozos de madera dura, en cuyo centro había incrustado, antes, con verdadera maestría, un recto y grueso alambre.

La espesa nieve cubría con su silencioso manto el patio. Sólo aquellos patines improvisados hendían rítmicamente el duro hielo, que producía el sonido que las mujeres provocan cuando rascan con su alfiler el tambor tendido de seda, al bordar.

Todo el «Hotel de la Miseria» estaba de pesca en el Irtis. Sólo Kölber había quedado en su habitación. Los asistentes habían abierto con sus hachas grandes hoyos en la espesa capa de hielo y los golpes producidos rebotaban en los párpados cerrados de Pedro, con esas resonancias de cristal oídas en sueños.

Pedro pensaba en Zinaida. Llamábase Zinaida Ignátovna Larina aquella muchacha que había visto por primera vez cuatro meses antes, una mañana de domingo, en la iglesia rusa, que, pintada de amarillo, con cúpulas azules y columnas blancas, ocupaba el centro de la plaza. Encima de su puerta principal, había pintado un fresco, de estilo italiano, que representaba la Resurrección de Jesucristo.

Pedro recordaba que la joven estaba arrodillada detrás de las últimas filas de bancos, y que después de misa la reconoció a la salida por el sombrero adornado con rosas silvestres artificiales.

La vio en el mismo lugar al domingo siguiente, y una vez que asistió al culto en día de labor, también la muchacha estaba arrodillada sobre la piedra en el mismo sitio. Aparte de ella, sólo había en el templo un harapiento anciano, que apoyaba el brazo en una columna y reclinaba en él la cabeza, en ademán de llorar desesperadamente.

Pedro estaba de pie cerca de la pared, escuchando desde allí aquel extraño y profundo silencio que llenaba ahora la sombría iglesia y que parecía atravesado por arcanas voces misteriosas. En el coro, vacío y mudo, parecía sonar —aunque muy bajo, y como si viniera filtrándose de algún astro lejano— el canto angélico de la *Keruvinskaya*, como en aquel primer domingo. Pero se desvaneció inmediatamente por los aires, cuando el sacristán abrió una puerta en el otro extremo de la iglesia y atravesó de puntillas el amplio templo dormido.

Tampoco entonces vio del rostro más de lo que había visto aquel domingo, pues durante los fugaces instantes, sus ojos negros y desencajados cautivaron por completo la mirada de Pedro. Los ojos de la muchacha llenos de miedo, de humildad y de dulce tristeza, no dejaban, sin embargo, penetrar en su alma; había algo en ellos que quitó a Pedro el ánimo de dirigirle la palabra.

Sin embargo, estando dentro del templo, había decidido hablar a la joven cuando saliera. En su interior, estuvo repitiendo en su mente aquellas pocas frases en ruso que le parecieron aptas para no parecer ni un mal educado ni un vulgar conquistador.

En realidad, sólo tenía el propósito de platicar un rato con la muchacha. En el tercer año de su cautiverio, sentía ya un deseo insaciable de la proximidad de otra alma. En el «Hotel de la Miseria», la vida parecía haberse detenido y estancado encima de sus cabezas, como un agua pantanosa. Ya se habían contado mutuamente todos los recuerdos de infancia, las aventuras con mujeres, las anécdotas, y hasta los más ínfimos recuerdos de su vida. Por la noche, estaban sentados en el «salón» con el espíritu completamente vacío. Las divertidísimas aventuras de Pista Bartha con el profesor Rák, con el cual, después de ocho años de enconada guerra, habían hecho las paces, hasta emborracharse en el banquete de nuevos bachilleres, ya no interesaban a nadie.

Sin embargo, al principio, las lágrimas les caían de los ojos al escucharle, y a

Szentesi le ocurrió incluso despertar a Bartha una noche para preguntarle:

—Oye, tú, ¿cómo era aquella historia de tu profesor Rák?

Ahora, ya soltaban enormes bostezos cuando Vedres les explicaba anécdotas de cuartel de antes de la guerra, sobre el coronel Stoll, hombre tan vanidoso que se había hecho poner por su sastre pechos femeninos postizos en la guerrera. Se habían reducido a la nada como si fueran viejas telarañas llenas de polvo, los recuerdos de mocedad de Szentesi, que giraban en torno a las criadas más hermosas de Győr, a las que era fácil seducir con cien gramos de caramelos, y por culpa de las cuales su padre tenía que pagar alimentos a varios niños habidos con ellas. Perdió de la misma manera todo su encanto la historia de las largas relaciones de Neteneczky con la señorita *Influenza*, chacha apodada así por su carácter hipocondríaco, a quien su acaudalada mamá custodiaba hasta de las moscas y de la cual Netene no consiguió, después de un paciente y laborioso cortejo de tres largos años, saber a cuánto ascendía su dote. Y escuchaban ya con oídos sordos las leyendas de juego de Lukács en la ruleta de Montecarlo, así como la novela de amor con la princesa siciliana. Todas estas historias cocidas al fuego lento se habían ido consumiendo poco a poco como provisiones de náufragos que se hubieran quedado reducidos a comer en una isla desierta hierbas y musgos.

Reuníanse por las noches con el espíritu cada vez más cansado, y el silencio iba adquiriendo cada velada características más aterradoras. En los últimos tiempos, la máxima preocupación fue conseguir combustible, de modo que sus pensamientos ya sólo giraban en torno a los instintos más primitivos y prosaicos.

«¿Qué me hubiera contestado, de haberle dirigido la palabra?», se preguntaba Pedro desde la entrada del templo, al contemplar a la muchacha, cuya manera de caminar tenía algo de la ligereza de la mariposa. Los rasgos de su fina y pálida cara, algo desdibujados, como los contornos de la fruta picada por el hielo, revelaban en ella, a la rusa, y la melancolía de su raza. A juzgar por su vestir sencillo, pero de buen gusto, podía ser hija de algún médico, o de un modesto funcionario del Estado.

A la mañana siguiente, Pedro asistió otra vez al culto. Zinaida Ignátovna estaba arrodillada, como siempre, y al colocarse detrás de ella, Pedro contempló intensamente las finas líneas de su nuca. Tenía la impresión de que la joven se daba cuenta de que la estaba mirando con insistencia. Desde luego, esta suposición era completamente gratuita, pues Zinaida Ignátovna estaba sumida en sus plegarias, cabizbaja. Sin embargo, unos minutos después, volvió lentamente la cabeza, fijando su mirada en el preciso punto ocupado por Pedro. Todo esto no duró más que pocos instantes, pero aquel movimiento le conturbó, como si probara que en el alma de la muchacha también se agitaban pensamientos semejantes a los suyos.

«Cuando salga, le dirigiré la palabra», pensó, como si quisiera animarse a sí mismo.

Se detuvo en el portal, y contempló con los ojos entornados un carro alto del que estaban descargando peces helados, duros como la piedra. Los rayos color limón de aquella mañana de invierno se reflejaban en los dorados rótulos de las tiendas fronterizas, y en los cristales de los escaparates. Zinaida Ignátovna permaneció durante mucho tiempo en la iglesia. Las pocas personas que solían acudir a misa por las mañanas, y a las que Pedro ya conocía de vista, hacía tiempo que se habían ido. A Pedro se le ocurrió pensar que a lo mejor la muchacha había salido por alguna otra puerta del templo.

Echó una mirada al interior, y vio aún a la joven arrodillada en el mismo sitio como si quisiera poner a prueba la paciencia de Pedro.

Por fin, oyó sus ligeras pisadas y esperó aquella mirada indiferente que la muchacha le solía dispensar cada vez que pasaba delante de él; pero entonces pasó con los ojos bajos.

Esta conducta inesperada turbó a Pedro hasta tal punto, que no se atrevió a hablarle. Que la muchacha no le hubiese mirado quería significar que, sin duda, se había dado cuenta de que aquel oficial prisionero, siempre tan pulcramente vestido, solía ir a la iglesia por ella. ¿No quería darse por enterada de su proximidad, o era tímida y reservada por temperamento?

Tales pensamientos iban atravesando rápidamente su espíritu, mientras veía alejarse a la muchacha que bajaba la amplia y alta escalinata de la iglesia.

Pero, en el instante siguiente, le disgustó su indecisión, y decidió seguirla. Zinaida Ignátovna había llegado ya a la plaza y Pedro quería alcanzarla antes de que se perdiera ante la muchedumbre de la calle Mayor.

Estaba muy excitado, y bajó las escaleras de cuatro en cuatro para alcanzarla.

En el último peldaño, resbaló sobre el hielo y cayó al suelo como un tronco. Rodó casi hasta los pies de la muchacha.

Zinaida Ignátovna se volvió hacia atrás, asustada, e hizo un gesto involuntario, como si quisiera ayudarlo a levantarse.

Pedro se incorporó de un brinco. Se había ruborizado y se avergonzaba terriblemente, pues su primer pensamiento fue que se había cubierto de ridículo como un vulgar conquistador al que alcanzara el castigo de Dios. Encontrándose de pronto frente a la joven, limpiándose la nieve, quedó completamente turbado.

—¡Oh... perdone usted! —dijo, y se ruborizó todavía más, pues se dio cuenta de que presentar excusas en aquella situación no tenía ningún sentido.

A los labios de la joven se asomó una sonrisa benévola, ya que la situación no dejaba de ser cómica. Después, dio media vuelta y se fue sin mirar atrás.

Pedro empezó a caminar en sentido opuesto. Llevaba la espalda toda manchada de nieve. Algunos de los transeúntes volvían la cabeza y sonreían. Al llegar a una bocacalle, se dio unos ridículos golpes presurosamente para sacudirse la nieve.

Sentía en la boca un sabor tan amargo, que se hubiera echado a llorar. Al volver a casa, se tiró sobre la cama y permaneció así durante varias horas, inmóvil.

Aquel incidente tan tonto le abatió por completo. Fue incapaz de sonreír a lo acaecido, pues su espíritu ya era demasiado susceptible y débil para superar hasta las cosas sin importancia.

No volvió a aparecer por la ciudad durante cuatro semanas completas.

Sin embargo, un domingo, antes de Navidad, fue otra vez a la iglesia.

Se detuvo junto al muro, al otro lado de la entrada, y no quiso acercarse a la muchacha, que estaba hincada de rodillas en su puesto habitual.

Al acabarse la misa, sin quererlo, se detuvo en el atrio nuevamente. Quería irse directamente a casa; pero alguna fuerza misteriosa le detuvo allí, bajo el portal del *Kasanski Sobor*, por donde salía el majestuoso oleaje de la música del órgano, como si fuera aquella fuerte música la que empujara a la piadosa muchedumbre a través de la estrecha salida, pues aquel día hubo mucha más gente que de costumbre. El público se diluía sobre la blanca nieve de la plaza, como un líquido multicolor.

Por fin, entre los tocados policromos de las aldeanas rusas, Pedro distinguió las rosas silvestres artificiales en el sombrero de Zinaida Ignátovna.

La joven, al pasar delante de él, echó sobre Pedro una larga mirada, como si le pidiera cuentas de aquellas cuatro largas semanas de ausencia.

Aquella mirada pareció galvanizar a Pedro. Se le acercó, y le dijo con sencillez, con la voz muy tranquila:

—¿Me permite que la acompañe?

—No, gracias... —dijo Zinaida Ignátovna en voz baja, y estremeciéndose. Había palidecido completamente. Pasó, más un instante después, como si se arrepintiera de su negativa, volvió tímidamente la cabeza.

Pedro, en aquel momento, estaba trastornado hasta el mismo fondo de su alma.

Esperó a que la muchacha se le adelantara unos veinte pasos; después se puso a seguirla. En un minuto, la perdió en medio de la muchedumbre, mas luego volvió a aparecer el sombrero de la chica entre las innumerables tocas de piel.

Llegada al edificio del Gobierno civil, la muchacha dobló la esquina de la larga calle Petrovka.

Pedro la siguió.

Zinaida Ignátovna se detuvo ante una casita de planta baja, y, antes de entrar, volvió la cara otra vez. Desapareció detrás de la puerta con notoria lentitud.

Pedro se detuvo en medio de la calle desierta. Se puso a pasear lentamente sobre la acera cubierta de adoquines de madera que ahora se hallaba oculta por una espesa capa de nieve helada.

Su alma estaba repleta de confusos pensamientos, entre los cuales sobresalía el deseo de saberlo todo sobre aquella muchacha.

Se detuvo ante la casa de enfrente, en la que debía de haber un taller de cerrajería, pues pendía encima de la puerta una enorme llave de hojalata. Después de pocos instantes, salió por la puerta una viejecita ataviada con el traje dominical de los pequeños rusos; por las apariencias iba de visita a alguna parte.

Pedro le dirigió la palabra:

—¿Quién vive en esta otra casa?

La viejecita considerose muy honrada de que le hubiesen hablado, y contestó de muy buena gana. Su voz era suave, débil, casi enfermiza.

—La hija de Serguei Ignátov Larín. La señorita Zinachka...

Pronunció el nombre de Zinachka con tanta ternura, que en el alma de Pedro, la figura de aquella muchacha desconocida se iluminó bruscamente de calor.

No preguntó más. Sólo quería saber el nombre de la joven, y después de mirar el número de la casa encima de la puerta, volvió hacia la calle Mayor.

Entró en una tienda de flores, escogió un modesto ramo de lirios morados y ordenó que se lo mandaran anónimamente a Zinachka.

Desde entonces, no acudió a la iglesia.

La atmósfera de las fiestas de Navidad borró en su alma todos los recuerdos relativos a la muchacha, que sólo representaba para él un ligero latido del corazón, una sed hacia la vida, el amor, el alma femenina, y al mismo tiempo un confuso deseo.

Desde había cinco meses no había recibido ninguna noticia de su casa. La última carta de Mielt llevaba fecha del mes de julio; después nada. A menudo evocaba la figura de su suegro, sin poder sospechar que hubiese muerto.

Sin embargo, los continuos pensamientos sobre Mielt y su hogar, quedaron mortalmente agotados, y ahora, cuando quería pensar en su mujer, experimentaba la sensación de querer mirar de hito en hito algún insondable y enloquecedor abismo.

Evitaba aquellos pensamientos. Quería huir ante ellos, sobre todo cuando se planteaba el problema de la fidelidad de Mielt. En estas ocasiones, veía siempre ante él la elegante figura de Miska Adam, y bajo el bigote rubio recortado a la inglesa, los finos e irónicos labios del joven.

Después de Año Nuevo, estuvo una vez en la ciudad. Quería comprarse un par de altas botas de piel de foca, para lo cual ya había ahorrado el dinero necesario.

Delante de una tienda de relojero, vio venir en sentido opuesto a una mujer que llevaba una gorra hundida hasta las orejas, y una piel de marta que se le amoldaba estrechamente a la barbilla.

En el último momento, reconoció a Zinachka.

Sin duda, la muchacha le había conocido antes que él, pues su mirada revelaba ya de lejos alegría y sorpresa.

Se detuvo ante Pedro y le miró a los ojos durante un instante, con una mirada que

no estaba desprovista de cierta picardía, pero que contenía aún más timidez y turbación. También Pedro se detuvo.

Zinachka fue la primera en hablar:

—¿Fue usted quien me envió aquellas flores, el otro día?

La pregunta sorprendió a Pedro, de modo que, en el primer momento, no supo qué contestar. Sólo miró el rostro de la joven, que parecía compuesto de dos perfiles diferentes, y que precisamente por la irregularidad de sus rasgos, era especialmente interesante. En su bella y fresca boca se dibujaban entre las comisuras de los labios unas finas y diminutas líneas espirales; y entre ellas se veían unos diminutos dientes blancos. Y en medio de aquel hermoso rostro, unos grandes ojos negros miraban ahora fijos a Pedro interrogativamente.

En su turbación por verse interpelado tan inesperadamente, Pedro se encontraba ante la muchacha como ante un superior.

—Quería conocerla —dijo, resistiendo con calma la mirada de Zinachka, que le preguntó con cierta tristeza en sus palabras:

—¿Qué pretende usted de mí?

—Nada. Soy un hombre casado y quiero muchísimo a mi mujer. Usted hubiera sido la primera persona que yo hubiese conocido en esta ciudad.

Zinachka echó lentamente a andar, pero con tal ademán que autorizaba a Pedro a acompañarla.

—¿Desde cuándo es usted prisionero?

—Desde hace dos años y medio.

—¡Oh, Dios mío...! —dijo ella en voz baja.

Hubo un instante de silencio.

Pedro se fijó en la suave y redonda barbilla de Zinachka. Por debajo de ella, la piel estaba blanca de escarcha, por el aliento. Zinachka le miró y le dijo:

—¿Quiere acompañarme ahora?

—Sí, pero debo decírselo primero al guardián. Le he prometido que volvería dentro de diez minutos. Empezaría a buscarme. Volvamos tal vez hasta la panadería...

Se pusieron en marcha. Pedro cedió, cortésmente, a la muchacha la derecha, en el interior de la acera.

—¿Vive usted en casa de sus padres?

—Yo no tengo padres.

—¿En casa de unos parientes?

—No. Vivo con un anciano que era criado de mi padre. Hace cuatro años que perdí a mi madre.

—¿Y su padre?

—¿Mi padre? Murió hace veinte años. Yo era muy niña cuando fue desterrado a

Tobolsk.

—Su padre, ¿a qué se dedicaba?

—Era oficial. Capitán de cosacos. ¡Pobrecito! Le acusaron de que mantenía relaciones secretas con los presos políticos de la fortaleza *Pedro y Pablo*. Desde luego, esto no era cierto, pero entonces a cualquiera se le enviaba a Siberia, con tal que un enemigo le acusara de estos delitos.

—Y usted misma, ¿cómo vino a parar a Tobolsk?

—Me trajo mi madre. Tenía yo entonces cuatro años. Todos los domingos, nos dejaban entrar en la ciudad. Mi padre murió el primer año.

—Y ¿su madre?

—Hace cuatro. Desde entonces, vivo completamente sola aquí.

—¿No tiene amigas?

—Sí, pero prefiero aislarme.

Habían llegado ante la panadería, donde el *starchi* estaba conversando con el mozo jorobado, que era su cuñado. Pedro entró en la panadería, dio un rublo al *starchi* y le dijo que volvería dentro de media hora. Después, por la larga calle Petrovka, cuyas casas eran casi todas de planta baja, se encaminaron hacia la de Zinachka.

Al llegar a la puerta, la muchacha le alargó la mano.

—Si lo desea, venga a verme algún día.

—¿Cuándo?

—¿Quiere venir mañana?

—Mañana, no me es posible. Sólo puedo venir a la ciudad dos veces a la semana. Tal vez el jueves...

—Entonces, el jueves, a las cinco.

Se estrecharon la mano y Zinachka desapareció detrás de la puerta.

Aquello había pasado el lunes, y ahora había llegado ya la tarde en que la joven esperaba la visita de Pedro.

Sentado en el patio y ofreciendo su cara a los rayos del sol, Pedro sentía oprimírsele el corazón y pensó que no iría, valiéndose de algún pretexto.

En el fondo, ¿qué quería de aquella muchacha? Ahora que la conocía y sabía quién era, ya carecía de todo interés para él. Todos aquellos pensamientos que giraron tanto tiempo en torno del sombrero adornado de rosas silvestres, de la muchacha hincada de rodillas, de su caminar ligero y gracioso y de su mirada bañada de tristeza, no eran más que la sed de su alma abandonada a la soledad. Al imaginarse la visión de aquella tarde le vinieron pensamientos de aburrimiento.

Sin embargo, acudió, como si cumpliera con una obligación.

Zinachka le esperaba junto al *samovar* encendido. La casita sólo tenía dos habitaciones de planta baja. La ventana de una de las mismas daba a la calle. Sentíase

en ella algún extraño perfume, como el del romero, y el olor de la cera con que debían lustrar las planchas de madera del suelo. El estrecho cuartito producía un efecto agradable y pulcro.

Cerca de la pared, había algunas sillas con el respaldo en forma de lira, compradas por el padre del finado capitán de cosacos, en Polonia, con ocasión de alguna campaña.

Un piano vertical, un armario con vidrios y una mesita triangular constituían todo el mueblaje del cuarto. En la mesita había algunos libros en ruso y una guitarra. Los libros eran obras de Puchkin, Gonchárov y Dostoievsky. Encima del piano, colgaba en la pared un cuadro que representaba un San Miguel de los Milagros, grande y sombrío. Debajo del cuadro, brillaba una lucecita perenne cuyos rayos iluminaban el minúsculo huevo de porcelana que pendía de una cinta roja sobre el pecho del santo.

En la pared opuesta, se veía una zapatilla de terciopelo que servía para guardar alfileres, y en un marco negro un monograma trenzado de cabello, un sable, alguna arma turca y un látigo cosaco.

Entre las dos ventanas, había una fotografía ampliada, cuyo marco ennegrecido por el tiempo estaba adornado con un ramo de flores secas color de plata.

La fotografía representaba a un oficial de cosacos, muy alto, y una mujer joven. El oficial llevaba una enorme y negra gorra de piel de oso, y pesadas hombreras. Su cara y su expresión eran muy parecidas a aquellos rostros de rasgos regulares, con el bigote rizado, que suelen pintarse junto a la puerta de las peluquerías de pueblo, haciendo propaganda para mantener el bigote y el cabello en forma impecable. Así había sido Serguei Ignátov, capitán de cosacos.

A su lado, aparecía su mujer. Sin duda a consecuencia de la ampliación, los ojos de la señora del capitán perdieron fijeza, y el artista, que debía ser algún fotógrafo ambulante del Cáucaso, suplió esta leve falta con el lápiz. Eran dos enormes ojos de pez que miraban fijamente al vacío.

Por la puerta abierta, se podía ver la habitación vecina, en la cual había una camita cubierta de tela de ortiga, y junto a la misma, un baúl de tapa convexa, adornado con flejes de metal.

Zinachka ofreció asiento a su visitante, y le preparó el té. Llevaba al cuello un pañolón de algodón encarnado, su traje era de un paño sencillo, color castaño, y se veía que era obra propia.

La atmósfera del cuarto indicaba a las claras que no solía calentarse. Sin embargo, la estufita esmaltada de azul oscuro, en la cual ardía ahora alegremente el fuego, despedía un calor agradable.

La lámpara ya estaba encendida, pues afuera iba creciendo la oscuridad. La bombilla eléctrica que colgaba encima de la mesita con pies dorados, estaba cubierta con una pantalla de papel pintado, que representaba dos feroces dragones chinos en

lucha.

Zinachka ofreció un cigarrillo a Pedro, y encendió otro ella, liando una minúscula boquilla de papel y llenándola con tabaco ruso, triturado finamente como si fuese olorosas semillas de calabaza.

La conversación languidecía. Pedro hubiese querido verse libre de aquella visita, y la muchacha estaba visiblemente nerviosa. A veces se pasaba la mano por la nuca, como si algo la pinchase.

Llevaba los cabellos negros y brillantes, cortados a la manera de las muchachas estudiantes rusas. La cabellera corta que se amoldaba a las orejas, prestaba cierta expresión virginal al rostro fresco y simpático.

Pedro notó que su mirada a veces era profunda y rápida, y otras lenta y misteriosa hasta llegar a la melancolía.

—¿Cómo le hicieron prisionero? —preguntó la muchacha con voz que revelaba a las claras que sólo quería poner en marcha la conversación.

Pedro le contó la historia de aquella noche de agosto.

Zinachka apretó el pañolón sobre sus hombros, encorvó la espalda y escuchó a Pedro con los ojos desencajados, tras los cuales parecían ocultarse millares de pensamientos.

—¿Cuándo se habían casado? —preguntó de nuevo, sosteniendo el cigarrillo con un ademán que revelaba su poca experiencia en fumar. Dejaba salir el humo hinchando las mejillas y redondeando los labios, y era visible que sólo fumaba en honor del invitado, contrariamente a sus costumbres.

—Pocos meses antes de estallar la guerra.

—¿Se querían mucho?

—Mucho.

—¿Cómo conoció a su mujer?

De repente, Pedro se tornó charlatán. Explicó todo con prolijidad, como si se explicara a sí mismo en voz alta aquellos momentos decisivos de su vida que había repasado en su mente millares de veces.

Encima de la mesa, flotaba el vaho del té y el humo azulado de los cigarrillos. Pedro miraba fijamente aquel humo, y veía ante sí aquellas dos muchachas sentadas cerca del piano, en el salón del doctor Varga; veía a Miett al despedirse de él en la escalera, dejando a través de la puerta a medio abrir un trozo del comedor iluminado en el que estaba sentado su padre, leyendo el periódico, junto a la mesa opuesta. Y veía a Miett y a Miska Adam, cuando pasaron delante de él a orillas del Danubio, y hasta los más insignificantes ademanes y movimientos, gestos y palabras, volvían a su memoria con una plasticidad como si hubieran cobrado nueva vida.

Estaba hablando de su vida pasada a esta muchacha extranjera, como si se dirigiera a un ser de ultratumba, sin cuerpo, y que sólo fue espíritu puro.

¡Y todo lo que veía en torno suyo le producía un efecto tan extraño...! Esos muebles del cuarto, de forma exótica, en los que se adivinaban los últimos restos de un gran piso de antaño... Y era extraña la idea de que ahora se encontrase en el otro extremo del globo terráqueo, en el Asia, en la ciudad de Tobolsk, y eran extraños los ojos de la hija de Serguei Ignátov que estaban fijos en él, escuchándole con gran atención, con unos pensamientos indescifrables y ocultos.

Mientras los dos conversaban en el cuarto, el *starchi*, con el fusil con la bayoneta calada apoyada en la pared de la cocina, hablaba con Dimitri, el ex criado del capitán, y bebía el té con tanta aplicación que pronto no quedó ni una gota en el fondo de la tetera de hierro.

Dimitri ya tenía más de sesenta años, y realizaba todos los trabajos de la casa con Zinachka. Su larga melena canosa ocultaba sus orejas y bajo su cómica nariz en forma de botón, aparecía un frondoso bosque de mostachos y barbas. Vestía siempre una tela gruesa como de saco, calzaba alpargatas rusas y en la cintura llevaba cuidadosamente guardado un gran peine de metal, que, sin embargo, no usaba nunca.

Una hora después, Pedro se despidió de Zinachka.

—¿Volverá usted otro día? —inquirió la muchacha.

Convinieron otra cita.

Pedro sentía ahora cierta profunda y pura gratitud hacia la joven, y al despedirse le besó la mano.

Zinachka le contestó con tal mirada, que Pedro se arrepintió en seguida de haberlo hecho.

Cuando regresó al «Hotel de la Miseria», los otros ya acababan de cenar. Después de la cena, no fue al «salón», donde se solían congregarse todos, sino que se acostó inmediatamente.

Y con un suspiro que le llegó hasta la raíz del corazón, se entregó a sus pensamientos. Aquella tarde había vuelto a vivir todos sus recuerdos, que dormían aletargados. Se abrieron las cicatrices, y las viejas heridas volvieron a sangrar, palpitando como seres vivos.

Pensando en Miett, se sintió acosado por un indecible sentimiento de conmiseración, como hacia una niña abandonada.

La vio ante sí, saliendo de la bañera, con el cuerpo humeante, y sintió llenarse el aire húmedo y cálido del cuarto de baño con un perfume maravillosamente suave.

Sin embargo, de pronto, apareció en su imaginación la figura de Miska Adam. Y los celos traspasaban su cuerpo con tal intensidad que le dolieron hasta los huesos.

En Budapest, durante aquel invierno, las calles aparecieron con mayor oscuridad, y hasta en los lujosos restaurantes, a orillas del Danubio, los clientes comían pan de maíz. No obstante, la ciudad nadaba en júbilo, pues en tierras francesas había ya más soldados alemanes que franceses e ingleses juntos, y del frente ruso del Norte llegaban montañas de cañones y ametralladoras conquistados al enemigo, y centenares de miles de prisioneros eran conducidos como rebaños a los campos de concentración; y en el Sur, los infantes húngaros estuvieron a punto de capturar al propio rey de Italia.

Dos meses después de la muerte de su padre, Mielt recibió una carta de Iván Golgonszky.

Todo el mundo me dice —escribía Golgonszky— que usted ya no deja entrar en su casa ni siquiera a sus amigas. Siento una compasión increíble hacia usted. Temo que los tristes pensamientos de que se rodea, lleguen un día a triturarle el alma por completo. Este horrible temor me dicta estas líneas. He vacilado mucho tiempo, antes de decidirme a escribírselas, pero ahora no tengo ya doble razón para acercarme a usted con las más puras intenciones humanas.

Me resisto a la idea de verla así, entregada como botín al más desconsolado de los lutos y a las más crueles cavilaciones. Quisiera ayudarla, mas no sé cómo. Yo tengo un espíritu probado, y asisto con la impotente rabia del más fuerte y a lo que le pasa a usted. ¿Por qué se deja caer así? No pretendo nada de usted, sólo quiero consolarla. Si quiere hacerme muy feliz, hágame llegar un grito de auxilio, por minúsculo y tímido que sea.

Mielt ni siquiera contestó a esta carta.

No quiso despertarse de aquel fantástico mundo de ensueños en el que se había sumergido desde la muerte de su padre.

Se extrañaba de cuán diferentes maneras interpretaban los demás su situación. Los Varga y los Cserey la habían asediado durante semanas, para lograr que fuera a vivir con ellos, hasta la vuelta de su marido.

Todos estaban convencidos de que la agobiaban terribles tormentos, y de que se pasaba el día y la noche sollozando, encerrada entre aquellas cuatro paredes, sin llegar a comprender que era inmensamente feliz su existencia de soledad y de silencio.

Conservó el aislamiento y la quietud, aún a riesgo de que aquellas personas ante

las cuales cerraba su puerta, la creyeran completamente loca. ¡Qué duda cabía que llegó a ofender a los Cserey, y que Matilde estaba seriamente enfadada con ella! Matilde deseaba de todo corazón que Miett fuera a vivir con ellos, pero con los Varga la situación era distinta. Elvira no se ofendió por la negativa de Miett, pues sólo le había ofrecido su casa por deber, bajo el impulso coercitivo de su papel de generosa. En el fondo de su alma, estaba muy satisfecha de que Miett hubiese rehusado.

Miett, vestida con el negro traje de luto que aún la hacía aparecer más pálida de lo que realmente era, se paseaba durante muchas horas por sus habitaciones, tan mortalmente cansada como si aquel cansancio le hubiera llegado ya hasta el corazón. Pasaba muchas horas sentada en el despacho evocando a su padre. Revivió todos los recuerdos respecto a él, incluso el crujido de la silla, mientras trabajaba, los breves carraspeos sincrónicos, el gesto de la mano cuando se acariciaba la barba de abajo arriba; aquella aspiración con la que chupaba su pipa vacía, antes de llenarla; el ruido producido al sacar la punta a un lápiz; el rasgar del papel, la mirada interrogante de los ojos azules, y millares de fragmentos de sonidos y colores que llenaban, para ella el despacho de su padre. Coleccionaba con gran aplicación esos recuerdos, y los componía como si quisiera retener con ellos al difunto. Se daba perfecta cuenta de que un día u otro se escaparían para siempre. Se lanzaba tras algún recuerdo fugitivo, y lo volvía a retener. Así transcurrieron los meses del invierno.

Aún no había recibido ninguna respuesta de Pedro a aquel telegrama en que le comunicara la muerte de su padre; era muy dudoso que su marido lo hubiese recibido, ni aquel telegrama ni las cartas. La correspondencia con Rusia estaba interrumpida por todas las líneas.

El silencio absoluto que percibía hacia el lado de Pedro, hizo aún más profunda su soledad. Reflexionaba mucho sobre ello, y no llegaba a comprender cómo pudo haber en su vida tantos años pasados entre la pista de tenis y las reuniones de sociedad, interesándole todo cuanto fuera vida y alboroto. ¿Cómo fue posible, siendo su vida de ahora más bella, mejor y más pura? Esas interminables tardes, esas jornadas monótonas, parecían mecer su alma como en las cimas de un silencio de ultratumba.

En el mes de marzo, sufrió otro duro golpe. El Banco, en cuya sección Pedro había estado empleado, y que hasta entonces le enviaba todos los primeros de mes, concienzudamente, el sueldo del marido, dejó de dar señales de vida. Era cierto que el dinero ya sólo valía la tercera parte de antes, mas aquel sueldo era la única base de sus gastos con Mili, y ambas vivían sin preocupaciones.

El Banco, que no era una institución financiera de primera fila, había quedado muy comprometido en un escandaloso asunto de aprovisionamiento del Ejército, y poco después quebró.

Miett no daba mucha importancia al asunto, pero en el mes de abril, cuando debía pagar el trimestre de alquiler del piso, no tuvo más remedio que echar mano del

lapicero, descubriendo cosas harto desagradables. El dinero que había heredado de su madre y que su padre guardaba para ella en la Caja de Ahorros, lo había invertido casi completamente en Empréstitos de Guerra, pocos meses antes de morir. Desde luego, dichas obligaciones arrojaban algún interés, pero el valor del dinero disminuía cada mes.

Entonces, por primera vez, Mielt despertó de su existencia soñadora a la vida real. Sin embargo, no se asustó, no se desesperó. Después de haber atravesado la tempestad del dolor y el asalto de los sollozos, quedó insensible ante el derrumbamiento total de su situación material, que en circunstancias normales le hubiera hecho perder la cabeza hasta enloquecer. De una cosa estuvo segurísima desde el primer momento: de que no aceptaría la ayuda de los Cserey ni de los Varga. Su orgullo le prohibía aceptar el pan de la misericordia de los demás. Consideraba que tal situación pondría en peligro el equilibrio de su espíritu. En los parientes de Pedro, en Mihály Pável y su antipática mujer, no se le ocurrió ni pensar.

Decidió buscarse algún trabajo. Al ponderar las posibilidades de esta solución, le vino a la mente Koretz. Hacía ya aproximadamente un año que no le había visto, pero siempre pensó en él con toda confianza y amistad.

Una mañana del mes de mayo, fue al despacho de Koretz. La antesala estaba llena, y Mielt llamó la atención de la impaciente huésped de cuantos solicitaban audiencia al poderoso financiero, con su traje de luto y su largo velo negro.

El secretario le dijo en seguida que tendría que esperarse por lo menos una hora. Mas, apenas desapareció con su tarjeta, volvió inmediatamente, abriendo ante ella la puerta.

Koretz se precipitó a recibirla, sorprendido de su visita.

Mielt se sentó en el sillón, que estaba reservado ante el escritorio para las visitas que iban a tratar negocios.

—Vengo a verle con un ruego algo especial —empezó, algo cohibida.

Koretz miró el rostro de Mielt con gran atención, lleno de deferencia.

—Quisiera encontrar algún trabajo —continuó Mielt—. Desde la muerte de mi padre, me encuentro en una situación bastante difícil. Usted no ignora que el Banco en el que trabajaba mi marido, quebró. ¿Qué me queda por hacer? Parientes, no tengo. Tal vez los únicos sean los Cserey, pero muy lejanos. De todos modos, me horroriza la idea de aceptar el socorro de alguien, sea quien sea... Quisiera trabajar. Tengo buena letra, sé mucho alemán y bastante francés... En el colegio, aprendí taquigrafía, y no dudo de que la volvería a dominar pronto, con un poco de práctica.

Añadió, un tanto avergonzada, y ruborizándose insensiblemente con voz muy suave:

—No sé si estos conocimientos bastan para obtener algún empleo de secretaria...

Y con la mano enguantada de negro, palpaba nerviosamente el puño de su

sombrilla.

Koretz la miró, visiblemente conmovido. También en su voz temblaba la emoción, al contestarle, después de un rato de silencio.

—Lo que usted me pide, lo haría de buena gana por cualquier señora de buena familia que se encontrara en una situación como la suya...

Miett fijó los ojos en la punta del quitasol, pues temió echarse a llorar inmediatamente. Después de un instante, Koretz le preguntó:

—¿No teme usted que lo que pretende sea una carga demasiado pesada para usted?

—¡No, de ninguna manera! —protestó rápidamente Miett—. Me gusta el trabajo y creo que me haría incluso un gran bien estar ocupada...

Koretz le ofreció un cigarrillo, con el gesto de quien se da cuenta de que lo hubiera debido hacer antes. Miett se lo rehusó con una fina sonrisa, para darle a entender que no había ido en plan de visita particular, sino para tratar de un asunto oficial.

—Permítame usted, señora —dijo Koretz—, que lo piense durante dos o tres días. Hubiera esperado cualquier cosa, menos que usted viniera a verme con un ruego de esta índole.

Miett se levantó y le tendió la mano para despedirse. Koretz la acompañó hasta la puerta. Con la mano en el pomo, Miett se detuvo un instante:

—Dígame usted: ¿qué sueldo puedo esperar por una colocación así?

Su mirada reflejaba tanta candidez y falta de experiencia, que Koretz la contempló un rato, sonriendo, antes de contestarle.

—Esto no se lo podría decir ahora —dijo, con cierto aire misterioso.

Dos días después, recibió carta de Koretz, que contenía un cheque.

Muy apreciada señora —así rezaba la carta—: He reflexionado largo tiempo sobre su ruego, y he llegado a la conclusión de que el empleo que yo podría brindarle, le impondría la necesidad de tener que estar en contacto con unos empleados viejos y testarudos. Esta clase de relaciones es poco agradable, y por otra parte (como usted comprenderá fácilmente) me sería imposible explicar individualmente a cada uno de dichos señores, y en cada caso concreto, que trataran a usted tal como yo deseara. Y darle una colocación cerca de mí, no lo puedo arriesgar por una serie de consideraciones.

La ruego, entonces, que se sirva aceptar la cantidad adjunta, que ya me devolverá en la forma y fecha que le parezca. Y si otra vez necesitase lo que fuere, le suplico que me avise, pues yo consideraré siempre un gran honor el poder ayudarla en lo que fuere...

Miett miró el cheque. La cantidad indicada en él, era tan elevada que casi se asustó. Sosteniendo en una mano la carta y en la otra el cheque, se quedó con la mirada vaga y el entrecejo fruncido, como que riendo adivinar hasta los más secretos pensamientos de Koretz.

«No cabe duda —se dijo a sí misma— que este caballero ha comprendido mal el motivo de mi visita. O por lo menos, no está seguro de que se oculte tras de mi paso cierta especie de ofrecimiento. Y ¿por qué no? Un hombre como él, debe de estar acostumbrado a que, en medio de tantas catástrofes, trastornos y ruinas materiales, le ofrezcan hasta las reliquias familiares más celosamente guardadas, como a un buen comprador. ¿Por qué el honor de la mujer constituiría una excepción? Sin duda pensó así, al inscribir en el cheque tan importante cantidad. No pensó en nada malo, mas arregló las cosas de tal modo, para cualquier eventualidad, que, si por acaso, pensara yo en lo que pensaba él, la puerta quedara abierta... Su rasgo demuestra que es persona muy cuerda, generosa y ligera... Un intelecto sencillo, claro y sano, que no se plantea problemas superfluos. Es como son, por regla general, los hombres de negocios de altura. Tiene abierta día y noche no sólo su cámara acorazada, sino también su corazón: tomo, doy... Sólo toma buenas mercancías, pero lo que da, vale su peso en oro, sin duda, pues es hombre honrado... Tiene razón; en su lugar, sin duda, yo también hubiera procedido de la misma manera».

Miró otra vez el cheque.

«Pues ahora sé, por lo menos, cuánto dinero valgo...», pensó, sosteniendo el papel entre sus finos dedos, como con unas pinzas.

Se sentó inmediatamente a su escritorio, para contestar todavía bajo la impresión de los primeros momentos.

Mi querido amigo (empezó la carta, escogiendo intencionadamente un tono de intimidad, pues en esta apelación, encontró cierta superior seguridad):

Referente a mi solicitud de empleo, he reflexionado mucho durante estos dos últimos días. Le doy la razón de que esa clase de trabajo no me conviene. Entre tanto, he encontrado los medios para solucionar mis dificultades momentáneas, y, muy agradecida, me permito devolverle la ayuda tan amablemente ofrecida. Pensaré en usted siempre con profundo agradecimiento y amistad.

Ella misma llevó al correo la carta.

Al día siguiente, se presentó de nuevo el ujier de la oficina de Koretz, y esta vez trajo una caja de cartón. Dijo que no esperaba contestación, y se fue. En el paquete, había dos rosas. Y sobre la tarjeta adjunta, sólo estas palabras: *Siempre su respetuoso*

admirador, Koretz.

Miett vio en aquellas dos rosas la elegante retirada de un hombre llano y franco. Precisamente el hecho de que sólo fueran dos rosas, y no todo un ramo, tenía un fino sentido simbólico. Pensó sin enojo en aquel hombre simpático, cuyos ojos pardos tenían una mirada tan franca. Le gustó el desenlace, para la gran batalla que acababa de librarse entre los dos, en alguna capa profunda de su alma, detrás de las palabras no pronunciadas. Si hubiesen querido, habrían podido negarse a sí mismos los pensamientos habidos en tomo a aquel cambio de cartas, y así, no habían de temer que si algún día volvían a encontrarse, ambos tuviesen sentimientos penosos.

Miett echó mano de nuevo al lapicero, y se puso a calcular. Esta vez, la situación no le pareció tan desesperada ya, como en su primer susto. Vendiendo poco a poco los valores que le quedaban, y viviendo en un plan muy modesto, aún tendría suficiente para un año.

Decidió marcharse de Budapest por algún tiempo. Necesitaba imperiosamente un cambio de aire, pues ya no podía resistir la vida entre aquellas cuatro paredes.

Los acontecimientos de las últimas semanas habían removido hasta el fondo de su alma, despertándola de sus ensueños, disipando en torno suyo aquel extraño silencio de sepultura con el que se había rodeado desde la muerte de su padre. Todo lo acaecido en estos últimos días: la carta del Banco, avisándola que no podrían seguir pagándole el sueldo de Pedro; la visita a Koretz; la antesala; el secretario, y su propia frase al hablar con el gran financiero: «Sé mucho alemán, bastante francés, tal vez la taquigrafía...»; luego el cambio de cartas y aquel cheque, cuyo roce aún sentía en la punta de los dedos; aquellos hechos habían penetrado en su vida como espinos agudos, como rayos de la existencia real, de la vida exterior, y habían disipado de sus habitaciones la estancada atmósfera de luto.

Sin embargo, en el fondo, sólo aspiraba al silencio y a la soledad.

Recordó que, al proyectar el viaje de bodas, Pedro y ella habían pedido los prospectos de una serie de balnearios del extranjero. Esos prospectos debían de estar todavía en algún cajón del armario.

Se sentó en la sombra y puso ante sí, extendiéndolas, las fotografías de todos aquellos hospitalarios paisajes. Tras larga reflexión, escogió a Sankt Hilben, un sitio escondido en alguna de las montañas del Salzkammergut, el cual, con su lago profundo en la cuenca de unas violáceas montañas rocosas, con las selvas vírgenes de pinos verdes oscuros, con las casitas diminutas, que parecían fabricadas con fósforos de madera renegridos, le prometían precisamente lo que más anhelaba.

Salió de viaje a mediados de junio, dejando atrás tres años, menos unas pocas semanas, desde aquella noche de agosto en que acompañó a Pedro a la estación.

Fue a la estación completamente sola. No la acompañaban en su viaje más que Dios y un nebuloso y plácido deseo de morir.

Zamák volvió una tarde al «Hotel de la Miseria» con la increíble noticia de que había visto con sus propios ojos al omnipotente Zar de todas las Rusias, al que había saludado militarmente, y que el Zar le contestó al saludo.

Bartha y Vedres mandaron a los demás asistentes que le prendieran, administrándole los tradicionales veinticinco bastonazos, por haber osado pretender estar en relaciones de saludos mutuos con el Zar. Por ahora sólo recibió los palos en forma suave y simbólica: pero le amenazaron, si se atrevía a decir otra vez tamaña mentira, con administrarle el castigo efectivamente y con todo rigor.

Sin embargo, por una vez, Zamák había dicho la verdad.

En la calle principal de Tobolsk, junto al hotel Laskutnaia, erguía un edificio, a manera de torre, cuyo balcón del primer piso miraba hacia la calle. En el balcón, estaba sentado todo el día un hombre vestido de paisano, leyendo periódicos.

Abajo, en la calle, el público se congregaba, mudo y horrorizado. Los campesinos beatos hacían la señal de la cruz y movían la cabeza. No se movían hasta que no salían de los locales de la planta baja del edificio los guardianes armados hasta los dientes, para dispersar a los papanatas a culetazos.

El caballero vestido de paisano, era, efectivamente, Nicolai Romanov, Zar de todas las Rusias, cuyo nombre había significado sacrílegamente, en Rusia, pocos meses atrás, mucho más que el de Dios, pues el calendario ruso celebraba su santo con sesenta puntos rojos, y el día del Señor, sólo con treinta. Pocos meses antes, mandaba a ciento ochenta millones de seres humanos, y reinaba sobre la sexta parte del globo terráqueo. Hacía veinte años, con motivo de su coronación, se había congregado tan ingente muchedumbre, que en el campo de Hodinka pisotearon mortalmente a millar y medio de *mujiks*, mientras se distribuían jarros de vino y dulces al pueblo. Ahora, en aquel balcón de la casa-torre de Tobolsk, ya no se llamaba más que *el coronel Románov*.

La Duma pronunció, después de una sesión nocturna muy movida, el destronamiento, y el príncipe Lvov tuvo que entregar la Duma, embriagada de una libertad que ella misma acababa de darse, al jefe más chillón de los socialistas, Kerenski. En aquellas horas, ya estaba en marcha un vagón precintado, desde Suiza hacia Moscú. En aquel vagón, estaba sentado, en medio de algunos compañeros, apoyando sus codos en las rodillas, un hombre calvo y meditabundo, cuyo nombre verdadero era Vladimir Uliánov Ilich: cara rectangular con expresión de sátiro, con ojos pequeños de tártaro, en los cuales ardía el fuego de una tremenda venganza, jurada contra toda la humanidad el día en que ahorcaron a su hermano por haber atentado contra la vida del Zar, y cuando también él fue encarcelado y condenado a Siberia, para seis años.

Y conforme aquel vagón precintado se acercaba a Moscú, la unción del Señor iba transformándose lentamente, en la frente de Rusia, en la maldición de Caín.

Aquel hombre era Lenin.

El Zar, con las manos hundidas en los bolsillos, en aquel balcón de Tobolsk, meditaba cómo podría volver al trono, e ignoraba que aquel vagón precintado ya había traspuesto la frontera rusa e iba acercándose a Moscú. Se acercaba, se acercaba rápidamente...

El Zar había llegado a Tobolsk, el día veinte de agosto, por el Tiúmen, con veinte barcos. Los barcos entraron en el puerto de noche, pero cuando el Zar se enteró de que le querían alojar con su familia en la ciudad tártara, no quiso desembarcar, pues Kerenski, al acompañarlos a la estación, les había prometido que le alojarían en la residencia episcopal. Mas, luego, acabó por aceptar el destino.

La planta baja estaba ocupada por la guardia venida de Petersburgo, y el piso por la familia imperial y el séquito. Fuera de unos cuantos criados de origen extranjero, una sola persona, el príncipe Dolgorucki, había seguido al soberano al destierro.

Al Zar le tocó ocupar la gran habitación de la esquina. En la otra se oían a menudo voces de mujer que cantaban, acompañadas por un piano, y resonaban en la silenciosa calle de Tobolsk. Allí vivía la Zarina, con la señora Wyrubova, mujer diminuta y fea, pero que entendía mucho de espiritismo. La Zarina sólo la llamaba Ania, y todo el santo día tocaba el piano con ella a cuatro manos, o cantaba dúos.

En una de las paredes del cuarto de la Zarina, colgaba un gran San Miguel, y bajo el oscuro cuadro brillaba una lucecita perpetua. Y había allí un misterioso baúl de negra madera, con adornos de metal, en el cual se guardaba como reliquia una camisa ensangrentada. Aquella camisa había pertenecido a un mercachifle tratante en caballos de Siberia, a un aventurero tartufo, que descendía de la raza de los chamanes del Asia. Aquel hombre, llamado en vida Rasputín, fue asesinado por el príncipe Yusupov, el invierno anterior, y los oficiales de la guardia habían arrojado el cadáver al hielo del Neva, como si hubiera sido el de un perro.

La zarina Alejandra conservó hasta el día de su muerte aquella camisa sucia y ensangrentada.

En las demás habitaciones, apenas tenían sitio para instalarse Tatiana, hija mayor de la familia imperial, el enfermizo heredero de la Corona, y los demás hijos menores.

La calle que pasaba al pie de aquella casa, conducía hacia el campo de *Pod-Chuvas*, y los oficiales y soldados prisioneros, al pasar debajo del balcón y al distinguir en él al Zar, le saludaban reglamentariamente, como si se tratara de un desfile de honor. Para los soldados rasos, el desfilar representaba una diversión magnífica. Saludaban con el «¡vista a la izquierda!», tendiendo todos los músculos del cuello, y sus botas sonaban duramente en los adoquines de madera de la calle de

Tobolsk. El Zar, desde el balcón, los saludaba con la mano. Su rostro tenía una expresión como si estuviera profundamente conmovido. Seis meses antes, desfilaban ante él, en columnas interminables, sobre caracoleantes corceles negros como cuervos o blancos como la espuma, haciendo brillar a los rayos del sol sus lanzas de puntas afiladas, los destacamentos de su guardia imperial, con altas gorras de piel de oso, pasando ante el palacio de Zarscoie-Selo. Pero, sin duda, aquel espectáculo no le daba tanta alegría como el de ahora.

Pedro se detenía a menudo ante el balcón, contemplando a aquel hombre barbudo que pasaba asomado largas horas en completa inmovilidad, con las manos detrás de la espalda, clavando su mirada en un punto invisible de la calzada. Estaba allí, como en el puente de mando de algún fantástico navío, arrastrado en un vuelo de aquelarre, entre vientos ululantes, con los mástiles destrozados.

Pedro, contemplando al Zar, pensaba, en realidad, en su propio destino. Su imaginación quedó prisionera del balcón de aquella torre de Tobolsk, y mirando al Zar y apoyándose en la pared, pensó en la casa de los Almády. Las perchas de cuero de ciervo, en el recibidor, la gran alfombra color manzana en el hall, y el viejo sillón de cuero en el comedor, que crujía como una silla de montar, al sentarse en ella. El gran diván tan cómodo en el salón, en el que solía dormir la siesta, casi sin respirar, Mielt, encogiéndose blandamente los hombros, y cubriéndose hasta los tacones con el gran mantón de seda. El gran cuadro en su marco dorado, encima del piano, representando a la madre de Mielt, que hacía pensar en la reina^[51] Isabel, y que tenía la mirada dirigida hacia lo infinito. La placa de mármol de la mesita de noche, junto a la cama, en la cual chocaban con retintines familiares el cortaplumas, el lápiz y la cadena del reloj, antes de acostarse. El gran reloj negro y antiguo entre dos ventanas, que sabía mirar tan tranquilamente, como si fuera un rostro humano cargado de preocupaciones. El péndulo iba y venía con un tictac sordo y melancólico, desgranando con ritmo monótono los dulces segundos. La cama, encima de la cual yacía en relucientes trenzas la dorada cabellera de Mielt, que parecía pesar como el oro. Luego, el sillón de junco en el cuarto de baño, cubierto por una gran toalla, color de rosa, con el dibujo apenas discernible, y en el respaldo, una camisa de seda arrugada que despedía el suave perfume de la belleza femenina, con dos diminutas zapatillas encarnadas abandonadas ante la bañera, y el perfume tibio y agradable que destilaban los jabones finos y múltiples frasquitos de cristal tallado; los zumbidos y silbidos de los grifos de agua, la alegría sonora y fresca de los chorros fuertes de la ducha, en la nuca y en la espalda: todo cuanto significara entre aquellas paredes, entre aquellos cuartos que daban reposo al cuerpo y al alma, la vida pasada, la vida desaparecida en una lejanía para siempre ida, esfumada y enloquecedora.

Tal vez el propio Zar, inmóvil en su balcón, se paseara con la imaginación, con sentimientos análogos a los suyos, recordando los rincones íntimos del parque de

Zarskoie-Selo, de colores y aromas tan conocidos. Recordaba tal vez el contacto del sillón querido, entre tantos objetos familiares, y hasta el chirrido del pomo de la puerta de su cuarto, que casi cobraba ahora, en el recuerdo, el valor de una voz humana.

El viento hizo volar por la calle de Tobolsk una hoja de papel, y aquella hoja blanca, arrastró consigo la rígida y vacía mirada de Nicolai Romanov. Pasó su mirada lentamente por la calle, sin que sus distraídos ojos expresasen interés alguno. Vio a Pedro y le miró. Bajo la impresión de aquella mirada, Pedro, cuadrándose, saludó, como si le hubiera tocado una invisible batuta misteriosa.

El Zar correspondió al saludo con la cabeza e hizo un gesto con la mano. Saludaba así a todos aquellos que le saludaban desde la calle. En aquellos últimos tiempos, sentíase ya aquejado de funestos presentimientos, y a veces, de noche, pensaba que le asesinarían como asesinaron a tantos otros antepasados suyos de la dinastía de los Romanov. En cada transeúnte de la calle, veía a su posible asesino, y casi le agradaba contestar a los saludos, con amables gestos de la mano.

Pedro aún se quedó allí unos instantes; luego se encaminó hacia casa, como si estuviera avergonzado de su infantil curiosidad.

En pocos días, el público de Tobolsk se acostumbró a la presencia del Zar en el balcón, como a la cruz en la cúpula de la iglesia de *Otche Nas*, y al pasar ante la casa, ya ni siquiera levantaba la mirada hacia él.

A Pedro le atraía, con la fuerza de una visión de ensueño, aquel hombre en el balcón. A veces miraba durante media hora, con la respiración contenida, la mano del Zar que se apoyaba en la baranda de hierro del balcón. En estas ocasiones pensaba que aquella mano, de un solo plumazo pudo haber impedido aquella guerra, y en tal caso, él continuaría siendo el jefe adjunto de la sección jurídica de su Banco, Miett tal vez tendría dos hijos suyos, un niño y una niña, vestidos ambos con pulcritud de angelitos, y guardando en cada repliegue de sus trajes, cintas y atavíos, las huellas del gusto y de la mano de su madre. El niño se llamaría Pedrito, y la niña, María. Imaginose a los dos nietos sentados en las rodillas del abuelo, y les veía en las habitaciones de la casita de la calle del Teniente, obsequiados por su madre con dulces, como él se lo figuraba, al dejarse mecer en el *Neptun*, sobre las olas del lago Balaton.

Contempló la mano del Zar, como si aquella mano hubiera sido un instrumento de Dios, una parte visible y palpable del terrible sino humano.

En julio pasado, recibió por última vez carta de su casa. Desde aquella fecha, no tuvo más noticias de Miett ni de su madre. A veces, al pasar por la calle, o en casa, trabajando, y aún algunas veces al almorzar, surgía en él, de repente, un pensamiento que le estrujaba el corazón: ¿y si Miett hubiese muerto?

Desde luego, este pensamiento le pareció mucho más soportable que el otro, el de

que Miett le hubiese engañado con alguien. Si Miett hubiera muerto, también él podría esperar serenamente su fin. ¡Tarde o temprano, las cosas habían de acabar así! En el campo de *Pod-Chuvas* los prisioneros tenían ya cementerio propio. Por verdadero milagro de Dios, durante los tres años de su estancia en el «Hotel de la Miseria», ninguno de los habitantes hubo de ser enterrado, aunque la mala comida, la falta de combustibles y aquellas sombras que iban oscureciendo sus almas, disminuyeran paulatinamente su vitalidad.

En efecto, si Miett hubiese muerto, morir aquí, en Siberia, sería la salvación. Mas, perecer aquí en triste prisión, después de tres años de esperanzas, anhelos y cavilaciones, con la conciencia de que Miett a esas horas estuviera sentada en un rincón elegantemente alumbrado de un distinguido restaurante, tocando con sus finos dedos los pétalos de una flor en el dibujo de un mantel de nívea blancura, mientras las sedientas palabras de aquel otro hombre le acariciaban los hombros, y el deseo burbujeaba en su corazón como las perlas del champaña en las copas que tenían delante: aquello resultaba enloquecedor, suponerlo era tan terrible que se podía morir sólo pensándolo, con la boca gimiendo de rabia y dolor, con sollozos que salen de la carne rasgada del corazón, y los inauditos sufrimientos del hombre que ruge impotente, sepultado por el alud del dolor.

¡Ojalá fuera posible no pensar nunca en tales cosas!

A veces, con los nervios en tensión, procuraba mirar fijamente a aquel otro hombre. Y no conseguía evocar nunca sino el rostro de Miska Adam.

«¡Lo mataré, cuando vuelva!», pensó muchas veces, y en mil ocasiones se había imaginado el asesinato con los mínimos detalles. A veces, al encontrarse solo en su habitación, se representaba a sí mismo toda la escena, con gestos y movimientos imitados de la realidad. Se veía a sí mismo, revólver en mano, fijando sus ojos desorbitados sobre el adversario, con una expresión de odio feroz, y veía, por fin, bajo el fino bigote rubio de Miska Adam, truncarse aquella sonrisa irónica en la mueca del miedo a la muerte.

Al representarse aquellas escenas, a veces se asustaba de su propia voz, e interrumpía bruscamente el juego, como el sonámbulo que despierta repentinamente. Se arrojaba entonces sobre la cama, y ocultaba el rostro, como alguien avergonzado de sí mismo por lo que acababa de hacer, y el corazón se le helaba ante la idea de que todo aquello pudieran ser síntomas de incipiente locura, y que ya no podría evitar el hundirse en ella.

Del campo de *Pod-Chuvas*, sacaban casi a diario algún oficial que se había vuelto loco, en aquel tercer cautiverio. También en el «Hotel de la Miseria», más de uno se comportaba de manera extraña, de modo que los demás cambiaban significativas miradas a su espalda. Sospechaban sobre todo del pobre Kölber, que desde hacía varios meses, rehusaba hablar con nadie.

Y él, ¿no se comportaría en alguna ocasión como éste, sin tener ya la fuerza de dominarse a sí mismo, con el entendimiento rendido y perturbado, provocando los comentarios susurrados por los demás a su paso, al decir: «¡Pobrecito *San Pedro!*»?

Bartha fue quien le bautizó así: *San Pedro*, por su barba que ya tenía por lo menos un palmo de largo. Le quedó el apodo; los compañeros le llamaban siempre así. Y a su espalda, hasta los asistentes le llamaban «el señor teniente San Pedro».

Se daba cuenta de que, de no haber conocido a Zinachka, ya desde hacía tiempo se hubiera vuelto loco. Aquella muchacha, ante la cual conseguía abrir hasta los repliegues más íntimos de su corazón, le solía escuchar con tanta humildad, con los ojos tan atentamente abiertos, que al bañarse en la mirada de aquellos dos ojos profundos y puros, su alma se rejuvenecía y se aliviaba.

Su amistad con Zinachka duraba ya desde hacía diez meses. Cada semana, y en los últimos tiempos, hasta dos veces por semana, iba a ver a la muchacha. Fue entablándose entre ellos cierta amistad tierna y pura, en la que el amor no intervenía ni bajo el umbral de su conciencia. Por lo menos, Pedro lo interpretaba así.

Le solía explicar siempre a Zinachka, hasta con los más ínfimos detalles, todo cuanto había acaecido en su espíritu, en los pocos días que no se veían. Explicó todos sus pensamientos, sin callar ni aquellos que enseñan el alma de un hombre en toda su desnudez. Explicole sus frenéticos deseos respecto a Miett, los tormentos de los celos, le dio cuenta con fiel exactitud incluso de aquellos momentos en los que anhelara sordamente, como un sueño, el suicidio, y aquellos otros confusos en los que todo el sentido de la vida se desvanecía para él.

Narrole todas estas cosas como el enfermo explica los síntomas al médico. Le hacía estremecer la idea de que se podría volver loco, y llevaba el alma como a un reconocimiento a casa de la muchacha.

Zinachka le escuchaba siempre con gran atención. Compasión y cariño bañaban su mirada, y se hacía repetir algunos detalles. Luego, encontraba explicación para todo. Había tanta ternura, sensatez y quietud en todo su ser, que Pedro siempre salía de su casa consolado.

Cuando Pedro no tenía nada más que decir, era Zinachka quien tomaba la palabra para hablarle de su niñez. Explicaba historias divertidas del viejo Dimitri, que no era más inteligente que un perro, pero que superaba incluso a dicho animal en materia de fidelidad. Dimitri aún no se atrevía a encender ni apagar la luz eléctrica, y cuando un día Zinachka quiso explicarle el funcionamiento del teléfono, se llevó la mano a la boca, para ocultar su sonrisa, porque la señorita Zinachka le tomaba por tan estúpido que pudiese creer tales sandeces. Entre las conquistas de la técnica, la que más le llegó a impresionar fue la bicicleta, y cuando Zinachka le enviaba a la ciudad para hacer compras, si no volvía él durante largas horas, podía estar segurísima de que Dimitri habría encontrado una bicicleta apoyada en una pared, en la calle, y no podía

desprenderse de su contemplación. Se agazapaba junto a la bicicleta, mirándola por todos los lados, conteniendo la respiración y convencido de que si aquel objeto quisiera sería capaz incluso de hablar como las personas.

Dimitri temía a Dios y, además, era muy supersticioso. Creía en las virtudes de la sal tostada; estaba convencido de que si en Jueves Santo las velas no se apagaban, durante aquel año él no caería enfermo; de que las setas no pueden continuar creciendo si las ha tocado la mirada de un gato, y de que los judíos llevaban una mancha sangrienta en el pecho. Y nunca comía sandías, porque la sandía partida en dos le recordaba la cabeza del abuelo, a quien un bandolero tártaro mató con un hacha de carnicero. Y él, Dimitri, siendo niño, vio aquel cráneo partido de par en par, pero el tártaro tuvo piedad de él, sin duda, para poder considerarse a sí mismo como un hombre misericordioso, cuando algún día tuviera remordimientos de conciencia.

Durante el verano, Zinachka se fue a pasar seis semanas a Omsk, invitada a casa de una amiga. A Pedro le hizo mucha falta durante aquel tiempo. Desde luego se carteaban, y sus cartas todas ellas estaban llenas del testimonio de mutuo cariño y amistad.

Las noticias de los acontecimientos políticos, que se sucedían con rapidez, atravesaron como rayos el «Hotel de la Miseria». Sin embargo, los ánimos iban decayendo de día en día, a raíz de las noticias revolucionarias, pues los prisioneros se daban cuenta de que la anarquía sólo podía acarrearles consecuencias penosas.

Del campo de *Pod-Chuvas* fueron enviados aún más hacia el Este dos mil oficiales húngaros y austriacos, en las regiones del río Amur, pues las autoridades temían que los prisioneros de guerra pudiesen liberar al Zar. Pocos días antes ya se habían llevado también a *los del Oso*.

En el «Hotel de la Miseria», comenzaron a angustiarse. Cualquier día, también a ellos se les podría amontonar en un barco, transportándolos hacia el Este. Durante los últimos tiempos la situación había empeorado continuamente, hasta tal punto que ya hacía cuatro meses que dejaban de cobrar los cincuenta rublos que en un principio les aseguraba una vida sin preocupaciones, pero cuyo valor había bajado entretanto a la mitad. Para todos, marcharse de Tobolsk hubiera significado ahora una catástrofe.

Las huertas de Csaba llegaban hasta la orilla del Irtis. Este año producían tantas coles, nabos, cebollas y tomates, que podían mandar algunas cantidades al mercado de Tobolsk y estas ventas eran, por ahora, su única fuente de ingresos. Cuando en el campo de *Pod-Chuvas*, los soldados pasaban hambre, mandaban a algunos voluntarios para pedir algunos sacos de cebollas o de coles.

Una noche, Mezei entró en el cuarto de Pedro:

—Oye, Pedrito: hay abajo un voluntario; haz el favor de atenderle, pues yo tengo que poner en orden los libros de caja...

Pedro bajó al «salón». En la mesa brillaba una lámpara de petróleo, pues en esta

vivienda no tenían electricidad. Fuera aún había alguna claridad, pero el cuarto de la planta baja no tenía ventana.

El voluntario estaba cerca de la puerta, de pie, y al ver entrar a Pedro, se cuadró, chocó los tacones y saludó.

—Mi teniente, vengo para solicitar tres sacos de coles que necesitamos los voluntarios.

Pedro se acercó distraídamente a la mesa, para escribir el correspondiente recibo, pues Mezei era muy riguroso en guardar las formas burocráticas para todo. (Así, la Sección de Huertos poseía un despacho especial, en donde se apuntaba hasta el tomate más insignificante).

Una vez escrito el recibo, Pedro lo alargó al voluntario para que éste lo firmara. El voluntario se inclinó sobre la mesa, y su cara quedó iluminada por la luz de la lámpara.

Pedro miró petrificado aquel rostro. Fue como si le hubieran dado un fuerte mazazo en el corazón.

El voluntario era Miska Adam.

Hallábase ante la mesa con el atavío mísero y sucio de los soldados prisioneros, con pantalones agujereados en las rodillas y con harapos en los codos. Los zapatos rotos estaban sujetos por cordones.

Pedro saltó del asiento y le cogió por los hombros. Le sujetaba con puños férreos, para verle mejor la cara. Le contempló largo rato con ojos desorbitados, como si se tratara de una horripilante alucinación. Se negaba a creer a sus propios ojos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, en cavernosa voz, que parecía la de un loco.

El voluntario le miró asustadísimo, pues no sabía cómo explicarse lo que ocurría.

—Doctor Mihály Adam... —dijo, en un tono entre asustado y ofendido, pero reservado.

Pedro le soltó y se apoyó en la mesa. Estaba a punto de desplomarse.

—¿Desde cuándo eres prisionero? —preguntó luego, sin mirarle.

—Desde hace tres años. He pasado dos años y medio en Omsk, y hace seis meses me trasladaron aquí...

Miró fijamente a Pedro, el cual se apoyaba con una mano en la mesa, clavando la mirada fija en el centro de la misma, con ojos de perturbado. Adam, un instante después, le preguntó susurrante, tímidamente:

—¿Por qué el señor teniente se sirve preguntármelo?

E iba observando con la cara angustiada la terrible emoción de aquel oficial para él desconocido.

Pedro levantó la mirada hacia él, mas era incapaz de proferir una sola palabra. Sus labios se torcían, y las palabras sin pronunciar se debatían convulsivamente en ellos. Luego, bruscamente, llorando, exclamó:

—¡Tú conociste a mi mujer!

Apenas acababa de decirlo, se dejó caer sobre la mesa, apoyando la cara sobre sus dos brazos extendidos, y se puso a llorar desesperadamente.

Adam, con gesto involuntario, alejó un poco la humeante lámpara de petróleo, temiendo que Pedro la volcara con el codo. Luego, se retiró un paso de la mesa, cuadrándose. Estaba conmovido hasta el fondo de su alma por la escena a la que acababa de asistir, y meditaba quién podía ser la mujer de aquel teniente nunca visto que le debía haber conocido.

Por fin, poco a poco, Pedro se tranquilizó y levantó la cara hacia Adam. Le preguntó en voz baja:

—Tú, ¿no sabes quién soy yo?

Adam echó una mirada escrutadora sobre su rostro:

—Aquí, en Tobolsk, ya he visto varias veces al señor teniente. Le conozco de vista, pero ignoro cómo se llama.

Pedro echó sobre él otra vez una mirada profunda, como si quisiera dejarle tiempo para pensar. Luego agregó en voz baja:

—Soy Pedro Takách. Mi mujer...

Adam levantó la mano, como si quisiera anticiparse a él, y exclamó:

—¡Miett!

Después de tres años, Pedro oyó por primera vez aquel nombre en boca de otro hombre. La voz le penetró en el corazón. Y pareció que aquel hombre se hubiera reavivado, como un cadáver al que se llamase por su nombre y se levantara sobresaltado...

Se desplomó de nuevo sobre la mesa, y el llanto le iba sacudiendo de nuevo, con terrible fuerza.

Adam acercó una silla a la mesa, se sentó, y colocó la mano en el hombro de Pedro, que se movía convulsivamente, como si hubiera querido detener en él los ataques del dolor.

—No llore —le dijo con voz muy tranquila. Como Pedro, también observaba inmóvil la punta del extremo de la mesa, que alguien había acuñado con el cortaplumas, en instantes de aburrimiento.

Poco a poco Pedro volvió a tranquilizarse. Levantó la cabeza, mas escondía el rostro ante la mirada de Adam, pues estaba avergonzado de haberse dejado vencer por el llanto. Le ocurría por primera vez, en todo el tiempo pasado en el cautiverio. Frotó y palpó su cara, como si se despertara de alguna profunda pesadilla. Frunció con la mano, y alisó luego otra vez sus cejas, pero sin abrir los ojos. Su barba estaba llena de lágrimas, que ahora le picaban la cara, produciéndole escozor. Esbozó un gesto para sacar el pañuelo con los dedos.

Carraspeó varias veces, como si quisiera probar si su voz se hallaba nuevamente

apta para hablar.

Luego apoyó un codo y miró intensamente a Adam, Su voz sonaba tranquila y libre de dolor, al decirle:

—¡Dichoso tú! Eres soltero...

Bajo el fino bigote rubio recortado a la inglesa de Adam volvió a aparecer aquella conocida sonrisa agradable e irónica.

—Al estallar la guerra llevábamos tres semanas de casados...

Pedro le miró sorprendido:

—¿Estás casado también?

—Sí, ya te lo he dicho. Me casé con Eva Toronyí. ¿No la conoces?

Pedro empezaba a vislumbrar algo en sus recuerdos. Juanito le había dicho, cuando se encontraron por primera vez en casa de Miett, y los dos esperaban que las muchachas salieran del cuarto de baño:

—¿Miska? Miska hace la corte a Eva Toronyí...

Pedro y Adam guardaron silencio durante mucho rato. Fue Pedro quien lo rompió primero:

—Quédate a cenar conmigo. Tengo una botella de vino tinto de Crimea. La beberemos y charlaremos...

—Hoy no puedo, debo avisar antes. Tal vez mañana podré aceptar.

Pedro le acompañó hasta la puerta. En el umbral, se abrazaron.

Después de cenar se paseó largo rato por el patio, cerca de la reja lateral, por donde no pasaba nadie. Era una noche de fines de agosto, y más de las nueve. Sin embargo, la extraña bola violácea del sol empezaba a declinar ahora, por detrás de los bosques de olmos que bordeaban el río Irtis. Por el pesado aire llegaba un olor sofocante de humo, pues arriba, por el Norte, a una distancia acaso de millares de kilómetros, volvían a arder las tundras desde hacía muchos días, y gigantescos incendios abrasaban los pantanos secos del Lena. El viento traía el humo hasta aquí.

Bartha y Vedres se divertían haciendo saltar a *Camarada* por encima de un bastón levantado. El perro expresaba su alegría por esta diversión ladrando, y volaba a la altura de sus hombros por encima del obstáculo.

Mezei, Csaba, Szentesi y Lukács estaban sentados bajo el árbol y jugaban a naipes.

Rosiczky sentose en el umbral de la casa, tocando la cítara.

Media hora más tarde, reinó un silencio en el patio, y todos se fueron a dormir. Pedro aún se paseaba por el extremo del patio. Poco a poco, él cielo se oscurecía en torno suyo, y el firmamento se llenó de las grandes estrellas estivales de Siberia que brillaban con una luz febril.

Debía de ser ya la medianoche cuando, por fin, subió a su cuarto. Sólo entonces se dio cuenta de que el paseo monótono de varias horas, le había agotado.

Kölber ya dormía, o por lo menos fingía dormir. Su sueño era una especie muy rara de vigilia, ni si quiera se le oía respirar, como si tuviera cerrados los ojos y nada más.

Pedro no experimentaba deseo alguno de dormir.

Para entretenerse enjabonó la ropa sucia, y buscando alguna ocupación se sentó junto a la mesa y empezó a hacer solitarios para tranquilizar sus pensamientos que latían febrilmente bajo sus sienes. Sin embargo, los naipes no conseguían retener su atención, y poco después, acabó por acostarse.

Contempló la oscuridad con ojos desorbitados. Desde hacía tres años, por primera vez se sentía feliz. Pensó en Mielt con tierna humildad, pidiéndole perdón mentalmente por haberla aparejado en las visiones de su enferma imaginación con aquel pobre Miska Adam. Tenía la sensación de que acababan de quitarle del alma una pesadísima y horrible lepra llena de pus. La conciencia de que sus terribles celos sólo asediaron durante tres años vanos fantasmas, rodeó de repente la figura de Mielt de una aureola de pureza y perdón.

Descubrió un nuevo sentido a la vida. ¿Se dejaría morir, poco a poco, en medio de tan horribles cavilaciones, encadenándose a su amor por Mielt como a un poste, dejándose morder continuamente por los perros rabiosos de los celos? ¿Había llegado ya al límite de la locura, conducido por su imaginación enfermiza y perversa...!

Ahora se sentía liberado de aquella horrible presión. Todos los poros del cuerpo y del alma estaban sedientos e impacientes de vivir. De repente tuvo lástima de sí mismo, y le pareció que, después de tres años de sufrimientos, tenía derecho a todo.

Hubiera sido un pecado terrible el que Mielt «cayera», un pecado alevoso e imperdonable. Sí, era mejor, así debía ser, que Mielt permaneciera pura.

Pero la situación de él era muy distinta. En él iba agitándose desesperadamente el instinto de la vida, y él quería salvarse de la locura. No veía ninguna injusticia en aquel modo de razonar.

Pensó en Zinachka, y en el aroma de romero de su cuartito. Vio ante sí la cabellera negra y brillante de la muchacha, sus grandes ojos que sabían mirarle con tanta atención, y se imaginó las suaves líneas de los hombros, ocultos por el grueso corpiño color cerezo, acurrucada en el sillón, inquieta.

Una sensación le invadió con tanta fuerza, que se incorporó en la cama, acechando largo rato en la oscuridad. Una sensación extraña arrastraba sus pensamientos confusos hacia la hija del que fue en vida capitán de cosacos, Serguei Ignátov.

En el parque del balneario de Sankt Hilben, todas las tardes, una orquesta amenizaba el paseo de los pocos veraneantes que habían llegado casualmente a aquella localidad. Tocaban antiguos vales vieneses, con igual tristeza que si los instrumentos de viento llorasen los tiempos felices idos para siempre.

En los senderos arenosos del parque, invadidos por la hierba, se paseaba apoyado en un bastón un anciano oficial. Las piedras y la arena chirriaban bajo sus pisadas, pero no chirriaba menos uno de sus pantalones que escondía en su interior una pierna de palo. Las dos clases de chirridos se mezclaban curiosamente. El veterano, que vestía el uniforme de los cazadores imperiales, parecía tan viejo que se podía creer que hubiese perdido su pierna en las campañas de Bosnia, a fines del siglo pasado y no en la contienda actual.

Una tarde, cuando los rayos del sol caían retorcidos y amarillos sobre las copas de los grandes tilos, los alrededores del Kursaal, ordinariamente desiertos, pobláronse un poco. Apenas transitaban por el parque dos o tres personas, y aún éstas eran militares enviados oficialmente por la Intendencia a pasar allí sus permisos de reposo.

El aire de la montaña atravesaba aquel viejo jardín como un saludo aromático de las lejanas cimas nevadas. Mas, de cuando en cuando, al mediodía, o a primeras horas de la tarde, el calor quedaba estancado en el valle, haciéndose insoportable, y en tales ocasiones, hasta los pájaros enmudecían entre los frondosos ramajes. Las negras selvas de altos pinos quedaban iluminadas por los dorados rayos del sol; por doquier, en la loma de las montañas, alrededor de Sankt Hilben, y en las alturas, brillaban en tiernos colores violáceos las nevadas sierras.

Debajo del parque, el riachuelo Hilben progresaba a saltos, con sus aguas heladas color índigo, entre las grandes piedras lisas; algo más ahajo, había un molino de agua, vetusto y destartado.

Un sendero sinuoso y estrecho conducía hacia el monte, entre viejos perales salvajes y rocas cubiertas de musgo, que indicaban a las claras las capas de los años petrificados. En un punto, donde era preciso pasar con ciertas precauciones por un puentecillo adornado de coloreados ramos de boj, una cascada plateada se quejaba de la eterna monotonía a una muralla de pardas rocas. Esta cascada producía la impresión de una maravillosa juventud en medio de las vetustas y severas rocas. Arriba, la loma de la montaña se partía en dos, y la muralla rocosa corría abrupta hacia el valle. En la cima, erguía una vieja capillita, al borde mismo del precipicio, como si se dispusiera a saltar a él.

Abajo, en el valle, yacían esparcidos los cuadriláteros de los campos de cereales. El trigo ya había sido segado, y los haces estaban apilados en fila. A veces, pasaba lentamente por la carretera blanca, limpia de polvareda, alguna bicicleta de

excursionista. Estos ciclistas montañeses permanecían en los sillines con el busto enhiesto, rodando despreocupados. En la espalda, llevaban por regla general una mochila, y hasta las señoras lucían sobre los sombreros verdes y puntiagudos una negra pluma de gallo acitrón.

La aldea se extendía por la otra ribera del río. Sin exagerar, no le podía suponer más de mil almas.

El sonido de las campanas de aquella alta cima era capaz de llenar toda la cuenca inmensa del valle, y volateaba encima del lago cual un extraño pájaro marino, desapareciendo en un estrecho de la montaña como si tuviera oculto allí su nido.

La superficie oscura del lago se veía surcada durante el día por unos minúsculos veleros, cuyas alas blancas no parecían mayores que un pañuelo abierto.

Así eran Sankt Hilben y sus alrededores.

El paisaje que reclamaba los pinceles de los pintores, con sus bellezas naturales heroicas, se mezclaban en cierto modo al aburrimiento que flota siempre en torno de los balnearios, y con el sempiterno olor de cocina de un comedor de hotel.

Miett pasaba ya la segunda semana en este lugar.

Aquella tarde estaba sentada bajo el viejo tilo del parque. Escuchaba la música de los instrumentos de viento que sonaba invisible en alguna parte detrás de los arbustos.

Apoyando su brazo en el banco, estaba sentada con aspecto de cansancio, y el polvo que cubría la punta de los zapatos, revelaba claramente que volvía de un largo paseo por el monte. Después del almuerzo, solía subir generalmente hasta la capilla, desde donde se abría un magnífico panorama sobre el valle y el lago de color esmeralda que descansaba en medio de las grandes murallas rocosas. Al pasar por detrás de la aldea, solía sentarse en la baranda del puente, cálida del sol, contemplando largo rato el trabajo de un artesano que fabricaba ruedas. El viejo maestro, de barba blanca, con las mangas de la camisa arremangadas y calzando zuecos, trabajaba al aire libre. Sus enseres estaban colocados a la sombra del pomar, y bajo su cuchilla revoloteaban alegremente las virutas del ciruelo. Las ruedas listas yacían blancas como la mantequilla en la verde hierba.

Miett solía entretenerse allí, cerca del taller al aire libre de aquel artesano, pues había algo en la calva de aquél que le recordaba a su difunto padre.

Del puente había bajado directamente al parque, y la tristeza de la música le permitía entregarse libremente a sus pensamientos.

¿Por qué había venido a aquel lugar extraño y salvaje, en donde no tenía ninguna idea común con alma viviente, ni un sentimiento o pensamiento afines? Ya se arrepentía un poco de haberse marchado de su casa tan a tontas y a locas, y la extraña monotonía del lugar pesaba con indecible tristeza sobre su alma.

Se daba cuenta de que su vida había llegado a un callejón sin salida, y adondequiera que tornara los pensamientos, se veía acosada totalmente por una fría

inseguridad.

Hacía ya ocho meses que no recibía noticias de Pedro. ¿Quién sabe si vivía aún...? Tal vez habría muerto ya meses atrás —poco antes le hablaron de un caso semejante— y tal vez pasarían años hasta que tuviera noticias concretas de la suerte que había podido correr. En Rusia, centenares de millones de seres humanos fueron arrastrados por los torbellinos de la guerra y de la revolución; a través de aquellas distancias inverosímiles, es tan difícil saber algo de la vida de un anónimo prisionero de guerra como buscar en el fondo del tormentoso mar una piedrecita.

Hacía exactamente tres años que acompañara a Pedro a la estación.

Escrutando el fondo de su corazón, para saber lo que sentía actualmente hacia su marido, lo encontró desoladoramente vacío.

—¿Qué sentiría si de repente recibiera la noticia de que Pedro había muerto?

O ¿qué sentiría si, mañana o pasado, Pedro apareciera de golpe en el umbral de la puerta? ¿Cómo volverían a comenzar la vida interrumpida?

Sólo conseguía contestaciones muy confusas a todas estas preguntas.

Pensó que lo mejor sería morir. Dejar de ser de alguna manera, durmiendo en medio de esas montañas de tan maravillosos colores, desmayarse en aquel banco sin despertar nunca más, mientras, detrás de los arbustos, los instrumentos de viento irían tocando con extraña melancolía los lánguidos vales de las óperas antiguas.

¿Qué podía esperar aún en esta vida?

Dentro de unos meses cumpliría veinticinco años. Y aquella mañana, se dio cuenta, al peinarse, de que el blanco peine de hueso quedaba lleno de largos cabellos. Sí, esto venía produciéndose ya desde hacía meses; cada mañana el número de aquellos fugitivos hilos dorados iba en aumento, como si fueran apagándose uno a uno los rayos de la vida y de la juventud. Aquella mañana, al hacerse las trenzas y palpar el pesado moño, notó con la mano que se había hecho más pequeño.

Al tocar aquellas trenzas adelgazadas, parecíale palpar el cuerpo terrible, avejentado y deletéreo del Tiempo.

Pensando en su cabellera, sintió el corazón invadido de tristeza y hubiera querido llorar.

Le vino el recuerdo de que antes de salir de viaje habíase cruzado en el pasillo con la hija mayor de los porteros, la cual pasó tres años en casa de unos parientes en provincias. Apenas acertó a reconocer en aquella muchacha, con aspecto de señorita de catorce años, a la niña que tres años antes aun corría con los pies descalzos. Entonces recibió un golpe en su corazón: ¡Dios santo, así pasa el tiempo! En la metamorfosis de aquella niña, apareciósele con amedrentadora fuerza el poder de aquellos tres años, que, sin duda, habían arrastrado también su vida más cerca de la muerte.

Aquella misma mañana se había sentado en la terraza y se dedicaba a bordar. Vio

pasar por la alameda principal del parque a aquella señora joven, natural de Linz, con la cual había trabado conocimiento. Cambiaban de tarde en tarde algunas frases, y se saludaban con cariñosas sonrisas y movimientos de cabeza. Ella tenía a su marido en alguna parte del frente italiano.

La señora de Linz vestía un fino traje de verano, que la brisa ligera le pegaba al cuerpo, descubriendo claramente los síntomas del embarazo. Miett tenía sentimientos raros, cuando se cruzaba con aquella mujer. Pensó cuán diferente hubiera sido su sino si Pedro la hubiera hecho madre, y al atravesar con largos movimientos de su mano la seda tendida sobre el tambor de madera de su labor, con el alfiler que arrastraba tras sí un hilo de seda verde pálido, se veía inclinándose sobre una cunita adornada de blondas, y veía también al niño que captaba el aire con el puño vacío, frunciendo las naricitas y lanzando al aire los gritos de la vida amaneciente.

Tenía muy a menudo visiones por el estilo, y en tales ocasiones, su corazón parecía bañado en alguna ola cálida y desconocida. Si tuviera un hijo, su vacío corazón se llenaría de repente de luz y calor.

Sin embargo, ¿sería cierto que estaba tan vacío?

Desde que saliera de Budapest, dejando tras ella las habitaciones en las que el abrir y cerrar de sus puertas le era tan familiar; el escritorio de su padre, con el paño verde acariciado por el sol de la mañana; el ladrillo cuadrado del pisapapeles de cristal, que desplegabam los colores del arco iris; el timbre de la puerta; los ladridos de *Tomí*; Mili, zascandileando encorvada por las habitaciones; los colores y dibujos de las cortinas y aquel perfume que daban a los cuartos siempre limpios los muebles muy viejos —perfume agradable, blando y ligero—, todo aquello quedaba muy lejos ahora. Al pasar los días, su imaginación iba liberándose paso a paso. No; no había nada que la encadenara.

En sus largos paseos por los senderos del bosque, pensaba muy a menudo que en alguna parte debía de haber otras cosas en la vida que no fueran luto y tristes cavilaciones. El que da paseos solitarios, suele ser detenido muchas veces por algo: un rayo de sol en las nubes, los susurros de un árbol, o el vuelo de un pájaro.

También ahora, sentada en ese banco, los instrumentos de viento le iban trayendo las melodías de una vida muy distinta, muy lejana...

¡Cuántos latidos de corazón, cuántas llamas de amor y de juventud debía de haber todavía en el mundo!

Y en ella, ¿ya todo se habría apagado?

Pensaba en Golgonszky.

También en otras ocasiones le ocurría recordar la mirada tan peculiar y profunda de Golgonszky, mas siempre conseguía evadirse a ella. Apresurábase a huir con sus pensamientos ante aquella mirada, como si hubiera en aquellos ojos oscuros, tan penetrantes, cierta fuerza de hechizo, y el misterio del placer y del pecado.

Entonces le pareció que en vano huiría ante esos recuerdos. Pensó en la recepción celebrada en casa de los Cserey, y en el instante en que Golgonszky, con las manos hundidas en los bolsillos de la guerrera, se le acercó desde la chimenea. Vio ante sí aquel rostro extraordinario, que captó inmediatamente su imaginación. Y volvió a sentir el latido del corazón que tuvo en aquel momento. Uno tras otro, iban atravesando su mente esos recuerdos, y recordaba todo cuanto había ocurrido aquella noche: cuando salieron en el automóvil; cuando le vio luego en el hipódromo; cuando se cruzó con él en la escalera de su casa, y cuando su capa color café desapareció en la vuelta del rellano; cuando se pasearon en el Bastión de los Pescadores, y Golgonszky le confesó su amor; el cuarto del hotel Swinemünde; y por fin, la última carta...

¿Por qué no había contestado a aquella carta?

Es verdad que se había roto la cabeza durante largas semanas, preguntándose lo que habría de contestar, pero todo lo que se le ocurría, le parecía excesivamente apasionado o muy frío.

«... hágame llegar su llamada de auxilio por minúscula y tímida que sea...».

Intentó entonces enfrentarse con la idea de decidirse a escribirle.

No cabía la menor duda: si escribía a Golgonszky, él, vendría en seguida. Y ¿qué ocurriría, si Golgonszky llegara para pasar unos cuantos días a su lado?

Golgonszky vendría aquí por decisión propia, y no obedeciendo a su llamada. ¿Contra quién pecaría si se encontrase aquí con un viejo conocido?

Por las tardes, darían paseos por la montaña. Escucharían por las noches, juntos, la música lánguida y triste. El aire se llenaría en torno suyo del hechizo de aquel curioso amor platónico. Miles y miles de sentimientos y pensamientos nuevos revolotearían en torno de su corazón, y se sentiría presa de nuevo de aquel minúsculo e insensible vértigo que sentía siempre en compañía de Golgonszky.

Pero, ¿qué pasaría si llegase a caer? ¿Si no tuviera la fuerza suficiente para resistir a aquella pasión y llegara a ser amada por Golgonszky? Este pensamiento era tan repulsivo que se horrorizó.

Nada estaba tan lejos de ella como esta posibilidad. Se daba cuenta de que después de tamaña caída, no le quedaría más remedio que el suicidio. Las torturas del remordimiento, el asco hacia sí misma y los reproches de su conciencia, acabarían por abrasar toda la tranquilidad de su alma.

¿De dónde había sacado la energía, hasta ahora, en el camino de tan tremendos sufrimientos, sino de la conciencia de su pureza? La llevaba consigo, como el hombre arruinado el estuche con las últimas alhajas. Era su tesoro lo que le había quedado,

suficiente para empezar una vida nueva. Por la noche, al acostarse, reposa en alguna parte, quizá en el fondo del armario, y la misteriosa fuerza que irradia de él, es el mejor soporífero para el alma trastornada de la persona que huye.

En medio de estos pensamientos, no se había dado cuenta de que la música había cesado y que iba oscureciendo en torno suyo.

Desde la terraza del restaurante, llegaba ruido de vajilla y, a través de la cálida oscuridad del aire, empezaban a volar las luciérnagas. Flotaban errabundas con su inverosímil brillo entre las hojas de los árboles, como hilos más o menos cortos e incandescentes, que se hubieran destacarle de alguna parte, y que iban inscribiendo ahora sus móviles líneas de fuego en la oscuridad. Se levantó y se fue a la terraza, para cenar.

Media hora después de estar sentada, empezó a llover, y las gotas producían un ruido en las copas reseca por el sol, como si los árboles se hubieran incendiado de golpe.

Levantose una brisa fresca, y encima de la terraza, el toldo parecía querer volar hacia la noche negra y húmeda, como empujado por algún deseo irrefrenable. Los herrumbrosos barrotes de hierro que lo sostenían, daban quejumbrosos chirridos.

Miett sentíase invadida por una tristeza tan fuerte que estaba a punto de llorar. El sordo dolor de la soledad y del abandono sujetaba pesadamente su alma.

Al subir a su cuarto, y pasando por el largo corredor cuyas paredes estaban adornadas con cuerpos de gamos y de cabras montesas, experimentaba un miedo extraño, pues por alguna razón incomprensible no brillaba nunca ninguna luz en aquel pasillo.

No se acostó inmediatamente, sino que se acurrucó en un sillón, envuelta en una gruesa manta. Su mente estaba concentrada en un solo pensamiento. Se quedó sentada, inmóvil, durante mucho tiempo, de modo que si alguien hubiese podido observarla, hubiera podido creer que se había dormido.

Durante cinco días, la lluvia cayó sin interrupción. Era la tenaz lluvia de las montañas del Salzkammergut, que apaga la vida de todas las cosas. Ya no podía subir a la cascada, al molino y a la capilla, que consideraba como otros tantos amigos; no podía sentarse durante largas horas cerca de aquel taller del viejo fabricante de ruedas. Estaba confinada en su habitación durante todo el día, y esta prisión acabó por roer todas las energías que aún quedaban en el fondo del alma.

Por las noches, le parecía que su cuarto se llenaba de seres extraños e invisibles, y más de una vez temió volverse loca.

No llegaba a conciliar el sueño, y estaba sentada en su cama, con la cabeza destrenzada sobre los hombros, lloriqueando en la oscuridad, en un silencio que aquellos tenues sollozos no lograban interrumpir.

Y amanecía otra vez en vano. Aquel crepúsculo sin brillo, plomizo, y la

cadenciosa caída de la lluvia, la arrastraban aún más hacia la suprema desesperación, en la que incluso se veía asaltada por pensamientos de suicidio.

Había días que se paseaba durante horas y horas como una loca, encerrada en su cuarto. Otras veces, se hincaba de rodillas, y pasaba horas y más horas rezando en voz alta.

Una de aquellas noches, se levantó de golpe, como si le hubiera ocurrido inesperadamente una idea. Y sin vacilar se sentó ante el escritorio.

Escribió a Golgonszky.

«Amigo Golgonszky —comenzó—: Desde que recibí su carta no me he encontrado todavía con ánimos para poder contestarle.

»Le estoy muy agradecida por su amistad y por haber pensado en mí.

»Estoy en Sankt Hilben; me he refugiado aquí para reposar un poco. Estoy sola. Sola con mis pensamientos y recuerdos. Atentos saludos de MIETT».

Al poner la carta dentro de un sobre, tuvo la sensación de haber exhalado el mínimo grito de socorro que Golgonszky esperaba. Sabía que tan pronto como recibiera esta carta, Golgonszky vendría inmediatamente.

Mas, ¿dónde le alcanzaría la misiva? Y ¿quién sabe si vivía aún? Y aunque viviera, ¿iba a venir efectivamente? ¿No había pasado casi un año desde que se vieron por última vez...? ¿Quién era capaz de adivinar cuáles eran sus sentimientos hacia ella?

¿Debía enviar aquel sobre...? Por la mañana, con la cabeza reposada, tendría tiempo para tomar una decisión.

Durmiose en medio de tales dudas, mas a la mañana siguiente su primera preocupación fue la de enviar la carta a Correos.

Se puso a estudiar el horario de los trenes. Solía ir hasta la estación, imaginándose la llegada de Golgonszky. Sin duda, llegaría en ese tren. A las siete de la tarde, cuando los rayos del sol ya se van retirando de las copas de los tilos, aunque la orquesta continúa tocando en el parque.

Ante la estación de Sankt Hilben, dado el tráfico reducido, un solo coche solía esperar a los viajeros. Mielt contempló durante mucho rato aquel faetón, diciéndose a sí misma: «Vendrá de la estación en ese coche...».

Y ella, ¿dónde le esperaría? Tal vez podría pasearse por la alameda principal del parque, y le saludaría al verle pasar en el coche. Mas esta solución no acertaba a agradarle. Pensó un instante que iría a esperarle a la estación, como si estuviera allí por mera casualidad. Esto, en cambio le parecía demasiado. Por fin, optó por aguardarle ante la entrada del *Kursaal*, sentada en un sillón de junco descolorido por

el sol, leyendo una novela, o haciendo labor.

Ya la primera noche, después de enviada la carta, se sentó en un sillón, a la hora de la llegada del tren. Escuchó el prolongado silbido del convoy que llegaba, su lejano traqueteo, y en su corazón preludiaron las emociones nuevas que parecían una inmerecida bendición del cielo.

Vio surgir en la entrada del parque, entre los frondosos árboles, el único coche de alquiler de Sankt Hilben, oyó cómo chirriaban bajo sus ruedas las piedrecitas, y percibió el crujido de los resortes del faetón. Su corazón se puso a latir al notar que alguien estaba sentado en el coche, aunque supiera perfectamente que todavía no podía ser él y que ni siquiera había tiempo de que hubiera recibido la carta.

Antes de acostarse, se paseó durante mucho tiempo entre puerta y ventana, echándose a veces sobre el sofá para emprender de nuevo el inquieto paseo.

Todos los instantes estaban llenos ahora con la emoción de la insegura espera, y esa deliciosa inquietud torturaba su corazón con dulces martirios.

Escrutando algún que otro rasgo cansado de su rostro, tuvo otra vez la aterradora sensación del paso de los años, sensación muy parecida a la que se tiene al estar enfermo y creerse irremisiblemente perdido y condenado a morir.

El cuarto día, Golgonszky llegó.

Todo ocurría exactamente tal como Mielt se lo había figurado. Estaba sentada ante el *Kursaal*, y, pocos minutos después de las siete, entre los arbustos amarillos apareció el coche ocupado por Golgonszky.

Golgonszky se apresuró a saludarla.

Ella no le preguntó por qué había venido, y Golgonszky se abstuvo de darle explicaciones, como si su llegada fuera la cosa más natural del mundo.

Apenas se hubieron saludado, Golgonszky subió a su cuarto y se cambió de ropa. Mielt le esperaba abajo en el parque, y salieron de paseo.

No aludieron ni con una palabra a lo que les oprimía el corazón con dulce e indecible tormento. Paseábanse lentamente, bajo los tilos seculares, en cuyas copas ya había desaparecido el sol. Conversaban sobre temas indiferentes, acaso en voz algo más baja que de costumbre, como si estuvieran visiblemente imbuidos por el pensamiento de que paseaban ahora uno al lado del otro, completamente solos, con una sensación de soledad como si fuera de ellos no hubiese nadie en el mundo.

Mielt estaba contentísima de que Golgonszky no aludiera a su carta, pues no era preciso recordar aquella misiva ni hablar de ella: ¡era mucho más hermoso así! Las palabras sin pronunciar se hicieron pesadas en su corazón, y deseaba que Golgonszky no hablase de nada, que sólo se quedara a su lado unos días despidiéndose luego como la visión de un sueño.

Ya les rodeaba la parda oscuridad de la noche, cuando volvieron por la alameda central del parque, subiendo a la terraza para cenar.

No se entretuvieron mucho junto a la mesa, sino que bajaron al jardín, sentándose en un banco, lejos de la entrada iluminada del *Kursaal*.

Contemplaron el cielo estrellado, y Mielt tenía la sensación de que la divina mirada de uno de los astros le llegaba hasta el corazón.

Algo le oprimía la garganta y hubiera querido gritar, como si sus nervios se debatiesen en las convulsiones de un sentimiento irreprimible.

Callaban. Mielt sabía que, después de este silencio, forzosamente debía de hablar Golgonszky, por fin. Esperaba sus palabras que ya hubiera querido oír. Y conforme iba prolongándose el silencio, experimentaba un ardoroso deseo de inclinar su cabeza sobre el hombro de Golgonszky.

Golgonszky, sin embargo, seguía callando. Estaba sentado en la oscuridad, apoyando el rostro sobre una mano, como si estuviera mortalmente fatigado de algún tremendo combate que librara consigo mismo, y como si no encontrase ninguna salida en su corazón para sus palabras heridas que se desangraban. Y este silencio era más elocuente que todas las palabras. Mielt no podía soportarlo por más tiempo. Se levantó, con un ademán nervioso.

Dijo en voz baja, con el corazón doliente:

—Dispéñeme, pero tengo que separarme de usted... Me siento algo cansada...

Quiso tenderle la mano, pero notó que también Golgonszky se disponía a marchar.

Al subir la escalera y llegar al pasillo oscuro, Golgonszky le cogió la mano:

—¡La amo a usted, mortalmente...!

El pasillo estaba completamente a oscuras; sólo en el cuadrilátero de una ventana brillaban suaves fulgores, reflejando la luz que prestaban las estrellas. Cerca de la ventana se perfilaban unas panoplias de caza.

Mielt abandonó su boca, inerte, al beso de Golgonszky.

Se oyeron pisadas en la escalera y se separaron con brusquedad. Mielt ni siquiera miró detrás de sí y desapareció por la puerta de su cuarto.

Golgonszky aún se quedó allí un instante; luego entró también en su habitación.

Se apoyó en la ventana abierta, como quien está sumergido en sus pensamientos, o espera algo, sin saber en realidad qué.

El viento mecía lentamente el ramaje. De fuera, llegaba un poco de luz de la lámpara del jardín, y de algún punto de la oscuridad, en dirección a los invernaderos del jardinero, subía el perfume de lirios blancos.

Durante mucho rato, se quedó en la ventana, inmóvil.

De repente pareció oír abrirse una puerta, en dirección al cuarto de Mielt.

En el instante siguiente, Mielt entró en el cuarto, deteniéndose cerca de la puerta. En la penumbra, parecía envuelta sólo por una especie de *deshabillé* claro, y llevaba el cabello suelto. Detúvose cerca de la entrada y se apoyó con la espalda en la puerta,

para no desplomarse, pues sus piernas ya apenas la sostenían. Cerró los ojos y apretó las manos sobre el pecho.

Golgonszky se acercó a ella y la tomó en sus brazos.

Miett temblaba en todos sus miembros, y estaba tan desmayada como si la hubieran tocado los rayos del miedo, de la culpa consciente y del placer.

Los sauces de la ribera del Irtis ya comenzaban a amarillear, y a veces, corrían fuertes vendavales sobre la espalda del río, como si el lejano mar de hielo hubiera vuelto su rostro hacia la ciudad de Tobolsk.

Aquel ya era el tercer año de su cautiverio.

Una mañana, al volver de la ciudad y entrar en su cuarto, Pedro se detuvo sorprendido en el umbral.

Kölber estaba sentado en medio de la habitación, sobre su cofre de oficial. Junto a él, yacía su mochila llena hasta arriba, y tenía preparado todo el equipaje. Estaba sentado sobre la caja cruzado de brazos de espaldas a la puerta. Con la gorra puesta y envuelto en su capa, estaba allí semejante al que viaja en la cubierta de un barco de emigrantes.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —preguntóle Pedro maravillado.

Kölber volvió lentamente la cabeza hacia él.

—Estoy esperando el pasaporte.

Pedro puso una cara como si no hubiera entendido lo que le decía Kölber.

—¿El pasaporte?

—Sí.

—Pero, ¿qué pasaporte?

—Pero, ¿no lo sabes? Esta tarde regreso a casa.

Brotaron en Pedro como un rayo los confusos pensamientos de la alegría, mas inmediatamente tuvo una terrible sospecha.

—¿Quién te lo ha dicho?

Por la cara de Kölber pasó fugazmente una sonrisa misteriosa.

—Ya me lo perdonarás, pero eso no te lo puedo revelar...

Pedro salió corriendo de la habitación, en busca de los compañeros, para comunicarles su aterradora sospecha.

Pero los demás ya estaban todos reunidos en el «salón». En sus rostros se leía una muda desesperación, y Pedro notó en seguida que trataban del caso de Kölber.

—Hace media hora se despidió de todos nosotros —dijo Mezei.

Pedro se sentó en una silla y durante mucho tiempo fue incapaz de proferir una sola palabra.

—Y ahora, ¿qué vais a hacer con él? —preguntó por fin.

Mezei se paseaba de un lado a otro.

—¿Qué podríamos hacer? Esta tarde lo enviaremos a la Comandancia.

Un instante después, Kölber entró. Se sentó en una silla, separado del grupo, se cruzó de brazos y no dijo nada a nadie. De vez en vez, parecía ocultar una solapada sonrisa, y por su mirada pasaban sombras. Su expresión distraída revelaba que estaba

en conversación consigo mismo.

A partir del momento de su entrada, reinó un profundo silencio en el «salón». Como si hubiera aparecido un fantasma.

Bartha intentó silbar, y Vedres bostezó ruidosamente, dándose golpecitos en la boca. Pero el corazón de todos fue apretado por una mano invisible, y sólo se atrevían a mirar a Kölber de reojo.

Por fin, Vedres acabó por dirigirse a él, y le gritó amistosamente, para romper aquel insoportable silencio:

—*Wie geht es dir, Frantzi?* (¿Cómo estás, Francisquito?).

Kölber se removió en su silla, como si despertase de un sueño. Dirigiéndose amablemente y con modestia hacia Vedres:

—*Ich...? Danke schon...* (¿Yo...? Muchas gracias...).

Poco después, se acercó a la ventana, y se puso a cantar alegremente, con su acento austríaco:

—*Kinder, die kein Geld mehr haben... Bleib dann Zuhause!*

Su voz resonaba en el patio, y parecía quedarse allí durante mucho rato. Uno de los asistentes, que estaba cerca del pozo, lavando la vajilla, interrumpió su cometido y miró hacia la ventana como si hubiera oído un alarido de dolor.

Durante el almuerzo, inesperadamente, Kölber se puso muy nervioso. Su mano empezó a temblar, y miró con ojos torturados en torno suyo. Mezei estaba sentado a su lado; le acariciaba la cabeza, sin decir nada. Por la tarde, Vedres se ofreció a acompañarlo, para entregarlo a la Comandancia. Kölber estaba de acuerdo con todo. Ya estaban en la puerta, cuando, con un gesto, llamó a Pedro, diciéndole:

—Vosotros no perdáis la cabeza... Yo ya me ocuparé también de vuestro viaje.

Llevó con sigilo un dedo a la boca, como para decir que se trataba de un secreto del que no se debía decir nada.

Pedro subió a su cuarto. Se echó sobre la cama, y apoyándose en un codo intentó reflexionar. A veces, su mirada caía sobre la cama vacía de Kölber, de la cual se desprendía un terrible silencio.

Le era imposible quedarse en aquella habitación. Bajó al jardín, para pasearse un rato, pero también allí se sentía dominado por gran agitación, de modo que interrumpió su caminata silenciosa y monótona, a lo largo de la barrera de ramas de abedul trenzadas, que era su paseo habitual. Decidióse a ir a la ciudad, para hacer una visita a Zinachka.

Zinachka no esperaba a Pedro aquella tarde. Notó en seguida, por su cara, que había sucedido algo extraordinario.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, nada —contestó evasivamente Pedro.

—¿Ha muerto alguien?

—No. A Kölber le han llevado al hospital. Me da muchísima lástima.

Cerró los ojos y dijo:

—Dame un poco de té.

En los últimos tiempos, ya se tuteaban; pero el tuteo no era hijo de una camaradería, ni fugaz hábito de amor. Tutearse, para ellos, era una manera elevada de trato, como algo abstracto y triste, preñado de hondos sentidos, cual un rito de una extraña religión que enlaza a todos los humanos por esa misma sílaba: tú.

Cuando Zinachka salió, Pedro miró, con los ojos cansados, en torno de la modesta habitación. Encima del piano, aquel San Miguel de los Milagros, y debajo de él, la lucecita en el vaso violáceo; entre las dos ventanas el retrato ampliado del capitán de cosacos Serguei Ivánov y su mujer; la curiosa mesita triangular, en la que Zinachka, al salir, había echado un trapo que estaba cosiendo; la estufa baja de tierra cocida, que parecía un hombrecito rechoncho y furioso; el olor agrio de la tela nueva, y la alfombra desgastada hasta la trama, todo le pareció horrible ahora. Hundió el rostro entre las manos, para no ver aquellos objetos, que tantos y tan emotivos recuerdos le inspiraban al contemplarlos.

Todo cuanto le rodeaba en aquel cuarto le pareció ahora inverosímil. Como si el brazo cubierto de tela de aquel sillón, sobre el cual reposaba su mano, participase de un sueño enloquecedor. ¿Era suyo aquel puño que aparecía con restos de grasa pegados a las uñas?

Aquella madrugada, también tuvo que ayudar a los demás a desmontar el mecanismo del pozo, que necesitaba ser engrasado, pues ya chirriaba en medio del patio, como el que llevan a ahorcar. Y esos zapatos en sus pies... ¿Por qué está él aquí ahora? ¿Qué significa esta palabra: Tobolsk? ¿Dónde pueden estar, a estas horas, Juanito y Szücs? ¡Cuánto polvo había allí, sobre el marco de aquel doble retrato! Sentía un dolor en el pecho como si los pulmones se le hubiesen partido por la mitad. Su madre, ¿cuántos años debía de tener ya...? Cincuenta y cinco... Rogaría a Mezei que no le pusieran a Lukács de compañero de habitación. O, ¿vale más no decir nada? ¡Si ya todo le es igual! ¡Oh, cuán horroroso le parecía todo...!

Zinachka volvió, trayendo el té en el samovar humeante. El perfume de aquella bebida se extendía agradablemente por todo el cuarto. Zinachka no decía nada, pero de reojo no quitaba la vista de Pedro. Su mirada expresaba conmiseración y miedo, como si temiese a cada momento algo terrible. Nunca había visto el rostro de Pedro tan sombrío como entonces.

Quedaron callados durante mucho tiempo. El silencio los envolvía, aterrador y profundo: sólo las tazas de té chocaron en el plato, al acercarlas Zinachka a Pedro. Más éste no tocó su taza. Alzando una ceja, parecía contemplar algún punto invisible, como si su mirada fuera atraída por alguna horripilante visión.

Zinachka colocó su mano sobre la de Pedro, suave y tímidamente.

—Estás muy nervioso, hoy —dijo en voz baja. Era capaz de poner toda el alma en una palabra.

Pedro cerró los ojos, como si estuviera mortalmente agotado en aquel combate con sus propios pensamientos. De repente, se estremeció y sujetó fuertemente la mano de la muchacha.

—Dime algo... ¡Habla, habla! ¡Di lo que quieras, con tal que hables...! —dijo con el tono del enfermo grave que mendiga un poco de agua para aliviar la ardorosa sed de la garganta árida y seca—. ¿Qué tienes?

Pedro empezó a palparse la frente, muy pálido.

—Temo que... Temo terriblemente que también yo me vuelva loco cualquier día.

Zinachka sintió desfallecer sus fuerzas. Temblaba todo su cuerpo y sentía impulsos de dar gritos. Sus rodillas anhelaban poder hincarse en tierra, como si le hubieran quitado algo de la espalda. Pero hizo un esfuerzo y dijo, con voz perceptible:

—¡Qué tonto eres! ¡Qué cosas se te ocurren!

Por un instante, se dejó caer sobre el sofá:

—¿Quieres que te cante algo?

Después, sin esperar el asentimiento de Pedro, se acercó a la mesita de tres pies, cogió la guitarra, en cuyo cuello, arrogantemente reclinada, aparecía esculpida una cabeza de chino con coleta. Aquel rostro de madera tenía cerrados los ojos y la cara amarilla, como si le hubieran ahorcado con aquellas largas cintas desteñidas, azules y amarillas, que adornaban el cuello de la guitarra.

Zinachka tiró un cojín al suelo, y se sentó en cuclillas a los pies de Pedro.

Las cuerdas emitieron sonidos que parecían polvorientos, y que en principio eran fríos, sin alma. Mas luego, poco a poco, fueron caldeándose las notas como si la mano de la joven les infundiera fuego.

Pedro bajó sobre ella la vista y observaba distraídamente las evoluciones de los puntiagudos dedos de la mujer sobre las cuerdas.

Zinachka se puso a cantar. Tenía una vocecita algo velada, en la que, sin embargo, conseguía verter mil sentimientos, sollozos y nostalgias.

Cantó un romance popular de la región del lago Baikal:

*Dos mozos se fueron al hielo, al hielo, al hielo,
a pescar una trucha para asarla después.
¿Acaso oyes, Masunka, lo que llora el viento?
¿Acaso entiendes, Masunka, lo que canta el viento?*

Las palabras y los sonidos de la guitarra iban cayendo en torno de ella cual copos de nieve.

Cuando hubo acabado, deslizó sin ruido la guitarra en su regazo, como si el alma hubiera abandonado de repente aquellas cuerdas.

Inclinó la cabeza sobre las rodillas de Pedro, y se quedó así durante largo rato, sin moverse.

Pedro tocó casi inconscientemente la cabeza de la joven, y le pareció que, a través de la punta de sus dedos, subía de aquellos cabellos tan finos que acariciaba alguna sensación agradable y serena.

«Yo, ¿también la quiero a ella?», se preguntó a sí mismo.

El recuerdo medio esfumado de Mieta le dolía ahora tan sordamente como si sus pensamientos fuesen para algún ser querido y muerto.

Nicolai Ivánovich Kirílov, el *konvoy* que había acompañado hoy a Pedro, estaba conversando entretanto en la cocina con el viejo Dimitri, hasta que acabó por dejar caer su cabeza sobre el pecho, vencido por el sueño. También Dimitri cerraba los ojos, sentado como estaba en el banquillo; y con las manos caídas sobre las rodillas, jugaba con los dedos. A veces interrumpía el juego, y después lo empezaba de nuevo. Sólo cuando se trataba de ahuyentar a alguna impertinente mosca de su ridícula nariz en forma de buñuelo, se llevaba la mano con torpe gesto a la cara.

Aquella noche, Pedro salió muy tarde de casa de Zinachka.

En los primeros días del mes de setiembre, el campo de *Pod-Chuvas* parecía un hormiguero agitado. El alto mando ruso acababa de disolver todo el campo, temiendo que aquellos diez mil prisioneros pudieran sublevarse e intentar la liberación del Zar. Según las órdenes recibidas, todo el campo debía trasladarse en masa, muy lejos, hacia el Este, a Klabarovsk.

Se abrieron las puertas del campo frente al Irtis, y las cercanías de *Pod-Chuvas* se asemejaban a un inmenso mercado. Todo el mundo procuraba vender a buen precio los trastos inútiles o incómodos.

Con todos los oficiales alojados en Tobolsk, marcharon también *los del Oso*.

La ciudad perdió en pocos días diez mil habitantes. El mercado de Tobolsk acababa de liberarse de un enorme peso, como si se hubiera separado de él un ingente cuerpo ajeno.

El Zar continuaba en el balcón, y esperaba en vano aquellas harapientas huestes de prisioneros a las que estaba ya tan acostumbrado.

Por suerte, a los habitantes del «Hotel de la Miseria» les dejaron en Tobolsk.

Pocos días después les excitaba un acontecimiento inesperado.

Mezei, que había estado en la Comandancia, trajo la noticia de la llegada del correo, tras una interrupción de año y medio. En los rostros de los muchachos se reflejaban la alegría, la desesperación y el miedo. Pensaban casi horrorizados en que dentro de breves horas, se iluminaría ante ellos la oscuridad aterradora e impenetrable

de dieciocho meses. Como al abrirse violentamente la puerta de un cuarto oscuro y condenado, iluminándola de repente con una pila eléctrica... ¿Cuántos muertos yacen en aquella oscuridad, y quiénes son los muertos?

Una hora después, el capitán ruso de la Comandancia trajo en persona, acompañado de dos suboficiales, la correspondencia. Le acogieron en medio de un mortal silencio, y comenzó la distribución sobre la mesa del «salón». El que había recibido cartas o telegramas, salía de la estancia y subía a su cuarto, o desaparecía por los senderos de la huertecita, para que nadie sorprendiera en su rostro la expresión con que iba leyendo las noticias de su casa.

El capitán ruso entregó a Pedro cinco cartas y un telegrama. Pedro miró primero la fecha de expedición del telegrama: hacía poco menos de un año que fue cursado.

Ahora, con brusca decisión, leyó el texto. El telegrama rezaba así:

«Padre murió esta noche tras breves sufrimientos. Miett».

Volvió a leer aquel texto, con la loca esperanza de que la primera vez lo hubiera leído mal. O que por obra de un milagro, las letras cambiarían ante sus ojos. Lo leyó varias veces seguidas, y durante este tiempo sentía enfriársele el pecho, como si el corazón y la garganta se le cubrieran de escarcha. Aquel frío se le comunicó también a la mano que con sus dedos helados y temblorosos sostenía a duras penas el descolorido impreso del telegrama.

Tenía algún pensamiento confuso, creyendo que Miett veía fantasmas y que si llamaran aún rápidamente a un médico se podría salvar a su padre. Le parecía inconcebible que estuviera muerto desde un año antes. Entre tanto, ya se habría descompuesto en la tumba incluso la levita enorme y negra «Francisco José»^[52] con la que le habían enterrado. La hermosa e inteligente bóveda de su frente ya sólo sería, en aquellas horas, un vacío hueso amarillento, y la mano tostada por el sol, algo pecosa, mano fuerte y buena, que él viera tantas veces descansar meditabunda sobre el blanco mantel de la mesa, sólo sería la mano de un esqueleto. La mano de un esqueleto cuyas articulaciones ya se habrían separado incluso, pues, no la enlazaba ningún alambre, como la del esqueleto que Pedro viera por primera vez en su vida en una vitrina en la sala de ciencias naturales del Instituto.

Todo esto atravesó su mente, rápido como una saeta. Recordaba que ayer mismo, sentado en el borde de su cama, había pensado en el muerto. Ahora, volvía a ver con toda claridad aquella testa calva, en la que se reflejaba la amarillenta luz de la lámpara, los ojos azules rodeados de ojeras, su pequeño y duro bigote canoso, que parecía despedir el perfume de un agradable cosmético. Y le veía aún, en aquella hermosa tarde de agosto, apoyado en la ventana y haciéndoles señas, cuando él y Miett ya estaban en la calle, esperando el tranvía para Kalenföld.

Para él, aún estaba vivo el día antes. Ahora encontraba aterradora la idea de que, desde hacía un año, cada vez que pensaba en él, sus pensamientos fueran palpando a

un muerto.

La noticia de aquella muerte le había hipnotizado hasta tal punto, que se tiró sobre la cama, sin pensar siquiera en abrir las cartas que acababa de recibir. Los sobres yacían sobre la mesa, como unos seres extraños, con un grito sofocado, mudos, hacinados, como fantasmas. Al yacer sobre la cama, durante largo rato no conseguía liberarse de aquel crujido del sillón ni de aquel carraspeo seco que se solía oír desde el despacho del anciano.

Abrió las cartas más tarde. En la primera, Miett le describía con muchos detalles la agonía de su padre; en la segunda, fechada dos meses después, le comunicó la desaparición del Banco donde él había trabajado; la tercera, sólo contenía unas cuantas frases, y parecía un grito de desesperación. Quejábase en ésta de que ya hacía diez meses que no había recibido noticias de él, ignorando si estaba vivo o muerto.

Su madre y su hermana le escribían cosas insignificantes. Le comunicaban que estaban bien, seguían sin novedad y esperaban su vuelta con mucha impaciencia.

Hasta altas horas de la tarde no salió de su habitación. Yacía sobre la cama sin moverse. Luego, saltó de ella, inquieto, paseándose entre las cuatro paredes, como si le preocupara alguna idea irresistible.

Después de cenar, mandó llamar a Zamák.

—Siéntate en esta silla.

Zamák se sentó. En sus ojos inteligentes y astutos, hubo un rápido brillo, y se dio inmediatamente cuenta de que se trataría de algo importante. Tenía su harapiento gorro sobre las rodillas, con ademán de buena educación, y con sus miradas seguía atentamente hasta el menor movimiento de Pedro.

—Quiero huir... —dijo por fin Pedro, tras un prolongado silencio.

Luego se plantó ante Zamák.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí, mi teniente.

Pedro se sentó en el borde de la cama y reflexionó largamente.

—Debemos inventar algo...

Zamák se inclinó hacia adelante y su mirada brilló de maneta extraña.

Sus pensamientos parecían zumbiar en el aire, y a poco hubiera sido posible oírlos.

Después de largo silencio, fue Zamák el primero en hablar:

—Mi teniente, si me permite... Ya hace mucho tiempo que yo vengo rompiéndome la cabeza...

Pedro fijó los ojos en él, con una expresión de interrogante apremio.

Zamák acercó la silla, miró en torno suyo, para cerciorarse de que, efectivamente, nadie los podía oír, y dijo con voz queda:

—Sería preciso disfrazarse de monjes... De esta manera, sería fácil largarse de aquí...

Pedro le echó una mirada como quien no comprende.

Zamák extendió el dedo meñique del puño, tocando cautelosamente el borde de la mesa. Era un movimiento acostumbrado en él, cada vez que iba a decir algo importante.

—Oiga usted, mi teniente... Los piquetes no suelen preguntar nada a los monjes mendicantes, y cuando llegan a una aldea, al verles pasar, el campesino se persigna un par de docenas de veces, y les da de comer incluso. Y en los trenes, viajan de balde.

Pedro no le contestó durante largo rato. Sus miradas quedaron fijas una en otra, sin moverse. Zamák hizo ademán como si preguntara: ¿no cree usted que está bastante bien pensado mi proyecto?

También Pedro recordó a los monjes mendicantes a los que había visto muchas veces en las calles de Tobolsk, sobre todo en los alrededores de las tiendas de pieles. Esos monjes peludos y harapientos, que eran tan sucios como si les hubieran amasado en barro, iban por regla general descalzos. Aprisionaban en su mano izquierda un diminuto crucifijo tallado burdamente en madera, y en la mano derecha llevaban un estrecho pedazo de madera cubierto de terciopelo negro. No se les podía oír nunca la voz, pero se acercaban a cada transeúnte, alzaban la cruz en la izquierda, y con la derecha alargaban, con ademán imposible de confundir, el pedacito de madera cubierto de terciopelo. Quien quería hacerles una limosna, ponía sobre el terciopelo negro algún copec.

Pedro rompió por fin el silencio:

—Oye, tú, eso no me parece muy acertado... Los rojos matan a los religiosos...

—A esos pobres monjes no les hacen nada.

—¿De dónde sacaríamos hábitos de monjes?

Zamák hizo un gesto con la mano:

—Esto, déjelo usted de mi cuenta, mi teniente... Están hechos de pelo de camello de mala calidad. Un paño así, color de café, se puede comprar en el barrio tártaro.

—Tú, ¿podrías coserlos?

—En una sola noche. ¿Tiene usted algún dinero, mi teniente?

Pedro le entregó a Zamák los rublos ahorrados. El asistente salió del cuarto, de puntillas.

Al encontrarse solo, Pedro se detuvo en medio de la habitación, juntó las manos y, contemplando sus dedos entrelazados, se dijo a sí mismo:

—¡Dios santo!

Toda la noche estuvo cavilando sobre su huida. Estaba poseído de una excitación tan inmensa, que no cerró los ojos durante toda la noche. A la idea de que al cabo de unos cuantos meses, podría estar en su casa, estuvo a punto de llorar. Durante los tres años de su prisión, se habían amontonado en él muchísimas energías reprimidas que

ahora quedaron liberadas como de golpe.

¡Volver a casa! Se sentía capaz de abrirse camino a través de carnes humanas, con un cuchillo en la mano. ¿Quedaría detenido...? ¿Le fusilarían...? ¡Qué importa...!

El proyecto de la mortal aventura le embriagaba dulcemente el corazón.

A la mañana siguiente, fue a ver a Mezei.

—Quisiera hablarte de un asunto de capital importancia —le dijo, al sentarse frente a él. Mezei le miró a los ojos y tras un instante de silencio, le dijo:

—Ya lo sé: quieres escaparte.

Pedro asintió con la cabeza.

Mezei no pareció sorprendido por esta declaración. Era imposible no ver en el rostro de Pedro aquella calma que acompaña las determinaciones supremas. Ni siquiera intentó disuadirle.

—Es cosa tuya —dijo por fin, meditabundo y con cierta tristeza.

Después añadió:

—¿Quieres que haga una pequeña colecta para ti entre los compañeros?

Era costumbre en los campos de prisioneros de guerra, que cuando uno se proponía escapar, los demás cotizaban para él. Y falsificaban las hojas de revista, por poco que fuera posible, para dar tiempo al fugitivo. Pero nunca se hablaba de los medios ni de la dirección de la huida: aquél era el secreto de cada cual. No se daban consejos mutuamente, pues comprendían todos que el hacerlo entrañaba una responsabilidad, y, en caso de fracasar la intentona, el consejero equivocado sentiría remordimientos para toda la vida.

Pedro hizo una señal muda con la mano.

—Gracias. No necesito nada, por ahora.

Al salir del cuarto de Mezei, cruzose con Lajtai y Szabó, los cuales querían hablar a su vez con su superior jerárquico. Cambiaron sólo una breve mirada, que bastó para comprender que tenían exactamente el mismo propósito. El correo siberiano que durante año y medio no había dado señales de vida, el día anterior había clavado un grito en sus almas sacudiéndolas hasta el tuétano. ¿Quién sabe lo que debían contener aquellas cartas que les distribuía con un ademán negligente el capitán ruso de la Comandancia?

Neteneczky se había pasado toda la tarde anterior paseándose por el patio, con las manos plegadas sobre la frente. Anoche, nadie había oído el son de la cítara de Rosiczky, y Szentesi y Hirsch pasaron toda la noche en vela.

Zamák salió muy de mañana por el barrio tártaro. Husmeando por las calles, acabó, por fin, encontrando dos frailes mendicantes en un barrio exterior de la ciudad. Estaban sentados en el borde de la carretera, comiendo pan negro con cebolla cruda. Zamák se sentó junto a ellos, pero durante varios minutos ni siquiera los miró. Arrancó del suelo una brizna de yerba y se puso a retorcerla entre los dedos.

—Ya está muy fresco el tiempo... —comenzó iniciando la conversación.

—¡Ya, sí! —dijo el fraile más viejo, contemplando las nubes del cielo. Con su boca sin dientes, comía ruidosamente. Su gran barba gris se movía perezosamente y había pegadas en ella algunas finas briznas de paja y de lana.

El menos viejo no miró siquiera a Zamák. No decía nada y comía con el rostro tan severo, como si cumpliera con un deber.

—¿De dónde vienen?

—De Omsk.

—Y de aquí, ¿adónde van?

—Volvemos a Omsk.

Hubo un breve silencio. El monje más joven miró de reojo a Zamák y, por fin, habló:

—Tú, ¿eres soldado húngaro?

—Yo, sí. ¿Se conoce en mi hablar?

El monje asintió y continuó comiendo. Luego, Zamák les preguntó de nuevo:

—Oigan... ¿A ustedes, nunca les molestan las patrullas?

El más viejo, antes de contestar, colocó cuidadosamente el trozo sobrante de pan seco en su faltriquera.

—¿A nosotros...? ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Para pedirles la documentación. ¿Llevan ustedes algún documento?

—Claro que sí. Andamos por las aldeas con una carta pastoral de la Iglesia. De Omsk a Tobolsk. De Tobolsk a Omsk.

Aquello no le podía gustar a Zamák.

—¿Les han pedido ya alguna vez la documentación?

—A mí, nunca.

El viejo limpió el cuchillo, se llevó la mano a la boca y con un mendrugo de pan, se secó los labios.

Entretanto, Zamák estudiaba con ojos de perito el corte de los trajes de los monjes. Se fijó mucho en el rosario que llevaban al cuello, el diminuto crucifijo, y, con gesto distraído, echó mano del pedazo de madera cubierto de terciopelo, que yacía en la hierba. Cuando se hubo enterado de todo lo que le interesaba, saludó amablemente a los monjes y se fue.

Caminaba hacia las tiendas, para comprar lo necesario. No llevó a casa el bulto mayor en que había el paño hasta el anochecer, para no llamar tanto la atención. Encerrose en el cuarto con Pedro y entre los dos pasaron toda la noche trabajando. El mismo Pedro le ayudaba a coser, ensangrentándose continuamente los dedos con la aguja, pues no estaba acostumbrado a manejarla. Hacia la madrugada, le venció el sueño, y no se despertó hasta el mediodía. La excitación del viaje que se aproximaba, le conmovía hasta los huesos, dándole la sensación de estar ligeramente embriagado.

Por la tarde fue a casa de Zinachka. Al quedarse solos los dos en el cuarto, cogió de repente la mano de la muchacha, la miró profundamente a los ojos y le lanzó rápidamente: «Me voy mañana por la mañana», para decírselo lo antes posible.

—¿Adónde?

—¡A casa! Quiero escaparme. Recibí cartas de casa, mi suegro ha muerto. Hay también otras dificultades, no resisto más aquí...

Profirió todas estas palabras con precipitación, como si se tratara de las cosas más naturales del mundo, desprovistas de importancia. Mas mientras hablaba, no quería mirar a los ojos de la joven.

Se daba cuenta de que las manos de Zinachka se volvían húmedas y heladas.

Zinachka se las retiró; se acercó lentamente a una silla y se dejó caer en ella. Estaba más pálida que la cera. Pedro se acercó a ella y le puso la mano en el hombro. Durante largo rato, no consiguió decir nada. Por fin, le dijo, en voz susurrante:

—Tú siempre has sido muy buena para conmigo, Zinachka... No te podré olvidar nunca.

Las lágrimas le asomaron a los ojos. Tomó entre sus manos las de la muchacha, que estaban frías; las besó y las apretó contra sus mejillas.

Luego, permanecieron silenciosos durante mucho tiempo. Pedro hubiera preferido estar ya fuera de este cuarto, mas no se atrevía a ponerse en pie e irse a la puerta, pues temía que el menor de sus movimientos rompiese el corazón de Zinachka. También el suyo estaba saturado de tristeza.

Zinachka se volvió hacia Pedro, con un ademán como si quisiera decir algo. Mas no salió ninguna voz de su garganta, y dejó caer otra vez su mano sobre el sofá de nogal tapizado de terciopelo rojo.

Por fin, reunió toda su fuerza y procuró sonreír. Dijo, con voz apenas perceptible:

—¡Qué extraño es todo esto...! Nosotros no volveremos a vernos nunca más.

Pedro no contestó. Echó una mirada circular sobre el cuarto, como si quisiera despedirse del gran retrato del capitán de cosacos Serguei Ignátov y de su mujer, en cuyo cristal relucía ahora con melancolía el brillo de la tarde de octubre. Su mirada se detuvo por un instante sobre la cortina de tela que cubría la ventana, en la que aparecía bordado con mano primitiva un paisaje siberiano representando una casita de madera, situada en el lomo nevado de la montaña, ante la cual se cambian precisamente los caballos de posta. Sus ojos se despedían de la mesita triangular, sobre la que yacía abierta la cajita de coser de Zinachka y el trabajo comenzado. Más allá, en la pared, aquel sombrío San Miguel bajo el cual la lamparita nunca se apagaba, en el vasito azul, perdiéndose su llamita ahora en los rayos amarillos del sol que caían oblicuamente por la ventana.

Zinachka tocó con la mano el hombro de Pedro, como si le despertara de un sueño.

—Ahora, vete —le dijo cariñosamente y con ternura, como quien quiere quitarse de encima un terrible y lacerante dolor.

En el umbral se besaron silenciosamente. Pedro salió presuroso a la calle, pero una vez fuera, se detuvo, aguzando el oído. Nadie transitaba por las calles. Se extendía en torno suyo el silencio vacío e inmóvil de aquella tarde de otoño.

Le parecía oír a través de las paredes, en aquel silencio tan puro, el sofocado llanto de Zinachka. Pero todo esto semejava una alucinación. Apresuró el paso y volvió rápidamente al «Hotel de la Miseria».

Durante la cena no dijo nada; pero después de cenar, cuando se preparaban para ir a dormir, entró en el cuarto de cada uno para despedirse.

No mediaron muchas palabras. Le abrazaron y le besaron unos, le apretaron las manos silenciosamente otros.

Hacia el alba, cuando apenas amanecía, salieron de puntillas por la puerta del «Hotel de la Miseria». Sus corazones latían fuertemente. El color de sus hábitos de fraile se confundía con la oscuridad circundante. Pasaron por la ribera del Irtis, subiendo río arriba entre los sauces.

Ya iba amaneciendo poco a poco. Volvieron la cabeza, enviando una última mirada al «Hotel de la Miseria», cuyo tejado negro empezaba a perfilarse poco a poco sobre el firmamento matutino.

—Si antes de la noche conseguimos llegar a Chuykeska —dijo Zamák, susurrando—, allí ya podemos tomar el tren...

Muy baja en el cielo, cerca del horizonte, brillaba todavía la media luna, con suave color de manzana verde.

Apresuraron el paso.

Miett estaba de pie, cerca de la ventana, mirando la calle, con las manos plegadas sobre la espalda. Anochecía. Iba cayendo una espesa lluvia nevosa, y abajo, en la acera de enfrente, el asfalto brillaba con negros fulgores.

Hacía ya tres meses de la llegada de Golgonszky a Sankt Hilben.

Lo que más temía, que el remordimiento le torturara el alma, y que la indujera a la pendiente del suicidio, se había producido con más grandes tormentos todavía de lo que hubiera podido imaginar nunca. Tuvo instantes en los que la voz de la conciencia torturaba su alma, con insoportables congojas.

No obstante, cayó al mismo tiempo en el extremo opuesto y se sumergió con deleite enloquecedor en aquel amor.

Desde que volvieron de Sankt Hilben, se encontraban —casi todos los días. Golgonszky no había ido aún a su casa, por expreso deseo de Miett; como si aquello la aliviara del peso del pecado.

Mas apenas llegaban las horas del crepúsculo, con el cuello del abrigo levantado y ocultando completamente el rostro se encaminaba con paso presuroso hacia la alameda de Buda que la llevaba junto a Golgonszky.

El invierno había empezado muy pronto aquel año, y, a mediados de noviembre, cayó la primera nevada. Las bombillas eléctricas brillaban con luz amarillenta entre los árboles invernales, y el silencio del paisaje nevado le producía a Miett la impresión de atravesar regiones encantadas.

En su fuero interno, aquel amor era para ella algo indeciblemente dulce, a la vez que horrible, pues nunca podía librarse de la obsesión de pagar algún día su pasión con el sacrificio de su vida. Veía su pasión como una inaccesible y horrenda prohibición violada, y precisamente por esto ardían en sus besos las llamas enloquecedoras de la maldición.

Comparado con ello, ¿qué podían significar aquellos latidos de su corazón de muchacha, su casamiento y su amor por Pedro? Muchas veces, siempre que viera yacer a Golgonszky a sus pies, escondido su rostro en los pliegues de su traje, convulso y atormentado, por no saber expresar ni comunicarle cuanto sentía, pensaba en esto. En tales ocasiones, Miett se sentía invadida por un sentimiento indefinible; sentía que la sofocaba el llanto, la risa o el grito del corazón que no hallaba desahogo.

¿Qué eran, comparadas con este amor, aquellas noches de Florencia, o el *Neptun* que se mecía sobre las olas del primer verano, o los fugaces instantes de su breve vida de casada, que tan pronto se tocaron en hábito?

Ahora le bastaba una palabra, una mirada, para que se sintiera estremecerse con una sensación tan dulce y tímida cual la de una mariposa que se apoya en una mano tendida. Las palabras de Golgonszky le producían la sensación del roce fino y sedoso

de las patitas de una luciérnaga sobre la piel de la mano.

Miett no había adquirido conciencia del poderío de su propia hermosura hasta ahora, a través de Golgonszky. Se daba perfecta cuenta de que tenía en su mano el sino de este hombre, y que podía hacer de él lo que le diera la gana; pero sabía igualmente que Golgonszky tenía el mismo poder sobre ella, y que acababa de entregar a su merced la vida y el porvenir.

Al imaginarse que en algún momento, aquel amor tendría un fin y que Golgonszky podría desaparecer de su vida por una u otra razón, le parecía que aquello significaba para ella la muerte. A veces, la torturaban los tormentos de los celos, y ya que en el presente no podía hallar motivo alguno, pensaba de antemano en el porvenir, o asediaba el pasado de Golgonszky con su imaginación dolorida.

—¿A quiénes amaste antes que a mí? —preguntó una noche.

—A nadie —dijo Golgonszky.

—Pues, ¿quién fue aquella generala?

—No sé de quién hablas.

—Olga me habló de ella una vez. Aquella rubia pequeñita. Siempre se os veía juntos a los dos. ¿Fue tuya?

—No.

—¿Os habéis besado?

—Sí.

Miett hundió sus diez uñas en la cara de Golgonszky, contemplándola con los dientes apretados y los ojos encendidos. Golgonszky sacudió riéndose aquella garra dulce y sensual.

—¡La generala! ¿Quieres saber quién era aquella señora? Pues es mi hermana. Tiene cinco años más que yo, y nació del primer matrimonio de mi padre... ¿No lo sabías?

Miett quedó un tanto avergonzada. Mas luego, hundió sus dedos rosados en los labios de Golgonszky, como si quisiera mantenerle bajo aquella amenaza, mientras le preguntaba:

—Y, ¿quién era aquella muchacha tan fea con la cual te vi en el picadero?

Golgonszky liberó su boca de aquel candado viviente.

—¿A cuál te refieres? ¿A Hanna?

Y agregó el apellido de una conocida familia aristocrática.

—¿La amaste?

—Nunca en mi vida. Pero ella sigue enamorada de mí. No cesa de escribirme cartas.

—Enséñamelas.

Golgonszky miró un instante a Miett, luego, en voz queda, pero severa, dijo:

—No te las enseño.

Miett se daba cuenta de que acababa de exigir una estupidez.

Una tarde, al presentarse a la hora convenida en casa de Golgonszky, le abrió el ayuda de cámara, diciéndole que su amo no había regresado todavía, aunque debía llegar de un momento a otro. Después desapareció, sin que su salida tuviera un carácter equívoco o confidencial. El rostro del viejo ayuda de cámara sólo reflejaba humildad y afecto. Era el único ser viviente que Miett conocía en toda la casa; les servía el té o la comida, cuando Miett cenaba allí. No había visto nunca a nadie más, aunque sabía, naturalmente, que vivían en la casa otros sirvientes.

Miett se sentó, mirando en tomo suyo por el cuarto, cuyos muebles sencillos, sin pretensiones, eran, sin embargo, distinguidos y hospitalarios, gustándole extraordinariamente. Entre ellos sentía siempre una plácida languidez, y una suave angustia en el corazón.

Entonces, sin embargo, los instantes de soledad y de espera despertaron en ella sentimientos de inquietud. Era incapaz de permanecer sentada, y se puso a pasear con silenciosas pisadas por la mullida alfombra.

Fuera, en el borde de la ventana, había una pulgada de nieve, como algo extraño, como un maravilloso instrumento para atenuar y recoger los ruidos, y el silencio en torno de ella era tan raro que el cuarto con los muebles le producía ahora la impresión de una terrible pesadilla.

¿Qué le estaba pasando? ¿En qué horrible aventura se hallaba envuelta entre esas cuatro paredes? ¿Se había dejado hechizar por el opio de la pasión, o por el humo asesino de algún incienso misterioso?

Casi tenía miedo de mirar en derredor y su espíritu angustiado prestaba vida y personalidad a los objetos.

Junto al ancho diván cubierto con un pesado mantón de seda, se extendían en el suelo algunas alfombras y una piel de leopardo.

La inquietaba aquella piel amarillenta de fiera muerta, que le producía la impresión de que iba a abalanzarse sobre ella con la boca negra y con la posición inverosímil del cuerpo, y aunque sus temores le parecieron infantiles, no conseguía liberarse de ellos.

El silencio y la soledad acabaron por excitarla hasta el fondo del alma.

¿Qué le pasaría a ella? ¿Adónde le conducirían aquellos amores violentos y trágicos? ¿Cómo se acabaría todo, y qué sucedería después? Estos pensamientos la torturaban a menudo. Sin embargo, los apartaba siempre con alguna excusa, tranquilizándose, pues una secreta voz le susurraba en su fuero interno que aquella dicha ardorosa y dolorida, con su insaciable sed de amor y sus instantes abrasadores, duraría eternamente.

Entonces, sin embargo, creía que tan locas esperanzas se desvanecían de repente.

Miró el reloj; ya eran las cinco y cuarto. Los minutos pasaban cada vez más

lentamente.

Por fin, oyose abrirse la puerta de la entrada, y, a través de la puerta del recibimiento, sonó la voz de Golgonszky, haciéndola estremecer. Perdió al instante aquella sensación de serenidad, se colocó junto a la puerta, esperando con todas las fibras de sus nervios que Golgonszky entrara y ella pudiera abrazarle.

Golgonszky entró, y cuando tras largo rato pudo desprenderse de los brazos de Miett, en su rostro se reflejaban el cansancio y la depresión.

—Mañana por la mañana debo salir de viaje —dijo sombríamente.

—¿Para dónde?

—Hasta ahora he podido librarme, pero no puedo sostener más tiempo mi situación actual. Debo volver al Estado Mayor, como ayudante del general Scharer...

—Y ¿cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé. Por ahora, no puedo contar siquiera con un permiso, pues ya están disgustados por mi prolongada ausencia.

El cerebro de Miett fue atravesado por mil pensamientos. ¿Qué pasaría si ahora se quedaba sola? ¿Si Golgonszky no volvía nunca más? Tal vez le hubiera sido posible evitar el viaje, y lo aceptó sólo para acabar con sus relaciones, que les estaban arrastrando con vertiginosa rapidez, por la pendiente de la inmoralidad hacia el precipicio. ¿No fue el propio Golgonszky quien dijo un día: «Robar a alguien que es incapaz de defenderse, es una infamia...»? ¿Es que tal vez surgía en él el remordimiento, venciendo en su alma la pasión que sentía por ella?

Encendióse en Miett la eterna desconfianza de las mujeres.

Mas al acechar con la respiración entrecortada el rostro de Golgonszky, rechazó inmediatamente la idea, pues tras aquella expresión dolorosa hubiera sido imposible que se escondiera una segunda intención.

Pasó largo rato sin que hablasen, y Miett sentía su corazón como atravesado por los siete puñales de la desolación. Preguntó, por fin, con la expresión de un condenado en capilla:

—Así, ¿debemos separarnos?

Contestole Golgonszky, poniendo en sus palabras la mayor ternura posible:

—¡Dios mío...! ¡Se trata a lo sumo de unos cuantos meses...!

Miett apenas llegó a expresar las palabras:

—Y si... mañana... ¿volviese Pedro?

El nombre de Pedro cayó entre ellos con extraño peso, pues Miett nunca lo había pronunciado en presencia de Golgonszky.

Golgonszky le contestó inmediatamente, como si esperase ya tan peligrosa pregunta, y tuviese preparada la réplica:

—Es imposible en tan poco tiempo. Por muy rápidamente que se termine la guerra, habrá luego largas negociaciones...

Golgonszky se daba cuenta de que la sombra del ausente acababa de surgir entre los dos. Se levantó nerviosamente y se puso a caminar de un lado a otro. Desde que empezaron sus amores, nunca le habían nombrado, mas ahora acababa de aparecer su nombre en aquel aposento, incorpóreo y amenazador.

El nombre significaba para Golgonszky un rostro envuelto en las tinieblas de lo anónimo, rostro que en vano, intentaba forjarse con su imaginación, pues nunca había visto ni una fotografía de Pedro. A Miett, le pareció oír en una infinita lejanía, las últimas palabras de Pedro, desde el estribo de un vagón de oficiales, como si quisiera llevarla consigo, tocándole las puntas de los dedos:

«¡Cuidado, tropezarás con los carriles...!».

Golgonszky se paseaba sobre la mullida alfombra con pasos monótonos de una pared a otra, como si quisiera esperar que se desvaneciera en la atmósfera el nombre del marido, que aún flotaba en el aire como el humo de algún incienso raro. Por fin, se detuvo, y se apoyó en el armario:

—Volveré antes de la primavera... Te escribiré todos los días.

Miett se le acercó, pegándose a él suavemente, con un encanto triste e inimitable, colocando la cabeza sobre el pecho de Golgonszky como si buscara un puesto para sí, en donde pudiera quedarse para siempre.

—Adiós, ¡vida mía! —susurró Miett al despedirse, ya en la calle sombría y nevada, antes de subir al coche de alquiler.

Al llegar a casa, no se acostó; se puso a escribir una carta. Vertía los conceptos sobre el papel sin reflexionar. No era una carta, pues no había en ella frases correctas ni otra alucinación que la de los sentimientos, fragmentos incandescentes de un insoportable dolor y de deseos apasionados que ni siquiera acertaron a tomar forma de palabras, sino que parecían apagarse, chisporroteando como brasas tiradas al agua. Una carta de aquellas que alivian el corazón del que la escribe...

No consiguió cerrar los ojos en toda la noche, y envió la carta muy temprano a Golgonszky, para que la recibiera antes de partir.

Después de la salida de Golgonszky, cuando ya arraigaba en ella la conciencia de que estaba lejos, en algún ambiente extraño adonde no le podía seguir con la imaginación, le parecía que la alegría de vivir se fuese retirando de todo el mundo. Esta sensación se apoderaba de ella sobre todo en las horas del crepúsculo, cuando la noche iba avanzando y se acercaba la hora de sus encuentros, horas que entonces hallaba terriblemente vacías. No había nada que la reanimara y la retuviera en la vida, en esta vida inverosímil.

Durante las primeras semanas, permanecía todas las noches ante su mesa procurando aliviar su corazón mediante cartas ardorosas. Pero al quedar suprimidas las horas apasionadas cuyo fuego y ardor seguían persistiendo en su alma, le quedaba siempre tiempo para reflexionar sobre lo que le había sucedido, y se citaba muy a

menudo ante el tribunal de la propia conciencia.

Continuaba sin noticias de Pedro. Eran ya cuatro las cartas a las que no recibiera contestación, y ya hacía más de un año que abandonó aquella correspondencia sin esperanzas. El sino de Pedro se había escondido tras los nubarrones negros de la revolución rusa, y Mielt se ilusionaba pensando que todo habría pasado de otra manera si Pedro hubiera podido hacerle llegar sus alaridos de amor y de sus nostalgias.

Planteose más de una vez el problema de si era pecado lo que acababa de cometer, ¿contra quién? Siempre lograba sacar argumentos para probar que no había pecado contra Pedro, concibiendo aquellos años de su vida como si estuvieran de alguna manera fuera del tiempo, sin principio ni fin, como una visión soñadora sin conexión alguna con la vida real. Cuando Pedro volviera, sus pensamientos hacia él continuarían en el mismo punto en el que quedaron interrumpidos cuatro años atrás.

Y cuando se preguntaba si había pecado contra sí misma, y si podía enfrentarse con aquella mirada interior que cada ser humano lleva en su fuero interno, representando la dignidad y las dudas del honor femenino, no sabía darse una contestación definitiva.

Pensó en Olga y en Teresa Agnier. En Olga, que infringió todas las leyes de los hombres, y corrió hacia la muerte con la atrevida y vencedora desnudez del amor. ¿Quién y con qué derecho osaría pedir cuentas a aquella joven difunta, por sus noches de amor?

¿Y Teresa Agnier, que dejó caer de su rostro el falaz y mentiroso disfraz del pudor?

Pocas semanas después de la partida de Golgonszky, sintió, paulatinamente, necesidad de restablecer contacto con el mundo circundante.

Fue a ver primero a los Cserey, que habían pasado la mayor parte del año último en Viena, y por lo tanto, no fue necesario explicarles todo el tiempo que estuvo alejada de la vida de sociedad.

Observaba el rostro de Matilde con secretos latidos del corazón, para advertir si sospechaba algo de lo ocurrido entre ella y Golgonszky, mas no descubrió nada. Matilde sólo sabía que Mielt y Golgonszky se conocían, lo que era motivo suficiente, desde luego, para llenar a Mielt de inquietud.

—¿Los amigos? —preguntaba Matilde, en el curso de la conversación—. Apenas sé algo de ellos...

Enumeró una serie de nobles desconocidos, de personas de las que suponía que también Mielt era conocida y acabó por observar:

—Tampoco he visto a Iván, desde hace tiempo. Dicen que está otra vez en el ejército. Te hablo de Golgonszky: ¿te acuerdas?

—¡Oh, sí! Desde luego —contestó Mielt, y cambió rápidamente de conversación.

Ahora ya estaba segura de que Matilde no sospechaba nada. Sin embargo, Matilde solía bucear con instinto muy seguro en los secretos de amor de las personas de su sociedad, como perro de caza de fino olfato. Todos temían su mirada sonriente, inteligente y algo irónica. Mas, ¿cómo hubiera podido sospechar algo, si desplegaban muchísima atención, sin dejarse ver nunca juntos en la calle?

Miett había ido vendiendo poco a poco todos sus valores, y en aquel mes quedó sin dinero, hasta tal punto que, por muy modestamente que viviera con Mili, apenas le quedaba dinero para comer.

Ahora, al estar sentada frente a Matilde, la cual siempre había sido muy deferente con ella, a través de las palabras de su amiga, se daba cuenta del bienestar despreocupado de los ricos, y ya tenía en la punta de la lengua la queja sobre su difícil situación económica. Estaba segura —y, desde luego, no se equivocaba— de que Matilde le hubiera ofrecido con la mayor alegría y con espíritu de verdadera hermana, su ayuda. En fin de cuentas, eran parientas lejanas, y Matilde estaba siempre encantada de proporcionar algún placer a Miett.

Mas cuando estuvo a punto de pronunciar la primera frase, se dio cuenta de que a la segunda palabra se echaría a llorar. Mientras fingía atención, con distraída sonrisa, a la charla de Matilde, meditaba la conveniencia de vender el piano. Como si Matilde hubiera adivinado sus pensamientos, le tocó de repente con la mano y le preguntó:

—Miett mía, ¿cómo te arreglas? ¿No necesitas nada? Inmediatamente, Miett se sintió muy fuerte y segura, y, como si ella creyera cuanto decía, contestó sonriendo:

—¡Oh, no! Muchas gracias, no necesito nada...

Unos cuantos días después, fue a ver asimismo a los Varga. Elvira había venido varias veces a verla, entretanto, mas al doctor no le había visto desde hacía más de un año. Le pareció bastante envejecido. En su barba, mezclábanse hilos de plata, e incluso su temperamento había perdido su vigor. Les prometió ir a verles más a menudo.

Tuvo noticia también de los demás amigos, uno tras otro. Zsiga Pán, que había quedado eliminado definitivamente del servicio, fue a verla un día, y supo por él la grave herida de Juanito, sufrida el año pasado. Le alcanzó la metralla en la cara, pero, según parecía, ya había salido del hospital.

Pablito Szücs había abofeteado en Praga a un coronel checo. Le degradaron, quitándole todas las condecoraciones, y fue condenado a un año en un castillo. Rózsi, que mantenía contacto con Szücs, trajo la noticia sin duda por vías algo misteriosas y por alguna razón secreta.

Rózsi, por lo demás, ya no iba a casa de los Varga, sino de visita. Había heredado algún dinero; actualmente estudiaba el oficio de sombrerera, y toda su ambición estribaba en abrir una tienda. Estaba en tratos para adquirir un pequeño local, en una bocacalle cerca del parque. Solía venir a ver a Miett a menudo, solicitando su consejo

en todos sus asuntos. Traía siempre algún regalito simpático: un cubremesa de ganchillo, blondas para adornar un escote de traje; alguna vez un poco de jamón recibido de su casa; y hacía poco, un sombrero confeccionado por sus propias manos, en el que había vertido toda su adoración y todo su cariño hacia Mielt. Solía entregar esos regalitos a Mielt, por regla general, en los últimos minutos antes de despedirse, diciendo siempre ruborizada:

—He traído una bagatela para la señora... ¡Ay!, Dios mío, ¿sería tan amable de aceptarla?

Poco a poco, llegaba la primavera.

Una tarde, Mielt entró en una pastelería de la Ciudad Interior. Llevaba colgados en sus dedos enguantados dos paquetitos; en el uno, había jabón y colonia, comprados en una droguería, y en el otro, cintas moradas que quería poner en aquellas camisas de noche de manga corta que había encargado hacía poco.

Colocó los dos paquetes en el mostrador de mármol, y, antes de sentarse, se pasó la mano por el talle, con hermoso y perezoso gesto, en el cual entraba tanto la necesidad de estirar los miembros, como algo de narcicismo. Se quitó los guantes y, abriendo los dedos, dio vuelta a su hermosa y cuidada mano, contemplándola minuciosamente, acariciando sus largas y sedosas falanges.

Sentose cerca de la ventana, pidiendo chocolate. En una silla, yacía abierto el diario de la tarde. Grandes titulares proclamaban las últimas noticias llegadas del Cuartel General, con los partes del día. Mielt tan sólo echó una mirada sobre el periódico, y volvió in mediatamente el rostro. Tenía horror a los periódicos, como por regla general a todo cuanto le recordara la guerra.

Las cortinas blancas de la pastelería dejaban un reducido trecho por el cual se podía ver el trocito de cielo azul que se abre por encima de las grandes casas de alquiler. Era la primavera, en abril.

El negro sombrero de terciopelo echaba sombra sobre el rostro de Mielt. Ni siquiera se hubiera podido decir si tenía los ojos azules o verde oscuro. Por debajo del sombrero, surgía sobre sus sienes, en trenzas finas y sedosas, el pelo de oro rojizo.

En la pastelería había poca gente. Mielt colocó el codo sobre la mesa, apoyando en la palma el mentón. Frunció un tanto el fino arco de una ceja, y ladeando un poco la cabeza, dejó vagar la mirada. Se aburría. Esperaba el chocolate. Luego, lentamente, paseó la mirada por los demás clientes.

En una mesa estaba sentada una viejecita, con cara encarnada y cuello dorado, con dos niñas vestidas completamente iguales, a las que habían enviado a la pastelería, visiblemente para completar un poco la defectuosa alimentación del racionamiento. No lejos de ellas había un coronel, con el pelo cepillado hacia arriba y enérgicos bigotes puntiagudos. Leía el periódico de la tarde, y sostenía ante sus ojos el brazo de madera en que sirven a los clientes los periódicos, como si fuera un sable

desenvainado. Una pareja cambiaba las palabras quedas en una mesa.

Miett les miró, con ojos inmóviles de aburrimiento, sin fijarse en ellos.

De repente, se estremeció de honor. Sus ojos se desencajaron de espanto, y su mirada quedó pegada convulsivamente a aquel punto, entrecortándosele el aliento.

Juno a la pared, estaba sentado un joven teniente, solo, lejos de todo el mundo. Cruzado de brazos, ladeando un poco la cabeza, fijada en el aire la mirada incierta.

Ofrecía un espectáculo raro y horripilante. Le faltaba una mitad de la cara. En el lugar de la sien y de la mejilla, sólo había un espantoso y hondo agujero. Aquel agujero empezaba arriba, en la frente, pasando por todo el rostro, hasta la mandíbula rota. Sobre aquel hoyo de la cara, se extendía una piel rosada muy fina, que recordaba el color de la carne cruda, y aquella piel como membrana era lisa y brillante, como si la hubiesen lustrado con pasta y gamuza. De aquel hoyo había desaparecido el menor recuerdo de un rostro humano. El hueco del ojo aparecía vacío, y rodeado de un anillo de carne, húmedo, sin pelos, dolorosamente encarnado.

La otra mitad de la cara ofrecía la expresión hermosa y triste de un muchacho guapo. Grandes ojos pardos, con unas pestañas casi tan largas como las de un niño, una nariz finamente arqueada, una fuerte boca y un mentón muy viril.

Miett le contemplaba asustada, sin poder quitarle los ojos. Le había reconocido desde el primer instante. Era Juanito, el cadete. Mas, al confundirse aquellas dos mitades de cara, no se atrevía a afirmar que era él. Cruzaron por su mente todos los recuerdos que tenía de aquel muchacho. Le había visto por última vez al salir en viaje de bodas. También Juanito les había acompañado al tren, y saludó silenciosamente, cuando el tren se ponía en marcha. Estaba muy pálido, y Miett se había llevado consigo su mirada. Juanito nunca se lo había dicho, pero sabía y se daba cuenta de que estaba mortalmente enamorado de ella, con ese amor del que sólo son capaces los muchachos de veinte años.

Juanito pagó, se levantó y se acercó a la puerta. Las dos camareras acercaron sus cabezas, mirando detrás de él con una expresión como si hubieran tragado algo muy amargo. Todo el mundo le miraba con la misma expresión de susto: las dos niñas y la vieja, las dos parejas de enamorados; sólo el coronel mantenía ante sus ojos, con el mismo ademán enérgico, el palo del periódico, como un sable desenvainado, contestando al saludo del teniente con un seco movimiento de la cabeza.

Juanito se acercaba a la puerta, sin mirar a ningún lado. Al pasar junto a la mesa de Miett, ésta le llamó exhalando casi su nombre:

—Juanito...

El teniente volvió la cabeza hacia la voz. Se acercó a Miett:

—Le beso la mano...

Al tenderle Miett la mano, inclinose con su movimiento habitual para besarla, mas a mitad del gesto cambió de idea, como si pensara: «no, con esta boca mutilada y

quemada no debo besar tan bella mano». Estaba plantado allí, confuso, y sin soltar la mano de Mielt.

Mielt se había ruborizado de emoción. Reunió todas sus fuerzas para ocultar en sus rasgos el reflejo del horror:

—Pues, ¿cómo estás Juanito? ¡Cuánto tiempo sin verte!

Juanito le contestó confuso:

—Así, así... Sin novedad...

—Espérame, voy a pagar... ¿Por dónde vas?

Salieron a la calle. Por casualidad, Juanito quedó del lado en que sólo se le veía la cara tan atrozmente mutilada. Mas dejó pasar delante inmediatamente a Mielt, para colocarse al otro lado.

—Pues, explícame... ¿qué es de tu vida, Juanito? —preguntó Mielt, vertiendo todo el cariño de que fuera capaz en estas palabras.

Juanito le replicó con unas cuantas frases confusas.

—¿Sabes aún hacer el «kikirikí», Juanito? —preguntóle Mielt, amablemente con una risa cálida en la voz; pero antes de que obtuviera contestación, notó en la expresión del muchacho que esta pregunta era indiscreta, pues la metralla había destruido una parte del paladar y de la boca. Efectivamente, en la voz de Juanito, sonaba algo extraño, como un sonido de madera.

Sin esperar, entonces, contestación a la pregunta, comenzó a hablar precipitadamente. Explicó todo cuanto le había ocurrido durante los últimos cinco años que pasaran sin verse. Le habló de Pedro y de la muerte de su padre. Le explicó cuán terribles fueron aquellas semanas, cuando le parecía que nunca más volvería en sí, y cómo, después del luto, había despertado otra vez a la vida.

Entraron en una bocacalle, conversando. Habían dado ya algunos pasos por ella cuando Mielt dejó de hablar y se detuvo.

—¿Por qué quieres pasar por esta calle? Es mucho más corto por el Bulevar...

—¡Ah! ¿Sí...? Me es igual... —dijo distraídamente, Juanito. Mielt no continuaba la charla, pues se daba cuenta de que no por mera distracción había escogido Juanito aquella bocacalle. Quería evitarle a ella que les vieran juntos por el Bulevar, pues los transeúntes que iban cruzando miraban ya desde lejos con ojos desorbitados aquel rostro tan horriblemente desfigurado volviendo la cabeza a su paso. A Mielt la emocionó tanto la delicada atención del muchacho que sentía lágrimas en la garganta y durante unos cuantos instantes no decía nada para no traicionarse. Cuando aquella ola hubo pasado, otra vez empezó de nuevo, con tono tranquilo:

—Y después, ¿sabes...?

Fueron así, paseando, hasta su casa, en conversación. Pero sólo hablaba Mielt. Ante la puerta, Juanito quiso despedirse, pero Mielt le cogió la mano.

—No te suelto, Juanito... Subirás, para charlar aún un poco. Estoy tan contenta

de verte...

Una vez arriba, le gritó a Juanito desde el dormitorio:

—Búscate cigarrillos... Habrá en aquella cajita de las conchas...

Se cambió de vestido. El contacto de la colonia fresca en las manos y en el cuello, le daba ánimos nuevos, al salir del cuarto de baño. Se extendió en el sofá, se puso una mullida almohada de seda bajo el codo, y dijo a Juanito:

—Ahora, siéntate aquí, y explícame con todo detalle cuanto te haya pasado, desde que no nos habíamos visto...

Alargó su hermoso brazo hacia la cajita:

—Dame también a mí un cigarrillo.

—Fui herido en otoño —empezó Juanito—. Apenas pude darme cuenta, porque me desmayé, y cuando recobré el sentido, estaba ya vendado, en el hospital. No tenía la menor idea de lo que pudiese haber bajo las vendas. Luego, me trajeron a Budapest. Aquí, en el hospital, me prometí.

—¿Estás prometido? —preguntó Miett, con los ojos desencajados.

—Sí, pero aún no soy novio formal. Venía a cuidarme al hospital una muchacha de buena familia. Es hija de un alto empleado de Correos.

—Y, ¿cuándo os casáis?

—No nos casamos —dijo Juanito.

Callaron. Miett no quería preguntarle por qué, y espontáneamente Juanito no se lo decía. Al estar sentado allí, en el borde del ancho diván, inclinado hacia adelante, y apoyado sobre la rodilla, juntaba las manos y hacía chocar las articulaciones de los dedos, como si todo aquello que venía contando careciera de interés. Sin embargo, al fijar la mirada en el suelo, se le veía por la expresión de la cara cómo le invadía el dolor. También entonces, estaba sentado de tal manera que volvía hacia Miett la mitad intacta del rostro. Miett acechaba el rostro de Juanito con el aliento entrecortado.

Después de largo rato de silencio, preguntó musitando, con una voz como si hasta su corazón hubiera dejado de latir:

—¿Te abandonó?

Juanito sacudió la ceniza del cigarrillo. Se advertía en su mano un ligero temblor.

—Sí. Cuando me quitaron la venda de la cara, de repente, dejó de acudir al hospital.

Miett se retiró hacia la pared, apoyándose en su brazo, como si algo acabara de horrorizarla. Juanito no la miraba; expelía el humo lentamente por la boca. Intentaba formar círculos con el humo, como si nada más le interesara en este mundo.

Miett dejó caer la cabeza lentamente sobre la almohada, y cerró los ojos. Se quedaron mucho rato callados de nuevo. Por fin, Juanito rompió el silencio:

—Oye, tú, *Miók*... Quisiera decirte algo... Pero no te enfades si te digo algo de

esta índole. Aún no se lo he contado a nadie...

Sin contestar, Miett sólo abrió los ojos.

—Hace dos semanas —continuaba Juanito, como si explicara alguna historia alegre— hemos estado en Buda, con unos amigos. Cenamos en una de las tabernas, por ahí, bebiendo también un poco más de la cuenta. Hacia las dos me encaminaba hacia casa, solo. Llovía: yo llevaba impermeable de oficial, cubriendo la gorra con la capucha. Pasaba por el Bulevar, pegándome casi a las paredes, para mojarme menos. De repente, una mujer me agarró el brazo. Por la derecha, por el lado del que tú me estás viendo ahora. Me cogió del brazo y dijo...

Aquí se interrumpió y miró a Miett.

—¿No te enfadas, si continúo?

—Continúa —susurró Miett.

—Pues, en resumen, me llevó consigo. Entramos en una bocacalle, tocó el timbre ante una puerta encima de la cual brillaba una luz. Y mientras esperaba que abriesen, aquella buena mujer me vio de repente la cara. Apretó los cinco dedos contra mi pecho, lanzó un terrible grito y me dio un fuerte empujón...

Juanito aspiró hondamente el humo del cigarrillo.

—Y desapareció corriendo por el portal... —agregó, pero ya con voz apenas perceptible.

Callaron otra vez, durante largo rato.

Entonces, Juanito se levantó para despedirse:

—Así, pues, te beso la mano, *Miók*...

Miett yacía en el sofá, con los ojos cerrados. Juanito cogió y levantó su hermosa mano, que ahora parecía inerte e inanimada.

—Te beso la mano... —repitió otra vez Juanito, en voz baja, para despedirse.

—No te vayas aún —dijo Miett, sin soltarle la mano.

Juanito volvió a sentarse. La mano de Miett había quedado en la suya. Quedaron sentados así, callados. De repente, la mano de Miett se movió, y subió hasta el cuello del muchacho. Atrajo su cabeza hacia el sofá, de tal modo que la frente de Juanito y la mitad intacta de su cara se acercaron a su pecho.

Y continuaron callando. Largo rato..., muchísimo rato... oyendo únicamente los latidos inquietos de sus corazones. Una mano de Miett reposaba en el cuello de Juanito.

—¡Cómo nos ha arrollado la vida...! —exhalaba en un susurro.

El muchacho hizo un gesto como quien quiere marcharse, pero Miett le reclinó otra vez sobre el sofá. Le atraía muy cerca de sí, y la cabeza de Juanito se hundía embobada en el perfumado kimono de Miett.

Ya la oscuridad envolvía el cuarto.

Miett susurró:

—¿No sabes? Yo estuve enamorada de ti... Y todavía hoy, me gustas mucho.
Sabía que no decía la verdad, y no sentía cuanto decía. Pero su corazón estaba invadido de un violento arranque de conmiseración.
Abrazó a Juanito y, suavemente, le dio el beso supremo.

En la aldea rusa de Kirienko, que se encuentra en el extremo Oeste de la provincia de Tobolsk, la casa de Vasili Gregorovich Urúmov estaba tan cubierta de nieve, que ésta parecía querer tragársela definitivamente. En el extremo del patio había un establo, pues Urúmov negociaba con los transportes y tenía dos camellos. Era un hombre creyente, vivía en paz con su vieja mujer, y por las noches solía pasar largas horas rezando, persignándose centenares de veces, haciendo reverencias ante los iconos y cantando sus plegarias alargando la voz.

Abajo, en el establo, sólo un quinqué suspendido en el techo daba alguna luz. Afuera ya atardecía.

Los dos camellos despedían constantemente grandes resoplidos por la boca.

En un rincón, sobre una yacija de paja, se oía una conversación en voz baja:

—Y luego, ¿qué hizo tu tía Julcha?

—Abandonó la aldea, fue a servir a la ciudad. A Casovia... —dijo Zamák a Pedro, pues eran ellos los andarines cobijados en aquel establo de camellos.

—¿Era guapa?

—Sí, sólo que tenía la nariz muy larga, como yo por decirlo así.

Zamák hablaba con un cómico acento eslovaco, y le gustaba demasiado la expresión, por decirlo así. La solía emplear aún cuando no tuviera sentido alguno.

Calláronse un rato, después de lo cual Zamák habló de nuevo:

—¿Oye usted, mi teniente, cómo sopla afuera el viento?

Así solían conversar todas las noches, en el fondo de aquel estrecho establo, cuya atmósfera se llenaba del vaho suave y cálido, expelido por los camellos. Pero allí, por lo menos, no les molestaba aquel frío de Dios, no podía morderles el invierno de Siberia con cara de hielo, cuyos dientes eran agudos como un cuchillo. Durante aquellas largas noches, Zamák explicaba toda clase de historias enrevesadas a Pedro. Le narraba con todo detalle todo cuanto recordaba de su infancia.

Era ya la tercera semana que pasaban en casa de Vasili Urúmov. Cuando tres meses antes abandonaron el patio del «Hotel de la Miseria», tenían la esperanza de poder tomar el tren en la aldea más próxima, y atravesar así tranquilamente, en ferrocarril, toda Siberia. En la misma ciudad de Tobolsk, hubiera sido muy arriesgado ir a la estación, pues hubieran podido conocerles. Las precauciones no eran superfluas, pues en las estaciones de las ciudades mayores veían merodear agentes de policía, pidiendo la documentación a todos los viajeros en determinados lugares. La Rusia revolucionaria no experimentaba muchas simpatías por los frailes mendicantes.

Así, pues, al acercarse a alguna ciudad de mayor importancia, bajaban del tren y preferían ir andando durante varios días, con tal de que pudieran evitarla.

Esas grandes pérdidas de tiempo fueron la causa de que les alcanzara el invierno.

A veces, perdían bajo sus pies la carretera, y toda la región se transformaba en una infinita llanura nevada, en cuya superficie virgen sólo de cuando en cuando inscribía sus huellas serpenteantes algún solitario trineo de khirguises, transportando de una aldea a otra a un médico o a un viajero apresurado.

Los tiempos eran malos para los caminantes. Hubo días en los cuales apenas podían adelantar unas diez verstas. Otras veces, fueron alcanzados por enormes temporales de nieve que les cegaban, les quemaban la vista y los embobaban. Aquí y acullá, surgían de la nieve unos bultos negros: eran masías. A veces, tenían que quedarse semanas en una u otra de las mismas, antes de poder proseguir su camino. Otras veces, los obligaron a bajar del tren. Los trenes que iban del Este hacía Oeste, corrían bajo las ráfagas de nieve, atestados de soldados; en cambio, de Oeste a Este, transportaban a los prisioneros de guerra por millares hacia el interior de Siberia, como si quisieran colocarlos lejos de la línea de fuego que vacilaba. En los trenes militares, no cabía ya ningún pasajero civil, de modo que Pedro y Zamák quedaron detenidos a veces durante semanas en alguna sórdida aldea rusa.

Con este motivo llegaron a casa de Vasili Urúmov.

—Te ayudaré a cortar tu leña, batuska —se ofreció Zamák, cuando entraron a pedir alojamiento.

—Mira, nos cobijaremos en el establo; allí, por lo menos, hace calor.

Vasili Urúmov incluso les dio de comer, a los dos monjes. ¡Si eran personas tan tranquilas y tristes, agradables al Señor; sobre todo aquel de la barba, en cuyos rasgos parecía revivir la melancolía del mismo Jesucristo!

—Así, por lo menos, rezarán por nosotros, Tania Ivánovna —decía a su mujer.

Tania Ivánovna les bajaba en persona la sopa de coles y el pan mezclado con maíz. Era una anciana encorvada y huesuda, que en nada se diferenciaba de las demás aldeanas pequeño-rusas. Su rostro parecía tallado en madera, y su pecho daba la impresión de estar tan hueco como un cubo. Su mirada era inexpresiva, bondadosa y estúpida.

—Podéis dormir arriba, con nosotros —les decía a los monjes.

Pero ellos preferían quedarse con los camellos. Valía más dormir junto a ellos que junto a los dos ancianos.

Procuraban hacerse útiles y ayudar en la casa de Vasili Urúmov. Cortaban leña, traían agua y daban de comer a los camellos. Se quedaron allí hasta principios de febrero y entonces, por fin, consiguieron subir a un tren que se arrastraba lentamente hacia el Oeste.

Mas, ¡señor!, ¡cómo resultó el viaje aquél...! Parecía imposible subir a los vagones. En realidad, ni eran vagones, sino unos horribles hoyos negros, en los que hundía sus cuchillazos helados el invierno. A veces, nuestros «monjes» quedaban bloqueados en medio de una mullida masa humana. Tenían la sensación de ser unos

insectos a los que van a aplastar inmediatamente de un pisotón. Había un increíble montón de bagajes; Zamák encontró por fin asiento en la cima de aquel montículo, cerca del techo, mientras Pedro se buscó un sitio entre unas cajas, hombros y piernas. En alguna parte, alguien encendía una vela, a cuya vacilante luz se podían ver unas cabezas, sacos y maletas, soldados rojos, y elegantes señoras venidas a menos. Los soldados proferían gritos brutales, los paisanos callaban, como si se les hubiera arrancado la lengua y tuvieran la garganta tapada con sangre. Un soldado rojo subió sobre el hombro de Pedro, para no resbalarse del montón de bagajes, y le dejó encima la pesada pierna durante horas.

Pero, ¿qué les importaba todo ello? Tras la enloquecedora monotonía y la espera estoica de los largos años pasados en Tobolsk, esos momentos ya eran de actividad, de nostalgia y añoranza al acercarse a su patria.

El tren les había depositado a un par de centenares de kilómetros más lejos, y allí, tendrían que perder otra vez varias semanas. Un día, cuando Zamák estaba a punto de subir a un tren, bajó inmediatamente, con gran prisa, echando a correr.

—¿Qué te pasa?

—¡Larguémonos, mi teniente!

—Pero, ¿por qué?

—En el vagón hay dos monjes de verdad...

Hacia fines de febrero, llegaron a pesar de todo a Kabarov. Se cobijaron en la tienda de un tabernero judío, cerca de la estación, esperando la hora de salida del tren de la noche. Una mitad del local servía de tienda, en la que flotaban hedores de queso rancio y de sebos de toda clase. Les daban de comer arenques ahumados y pan seco y ácido. Pero, por lo menos, había calor. Una diminuta estufa de hierro ardía incandescente en la tienda, despertando con su ruido todos los nauseabundos hedores de la estancia. Nuestros viajeros se sentaban en el banquillo, junto a la pared, desde la tarde. Ante ellos, la mesa grasienta estaba llena de las espinas de los arenques, y de migajas de pan. A veces, Zamák dejaba caer la cabeza sobre el pecho, durmiéndose. Poco después, Pedro se dormía también.

De repente, se sobresaltaron en su sueño, despertados por un ruido sordo que venía desde la calle. El rumor murmurante se acercaba cada vez más, y poco a poco se podían distinguir en él los gritos de alegría. El grupo de manifestantes pasó, pocos instantes después, ante la taberna del judío.

Pedro y Zamák, sobresaltados en su profundo sueño, se miraron con ojos interrogantes, sin comprender lo que estaba ocurriendo.

El tendero israelita, diminuto vejete, cuyas manos y barba despedían olor de canela, y que iba tocado con una gorra sucia de algodón encarnado, estaba en el umbral de su tienda. Al enterarse de lo que se trataba, alzó los brazos al aire y haciendo señas excitadas a Pedro y Zamák, exclamó, loco de alegría:

—Friede! Friede!

Pedro y Zamák se precipitaron a la calle, La embriaguez de la alegría arrastraba consigo a todo el mundo. Era imposible obtener una sola contestación sensata de nadie. La gente lloraba y se abrazaba.

Cuando el grupo llegó al farol de la esquina, alguien subió sobre un banco e imponiendo silencio con un gesto de la mano, se puso a leer, en medio del alboroto siempre renovado, la edición especial de un diario, que acababa de llegar por el último tren:

«El día diecinueve de febrero (leía en voz alta y articulando con esmero cada sílaba) el Consejo de Comisarios del Pueblo Ruso envió un despacho a Berlín. Dicho telegrama protestaba enérgicamente contra el hecho de que las tropas alemanas hubieran atacado a la República de los Soviets, cuando ésta había decretado solemnemente el cese de las hostilidades. El alto mando ruso procede en todos los frentes a la desmovilización...».

Los gritos se alzaban otra vez como una ingente llama. El que leía, exigió otra vez silencio, para continuar la lectura:

«El Consejo de Comisarios, hallándose ante una situación de fuerza mayor, dio su consentimiento a la firma de la paz...».

Al leerse esta palabra, surgió un estruendo imposible de dominar, de modo que el lector público dejó caer la mano en que sostenía el periódico. Miró durante unos minutos por encima de las cabezas de la gente y la selva de brazos y sombreros que se agitaban en el aire. Observaba el espectáculo muy pálido, pues el vocerío era impresionante. Luego rogó otra vez el silencio y continuó la lectura:

«... a la firma de la paz, aceptando las condiciones propuestas en Brest-Litovsk por las Cuatro Potencias. Los alemanes han ocupado Rowno, Luck y Dubno. Las tropas austrohúngaras progresan, sin encontrar resistencia, hacia Kiev...».

Las últimas palabras del que leía ya se perdían otra vez en el griterío de la muchedumbre. Pedro se abrió camino con los codos hasta el farol y preguntó al hombre del periódico:

—¿Qué es lo que han ocupado los alemanes?

El lector público miró otra vez el periódico y buscó los nombres de las ciudades:

—Rowno, Luck y Dubno...

—Y los húngaros, ¿hasta dónde han llegado?

—Están ante las puertas de Kiev... —dijo el otro, bajando del banco. Estaba asediado de todas partes por la gente, que le abrumaba a preguntas.

Pedro agarró a Zamák por los hombros:

—¿Has oído, Zamák? ¡Los húngaros están ante Kiev...!

Estaba casi a punto de llorar.

Se fueron presurosamente a la estación.

—Oiga usted, señor teniente... —preguntó Zamák, que apenas lograba alcanzar a Pedro—, ¿estamos aún muy lejos de Kiev?

—¡Ojalá podamos llegar hasta Yekaterinoslav...!

—¿A qué distancia está esta ciudad?

—Tal vez a unos ochocientos kilómetros.

—Y de allí, ¿Kiev?

—Habrá por lo menos quinientos.

Zamák apretaba los dientes, y se quedaba rezagado, pensando acaso que hallándose aún tan lejos, no valía la pena correr tanto. Sin duda, se había imaginado que, a lo mejor, en las primeras horas de la mañana siguiente, podrían llegar a Kiev.

El trayecto hasta Yekaterinoslav les costaba más trabajo de lo que hubieran sospechado. Los trenes se amontonaban en las estaciones y, en las aldeas, el control de viajeros tomaba un cariz peligrosísimo. Todas las estaciones pululaban de prisioneros evadidos. Sin embargo, cuatro semanas más tarde llegaron a Yekaterinoslav. Se enteraron de que a las diez de la noche, había un tren hacia Kiev. Les quedaba aún hora y media de tiempo hasta la salida del tren. Sentáronse en la sala de espera de cuarta clase, en el suelo, pues en los banquillos no quedaba puesto alguno. Toda la estación estaba llena de gente excitada y agitada.

Muchos estaban sentados sobre las maletas, cerrando los ojos y con las cabezas caídas sobre el pecho, como si la mera idea de viajar les produjera ya sueño; mujeres y hombres estaban mezclados, en grupos pintorescos. Y también soldados rojos vestidos de harapos, que conversaban en algún idioma regional desconocido. Uno tenía un tumor en la nariz.

De repente, un puño pesado cayó sobre el hombro de Zamák, y un prapórchik alto, con la cara picada de viruelas, les invitó a que se levantaran del suelo para seguirle.

El prapórchik los condujo al pasillo, donde había menos gente, y les miró fijamente:

—¡Enseñad la documentación!

Zamák se puso verde del susto, y también Pedro sintió decaer el ánimo. El prapórchik alargaba la mano con severas miradas, exigiendo los papeles.

Pedro le miró a la cara y le dijo quedamente:

—Somos prisioneros de guerra húngaros, escapados.

La cara del prapórchik no reveló sorpresa alguna después de tan inesperada declaración. Hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta:

—Pasad a la comandancia.

Pedro no se movía. Miró al prapórchik a los ojos, con toda el alma, y su voz temblaba con acento conmovedor cuando le dijo:

—¿Qué quieres de nosotros? Déjanos ir a casa, con nuestras familias.

Levantó las manos, abriendo las palmas:

—Mira... No tenemos armas... Hemos estado prisioneros en Tobolsk durante cuatro años. Déjanos ir a casa. ¡Si la paz ya está firmada!

El prapórchik se inclinó hacia él, enfadadísimo, y le gritó a la cara:

—¿Brest-Litovsk?

Hizo un gesto con la mano, como quien quiere decir que aquel tratado valía menos que nada.

—Tú, ¿eres oficial?

—Sí.

—¿Y ese otro?

—Soldado raso.

El prapórchik les miró de pies a cabeza.

—Vais a casa para volver otra vez contra nosotros.

Pedro quiso contestarle algo, mas el prapórchik no lo consintió:

—¡Anda, vamos!

Pedro todavía no se movía. Zamák, que entretanto se había fijado en el enorme revólver que colgaba de la cintura del prapórchik, le susurró:

—Vamos, señor teniente...

Se pusieron en camino. El prapórchik los seguía a una distancia de tres pasos, indicándoles el camino que debían tomar. El edificio de la Comandancia militar estaba a una distancia de trescientos pasos de la estación, junto a los carriles.

Otro soldado rojo se había juntado al prapórchik, cambió con él unas cuantas frases y quedó rezagado.

Zamák aprovechó la ocasión para decirle musitando a Pedro:

—Cuidado, mi teniente... Al llegar al primer farol, echemos a correr...

—¿Hacia la derecha? —preguntó Pedro, susurrando, sin volver la cara hacia Zamák.

—No, ¡hacia la izquierda...!

Por la izquierda, más allá de los carriles, se adivinaba una especie de campo desierto, a la pálida luz de la luna.

Apenas habían dado diez pasos más allá del farol, Zamák se volvió atrás con la rapidez de un relámpago, y, con el puño, le asestó un formidable golpe al prapórchik,

en el entrecejo. Él y Pedro echaron a correr, para salir lo más velozmente posible del área de luz del farol.

El prapórchik soltó un grito de dolor, y sacó la pistola, disparando sobre los fugitivos.

De alguna parte, cerca de la pared, surgieron de golpe ocho o diez soldados armados. El prapórchik daba gritos, señalándoles a los dos hombres que huían, y también los soldados descargaron los fusiles contra ellos.

Pedro sólo sintió como si le hubieran quitado una pierna. Al querer dar un paso más, cayó al suelo. Luego oyó pisadas en torno suyo, y sintió en su cara golpes asestados con fuerza tremenda, y puntapiés entre las costillas, bajo los cuales su corazón y sus pulmones parecían abrirse de par en par. Se desmayó.

Al volver en sí otra vez, sus manos estaban ligadas y se hallaba sentado en un banco, en la antesala de la Comandancia. A su lado, con la bayoneta calada y el fusil entre las rodillas, había un soldado ruso.

Todo el cuerpo le dolía atrocemente. Sólo podía abrir un ojo, pues el otro estaba completamente hinchado. En la pierna derecha sentía un dolor como de quemadura. En una mano tenía una mancha de sangre seca.

«La bala dio en esta pierna», pensó para su coleteo, y procuró mover un poco la pierna dolorida.

Miró en tomo suyo, mas sin poder descubrir a Zamák, Su asistente yacía en la otra sala, en un banco. Con los brazos colgantes, aquel seudo fraile con la luenga nariz, con la cara pálida como la cera, y que apretaba en la mano izquierda el diminuto crucifijo, ofrecía un espectáculo escalofriante.

Estaba muerto.

Una mañana, al volver de la ciudad, Miett encontró una carta en la mesa del tocador.

Reconoció inmediatamente la letra de Golgonszky:

La carta sólo decía esto: «He llegado».

Miett sabía bien lo que significaban aquellas dos palabras. Era a mediados de mayo, y el sol calentaba fuertemente las frondosas copas de los árboles, cuando Miett llegó al final de la alameda. Tanta luz la perturbaba un poco, llenándola de angustia. Antes de desaparecer bajo el portal, miró en torno suyo, para ver si la veía alguien.

Nadie transitaba por aquella calle. Sólo en la casa de enfrente había una mujer asomada a la ventana, y Miett tenía la sensación de como si la estuviera observando. Ahora se arrepentía de haber mirado en torno suyo antes de entrar, pues aquella desconocida, sin duda habría notado su actitud. Y si la había visto, podía tener motivos para buscar alguna explicación secreta a que una elegante señora joven, vestida con traje color gris paloma, hubiese aparecido por el lado de la alameda, acercándose apresuradamente, y antes de entrar hubiera mirado en involuntario ademán en torno suyo, desapareciendo luego bajo el portal de aquel palacete en una calle tan silenciosa. Sin duda, sería vecina antigua, y sabría perfectamente que Iván Golgonszky vivía en aquella casa. Habría de ser una mujer muy estúpida, si no adivinase en seguida la ilación entre su entrada furtiva y la persona del inquilino.

De momento, sin embargo, Miett no concedió mayor importancia al hecho.

Atravesó corriendo el recibidor y entró en el dormitorio de Golgonszky, flotando tan incorpóreamente como si hubiera entrado una ráfaga de brisa.

En su voz, mezclábase la risa y el llanto, y abrió los brazos hacia Golgonszky con tenue alarido:

—¡Ya estás aquí!

Golgonszky la recogió en los brazos con deliciosa alegría.

—Ahora ya no volverás a irte, ¿verdad? —preguntóle Miett, al liberarse del primer beso sofocante.

—No. Creo que no tendré que marcharme nunca más...

Golgonszky contemplaba a Miett, regocijándose de su belleza, completamente ebrio con tan hermoso espectáculo. Nunca la había visto tan bella. Miraba detalladamente sus minúsculos guantes blancos, que le ayudó a quitarse, la gran cabellera color de bronce, de la cual Miett arrancó con impaciente gesto el sombrero, y que parecía brillar ahora con nuevos colores, las perfectas líneas de la esbelta figura, y las hermosas piernas en cuyos extremos inquietábanse unos zapatitos puntiagudos, como si tuvieran ganas de bailar. Miró aquella pequeña abertura triangular del traje que dejaba entrever un trozo de fina piel, triángulo sobre el cual

volvía insistentemente la mirada, y que dejaba adivinar la línea curva de los pechos, su inquietante y rosada desnudez.

El rostro de Mielt se animaba por la alegría de volver a verle. Mas todo esto apenas se adivinaba en el fondo de sus ojos.

Dio un paso hacia atrás, para contemplarla mejor.

—¡Qué hermosa eres! —susurró Golgonszky en voz cálida.

—¡Oh...! —exclamó Mielt, y volvió rápidamente su rostro, pues se había ruborizado. Solía turbarse y estremecerse al sentirse halagada, aunque se diera perfecta cuenta de la hermosura propia.

Golgonszky descubría en aquel instante algo nuevo en Mielt; una expresión misteriosa que en vano intentaba explicarse. Sentía en ella confusamente aquel arcano encantador que no se fundamenta en nada, y que, sin embargo, como un filtro mágico, existe en la belleza de la mujer, provocando una inexplicable inquietud en el corazón del que la posee.

Mielt nunca se había sentido tan feliz como en los días que siguieron a la llegada de Golgonszky.

Ocurrió una vez que, olvidándose de la hora y sin contar con la temprana salida del sol, se quedó tanto tiempo con Golgonszky que, al marcharse, ya amanecía.

Mielt dirigió la palabra al portero que salía para abrirle la puerta y se entretuvo con él durante unos minutos, preguntándole por su familia, para desviar de sí cualquier sospecha.

Sin embargo, se lanzaba con pasión cada vez más enloquecedora en su amor pecaminoso, como impulsada por el confuso presentimiento de que iba a acabarse pronto. Ocurría frecuentemente que se quedara en casa de Golgonszky hasta el mediodía siguiente, diciéndole a Mili en aquellas ocasiones que pasaría la noche en casa de los Cserey. Y en realidad, otras veces ya se había arreglado efectivamente para dormir en casa de Matilde, como si buscara inconscientemente una coartada, suponiendo que las fechas quedarían borradas en la memoria de todos.

Las noches de verano les llamaban con una fuerza tentadora hacia las montañas, y Mielt cobró cada día más audacia. Antes, nunca se hubiera atrevido a dejarse ver con Golgonszky en la calle; mas, ahora, daban largos paseos por las cercanías de la ciudad.

Durante sus largos paseos, Mielt relataba a Golgonszky con todo detalle hasta los más insignificantes sucesos de su vida, ocurridos durante la ausencia de éste. Le explicó la primera visita hecha después de tanto tiempo a los Cserey y a los Varga, y cómo acechara con tanta inquietud el semblante de Matilde, para adivinar si sospechaba algo. Pero calló escrupulosamente el hecho de que se había visto obligada a vender hasta el piano, pues de la misma manera que nunca dejaba entrar en su casa a Golgonszky, tampoco le permitía ni la más mínima ojeada en su vida íntima.

Le explicó también la historia de Pablito Szücs, tal como Rózsi se la había contado a ella. Describía minuciosamente el aspecto del amigo de Pedro, de la punta de los zapatos al sombrero, que siempre era demasiado pequeño. Imitaba su hablar precipitado, al decir querida señora, y el abuso de la palabra «amiguito» con la que rellenaba la conversación, y todo esto con tal fidelidad al modelo que, por fin, Pablito Szücs surgía en la imaginación de Golgonszky tal como era en la vida, con su cara sembrada de granos y sus hombros que sobresalían en la americana.

Miett explicó la desgracia de Pablito Szücs, por haber abofeteado a un coronel checo.

—Tú que tienes tantos amigos y tan buenas relaciones entre el generalato, seguramente podrías intentar ayudarle un poco.

Golgonszky, que sintió gran admiración por Szücs, a causa de una bofetada tan atrevida, se lo prometió todo.

Miett le habló también de Juanito, explicándole su encuentro casual con él. Desde luego, no le explicó más que lo explicable. Llegó con sus palabras hasta el borde del abismo, sin que su voz se estremeciera en lo más mínimo, pues al pensar en Juanito, tenía la sensación de no haber cometido pecado alguno. Y sabía que nunca en su vida volvería a encontrarle.

Una noche bajaban de la montaña, cogidos del brazo, y olvidándose por completo del peligro de que alguien pudiera verlos. De repente, se cruzaron con un grupo de tres personas: un matrimonio de cierta edad, y una joven algo regordeta, que debía ser, sin duda, su hija.

Al pasar por su lado, aquella joven miró significativamente a la cara de Miett. A ésta le parecía haber visto ya alguna vez aquel rostro, y tuvo el presentimiento de que pudiera ser la misma mujer que percibió asomada a la ventana, cuando entró en casa de Golgonszky, mirando ansiosamente en torno suyo. Sí, ya había visto en otras ocasiones a aquella mujer a la ventana, pareciendo siempre acecharla.

No obstante, aunque escrutaba su memoria, no conseguía descubrir la identidad de la propietaria de aquella mirada malévola y desconfiada. No quería pensar más en ella, pero mantenía en el fondo de su alma una sensación de desagrado. Preguntó a Golgonszky.

—¿Sabes quién vive en la casa de enfrente a la tuya?

—¿En cuál?

—La de dos pisos, frente a tu puerta.

—Sí... Creo que son unos señores Vaynik o Voynik, no sé exactamente cómo se llaman.

Miett encontró aquel apellido completamente desconocido y se tranquilizó. Sin embargo, aquel encuentro casual la invitaba a ser más circunspecta, y al surgir otra vez el tema de que sería preciso ir a algún balneario húngaro o alemán, Miett decidió

que era preferible no moverse de Budapest.

Una tarde, al verla entrar, el ayuda de cámara la recibió en la antesala con una mirada entre asustada y misteriosa.

—Su Excelencia está enfermo.

—¿Qué tiene?

—Aun no lo sabemos. Tiene mucha calentura. Creo que más de treinta y nueve grados.

Miett corrió con el corazón angustiado hacia el dormitorio.

Golgonszky yacía en la cama, con la frente ardiente. Su tez estaba brillante y tersa por la fiebre; sus ojos parecían sombríos y profundos al volverlos con una expresión turbada hacia Miett.

Miett le tomó suavemente la mano, que quemaba como la brasa:

—¿Qué tienes, vida mía?

A Golgonszky le costaba trabajo pronunciar cada sílaba. Desprendió de sí unas pocas palabras, con aliento ardoroso, a intervalos:

—No lo sé... Parece una pulmonía.

Miett se inclinó sobre él para besarle los labios agrietados, mas Golgonszky, sin fuerza, la apartó:

—Ten cuidado... Creo que es la epidemia... Debes marcharte en seguida, porque...

No logró acabar la frase, como si la elevada temperatura hubiera perturbado su espíritu. Volvió la mirada, contemplando el techo, como si buscara allí las palabras.

—¿Ha venido ya el médico?

—Vendrá en seguida... —dijo penosamente Golgonszky, como si, con la cabeza y la mirada, señalase angustiado la puerta.

En el mismo instante, Miett oyó desde la antesala la voz del doctor Varga. Sólo tuvo tiempo para desaparecer de un brinco en la otra habitación. En su huida, volcó la silla que estaba junto a la cama de Golgonszky, y que cayó al suelo con gran estrépito, así como la botella de agua mineral, el vaso y la bandeja.

Varga penetró en el mismo instante en la habitación. Hubiera podido creer que la silla se había volcado sola, si en el pomo de la puerta no hubiese visto una mano sin continuidad: una hermosa y asustada mano de mujer que como un ser viviente, quitaba rápidamente la llave de la cerradura, refugiándose con el botín detrás de la oscura hendidura.

Sobre una silla, yacían un sombrero de mujer y un par de guantes blancos de gamuza. Aquellos guantes largos, cual la corteza de algún tronco de árbol todavía joven, conservaban las formas de los cálidos brazos que se los habían quitado con premura, dejándolos abandonados en la silla.

Pero entonces, el médico no consagró atención alguna a todo ello, y se acercó al

paciente.

En el cuarto de baño, Mielt tenía la sensación de haberse escapado a tiempo. Sentía el cerebro invadido por mil pensamientos, como si hubieran disparado contra él otras tantas flechas ígneas. Pegó su rostro a la puerta, procurando estar atenta con todas las fibras de su ser, para darse cuenta de lo que se decía en la habitación.

«Morirá seguramente» pensó, y la idea la fascinaba como si abalanzándose sobre ella, por detrás, una fiera de alguna ignota raza felina, le hubiese clavado las garras en los hombros. Mielt casi percibía en el cuello el aliento de la invisible bestia.

«Morirá... ahora mismo, en brazos del médico... morirá, como murió mi padre...».

Se acordaba de que se encontraba allí, pegada a la puerta cerrada, escondiéndose. Había dado vuelta a la llave sobre aquel moribundo en su primer susto, con su propia mano. Golgonszky moriría, y ella no podría ver en sus pupilas que se apagaban, la última lumbre del alma que se despide, ni sabría lo que querría decir aquella suprema mirada. El muerto le dejaría un misterio enloquecedor, un mutismo indescifrable. Le parecía que, de encontrarse a su lado, lograría retener aquella alma dispuesta a volatilizarse, pero, ¿por qué? ¿Quién le prohibía postrarse ante la cama del agonizante?

Tomó inmediatamente una decisión; se sentía muy fuerte, llevó la mano a la cerradura y dio media vuelta a la llave. Luego, como una sonámbula, entró en el dormitorio.

El doctor Varga estaba escuchando con el estetoscopio el corazón del enfermo, y se volvió instintivamente hacia ella.

Al ver a Mielt, el movimiento de la mano que sostenía el instrumento médico se detuvo en el aire. Clavó su mirada en Mielt, como si se le hubiera aparecido un fantasma.

Golgonszky volvió angustiado la confusa mirada hacia Mielt, mirándola sin comprender nada, como quien no se da cuenta de cuanto ocurre a su alrededor.

Ella estaba ante los dos hombres, muy pálida.

Durante un instante, reinó un profundo silencio en la habitación. Mas en aquel silencio galopaban miles de pensamientos.

Por fin, el doctor, respirando profundamente, dijo volviéndose mitad hacia Mielt, mitad hacia Golgonszky, con un tono que procuraba ser familiar:

—Esta dolencia es cuestión del corazón. No hay ningún peligro.

Sonriendo, hundió el estetoscopio en el bolsillo superior de su chaleco, con un gesto como si se tratara de un largo y frágil puro habano.

—Ha bajado ya la calentura —observó en voz baja Golgonszky, únicamente para decir algo. Giraba los ojos atormentados, como si realizara un terrible esfuerzo para comprender lo que hacía allí Mielt junto a su cama, y saber si era efectivamente ella,

o sólo una visión.

—Hacia las diez volveré —dijo Varga, y hacía ademán de acercarse a la salida. Parecía vacilar: ¿debía saludar a Miett, o era preferible fingir que no la había visto?

Miett se acercó a él y le dirigió la palabra. Había en su voz una gran calma extraña, al decirle musitando:

—Quiero decirle dos palabras, doctor.

Varga hizo una imperceptible reverencia y alargó la mano hacia su cartera de médico.

Miett se puso el sombrero y los guantes. Salieron juntos a la antesala. Al llegar ante la puerta, Varga la cogió de golpe por el brazo:

—Antes de que me diga nada, escúcheme un poco. ¿Por qué está usted temblando así? Usted debe de estar convencida de que yo voy a ir corriendo a casa, de que juntaré admirado las manos y le diré a Elvira con estupefacción: «¡Imagínate qué ha pasado...!»». Pues, escúchame usted bien. Soy médico. Llevo en mi espíritu secretos que los demás ignoran e ignorarán, pues esos secretos morirán conmigo. Son unos terribles secretos que a veces me hacen estremecer a mí mismo. Hace veintiséis años que vengo ejerciendo la profesión, y veo corretear en torno mío a personas disecadas que gozan de buena salud. ¿Que la haya visto a usted hoy en casa de Golgonszky? En el primer momento me sorprendió la cosa, pues todo cuanto carezca en el momento de ilación, nos sorprende forzosamente...

Intercaló un instante de silencio. Caminaba algo más despacio y apretaba el brazo de Miett, como si quisiera arrastrarla hacia sus propios pensamientos.

—Y ahora le diré algo; todo esto está bien. Me alegro de ello, como el buen jardinero se alegra de ver surgir de la tierra una cebolla de flor, en donde menos lo esperaba. Una de esas cebollas fuertes, de color del Arco Iris, que no ha plantado nadie, sino que ha salido de la tierra por sí sola. Algo en lo que late el milagro de la vida. Yo, ahora, sólo veo y siento esto que le digo. De sentirlo de otra manera, sería un hipócrita. Hace ya cinco años que mi mano se llena de sangre ante las mesas de operación, y ahora, desde que la nueva epidemia viene haciendo estragos, he sufrido una nueva conmoción interior. Si pudiera predicar, diría a todo el mundo: «Para vosotros, ya todo es igual; apresuraos, pues a salvar lo que aún se pueda salvar». Desde luego, el alma debe triunfar sobre el cuerpo. ¡Qué duda cabe! Pero ahora, sería una victoria gratuita e injusta. Yo me he pasado ya al partido de los cuerpos. Día tras día, los veo desgarrados, mutilados, despojados y encadenados. ¿Sobre tales cuerpos queremos aún celebrar nuevos triunfos? Aquí está usted misma, señora. En el fondo, tendría que mover la cabeza en actitud de desaprobación, diciendo: «¡Vaya, vaya, Miett...!»». Sin embargo, siento en mí completamente otra cosa. ¿Moral? ¿Prejuicios sociales? Nada de esto se asoma a mi espíritu. En mí ahora sólo piensa el médico. Yo no veo ahora más que a un hermosísimo cuerpo de mujer, que hace su aparición sobre

un montón de cuerpos mutilados y convulsos, una mujer en la gloria del amor y de la salud. Esto llena mi corazón de una poderosa y triunfal emoción... Es un rayo de vida y de luz en esa terrible hecatombe...

Se detuvo, para secarse la frente con el pañuelo.

—Atravesamos tiempos infernales —dijo, como si se hablara a sí mismo, despertándose de una cruel ilusión de hipocresía.

Miett cerró los ojos y dijo en voz baja:

—Le amo locamente...

El médico dio un paso y dijo, reflexionando:

—Esto es malo... Significa que aún tendrá terribles luchas con su propia conciencia...

Puso otra vez la mano bajo el brazo de Miett, como si quisiera guiarla por un sendero que fuese invisible bajo los pies.

—Es igual... —dijo por fin—. Usted tiene el alma pura y fuerte. No tengo miedo por usted. Sólo la compadezco porque tiene que sufrir tanto.

Habían llegado al final de la alameda. Varga se colocó frente a Miett y le cogió ambas manos. Al ver el rostro atormentado de la joven susurró con ternura y conmiseración indecibles:

—Mi querida pequeña Miett...

Levantó los brazos y enlazó el cuello del doctor. Apretó su cara a los hombros del viejo, y temblándole todo el cuerpo, rompió a llorar.

—Bueno... —la tranquilizaba Varga, conmovido, y sosteniendo a Miett entre sus brazos. Luego, cambiando de tono, dijo con acento menos grave—: Esta influenza española es muy contagiosa, y debería prohibirle que acudiese a la cabecera de nuestro enfermo, Mas, ¿para qué quiere que se lo diga? Esto es cuestión de inclinación, y acaso, también, de suerte. Encerrándose en su cuarto, usted podría cogerla igualmente. De todas maneras, puedo recomendarle un buen remedio contra ella: ¡No se le debe tener miedo! De modo que, si usted quiere, vuelva y cuídelo. Y no tema nada, a él no le pasará lo más mínimo...

Sacudió sonriendo las manos de Miett, y desapareció en la esquina, al final de la alameda.

Miett volvió corriendo apresurada a la cabecera del amado enfermo.

—¿Qué locura has hecho? —le preguntó Golgonszky, al verla entrar, con una mirada reveladora de que, desde su salida, su cerebro no se había preocupado de nada más.

—Vale más así —susurró Miett, y, sentándose junto a la cama, apretó contra su cara la mano ardiente de Golgonszky.

Se quedó allí hasta altas horas de la noche, hasta comprobar que Golgonszky fue vencido por el sueño, y que la calentura había bajado.

También durante los siguientes días pasaba todo el tiempo con el enfermo, y no se retiraba al cuarto de baño sino cuando anunciaban al doctor Varga. No quería aparecer más ante el médico, como si esto fuese un abuso.

El poderoso organismo de Golgonszky iba venciendo rápidamente el mal. No obstante, aún después de haber pasado el peligro, debía quedarse en casa, pues un lóbulo de su pulmón se había pegado bajo la columna vertebral a la pared de la cavidad pectoral, como si se hubiera fundido en aquellos tremendos accesos de fiebre.

Ya se había levantado de la cama y, envuelto en el amplio batín de seda, se paseaba por la alfombra del cuarto, como un maharajá. Sentíase invadido por la alegría de quien vuelve de la muerte, y esperaba con impaciencia cada vez mayor el momento en que Mielt, cual una visión de belleza y encanto, hiciera su aparición en el umbral.

La enfermedad contribuía a prolongar sus entrevistas, e, inmediatamente después de almorzar, Mielt se apresuraba a ir todos los días a casa de Golgonszky.

Ya hacía tiempo que el verano había pasado, y llegaron los hermosos días de octubre; los accesos de fiebre de Golgonszky, sin embargo, reaparecían continuamente.

Una noche, después de irse Mielt, abrió la ventana, aquejado de presentimientos de muerte, y envuelto en su caliente abrigo de pieles, observó el silencio y la calma de la sombría y húmeda noche de otoño.

Eran los primeros tiros de la Revolución.

Mielt no se enteró hasta la mañana siguiente de que la Revolución acababa de estallar. Bajó corriendo a la calle, y como si la atrajera una misteriosa fuerza, se hundió cada vez más profundamente en la muchedumbre.

Eran las once de la mañana. Se hallaba en el bulevar Rakoczi, en las tempestades desencadenadas en las primeras horas de la revolución. Contemplaba los camiones que pasaban llenos de soldados, y escuchaba con el corazón sofocado el terrible estallido de los disparos. Poco le importaba que la empujaran de todos lados, y que se encontrase apretujada en medio de gentes de un exterior poco recomendable. Delante de ella, había un hombre con pantalón de golf, con una mandíbula de la que le faltaban varios dientes, que, sin cansarse, gritaba algo que era imposible comprender. Por encima del hombro de aquel individuo, Mielt veía cómo aparecían sobre las cabezas de la muchedumbre unos brillantes cascos de plata de la policía montada, a los cuales la multitud recibía con vítores jubilosos, cubriendo policías y caballos con una blanca lluvia de rosas de otoño^[53]. Por todas partes, oíanse jubilosos gritos, incesantes disparos de alegría, y por el aire flotaba el amargo olor de las balas.

Mielt ni se daba cuenta de por dónde pasaba, dejándose arrastrar por las olas de aquel desbordante mar humano. De repente, se encontró en la Avenida de Ullö, ante

el cuartel de María Teresa, donde la muchedumbre estaba a punto de derribar las rejas de la prisión militar. Las gruesas barras de hierro de aquella reja, parecían torcidas por alguna mano de gigante.

A través de la bóveda del portal, se podía ver el patio medieval, por el cual la masa sacaba en hombros a los presos. Vio a mujeres, a muchachas con aspecto de obreras, bajo cuyo sombrero o pañuelo se habían desprendido las trenzas, y que llevaban en la mano fusiles con la bayoneta calada, que les costaba un visible esfuerzo sostener. No tenía ningún sentido que esgrimieran aquellos fusiles, y tal vez por eso había algo demoníaco en todo este espectáculo.

Alrededor de ella, correteaban las gentes, y en el aire, se difundía el fuego de alguna terrible venganza. Miett sentía oscuramente que algo había acabado, que surgían en torno suyo del fondo de las almas torturadas, con toda su reprimida fuerza, unos sufrimientos escondidos, con un alarido y una energía destructora sin par. Todo parecía como si un dedo gigantesco la señalase a ella, y le parecía ver surgir el rostro envejecido y deformado de Pedro en la cara de algún soldado que corría a su lado. Como si todo cuanto ocurría se dirigiera contra ella; como si fuera su castigo y penitencia, y se pidieran responsabilidades únicamente contra su persona.

Rendida de cansancio, manchada de lodo y torturada por mil escrúpulos, se apresuró a ver a Golgonszky. Le encontró sumido en profundas cavilaciones.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? —preguntó temblando.

Golgonszky intentaba darle a comprender la situación. Al concluir su explicación llegó a asegurar que la mayoría de los prisioneros de guerra podrían volver ahora, dentro de pocas semanas; sin embargo, aquellos que se encontraban en el interior de Rusia, se hallarían sin duda en una situación incierta.

Miett escuchaba las palabras de Golgonszky completamente aterrada.

De cuanto acababa de presenciar en la calle y de lo que decía Golgonszky, sólo comprendía una cosa con toda claridad: a saber, que la guerra había acabado y que era preciso contar con la posibilidad de que Pedro volviese.

Se daba cuenta de lo horrible que era para ellos ese problema, mas se sentía tan abrumada por una irreprimible inquietud e inseguridad, que no resistió más el estar callada. Preguntó casi a sí misma:

—¿Qué pasará si Pedro vuelve?

Y hundió la cara entre las manos, como si quisiera esconderse ante algo horroroso.

Golgonszky se paseaba con las manos cruzadas en la espalda de un lado a otro, por la habitación.

—Hay varias soluciones posibles —dijo, alargando un poco las palabras, y buscándolas con cautela—. Ignoramos la suerte que pueda haber corrido. A lo mejor, ¿le habrá pasado lo mismo que a ti? ¿Quién sabe?

Miró de reojo el rostro de Miett, como si quisiera adivinar en él el efecto de esta suposición. Pero Miett le miraba con ojos extraviados.

—En caso de que fuera verdaderamente así, todo se resolvería automáticamente...

Dio dos veces la vuelta, antes de continuar:

—Y de no ser así... Debemos hacer frente a la situación, sea como sea. De una manera u otra...

Interrumpió su caminata, se sentó al lado de Miett, le cogió cariñosamente la mano. La mano de Miett parecía completamente sin vida.

—¡Mira...! ¿Para qué torturarnos ahora con esos problemas? Decidamos lo que decidamos, ahora resultaría completamente inútil. Antes de optar por lo que sea, debemos saber algo cierto... Y no creas que esto sea meramente cuestión de meses... Sería posible... Sin embargo, tengo la impresión de que aún pasarán años... Uno o dos... Tranquilízate, por ahora nada ha cambiado...

Por la noche escribió la siguiente carta a Pedro:

«Mi adorado Pedrito: ¿Qué es de tu vida? Pasan los años y continúo sin noticias tuyas. Yo me muero, yo me deshago con tan tremenda inseguridad. ¿Dónde estás? ¿Vives, por lo menos? ¿A quién dirijo yo estas líneas? A lo mejor también ésta va a caer en la nada, como tantas otras. Te suplico que des alguna señal de vida».

Ya en otras ocasiones, había enviado tales misivas teniendo la sensación de que su alma se partía en dos. Pero luego seguían otros largos meses durante los cuales no podía, ni siquiera quería, pensar en Pedro.

Entre tanto, sólo había recibido una tarjeta, y ésta llevaba una fecha atrasada de año y medio. Esto es, como si no dijera nada. Tampoco la madre de Pedro, ni los Pável, recibían noticias de él. La correspondencia entre Miett y su suegra se hacía también cada vez más rara.

Una mañana, recibió la visita de Rózsi.

—¡Ay, señora mía, vengo a pedirle un consejo importantísimo! —dijo ruborizada y como avergonzándose.

Había cambiado mucho, desde que Miett no la viera. Ahora, con el abrigo con cuello de piel negra, parecía una verdadera señora de familia modesta.

—¡Es por causa del señorito Szücs...! —dijo Rózsi con circunspección.

—¿Le soltaron?

—Claro que sí; antes de la Revolución. Ocupaba una celda en compañía de otro muchacho húngaro, pero lograron abrir un boquete en la pared. Volvió a Praga a pie, a través de las montañas. ¡Ay, si la señora le hubiera visto, tan harapiento y muerto de

hambre como llegó...! Yo le tuve escondido tres semanas, cuando por fin estalló la libertad. Y ahora, ¿qué debo hacer? ¿Casarme con él? Aconséjeme, señorita.

—¿Ha pedido tu mano? —exclamó Mielt, sorprendida.

—Sí. Desde luego, ahora ya tengo profesión, soy sombrerera, pero sin embargo, yo le dije: «¡vaya, qué idea!»; un señorito como él y yo... Seguramente perdió los sesos con esta gran igualdad de ahora... Pero me dijo que tampoco él había sido un verdadero señor toda su vida, porque su padre fue un humilde herrero del pueblo. Pues, habiendo sido el mío carpintero de obras... Luego, como somos calvinistas los dos...

—¿Le quieres?

—¡Dios lo sabe! Es muy buen muchacho, no lo digo...

—Y él, ¿te quiere a ti?

Rózsi arreglose un pliegue del traje, y dijo en voz baja:

—Así lo demuestra...

Mielt sintió una lagrima en su corazón, y a gusto hubiera dado toda su existencia torturada por la vida que llevaba Rózsi.

Le dijo en voz muy tranquila y afectuosa:

—¡Cásate con él...! Tendréis hijos y seréis felices...

Vertía en estas últimas palabras cierta imponderable tristeza. Al despedirse Rózsi, le permitió que le besara la mano.

Dos meses más tarde, les vio un día en el Parque, adonde fue en uno de sus paseos solitarios.

Venían a su encuentro, cariñosamente cogidos del brazo; una pareja de recién casados.

Szücs, al encontrarse inesperadamente ante Mielt, puso la cara del niño cogido en alguna travesura. Mielt se precipitó hacia él, extendiendo ambas manos.

—¡Szücs! —exclamó contenta y con dolor, como si saludara algún recuerdo muerto de su vida de antaño.

Szücs apretó su mano, sin poder proferir una sola palabra, de tan emocionado como estaba. Mielt se volvió hacia Rózsi, la abrazó y la besó en la boca.

Szücs se sonrojó como un cangrejo al ver aquel beso. Sus ojos se desorbitaron, llenándose de lágrimas.

En aquel entonces, hasta los calendarios rusos marcaban ya el año 1919.

Era una sofocante noche de julio. En el patio del «Hotel de la Miseria», estaban sentados en mangas de camisa Mezei, Vedres y Neteneczky. Jugaban a los naipes, silenciosamente, como casi todas las noches desde hacía ya cuatro años. Desde que Latjai se fugó, en otoño, sólo quedaban tres para jugar.

Altmayer trabajaba silenciosamente ante su caballete, en un rincón del patio, esparciendo en torno suyo un insoportable olor a trementina. Tenía el encargo de pintar el retrato, de tamaño natural, de la señora de un comerciante de madera de Tobolsk, según una minúscula fotografía. Hacía los retratos a tan bajo precio, que a veces le hacían encargos que le daban algún dinerito. Los retratos eran hermosos y agradables, y sólo adolecían de una falta: que apenas acusaban parecido con los difuntos.

Szentesi y Csaba trabajaban en el huerto, cuidando de la cosecha de la grosella. Hirsch trabajaba arriba en su cuarto, confeccionando unas complicadas estadísticas económicas... El «Hotel de la Miseria» era ya entonces un proveedor regular del mercado de verduras de Tobolsk, y con los ingresos del huerto conseguían, por lo menos, comprar víveres para alimentarse normalmente.

Sólo tenía un deseo: poder quedarse tranquilamente en Tobolsk, esperando allí hasta que se abrieran definitivamente las fronteras y pudieran regresar a sus casas. Aquí, por lo menos, tenían qué comer, podían reservar suficiente leña para el invierno, y defenderse con mayores probabilidades contra las epidemias.

Recibían de todas partes noticias de los demás campos de prisioneros que se habían transformado en los más sombríos lugares de la vida humana. Desde que estalló la Revolución, desapareció de golpe y porrazo el té, el azúcar y el agua hirviendo que durante la época zarista aún mantenían en ellos el ánimo. Especialmente en los campos rodeados de espino artificial, en el Este, el tifus exantemático, el cólera, el paludismo y el escorbuto, hacían tremendos estragos entre los reclusos. El rancho del Zar, el pan negro, la sopa de coles, las gachas de harina de maíz y el pescado salado, vivían en su memoria como un pálido recuerdo de felicidad, pues desde la Revolución sólo les daban de comer carne de camello, de gato, de perro y pescado podrido. Aquellos platos asquerosos despedían un hedor insoportable. El aburrimiento del invierno, la podredumbre moral de las masas humanas encerradas, la inhumanidad de las Comandancias en los campos y del personal de vigilancia, el hambre, el hielo, la apatía, la añoranza y la desesperación, sumían a los prisioneros, por un lado, en una completa parálisis moral, y por el otro, en la locura de la más completa desesperación. Todo dependía de que se tuviera el alma fuerte o débil, tal como Dios la hubiera plantado en su cuerpo. Se contaba por

muchos millares los que, dejándose vencer por la insoportable presión del hambre, se habían pasado a los rojos. Desde luego, había también muchos que llevaban consigo el deseo de matar desde el mismo regazo materno, con sed de sangre. Para éstos, amanecían ahora tiempos nunca soñados, pues podían hundir sus manos en la sangre como el niño en el agua del arroyo. Desde que en Moscú se habían constituido los consejos de los soldados, y los mujiks afluían por centenares de miles del frente, incendiaban por doquier los castillos, las granjas agrícolas, y quien quería matar y asesinar, podía escoger a su gusto entre la burguesía de las regiones pequeño-rusas.

Las barracas semioscuras, las casas improvisadas y los campos de prisioneros, por encima de los cuales silbaban los helados vientos siberianos, iban absorbiendo poco a poco las promesas de una revolución mundial. Según un dicho de Siberia, los comisarios soviéticos del pueblo debían su imperio a las bayonetas húngaras, a las bocas de los judíos y a la tontería de los rusos.

De los bajos fondos de los campos de prisioneros, salían por manadas los soldados húngaros, con el alma deshumanizada y bárbara. Entraron en la guerra rusa bajo las banderas rojas, aunque ni lejanamente comprendían los objetivos de la Revolución. Cuando empuñaron las armas, lo hicieron con un gesto de la más ilimitada y fatalista desesperación. Les era igual dónde luchaban, por qué y contra quién.

Hubo entonces tropas húngaras que cada mes cambiaban de bandera, combatiendo alternativamente con los blancos y con los rojos, y sucedió muchas veces, que eran húngaras las tropas que combatían en ambos bandos. Desde luego, aquello era preferible a trabajar en la provincia de Arkángelsk, en la construcción del ferrocarril de Murmansk, en donde los prisioneros solían morir hasta el último hombre por las exhalaciones pantanosas del terreno, y siempre era preciso llevar otros nuevos.

Tenían que trabajar con un frío de 40 grados bajo cero. Un húsar húngaro apellidado Búcki logró escaparse de allí y volver a Tobolsk. Entró por casualidad por la puerta del «Hotel de la Miseria», pues los recordaba de los tiempos viejos. Explicaba que obligaban a trabajar incluso a aquellos que tenían las piernas heladas, no siendo ya más que meros esqueletos.

Fue el mismo Búcki quien les trajo la noticia de que Yurovski, el Gorila, el cual desapareció del «Hotel de la Miseria» en los primeros días de la Revolución, en compañía de un compinche llamado Nikúlich, había asesinado en Yekaterinburgo, en los sótanos de la torre del ingeniero de minas Ipatiev a toda la familia del Zar. Los cadáveres fueron descuartizados, rociados con petróleo y quemados en el bosque. Desde luego, era imposible comprobar la veracidad de todos los rumores que circulaban.

A veces, cuando se paseaban por las calles de Tobolsk, dirigían la palabra a algún

prisionero fugado, y todos les relataban horrores espeluznantes. En los trabajos de despoblación forestal de Ishewsk, se pegaba a los prisioneros como si fueran esclavos negros. Si alguien se atrevió a apelar a la superioridad, fue fríamente asesinado. En las cercanías de Nijni-Novgórod, los kónvoyes, embriagados con vodka, incendiaron la barraca de trescientos prisioneros húngaros dentro, colocando barricadas ante las puertas, para que no pudieran escapar. Ese manso pueblo raso, que antaño se llamaba «la vela de Dios», se hallaba poseído por una espeluznante locura. En Omsk, los prisioneros mutilados morían de hambre, con las mandíbulas arrancadas y con los dientes caídos, pues nadie les llevaba víveres. Cuando unas viejas campesinas se proponían llevarles algún mendrugo de pan, por caridad, los guardias las obligaban a retroceder a culatazos y golpes de nagaika. El griterío de los moribundos, los alaridos de dolor, las maldiciones se transformaban en un aullido tan bestial, que cayeron en la más frenética locura, incluso aquellos que aún habían conservado la luz de la conciencia. Cuando alguien moría, el vecino más próximo le quitaba el vestido. Un teniente que había pasado uno de aquellos días por el «Hotel de la Miseria», les explicó que tres cuartas partes de los prisioneros de Vovo-Nikoliesk, habían perecido durante el último invierno. Hubo ocasiones en las que veinte mil cadáveres yacían insepultos en un montón, durante todo el periodo de hielo, y cuando empezó a deshelar, ordenose, sin excepción, a todos los habitantes de la ciudad que fuesen a cavar tumbas, para evitar que se declarase la peste. Una vez instaurado el comunismo, quedaron prohibidas una tras otra las empresas de industria doméstica de los prisioneros de guerra, que les solían asegurar considerables ingresos. En su gran miseria, los prisioneros veíanse obligados a vender sus vestidos, para conseguir víveres. Muchos millares de ellos pasaron indecible miseria durante todo el invierno, sin abrigo, con harapientos trajes de verano, con alpargatas fabricadas de trapos viejos.

De los soldados, sólo ponían en libertad a aquellos que prometían solemnemente ayudar al exterminio de los burgueses. A los oficiales no los soltaban, porque temían que una vez libres promovieran otra guerra.

En tal estado de cosas, los habitantes del «Hotel de la Miseria» llevaban una vida divina. Tenían la inmensa suerte de que los habían olvidado en un rincón. Siete oficiales y nueve ayudantes ya no figuraban para nada en las listas de prisioneros, que sumaban docenas de millares. El cojo capitán Doróviev, que llevaba su lista en la Comandancia, se proveía de verduras y legumbres en su huerto, igual que su cuñado, desde hacía ya dos años. A ello se debía que pudieran quedarse allí indefinidamente. El capitán Doróviev era un hombre de cuello corto, cara colorada y pelo rubio como el lino; era persona agradable. A veces, al llevar a paseo su negro perro de caza por la orilla del río, entraba a ver a los muchachos, y se entretenía con ellos largo rato. Solía reírse a carcajadas de las bromas de Neteneczky, y desde el día en que Altmayer pintó

gratis el retrato de su mujer, reinaba entre ellos una sólida amistad.

Sí, allí en el «Hotel de la Miseria», la vida era soportable. En la primavera, los campos de Siberia enviaban brisas frescas del lado del Irtis. En los huertos crecían pródigos con vertiginosa rapidez los tiernos nabos, de color azul verdoso, los rizados miriñaques vueltos al revés de las coles; en pocas semanas, se coloreaban y se llenaban de jugo los tomates, se alzaban como lanzas contra el cielo las raíces de cebolla, y todo el huerto se vestía de colores de boda. Hasta el cielo se avivaba. El viento perseguía en el firmamento unas admirables nubecillas blancas, que parecían manadas de corderos; el cielo se inundaba de cataratas de luces azules y doradas, y como si en las alturas se realizara una migración de pueblos celestes, pasaban en grupos inmensos los patos silvestres de dorado cuello, los gansos salvajes pardos, los cisnes blancos y las garzas color de alba.

Llegaba otra vez la primavera.

Aunque fueran las diez de la noche, aún se veía en el patio tan claramente como el día, Mezei anunció que iban a comenzar la última partida, pues del lado del Irtis ya empezaban a llegar las nubecillas plateadas de los mosquitos.

Camarada yacía en el umbral, y se abanicaba perezosamente con la cola. De repente, alzó la cabeza, se puso a ladrar, y corrió hacia la entrada.

En el instante siguiente entró Pedro de la calle. Venía apoyado en un bastón, y como si hubiese envejecido diez años. Los muchachos le reconocieron con dificultad, mas luego no se cansaban de prodigarle abrazos cordiales, saltando de los asientos, y en breves instantes, los siete se apretujaron en su derredor. Le asediaban a preguntas, le palpaban el vestido, como si no pudieran dar crédito a sus ojos.

Pedro llegó acompañado de una patrulla con la bayoneta calada, desde la Ciudadela, y con un papel, que entregó al stardchi.

Los mosquitos hacían ya imposible permanecer más tiempo en el patio. Entraron en el «salón». Todos se reunieron en torno de Pedro, para escuchar su historia. Algunos se sentaron sobre la mesa. Entraron incluso los asistentes, deteniéndose cerca de la pared. Le preguntaban tres a la vez. Mezei hizo callar a los impacientes y tocó el brazo a Pedro:

—Empieza por el día de vuestra marcha, cuando huisteis de aquí.

Pedro se puso a hablar. Su voz era algo velada, y en su mirada se revelaba el cansancio de un moribundo. Explicaba con todos los detalles la historia de su huida, desde aquel instante en que, al amanecer, una mañana de setiembre, vestidos de monjes rusos, habían traspasado el umbral del «Hotel de la Miseria», Zamák y él, A veces, intercalaba largas pausas, como si buceara en su memoria.

—Cuando en Kabarov un prapórchik nos detuvo, aquella noche a mi me llevaron al hospital, pues mi pantalón estaba lleno de sangre.

—Y a Zamák, ¿qué le pasó? —preguntó alguien del grupo. Pedro se encogió de

hombros.

—No lo sé. Espero que haya logrado llegar a casa. No le he visto más.

Pedro ignoraba que Zamák había muerto.

—¿Cuánto tiempo pasaste en el hospital?

—¿En el hospital? Me quedé hasta principios de octubre. Mi herida se gangrenó, y ya estaban a punto de amputarme la pierna.

—Y ahora, ¿ya estás bien?

Pedro extendió ante él la pierna atravesada por el balazo, mirándola como si fuera un objeto extraño que perteneciera a cualquier otro menos a él.

—Ya me han extraído la bala, pero aún no funciona igual que antes.

—Del hospital, ¿adonde te llevaron?

—A Omsk. Allí me tuvieron hasta casi Navidad. Cuando me hube cansado de la inseguridad de mi situación, un día pregunté al sargento de la prisión, qué harían conmigo.

—«Espera tranquilamente tu fin, batuska.», contestome el sargento. «Es posible que te fusilen, ¡qué sé yo...!» Ya os podéis imaginar cuan agradable fue mi estancia allí. Pero en enero, me trajeron otra vez a Tobolsk, y me formaron Consejo de Guerra. He pasado cuatro meses recluido en la Ciudadela. Me han libertado esta noche.

Los muchachos le miraban con ojos desencajados.

—¿Cómo? ¿Es posible que estés en Tobolsk desde hace cuatro meses? —preguntole Mezei, maravillado.

—En efecto —observó Pedro.

—Pero, ¿por qué no nos mandaste noticias tuyas?

—¡Qué más hubiera querido yo! Pero me era imposible. Me estaba prohibido hablar con nadie. En Omsk me habían quitado todo cuanto aún poseía y no tenía ni un copec para sobornar al stardchi.

Luego, miró en torno suyo, y preguntó, casi tímidamente:

—¿No habéis recibido carta para mí?

Mezei movió lentamente la cabeza para significarle que no.

—Tampoco la hemos recibido nosotros. Desde hace año y medio, el correo calla. Desde que tú te fuiste.

Pedro miró uno a uno los rostros de sus compañeros. Le parecía que Csaba había engordado, y que a Hirsch se le había caído incluso aquel poquísimo pelo que antes tenía. Los demás no habían cambiado.

—Y vosotros, ¿cómo estáis?

—Sin novedad, tranquilamente.

—Y los demás, ¿adónde están?

—Lajtai y Szabó se han escapado. Pocos días después de marcharte tú.

—¿Rosiczky?

Mezei no contestó en seguida.

—Se pasó a los rojos. Se ha hecho agitador. Lo lamento, pues era buen muchacho, Pero se ha vuelto loco. El granuja de Lukács le había embobado y se lo llevó. Quería «convencernos» también a nosotros.

—¿Y Pista Bartha?

—Está enfermo... —decía en voz baja Szentesi.

Pedro preguntó, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué tiene?

—La tisis.

—¡Oh, Dios santo...!

Calláronse otra vez.

—¿Le transportaron al hospital?

—No. Está arriba, en su cuarto.

Pedro volvió lentamente la cabeza hacia los asistentes, que estaban de pie cerca de la pared.

—Y de vosotros, ¿cuántos faltan?

Vedres contestó por ellos.

—Tres se pasaron a los rojos. Dos escaparon. Somogy, el pescador, murió.

Camarada, moviendo la cabeza, entró en el «salón», se acercó a Pedro y le colocó la cabeza sobre las rodillas. Así se quedó mirándolo, con los ojos entornados hacia arriba.

—Tú también, ¿estás aquí aún? —díjole Pedro, y se puso a frotar la raíz de las orejas del perro.

Luego se dirigió a Mezei:

—Y de konvois, ¿cómo estáis?

—Han quedado tres. ¿Te acuerdas del Gorila?

—¿De Yurovski?

—Sí. Nicolai, me acuerdo, el que aún está aquí, vino a verme una mañana diciéndome que tomáramos precauciones, pues Yurovski quería persuadirles a los demás para que nos asesinaran a todos.

—¿Qué habéis hecho con él?

—Vedres quiso abalanzarse sobre él con un cuchillo en la mano.

Vedres contemplaba modestamente la punta de su zapato.

—Yo mandé llamarle en seguida, le hablé con mucha amistad para convencerle, y hasta le di dinero...

—¿Todavía está aquí?

—Ya hace mucho tiempo que se fue. El otro día alguien vino a explicarnos que fue él quien asesino al Zar...

Poco después, se sentaron para cenar. En la expresión y en los largos silencios de

Pedro había algo que oprimía el ánimo de todos. Los dieciocho meses, el largo e inútil peregrinaje y la cárcel, le habían marcado profundamente con sus huellas.

Neteneczky, que se sentaba a su lado, le puso la mano en el hombro:

—No pierdas el ánimo, ¡hermano! Créeme, nosotros somos los más favorecidos por la suerte. Tenemos el privilegio de esperar a que todo se normalice, sin morir como unos perros.

Antes de acostarse, Pedro entró en la habitación de Bartha. Estuvo a punto de retroceder en la puerta. En la cama, yacía Pista Bartha, enflaquecido hasta los huesos, con la cara amarilla enmarcada en una barba de varias semanas. Junto a la cama, en una silla, estaba sentado su asistente, quien, al ver entrar a Pedro, se levantó y se cuadró militarmente.

Este se acercó a la cama. El enfermo fijó en él sus ojos áridos por la fiebre, como sobre un extranjero. Pero, a pesar de todo, acabó por conocerle.

—¿Has vuelto? —preguntó en voz baja.

—Sí. No logramos nuestro propósito. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Ahora, ya voy un poquitín mejor.

Apartó la mirada de Pedro, fijándola en el techo. Procuró toser en voz baja, precavidamente.

Se le veía en la cara que le molestaba ya hasta lo poco que le quedaba de vida. Cerró los ojos y no le preguntó nada más.

Pedro sentía que su garganta se estrangulaba. Poco después, volvió a su cuarto. Al ver otra vez en torno suyo las paredes conocidas, la estufa y el ángulo de la ventana, en el que su mirada inmóvil había descansado tantas veces, le parecía como si hubiera vuelto a su hogar auténtico. Pensando en Bartha, le vino la idea de que si era preciso morir, valía más hacerlo aquí. Durante cinco largos años, su vida se había pegado indisolublemente a esos tabiques miserables. Su corazón estaba tan cansado que ahora no quería pensar ni sentir. Decidió que, desde aquel momento, nunca más rebasaría el patio del «Hotel de la Miseria», y que ni siquiera iría a ver a Zinachka. Tan pronto como se hubo acostado, le venció un sueño sordo y profundo.

Pero a la mañana siguiente, pensó otra vez en la muchacha. Por la tarde, fue a la ciudad y se puso en camino hacia la calle Petrovka. Hacía año y medio que nada sabía de Zinachka.

Al colocar la mano sobre el pomo de la puerta de la calle, le atravesó la idea de que a lo mejor encontraría a otro hombre en el cuarto de la joven... sentado en aquel mismo rincón del vetusto diván verde, que antes había sido su puesto. Sin explicarse la causa, aquel pensamiento le dejó aterrado.

Desde el interior, se oía el ruido de una máquina de coser.

Cuando Pedro entró en la habitación, Zinachka le miró un instante con ojos incomprensivos. Mas inmediatamente dio un alarido de alegría, saltó del asiento y se

abrazó al cuello de Pedro.

A partir de aquel día, su antigua vida quedó reanudada nuevamente. Una vez Zinachka inclinó la cabeza sobre la mano de Pedro, y le dijo:

—El Señor en persona te ha enviado...

Siempre miraba a Pedro como a un ser en quien habitase algo sobrehumano, como alguien purificado y exaltado por tantos sentimientos. Vio en él a un mensajero cariñoso y suave, pero, sin embargo, provisto de una fuerza demoníaca.

Bartha vivía los últimos días de su vida. Csaba no se separaba de su cabecera. Colocaba su mano cariñosamente bajo el cuello flaco del enfermo, levantándole un poco la cabeza y diciéndole:

—Oye, tú, Pistukán^[54]... Bebe un poco de leche...

Al día siguiente, estaban sentados junto a la mesa, almorzando, cuando el asistente de Bartha, de puntillas, se acercó a Mezei y le susurró al oído, muy pálido:

—Perdone... Mi teniente ha muerto...

Todos se levantaron. Siguió a Mezei y entraron en el cuarto de Bartha. Eran siete. Poco a poco, entraron también los asistentes, sosteniendo en sus manos los harapientos gorros, y se detuvieron cerca de la pared. Apenas cabían en la habitación.

Mezei era el que se hallaba más cerca de la cama.

Contemplaba la cara del muerto, blanca como la cera, y cavilaba qué debía hacer ahora, para estar a la altura de la situación.

Neteneczky se volvió hacia los demás, como si les hiciera una señal; plegó luego las manos, bajó la cabeza sobre el pecho, y se puso a rezar en voz alta:

—Padre nuestro, que estás en el cielo...

Los demás, bajando la cabeza, repetían con él:

—... santificado sea tu nombre...

Se arrodillaron todos.

El diminuto cuarto se llenaba de voces de hombres murmurantes. Y parecía que las voces acariciaban el rostro del difunto.

El entierro se celebró al día siguiente, en el cementerio militar. El pope ruso cumplió con la ceremonia ritual rápidamente y sin fervor, como quien tiene mucha prisa. Los que eran calvinistas, entonaron junto a la tumba el salmo: «Juzga, Señor, a los que has de juzgar...».

Al volver del cementerio, Mezei mandó izar la bandera negra. Semanas más tarde, aquella bandera todavía continuaba flotando en la fachada del «Hotel de la Miseria».

Miett estaba sentada en la sala de espera de la consulta del doctor Varga. A su siniestra, se hundía en un mullido sillón un señor bien vestido, de mediana edad, con la cabeza vendada, como si llevara un turbante. No se podía saber si era a consecuencia de un duelo o de algún accidente ferroviario, aunque tampoco parecía imposible que fuera a consecuencia de algún atraco en la calle. En aquellos tiempos, después de la caída del bolchevismo, aparecían, por las calles de Budapest, esos señores con turbante^[55].

Su otra vecina era una señora de edad, vestida de luto, acompañada por una niña de unos diez años. La niña ojeaba un álbum de propaganda de algún balneario, con tono de importancia. Con sus manitas delgadas, en las cuales parecía tener alambres en vez de huesos, con su triste boquita de pajarito, en la que apenas se podía descubrir los estrechos labios sin sangre, provocaba cierta impresión de inquietante inverosimilitud.

La muchacha con toca blanca que hacía entrar por turno a los enfermos al oír tocar el timbre del doctor desde dentro, estaba sentada junto a la pared y leía el periódico del mediodía, acompañando con sonrisa mal disimulada alguna alegre historieta. Era una empleada nueva, la cual aún no conocía a Miett y así no la hizo pasar delante de los demás. Pero, hoy, Miett ni siquiera quería pasar antes.

Parecía muy pálida y deprimida. A veces, miraba por la ventana que daba al jardín del sanatorio, como si toda su atención quedara absorbida por el castaño salvaje que había ante la ventana, cuyos ramajes desnudos y negros estaban cubiertos por la fina escarcha de una lluvia plúmbea. Sus ojos estaban envueltos en la sombra de alguna gran tristeza interna. Clavaba su mirada durante muchos minutos en un punto invisible, y sólo de cuando en cuando giraba lentamente la cabeza, sin interés alguno, hacia las otras personas que esperaban, y que frecuentemente expresaban su impaciencia por algún movimiento de las piernas o carraspeando. Sólo la joven se sumergía muy contenta, y como olvidándose de todo, en la lectura.

Desde hacía ya tres semanas, Miett vivía sola. Golgonszky fue enviado, con una misión importante, a Varsovia, de donde, en el mejor de los casos, podía regresar, lo más pronto, hacia Pascuas. Los Cserey fueron entre los primeros que lograron hacer un viaje a Londres; y no hacía mucho tiempo, Miett había recibido una larga carta de Matilde, escrita en un papel de cartas con membrete del «Hotel Claridge», en la cual describía con entusiasmo la vida de allí, como si hubiera descubierto un continente nuevo.

Cuando el bolchevismo estalló en Hungría, los Cserey habían huido a tiempo a Viena, llevando consigo a Miett. Fueron momentos de gran excitación. Miett tuvo exactamente media hora de tiempo para decidirse, hacer los preparativos y la maleta.

Pocas semanas después, llegó también Golgonszky, sin afeitado, cubierto de lodo y calzando altas botas de caza, sin equipaje alguno. Tuvo que vadear el río Laita, en la frontera.

A pesar de todo, pasaron muy agradables meses en Viena. La ciudad estaba llena de húngaros, mas en aquellos tiempos a nadie se le hubiera ocurrido preguntar por qué se veía a Mielt siempre en compañía de Golgonszky. ¿Quién hubiera parado mientes en tales nimiedades?

Habían pasado en Viena cerca de medio año, y la situación en que se encontraban allí produjo una feliz tregua en sus amores, que en los últimos tiempos ya eran cada vez más violentos y desesperados.

Lograron arreglar las cosas de manera que los Cserey no se enteraron de nada. Golgonszky vivía en otro hotel, mas no por eso dejaba de pasar casi todas las horas del día en compañía de los Cserey.

Matilde pudo realizar uno de sus más viejos deseos al enseñarle a Mielt el bridge. Todas las tardes, los restos de la buena sociedad de Budapest de antaño se reunían en el hall del hotel vienes. Cada cual traía alguna noticia nueva y durante muchas horas comentaban las últimas que se recibían de Hungría.

En aquellas tertulias, Mielt y Golgonszky parecían evitarse. Tomaban muchísimas precauciones y consiguieron burlar incluso la clarividente mirada, siempre en acecho, de Matilde. Durante largas jornadas, ni siquiera lograban pasar unos instantes en que pudieran reunirse, y cuando, a veces, la casualidad quería que se quedasen solos, los pocos minutos, que parecían robados, dulcificaban aún más su amor. En tales ocasiones, iban tejiendo rápida y nerviosamente sus proyectos, para concertar dónde y cuándo podían verse.

De conocer Matilde la vida de Mielt, sin duda le hubiera asegurado mucha más libertad, pues era persona comprensiva y discreta que sabía perdonar muchas cosas. Mas precisamente por no sospechar absolutamente nada, estaba casi pegada a Mielt, sofocándola con su amabilidad y cariño.

Así, pues, sólo muy raras veces conseguía arreglar las cosas de manera que pudieran pasear algunas horas juntos.

Por lo demás, en presencia de los otros se trataban siempre como dos conocidos simpáticos, pero indiferentes, lo que confería un carácter emocionante e inédito a sus amores. Pasaban muchas horas en la mesa del bridge, sentado uno frente al otro, cambiando palabras insignificantes, o tomándose burlescamente el pelo, según el tono general de la conversación, pero sin esbozar siquiera lo que se escondía tras el antifaz social.

Aquellas jornadas de Viena llegaron a ser inolvidables para los dos...

Mielt fue despertada del ensueño por el estridente sonar del timbre del médico.

Abrióse la puerta del consultorio, y salió por ella un anciano alto, con las huellas

en el rostro de la conversación sostenida con el doctor. La criada hizo una seña deferente al señor del turbante, y la madre vestida de luto envió un pequeño suspiro en dirección de la puerta que acababa de cenarse, como si pensara en el tiempo necesario para abrir aquella enorme venda, y volver a ponerla en la cabeza de aquél caballero.

Mas, por fin, pasó también aquella media hora, y después de la señora de luto, le tocó a Mielt el turno de entrar.

Varga se quedó sorprendido al verla, y, cogiéndola por el brazo, casi la arrastró hacia el interior del consultorio.

—Y ¿qué? —preguntó con expresión de cariño preocupado.

Mielt no contestó. Estaba mortalmente pálida, cerró los ojos, y con un hombro se apoyó en la puerta, como si estuviera a punto de desplomarse desmayada. Varga sostenía en su mano la de Mielt como si quisiera sopesar aquel brazo inerte.

Al mismo tiempo escrutaba con su mirada el semblante de Mielt, y tras unos instantes de reflexión, le fue fácil adivinar que Mielt estaba enferma.

—¿Siente usted algún dolor? —le preguntó.

Mielt no abrió siquiera los ojos, asintiendo con la cabeza.

Varga se acercó a la ventana y, mirando hacia el jardín, le hizo algunas preguntas, sin dirigirse a ella, como si hablara a los árboles. Después, volvió otra vez hacia Mielt, que aún estaba de pie, apoyada en la puerta, con los ojos a medio cerrar, pálida y a punto de desmayarse. Cariñosamente y a guisa de burla, Varga le apretó la punta de la nariz; gesto con el que el médico suele despertar, como apretando un botón, la presencia de ánimo de la enferma de fácil pronóstico, a la que toma jovialmente por una niña.

—¡Bueno, bueno! Ya verá como no hay ningún motivo para inquietarse.

El médico la invitó, con un gesto, a sentarse sobre el lecho de auscultación. Aquel mueble mullido y cubierto de linóleo blanco, le infundió un frío estremecedor al sentarse en él. El roce helado de linóleo, más que ninguna otra causa, le hizo castañetear los dientes.

Varga le ofreció un cigarrillo egipcio.

Se extendió en torno de ambos cierto silencio extraño, en el cual se oía hasta el rasgar del papel de plata con el que estaba forrada la cajita de cigarrillos. Mielt extendió una mano temblorosa hacia el cigarrillo.

El cigarrillo, en aquella situación, carecía absolutamente de sentido, y servía sólo para desviar un tanto la atención de Mielt.

Varga se acercó otra vez a la mesa y puso algo en un infiernillo, sin que Mielt pudiera ver el instrumento.

—Y Tomi, ¿qué hace? ¿Lo tiene aún?

—Sí —contestó Mielt en voz baja.

Pasaron así varios minutos; en la mano de Miett, el cigarrillo se apagó.

El doctor Varga, mientras tanto, extendía una receta. Luego se plantó ante Miett y tomando entre sus dedos el mentón de la joven, la contempló largo rato con ternura y cariño.

—¿Debo mandar a buscar un coche, querida Miett?

—No, muchas gracias —dijo musitando Miett. Se despidió de Varga y salió del consultorio.

Entre tanto, habían llegado nuevos pacientes: dos señoras y un caballero. Estaban sentadas bajo la luz eléctrica, porque ya empezaba a oscurecer afuera. Miett atravesó con paso rápido la sala de espera, y sin embargo, se había llevado consigo a la calle los semblantes de aquellas personas que estaban esperando. Aquellas caras se le pegaban al alma como unas asquerosas hojas de atrapamoscas. No conseguía liberarse de ellas, y tenía la impresión de que aquellas miradas que se habían deslizado sobre su figura, habían podido atravesar las paredes.

Tomó un coche de alquiler que pasaba y se hizo llevar a su casa.

Al llegar y atravesar el comedor se detuvo en el sitio ocupado antes por el piano. No encendió la luz; se quedó en medio de la habitación, como presa de alguna sensación terrible.

A través de la ventana entraba el crepúsculo del invierno, mezclado con las luces de los faroles del exterior. La penumbra apenas permitía adivinar el retrato de su madre, que ahora parecía ver y callar en el oscuro marco, como un espectral fantasma de ultratumba.

Miett permaneció largo rato inmóvil en el mismo puesto, y se la hubiera podido tomar en la penumbra por un objeto inanimado o por un mueble. Escuchaba aquel extraño silencio, como si escuchara los sonidos de su propia alma.

Después, echó una mirada circular sobre el salón. El suelo brillaba suavemente, pues también en aquel cuarto hubo de vender las dos grandes alfombras de Persia. Miraba en torno suyo, como si hubiera venido por primera vez en su vida a aquella habitación. Su devastación le llegaba en esos momentos hasta el fondo de su corazón. Era una sensación que infundía en ella la idea de la muerte total, descubriendo ante sí la realidad desnuda. No conseguía darse cuenta exacta de esa sensación completamente nueva para ella. Tenía la misma impresión que si la hubieran despojado de todo y ahora tuviera que morir. El jugador debe tener sin duda sensaciones por el estilo, cuando, hacia la madrugada, se queda solo junto a la mesa de bacará, o aquel que se despierta de su borrachera en medio de botellas vacías, descubriendo en su boca el gusto asqueroso y ácido del vómito, mientras su razón, esclareciéndose, piensa en su revólver.

¿Cómo podía ser que hasta ahora nunca hubiese despertado a la conciencia de la realidad, que ni siquiera una vez surgiese de su garganta un desesperado alarido para

llamar la atención de su alma?

Se echó sobre el diván y cruzó las manos sobre el pecho. Su entendimiento desplegaba grandes esfuerzos para poder luchar contra aquella oscuridad que parecía invadir su espíritu. Buscaba a Dios en aquella penumbra, sin encontrarle.

«¿Qué mal he hecho y a quién?», se preguntaba a sí misma con voz cavernosa.

«¿Qué mal he hecho, pobre de mí, para que el Señor me castigue tan severamente? ¿Qué fuerza es aquélla que significa en mi interior la vida, y que me venía empujando a derecha e izquierda, que estaba allí sin que yo quisiese y sin tener la energía de resistirle?».

«¿Qué mal he hecho y a quién?», preguntó otra vez, moviendo los labios, y en voz tan alta que, de encontrarse alguien en la habitación, lo hubiera, sin duda, oído.

Sus pensamientos iban palpándose lentamente, como manos cautas que quisieran arrancarle la vida y el alma hasta sus raíces.

«¿Había querido llegar al mundo? Mi padre... Mi padre... Se fueron y me dejaron sola, lanzada sobre el inmundo estercolero de la vida... Todo el mundo me ha abandonado... Y ¿por qué me abandonó Pedro? Hubo quienes lograron escapar al primer año... ¿Por qué no había de tener él valor y ánimo para volver a salvarme a mí...? Iván Golgonszky... Sí, fui yo la débil, mas él, ¿qué hizo? En un principio, me dijo que sería una alevosía... Después, me tomó a pesar de todo, y así he llegado hasta aquí. Él, ¿qué me ha dado a cambio de la tranquilidad de mi alma?».

La invadieron dolores tan fuertes que a veces gemía en voz alta.

En su memoria, iban mezclándose confusamente cosas sin conexión alguna. Sentía un asco tan grande que se volvió penosamente sobre el otro lado, mordiendo con dientes rabiosos la almohada de seda.

Después de aquel brusco movimiento, experimentó otra vez el dolor especial que había traído consigo del consultorio del médico. Se puso a observar asustada en su interior aquellas laceraciones apenas sensibles y que, no obstante, parecían volverla loca.

Cogió el almohadón para quitárselo de la cabeza, y en ese instante, el cojín la miró a ella. La miró como una cara sombría y meditabunda, con unas arrugas profundas, y Miett vio de nuevo aquel mismo cojín, en aquella noche de agosto cuando acababa de volver de la estación, y encontró aún entre sus pliegues aquellas huellas del último abrazo de Pedro.

Acechó con el oído hacia el despacho de su padre, mas venía un profundo y misterioso silencio.

¿Qué pasaría, si también ella muriera?

Encontró ahora esta idea muy sencilla y bella, sin ver en ella nada horroroso. Escribiría dos cartas: una a Pedro, y otra a Golgonszky. Pensó en el texto de esas cartas y vio claramente sus largas letras de tinta morada en el papel, A Pedro, sólo le

escribiría una frase: «¿Por qué me dejaste sola?». Esas pocas palabras revelarían todos los secretos de su existencia, como asimismo su arrepentimiento, pidiéndole mil perdones. Y todo su amor, su humildad y su castigo. Y a Golgonszky, sólo le escribiría: «¿Qué fuiste tú para mí?». Nada más, tan sólo esas cinco palabras, que contienen ya todo el angustioso problema: ¿qué fuiste tú para mí: el máximo regalo de la vida, el divino deleite del amor, o el ángel de la muerte?

Se incorporó sobre el diván, para acercarse al escritorio y redactar aquellas dos cartas. Tenía tan pocas fuerzas que apenas logró arrastrarse hasta allí. Cuando encendió la lámpara y la luz amarilla lo inundó todo en tomo suyo, le pareció como si se desvanecieran aquellas palabras que acababa de concebir hacía unos instantes.

Dejó la lámpara encendida y volvió a tenderse sobre el diván.

Mili entró en el comedor y, encendiendo la luz, comenzó a poner la mesa.

Miett encontró horrible e incomprensible la idea de levantarse, sentarse a la mesa y cenar sola.

De la otra habitación, entró el perrito, y se buscó un rincón caliente cerca de la estufa. Se arrastraba con dificultad, pues había envejecido mucho, Miett contempló a Tomi y recordó las palabras pronunciadas meses atrás por Golgonszky, cuando una noche se estaban paseando por los montes de Buda: «Sería preciso matar a esa pobre bestia... No se debe permitir que sufra. Yo me encargaría de darle el tiro de gracia...».

Tomi, ¿cuántos años debía tener? Trece, en efecto. Ella, era una mocita de quince años, y acababa de volver del convento a casa de sus abuelos, para las vacaciones de Pascua, cuando se lo regalaron. Entonces, el perrito apenas tenía unas semanas.

Tomi ahora ya no tenía fuerzas para saltar sobre el diván, y se contentaba con tenderse en el suelo, cerca de la estufa. Yacía allí también esta vez reposando la cabeza inteligente sobre las patas delanteras extendidas. Miett contemplaba el pobre animal que, junto a la estufa, parecía un trapo gris arrojado allí al azar.

Pensando en el perrito, su alma parecía descansar un poco, mas luego se sintió arrastrada de nuevo por el deseo avasallador de aniquilarse. El asco que sentía hacia sí misma, se mezclaba en su fuero interno con aquel lacerante dolor que sentía cuando se acordaba de su padre. Y todo ello se confundía con aquella enloquecedora inseguridad que experimentaba al pensar en el sino de Pedro, o con aquellos deseos ardorosos e hirientes, con aquel amor abrasador que Golgonszky encendiera en ella. Se puso otra vez a llorar con desesperación. Luego, de repente, sin transición alguna, volvió a callarse. Se callaba como una niña que, de improviso, oye voces o ve extrañas visiones. En sus nervios, algo acababa de romperse, y ahora, como a través de un dique roto, afluía a su alma la idea de la muerte. Y ese flujo la bañaba en una gran inquietud milagrosa, como cuando la inundación de la primavera se extiende con terrible y majestuosa calma sobre los surcos pardos de la tierra, los eriales rubios, los

negros hoyos, la senda florida, los sauces en interminable fila, cubriendo con el espejo de lo infinito todo el paisaje, reflejando en él el firmamento. Así se hundían ahora todos los recuerdos, en el pensamiento de la muerte.

Como una luz plateada y transparente, como algún ligero e incorpóreo fluido, se extendía en torno suyo la suprema idea. Oscureció su mirada y confirió cierta inverosímil inmaterialidad a los objetos: el escritorio, los pisapapeles, la silla en que estaba sentada y todo cuanto su confusa e insensata mirada podía abrazar de golpe. Experimentaba un deseo apasionado e irresistible de hacer desaparecer la terrible causa de sus lacerantes dolores: la vida. Veíase en la gloria de una calma milagrosa, más allá del umbral de la muerte, exaltada en la imaginación de todos aquellos que la habían conocido. Se veía extendida en el catafalco, en aquella misma habitación en la que se instalara la capilla ardiente de su padre, en la negra noche de los crespones fúnebres, en la velada de los cirios, bajo el fino contacto de flores y velos, cerca de su cabeza, con el invisible ángel del perdón.

El pensamiento reposaba largo rato en aquella representación. La última imagen confusa se anquilosaba en su alma que se debatía convulsivamente, y como si todos los tormentos hubieran desaparecido de repente.

Abrió el último cajón del escritorio, en el cual, en medio de unos proyectiles cilíndricos y amarillos para arma de caza, yacía el revólver de Pedro. Durante muchos minutos, luchó con aquel arma palpándola y acariciándola, para descubrir el secreto de su mecanismo, mientras un terrible dolor iba mordiendo su corazón, impulsándole a colocarse lo antes posible más allá de aquel tormento. Se sentía presa de un irresistible nerviosismo, de una impaciencia enloquecedora, y al ver que no acertaba a hacer funcionar el revólver, lo tiró lejos de ella.

Se precipitó en la otra habitación, se detuvo un instante pero ya no había nada que hubiera podido retenerla, y salió corriendo por el pasillo de la casa. Corría hacia la escalera de servicio, subía los peldaños de tres en tres, hasta llegar al último piso. La arrastraba una fuerza desconocida que no era la suya.

Llegada al pasillo más alto, agarró la baranda de hierro y con la parte superior del cuerpo se inclinó sobre el abismo. Sus dedos se pegaban convulsivamente sobre la baranda cubierta de orín, y el equilibrio de su cuerpo estaba ya en el vacío. Lanzó un alarido terrible.

Ya eran más de las diez, la puerta de la calle estaba cerrada y aquel grito prolongado, que no parecía terminar, cortó el silencio del patio lleno de ecos de la gran casa de alquiler. En los marcos de las puertas de las cocinas, aparecían asustadas caras de criadas y por la oscura escalera, oíanse pasos de unos pies que subían corriendo.

Miett se hallaba suspendida en el aire, encima del precipicio, cuando una mano la aferró brutalmente por el hombro, y la volvió a colocar en el suelo.

Cuando después de mucho tiempo hubo vuelto en sí, se encontraba en un cuartito pobre y vetusto, extendida en un viejo sofá, al que le faltaba una pata, que había sido sustituida por un montoncito de libros. Era el cuartito del señor Sinka, aquel simpático y dulce señor Sinka del cual Rózsi le había hablado un día, contándole cómo se calentaba la cama, durante el invierno, con un ladrillo recalentado. El cuartito estaba lleno de vecinos y criadas. El señor Sinka, cuyo cuello estaba oprimido por un cuello postizo de caucho, con reflejos azulados, inclinó sobre Miett su cara sembrada de pecas, pálida por la excitación sufrida, y le preguntó en un tono preocupado y quejumbroso:

—Querida señora..., querida señora... No se preocupe por nada...

Miett fijó en él su mirada, con una tristeza y ternura infinitas:

—No... —dijo en voz muy baja, y cerró los ojos. Un instante después, sentía como una mano acariciaba la suya, una mano cuyo contacto era áspero y húmedo, pero que le comunicaba un poco de entristecido cariño, y que debía de ser, sin duda, la mano de una criada de la casa.

Aquel larguísimo invierno pesaba sobre el «Hotel de la Miseria» y sobre sus habitantes como la tapa de un ataúd. Apenas salían de sus habitaciones, y sólo poquísimas veces se atrevían a salir al patio, para no llamar la atención de los comisarios de sector de los Soviets que, por casualidad, deambulaban acechando por los alrededores.

En la ciudad se estaba desencadenando el espíritu sangriento y perturbado del Soviet.

Doróviev, el capitán del Estado Mayor de antaño, por mucho que alardeara de ser rojo, seguía siendo en el fondo el hijo del terrateniente noble de Novgorod, el cual, muchos años antes de la guerra, había recorrido gran parte de Europa, pasando unos días inolvidables en Viena. Doróviev fue su suerte y su salvación.

—Por ahora se han olvidado de vosotros, ¡pero, quedaos quietos! Debéis moveros lo menos posible; si no, también a vosotros os llevarían a Kabarov...

Y ellos sabían perfectamente que en el campo de Kabarov la situación era mil veces más terrible aún. Se escondían entre las paredes del «Hotel de la Miseria» tan amedrentados, que apenas se atrevían a respirar. Sólo alguna mañana, al despuntar el alba, se deslizaban al patio para estirar los miembros relajados por tan prolongada inacción. Y cuando comenzaban a escasear los víveres, solían bajar, de noche, a pescar sobre el hielo del Irtis. Vedres, de tarde en tarde, en la oscuridad de la noche, se dedicaba a su pasión de patinar en el patio.

Zinachka, en compañía del anciano Dimitri, se había trasladado a «La Casa de los Corzos». Llamaban así a la pequeña granja que había comprado la madre de la muchacha, al quedarse viuda y sola. «La Casa de los Corzos» era un diminuto edificio, muy pulcro, pintado de blanco, en medio de un huerto frutal y unos campos de labranza que pertenecían igualmente a la propiedad. Estaba situada a unos cuantos kilómetros de Tobolsk, casi a orillas del Irtis, en el lomo de una colina. El nombre provenía de que antaño, el príncipe Orlew solía cazar por allí corzos.

Desde su traslado a «La Casa de los Corzos», Pedro sólo había visitado a Zinachka dos veces. Estas excursiones resultaban ahora tan peligrosas como extenuantes, pues era preciso recorrer varios kilómetros en la nieve y en la oscuridad.

Aquellos meses fueron los más terribles del bolchevismo. Corría a través de las inmensas estepas rusas, cual un tornado, el espíritu de la matanza y de la destrucción, que arrasaba a veces aldeas enteras. Y por doquier cundía el hambre. En las escalinatas de las iglesias, se podían ver sentadas señoras antaño distinguidas, extendiendo sus esqueléticos brazos, y mendigando pan.

En Omsk, los bolcheviques habían matado en un solo día a tres mil personas.

Sobre las inmensas tierras de Rusia se extendía el hambre y la muerte. Lo que

ocurría entonces rebasaba lo imaginable. Parecía una terrible pesadilla de fantasmas. En aquel invierno, en toda Rusia brillaron los rayos violetas del dolor.

¿Qué ocurría?

Se verificaba la más grandiosa catástrofe de la historia mundial sobre la vastísima extensión de las interminables tierras rusas, que costó la vida a treinta millones de seres humanos.

Mas, ¿qué fue aquel horror tan grandioso, aquel universo arrancado de sus quicios que exhibía huesos ensangrentados y entrañas humeantes y que se denominaba bolchevismo?

«El bolchevismo es el cadáver de la guerra...», inscribía a la sazón en su diario íntimo y secreto Merejkovski, el cual pasaba hambre y frío en un minúsculo cuartito de Petrogrado. Aquel inmenso cadáver iba pudriéndose y con su hedor de podredumbre llenaba toda la extensión de Rusia. Aquella calavera inmensa vertía veneno cadavérico sobre la vida, la moral, la religión y sobre todos los valores humanos.

Era una idea tremenda, inventada por los judíos atormentados y oprimidos, realizada por los tártaros de mejillas salientes y sufrida por los eslavos mansos y rubios.

Como un horripilante astro sexagonal, la idea diabólica había brotado en el cerebro de Lenin, con su cara de sátiro, que también era de origen tártaro. Como el demonio de la voluntad y de la transmisión de la energía personal, erguía iluminado por proyectores, encima de las masas enloquecidas, extendía el brazo y decía: «¡Matad a vuestros hermanos!».

Y ellos mataban.

Primero, destruyeron la religión. Aquella ortodoxia oriental, que era la única fuerza para sostenerlo todo, la quitaron a culetazos del cuerpo de Rusia, como los aros de hierro de un barril gigantesco. Entre los diques derrumbados, extendíase, como el alcohol ardiendo, la locura judía, la sed de sangre mongólica, y el histerismo del alma rusa gravemente enferma.

De repente, surgió reproducido en millones de copias, el lacayo Smirdiakov, que, hasta entonces, sólo había vivido en la enfermiza imaginación de Dostoievsky y que sólo tenía una ciencia cierta: la inexistencia de Dios.

Fuera, en los frentes, en las trincheras, los soldados asesinaron a sus oficiales, y regresaron a sus casas. En el interior, todo estaba ardiendo en llamas. El rostro suave y atormentado de la soñadora Rusia quedó transfigurado de repente: se asomó a él aquella otra alma rusa que, antaño, Iván el Terrible había arrastrado consigo.

En efecto, los rusos tienen dos almas distintas. El alma rusa está cansada; bosteza, como si se hallase siempre narcotizada; le complace la música, le gusta postrarse ante las imágenes sacras; escucha en su fuero interno el musitar de las supersticiones; es

capaz de sumirse en el aburrimiento inmóvil de las casas solariegas de provincias y de los largos inviernos, cual un cadáver en un tranquilo estanque; mas si una vez se propone algún objetivo vital, queda transfigurada en el acto. El estudiante hambriento que lleva pantalones agujereados, quiere redimir el universo. La pálida hija del Gobernador, que hasta ahora venía estudiando con aplicación los verbos irregulares del idioma francés, se hace cortar el pelo, sus ojos desorbitados se llenan con la gloria de la Idea, y lanzará bombas. El humilde mujik, que venía meciendo soñoliento la cuna del hijito del amo, cambia de expresión y se metamorfosea en fiera. Despelleja la mano viva de un hombre, como si fuera un horrendo guante rojo. Los rusos, santos y fanáticos, se hacen revolucionarios.

En las honduras de las infinitas estepas rusas, en las aldeas olvidadas y en las yurtas cubiertas de pieles de animales, más de un millón de seres humanos vivía al nivel de una civilización que se había estancado en los tiempos de las invasiones tártaras, y todos salieron entonces de sus escondrijos.

Los arroyos de sangre llegaron también en su flujo a Tobolsk. A veces, incluso desde el «Hotel de la Miseria» se podía oír la detonación de las descargas cerradas en la ciudad. Por Año Nuevo, los bolcheviques habían ejecutado a doscientas personas en el patio del Gobierno Civil; su jefe en la ciudad era un marinero apellidado Izvuskiy. Se hallaban entre los asesinados Igor Krúkov, el grueso propietario del restaurante del «Hotel Laskutnaía», el cual, durante los primeros días de la estancia de nuestros prisioneros en Tobolsk, les había dado de comer; y Lijárov, el farmacéutico. Los cadáveres, atados con cuerdas, helados y endurecidos como la piedra, permanecieron durante varios días al pie del muro, sobre la nieve.

Precisamente en aquellos días, Pedro recibió la carta de su hermana, que Sári le escribió para comunicarle que su madre había sufrido trastornos en los riñones, muriendo a los pocos días. La enterraron en Brassó.

Aquella carta no le produjo ninguna emoción, como si todo cuanto le ocurría a él personalmente o en torno suyo, ya no tuviera relación alguna con la realidad. Y sentía su vida de antaño tan alejada, hundida tan profundamente en el tiempo, que parecía haberse esfumado de una vez para siempre, y que no hubiera de tener ya continuación.

Poco después, llegó carta también de Miett. Todas esas cartas no les llegaban por el correo ruso, sino por las expediciones de la Cruz Roja Internacional. La carta de Miett había llegado por China, como si el alma de la antigua Miett de antaño estuviera extraviada por alguna parte, por encima de los océanos.

«... acaso valdría más que no volviéramos a vernos nunca —escribía Miett—. Tu mirada me escrutaría eternamente, para saber si me había conservado pura para ti, y la mía te preguntaría lo mismo. Nunca

hablaríamos de ello, pero nos odiaríamos, odiaríamos mutuamente los secretos del otro, que existen por la única razón de que creemos en su existencia. ¿Quién sabe si nuestras almas podrán volver a encontrarse aún?».

Pedro apartó y aguardó la carta, con el corazón árido y desierto.

Poco a poco, llegaba la primavera.

El Irtis enviaba ligeras y perfumadas brisas, trayendo consigo los buenos olores de los bosques de olmos jóvenes. Y en aquel año, en el año veinte, la primavera fue más embriagadora que nunca.

Los primeros frutos de las tierras primaverales salvaron a los hombres de morir de hambre. En los bosques, en las praderas cubiertas de plantas silvestres, abundaban las liebres hasta tal punto, que con un palo se las podía cazar. Los bosques que bordean el Irtis negreaban por los millares de cuervos, de cuyos nidos podían robarse los polluelos.

En aquel rico despertar de la Naturaleza, incluso la furia de los bolcheviques disminuyó algo, Tobolsk recobraba más o menos su aspecto normal, y aunque los soviets prohibiesen rigurosamente cualquier comercio, en los mercados de verduras volvieron otra vez a extender sus cestas los hortelanos. Al acercarse el comisario del pueblo, cogían los cestos y huían corriendo. A una niña de doce años, sorprendida vendiendo coles, la habían matado a palos. Pero, al día siguiente, las vendedoras de verduras reaparecieron.

Las tiendas permanecían cerradas, pero por quinientos rublos ya se podía obtener medio kilo de carne de ternera. Las mujeres tártaras, yendo de puerta en puerta, vendían unos bollos con canela. Lo único que no se podía comprar ni por un ojo de la cara, eran prendas de vestir y zapatos. Un día vieron en la calle Mayor a una señora que en un pie calzaba un zapatito amarillo, y en el otro, llevaba un trozo de corteza de árbol sujeto con cordeles.

En los últimos tiempos, los oficiales se atrevieron a presentarse otra vez en la ciudad. Las lunas de la farmacia de Lijárov estaban rotas, la tienda ofrecía el aspecto de un montón de ladrillos y yeso, y estaba sembrada de excrementos humanos. La Iglesia, la esbelta Kasanski Sobor, con su cúpula soñolienta, en cuyo suelo de piedra Pedro había visto por vez primera a Zinachka, no tenía más que cuatro paredes sin techo. La cúpula azul que se había derrumbado entre los muros negros de humo, parecía un pedazo caído del mismísimo cielo.

Los muchachos ya no calculaban por años el tiempo que les faltaba para dejar de ser prisioneros, sino por meses. Al puerto de Vladivostok había llegado el primer vapor japonés, para recoger a los prisioneros que regresaran a la patria.

A Pedro le dominaba una gran indiferencia, ante la idea de volver a su casa.

A fines de abril, hubo un gran acontecimiento en el «Hotel de la Miseria». Csaba

anunció que se iba a casar con Tatiana, la hija de Fedor Gúchkov, comerciante de pieles.

Todos los camaradas quedaron invitados al solemne acto de prometerse.

Mezei propuso que la fiesta íntima se celebrara al aire libre, en algún clavero del bosque. Todos se mostraron partidarios de esta idea.

Szentesi dio un puñetazo en la mesa, y tras un instante de reflexión, exclamó:

—Muchachos, y ¿qué pasaría si cada cual trajera a la amada de su corazón?

Vedres soltó una carcajada, y dio un golpe en la espalda de Szentesi.

—A fin de cuentas, formamos una sola familia, ¿no?

Los demás se movían inquietos en las sillas, sumidos en profunda reflexión. Neteneczky observó con tristeza:

—¡Yo soy viudo, de momento, pues ella está fuera de Tobolsk!

Mezei se torcía algo embarazado el bigote, y de repente, apareció ante sus ojos espirituales la figura algo rechoncha y poco juvenil de la viuda de Isaac Kasínov, a quien no tenía excesivos deseos de exponer a la vista de los muchachos.

Ideas análogas debían ocupar también a Hirsch. Sin embargo, fue el primero en hablar:

—Szentesi tiene razón. Pero os advierto de antemano que mi novia no es ninguna Venus de Milo...

Szentesi se reía a carcajadas:

—Oye, mi querido Zoli, ¡tampoco a ti te fabricó para Apolo el señor Hirsch, padre!

Efectivamente, la nariz de Hirsch había crecido aún más durante los años de Siberia, y su cráneo se había vuelto completamente calvo.

También Mezei se propuso construir un puente para la digna viuda de Isaac Kasínov:

—Cada uno tiene la mujer que ha podido encontrar.

Quedaron de acuerdo en que organizarían un pic-nic.

Cuando al día siguiente, Pedro comunicó el proyecto a Zinachka, el rostro de la muchacha se cubrió de alegría:

—¡Hagámoslo en «La Casa de los Corzos»! ¡Ahora se abren las rosas silvestres!

—Preguntaré a los muchachos qué les parece la idea... —contestó Pedro.

Aquéllos, naturalmente, se mostraron encantados.

El noviazgo fue celebrado el domingo por la noche, en el patio de «La Casa de los Corzos». El viejo Dimitri blanqueó la casa ex profeso para el acontecimiento, Las paredes se destacaban sobre el fondo verde oscuro desde muy lejos.

La casa estaba construida en la loma de una colina, a unos cien pasos de la carretera, en su bifurcación, A siniestra, un brazo desaparecía tras una colina hacia Tobolsk, mientras el otro, a la derecha, bajaba en dirección a los bosques de olmos,

conduciendo directamente por un bello camino hacia la aldea de Ozov.

La fachada de «La Casa de los Corzos» estaba cubierta de rosas silvestres.

Los convidados empezaron a congregarse hacia las siete de la tarde. Llegaron en tres coches. El primero estaba ocupado por el señor Gúchkov, con su esposa y su hija Tatiana. Csaba venía sentado en el pescante, al lado del cochero, guiando él mismo los caballos. En el segundo coche iban Mezei, Vedres y Altmayer, y en el tercero, Neteneczky, Szentesi y Hirsch. Cada uno iba acompañado por una señora. Apenas cabían en los coches. Sólo Netene venía sin pareja.

Camarada les seguía corriendo detrás de los coches. Szentesi le lanzaba continuamente gritos y silbidos.

Pedro y Zinachka habían llegado antes, para esperar a los convidados.

Después de las presentaciones mutuas, en los primeros momentos el ambiente resultaba un poco cargado; pero, poco a poco, se instauró la confianza.

De Zinachka se había apoderado el nerviosismo y la inquietud de las amas de casa. Entraba corriendo en el interior para ayudar a Dimitri a sacar sillas. Pero Tatiana la detuvo:

—Deja esas sillas, Zinachka Ignátova... Nos sentaremos en este césped tan hermoso...

Todos se instalaron en el suelo. Las faldas de las mujeres, extendidas, florecieron como flores gigantes de color azul, amarillo y rojo sobre el verde césped. En cestas, cada cual había traído las provisiones.

El sol ascendía lentamente, y su disco rojo había alcanzado ya el fino perfil de una colina, tiñendo de oro la pradera en torno del grupo.

El señor Gúchkov colocó su sombrero junto a él, sobre la hierba.

—¡Qué hermoso es todo esto! —dijo y cruzó los brazos sobre el pecho.

Abajo, más allá de la carretera, brillaban muy blancos los troncos de los olmos jóvenes, como si se riesen a carcajadas, enseñando los dientes, con una risita silenciosa que no llegaba hasta allí.

El señor Gúchkov tenía la cabeza lisa, pero, en su mentón llevaba una graciosa perilla, color cerezo, que era tan sedosa y espesa como una piel de animal. La esposa de Gúchkov paseaba su mirada con cariño y emoción sobre todos los reunidos; tenía una naricita corta y una barba redonda. Vigilaba todos los gestos de su hija Tatiana, para darse cuenta de si su hija gustaba a esos extranjeros.

En su traje de tul, Tatiana era como una gran mariposa silvestre. También en su rostro había algo que evocaba una mariposa de ojos córneos y de alas pardas y rosáceas. Su cara aparecía cubierta por una gruesa capa de polvos y de crema, como las alas de la mariposa por el polen. Era fea, mas en aquella fealdad había cierta hermosura.

La alegría iba subiendo de tono. Encendieron un fuego en medio del patio, y

Szentesi, presumiendo de entendido, comenzó a dar vueltas a los asadores como si se hubiese encontrado entre los viñedos de su casa. Poco después, la atmósfera se llenó con el agradable crepitar del tocino que se asaba con su fuerte olor a grasa.

Al lado de Hirsch se sentaba una mujer de unos treinta años que, al reír, descubría dos mellas en los incisivos. Su semblante, de marcados rasgos semíticos, estaba sembrado de pecas, y tenía un fuerte entrecejo de color de pan tostado. Sin embargo, debía de ser buena persona, pues colmaba a Hirsch con visibles señales de ternura. Le cortaba con sus propias manos el tocino asado, y lo colocaba sobre un pedazo de pan, antes de tenderse a Hirsch.

Junto a Szentesi estaba sentada una mujercita de facciones tártaras, con mejillas coloradas y ojos alegres y curiosos, con el corto cuello encogido. En los tobillos fuertes, las medias negras amenazaban romperse, por la tensión.

Entre las muchachas, la más hermosa era Anna Röcker, que no se alejaba ni un solo instante del lado de Vedres.

Su hermana mayor, que acompañaba a Altmayer, se parecía mucho a ella, pero no era tan hermosa. Tenía aspecto friolento y enfermizo. Altmayer quería colocarle sobre los hombros constantemente un pañolón, pero ella protestaba afectada y nerviosa. Anna era en todo su antípoda. Con un gran moño rubio, se paseaba entre los grupos, estaba de buen humor, movía el delicioso talle y no cesaba de reír continuamente.

La familia Röcker había sido internada en Tobolsk, a principios de la guerra.

La viuda de Isaac Kasínov pasaba ya de los cuarenta. Era una señora de labios finos, con cara seria, que llevaba faldas de turnedó y un sombrero ridículamente pasado de moda. Era posible que hubiese ido vendiendo las prendas de vestir en los momentos de hambre, y que procedieran las actuales de algún armario antiguo, resto de la herencia de alguna abuela. Le era difícil ponerse a tono con la reunión. En la punta de su nariz asomaban ciertos remordimientos por haber venido, exponiendo a la vista pública sus virtudes de mujer honrada. A veces, disparaba miradas de reproche contra Mezei, por haberla llevado allí.

Por nada del mundo hubiera consentido en reír, pero cuando Neteneczky, en un silencio producido por casualidad, estornudó con tanta estridencia que el vetusto reloj de plata saltó del bolsillo superior de la guerrera, también inclinó la cabeza sonriendo largo rato.

También Zinachka se había embellecido para aquel día de fiesta. Calzaba medias de blanco hilo, zapatitos de charol con hebillas y a su pelo negro le sentaba admirablemente la chaqueta hecha a ganchillo, de algodón rojo. La emoción la hacía más bella que de costumbre, y su cara irradiaba una infantil alegría. No había olvidado su guitarra.

Camarada estaba igualmente sentado cerca del fuego, y el vaho del tocino asado parecía inquietarle. Cambiaba continuamente de sitio. Sentose al lado de Vedres,

tocándole el brazo con el hocico, de modo que Vedres se manchó con gotas de grasa los pantalones. Anochecía lentamente.

Szentesi echaba grandes trozos de leña sobre el fuego, y las llamas alumbraban con reflejos amarillos y rojos los rostros de las personas sentadas en torno. Las barbas del señor Gúchkov, a la luz de las llamas, adquirían los matices de las nueces doradas del árbol de Navidad.

Sobre las colinas surgió la luna creciente. Era coqueta y hechizadora, como una muchacha desnuda. Dejaba caer silenciosamente, sobre el bosque de hayas, los pliegues plateados de su camisa.

Zinachka se colocó la guitarra en el regazo, y empezó a tañerla. Los sonidos suaves del instrumento se esparcían con dulzura alrededor del fuego. Cantaba:

*En las aguas azules
flota una barquita*

Los que sabían cantar, se acercaban a ella paulatinamente. Las profundas voces masculinas sólo acompañaban el canto con murmurios de contrabajo, mas la agradable voz aflautada de Tatiana se adelantaba y subía como un paloma herida.

Zinachka dejó que la voz de Tatiana cubriera la suya, y comenzó a acompañarla. Así, ya se oía cantar a dos tonadas:

*Castiga con tu desprecio,
a tu fiel amante...*

Las voces se difundían a través de la noche de primavera, y la melancolía de aquel romance de Pequeña Rusia les llegaba al corazón.

Cuando la luna brillaba ya con toda su fuerza. Tatiana propuso dar un paseo. Se levantaron todos del césped, y, repartidos por parejas, se acercaron al lecho del río.

El agua amarillenta del Irtis se deslizaba perezosamente bajo el claro de luna. Los sauces oscuros, al borde del río, eran como sátiros agazapados que escucharan con el aliento reprimido el juego encantador y sensual de las olas y de los rayos de la luna.

Zinachka y Pedro llegaron hasta la orilla. No lejos de ellos, percibíase la voz del señor Gúchkov, explicando algo a Neteneczky. Y más lejos, en el salcedo, vagaba la risa sonora de Anna Röcker.

Zinachka inclinaba la cabeza sobre el hombro de Pedro. Luego, enlazó con los brazos el cuello del muchacho, contemplándole con una expresión de dicha sobrehumana. Le preguntó temblando y en voz queda:

—Dime... ¿Me quieres tú a mí?

Pedro apretó contra su cuerpo el hombro de la muchacha. De su garganta no salía

ninguna voz. Estaba allí, inmóvil y sombrío, pero en su interior, sentía fuertes sacudidas y hubiera querido llorar desesperadamente.

El sol del tardío otoño declinaba ya detrás de las nubes de la tarde. Sus rayos eran tan ásperamente rojos, como los puntitos encamados de las rosas silvestres en las matas desnudas.

En los campos de tenis de Buda, ya había menos gente; pero en las dos pistas continuaba el juego. En la de la derecha, jugaba un señor rechoncho que practicaba el deporte, ostensiblemente, como medio para adelgazar. Medía sus fuerzas con una muchacha que apenas podía tener catorce años, y cuya roja cabellera revoloteaba por el aire, a cada salto inhábil que daba, como si fuese una llama.

Estos eran aficionados principiantes, pero en la segunda pista se enfrentaban excelentes jugadores. En el doble mixto, Miett y el joven cazador de osos jugaban contra Matilde y Golgonszky. El joven, que se llamaba Gáspar Renke, manejaba la raqueta con gran arte, y al principio, imprimía un ritmo tan violento que Golgonszky, a pesar de su fama de campeón, no acertaba a colocar ni una sola pelota. También Miett era muy buena jugadora, y Matilde había ganado, antes de la guerra, hasta un premio en Wimbledon.

Cserey contemplaba el juego desde un extremo de la tribuna, con la excitación y la mirada de un perito. Deseaba la victoria de la pareja Renke y Miett, pues había apostado cien dólares contra Golgonszky a que éste y Matilde perderían. Renke y Miett estaban decididos a rendir los mayores esfuerzos, por la confianza de Cserey. Los nervios de Miett se tendían en la emoción del juego como las cuerdas de su raqueta. Ajustándose a las pelotas que recibía y a los movimientos de su compañero, su cuerpo se movía en la ligera y fresca brisa cual el fortísimo de una melodía. A veces, asomaban a sus labios los gritos del entusiasmo, cuando Renke se lanzaba en alto con la elástica fuerza de un joven animal, devolviendo su raqueta con ademán certero alguna pelota peligrosa.

Las blancas pelotas de tenis cortaban el aire en arcos ligeros y elegantes, o llegaban fuertes zumbadoras, en los golpes enérgicos. En la segunda manga, Miett y su compañero ya parecían vencidos, pues Renke no acertaba a devolver las pelotas cortadas y muy variadas de Golgonszky. También los esfuerzos de Miett resultaban inútiles contra el magistral juego de Matilde en la red.

Mas en los momentos decisivos, la fortuna abandonó a Golgonszky y a su compañera de juego. Miett logró en rápida sucesión unos tantos magistrales, ganando la apuesta para Cserey.

Este descendió presuroso de la tribuna, haciendo señales de alegría con el sombrero; y, como si la pasión del juego le hubiera sorbido los sesos, lanzaba bramidos de victoria. Debía el triunfo a Miett, y a ésta la embriaguez del triunfo que flotaba en el aire le hacía feliz, como a una niña. Estaba enrojecida por el esfuerzo

desplegado, y en los ojos y en los labios se le había asomado la sonrisa de un sentimiento de victoria del que no podía desprenderse. Es taban todos tan identificados con el juego, que Matilde y Golgonszky parecían literalmente abatidos por la derrota.

Miett aprovechó un instante oportuno para susurrar a Golgonszky:

—Mañana por la tarde, a las cinco...

En los últimos tiempos, pasaban a veces semanas sin que se vieran, pero precisamente aquellas largas separaciones dulcificaban todavía más sus encuentros. Ahora, su amor ardía ya constantemente en el fuego de un dolor de que dentro de poco habrían de separarse.

Mostrábanse uno y otro infinitamente cariñosos, y siempre que estaban sentados en silencio, la idea de la despedida les penetraba el corazón. Las miradas y el roce de las manos estaban, muy a menudo, cargados de un dolor físico ante la idea de separarse. Mas nunca, ni con una sola palabra, rozaron el problema, como si su amor hubiera sido una tercera persona entre ellos, a la cual quisieran ocultar que sus días estaban contados y que estaba condenada a muerte.

Cada vez que Miett se presentaba en el umbral de la habitación de Golgonszky, éste, siempre pálido, fijaba la mirada interrogante en ella, como si temiera oír de sus labios que venía a despedirse.

Durante los largos meses de invierno, Miett frecuentaba la sociedad, y era huésped habitual en las recepciones de los Cserey. Había adquirido nuevos amigos, trabó amistad con señoras jóvenes, asistía a los grandes bailes, y poco a poco comenzaban a hablar de ella como de la mujer más guapa y más interesante de la alta sociedad de Budapest. La rodeaba un aire de misterio.

Su hermosura, que presentaba síntomas apenas perceptibles de marchitarse, lo que en el fondo sólo era la sombra del alma abatida por tantas cuitas, atraía con fuerza misteriosa a los hombres, y sus ademanes de independencia les hacían concebir la esperanza de que tal vez un día pudieran conquistar a aquella mujer magnífica, de deliciosos ademanes y cabellera dorada, que sabía ser a un tiempo fríamente distinguida y encantadoramente cordial; a aquella mujer bajo cuyas risas estridentes se adivinaba alguna misteriosa tristeza, y de cuyas formas y estatura esbelta ya se comenzaba a hablar en todas las reuniones.

Un tropel de hombres se lanzaban a la vez en su persecución. Sabían que su marido llevaba ya seis años prisionero de guerra, y empezaron a averiguar, apasionadamente, quién pudiera ser su amante. Miett se daba perfecta cuenta de la emoción persecutoria que despertaba en torno suyo; el nuevo juego le hacía mucha gracia, y se divertía despistando constantemente a los perseguidores. A veces, dejaba intencionadamente tras de ella unas huellas sutiles, por las cuales se lanzaba inmediatamente la mesnada de enamorados, e incluso las mujeres, que comenzaban a

mirar con celos crecientes la figura cada vez más misteriosa e inquietante de Mieta. Desde luego, todas las huellas conducían a callejones sin salida, y la persecución tenía que empezar de nuevo.

Sólo dos personas estaban enterados de sus amores con Golgonzky: el ayuda de cámara de ésta, que les servía, y el doctor Varga. Mas los dos habían sepultado profundamente en su alma el secreto, y Mieta sabía perfectamente que no debía tenerles miedo alguno.

Sólo la inquietaba un poco, de vez en cuando, aquella mujer desconocida que estaba siempre asomada a la ventana de la casa fronteriza, y que no apartaba la mirada de Mieta, hasta que desaparecía bajo el portón de la casa de Golgonzky.

De Matilde, no estaba completamente segura. A veces tenía la sensación de que lo sabía todo, o que, por lo menos, adivinaba mucho con su fino instinto. Mas tenía también la certeza de que la quería demasiado para traicionarla nunca en lo más mínimo.

Entre sus galanes, hubo alguno que se enamoró perdidamente.

Un coronel de húsares, ya de cierta edad, cayó melancólico en un amor tardío, y todo el mundo sabía que las desenfundadas juergas de un joven aristócrata derivaban de su amor desesperado hacia Mieta.

Se decía también, aunque en este caso hubiera sido difícil descubrir la verdad, que a causa de Mieta se había suicidado aquel joven escritor que durante los últimos años tuvo mucho éxito en la novela y en el teatro.

Mieta nunca alimentaba esos grandes amores con coquetería alguna, mas tampoco les ponía coto. Acaso sin querer, todo su ser irradiaba tal encanto que se podía considerar como una entrega, pero en realidad no tenía más importancia que el perfume que la envolvía, junto con el cálido vaho de su cabellera y de sus hombros. Sin embargo, se retiraba fríamente ante todo intento de acercamiento. Esta conducta suya, encendía más aún el ardor de sus admiradores.

El timbre de su teléfono no dejaba de sonar durante el día, y ella se pasaba muchas horas en el diván, apoyada en un codo, escuchando las confesiones telefónicas, ardorosas, pero cuyas llamas nunca llegaban a quemarla y sólo daban agradable calor a su vida.

No dejó entrar a nadie en su casa, aunque todos sus adoradores la asediaban con súplicas encaminadas exclusivamente en tal sentido.

Y aunque hubiese tenido la intención de recibir en su casa, hubiera sido imposible, porque ofrecía un aspecto desolador. Ya se habían vendido paulatinamente las alfombras, los cuadros y los muebles de valor. Dos habitaciones aparecían completamente desiertas y despojadas de todo, y las alhajas y la riquísima platería desapareció asimismo entre las manos de los prestamistas.

Desde el primer momento, sólo le hubieran bastado dos palabras para que

Golgonszky la proveyera de cuanto dinero quisiera, pues era hombre muy rico; sin embargo, rehusaba siempre incluso la ayuda de los Cserey.

En aquel piso desierto y desolado, se sentía de alguna manera más fuerte y más pura, y a veces, cuando estaba tan falta de dinero que Mili apenas lograba servirle una modestísima cena fría, tenía la impresión de hacer penitencia, en parte, por su pecado, con aquellas privaciones.

Le parecía que le sería fácil explicarle a Pedro por qué el piso estaba tan despoblado. Ante sí misma, era una pérfida mentira, pero, en realidad, sólo se proponía salvar las ilusiones del marido. Estaba decidida a comenzar con Pedro, tan pronto como volviera, otra vida muy modesta, difícil, llena de luchas y de humanidad. Pedro no tendría colocación, mas esto no la preocupaba en lo más mínimo, pues entre sus admiradores había muchos que representaban grandísimas influencias. Y tampoco la aterraba la idea de buscar ella misma algún trabajo. Se imaginaba su nueva vida con Pedro, muy sencilla y modesta, caracterizada por una renuncia general, y precisamente esta idea le devolvía el perdido equilibrio de su alma, pensando que tendría ocasión de hacer una larga penitencia.

La frecuentación de la sociedad y de los bailes, así como los superficiales coqueteos, eran una dolorosa y consciente despedida de su existencia actual.

Una mañana, encontró en su mesa un mensaje, convocándola a la Asociación de Prisioneros de Guerra, adonde solía ir a menudo en los últimos tiempos. El mensaje le decía que se trataba de algo muy importante, y que la quería ver el propio presidente de la Asociación.

Miett sabía de qué se trataba. Estaba un poco pálida, al entrar en el despacho presidencial.

El presidente era un anciano de unos setenta años, que trataba a todo el mundo como si fueran niños.

Cogió en sus manos la de Miett, apretándola largo rato en silencio. Luego, dijo:

—Hubiera podido enviarle una nota oficial, mas he preferido comunicarle personalmente la gran noticia. Recibí ayer un oficio de nuestro delegado en Riga, anunciándome la salida de un barco de Vladivostok... ¡Siete años, Dios mío, siete años...! Dentro de dos meses, su marido estará con nosotros...

Miett se agarró al respaldo de la silla, cerrando los ojos, y detrás de sus párpados cerrados brotaron sus lágrimas cálidas.

El presidente estaba de pie ante ella, conmovido a su vez. Estuvieron así los dos largo tiempo, sin sentarse; por fin, Miett, secándose las lágrimas, se despidió.

Fue a ver directamente a Golgonszky, quien ya la estaba aguardando. Golgonszky no notó nada en el rostro de Miett, al verla entrar, pero cuando estuvieron sentados en el sofá y la quiso abrazar, ella apartó con un ademán suave e indeciblemente triste el brazo de Golgonszky.

Estaba pálida y dijo musitando, con voz como si la preocupara no matarle, o no herirle hondamente con la temida noticia:

—Hoy he venido a tu casa por última vez...

Después de pronunciar estas palabras, clavó su mirada en el suelo, pues no quería ver en aquel momento la cara de Golgonszky.

Este se levantó y se acercó a la ventana, Durante mucho tiempo, sin moverse, no dijo nada. Volvía la espalda hacia Miett, y miraba por la ventana. Estaba aniquilado por el dolor.

Miett, a veces, levantaba la mirada hacia él.

Por fin, volvió de la ventana, se sentó junto a ella y tomó la mano de Miett entre las suyas. Como si sus dedos se hubieran anquilosado, palpaban y apretaban los de Miett durante varios instantes. Luego, en voz bajísima y cambiada, dijo sólo:

—Has sido el más rico regalo de mi vida...

Se interrumpió bruscamente, con un gesto violento atrajo hacia sí a Miett, la abrazó con ambos brazos, y escondió su rostro en su cabellera. Miett tenía la sensación de que Golgonszky estaba llorando. Esta impresión penetraba todo su ser de un sentimiento desconocido y terriblemente bello. Sin embargo, ella no lloraba. Su alma estaba invadida por cierta amedrentadora calma.

Después de mucho tiempo, cuando Golgonszky la soltó del incómodo abrazo, sólo pudo ver que tenía la cara pálida como la cera.

Le preguntó, musitando:

—Y de ti, ¿qué será ahora?

Golgonszky dejó de contestarle inmediatamente. Mas la expresión de su cara producía a Miett un efecto, como si, queriendo decir algo, hubiese perdido la facultad de hablar.

Por fin, habló. En voz muy baja, y con calma muy grande, dijo:

—Mira, Miett... También yo he meditado mucho ese punto... Debe pasarme algo, porque no podría soportar esto, sin más ni más... No puedo quedarme solo; sería fatal para mí. Sé a ciencia cierta que me suicidaría. Yo no he querido nunca a nadie, y no voy a querer nunca a nadie, sólo a ti...

—Cásate —le sugirió Miett, en voz apenas perceptible.

Golgonszky no le contestó en seguida.

—Sí, esta me parece la única salvación...

—¿En quién has pensado? —preguntó Miett cariñosamente.

—En Hanna... Es una muchacha muy inteligente y sé que me quiere. Ya no es joven, pasó de los treinta... ¿A ti, que te parecería?

Fue apenas perceptible la respuesta de Miett:

—Tienes razón. Debes hacerlo...

Un instante después, añadió:

—Verdad que... ¿nos veríamos? Alguna vez... en sociedad.

Golgonszky cogió con vehemencia la mano de Miett y la apretó contra su mejilla.

Miett se levantó, queriendo marcharse. Pronunció las palabras, exhalándolas más bien, con expresión de agonía:

—Entonces... ahora me voy a marchar...

Sin embargo, sonaba en su voz cierta extraña y ficticia alegría.

Golgonszky no soltó su mano y dijo, atormentado, asustado:

—No... Quédate aún un poquitín...

Miett volvió a sentarse, inerte, sobre el sofá.

Se quedaron callados mucho tiempo, y la mano de Miett empezó a temblar en la de Golgonszky.

El llanto surgió en ella con una fuerza elemental. Se echó en toda su longitud sobre el sofá y, tapándose la boca con el pañuelo, lloraba desesperadamente.

En vano, Golgonszky intentaba tranquilizarla. Miett saltó del sofá, empezó a rasgarse los vestidos y prorrumpió en gritos de dolor tan fuertes que Golgonszky corrió a la puerta y echó apresurado la pesada cortina de tapices que cubría su umbral.

—¡No lo resisto...! ¡No lo resisto...! —gritaba Miett, y se agarró al cuello de Golgonszky con la expresión de una niña que se halla en peligro mortal.

—¡No lo resisto...! Yo me moriré... Haz algo... Me es igual, pero algo...

Apretaba el puño contra la boca, y gritaba enloquecida, entre alaridos y maldiciones:

—Pero, dime, ¿por qué ha de volver...? ¿Cómo se atreve a volver...?

Luego, de repente, se calmó. Luego, buscó estas palabras proferidas a gritos con los ojos inmóviles, como si se hubieran quedado flotando en el aire. Parecía que las buscaba horrorizada.

Se aproximó al sillón y, lentamente, se puso los guantes. Se acercó a la ventana, se arregló el pelo y el sombrero. Durante un instante, contempló el propio rostro demudado por el horror.

—Adiós, pues... —le dijo como si tuviera que ir a un recado urgente.

Golgonszky la estrechó entre sus brazos y, por última vez, la besó largamente. Apenas se dio cuenta de que Miett se había liberado de sus brazos y acababa de desaparecer tras el tapiz de la puerta.

Cuando Miett se hubo ido, se sentó en el sillón, muy turbado, como quien no sabe lo que le ha sucedido.

Después, se puso a pasear por la habitación. Se detuvo ante el armario y, sin saber por qué, abrió las puertas. Allí colgaba aún el peinador color de albaricoque de Miett, llenando el fondo del mueble con aromas tiernos y misteriosos y, en la parte baja del mismo se hallaban las diminutas zapatillas encarnadas, cual dos flores de color

carmesí del pecado y del placer.

De pronto, las cerró de golpe, y se cubrió la cara con ambas manos, como si hubiera visto algo horripilante. Apoyó la frente contra la puerta cerrada del armario, y se puso a llorar desesperadamente.

Por el patio del «Hotel de la Miseria» merodeaban unos cuantos traperos de aspecto sospechoso, como sólo los barrios de la ciudad inferior de Tobolsk podían haberlos producido. En el patio había, en fila, los objetos más variados. Mesas y sillas de claro abeto, jergones de paja, espejos empañados, palanganas horadadas, almohadas llenas de yerba seca, algún haraposos abrigo de pieles y botas de cuero de foca; en una mesa unos cuantos tinteros, martillos, sierras de mano. Baterías, además, de cocina, regaderas y unos barreños viejos. En un montón, picos, palas y rastrillos, y en el suelo, extendidas, unas redes para pescar, de color orín, con otros utensilios de pesca. Eran los enseres de la vida de los prisioneros que ahora debían cambiar de propietario.

Los traperos se paseaban con expresión de menosprecio en medio de aquella triste exposición de trastos viejos.

Vedres sostenía en sus manos un gran puchero de hierro, y discutía con un judío viejo, que llevaba un gran gorro de piel de zorro, andrajoso.

—¿Y usted sólo ofrece cien mil rublos por este puchero? ¿Por éste?

Miró en torno suyo, y vio a uno de los asistentes.

—¡Ven, Imre, y vete a echar el puchero al río!

El viejo trapero le tocó el brazo tímidamente:

—Ciento cincuenta...

Vedres volvió a colocar el puchero sobre la mesa.

—¡En menos de trescientos mil no lo dejo!

El viejo se puso a meditar, y colocó en la mesa una serie de billetes: doscientos mil rublos. Luego, meneó la cabeza, lo que quería decir que era el último precio.

El rublo, en aquel entonces, iba desvalorizándose verticalmente de hora en hora.

Vedres miró al viejo de los pies a la cabeza, luego miró el puchero y dijo:

—Lléveselo.

Neteneczky, de pie, en medio del patio, bajo el olmo, sostenía entre sus manos un pesado abrigo de pieles. Lo volvía de un lado a otro, explicando a un trapero joven:

—Mire este abrigo, amigo. No tiene ningún defecto...

La mano del trapero se hundía en los pelos de la piel, y palpaba reflexivamente las costuras.

Junto a todas las mesas, se regateaba. Csaba vendía palas y picos, y Szentesi ejercía su vigilancia cerca de las paredes, para que no engañara a los asientes. Altmayer había colocado junto a la pared de la casa sus cuadros, esperando clientes, Pero los judíos ni siquiera volvían la cabeza. Hirsch se hallaba detrás de aquella mesa en la que estaban expuestos martillos y sierras.

Era a fines de marzo; podían ser las diez de la mañana. Un sol ligero y frío

inundaba el patio. El tiempo era inusitadamente bueno. La nieve ya se había fundido.

El viejo Dimitri colocó su cabeza en el marco de la puerta, mas no se atrevía a entrar en el patio.

Szentesi le gritó:

—¿Qué nos traes, batiuska?

—Vengo por el perro...

Habían decidido regalar Camarada a Zinachka. Camarada, como si sospechara que ahora se trataba de él, corrió hasta el extremo del jardín y se acostó junto a la reja. Escondió el hocico entre la hojarasca del año pasado, pues creía que así no le encontrarían. Pero le sacaron de allí y Dimitri le ató una cuerda al cuello.

Todos rodearon al perro. Vedres se agazapó ante él, tendiéndole la mano para que el perro pusiera en ella su patita.

—¡Dios te guarde, Camarada!

Mezei bajó la mano y le rascó la oreja:

—Has sido un buen perro —le dijo.

Los asistentes acariciaban a Camarada, o le daban golpecitos.

Camarada se daba cuenta de que le pasaba algo importante, y miraba continuamente de un lado a otro, daba saltos y brincos en torno a todos. Pero Dimitri cogió la cuerda y empezó a tirar. No quiso marcharse de ninguna manera, y cuando salieron por la puerta, de un tirón, hizo caer al viejo contra el cercado.

Los traperos se iban paulatinamente. Los ayudantes echaban mano de los objetos que habían quedado, dándoles vueltas como si cavilasen si valía o no la pena de llevárselos para tan largo viaje.

La hora de la salida estaba fijada para las cinco de la tarde. En el puerto, ya les esperaba un diminuto vapor de viajeros, el Ratislav, que debía transportar también a civiles rusos.

—¿Dónde está Pedro? —preguntó Mezei.

—Está arriba en su cuarto; no se encuentra bien —contestó Csaba.

—¿Qué tiene?

—No lo sé. A lo mejor está acatarrado. Acabo de verle.

Mezei y Neteneczky, preocupados, se fueron a verle.

Pedro yacía sobre un banco junto a la pared de la habitación vacía, con las manos plegadas bajo la cabeza. Faltaba una de las patas del banco, que había sido sustituida por un ladrillo. Su larga barba enmarcaba con oscuras sombras el rostro del oficial.

Ya no quedaba nada en el cuarto; tan sólo los bultos de Pedro yacían en medio, preparados para el viaje. Una gran mochila, repleta a reventar, y una pequeña caja negra.

—¿Qué tienes? —le preguntó Mezei.

—No lo sé. Como si tuviera calentura, Me siento muy débil...

—¡Vamos! No hagas tonterías en el último momento...

Se le acercó y le puso la mano en la frente. Luego, como si no hubiera encontrado nada, le desabrochó la guerrera y le abrió la camisa, para buscar allí la fiebre.

Neteneczky, por encima del hombro de Mezei, miró hacia la abertura de la camisa.

Mezei le dijo cariñosamente a Pedro:

—Sin duda, te has resfriado... Mandaré llamar al médico.

Cuando dio media vuelta para salir, Neteneczky ya había desaparecido. Estaba fuera, en el pasillo, con la cabeza cogida entre ambas manos, y apoyándola contra la pared. Estaba muy pálido.

—Pero, ¿qué tienes? —preguntó Mezei, asombrado.

Neteneczky no abandonó su posición, y dijo a Mezei, musitando:

—¿Has visto en su pecho aquellas manchitas rojas?

—¿Qué manchas?

—¡Es el tifus exantemático!

—Por Dios, ¡no digas tales tonterías!

Mas Neteneczky volvió a agarrarse la cabeza, al bajar la escalera. Y como si se lo dijera a sí mismo:

—¡Es el tifus exantemático!

En el patio, se detuvieron, cavilando. Szentesi se les acercó y preguntó:

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué os pasa?

Le contestaron que Pedro estaba enfermo. Se acercaron también los demás, incluso los asistentes. Tuvieron un largo conciliábulo.

Poco después, Mezei y Vedres se fueron a la ciudad, en busca de un médico. Los demás, permanecieron sentados sobre sus bultos. Pero apenas hablaban.

—Ya verás, Netene —dijo Szentesi—, como te habrás equivocado y no tendrá nada serio...

Neteneczky no le contestó. Hacia mediodía, llegaron Mezei y Vedres con el médico.

Mientras el médico estuvo arriba, en el cuarto de Pedro, todos se quedaron en el patío, de pie, sin decir palabra. No se atrevían a mirarse unos a otros, Vedres se paseaba con sus largas piernas junto a la pared, plegando los brazos detrás de la espalda, lo que era en él la señal de la máxima nerviosidad.

Cuando el médico bajó, fue Mezei a su encuentro. También los demás se acercaron.

—Pues, sí... —dijo el galeno—. Por la tarde, le enviaré al hospital de contagiosos.

Las palabras se difundían sobre los rostros de los muchachos como la saliva de la angustia. Al ver ese asombro general, el médico les dijo, un tanto inseguro:

—Bueno, a pesar de eso... No es una enfermedad mortal de necesidad.

Desde la puerta, observó todavía:

—No morirá... Tiene el organismo fortísimo...

Ellos permanecieron allí inmóviles. Poco tiempo después, Szentesi rompió el silencio:

—¿Qué haremos?

Nadie le contestó.

—Llémoslo con nosotros —dijo Vedres en voz baja.

Mezei movía lentamente la cabeza.

—Con ello, no sólo obraríamos contra nosotros mismos, sino incluso contra él. ¿Embarcarle, en tal estado?

—Es verdad. Aquí, por lo menos estará en un hospital —dijo Hirsch.

Szentesi se fue paseando hasta el pozo, y volvió.

—Alguien debe quedarse con él, muchachos...

No lo dijo, pero todo el mundo adivinaba y, además, se le veía en la cara, que pensaba en sí mismo.

Volvieron a callar durante largo rato. Por fin, Mezei dijo:

—En esta solución, no había pensado. Pero, ¿para qué le serviría?

—No os dejéis abatir tanto —dijo Csaba, con energía—. También Remete tuvo el tifus y ni siquiera se acostó. Luego, Zinachka seguramente se cuidará de él...

Mezei hizo una señal de asentimiento:

—Cuando haya pasado lo más grave, dentro de dos semanas, puede seguirnos. En Kabarov aún podría alcanzarnos. Voy a decírselo.

Se puso en camino hacia el cuarto de Pedro, pero nadie le siguió. Se diseminaron por el piso.

Mezei entró en el cuarto y cogió cariñosamente la mano de Pedro.

—Pedrito mío, dice el médico que has cogido un catarro muy fuerte. Tienes una especie de gripe. Ahora sólo depende de ti si te quedas o si nos acompañas. Si te quedas, esta tarde te llevarán al hospital y dentro de unos cuantos días vendrás a reunirse con nosotros. De lo contrario, en Kabarov puedes alcanzarnos.

—Me quedo... —dijo Pedro, en voz baja.

—¿Qué quieres que te haga subir para almorzar?

—No me mandes nada, que no tengo gana...

—¿Un poco de caldo?

Pedro movía la cabeza negativamente.

Cuando Mezei hubo salido, cerró los ojos. Sus pensamientos perturbados yacían en torno suyo cual unos seres incorpóreos despedazados. En verdad, ¿en qué pensaba? Ah, sí... En aquella carta... La carta anónima que había llegado diez días antes. Letra de mujer, contrahecha, de Budapest... Su primer movimiento fue

romperla, mas no tuvo energía. Desde entonces, la había leído un centenar de veces, y la guardaba en la cartera; como un objeto horroroso, un dedo humano cortado, u otra cosa asquerosa...

Aquella carta era un montón de idioteces estúpidas, llena de frases de falso patetismo:

«... Usted ha sufrido un martirio por su patria, y entretanto, su esposa... ¿Cree que tal vez mis acusaciones son infundadas? Adjunto una serie de apuntes, que desde hace cuatro años, vienen registrando las entradas y salidas de su señora por aquella puerta, consignando la hora y el minuto en que entraba por la puerta y la hora y el minuto de la noche o de la madrugada en que salía a hurtadillas. La casualidad puso en mi mano esos datos. No le escribo el nombre del galán, pues no es él quien tiene la culpa, sino la mujer...».

¿Quién, por Dios, podía escribir aquella terrible carta? ¿De quién era el odio, la maldición, la diabólica idea que la podían dictar? En vano buscaba en su memoria; no podía encontrar a nadie de quien sospechar.

Sus pensamientos cayeron inertes.

Sólo veía un portón, un portón desconocido, cuyas formas y color eran como los de un portón de ensueño, Una esbelta figura de mujer desapareciendo bajo el portal...

—Miett... —repetía interiormente, sin abrir la boca.

Como si sintiera en tomo suyo unos susurros tristes e incomprensibles, al formular en su interior el nombre de Miett.

Sí, desde luego: aquello era inevitable. ¿Cómo se podía imaginar que durante siete años, a tamaña distancia, iba a poder conservar a Miett para sí? Ahora, pensaba en ella como en una muerta. Su recuerdo no le atormentaba; Miett moría en sus brazos, entre pensamientos cariñosos y de perdón.

—Sí, así debía ser... —se repetía.

Los años van corriendo lentamente, y el tiempo impulsa hacia nuevos cauces la vida humana.

Pensó en Zinachka. ¿Qué pasaría si le dijera: «Mira, te voy a dar mi cansada vida. Haz con ella lo que quieras. Si te da la gana, podemos morir juntos; si quieres, podemos continuar viviendo...»?

Zinachka sería feliz. Irían a vivir a «La Casa de los Corzos». Viviría con ellos el viejo Dimitri, y en el umbral de la casa, tendría su yacija Camarada. Por las tardes, el tronco negro del viejo peral reluciría con los rayos encarnados de la puesta del sol. Abajo, donde la carretera bifurca, con una rama hacia Tobolsk y la otra hacia Ozov, pasaría a veces algún carro tártaro destartalado. En primavera, el jardín se llenaría de

coles moteadas de rocío y de zanahorias blancas y rosadas. Bajo los sauces del Irtis, se podría tender una red de pesca para pescar muchas clases de peces y la vida pasaría por encima de ellos volando, como el tañido suave de la guitarra de Zinachka.

Por la tarde, le llevarían al hospital. Sí, no cabía la menor duda: al hospital de contagiosos. ¡Qué fácil le sería ahora huir de la vida...! Bastaría cambiar, de noche, la tarjeta con su nombre, por la de otra cama, en la que yacía un muerto. ¿Quién se fijaría en ello? ¡Qué estúpidos y delirantes pensamientos! ¿Y si muriese? Sí, sería la mejor solución. O, ¿tal vez su vida podría aún ser bella? ¡Los agradables amaneceres, las doradas tardes, las suaves noches pardas de una nueva existencia! Acaso fuese mejor morir. No, no... ¡Había que vivir, a pesar de todo!

A las tres de la tarde, acercáronse unas pisadas por el pasillo, y momentos después sus compañeros estaban en el umbral. Todos estaban muy pálidos.

Mezei fue el primero en entrar, y abrió los brazos para abrazarle. Pedro se sentó en el banco y le apartó:

—No os mováis... El contagio...

Vedres se acercó y le besó. El rostro de Szentesi fue surcado por las lágrimas.

—En Budapest, volveremos a vernos —dijo Csaba, con voz ronca.

—En Kabarov... —musitaba Hirsch.

Neteneczky no entró en la habitación. En el pasillo, se apoyó en la pared, con la cara contra el brazo, llorando desesperadamente.

—Así, pues, quédate muy tranquilo, Pedrito... —le dijo Mezei—. Dentro de una hora vendrán a buscarte del hospital...

Se fueron.

Pedro se acercó a la ventana, apoyándose en la baranda. Vio cómo, arrastrando pesados bultos, salieron primero los asistentes. Luego, uno a uno, desaparecieron Mezei, Altmayer... Csaba... Szentesi... Vedres... y por último, Neteneczky.

No suponían que Pedro les seguía con la mirada desde la ventana. Neteneczky se detuvo un instante en la puerta, casi desmayado, y apoyó la cabeza. Sin duda, lloraba.

Pedro volvió la cabeza.

Ahora, estaba completamente solo.

El patio estaba tan desolado como si se hubiera sumido en un silencio incomprensible. Bajo el olmo, yacían en el suelo los trastos inútiles y abandonados: una palangana azul, un par de zapatos putrefactos, una regadera oxidada y unas cuantas sillas desvencijadas. Una plancha de madera, encorvada por el calor y el frío, cuyas letras podían distinguirse todavía: «Casa Húngara»... Más allá, apuntaba hacia el cielo el poste del pozo, despojado, pues habían vendido el cubo y el contrapeso.

El ramaje del olmo se sumía en la inmovilidad.

Al apoyarse de codos en aquella ventana, Pedro miró hacia el patio y se sintió invadido por la melancolía del aniquilamiento y de la muerte.

Y no podía saber de dónde, le rondaba cada vez más aquella idea tan hermosa como horrible. ¡Volver a escondidas a la vida, bajo el nombre de un muerto, al lado de Zinachka! Cambiar luego la tarjeta con su nombre, en el hospital, por la de un difunto... Incluso veía ante él la tumba en el hospital militar de Tobolsk. Aquella sencillísima cruz con estas pocas letras pintadas: Pjotr Takách.

Un muerto anónimo bajo la cruz; allí reposaría tal vez el cadáver de un mujik y, sin embargo, sería la tumba suya, la tumba de su vida finada.

Mientras que él continuaría viviendo con Zinachka, en «La Casa de los Corzos».

Pero, ¿viviría?

Desabrochó su camisa y contempló durante largo rato aquellas misteriosas manchitas rojas, como si les exigiera respuestas a los horribles problemas de la vida y de la muerte.

Una hora más tarde, la ambulancia del hospital de contagiosos de Tobolsk se detuvo ante la puerta del «Hotel de la Miseria».

Lloviznaba silenciosamente, con aquella triste monotonía que hace insoportable a veces las jornadas de mayo. Sólo eran las siete de la mañana, pero Miett ya estaba sentada ante la mesa puesta en el comedor.

La mesa estaba rica y abundantemente dispuesta para un almuerzo, con la solemnidad característica de la espera de algún huésped excepcional. Había una botella de vino fino, luciendo en el cuello la cápsula presuntuosa de estaño, y copas relucientes sobre platitos. Carnes y fiambres, cortados con esmero, jamón, y un pato asado entero, con ensalada, con verdes estrellas de pepino cortadas en trocitos y adornadas con rodajas de huevo duro. En un plato de cristal, aparte, Miett había preparado también el hígado del pato, en su grasa parda, porque recordaba perfectamente que, con pan tostado, era el plato preferido de Pedro.

Había aún en aquella mesa manzanas de invierno y una cajita de pasas de Málaga, que esparcían el aroma del escaparate de una tienda de comestibles finos. A primera vista se advertía que los cubiertos y los platos habían sido preparados con cariño y cuidados infinitos.

Miett, en un rincón de la mesa, estaba revolviendo con la cuchara su té, procurando no perturbar al equilibrio de la misma. Se hallaba pálida y cansada, con las sombras de sus meditaciones nocturnas alrededor de los ojos. También sus movimientos eran tan desmayados como si acabara de levantarse de la cama, después de una grave enfermedad.

Llevaba un traje castaño oscuro, que casi parecía negro, con unas mangas estrechas que se le pegaban a los brazos, haciéndola aparecer todavía más esbelta. Encima del alto cuello con botones, su cara parecía una flor blanca, y su gran cabellera rojiza, que solía brillar a los rayos del sol o de la lámpara con reflejos de oro viejo y de bronce, aparecía ahora apagada en sus colores, sin brillo alguno, cual la parda hojarasca de otoño. En su cara, algo alargada, sus ojos eran más profundos y sombríos.

La calle, afuera, yacía bajo una neblina gris, sin alma, y el comedor se llenaba de una penumbra matinal fría y húmeda, que hacía aún más inhospitalario aquel piso despojado de muebles y alfombras. Los rincones vacíos, con las huellas de los armarios vendidos en el empapelado, parecían las cicatrices de un cuerpo mutilado.

Mili atravesó el comedor. Con el delantal prendido a la cintura y con los zapatos informes arrastraba sus pies por la alfombra.

Al pasar, se detuvo por un instante junto a Miett.

—¿A qué hora llega el tren? —preguntó la buena mujer musitando.

—A las diez... —y siguió con la mirada a Mili, entre doliente y nerviosa, pasando su mirada por las gigantescas zapatillas de la anciana, y por el delantal manchado de

grasa, que despedía olor de cocina:

—Arréglate un poco, Mili...

Mili volvió y preguntó con gran suavidad:

—¿Qué me dice que debo hacer?

—¡Ponte otro vestido!

—Desde luego, desde luego —contestó Mili, algo ofendida, porque la señora hubiese podido sospechar que recibiría al señorito con aquel atavío.

Miett pasó a la otra habitación, se sentó en un sillón, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Se agarraba a los brazos del asiento como si éste estuviera volando con ella a través de los espacios, y ella temiera caer en aquella gran Nada insegura y vertiginosa que la rodeaba. Ahora, al cerrar los párpados, la mascarilla del sufrimiento se extendía sobre su hermoso rostro.

Se levantó, paseándose unas cuantas veces por la habitación, nerviosa. Buscaba su cara en todos los espejos, escrutando con mirada inquisitiva los propios rasgos. Volvió a sentarse luego en el sillón, dándose cuenta cada vez con más desesperación de cómo iban pasando las últimas boras de la espera. Habría preferido que todo hubiese transcurrido ya, pero el tiempo parecía inmóvil.

Le parecía inverosímil cuanto iba a suceder: el volver a encontrarse con su marido, que cada minuto que pasaba, acercaba más y más.

Dentro de pocos meses, haría siete años de la partida de Pedro. Ahora volvió a pensar otra vez en todos los detalles de la despedida que surgían de su memoria desdibujados en algunos puntos, y con dolorosa exactitud y detalles espectralmente exactos, en otros. Eran las nueve de la noche, y ellos se hallaban en la estación de Kelenftöld. Por alguna parte, al extremo de aquel largo tren militar, sonaba una trompeta, tocando a retreta. En los vagones, brillaban con llama insegura las velas, y los soldados cantaban a pleno pulmón mil canciones diversas. Y aquellas voces tan dispares parecían unirse en un único alarido trágico de una muchedumbre de millares de cabezas.

A través de los siete años, volvía a oír ahora, como con sordina, aquel espantoso grito. Ambos se paseaban cogidos del brazo, ante el tren, silenciosos, esperando la salida. Pedro no decía nada y también ella estaba conmovida en aquellos instantes de la separación. Luego, sonaron con férreo chirrido los parachoques de los vagones de aquel interminable convoy. Pedro la abrazó por última vez, y sus labios se juntaron en un beso.

Abrió los ojos y miró asustada el reloj. Eran más de las nueve. Vistiose rápidamente y, antes de salir, abrió la puerta de la cocina:

—Mili... —dijo casi tiritando—. Me voy a la estación... Ten cuidado de que todo esté en orden...

Mili estaba vistiéndose. Se hallaba en medio de la cocina, en enaguas y camisa.

En los brazos y hombros desnudos, se mostraba la arrugada piel, y aquel seco cuerpecito de vieja le produjo en tales momentos una impresión de repugnancia.

Al llegar a la calle, tomó un coche, y en el trayecto, pensó con miedo que hubiese podido quedar en el piso, en el armario o en sus cajones, algún insignificante recuerdo de sus amores con Golgonszky que la pudieran traicionar por casualidad. En sus pensamientos, iba palpando minuciosamente hasta los más pequeños recovecos, los rincones más recónditos de su casa, hasta los más insignificantes objetos de los cajones y cajitas secretos. Tenía una linda pitillera de concha de tortuga, y un cortaplumas de marfil, regalos de Golgonszky, de los cuales no tuvo el valor de separarse. Preparábase, pues, sendas explicaciones para el origen de sus objetos: uno, sería regalo de aquella buena señora de Linz, y el otro, compra propia. Ahora, conforme el coche iba acercándose a la estación, sintiose invadida por una terrible inquietud, y se arrepintió de haber guardado la pitillera y el cortaplumas. Estaba convencida de que su voz se estremecería al pronunciar mentiras ante Pedro, aunque hubiera preparado de antemano las frases en tono indiferente, repitiéndolas varias veces.

Eran las diez menos cuarto, cuando el coche la depositó ante la Estación del Este. Al llegar, quedó sorprendida y la llenó de inquietud el verla engalanada, en espera de los prisioneros de guerra que volvían de Rusia. En la entrada, había policías con su plateado casco puntiagudo de gala, y un oficial de la policía le preguntó con mucha cortesía por la documentación, pues sólo los familiares tenían derecho a penetrar en aquel andén.

Después de haber mostrado la documentación exigida, pudo entrar bajo la inmensa cúpula de cristales vacía, despoblada, inmensa. La puerta de una sala, reservada para despacho de la Asociación de Prisioneros de Guerra, estaba adornada con banderas que lucían los colores nacionales.

Ante la puerta, se estacionaba un grupo de pocas personas; personalidades oficiales, un general de cierta edad, otro señor viejo, barbudo y con sombrero de copa, en quien reconoció al presidente de la Asociación.

Estaba con el grupo también la señora de Brezovich, con su hijito, y al ver a Miett, se apresuró a saludarla. La buena mujer estaba congestionada por la emoción, y en su mirada brillaba la importancia que le proporcionaba el hecho de que también desempeñara un cargo en la Asociación, como secretaria, junto a personalidades tan distinguidas, contribuyendo a organizar la solemne recepción.

—Buenos días, señora. ¿Llega hoy su marido?

—Sí, señora —contestó Miett, con voz apenas perceptible; ya la conocía a raíz de sus visitas a la Asociación.

Miró en tomo suyo, con inquietud. Detrás de ella, divisó el grupo mayor de los familiares de quienes iban a llegar.

—Mi marido llega el día veinte —dijo la señora de Brezovich, contentísima, y advirtió a su hijo—: Saluda a la señora, Pistike, como se debe...

El niño flaco, con ojos turquíes, con dos hoyuelos en las mejillas, volvió la cabeza hacia otro lado, y dijo en voz baja:

—Buenos días...

Miett tuvo suficiente fuerza para sonreír con amabilidad al niño, que la miraba de reojo, sorbiéndose ruidosamente la nariz.

La señora Brezovich arregló el gorro en la cabeza del niño, con gesto habitual en ella. Volviese otra vez hacia Miett, y bajando la voz, como si le comunicara algún secreto, le preguntó:

—¿Se acuerda usted, señora, de la señora de Fabián?

Y sin esperar contestación, continuó:

—Aquella señora regordeta y rubia. ¿Se acuerda usted? Solía venir a la Asociación siempre con dos niños. ¡Ay! Pues, ¡qué escándalo nos armó la semana pasada...!

Se acercó un paso a Miett, sin mirarla a la cara, y empezó a hablar rápidamente, mirando de vez en cuando en torno suyo, temiendo que algo pudiera interrumpir aquella historia.

—Aquella pobre mujer ignoraba que su marido se hubiese casado otra vez en Rusia. Nosotros, desde luego, lo sabíamos ya, pues otros prisioneros que habían vuelto con anterioridad, nos lo explicaron. Pero, ¿quién tendría el valor de explicar una cosa semejante a la esposa? ¿Verdad? El marido, en cambio, ignoraba que su mujer le esperaría en la estación. Hoy hace ocho días, ella estaba aquí con sus dos hijos: Lacika, de once años, e Isabelita, de trece. También los niños habían traído sendos ramos de flores. ¡Ay, Dios mío, se me parte el corazón cuando pienso en aquello!

Intercaló un instante de silencio, mientras en un tono de voz completamente distinto reñía a su hijo, que se había alejado unos cuantos pasos y estaba embobado mirando el quepis de un coronel.

—¡Pisti, no te alejes!

Después, musitando otra vez, continuó:

—Cuando el tren llegó, Fabián ayudó a bajar del estribo a una mujer rusa y a sus dos hijos. Casi se desmayó al dar media vuelta y ver a su primera mujer con los niños de antes. No había contado con ellos para nada, estaba convencido de que su familia vivía en Szeged, en donde tuvo antaño un taller de encuadernación. Desde luego, todo quedó al descubierto. Hubo gritos y llantos, todo el mundo se aglomeró en torno de ellos, Isabelita besó la mano a su papá, mas el niño volvió la cara, testarudo. También la mujer rusa se puso a llorar y a gritar, aunque ignoraba por completo de qué se trataba; tenía cara de cocinera, con pómulos muy salientes y ojos chiquititos.

Era mogola, o qué sé yo. Alguien se le acercó y se pusieron a chapurrear en ruso. La rusa, desde luego, debía de ser muy buena persona, pues al enterarse de qué se trataba, propuso a la señora de Fabián que fueran a vivir juntos, para educar entre las dos a las criaturas. ¿No es curioso? La pobre señora de Fabián estaba tan pálida como la cera, cogió de la mano a los hijos y se fue. Y el hombre se apoyó con el codo en un vagón, cubriéndose la cara ante nosotros, y llorando como un niño...

Soltó un profundo suspiro, y se calló. Pasó revista con la mirada a las familias, entre las cuales había muchos niños, con ramos de flores en la mano, y con trajes domingueros. Luego, dijo en voz baja a Mielt:

—También esos, los pobres, ¡Dios sabe cuántos chascos se van a llevar...! ¿Ha oído usted ya los estragos que hace entre los prisioneros el tifus exantemático? ¡Oh, Dios mío! ¡Ojalá mi marido ya estuviera aquí...! ¡Ven aquí, Pistuka...!

Cogió de la mano a su hijo, saludó con una sonrisa, y se alejó.

Si ella tuviera un hijo, no estaría ahora aquí esperando con el alma desgarrada, y con el cerebro tan vacío, como si arrastrara consigo en el fondo de su alma el sepulcral silencio de una vida destruida. Si ahora pudiera estar esperando aquí cogiendo de la mano a una niña, a la que hubiera podido vestir aquella mañana con sus zapatitos, con su trajecito... Y si le hubiera podido decir: «¡Hija, vamos a buscar a tu papaíto a la estación!». Por sugestión, casi sentía entonces palpitar en su mano la piernecita fresca de la niña, al ponerle nerviosamente los calcetines diminutos y blancos como la nieve, y notaba en la suya la mano pequeñita de la niña, con guantes de hilo, esperando allí las dos en la estación, y casi le parecía ver el rostro de la pequeña en la que se mezclarían los rasgos de Pedro y los suyos.

Desde luego, si hubiera tenido un hijo, también sería una mujercita como la de Brezovich, con los ojos puros y el alma pura. Y en tal caso, también ella estaría satisfecha con el goce celestial de volverse a encontrar con su marido. Se hubiera ahorrado todas aquellas inquietudes sin número, las mil rebeliones del cuerpo que la habían arrojado tantas veces del lecho durante aquellos siete largos años, obligándola a ir al teléfono o a escribir cartas encendidas a Golgonszky; los imperativos fervorosos, la voz ardorosamente susurrante de la sangre y del cuerpo femenino, y la de la juventud que la impulsaron en aquella noche de Sankt Hilben, hacia el cuarto de Golgonszky, cuál una sonámbula; todas esas llamadas solapadas y sofocantes de perdición, hubieran quedado sublimizadas en la pasión del amor materno, de haber tenido un hijo.

Se retiró junto al muro, y sus miradas recorrieron distraídamente el grupo de familias y allegados. Había allí unas cien o ciento veinte personas en grupo compacto, entre hombres y mujeres, ancianos y niños, sencillos obreros y gente del gran mundo, y unos cuantos oficiales del ejército. Padres, madres, esposas, hermanos e hijos. Algunas mujeres vestían de luto. Oyó como una de ellas se volvió hacia un

conocido y le dijo: «¡El pobre, aun no lo sabe...!».

A una anciana la sostenían por ambos lados para que no se desplomara. Un señor de cabellos blancos, alto, se retorció nerviosamente el bigote. El grupo humano estaba silencioso y esperando con emoción. Cuando hablaban, lo hacían musitando. Los niños miraban en torno suyo con los ojos brillantes, pero en todos los rostros se podía descubrir la grande y profunda emoción que dominaba todas las almas.

Por la derecha, llegó una orquesta militar, alineándose cerca de la pared. Varios músicos iban ensayando, soplando con precaución en los instrumentos de viento y la silenciosa y enorme cúpula de cristal ahumado prestaba el eco a aquellos sonidos extraños, que iban errando allí arriba entre los travesaños de hierro, cual unos pájaros raros escapados de sus jaulas.

Las agujas negras del gran reloj de la estación se acercaban, con grandes sacudidas periódicas, a la cifra x del cuadrante.

En el instante siguiente, salía al andén un alto empleado de ferrocarriles, y, arreglándose el brazalete de servicio en la manga de la guerrera, con gesto habitual, dijo al señor de la chistera, en voz alta:

—Excelencia, por favor... que llega el tren...

Estas palabras produjeron un efecto formidable e indescriptible. El grupo de familias se puso en movimiento simultáneamente. La medrosa emoción pasó como una llama encima de la masa, y todos quisieron adelantar su paso. Los rostros se volvían pálidos, con ojos desencajados, hacia el único lado abierto de la inmensa nave por donde el tren debía entrar, y en donde lloviznaba silenciosamente sobre los carriles que brillaban húmedos.

Los policías y algún organizador, procuraban contener con palabras amables a la agitada muchedumbre:

—¡Atrás, por favor, señores...! ¡Paciencia, por favor...!

El director de la orquesta vino a ocupar su puesto, dio una señal con la batuta y los músicos tocaron solemnemente el Himno nacional.

El sonido de las trompetas y flautas llenaba por completo la gran nave de la estación.

A esa música, que acabó por excitar completamente los ánimos, la muchedumbre parecía invadida de extraña locura. Se oían gritos de mujeres, palabras clamorosas que superaban la música. Llantos estridentes, lloros con hipos, voces histéricas de niños, sobre cuyo fondo intentaba en vano la orquesta lanzar el dorado manto del sonoro Himno. Lo perforaban, lo horadaban, como las manchas de sangre de un hombre que se debate con mil heridas, atraviesan la sábana con que está cubierto.

Miett, que unas cuantas horas antes, sentada casi inconscientemente en un sillón, en aquella estancia solitaria e iluminada por las primeras luces de la mañana gris, había intentado en vano sacudir y reavivar sentimientos y recuerdos, sentíase partir en

dos su corazón, en medio de los gritos y desgarradoras voces de la multitud; y de golpe, surgía a la superficie de su alma todo cuanto le recordaba a Pedro.

Se pegó a la pared, como si la aplastara contra la misma alguna fuerza gigantesca, mordía la piel parda de su guante, y arrastrada por aquel huracán de pasiones colectivas, también lloraba perdidamente.

Un instante después, apareció en la curva el gran penacho negro de la locomotora, expeliendo vapor, despertando la impresión de un mortal cansancio, y arrastrando con supremo esfuerzo al tren bajo la montera de cristales, como si transportara un fardo terrible de ultratumba.

Luego, el tren se detuvo, con los prisioneros que volvían en ventanillas y estribos, mirando desencajadamente, como extrañados. Sus rostros estaban amedrentadoramente pálidos; en muchas caras, los labios se contraían, y de los ojos caían lágrimas.

El grupo de familiares rompió el cordón; la música de los instrumentos de viento aún continuaba sonando, pero entonces los gritos de la muchedumbre, multiplicados por las resonancias de la armazón de cristales, lo arrastraban todo. Mujeres y hombres correteaban en pintoresco remolino ante los estribos del tren, de un coche a otro, produciéndose un desorden infernal; los unos llamaban a grandes voces a los otros, unos brazos se extendían hacia las ventanillas de los vagones, y en medio de todo aquel tumulto, oíase el grito de una mujer joven.

—¡Feri...! ¡Feri...! ¡Aquí estoy!

Miett se dejó arrastrar por la gente, que se daba codazos y golpes inconscientes en aquella tempestad de pasiones y emociones.

Los prisioneros saltaban uno tras otro de los estribos, cargados de mochilas andrajosas y de maletines. Se precipitaban fuera de los coches con violencia, como si allí dentro se hubiera declarado un incendio, y ellos huyesen atolondradamente.

Bajaron uno tras otro, Vedres, Mezei, Hirsch y Csaba. Altmayer había bajado en Viena; Neteneczky y Szentesi, en Győr (Javarino).

Csaba conducía del brazo a Tatiana, que miraba aquel tumulto con la cara pálida y emocionada. Todos ellos se perdieron en la muchedumbre. Ninguno de ellos sospechaba que aquella hermosa mujer, vestida de castaño oscuro, fuese la señora de Pedro Takách. Miett estaba cerca del tren, se retorció las manos y lloraba desesperadamente. Pasó asustada su mirada del rostro de un prisionero al de otro, buscando en cuál de ellos reconocería a Pedro. A su lado, aquella anciana que sostenían por ambos lados, ya estaba abrazando a alguien del que sólo se veía la cabeza, sacudida casi cómicamente por el llanto, y a la que otra mano acariciaba, como para calmarla. A los pocos pasos, al pie de una columna, había una mujer vestida de luto diciendo algo a uno de los prisioneros llegados. Este era un muchacho joven, con un bigotito rubio, y con una cara casi rancia de tan pálida como era. Se

cayó contra la columna, y se dio con la mano tan fuerte golpe en la frente, que se oyó hasta muy lejos. Aullaba casi de dolor:

—¿Por qué no me lo escribisteis? ¡Pensaba que vendría a esperarme en la estación...!

Uno de los organizadores se le acercó, le cogió del brazo y le llevó afuera. Sus rodillas apenas le sostenían, y la cabeza le caía sobre el pecho, al ser conducido.

La orquesta se había callado. La multitud iba disgregándose paulatinamente y Miett corría de un vagón a otro, en medio de los fardos y maletas dejados en el suelo. Tropezando con una maleta, cayó sobre una rodilla y apenas tuvo fuerza para incorporarse. Correteaba jadeante, gritando hacia las ventanillas de los vagones, detrás de las cuales ya no había nadie:

—¡Pedro...! ¡Pedro...!

Había corrido a lo largo de todo el tren, y al volver, ya casi no había nadie. Y ella aún correteaba en el andén, dando voces hacia las ventanillas vacías.

En este instante, se le acercó un capitán, y le dijo en tono suave:

—Soy el capitán Szilvássy. La señora, ¿esperaba a alguien?

—A mi marido... —dijo con labios temblorosos Miett.

—¿El nombre del marido, por favor?

—Pedro Takách.

—¿Es oficial?

—Teniente...

—Sírvase esperar unos instantes...

El capitán volvió al grupo de los personajes oficiales, diciéndoles algo. Ellos miraron hacia Miett por encima de sus hombros, continuando sus pláticas. Pero Miett comprendía que se referían a ella.

Unos instantes después, el capitán volvió. Dijo sonriendo y muy cortés:

—Señora, haga el favor de entrar un momento al despacho.

Dejó pasar ante él a Miett; iba a medio paso detrás de ella, con un ademán del brazo derecho como si la cogiera con gesto protector, pero sin tocarla.

Entre tanto, las personalidades oficiales, ya les habían precedido en el despacho. Cuando Miett, acompañada del capitán, entró, todos se levantaron. Estaba, allí igualmente, junto a la pared, el presidente, revolviendo nerviosamente su chistera en las manos.

Miett echó una mirada llena de odio sobre personas y objetos. Al entrar y detenerse con aquella mirada ante la mesa, seguida del capitán, en su porte y en toda la situación hubo algo que recordaba a la mujer que comparece ante los jueces, en el Palacio de Justicia. Todas las miradas se fijaron en ella.

Detrás de la mesa, había un coronel, apoyado en ambos puños, e inclinándose con cortesía.

—¿La señora no ha recibido ningún aviso?

—¿Qué aviso? —preguntó Miett, con una inflexión de susto en la voz.

El coronel no contestó. Los otros que la rodearon se miraron disimuladamente.

—Se recibió un telegrama, fechado desde Rusia, que no ha llegado hasta anoche —dijo el coronel, balbuceando un poco.

Callose otra vez. Miett miró a todos a su alrededor, como si sospechase algo, con una expresión de miedo terrible. Había un gran silencio en el despacho y podía oírse la respiración asmática del anciano general. Cuando este silencio ya llegaba a ser insoportable, y para Miett, hasta enloquecedor, el coronel salió de tras de la mesa, y con aquella mano en la que sostenía el quepis adornado con una pluma, se apoyó un poco en el escritorio. Dijo después, solemne, en voz muy baja:

—Señora, su marido ha muerto...

Se produjo otra vez un gran silencio, mas en el siguiente instante, Miett soltó una voz desgarrada de espanto, como cuando se hunde un cuchillo en el corazón de alguien. Con aquel grito, se desplomó en el suelo, dando un fuerte golpe con la cabeza contra la mesa, cayendo y arrastrando consigo al capitán Szílvassy, el cual alargó el brazo y también cayó sobre una rodilla a su lado.

La pusieron en el sofá y llamaron a un médico.

Poco después, volvió en sí. La acompañaron a su casa el capitán y el presidente, en coche; el médico se quedó algún tiempo más junto a ella.

Allí estaba, otra vez, sentada en el sillón. Incluyó la cabeza con raro ademán, extraño en ella, clavando los ojos en el aire, sin pestañear siquiera. Cuando le dirigían la palabra, dejaba de contestar. El médico salió de la habitación, de puntillas, y dijo a Mili que no pasaría nada, y que sólo era necesario dejarla descansar.

Mili se sentó en el comedor, junto a la estufa, lloriqueando sin ruido, apretando los labios convulsos, con sus cortos y gruesos dedos. De vez en cuando, miraba cautelosamente hacia el otro cuarto. Miett continuaba siempre en la misma posición en el sillón.

La mesa puesta esperaba silenciosamente en el comedor; en el centro se veía la botella de vino exquisito, con los fiambres y carnes preparadas con esmero, y con los cubiertos colocados con todo cuidado; a cada objeto se pegaban sendos pensamientos vivos. Aquella mesa sin tocar y sin dueño hacía el efecto de otro cadáver. Parecía, envuelta en el silencio, un extraño catafalco.

Hacia la una, Mili entró silenciosamente en la otra estancia y con su mano tocó suavemente el sillón.

—¿Quiere que le traiga aquí la sopa?

Miett no contestó nada. Tampoco levantó la mirada. Sólo movía la cabeza lentamente, haciendo saber a Mili que no quería nada.

Pasaron largas horas, y Miett continuaba sentada en el sillón, silenciosa e inmóvil,

aniquilada por el dolor.

Cinco años habían pasado desde aquel día en que el tren de los ex presidiarios llegara bajo la montera de cristales, una lluviosa mañana de mayo, en la Estación del Este.

Y otra vez era primavera. Un mes de mayo radiante.

Ante el portal de la casa de Golgonszky, el automóvil estaba listo para un largo viaje. El gran coche de marca inglesa aparecía provisto por todos lados con ruedas de recambio y enormes maletas, denotando que se le había preparado para un viaje muy largo.

Eran las ocho de la mañana. El sol de mayo caía sobre el suelo, dispersándose a través de las copas de los castaños de Indias, en grandes manchas doradas y verdes.

De la casa, salieron un ayuda de cámara y una criada colocando en el coche unos maletines. Luego se quedaron detenidos junto al automóvil, esperando la salida de los señores.

Por fin, aparecieron Miett y Golgonszky.

En los últimos años, la figura de Miett se había hecho algo rolliza. Ahora, llevaba un largo abrigo de viaje.

Bajó de la casa, también, la niñera, acompañando a los dos niños.

Conducía de la mano a Ivánka, que tenía tres años; pero a la pequeña María, la llevaba en brazos. Ivánka se parecía a su padre, y María, a Miett. Tenía grandes ojos verdes y cabellos de oro viejo.

Miett y Golgonszky, antes de subir al coche, abrazaron por última vez a los niños. La cara de Miett reflejaba honda emoción.

El ayuda de cámara preguntó entonces al chófer:

—¿Tiene usted el maletín de la excelentísima señora?

Golgonszky era ya ministro plenipotenciario.

Se sentaba junto al chófer el otro criado, que se llevaban de viaje. Cuando ya todos ocupaban sus asientos en el coche, la pequeña María, que sólo tenía un año, alargó su manita hacia ellos, Su diminuta boca de cereza se torció y asomose bajo su párpado una gruesa lágrima. Rompió a llorar, con la estridencia de un pito. Los dos hicieron señas a los niños y a la servidumbre, y el coche, con ágil brinco, arrancó.

Desde hacía dos años, Miett reclamaba mucho aquel viaje. Cuando se quedó viuda y supo que se casaría con Golgonszky, se prometió cumplir dos cosas.

La primera era el sino de Juanito. Informándose, llegó a saber el nombre de aquella muchacha que en un tiempo cuidara de Juanito en el hospital, y de la cual el muchacho estaba enamorado. Llamábase Lenke y era hija de un alto empleado de Correos. A Miett no le costó mucho trabajo conocerla. Alguna vez la había invitado a su casa, para hacerse amigas. Lenke era una muchacha llana y simpática a la que

halagaba no poco tan distinguida amistad.

Miett nunca le mencionó a Juanito. Sabía perfectamente que, un día u otro, la propia Lenke le hablaría de él, pues pasaban muchas tardes juntas evocando recuerdos.

Un día, Lenke le explicó, como un episodio muy viejo y sin interés, que durante la guerra, en el hospital, conoció a un joven oficial herido, con el cual ya estaba más o menos prometida. Mas cuando quitaron la venda de la cara a aquel muchacho, y ella se dio cuenta de que la mitad de su rostro estaba destruido por completo, desistió de casarse con él, Miett dejó caer en su regazo su labor, miró intensamente a Lenke, y le dijo:

—Fue horrible lo que hiciste.

Desde entonces, ya no fue difícil llevar el alma de Lenke otra vez hacia Juanito. Miett le procuró al muchacho incluso colocación. Lenke estaba casada con él desde hacía ya dos años, pero Miett no había vuelto a verle.

Su otro anhelo insatisfecho y triste, era visitar algún día la tumba de Pedro. Sólo pretendía pasar una única vez por las calles de Tobolsk; sólo quería visitar la vieja ciudad siberiana que su imaginación asediara tantas veces sin éxito, y en la que la vida de Pedro se había desvanecido en la nada. Quería detenerse solamente algunos instantes en la tumba de su primer marido, depositando en ella unas flores.

Golgonszky comprendía perfectamente el deseo de Miett. Antes de la guerra, había pasado varios años en Rusia, y tenía muy poderosas relaciones, mas durante la primera época posterior a la guerra, incluso a él le hubiera resultado peligroso el viaje, de modo que procuraba hacer desistir a Miett de su propósito.

Pero ahora, ya penetraban en la Rusia en llamas sabios alemanes, periodistas franceses y comerciantes ingleses y Miett tampoco quería aplazar más su peregrinaje.

—Este año no iremos a Niza, sino a Tobolsk —dijo.

Golgonszky, ahora, ya no protestó. Con muchas influencias y dificultades se procuró la documentación necesaria, los mapas para el coche, y se fueron.

Era el sexto día de su viaje. Miett resistía sin quejarse la triste miseria, primero de los hoteles polacos, luego de los rusos. Durante todo el tiempo, irradiaba su alma cierta serena y triste felicidad.

Decidieron visitar, en el camino, a Alexander Petróvich Ilyin, aquel ingeniero ruso en cuya casa Pedro y los suyos se habían detenido en su peregrinación hacia Asia. Pedro había escrito en aquel entonces una carta a Miett, la cual había ayudado al ruso a salir del campo de concentración de prisioneros de Estergom, para colocarse en las grandes fábricas Ganz.

Petróvich Ilyin logró volver a su tierra, después de firmada la paz, y se carteaba con Miett. El ingeniero ruso proclamaba a Miett en todas sus cartas, desbordantes de gratitud, como la bienhechora de su vida.

Una tarde, cansados por el mal estado de las carreteras, llegaron a Seriébinsk. Frente a la iglesia, encontraron pronto la casa del doctor Nicolai Krylov, ante cuya reja de hierro había dos oscuros robles. En la puerta, una placa de cobre anunciaba siempre: Zemski vrach.

Caterina Ilyina sacó la cabeza por la ventana, y al ver a los viajeros, creyó que venían a llamar a su hermano a la cabecera de algún enfermo. Por ende, no salió a recibirles; sólo les acechó detrás de la cortina, mientras el médico les recibía. Pero al oír que buscaban a su marido, salió corriendo, asustada:

—¿Ylyin? Ya hace dos semanas que está en Moscú... ¿Por qué preguntan por él? Mielt se dio a conocer y Caterina batió palmas de alegría.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se puso a cubrir con besos los hombros y el vestido de Mielt.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío...! —decía, acariciando ya el brazo de Mielt, ya el de Golgonszky.

—¿Qué? ¿Vienen de Hungría...? ¡Oh, Hungría...!

Les condujo al interior, y apenas podía volver en sí de tan grande alegría.

—¡Si Ilyin lo supiera...! ¡Oh, si él lo supiera...!

Desapareció, y a los pocos instantes, en la otra habitación, apareció puesta la mesa, en la que les sirvieron té, nata, fiambres y pollo frío, así como pasteles rellenos de miel. Exactamente de la misma manera que once años atrás, cuando los oficiales húngaros, en viaje hacia el Este, pasaron escasamente una hora en su casa.

Entretanto, el médico conversaba en un alemán defectuoso con sus huéspedes. Les explicó que su cuñado se había ido a Moscú, en busca de una colocación. Desde que había vuelto, todavía no había encontrado trabajo.

Se sentaron alrededor de la mesa, y la conversación giró en torno de Hungría. De vez en cuando se producían unos silencios emocionados, y Nicolai Ivánovich Krylov clavaba los ojos en su plato, exactamente de la misma manera que hacía once años. Él y Golgonszky se quedaron sentados junto a la mesa, mientras que Caterina Ilyina llevó a Mielt al salón. Le explicó con todos los detalles la escena que tuvo allí con Pedro, cuando éste se proponía escapar.

Extendió la mano, como si quisiera detener aquellos momentos pasados:

—Estaba ahí, junto al piano... Nunca olvidaré la expresión de su cara...

Mielt apretó su pañuelo sobre los ojos, y ambas lloraron largo rato, en silencio.

Caterina Ilyina hubiera querido detenerles, pero Mielt no se quiso quedar. Media hora más tarde, se pusieron otra vez en camino.

Atravesaron míseras aldeas rusas, y, poco a poco, quedaron atrás Tiebinsk, Gurgán, Vetius, Kavlovsk, Izram y las demás. Golgonszky se inclinaba a menudo sobre los mapas que tenía extendidos sobre las rodillas. Mielt cerraba los ojos, y se entregaba a sus pensamientos.

Dos días más tarde, atravesaron el Volga, llegaron al río Sivaga y al día siguiente remontaron el curso del Irtis. Debían ser las seis de la tarde, cuando Golgonszky plegó lentamente el mapa y dijo con voz queda:

—Ahora, llegamos a Tobolsk...

Miett estaba pálida.

Pocos instantes después, el coche frenó su marcha y se detuvo indeciso en una ramificación de la carretera. Una bifurcación conducía directa hacia el lomo de una colina, y otra bajaba hacia un bosque de olmos. El chófer se volvió y preguntó a Golgonszky: —¿Por la derecha o por la izquierda?

Golgonszky miró otra vez el mapa, mas sin poder decidir el problema. Bajó él mismo, para buscar a alguien en las cercanías, pues el chófer no hablaba ruso. A la izquierda, a unos cien pasos de la carretera, se veía una casita blanca, con alto tejado de madera y unas ventanitas pequeñas. Ante la puerta, había un viejo peral, en cuyo negro tronco brillaba con reflejos rojos el sol de la tarde. La fachada de la casa estaba cubierta de rosas trepadoras. Era «La Casa de los Corzos».

Zinachka estaba a punto de desaparecer en su interior con una vasija en la mano, cuando vio el coche. Se detuvo en el umbral, y volviéndose a medias, miró por encima del hombro hacia la carretera.

En el corral, se balanceaba un niño que apenas sabía caminar. Se divertía agarrándose con ambas manos al pelo de un gran perro, al que quería empujar delante de él a toda costa. Camarada, de vez en cuando, miraba hacia el niño, y se sentaba en el suelo. Pero luego se levantaba otra vez, prestándose de buen grado al juego.

El viejo Dimitri estaba sentado cerca del pozo, y con sus torpes dedos de anciano tejía una nasa de mimbre.

Golgonszky se dirigió hacia la casa.

Fuera, apoyado en la reja, había un hombre con botas, que era manifiestamente el propietario. Su rostro estaba enmarcado con una redonda barba morena, y vestía la camisa azul claro de los pequeño-rusos.

A unos diez pasos de él, Golgonszky le preguntó:

—¿Cuál de las dos carreteras conduce a Tobolsk, por favor?

Aquel hombre alargó el brazo:

—¡Esta de la izquierda, va a Tobolsk; la otra, a Ozov!

—Y, ¿por dónde cae el cementerio militar?

—¡Por ahí, más allá de la colina!

Golgonszky llevó su mano a la gorra, a guisa de saludo, y volvió a la carretera.

El hombre veía aún cómo la señora que estaba sentada en el automóvil, con el rostro cubierto de un velo morado, le daba las gracias con grandes movimientos de cabeza. Miró largamente el coche, y sospechó que los viajeros procedían de Kazán o de las orillas del lago Baikal, pues aquel señor hablaba el ruso con el acento de otra

región.

El coche escaló el lomo de la colina, desapareciendo al otro lado de la misma.

No quedó tras él más que una dorada polvareda, que brillaba con los suaves rayos del sol de la tarde.

La polvareda se inmovilizó en el aire y el sol, durante un rato. Luego, en la ligera brisa del atardecer, se inclinó y se fue dispersando por encima de la pradera cubierta de flores silvestres, y, poco a poco, se desvaneció para siempre.

FIN

Notas

[1] El tárogato es un instrumento tradicional en Hungría, semejante al oboe. (N. del T.). <<

[2] Por una curiosa y lejana supervivencia de las costumbres españolas de la edad de oro «importadas» a Hungría de la Corte completamente hispanizada de Viena, aún siguen empleándose títulos y apelaciones como vuestra merced, su grandeza etc. y saludos y fórmulas como la de beso a usted la mano, saludo obligatorio que el niño debe a las personas mayores y el varón a las personas del otro sexo, no inferiores a su propia condición social. (N. del T). <<

[3] Apellido vulgar y muy corriente, que significa «Peletero». Se pronuncia como zuch, con u francesa. (N. del T). <<

[4] En Hungría es elegante tutearse enseguida en sociedad; pero el tuteo no autoriza a omitir los títulos del interlocutor. Por ejemplo, se dice: «Si me lo permites, mi señor Presidente del Consejo...». (N. del T). <<

[5] Por una curiosa costumbre, la mayor parte de los pintores y escultores húngaros usan dobles apellidos, sobre todo si el apellido auténtico es de sonoridad extranjera. como en este caso: Stuck de Györ; como. por ejemplo, entre los pintores húngaros que han celebrado exposiciones en España: Béla Munkás-Mészöly, A. Schwartz de Medgyes, etc. (Nota del traductor). <<

[6] Abreviación familiar de Zsigmond, o sea Segismundo. (Nota del traductor). <<

[7] Diminutivo de Mihaly, o sea Miguel. (N. del T). <<

[8] Pestszentlőrinc, o sea San Lorenzo de Pest, localidad en las afueras de la capital (N. del T). <<

[9].Diminutivo de Jolán, o sea Yolanda o Violante. (Nota del traductor). <<

[10] En Hungría, a las personas mayores, se les llama tía y tío, respectivamente. (N. del T). <<

[11] Poesía de Sándor Endrodi, poeta romántico de tercer orden, muy en boga a principios de siglo. (N. del T). <<

[12] Es costumbre en Budapest dar propina a las criadas en las casas en que uno es invitado. (N. del T). <<

[13] Diminutas motonaves, llamadas propeller, que van y vienen entre ambas orillas.
(N. del T). <<

[14] El corso —palabra italiana que en húngaro se escribe horzó— en el paseo elegante, en la orilla izquierda del Danubio, por donde se pasea el más selecto público de Budapest. (N. del T). <<

[15] La antigua Redonde, sala de conciertos cuya arquitectura imita el estilo morisco.
(N. del T). <<

[16] Alusión —juego de palabras intraducible— al apellido de la señora de Galamb, que en húngaro significa paloma. (Nota del traductor). <<

[17] En alemán en el texto: «¿Cómo se podría saber?». (Nota del traductor). <<

[18] Csóka, en húngaro; palabra que fonéticamente significa «grajo». (N. del T). <<

[19] Manera popular de nombrar a una señora de edad. (N. del T). <<

[20] Diminutivo de Ilona, «Helena». (N. del T.). <<

[21] Campánula blanca. (N. del T.) <<

[22] Váci-utca, o Calle de Vatz, arteria principal de Belváros o «Ciudad Interior». (N. del T). <<

[23] Diminutivo de Zsigmond o Zsiga, «Segismundo». (Nota del traductor). <<

[24] Apeadero en el suburbio del mismo nombre de la capital húngara. (N. del T). <<

[25] Los judíos polacos se dejan crecer las patillas en forma de tirabuzones, y, en general, todo su atavío resulta ser el mismo que usara el rey de Polonia, Casimiro el Grande, que era muy filosemita. (N. del T). <<

[26] Nombre de una gran isla en el Danubio, en el N. O. de Hungría. (N del T). <<

[27] El campesino húngaro designa a menudo, por familia, al hijo. (N. del T). <<

[28] Medida de superficie usada en Hungría. (N. del T). <<

[29] Nombre de vaca que significa Limón. (N. del T). <<

[30] Los Székely son una raza magiar que vive en las regiones montañosas del Este de Transilvania. Créense descendientes de los hunos. En el extranjero, se los conoce indebidamente más bien por el nombre alemán de Szekeler. Los documentos antiguos en latín les llaman siculi; de ahí nuestra versión de «Sículos». (N. del T.). <<

[31] «Húngaros», en ruso. (N. del T). <<

[32] Bebida alcohólica muy fuerte, llamada también vodka. (N. del T). <<

[33] Tótochka: «eslovaquín», nombre cómico que se daba en Hungría a los eslovacos.
(N. del T). <<

[34] Entre los Székely (cuyo nombre hemos traducido anteriormente por sículos) son muy frecuentes los nombres de pila tomados del Antiguo Testamento, que proporcionan a veces también los apellidos. (N. del T.). <<

[35] Abreviatura cómica, que significa «toma y ten...». (Nota del traductor). <<

[36] Juego de naipes. (N. del T). <<

[37] Conocidas figuras de cartas de los naipes usados en la Europa Central, cuyo juego consta de 32 cartas. (Nota del traductor). <<

[38] El nombre de este naipe es equivalente de tonto o idiota en húngaro. (N. del T).

<<

[39] Cs, en húngaro —escrito antiguamente ch, como en castellano— pronúnciase ch, y el apellido en cuestión chéri. (N. del T). <<

[40] El autor se refiere a la Hungría que formaba parte de la monarquía de antes de 1918. Hungría se extendía entonces sobre un territorio de 325000 kilómetros cuadrados. (Nota del traductor). <<

[41] El idioma magiar, o sea húngaro (ambos términos son sinónimos), perteneciendo a la rama llamada fino ugrica de la gran familia lingüística uralo altaica, cuenta efectivamente entre los pocos idiomas emparentados que tiene en el mundo al idioma ostiako. Las cifras mencionadas por el autor en ostiako, se parecen mucho a los números correspondientes en húngaro: «egy», «kettő», «öt», «hat», «hét». <<

[42] Ciudad de Hungría, cuya región tiene fama por la hermosura de sus trajes típicos multicolores. Los atavíos húngaros popularizados en el extranjero por el cine y por las revistas ilustradas, provienen en gran parte de esta región. (N. del T). <<

[43] Chaia: té, en ruso. (N. del T). <<

[44] Karály Vár, o sea «Castillo real». cuyas bellezas fueron cantadas tan elocuentemente por Rubén Darío. y que aparece en casi todas las películas de tema húngaro. Se llama «castillo». por extensión, el aristocrático barrio situado en las colinas de Buda. sembrado de viejos palacetes solariegos y la mayor parte de los Ministerios del gobierno húngaro. Se sube por un minúsculo y antiquísimo funicular. (N. del T). <<

[45] «¡Tan sólo un monumento, señores!» — Chiste muy usado en ciertos ambientes de lengua alemana. (N. del T). <<

[46] Buci: diminutivo infantil para designar una oveja o un cordero. (N. del T). <<

[47] Diminutivo familiar de Imre (Emerico). (N. del T). <<

[48] El Parlamento de Rusia. Por algo en húngaro, este vocablo ha llegado a significar «Verborrea». (N. del T). <<

[49] Látigo ruso. (N. del T). <<

[50] Szervusz: del vocablo latino servus, «criado», «esclavo». En Hungría, país que conservó el latín como idioma oficial hasta hace poco más de un siglo, la gente culta se saludaba con un servus humillime, o sea «humilde servidor». La primera palabra se conservó hasta hoy como saludo entre personas que se tutean. Se usa también como en el caso presente, en señal de reconciliación. (N. del T). <<

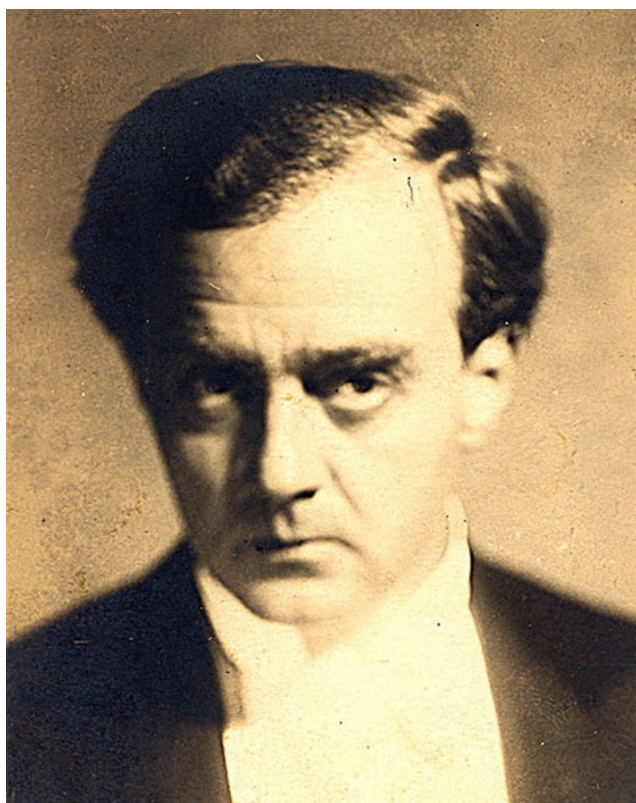
[51] Los emperadores de Austria, en virtud de la «unión personal» entre los dos países de la monarquía bicéfala, eran reyes de Hungría. La reina-emperatriz Isabel, por su húngarofilia, era muy popular entre los húngaros. (N. del T). <<

[52] En Hungría la levita negra usada cada día menos, se llama «gabán de Francisco José», o, sencillamente, «Ferenc józsef». (N. del T). <<

[53] El autor describe aquí la revolución desencadenada el 31 de octubre de 1913, dirigida por el conde Mihály de Károlyi, que puso coto a la guerra, separó Hungría de Austria y que pasó a la historia con el nombre despectivo de «la revolución de las rosas de otoño». (N. del T). <<

[54] Diminutivo familiar de Estéfano. <<

[55] Alusión a ciertas manifestaciones antijudías, que consistían en ataques callejeros con porras provistas de plomo en la punta. (N. del T). <<



LAJOS ZILAHY (Hungría 1891 - Serbia 1974) Narrador y dramaturgo húngaro. Dotado de una minuciosa capacidad de observación que dejó plasmada en casi todos sus escritos, destacó sobre todo por un puñado de novelas que, traducidas a muy diversos idiomas, se difundieron como auténticos best-sellers por todo el mundo durante la primera mitad del siglo XX.

Sus primeras inquietudes literarias le llevaron a enfocar su reveladora lente novelesca sobre los problemas morales y las vicisitudes sociales que envolvían a las clases burguesas europeas del período de entreguerras, aunque posteriormente se fue decantando por el análisis de otros grandes grupos sociales de poder, como la aristocracia y las altas esferas financieras.

Finalmente, en una tercera etapa de su producción novelesca, coincidente con la fase de su vida que se desarrolló en los Estados Unidos de América (en donde fijó su residencia a partir de 1948), Lajos Zilahy cultivó una prosa bastante menos ácida en su sátira social, ahora suavizada por la evocación nostálgica de tierras lejanas y tiempos pasados.

Entre las principales narraciones extensas del escritor húngaro figuran algunos títulos que, traducidos al castellano, hallaron un amplio eco entre la crítica y los lectores españoles. Así ocurrió con *Primavera mortal* (1922), *Las cárceles del alma*(1927), traducida también como *Los dos prisioneros*, *Algo flota sobre el agua* (1928) y, muy especialmente, *El desertor* (1930), una interesante reconstrucción novelesca de las experiencias vividas por el propio autor durante su intervención en la

I Guerra Mundial. Además de estas obras, Lajos Zilahy escribió otras novelas de gran interés, como las tituladas *El alma se apaga* (1932), *El ángel enfurecido* (1953) y *El siglo feliz* (1960).

Pero sus habilidades en el cultivo de la prosa de ficción no se limitaron a la redacción de narraciones extensas, ya que también cosechó grandes elogios con sus brillantes relatos breves. La mayor parte de los cuentos de Lajos Zilahy vieron la luz a través de varias recopilaciones, entre las que sobresalen las tituladas de *Gran dilema*, *El velero blanco* e *Idilio de pescadores*. Por último, en su faceta de dramaturgo, el escritor estrenó en su país varias piezas teatrales que también contribuyeron a acrecentar su prestigio literario; entre ellas, cabe recordar las tituladas *Luce el sol* (Süt a nap), 1924, *El general* (A tábornok), 1928 y *El pájaro de fuego* (Tüzmadár), 1932.